BRANDON SANDERSON

ESCUADRÓN

Lectulandia

El mundo de Spensa lleva décadas bajo un ataque continuo. Los pilotos son los héroes de lo que queda de la raza humana, y pilotar un caza siempre ha sido el sueño de Spensa. Desde niña se ha imaginado elevándose hacia el cielo y demostrando su valentía. Pero su destino está entremezclado con el de su padre, un piloto al que derribaron, anulando así cualquier posibilidad de que Spensa accediera a la escuela de vuelo.

Nadie dejará que Spensa olvide lo que hizo su padre; sin embargo, el destino funciona de formas misteriosas. Tal vez la escuela de vuelo esté casi fuera de su alcance, pero ella está decidida a volar. Y un descubrimiento casual en una caverna perdida podría proporcionarle un modo de reclamar las estrellas.

Lectulandia

Brandon Sanderson

Escuadrón

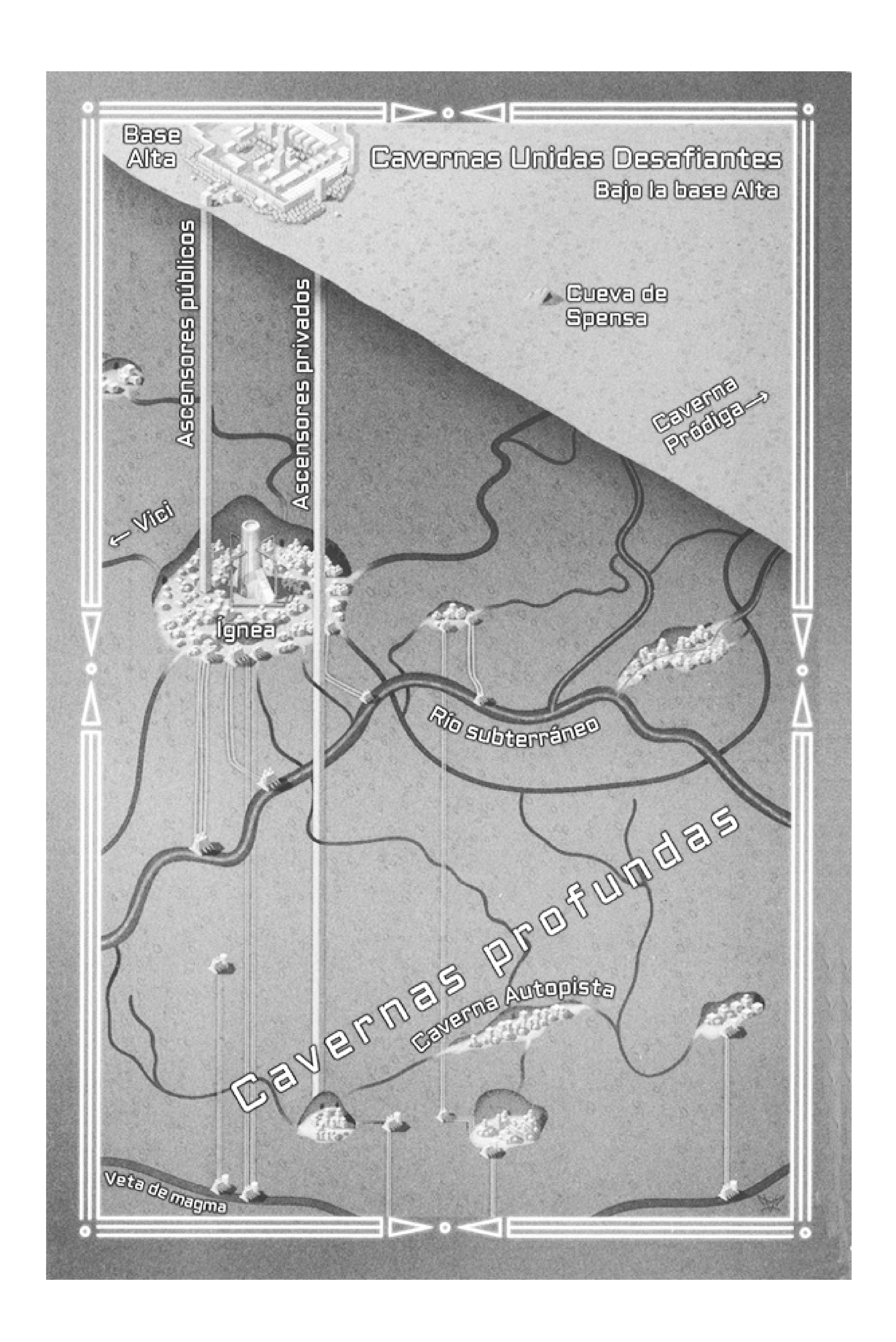
Escuadrón - 01

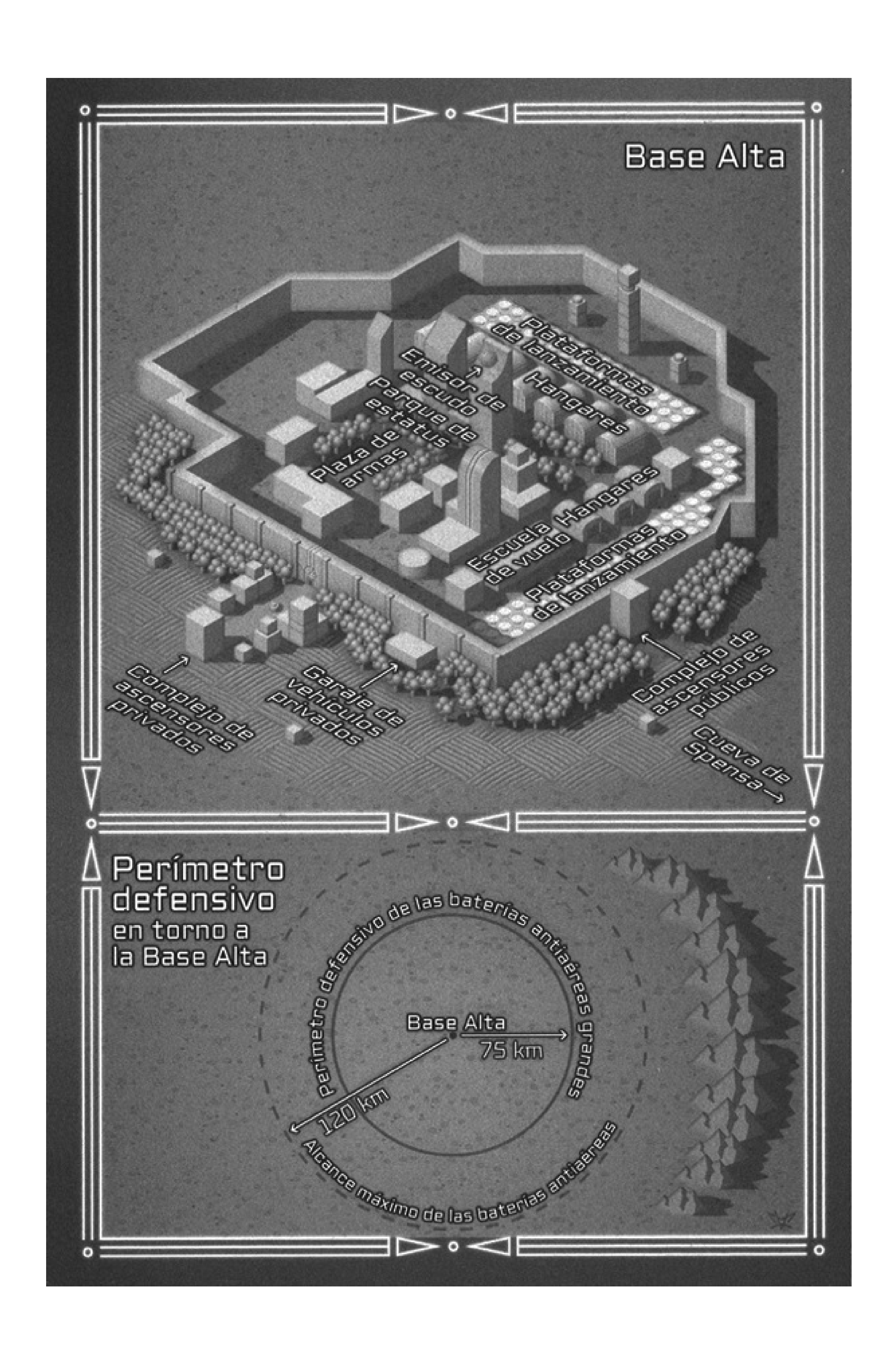
ePub r1.0
Titivillus 05.03.2019

Título original: *Skyward*
Brandon Sanderson, 2018
Traducción: Manuel Viciano Delibano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para Karen Ahlstrom,
que cuenta todos los días que yo olvido


Base
Alta
Cavernas Unidas Desafiantes
Bajo la base Alta
Ascensores públicos
Ascensores privados
Cueva de
Spensa
Caverna
Pródiga→
← Vici
Ígnea
Río subterráneo
Cavernas profundas
Caverna Autopista
Veta de magma


Base Alta
Plataformas de lanzamiento
Emisor de escudo
Parque de estatus
Hangares
Plaza de armas
Hangares
Escuela de vuelo
Plataformas de lanzamiento
Complejo de ascensores privados
Garaje de vehículos privados
Complejo de ascensores públicos
Cueva de Spensa
Perímetro defensivo en torno a la Base Alta
Perímetro defensivo de las baterías antiaéreas grandes
Base Alta
75 km
120 km
Alcance máximo de las baterías antiaéreas

Prólogo

Solo los necios subían a la superficie. Mi madre siempre decía que era una estupidez ponerte en peligro de ese modo. No solo estaban las casi constantes lluvias de escombros que caían desde el cinturón de cascotes, sino que además nunca se sabía cuándo iban a atacar los krells.

Por supuesto, mi padre ascendía a la superficie casi a diario. Como piloto, era su obligación. Supongo que, según la definición de mi madre, eso lo volvía pero que muy estúpido, pero yo siempre lo había considerado pero que muy valiente.

Aun así, me sorprendió que un día, después de escuchar mis interminables ruegos durante años, por fin me permitiera acompañarlo allá arriba.

Yo tenía siete años, aunque para mis adentros ya era adulta del todo y una persona perfectamente capaz. Corrí detrás de mi padre, cargada con una linterna para iluminar la caverna atestada de escombros. Muchas rocas del túnel estaban partidas o agrietadas, con toda probabilidad por culpa de los bombardeos krell, que yo había experimentado más abajo como platos que temblaban o intermitencias en la iluminación.

Me imaginé que aquellas rocas quebradas eran los cuerpos destrozados de mis enemigos, sus huesos desmenuzados, sus brazos temblorosos extendidos hacia arriba en un vano gesto de absoluta y completa derrota.

Yo era una niña muy rara.

Alcancé a mi padre y él miró atrás y sonrió. Tenía la mejor sonrisa del mundo, confiada, como si nunca se preocupara de lo que la gente opinaba de él. Como si nunca le importase el ser raro o no encajar.

Pero claro, ¿por qué tenía que preocuparse? Mi padre caía bien a todo el mundo. Incluso a la gente que odiaba el helado y jugar a las espadas, incluso al llorón del pequeño Rodge McCaffrey, les caía bien mi padre.

Me cogió del brazo y señaló hacia arriba.

—Lo que viene ahora es un poco difícil. Deja que te levante.

—Puedo hacerlo —dije yo, y me quité su mano del brazo.

Ya era mayor. Me había preparado la mochila yo sólita, y hasta había dejado en casa a Sanguinario, mi osito de peluche. Los ositos de peluche eran para los niños pequeños, aunque les hubieras fabricado tú misma un exoesqueleto de batalla a partir de cordeles y trozos de cerámica.

Pero, por supuesto, en la mochila sí que había metido mi caza estelar de juguete. No estaba loca. ¿Y si terminábamos metidos en un ataque de los krells, sus bombardeos nos impedían la retirada y teníamos que pasar el resto de nuestras vidas como supervivientes en tierra baldía, privados de la sociedad y la civilización?

Toda chica necesitaba llevar consigo su caza estelar de juguete, por si acaso.

Le pasé la mochila a mi padre y miré la grieta en las piedras del techo. Había… algo raro en aquel agujero. Una luz antinatural se colaba por él, distinta por completo al suave brillo de nuestras linternas.

«La superficie… ¡*el cielo*!». Sonreí y empecé a trepar por una pendiente pronunciada que era mitad cascotes y mitad formación rocosa. Me resbalaron las manos y me hice un rasguño contra un borde afilado, pero no lloré. Las hijas de los pilotos *nunca* lloraban.

La grieta en el techo de la caverna parecía estar a cien metros de distancia. No me gustaba nada ser tan pequeña. Cualquier día de aquellos, daría el estirón y sería tan alta como mi padre. Y entonces, por una vez, no sería la niña más bajita de todos. Me reiría de los demás desde tan alto que no tendrían más remedio que reconocer lo grandiosa que era.

Di un leve gruñido al remontar una roca. El siguiente asidero estaba demasiado lejos. Lo miré. Entonces, decidida, salté. Como buena chica de los Desafiantes, tenía el corazón de un dragón estelar.

Pero también tenía el cuerpo de una niña de siete años. Así que me quedé corta por más de medio metro.

Una mano fuerte me agarró antes de que cayera desde demasiada altura. Mi padre soltó una risita y me sostuvo por la espalda del mono, que yo había pintado con marcas para que se pareciera a su traje de piloto. Hasta le había dibujado una insignia en la parte izquierda, sobre el corazón, como la que él llevaba. La insignia que lo distinguía como piloto. Tenía la forma de un pequeño caza estelar con unas líneas debajo.

Mi padre me izó a la roca, a su lado, y luego extendió la mano libre y activó su línea de luz. El aparato parecía un brazalete metálico, pero, cuando lo encendía dándose un golpecito con dos dedos contra la palma de la mano, brillaba como si estuviese hecho de luz fundida. Tocó una piedra que tenía

encima y, al retirar la mano, fue dejando una gruesa línea de luz pegada a la roca, como si fuese una cuerda resplandeciente. Me envolvió a mí con el otro extremo por debajo de las axilas y liberó la cuerda de su brazalete. El brillo desapareció en su muñeca, pero la cuerda luminiscente siguió en su sitio, atándome a las rocas.

Siempre había creído que las líneas de luz arderían al tacto, pero estaba solo templada. Era como un abrazo.

—Muy bien, Peonza —dijo, llamándome por mi apodo—. Prueba otra vez.

—No me hace falta la línea —protesté yo, tirando de la cuerda de seguridad.

—Dale un capricho a un padre asustado.

—¿Asustado? A ti no te asusta nada. ¡Pero si luchas contra los krells!

Él se echó a reír.

—Preferiría enfrentarme a cien naves krells que a tu madre si te devuelvo a casa con un brazo roto, pequeña.

—No soy pequeña. Y si me rompo el brazo, puedes dejarme aquí hasta que me cure. Pelearé contra las bestias de las cavernas, me volveré salvaje, me vestiré con sus pieles y…

—Que subas —me interrumpió él sin dejar de sonreír—. Ya pelearás contra las bestias de las cavernas otro día, aunque me parece que las que te encontrarías tienen colas largas y los dientes salidos.

Tuve que reconocer que la línea de luz era útil. Podía tirar de ella para apoyarme. Llegamos a la grieta y mi padre me empujó a mí primero. Me agarré al borde, salí de las cavernas y pisé la superficie por primera vez en mi vida.

Qué espacio tan *abierto*.

Me quedé boquiabierta allí de pie, mirando arriba hacia… hacia la nada. Solo… solo había… *arribidad*. Sin techo. Sin paredes. Siempre me había imaginado la superficie como una caverna enorme, enorme de verdad. Pero aquello era mucho más y también mucho menos, todo al mismo tiempo.

«Uau».

Mi padre se izó detrás de mí y se sacudió el polvo de su traje de piloto. Lo miré un momento y luego volví a subir la cabeza hacia el cielo. Sonreí de oreja a oreja.

—¿No te da miedo? —preguntó.

Lo miré furiosa.

—Perdona —dijo, con una risita—. Me he equivocado de palabra. Es que mucha gente se siente intimidada por el cielo, Spensa.

—Es bonito —susurré yo, con la mirada fija en aquella inmensa nada, en aquel aire que se extendía hacia arriba hacia un gris infinito que se disipaba en negro.

La superficie era más brillante de lo que había imaginado. Nuestro planeta, Detritus, estaba protegido por distintas y gigantescas capas de antiquísimos escombros espaciales. Eran capas de desperdicios que flotaban altísimas, fuera del aire, en el espacio. Estaciones orbitales destruidas, masivos escudos metálicos, cachos de metal viejo grandes como montañas… acumulados en muchas capas, un poco como cascarones partidos que rodeaban el planeta.

Nosotros no habíamos construido nada de todo aquello. Nos habíamos estrellado en el planeta cuando mi abuela era una niña, y para entonces esas capas de desperdicios ya eran antiguas. Sin embargo, algunas cosas funcionaban. Por ejemplo, en la capa inferior, la más cercana al planeta, había unos enormes rectángulos refulgentes. Había oído hablar de ellos. Eran las cieluces, unas enormes lámparas flotantes que proporcionaban iluminación y calor al planeta.

Se suponía que también había muchísimos trozos más pequeños de basura allí arriba, sobre todo en la capa inferior. Entrecerré los ojos, tratando de ver si podía distinguir alguno, pero el espacio quedaba demasiado lejos. Aparte de las dos cieluces más cercanas, ninguna de las cuales teníamos directamente encima, lo único que alcanzaba a entrever eran unas formas difusas en el gris del cielo. Trozos más claros y trozos más oscuros.

—¿Los krells viven ahí arriba? —pregunté—. ¿Al otro lado del campo de escombros?

—Sí —dijo mi padre—. Descienden por los huecos de las capas para atacar.

—¿Y cómo nos encuentran? —pregunté—. Ahí arriba hay un montón de espacio.

De repente, el mundo me pareció un lugar mucho más grande que el que había visualizado abajo, en las cavernas.

—De algún modo, pueden sentirlo cuando hay una acumulación de personas —dijo mi padre—. Siempre que la población de una caverna crece demasiado, los krells atacan y la bombardean.

Hacía décadas, nuestro pueblo había formado parte de una flota de naves espaciales. Los krells nos habían perseguido hasta el planeta, nos habíamos

estrellado en él y habíamos tenido que dividirnos para sobrevivir. Habíamos pasado a formar clanes, cada uno de los cuales podía trazar su linaje hasta la tripulación de una de aquellas naves estelares.

La yaya me había contado esas historias muchas veces. Llevábamos setenta años viviendo allí, en Detritus, recorriendo las cavernas como clanes nómadas, asustados de congregarnos. Hasta hacía poco. Habíamos empezado a construir cazas estelares y también una base oculta en la superficie. Habíamos empezado a contraatacar.

—¿Dónde está la base Alta? —pregunté—. Has dicho que saldríamos cerca de ella. ¿Es eso? —Señalé hacia unas rocas de aspecto sospechoso—. Está ahí mismo, ¿verdad? Quiero ir a ver los cazas estelares.

Mi padre se agachó, me giró unos noventa grados y señaló.

—Es ahí.

—¿Dónde? —Busqué por toda la superficie, que venía a ser una extensión continua de polvo y piedras de color gris azulado, salpicada por los cráteres de escombros caídos del cinturón de cascotes—. No la veo.

—Esa es la idea, Spensa. Tenemos que seguir escondidos.

—Pero lucháis, ¿verdad? En algún momento, ¿no descubrirán de dónde salen los cazas? ¿Por qué no trasladáis la base?

—Tiene que estar aquí, encima de Ígnea. Es esa caverna tan grande que te enseñé la semana pasada.

—¿La que tiene todas aquellas máquinas?

Él asintió.

—Dentro de Ígnea encontramos fábricas, que es lo que nos permitió construir cazas estelares. Tenemos que vivir cerca para proteger la maquinaria, pero salimos volando en misiones allá donde los krells desciendan, allá donde decidan bombardear.

—¿Protegéis a otros clanes?

—Para mí, solo hay un clan que cuente: la humanidad. Antes de estrellarnos aquí, todos formábamos parte de la misma flota… y algún día, todos los clanes nómadas terminarán por recordarlo. Vendrán cuando los llamemos. Nos reuniremos todos y formaremos de nuevo una ciudad y una civilización.

—¿Y los krells no la bombardearán? —pregunté, pero lo interrumpí antes de que pudiera responder—. No. No si somos lo bastante fuertes. No si resistimos y contraatacamos.

Mi padre sonrió.

—Voy a tener mi propia nave —dije—. Voy a volar en ella igual que tú. Y entonces, nadie del clan podrá hacerme burla, porque seré más fuerte que ellos.

Mi padre me miró un momento antes de hablar.

—¿Por eso quieres hacerte piloto?

—No pueden llamarte canija si eres piloto —respondí—. Nadie pensará que soy rara, y no me regañarán por pelearme porque mi trabajo será pelearme. Nadie me insultará y todo el mundo me querrá.

«Igual que te quieren a ti», pensé.

Por algún motivo absurdo, mis palabras hicieron que mi padre me abrazara, aunque lo único que hacía era decir la verdad. Pero le devolví el abrazo, porque a los padres les gustan esas cosas. Además, era agradable tener a alguien a quien estar agarrada. Quizá no debería haberme dejado a Sanguinario en casa.

A mi padre se le trabó la respiración y pensé que quizá estuviese llorando, pero no era eso.

—¡Peonza! —exclamó, señalando hacia el cielo—. ¡Mira!

De nuevo, me dejó sin habla la amplitud del espacio. ¡Qué grande era!

Pero mi padre señalaba hacia algo concreto. Apurando la mirada, me di cuenta de que una parte del cielo entre gris y negro era más oscura que el resto. ¿Sería un hueco en las capas de escombros?

En ese momento, miré la infinitud. Me descubrí temblando como si hubieran caído cerca mil millones de meteoritos. Alcancé a ver el mismísimo espacio, con unos puntitos minúsculos de blanco, distintos de las cieluces. Esos puntitos centelleaban y parecían estar muy muy lejos.

—¿Qué son esas luces? —pregunté.

—Estrellas —dijo él—. Yo vuelo cerca de los escombros, pero casi nunca he podido ver a través de ellos. Hay demasiadas capas. Siempre me he preguntado si podría salir a las estrellas.

Había sobrecogimiento en su voz, un tono que nunca antes le había oído.

—¿Es por eso… que vuelas? —pregunté.

A mi padre no parecían importarle las alabanzas que le dedicaban los demás miembros del clan. Era raro, pero hasta daba la impresión de que lo avergonzaban.

—Antes vivíamos ahí fuera, entre las estrellas —dijo en voz baja—. Ese es nuestro hogar, y no estas cavernas. Esos niños que te hacen burla están atrapados en esta roca. Sus cabezas son cabezas de roca, sus corazones están

tallados en roca. Sé distinta. Tú tienes que aspirar a algo más elevado. A algo más grandioso.

Los escombros se movieron y el hueco fue reduciéndose hasta que solo pude ver una estrella, más brillante que las demás.

—Reclama las estrellas, Spensa —me dijo.

De verdad que un día iba a hacerme piloto. Volaría hasta allí arriba y lucharía. Solo esperaba que mi padre dejara algunos krells para mí.

Entorné los ojos al distinguir un fogonazo en el cielo. Un lejano cascote, que ardió brillante al entrar en la atmósfera. Luego cayó otro, y otro. Empezaron a caer por decenas.

Mi padre frunció el ceño y sacó su radio, un dispositivo de tecnología superavanzada que solo se entregaba a los pilotos. Se acercó el aparato rectangular a la boca.

—Aquí Perseguidor —dijo—. Estoy en la superficie. Veo una lluvia de escombros cerca de Alta.

—Ya la hemos detectado, Perseguidor —respondió una voz de mujer por radio—. Están llegando los informes de radar ahora mismo, y… ¡tirda! Tenemos krells.

—¿Hacia qué caverna se dirigen? —preguntó mi padre.

—Su dirección es… Perseguidor, vienen hacia aquí. Vuelan derechos hacia Ígnea. Que las estrellas nos amparen. ¡Han localizado la base!

Mi padre bajó el dispositivo.

—Avistada una gran incursión krell —dijo la voz de la mujer por la radio —. Esto es una emergencia. Un grupo enorme de krells ha superado el campo de escombros. Todos los pilotos, respondan. ¡Vienen a por Alta!

Mi padre me cogió del brazo.

—Te llevo de vuelta.

—¡Te necesitan! —exclamé yo—. ¡Tienes que pelear!

—Tengo que llevarte con…

—Puedo volver yo sola. Hemos recorrido los túneles sin desviarnos.

Mi padre volvió a mirar hacia los escombros.

—¡Perseguidor! —llamó otra voz por la radio—. Perseguidor, ¿estás ahí?

—¿Chucho? —dijo mi padre. Accionó un interruptor y levantó la radio—. Estoy en la superficie.

—Tienes que hacer entrar en razón a Ángulo y Columpio. Dicen que deberíamos huir.

Mi padre maldijo entre dientes y giró otro interruptor de la radio. Empezó a oírse una voz.

—… no estamos listos para un combate cara a cara. Van a destrozarnos.

—No —dijo otra mujer—. Tenemos que resistir y luchar.

Empezaron a hablar a la vez una docena de voces.

—Férrea tiene razón —dijo mi padre por la radio, y me sorprendió que todos callaran al instante—. Si dejamos que bombardeen Ígnea, perderemos el aparataje. Perderemos las fábricas. Lo perderemos todo. Si queremos volver a tener una civilización algún día, si queremos tener un *mundo*, ¡tenemos que resistir aquí!

Esperé, callada, conteniendo el aliento, esperando que mi padre estuviera demasiado distraído para hacer que me marchara. Me dieron temblores al pensar que habría una batalla, pero aun así quería verla.

—Lucharemos —dijo la mujer.

—¡Lucharemos! —exclamó Chucho. Lo había oído nombrar mucho, aunque no lo conocía en persona. Era el compañero de ala de mi padre—. ¡Por las rocas, esta sí que es buena! ¡Voy a llegar antes que tú al cielo, Perseguidor! ¡Ahora verás a cuántos derribo!

El hombre sonaba ansioso, quizá un poco demasiado emocionado por entrar en batalla. Me cayó bien de inmediato.

Mi padre vaciló solo un momento antes de quitarse el brazalete de la línea de luz y ponérmelo en las manos.

—Prométeme que volverás directa.

—Lo prometo.

—No te entretengas.

—No lo haré.

Levantó la radio.

—Bueno, Chucho, eso ya lo veremos. Voy a toda pastilla hacia Alta. Cambio y corto.

Echó a correr por el suelo polvoriento en la dirección que me había señalado antes. Entonces se detuvo y se volvió. Se quitó la insignia del pecho y me la arrojó, como un destellante fragmento de estrella, antes de seguir a la carrera hacia la base oculta.

Yo, por supuesto, incumplí mi promesa al instante. Me metí en la grieta del terreno, pero me quedé allí escondida, cogiendo con fuerza la insignia de mi padre, y miré hasta que vi los cazas saliendo de Alta y elevándose hacia el cielo. Forzando la mirada, distinguí las oscuras naves krells que descendían en enjambre hacia ellos.

Al final, en un excepcional momento de sensatez, decidí que lo mejor sería hacer lo que me había dicho mi padre. Usé la línea de luz para descender

a la caverna, donde recogí mi mochila para internarme en los túneles. Pensé que, si me daba prisa, podría haber vuelto con mi clan a tiempo de escuchar la emisión de la batalla en nuestra única radio comunitaria.

Pero me equivocaba. El trayecto era más largo de lo que recordaba, y encima me las ingenié para perderme. De modo que estaba vagando por allí abajo, imaginando la gloria de la batalla que se libraba en el cielo, cuando mi padre cayó en la infamia de romper filas y huir del enemigo. Su propio escuadrón lo derribó como castigo. Cuando llegué a casa, el combate estaba ganado y mi padre había muerto.

Y yo había quedado marcada como la hija de un cobarde.

PRIMERA PARTE

1

Aceché a mi enemigo con sigilo por la caverna.

Me había quitado las botas para que no chirriaran. Me había sacado los calcetines para no resbalar. La roca bajo mis pies me transmitió un cómodo frescor al dar otro silencioso paso adelante.

A tanta profundidad, la única luz procedía del tenue resplandor de los gusanos del techo, que se alimentaban de la humedad que se colaba por las grietas. Había que quedarse parada unos minutos en la oscuridad para que los ojos se adaptaran a una iluminación tan débil.

Otro estremecimiento en las sombras. Allí, cerca de aquellos bultos oscuros que debían de ser las fortificaciones enemigas. Me quedé muy quieta, acuclillada, escuchando a mi enemigo rascar la roca al moverse. Imaginé a un krell, un terrible alienígena de ojos rojos y oscura armadura.

Con una mano firme y una lentitud agónica, me llevé el fusil al hombro, contuve el aliento y disparé.

Obtuve un chillido de dolor como recompensa.

«¡Sí!».

Me di un golpecito en la muñeca para activar la línea de luz de mi padre. Cobró vida con un fulgor entre rojizo y anaranjado que me cegó durante un momento.

Entonces corrí para reclamar mi premio: una rata muerta, atravesada de lado a lado.

Bajo la luz, las sombras que había visualizado como fortificaciones enemigas se revelaron como rocas. Mi enemigo era una rata rolliza y mi fusil era un arpón que me había fabricado yo misma. Habían pasado nueve años y medio desde aquel fatídico día en que subí a la superficie con mi padre, pero mi imaginación era tan potente como siempre. Me ayudaba a sobrellevar la monotonía, a fingir que estaba haciendo algo más emocionante que cazar ratas.

Sostuve la rata en alto por la cola.

—Así se manifiesta la inclemencia de mi ira, bestia caída.

Resultaba que las niñas raras crecían para convertirse en jóvenes raras. Pero supuse que no pasaba nada por practicar mis insolencias, para cuando de verdad combatiera contra los krells. La yaya me había enseñado que los

grandes guerreros saben hacer grandes alardes para llenar de miedo e incertidumbre los corazones de sus enemigos.

Me guardé el premio en el saco. Llevaba ocho hasta el momento, que no era mala caza. ¿Me daría tiempo a buscar otra?

Eché un vistazo a mi línea de luz; el brazalete que la albergaba tenía un pequeño reloj al lado del indicador de batería. 09.00. Quizá debería dar media vuelta. No podía perderme demasiadas horas de clase.

Me eché el saco al hombro, recogí mi arpón, que había creado a partir de restos encontrados en las cavernas, y emprendí el camino de vuelta a casa. Me guiaba con mis propios mapas dibujados a mano, que siempre estaba actualizando en un pequeño cuaderno.

Una parte de mí se entristeció por tener que regresar, por dejar atrás aquellas cavernas silenciosas. Me recordaban a mi padre. Además, me gustaba lo… vacías que estaban. Sin nadie que se burlara de mí, sin nadie que susurrara insultos hasta obligarme a defender el honor de mi familia hundiéndoles el puño en sus caras de idiotas.

Me detuve en una intersección que conocía, donde el suelo y el techo daban paso a unos extraños patrones metálicos. Las dos superficies estaban cubiertas de diseños circulares y escritura científica, que yo siempre había creído que debían de ser antiguos mapas de la galaxia. En el extremo opuesto, de la roca salía un enorme y vetusto tubo. Era de los que desplazaban el agua entre cavernas, la limpiaban y la usaban para enfriar la maquinaria. De una juntura caían gotas de agua a un cubo que había dejado yo allí, y lo encontré medio lleno, así que di un largo sorbo. Estaba fresca y tenía un leve matiz a algo metálico.

No sabíamos gran cosa de la gente que había construido toda aquella maquinaria. Al igual que el cinturón de cascotes, ya estaba allí cuando nuestra flotilla cayó en el planeta. Habían sido humanos, dado que la escritura presente en lugares como el techo y el suelo de esa intersección estaba en idiomas humanos. Pero incluso en aquellos momentos, seguía siendo un misterio lo cercana o lejana que pudiera ser la relación que guardaban con nosotros. No quedaba ninguno de ellos, y las zonas fundidas y los restos de chatarra que había en la superficie sugerían que también ellos habían sufrido una guerra.

Pasé el resto del agua a mi cantimplora y di una cariñosa palmadita a la inmensa tubería antes de colocar de nuevo el cubo y seguir adelante. La maquinaria pareció responderme con un distante y familiar repiqueteo. Seguí el sonido hasta llegar a una brillante interrupción de la piedra a mi izquierda.

Me acerqué al hueco y contemplé Ígnea. Era mi caverna natal y la mayor de las ciudades subterráneas que componían la Liga Desafiante. Desde mi posición elevada, tenía una vista impresionante de la inmensa caverna, llena de apartamentos rectangulares construidos como cubos que salían unos de otros.

El sueño de mi padre se había hecho realidad. Al derrotar a los krells aquel día, más de nueve años antes, aquellos pilotos novatos de caza estelar habían inspirado una nación. Decenas de clanes que una vez habían sido nómadas se habían congregado para colonizar Ígnea y las cavernas que la rodeaban. Cada clan conservaba todavía su propio nombre, procedente de la nave o la sección de la nave en la que había trabajado. Mi clan era el de los Makinkaps, que procedía de las antiguas palabras para designar a los técnicos de motores.

Todos juntos, nos hacíamos llamar los Desafiantes, por el nombre de nuestra nave insignia original.

Por supuesto, al congregarnos, habíamos llamado la atención de los krells. Los alienígenas seguían decididos a destruir a la humanidad, de modo que la guerra continuaba y necesitábamos un suministro constante de cazas estelares y pilotos para proteger nuestra incipiente nación.

Por encima de los demás edificios de Ígnea se alzaba el aparatare: antiguas forjas, refinerías y fábricas que bombeaban roca fundida desde abajo y creaban las piezas de los cazas estelares. El aparataje eran tan asombroso como único: aunque la maquinaria de las otras cavernas proporcionaba calor, electricidad o agua filtrada, solo el aparataje de Ígnea era capaz de llevar a cabo una manufactura compleja.

Por el hueco llegaba un aire caliente que me perló la frente de sudor. Ígnea era un lugar muy caluroso, al tener tantas refinerías, fábricas y cubas de algas. Y aunque estaba bien iluminado, por algún motivo el lugar siempre parecía tenebroso, con aquel resplandor entre rojo y anaranjado de las refinerías que lo iluminaba todo.

Dejé atrás la grieta y llegué a una vieja taquilla de mantenimiento que había descubierto en aquella pared. A primera vista, la puerta no se distinguía de cualquier otra parte del túnel de piedra, por lo que era relativamente segura. Al abrirla, dejé a la vista mis escasas posesiones secretas: piezas de recambio para mi arpón, otra cantimplora de reserva y la antigua insignia de piloto de mi padre. La froté para que me diera suerte y luego dejé la línea de luz, el cuaderno de los mapas y el arpón en la taquilla.

Saqué una basta lanza con punta de piedra, cerré la puerta y me eché de nuevo el saco al hombro. Ocho ratas pueden ser pero que muy incómodas de llevar, sobre todo cuando, incluso con diecisiete años, se tiene un cuerpo que se niega a superar el metro cincuenta y uno de altura.

Fui hasta la entrada normal de la caverna. Había dos soldados del ejército de tierra, que apenas entraba jamás en combate, vigilando la entrada. Aunque los conocía a los dos por su nombre de pila, me hicieron quedarme a un lado mientras fingían solicitar autorización para abrirme el paso. En realidad, era solo que les gustaba hacerme esperar.

Todos los días. Todos los tirdosos días.

Al final, Aluko vino hacia mí y empezó a registrar mi saco con mirada sospechosa.

—¿Qué clase de contrabando crees que intento colar en la ciudad? —le pregunté—. ¿Guijarros? ¿Musgo? ¿Alguna roca que haya insultado a tu madre, quizá?

Miró mi lanza como si se preguntara cómo había podido cazar ocho ratas con un arma tan simple. Bueno, pues que se lo preguntara. Al terminar, me devolvió al saco lanzándolo por el aire.

—Tira para adelante, cobarde.

Fuerza. Alcé la barbilla.

—Algún día —le dije—, escucharás mi nombre y se te llenarán los ojos de lágrimas de gratitud al pensar en lo afortunado que eres por haber ayudado alguna vez a la hija de Perseguidor.

—Preferiría olvidar hasta que te conozco. Tira para adelante.

Con la cabeza bien alta, entré en Ígnea y recorrí las calles hacia las Gloriosas Cotas de la Industria, que es como se llamaba mi barrio. Había llegado a la hora de un cambio de turno y me crucé con trabajadores en monos de distintos colores, cada cual ocupando su lugar en la enorme maquinaria que mantenía en marcha la Liga Desafiante y su guerra contra los krells. Operarios sanitarios, técnicos de mantenimiento, especialistas en cubas de algas.

No había pilotos, claro. Los pilotos fuera de servicio, en la reserva, dormían en las cavernas profundas, y los que estaban de servicio vivían en Alta, la misma base que mi padre había muerto protegiendo. Ya no era secreta. Había crecido hasta convertirse en una gran planta en la superficie, que alojaba docenas de naves, la estructura de mando aérea e instalaciones de entrenamiento. Era el lugar donde viviría yo a partir del día siguiente, cuando aprobara el examen y me convirtiera en cadete.

Pasé bajo una gran estatua metálica de los Primeros Ciudadanos, un grupo de personas que empuñaban armas simbólicas hacia el cielo en poses desafiantes, con naves elevándose tras ellos que dejaban estelas de metal. Aunque representaba a quienes habían combatido en la Batalla de Alta, mi padre no estaba entre ellos.

La siguiente esquina era la última antes de nuestro apartamento, uno de los muchos cubos de metal que brotaban de uno central más grande. El nuestro era pequeño, pero bastaba para tres personas, sobre todo teniendo en cuenta que yo pasaba días enteros en las cavernas, cazando y explorando.

Mi madre no estaba en casa, pero encontré a la yaya en el tejado, haciendo rollitos de algas para venderlos en nuestro carrito. A mi madre le habían prohibido tener un empleo oficial por lo que se suponía que había hecho mi padre, así que teníamos que ganarnos la vida por métodos poco convencionales.

La yaya alzó la mirada al oírme. Se llamaba Becca Nightshade —yo tenía el mismo apellido—, pero incluso quienes apenas la conocían la llamaban yaya. Había perdido la visión casi por completo hacía unos años y sus ojos se habían puesto de un blanco lechoso. Estaba encorvada y trabajaba con unos brazos flacos como palos, pero aun así era la persona más fuerte que conocía.

—¡Anda! —exclamó—. ¡Pero si suena a que llega Spensa! ¿Cuántas has cazado hoy?

—¡Ocho! —Solté mi botín delante de ella—. Y algunas están muy jugosas.

—Siéntate, siéntate —dijo la yaya, apartando el tapete lleno de rollitos—. ¡Vamos a limpiarlas y a cocerlas! Si nos damos prisa, podemos tenerlas listas para que tu madre las venda hoy mismo, y yo empezaré a curtir las pieles.

En realidad, debería haberme ido a clase; la yaya había vuelto a olvidarse. Pero ¿qué sentido tenía? En los últimos tiempos solo nos daban charlas sobre los distintos trabajos que podían hacerse en la caverna, y yo ya había elegido qué quería ser. Aunque se suponía que el examen para hacerse piloto era difícil, Rodge y yo llevábamos diez años estudiando. Íbamos a aprobar seguro. Así que ¿para qué quería escuchar lo genial que era hacerse operario de cubas de algas, o lo que fuese?

Además, como tenía que dedicar tiempo a la caza, me saltaba muchas clases, por lo que no sería apta para ningún otro trabajo. Me preocupaba de asistir a las clases que tenían que ver con el vuelo: diseño y reparación de naves, matemáticas, historia militar. Si conseguía llegar a alguna otra, mejor para mí.

Me senté y ayudé a la yaya a desollar y destripar las ratas. Aunque ella trabajaba al tacto, era limpia y eficiente.

—¿De quién quieres que te hable hoy? —me preguntó, con la cabeza gacha y los ojos casi cerrados.

—¡De Beowulf!

—Ah, conque el rey de los gautas, ¿eh? ¿No te apetece Leif Erikson? Era el preferido de tu padre.

—¿Ese mató a un dragón?

—Descubrió un nuevo mundo.

—¿Con dragones?

La yaya soltó una risita.

—Una serpiente emplumada, según algunas leyendas, pero no conozco ninguna historia de que lucharan. Pues bien, Beowulf fue un hombre poderoso. Era antepasado tuyo, ¿sabes? No mató al dragón hasta que ya era bastante mayor, pero se ganó su fama luchando contra monstruos.

Trabajé en silencio con mi cuchillo, pelando y sacando las tripas a las ratas para luego trocear la carne y echarla en una cacerola para hacer estofado. En la ciudad, casi todo el mundo se alimentaba a base de pasta de algas. La carne de verdad, de reses o cerdos criados en unas cavernas con iluminación especial y equipamiento ambiental, era demasiado escasa para comerla a diario. Así que la gente recurría al trueque para conseguir carne de rata.

Me encantaba la forma que tenía la yaya de contar historias. Bajaba la voz cuando los monstruos siseaban y la subía cuando los héroes proclamaban sus bravatas a los cuatro vientos. Trabajaba con dedos hábiles mientras narraba el relato del antiguo héroe vikingo que acudió en ayuda de los daneses en su hora de mayor necesidad. Era un guerrero amado por todos, que luchó con valentía incluso cuando se enfrentaba a un adversario más grande y poderoso que él.

—Y cuando el monstruo se hubo escabullido para morir —dijo la yaya—, el héroe sostuvo en alto el brazo entero de Grendel, hombro incluido, como un macabro trofeo. Había vengado la sangre de los caídos, demostrándose un hombre fuerte y valeroso.

Sonó un tintineo desde abajo, en el apartamento. Mi madre había vuelto. De momento, no le hice caso.

—¿Le arrancó el brazo solo con las manos? —pregunté.

—Era fuerte —dijo la yaya—, y un auténtico guerrero. Pero era del pueblo antiguo, que luchaba con las manos y la espada. —Se inclinó hacia

delante—. Tú lucharás con la destreza de tus manos y tu ingenio. Pilotando una nave estelar, no te hará falta arrancarle el brazo a nadie. Dime, ¿has hecho tus ejercicios?

Puse los ojos en blanco.

—Eso lo he visto —dijo la yaya.

—Mentira.

—Cierra los ojos.

Cerré los ojos y eché atrás la cabeza, con la cara hacia el techo de la caverna, muy por encima de nosotras.

—Escucha las estrellas —dijo la yaya.

—Solo oigo…

—Que escuches las estrellas. Visualízate a ti misma volando.

Suspiré. Adoraba a la yaya y sus historias, pero aquella parte siempre me aburría. Aun así, intenté hacer lo que me había enseñado y, allí sentada con la cabeza hacia atrás, traté de imaginar que me elevaba hacia el cielo. Traté de hacer que todo lo demás se desvaneciera a mi alrededor y de visualizar unas estrellas que brillaban con fuerza por encima.

—Yo hacía este ejercicio con mi madre en las salas de máquinas de la *Desafiante* —dijo la yaya en voz baja—. Trabajábamos en la mismísima nave insignia, un crucero de guerra más grande que toda esta caverna. Me quedaba sentada y escuchaba el zumbido de los motores, y también algo que había más allá de él. Las estrellas.

Intenté imaginármela de pequeña, y por algún motivo eso me ayudó. Con los ojos cerrados, sentí casi que flotaba. Que extendía los brazos hacia arriba…

—Los técnicos de motores —dijo la yaya— éramos los raros entre los demás grupos de la tripulación. Nos veían como a gente extraña, pero éramos quienes mantenían la nave en movimiento. Hacíamos que viajara entre las estrellas. Mi madre decía que era porque podíamos oírlas.

Creí… solo por un momento… que estaba oyendo algo allí fuera. ¿Sería producto de mi imaginación? Era un sonido puro y lejano…

—Incluso después de estrellarnos aquí, los de motores nos mantuvimos unidos —prosiguió la yaya—. El clan Makinkaps. Si los demás dicen que eres rara, es porque se acuerdan de eso, y tal vez porque nos teman. Esa es tu herencia. La herencia de guerreros que surcaron el cielo y que al cielo regresarán. Escucha.

Dejé escapar un largo y relajante suspiro mientras eso, lo que fuese que creyera haber oído, se desvanecía. Abrí los ojos y me sorprendió, durante un

segundo, hallarme de vuelta en aquel tejado, rodeada por la rojiza luz de Ígnea.

—¿Nos dedicábamos al mantenimiento de los motores y a hacer avanzar la nave? —dije—. ¿Qué tiene que ver eso con ser guerreros? ¿No habría sido mejor disparar las armas?

—¡Solo un bobo creería que las armas son más importantes que la estrategia y el movimiento! —exclamó la yaya—. Mañana volveré a hablarte de Sun Tzu, el mayor general de todos los tiempos. Sun Tzu enseñaba que lo que ganaba las guerras era la posición y la preparación, no las espadas o las lanzas. Era un gran hombre. Y antepasado tuyo, ¿sabes?

—Prefiero a Gengis Kan —dije yo.

—Un tirano y un monstruo —repuso la yaya—, aunque sí, hay mucho que aprender de la vida de Gengis Kan. Pero ¿te he hablado alguna vez de la reina Boudica, la rebelde que se alzó desafiante contra los romanos? Era…

—¿Antepasada suya? —interrumpió mi madre, que subía por la escalera exterior del edificio—. Era una celta británica. Beowulf era sueco, Gengis Kan mongol y Sun Tzu chino. ¿Y se supone que todos ellos son antepasados de mi hija?

—¡Toda la antigua Tierra es nuestro linaje! —dijo la yaya—. Tú, Spensa, procedes de una estirpe de guerreros que se remonta milenios atrás en el tiempo, una línea que nos une a la antigua Tierra y a la mejor de su sangre.

Mi madre puso los ojos en blanco. Era todo lo que no era yo: alta, hermosa, tranquila. Se fijó en las ratas, pero entonces me miró y se cruzó de brazos.

—Puede que tenga la sangre de guerreros, pero hoy llega tarde a clase.

—Ya está en clase —objetó la yaya—. En la clase importante.

Me levanté y me limpié las manos con un trapo. Sabía cómo se enfrentó Beowulf a monstruos y dragones, pero ¿cómo se enfrentaría a su madre en un día en el que debería estar en la escuela? Me conformé con un vago encogimiento de hombros.

Mi madre me miró.

—Murió, ¿sabes? —dijo—. Beowulf murió luchando contra ese dragón.

—¡Luchó hasta el último ápice de sus fuerzas! —exclamó la yaya—. Derrotó a la bestia, aunque le costara su vida. ¡Y llevó una paz y una prosperidad sin precedentes a su pueblo! Todos los grandes guerreros luchan por la paz, Spensa. Eso recuérdalo.

—Como mínimo, luchan por la ironía —dijo mi madre. Volvió a mirar las ratas—. Gracias. Pero andando, venga. ¿No tienes el examen de piloto

mañana?

—Estoy preparada para el examen —respondí—. Hoy solo van a aprender cosas que no necesito saber.

Mi madre me siguió mirando, inflexible. Todos los grandes guerreros sabían cuándo estaban derrotados, así que di un abrazo a la yaya y le susurré:

—Gracias.

—El alma de un guerrero —me respondió ella con otro susurro—. Recuerda tus ejercicios. Escucha las estrellas.

Sonreí, me marché y me limpié a toda prisa antes de salir hacia lo que esperaba que fuese mi último día de clase.

2

Quiere contarnos lo que hace a diario en el Cuerpo de Saneamiento, ciudadano Alfir?

La señora Vmeer, nuestra instructora de estudios laborales, hizo un gesto alentador al hombre que estaba de pie delante de la clase.

El tal ciudadano Alfir no se parecía en nada a lo que yo había supuesto que sería un trabajador de saneamiento. Aunque llevaba mono de sanitario y guantes de goma, en realidad era guapo: mandíbula cuadrada, brazos fornidos, vello del pecho sobresaliendo por encima del ceñido cuello de su mono.

Casi podía imaginármelo como Beowulf. Hasta que habló.

—Bueno, sobre todo nos ocupamos de mantener desembozado el sistema —dijo—, para que las aguas negras, que vienen a ser sobre todo desechos humanos, puedan fluir de vuelta a las plantas de procesado y que el aparataje separe el agua y los minerales útiles.

—Suena perfecto para ti —susurró Dia, inclinándose hacia mí—. ¿Limpiar desperdicios? Un paso adelante para la hija de un cobarde.

No podía atizarle un puñetazo, por desgracia. Dia no solo era la hija de la señora Vmeer, sino que además yo ya tenía una advertencia por pelearme. Reincidir me impediría hacer el examen, lo cual era una estupidez: ¿no querían que los pilotos fuesen grandes luchadores?

Estábamos sentados en el suelo de un aula pequeña. Ese día no teníamos pupitres, porque los había solicitado otro instructor. Me sentía como una niña de cuatro años a la que estuvieran leyendo un cuento.

—Quizá no os parezca muy glorioso —dijo Alfir—, pero sin el Cuerpo de Saneamiento, ninguno de nosotros tendría agua. Los pilotos no pueden volar si no tienen nada que beber. En cierto modo, tenemos el trabajo más importante de las cavernas.

Aunque me había perdido varias de aquellas charlas, había oído las suficientes. A principios de semana, los trabajadores del Cuerpo de Ventilación habían dicho que su trabajo era el más importante de todos. Igual que los obreros el día antes. Igual que los trabajadores de la forja, los limpiadores y los cocineros.

Todos nos habían dado el mismo discurso, a grandes rasgos. Decían que todos éramos piezas importantes de la maquinaria que combatía a los krells.

—Todos los trabajos de la caverna son esenciales para la maquinaria que nos mantiene con vida —dijo Alfir, como reflejando mis pensamientos—. No podemos ser todos pilotos, pero no hay un empleo que sea más importante que los demás.

A continuación iba a decir algo sobre saber cuál era tu lugar y obedecer las órdenes.

—Para uniros a nosotros, tendréis que ser capaces de seguir las instrucciones —dijo el hombre—. Tenéis que estar dispuestos a cumplir con vuestra misión, por insignificante que pueda pareceros. Recordad: la obediencia es desafío.

Yo lo entendía, y hasta cierto punto estaba de acuerdo con él. Los pilotos no conseguirían gran cosa en la guerra sin agua, o sin comida, o sin saneamiento.

Pero aun así, aceptar alguno de aquellos trabajos me daba una sensación de conformismo. ¿Dónde estaba la chispa, la energía? Se suponía que éramos los Desafiantes. Que éramos guerreros.

La clase aplaudió con educación cuanto terminó de hablar el ciudadano Alfir. Al otro lado de la ventana, otros trabajadores caminaban en fila por debajo de estatuas con formas rectilíneas, geométricas. A veces parecíamos mucho menos una maquinaria bélica que un reloj para medir cuánto duraban los turnos de trabajo.

Los alumnos se levantaron para tomarse un descanso y yo me alejé a zancadas antes de que Dia pudiera lanzarme otra pulla. La chica llevaba toda la semana intentando provocarme para que me metiera en líos.

Me acerqué a un alumno que estaba al fondo del aula, un chico pelirrojo y larguirucho. Había abierto un libro para ponerse a leer en el mismo instante en que terminó la charla.

—Rodge —lo llamé—. ¡Galimatías!

Su apodo, el identificador que le habíamos elegido para cuando se convirtiera en piloto, hizo que levantara la mirada.

—¡Spensa! ¿Cuándo has llegado?

—A mitad de la charla. ¿No me has visto entrar?

—Estaba repasando de memoria las listas de diagramas de vuelo. Tirda, nos queda solo un día. ¿Tú no estás nerviosa?

—Pues claro que no. ¿Por qué tendría que estar nerviosa? Lo tengo controlado.

—Yo no lo veo tan claro. —Rodge echó una mirada fugaz a su libro de texto.

—¿Estás de broma? Pero si te lo sabes todo, Gali.

—Creo que deberías llamarme Rodge. En fin, todavía no nos hemos ganado las identificaciones. No hasta que aprobemos el examen.

—Cosa que está claro que haremos.

—Pero ¿y si no hemos estudiado lo que deberíamos?

—¿Cuáles son las cinco maniobras básicas de giro?

—La horquilla inversa —respondió de inmediato—, el bucle Ahlstrom, la vuelta gemela, el vuelco sobre ala y el giro Imban.

—¿Umbrales de alarma de la FDD para la aceleración de las distintas maniobras?

—Diez G en ascenso o escora, quince G hacia delante, cuatro G en un picado.

—¿Tipo de propulsor que lleva el interceptor Poco?

—¿Qué diseño?

—El actual.

—A-19. Sí, esas cosas me las sé, Spensa. Pero ¿y si en el examen no salen esas preguntas? ¿Y si trata sobre cosas que no hemos estudiado?

Al oírlo, sentí enraizar la más tenue semilla de la duda. Aunque habíamos hecho exámenes de práctica, los contenidos de la prueba para pilotos cambiaban cada año. Siempre había preguntas sobre propulsores, componentes de cazas y maniobras, pero en teoría podían preguntarnos sobre cualquier parte de nuestro aprendizaje.

Yo me había saltado muchas clases, pero sabía que no tenía por qué preocuparme. Beowulf no se preocuparía. La confianza era el alma del heroísmo.

—Voy a clavar ese examen, Gali —dije—. Tú y yo vamos a ser los mejores pilotos de la Fuerza de Defensa Desafiante. ¡Lucharemos tan bien que los krells alzarán sus lamentos al cielo como el humo sobre una pira, llorando desesperados ante nuestro avance!

Gali ladeó la cabeza.

—¿Me he pasado un poco? —pregunté.

—¿De dónde sacas esas frases?

—Suenan a cosas que podría decir Beowulf.

Rodge volvió a apoyar la espalda para estudiar, y supongo que yo debería haber hecho lo mismo. Pero una parte de mí estaba harta de estudiar, de intentar embutir cosas en mi cerebro. Quería que llegara la prueba de una vez.

Por desgracia, ese día aún nos quedaba una clase. Escuché cómo charlaba la otra docena aproximada de estudiantes, pero no estaba de humor para

soportar sus tonterías. Así que me dediqué a pasearme como un animal enjaulado, hasta que vi que la señora Vmeer caminaba hacia mí acompañada por Alfir, el empleado de saneamiento.

La instructora llevaba una blusa verde brillante, pero la insignia plateada de cadete que tenía en el pecho era lo que de verdad denotaba sus logros. Significaba que había aprobado el examen de piloto. Luego debía de haber abandonado la escuela de vuelo, o tendría una insignia dorada, pero no era tan raro que la gente lo dejara. Y allí abajo, en Ígnea, incluso una insignia de cadete era señal de un gran éxito. La señora Vmeer tenía privilegios especiales en la asignación de ropa y comida.

No era mala profesora. No me trataba de forma muy distinta a los demás alumnos, y apenas me fruncía el ceño nunca. Me caía bastante bien, aunque su hija fuese una criatura de oscuridad destilada, merecedora solo de una muerte violenta para que su cadáver sirviera para elaborar pociones.

—Spensa —dijo la señora Vmeer—, el ciudadano Alfir quería hablar contigo.

Me preparé para las preguntas sobre mi padre. Todo el mundo quería preguntarme siempre por él. ¿Cómo era la vida de la hija de un cobarde? ¿Tenía ganas de esconderme de ello? ¿Me había planteado cambiarme el apellido? La gente que se creía empática siempre hacía preguntas como esas.

—He oído que eres toda una exploradora —dijo Alfir.

Abrí la boca para espetarle una réplica, pero me mordí la lengua. ¿Qué había dicho?

—Sales a las cuevas —siguió diciendo—. ¿Es para cazar?

—Eh… sí —respondí—. Ratas.

—Nos hace falta gente como tú —afirmó Alfir.

—¿En Saneamiento?

—Gran parte de la maquinaria que mantenemos discurre por cavernas lejanas. Hacemos expediciones hasta ellas, y necesitamos personas duras para esas salidas. Si quieres un trabajo, te lo estoy ofreciendo.

Un empleo. ¿En Saneamiento?

—Yo voy a ser piloto —le solté.

—El examen de piloto es difícil —repuso Alfir, con una mirada a la profesora—. No lo aprueba mucha gente. Lo que te ofrezco es un puesto garantizado con nosotros. ¿Seguro que no quieres pensártelo?

—No, gracias.

Alfir se encogió de hombros y se marchó. La señora Vmeer me observó un momento y luego negó con la cabeza y fue a recibir a la siguiente oradora.

Yo retrocedí hasta la pared y me crucé de brazos. La señora Vmeer sabía que iba a ser piloto. ¿Por qué se le había ocurrido que podría aceptar una oferta como aquella? Y Alfir no podía haber sabido nada de mí sin que ella le dijera algo, de modo que ¿qué estaba pasando?

—No van a dejarte ser piloto —dijo una voz a mi lado.

Miré y comprendí, demasiado tarde, que sin saberlo me había puesto al lado de Dia. La chica de cabello moreno estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la pared. ¿Por qué no estaba charlando con los demás?

—No tienen otra opción —le dije—. Todo el mundo puede presentarse al examen de piloto.

—Todos pueden presentarse —replicó Dia—, pero ellos deciden quién lo aprueba, y no siempre son justos. Los hijos de los Primeros Ciudadanos entran automáticamente.

Eché una mirada al cuadro de los Primeros Ciudadanos que había en la pared. Los teníamos en todas las aulas. Y sí, sabía que sus hijos entraban en la escuela de vuelo sin tener que superar ninguna prueba. Se lo merecían, ya que sus padres habían combatido en la Batalla de Alta.

Sobre el papel, mi padre también lo había hecho, pero no contaba con que eso me sirviera de nada. Aun así, siempre me habían dicho que hacer un buen examen garantizaba el acceso a la escuela de vuelo, sin importar la posición social. A la Fuerza de Defensa Desafiante, la FDD, le daba igual quién fueras, siempre que supieras volar.

—Ya sé que no cuento como hija de un Primero —dije—, pero si apruebo, entraré. Igual que cualquier otro.

—Ahí está el asunto, boba. No vas a aprobar, pase lo que pase. Anoche oí a mis padres hablar de eso. La almirante Férrea ha dado orden de que te lo impidan. No creerías de verdad que iban a permitir que la hija de Perseguidor volara para la FDD, ¿o sí?

—Mientes. —Sentí que se me helaba la cara de furia. Intentaba provocarme otra vez para que cogiera una rabieta.

Dia se encogió de hombros.

—Ya lo verás. A mí me da lo mismo. Mi padre ya me ha conseguido un empleo en el Cuerpo de Administración.

Vacilé. Aquello no era como sus insultos de siempre. No tenía la misma mordida cruel, no daba la misma sensación de provocación divertida. A ella… de verdad parecía darle igual si la creía o no.

Crucé el aula hasta donde la señora Vmeer hablaba con la nueva oradora, una mujer del Cuerpo de Cubas de Algas.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Un momento, Spensa.

Me quedé allí de pie, entrometiéndome en su conversación con los brazos cruzados, hasta que por fin la señora Vmeer suspiró y se me llevó a un lado.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó—. ¿Te has replanteado la generosa oferta del ciudadano Alfir?

—¿La almirante en persona ha ordenado que yo no apruebe el examen de piloto?

La señora Vmeer entrecerró los ojos, giró la cabeza y miró hacia su hija.

—¿Es verdad? —insistí.

—Spensa —dijo la señora Vmeer, mirándome de nuevo—. Tienes que entender que este es un asunto muy delicado. La reputación de tu padre es…

—¿Es verdad?

La señora Vmeer apretó los labios y no respondió.

—¿Son todo mentiras, entonces? —pregunté—. ¿Todo eso que dicen de la igualdad y de que lo único importante es la destreza? ¿De encontrar el puesto adecuado para ti y servir en él?

—Es complicado —dijo la señora Vmeer. Bajó la voz—. Mira, ¿por qué no te saltas el examen mañana y le ahorras la vergüenza a todo el mundo? Ven a hablar conmigo y miraremos qué empleo podría convenirte. Si no es en Saneamiento, ¿qué tal en las tropas de tierra?

—¿Para pasarme el día entero montando guardia? —repliqué, en voz cada vez más alta—. Necesito volar. ¡Necesito demostrar que valgo!

La señora Vmeer suspiró y negó con la cabeza.

—Lo siento, Spensa, pero esto era imposible desde el principio. Ojalá algún profesor tuyo hubiera tenido la valentía de quitarte la idea de la cabeza cuando eras más pequeña.

En ese momento, todo se derrumbó a mi alrededor. Un futuro ensoñado. Una huida meticulosamente imaginada de mi vida de escarnio.

Mentiras. Mentiras que una parte de mí ya sospechaba. Pues claro que no iban a dejarme aprobar el examen. Pues claro que sería demasiado bochornoso permitirme volar.

Quería montar en cólera. Quería pegar a alguien, romper algo, chillar hasta que me sangraran los pulmones.

Pero lo que hice fue salir del aula, alejarme de los ojos burlones de los otros alumnos.

3

Busqué refugio en las silenciosas cavernas. No me atrevía a volver con mi madre y mi abuela. Mi madre sin duda se alegraría: había perdido a su marido a manos de los krells, y la aterrorizaba la idea de que yo sufriera el mismo destino. La yaya… me diría que peleara.

Pero ¿pelear contra qué? Eran precisamente los militares quienes no me querían.

Me sentía como una idiota. Llevaba un montón de tiempo diciéndome a mí misma que sería piloto y, en realidad, nunca había tenido ni la menor oportunidad. Seguro que mis profesores habían estado todos esos años riéndose de mí a escondidas.

Recorrí una caverna desconocida en el límite de la zona que había explorado, a horas de distancia de Ígnea. Y aun así, me perseguían los sentimientos de vergüenza y rabia.

Menuda imbécil había sido.

Llegué al borde de un precipicio subterráneo, me arrodillé y activé la línea de luz de mi padre dándome un golpecito en la palma con dos dedos, un acto que el brazalete era capaz de detectar. Empezó a brillar más. La yaya decía que habíamos traído esos dispositivos con nosotros a Detritus, que formaban parte del equipo que usaban los exploradores y guerreros de la antigua flota espacial humana. Yo no debería tener el mío, pero todo el mundo creía que había quedado destruido cuando mi padre se estrelló.

Coloqué la muñeca contra la piedra del acantilado y me di otro golpecito en la palma de la mano. Esa orden hizo que una línea de energía se adhiriera a la roca, enlazando mi brazalete con la piedra.

Un golpecito con tres dedos hizo salir más cuerda luminosa. Usando ese margen y con la cuerda en la mano, podía superar el borde y descender hasta el fondo. Cuando puse los pies en el suelo, otro toque con dos dedos hizo que la cuerda se soltara de la piedra de arriba y se replegara al interior del brazalete. No sabía cómo funcionaba la línea de luz, solo que tenía que recargarla cada mes o dos, cosa que hacía a hurtadillas conectándola a los enchufes de las cavernas.

Entré despacio en una cueva llena de setas kurdi. Sabían a rayos, pero eran comestibles y a las ratas les encantaban. Aquel sería un territorio de caza

estupendo, así que apagué la luz y me senté a esperar, afinando el oído.

Nunca había tenido miedo a la oscuridad. Me recordaba al ejercicio que me enseñó la yaya, el de ascender flotando hacia las estrellas que cantaban. No podías temer la oscuridad si eras una luchadora. Y yo era una luchadora.

Iba… Iba a… a ser piloto…

Levanté la mirada, intentando apartar esa sensación de pérdida. Me descubrí elevándome. Hacia las estrellas. Y de nuevo me pareció oír que algo me llamaba, como el sonido de una flauta distante.

Un sonido rasposo me devolvió a la caverna. Garras de rata contra la piedra. Alcé mi arpón, guiada por movimientos que tenía muy interiorizados, y activé un ápice de iluminación en la línea de luz.

La rata, presa del pánico, se volvió hacia mí. Me tembló el dedo en el gatillo, pero la vi huir sin disparar. Total, ¿para qué? ¿De verdad iba a seguir con mi vida como si no hubiera pasado nada?

Lo normal era que explorar me hiciera olvidar los problemas. Pero ese día no me los quitaba de la cabeza; era como si tuviera una piedrecita en el zapato. «¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas que acaban de robarte tus sueños?».

Me sentía igual que en los primeros días después de la muerte de mi padre. Cuando todos los momentos, todos los objetos, todas las palabras me recordaban a él y al repentino hueco que se había abierto en mi interior.

Suspiré, enlacé un extremo de la línea de luz al arpón y le ordené que se enganchara a lo siguiente que tocase. Apunté a la cima de otro acantilado y disparé, con lo que la cuerda brillante e ingrávida se quedó adherida. Empecé a trepar, con el arpón traqueteando contra mi espalda en sus correas.

De niña, había tenido la fantasía de que mi padre sobrevivía al impacto. Que lo tenían prisionero en aquellos túneles inacabables e inexplorados. Imaginaba que iba a salvarlo, como si fuese la protagonista de una historia de la yaya. Gilgamesh, o juana de Arco, o Tarzán de Greystoke. Una heroína.

La caverna se sacudió un poco, como enfurecida, y cayó polvo del techo. Un impacto, arriba, en la superficie.

«Sí que ha caído cerca», pensé. ¿Tanto había ascendido por las cuevas? Saqué mi cuaderno de mapas dibujados a mano. Llevaba fuera bastante rato ya. Horas, como mínimo. Me había echado una siestecilla unas cavernas más atrás…

Miré el reloj de la línea de luz. La noche había llegado y pasado y ya era casi mediodía de la fecha del examen, que tendría lugar con la tarde avanzada. Supuse que debería haber emprendido el regreso. Mi madre y la yaya se preocuparían si no aparecía para el examen.

«Al cuerno el examen», pensé, imaginándome lo indignada que me sentiría si no me dejaban pasar por la puerta. Así que continué ascendiendo por un paso angosto que daba a otro túnel. Allí fuera, por una vez, mi tamaño era una ventaja.

Otro impacto sacudió las cavernas. Con tantos cascotes cayendo, subir a la superficie era una estupidez de aúpa. Me daba igual. Tenía el ánimo temerario. Sentí, casi oí, algo que me impulsaba a seguir avanzando. Continué el ascenso hasta que por fin llegué a una grieta en el techo. Brillaba luz desde el otro lado, pero era de un color blanco constante, no lo bastante anaranjada. También entraba aire fresco, lo que era buena señal. Empujé la mochila por delante, me interné en la grieta y salí a la luz.

La superficie. Miré hacia arriba y contemplé el cielo de nuevo. Por mucho que lo viera, siempre me dejaba sin aliento.

Una cieluz lejana iluminaba un sector del terreno, pero yo estaba en las sombras. Por encima, el cielo centelleaba con una lluvia de escombros. Líneas radiantes, como tajos. Una formación de tres cazas estelares de clase exploradora volaban entre ellas, observando. Los cascotes que caían solían ser partes rotas de naves o basura espacial de otros tipos, y podían recuperarse cosas valiosas de ellos. Pero nos fastidiaban las lecturas de radar y podían ocultar una incursión krell.

Me quedé en pie sobre la arena azul grisácea y me dejé inundar por el asombro que me provocaba el cielo, por la peculiar sensación del viento en las mejillas. Había salido cerca de la base Alta, visible en la lejanía, quizá a una media hora andando de distancia. Desde que los krells sabían dónde estábamos, no tenía mucho sentido ocultar la base, de modo que se había expandido a partir del búnker escondido inicial hasta estar formada por varios edificios grandes con un perímetro amurallado, baterías antiaéreas y un escudo invisible que la protegía de los cascotes.

Fuera de esa muralla había grupos de personas trabajando en una pequeña franja de algo que siempre me había parecido extraño: árboles y campos. ¿Qué estaban haciendo? ¿Intentaban cultivar comida en aquel suelo polvoriento?

No me atrevía a acercarme. Los guardias me tomarían por una carroñera de alguna caverna lejana. Aun así, había algo muy vistoso en el brillante verde de aquellos campos y las tercas murallas de la base. Alta era un monumento a nuestra determinación. Durante tres generaciones, la humanidad había vivido en aquel planeta como ratas y nómadas, pero no estábamos dispuestos a seguir escondiéndonos.

La escuadrilla de naves estelares regresó hacia Alta y yo di un paso en su misma dirección. «Tienes que aspirar a algo más elevado —me había dicho mi padre—. A algo más grandioso».

¿Y dónde me había llevado hacerlo?

Me eché al hombro la mochila y el arpón y arranqué a andar en la dirección opuesta. Había estado en un pasaje cercano hacía un tiempo y pensé que, si exploraba más, podría conectar varios de mis mapas. Por desgracia, al llegar descubrí que la entrada del pasaje estaba completamente derruida.

Unos escombros espaciales cayeron contra la superficie no muy lejos, levantando una nube de polvo. Alcé la mirada y vi que caían desde arriba unos trozos más pequeños, metálicos e incandescentes.

Directos hacia mí.

«¡Tirda!».

Di media vuelta y retrocedí a toda velocidad.

«No. ¡Nonononono!». El aire rugió y sentí el calor de los cascotes cada vez más cercanos.

«¡Ahí!». Distinguí la pequeña abertura de una caverna en la superficie, medio grieta, medio boca de cueva. Me arrojé hacia ella, resbalé y llegué al interior.

Sonó un estruendo enorme a mi espalda, que pareció agitar el planeta entero. Frenética, activé la línea de luz y me di con el brazo contra una piedra mientras me precipitaba a un revoltijo arremolinado. Levanté la mano de golpe y conecté la línea de luz con la pared mientras caían lascas de roca y guijarros a mi alrededor. La caverna tembló.

Luego, todo se quedó quieto. Parpadeé para quitarme el polvo de los ojos y me encontré colgando de mi línea de luz en el centro de una caverna pequeña, de unos diez o quince metros de altura. En algún momento había perdido la mochila, y tenía el brazo lleno de rasguños.

«Genial. Maravilloso, Spensa. Esto es lo que pasa cuando coges una rabieta». Gemí, con la cabeza palpitando, y di un golpe con los dedos contra la palma de la mano para extender la línea de luz y descender al suelo.

Me dejé caer para recobrar el aliento. Sonaban más impactos en la distancia, pero iban menguando.

Por fin me puse de pie con dificultades y me quité el polvo de encima. Conseguí localizar la correa de mi mochila asomando de unos escombros cercanos. La saqué de un tirón y comprobé que dentro estaban aún la cantimplora y los mapas. Parecían intactos.

El arpón era otro cantar. Encontré la empuñadura, pero no había ni rastro de lo demás. Estaría todo enterrado en el montón de escombros.

Me dejé caer sentada contra una piedra. Sabía de sobra que no debía subir a la superficie durante las lluvias de cascotes. Me había ganado a pulso lo que me había pasado.

Oí el sonido de arañazos cercanos. ¿Sería una rata? Alcé el mango del arpón al instante, y entonces me sentí doblemente tonta. De todos modos, me obligué a levantarme, me eché la mochila al hombro e incrementé la luz del brazalete. Una sombra se escabulló y fui tras ella, cojeando solo un poco. Quizá lograra encontrar otra salida de aquel sitio.

Levanté el brazalete para iluminar la caverna. La luz se reflejó en algo’ que tenía delante. ¿Metálico? ¿Quizá alguna tubería?

Anduve hacia ello y a mi cerebro le costó un momento comprender lo que estaba viendo. Allí, encajada en una esquina de la caverna y rodeada de cascotes, había nada menos que una nave.

4

Era un caza estelar.

Antiguo, de un diseño que me era desconocido del todo. Tenía mayor envergadura que las naves de la FDD, y forma de diabólica W. Unas alas horizontales y finas como cuchillas a ambos lados de una cabina vieja y cubierta de polvo en el centro. El anillo de pendiente, lo que permitía elevarse a los cazas estelares, estaba enterrado en los cascotes bajo la nave, pero, por lo que pude ver, parecía entero.

Durante un momento, me olvidé del examen. ¡Una nave!

¿Cuanto tiempo llevaba allí, para haber acumulado tantos escombros alrededor y tanto polvo? Un ala estaba doblada casi hasta el suelo, supuse que por algún derrumbamiento, y los propulsores traseros estaban hechos polvo del todo.

No conocía el modelo. Eso era lo más increíble de todo. Me sabía todos los diseños de la FDD, todas las naves krells y los modelos de naves comerciales itinerantes que usaban los clanes nómadas humanos. Hasta había estudiado las viejas naves que habíamos pilotado durante las primeras décadas después de estrellarnos en Detritus.

Casi podía recitarlas todas de un tirón incluso durmiendo, y dibujar sus siluetas de memoria. Pero aquel diseño no lo había visto nunca. Dejé la mochila en el suelo y trepé, con cuidado, por el ala que estaba doblada. Mi brazalete iluminó el ascenso mientras yo raspaba con las botas la capa de polvo incrustado, revelando una superficie metálica llena de rayaduras. La parte derecha de la nave estaba más destrozada que el resto.

«Hizo un aterrizaje forzoso aquí —pensé—, hace mucho tiempo».

Llegué hasta cerca de la cabina circular, cuya cubierta de cristal (bueno, probablemente de plástico de fusión) me sorprendió por estar intacta. Debían de haber transcurrido generaciones enteras desde la última vez que la nave tuvo la suficiente energía para abrir la cabina, pero encontré el panel de liberación manual justo donde esperaba que estuviera. Le quité el polvo de encima y encontré letras… en inglés. Decía: APERTURA DE CUBIERTA DE EMERGENCIA.

Por lo tanto, la nave de verdad era de manufactura humana. Así que debía de ser vieja. Casi con toda seguridad, tan antigua como el aparataje y el

cinturón de cascotes.

Tiré de la palanca de liberación, pero fue en vano. La cubierta estaba atascada. Puse los brazos en jarras y me planteé romperla, pero me pareció que sería una lástima. Aquello era una antigüedad y debería estar sobre un pedestal en el museo de naves de Ígnea, donde rendíamos homenaje a los guerreros del pasado. No había ningún esqueleto en la cabina, de modo que o bien el piloto había escapado o bien llevaba allí tanto tiempo que incluso los huesos se habían convertido en polvo.

«Muy bien, vamos a hacer esto con delicadeza». Yo podía ser delicada. Era pero que muy delicada. Siempre, siempre.

Adherí el extremo de mi línea de luz a la palanca de apertura y fui por encima de la nave hasta los escombros de la cola, donde uní la otra punta a un peñasco. Separé la cuerda de energía por completo del brazalete, que dejó de brillar. La cuerda podía funcionar una o dos horas separada de su fuente de energía, pero se quedaba fija en la longitud que tenía al liberarla.

Me agaché, apoyé la espalda contra la pared y empujé el peñasco con los pies. Empezó a rodar hacia abajo sobre los escombros, y en el instante en que oí un chasquido procedente de la cabina, desactivé la línea de luz con un golpecito. La cuerda brillante se separó por los dos extremos y el brazalete la reabsorbió.

Una vez hecho eso, regresé y encontré la palanca accionada y la antigua cabina abierta de par en par. Con gran reverencia, levanté del todo la cubierta, lo que hizo caer el polvo por ambos lados. El interior parecía muy muy bien conservado. De hecho, al meterme en la cabina, descubrí que el asiento estaba duro, pero el cuero no estaba agrietado ni descomponiéndose.

«Los controles son parecidos», pensé, apoyando la mano izquierda en el acelerador y la derecha en la esfera de control, con los dedos en sus surcos. Ya me había metido en modelos de cabinas en el museo, pero nunca en una nave de verdad.

Metí la mano en el bolsillo y toqué la insignia de mi padre, que había sacado de su escondrijo antes de internarme en los túneles. La sostuve en alto y dejé que reluciera, iluminada por mi brazalete. ¿Sería aquello lo que había sentido mi padre, esa acogedora sensación de pertinencia al sentarse en una cabina? ¿Qué pensaría si supiera que su hija dedicaba el tiempo a cazar ratas? ¿Que estaba allí, en una caverna polvorienta, en vez de haciendo el examen de piloto?

¿Que se había rendido en vez de pelear?

—¡No me he rendido! —exclamé—. ¡No he huido!

Pero… bueno, en realidad, sí. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? No podía enfrentarme al sistema entero. Si la líder de la FDD, la mismísima almirante Férrea, no quería que entrara, no había nada que yo pudiera hacer.

Me inundó la rabia. La frustración, el *odio*. Odio hacia la FDD por cómo había tratado a mi padre, ira hacia mi madre y mis profesores, hacia todos los adultos que me habían dejado seguir soñando cuando seguro que todos habían sabido la verdad.

Cerré los ojos y casi pude sentir la fuerza del propulsor de la nave detrás de mí. Casi podía sentir el tirón de la aceleración al hacer un viraje. El aroma del aire limpio y fresco recogido de la atmósfera superior y enviado al interior de la cabina.

Quería sentir todo aquello más que nada en el mundo. Pero al abrir los ojos, estaba de vuelta en una antigüedad vieja, rota y polvorienta. Jamás iba a volar. Me enviarían a casa.

Una voz susurró desde el fondo de mi mente.

«¿Y si eso es precisamente la prueba?».

¿Y si… y si querían ver cómo reaccionaba? Tirda, ¿y si la señora Vmeer me había mentido? ¿Y si había salido corriendo por nada? O peor, ¿y si acababa de demostrarles que era una cobarde, como todos afirmaban que había sido mi padre?

Solté un reniego y miré la hora en el brazalete. Cuatro horas. Me quedaban cuatro horas hasta el examen. Pero llevaba casi un día completo vagabundeando. No había forma de que pudiera regresar a Ígnea a tiempo, ¿verdad?

—Reclama las estrellas, Spensa —susurré.

Tenía que intentarlo.

5

Irrumpí en la sala de exámenes como un caza con el propulsor sobrecargado.

Interrumpí a una mujer alta y mayor con uniforme blanco de almirante. Tenía el pelo canoso largo hasta la barbilla y me frunció el ceño cuando me detuve en el umbral. Al instante, sus ojos se desviaron hacia el reloj que había en la pared.

El segundero avanzó un último tramo. Las 18.00 en punto. Había llegado. Estaba sucia y sudada, con el mono rasgado y manchado de polvo por mi encontronazo con un cascote espacial. Pero había llegado.

Nadie dijo ni una palabra en la sala, que estaba situada en los edificios gubernamentales del centro de Ígnea, cerca de los ascensores que subían a la superficie. La sala estaba atestada de pupitres; allí debía de haber casi cien chicos. No sabía ni que hubiera tantas personas de diecisiete años en las cavernas de los Desafiantes, y eso que aquellos eran solo los que querían hacer el examen de piloto. En ese momento, hasta el último de ellos estaba mirándome. Mantuve alto el mentón y traté de fingir que no estaba sucediendo nada fuera de lo común. Por desgracia, el único pupitre libre que vi estaba justo delante de la mujer del pelo canoso.

¿Me sonaba de algo? Aquella cara…

Tirda.

No estaba ante una almirante recién nombrada cualquiera, sino ante Judy Ivans, la propia Férrea. Era Primera Ciudadana y la líder de la FDD, por lo que había visto su rostro en centenares de cuadros y estatuas. Venía a ser la persona más importante del mundo.

Cojeé un poco al acercarme y sentarme delante de ella, intentando que no se me notara la vergüenza… ni el dolor. Llegar allí a la carrera había supuesto muchos descensos enloquecidos con la línea de luz a través de cavernas y túneles. Mis músculos protestaban por el esfuerzo, y me dio un calambre en la pierna derecha nada más me senté.

Con una mueca de dolor, solté la mochila en el suelo, junto a mi asiento. Un ayudante la recogió y se la llevó a un lado de la sala, ya que en el pupitre no se podía tener nada aparte de un lápiz.

Cerré los ojos, pero entonces los abrí un ápice al oír que una voz conocida y cercana susurraba: «Gracias al mundo natal». ¿Sería Gali? Miré y lo encontré a unas pocas filas de distancia. Seguro que se había presentado con tres horas de margen y se había pasado todo ese tiempo preocupándose por si yo llegaba tarde. Sin ningún motivo en absoluto. Había llegado con medio segundo de sobra, como mínimo. Le guiñé el ojo y volví a intentar no chillar de dolor.

—Como iba diciendo —prosiguió la almirante—, estamos orgullosos de vosotros. Vuestro esfuerzo y vuestra preparación os confirman como la mejor y más prometedora generación que la FDD ha visto jamás. Sois la generación que heredará la superficie. Nos guiaréis a una nueva y audaz era en nuestra lucha contra los krells.

»Recordad que este examen no sirve para comprobar vuestra valía. Todos la tenéis. Para enviar al cielo un solo escuadrón de pilotos, necesitamos a centenares de técnicos, mecánicos y otro personal de apoyo. Incluso el más humilde trabajador de las cubas participa en nuestra grandiosa misión por la supervivencia. El propulsor o el ala de un caza no deben menospreciar al tornillo que los mantiene en su sitio.

»No todos vosotros aprobaréis este examen, pero, solo por haber elegido presentaros, ya cumplís las altas expectativas que tengo puestas en vosotros. Y para quienes aprobéis, ardo en deseos de supervisar vuestro entrenamiento. Me tomo un interés personal en los cadetes.

Fruncí el ceño. Qué fría parecía, qué indiferente. Seguro que le traía sin cuidado mi presencia, por muy infame que fuese mi padre.

Mientras los asistentes se afanaban en repartir los exámenes, Férrea se apartó a un lado de la sala, con unos capitanes de relucientes uniformes. Un hombre bajito y con gafas le susurró algo al oído y luego me señaló con el dedo. Férrea se volvió para mirarme de nuevo y las comisuras de sus labios descendieron en picado. «Oh, no».

Miré hacia la pared opuesta de la sala, desde donde observaban algunos profesores, entre ellos la señora Vmeer. La instructora me vio y meneó la cabeza a los lados, como decepcionada. Pero… pero yo… creía que había descubierto la solución. Solo querían ver si realmente era una chica Desafiante.

¿Verdad?

Un ayudante sacó a propósito un examen del fondo del montón y lo dejó en mi pupitre. Vacilante, busqué un lápiz en los bolsillos, pero encontré solo

la insignia de mi padre. Oí que alguien chistaba desde un lado y miré a Gali, que me lanzó su lápiz de reserva.

Vocalicé un «gracias», abrí el examen y leí la primera pregunta.

> 1. Cita, añadiendo ejemplos de lo que se fabrica a partir de ellas, los catorce tipos de alga que se cultivan en las cubas y explica el valor nutritivo de cada una de ellas.

Me dio un vuelco el estómago. ¿Una pregunta sobre algas? De acuerdo, en los exámenes solía haber preguntas aleatorias sobre todo lo que habíamos estudiado, pero… ¿algas?

Pasé a la página siguiente.

> 2. Explica las condiciones exactas necesarias para el crecimiento óptimo de las algas, incluyendo (sin limitarte a ellas) la temperatura, la pureza del agua y la profundidad de la cuba.

La tercera pregunta era sobre tratamiento de residuos, igual que la cuarta. Noté que se me helaba la cara al darme cuenta de que las cincuenta páginas contenían preguntas sobre cosas como cubas de algas, aguas negras o ventilación. Eran las clases que me había perdido mientras cazaba. Había llegado a las lecciones vespertinas de física e historia, pero no había tenido tiempo de estudiármelo todo.

Volví a mirar hacia la señora Vmeer y vi que sus ojos esquivaban los míos, así que me incliné a un lado y eché un vistazo furtivo al examen de Darla Mee-Bim. La primera pregunta de las suyas era distinta del todo:

> 1. Nombra cinco maniobras aéreas que llevarías a cabo para esquivar una nave krell en persecución próxima.

«Bucle cerrado, tijera gemela rodante, bucle Ahlstrom, retirada inversa y vuelta con caída de ala». Dependiendo de lo cerca que lo tengas, de la naturaleza del campo de batalla y de lo que esté haciendo tu compañero de ala. Me incliné hacia el otro lado y miré el examen de otro vecino, donde distinguí las palabras «propulsor» y «acelerador». Era una pregunta sobre inercia y gravedad.

Habló un ayudante, lo bastante alto para que lo oyera casi toda la sala.

—Os recordamos que no tenéis el mismo examen que nadie de ningún pupitre contiguo, por lo que intentar copiar no solo se castiga con la expulsión, sino que además es inútil.

Me hundí en mi asiento, notando bullir la ira en mi interior. Aquello era un auténtico asco, de principio a fin. ¿Me habían preparado un examen especial sobre temas que sabían que había tenido que perderme?

Mientras rumiaba sobre aquello, varios alumnos se levantaron y fueron hacia la parte delantera del aula. No podían haber terminado ya, ¿verdad? Uno de ellos, un joven alto y fornido de piel marrón, pelo negro corto y rizado y una cara insufrible, entregó su examen a la almirante. Desde donde estaba sentada, alcancé a ver que estaba en blanco excepto por su nombre. El chico enseñó una insignia, una especial, azul y dorada. La insignia de un piloto que había combatido en la Batalla de Alta. «Hijos de Primeros Ciudadanos», pensé. Lo único que tenían que hacer era presentarse y rellenar sus nombres, y tenían garantizado el acceso a la escuela de vuelo. Ese día eran seis, y cada uno se llevó un puesto que podría haberse destinado a otros alumnos más esforzados.

Los seis jóvenes salieron uno detrás del otro y la almirante dejó sus exámenes sin rellenar en una mesa que había contra la pared. Sus notas no tendrían ninguna importancia. Como tampoco iba a tenerla mi nota.

Recordé las palabras de Dia: «No creerías de verdad que iban a permitir que la hija de Perseguidor volara para la FDD, ¿o sí?».

Lo intenté de todos modos. Furiosa, cogiendo el lápiz con tanta fuerza que le rompí la punta y tuve que pedir otro, rellené el condenado examen. Parecía que las preguntas estaban pensadas para minarme la fuerza de voluntad. Cubas de algas. Ventilación. Tratamiento de aguas residuales. Los empleos a los que, en teoría, estaba destinada.

«Es la hija de un cobarde. Suerte tiene de que no la arrojemos a las cubas y ya está».

Pasé horas escribiendo, mientras las emociones batallaban en mi interior. La rabia luchó contra la ingenua ilusión. La frustración combatió contra la

esperanza. La comprensión abatió el optimismo.

14. Explica el procedimiento correcto a seguir si crees que un compañero puede haber contaminado una cuba de algas.

Intenté no dejar ninguna pregunta en blanco, pero en bastante más de dos terceras partes de ellas, mi respuesta se reducía a: «No sé. Preguntaría a alguien que lo supiera». Y me dolía responderlas, como si al hacerlo estuviera demostrando lo incompetente que era.

Pero no pensaba rendirme. Al final sonó la campana que indicaba que el límite de cinco horas había concluido. Me dejé caer encorvada mientras una ayudante me quitaba el examen de entre los dedos. La vi marcharse.

«Ni hablar».

La almirante Férrea había vuelto al aula y, al terminar el examen, se había puesto a hablar con un grupito de gente vestida con trajes y faldas, Primeros Ciudadanos o miembros de la Asamblea Nacional. Férrea tenía fama de ser severa pero justa.

Me levanté y fui hacia ella, buscando en el bolsillo hasta cerrar el puño en torno a la insignia de mi padre. Esperé en postura respetuosa mientras los alumnos iban saliendo para la fiesta de después del examen, donde se reunirían con quienes ya habían escogido otras carreras y habían dedicado el día a entregar solicitudes y que se les asignaran puestos. Quienes suspendieran el examen que acabábamos de hacer podrían optar a las plazas que hubieran quedado libres más avanzada la semana.

Pero esa noche, lo celebrarían todos juntos, tanto los futuros pilotos como los futuros conserjes.

Por fin, Férrea me miró.

Le enseñé la insignia de mi padre.

—Señora —dije—, como hija de un piloto que luchó en la Batalla de Alta, querría solicitar el acceso a la escuela de vuelo.

La mujer me miró de arriba abajo, reparando en la manga hecha trizas, la cara sucia y la sangre seca del brazo. Cogió la insignia de mi mano y yo contuve el aliento.

—¿De verdad crees que voy a aceptar la insignia de un traidor? —dijo.

Se me cayó el alma a los pies.

—Se supone que ni siquiera deberías tener esto, chica —añadió—. ¿No quedó destruida cuando se estrelló? ¿Acaso has robado la insignia de otra persona?

—Señora —dije con voz tirante—, la insignia no cayó con él. Me la dio antes de volar esa última vez.

La almirante Férrea se volvió para marcharse.

—¿Señora? —insistí—. Por favor. Por favor, deme aunque sea una oportunidad.

Ella vaciló, y creí que se lo estaba pensando, pero entonces se inclinó hacia mí y susurró:

—Chica, ¿tienes la menor idea de la pesadilla de relaciones públicas que podrías provocarnos? Si te dejo entrar y resultas ser una cobarde como lo fue él… En fin, que es imposible del todo que te permita meterte en una cabina. Alégrate de que te hayamos dejado entrar en este edificio siquiera.

Me sentí como si me hubiera abofeteado. Hice una mueca. La mujer, una de mis heroínas, se volvió otra vez para irse.

La agarré por el brazo y varios asistentes que había cerca dieron leves respingos. Pero no la solté.

—Se está llevando mi insignia —dije—. Pertenecen a los pilotos y sus familias. La tradición…

—Las insignias de los *verdaderos* pilotos pertenecen a las familias —me interrumpió ella—. Las de los cobardes, no.

Se zafó de mí con un tirón que me sorprendió por su fuerza.

Podría haberla atacado. Estuve a punto de hacerlo; la ira se alzaba en mi interior y notaba helada la cara.

Unos brazos me asieron por detrás antes de que pudiera pasar a la acción.

—¿Peonza? —dijo Gali—. ¡Spensa! ¿Se puede saber qué haces?

—Me la ha robado. Se lleva la insignia de mi…

Dejé la frase en el aire mientras la almirante se marchaba, rodeada de sus asistentes. Entonces perdí la fuerza y me dejé caer contra Gali.

—¿Spensa? —dijo Gali—. Vamos a la fiesta. Podemos hablarlo allí. ¿Cómo crees que te ha salido? Yo creo… que a mí, fatal. ¿Spensa?

Me aparté de él y volví a mi pupitre, notándome de pronto demasiado agotada para seguir de pie.

—¿Peonza? —dijo él.

—Vete a la fiesta, Gali —susurré.

—Pero…

—Déjame sola. Por favor. Te pido… que me dejes quedarme a solas.

El pobre nunca sabía cómo tratarme cuando me ponía así, de modo que se quedó un rato rondando y al final se fue.

Y yo me quedé sentada sola en el aula.

6

Pasaron las horas.

La rabia que había sentido antes había sido tan abrasadora como el magma. Pero ya solo notaba frío. Entumecimiento.

Me llegaban los ecos de la fiesta desde alguna otra zona del edificio.

Me sentía utilizada, estúpida y, sobre todo… vacía. ¿No debería estar partiendo el lápiz y arrojando pupitres por los aires, enfurecida? ¿Vociferando una diatriba sobre vengarme de mis enemigos, de sus hijos y de sus nietos? ¿Mostrar el comportamiento típico de Spensa?

En vez de eso, lo que hice fue quedarme sentada con la mirada perdida, hasta que los sonidos de la fiesta fueron menguando. Al final, una ayudante llegó y miró en el aula.

—Esto… Se supone que tienes que marcharte.

No me moví.

—¿Estás segura de que no quieres marcharte?

Iban a tener que sacarme de allí a rastras. Me imaginé a mí misma en la situación, toda heroica y Desafiante, pero la asistente no parecía estar muy por la labor. Apagó las luces y me dejó allí, iluminada solo por el resplandor naranja rojizo de las luces de emergencia.

Al final, me levanté y fui a la mesa que estaba contra la pared, donde Férrea se había dejado, quizá sin querer, los exámenes que le habían entregado los hijos de los Primeros Ciudadanos. Repasé el montón y comprobé que todos ellos tenían rellenado solo el nombre, y las preguntas en blanco.

Cogí el de encima de todos, el primero que habían entregado. Tenía el nombre de Jorgen Weight, seguido de una pregunta:

> 1. Nombra las cuatro principales batallas que procuraron a las Cavernas Unidas Desafiantes su independencia y la situaron como el estado predominante en Detritus.

Era una pregunta con trampa, porque seguramente la gente pasaría por alto la Escaramuza de Unicarnia, de la que no se hablaba tanto. Pero fue cuando la incipiente FDD empleó por primera vez cazas con un diseño de segunda generación, construidos a escondidas en Ígnea. Regresé a mi pupitre, me senté y respondí la pregunta.

Pasé a la siguiente, y a la siguiente. Eran buenas preguntas, no solo meras listas de fechas o piezas. Había cuestiones matemáticas sobre velocidades de combate. Pero la mayoría eran preguntas sobre propósitos, opiniones y preferencias personales. Dudé en dos de ellas, intentando decidirme entre decir lo que creía que esperaba el examinador y la que yo creía que era la respuesta correcta.

Me decidí por lo segundo las dos veces. Al fin y al cabo, qué más daba, ¿no?

Cuando ya estaba terminando, empecé a oír que fuera había gente hablando. Conserjes, por cómo sonaba la conversación.

De pronto, me sentí tonta. ¿Iba a chillar y obligar a algún pobre conserje a sacarme tirándome del pelo? Me habían derrotado. No se podía ganar todas las peleas, y no era vergonzoso perder cuando te superaban en número. Di la vuelta al examen y le di unos golpecitos con el lápiz, allí, aún sentada en la penumbra, iluminada solo por el brillo de las luces de emergencia.

Empecé a bosquejar una nave con forma de W en la parte de atrás del examen, mientras en mi mente empezaba a cobrar forma una idea demencial. La FDD no había empezado como un cuerpo militar oficial, sino como un puñado de soñadores que habían tenido su propia idea demencial. Poner en marcha el aparataje y crear naves a partir de los diagramas que habían sobrevivido a nuestro impacto contra el planeta.

Habían construido sus propias naves.

La puerta se abrió y dejó entrar luz desde el pasillo. Oí que alguien dejaba un cubo en el suelo al otro lado de la puerta y a dos personas quejándose de líquidos derramados en la sala de la fiesta.

—Salgo en un minuto —dije, terminando el boceto. Pensando. Elucubrando. *Soñando*.

—¿Qué haces aquí dentro aún, chica? —preguntó un conserje—. ¿No querías ir a la fiesta?

—No tenía muchas ganas de celebraciones.

El hombre gruñó.

—¿No te ha salido bien el examen?

—Resulta que da lo mismo —repuse. Lo miré, pero estaba iluminado desde atrás y era solo una silueta en el umbral—. ¿Alguna vez…? ¿Alguna vez sientes que te obligaron a ser lo que eres?

—No. Pero puede que me obligara yo mismo, eso sí.

Suspiré. Seguro que mi madre estaba preocupadísima por mí. Me levanté y fui hasta la pared donde el asistente había dejado mi mochila.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ser piloto? —preguntó el conserje. ¿Me sonaba de algo su voz?—. Es un oficio peligroso. Muchos pilotos terminan muertos.

—A casi el cincuenta por ciento los derriban durante sus primeros cinco años —respondí—. Pero no mueren todos. Algunos se eyectan. Otros caen derribados, pero sobreviven al impacto.

—Sí. Lo sé.

Me quedé petrificada, fruncí el ceño y volví a mirar hacia la silueta. No le distinguía la cara, pero algo resplandeció en su chaqueta. ¿Medallas? ¿Una insignia de piloto? Entrecerré los ojos y vislumbré la forma de una chaqueta de la FDD y unos pantalones de vestir.

No era un conserje. Todavía oía a los dos hablando en el pasillo, que habían pasado a bromear entre ellos.

Enderecé la espalda. El hombre se acercó caminando despacio a mi pupitre y las luces de emergencia me revelaron que era mayor, de cincuenta y tantos años, con un bigote blanco impecable. Andaba con una marcada cojera.

Cogió el examen que había rellenado y lo hojeó.

—¿Por qué? —me preguntó después—. ¿Por qué te importa tanto? En estos exámenes nunca hacen la pregunta más importante de todas: ¿por qué quieres ser piloto?

«Para demostrar que valgo y para redimir el nombre de mi padre». Era mi respuesta inmediata, aunque había otra batallando contra ella. Algo que mi padre decía a veces, algo que tenía enterrado en mi interior y a que a menudo quedaba eclipsado por las ideas de venganza y redención.

—Porque se alcanza a ver el cielo —susurré.

El hombre gruñó.

—Nos hacemos llamar los Desafiantes —dijo—. Es el ideal que define a nuestro pueblo, esa negativa nuestra a retroceder. Y aun así, Férrea siempre parece sorprenderse mucho cuando alguien la desafía.

Negó con la cabeza y volvió a dejar el examen. Le puso algo encima.

Se volvió para marcharse renqueando.

—Espera —dije—. ¿Quién eres?

Él se detuvo en la puerta y la luz de fuera me mostró su rostro más claro, con aquel bigote y aquellos ojos que parecían… viejos.

—Conocía a tu padre.

Un momento. Sí que conocía esa voz.

—¿Chucho? —dije—. Eres tú. ¡Eras su compañero de ala!

—En otra vida —respondió él—. Cero-siete-cero-cero en punto, pasado mañana, edificio F, sala C-14. Enseña la insignia para que te dejen entrar.

¿La insignia? Fui a la mesa y encontré, encima de mi examen, una insignia de cadete.

La cogí.

—Pero Férrea ha dicho que jamás me dejará meterme en una cabina.

—Ya me ocuparé yo de Férrea. Es mi clase y soy yo quien tiene la última palabra sobre mis alumnos, que ni siquiera ella puede anular. Tiene un cargo demasiado importante para eso.

—¿Demasiado importante para dar órdenes?

—Protocolo militar. Cuando te vuelves lo bastante importante para ordenar a un escuadrón que entre en combate, eres demasiado importante para interferir con la forma en que un intendente lleva su almacén. Ya lo verás. Sabes mucho, a juzgar por ese examen, pero aún hay cosas que desconoces. La pregunta diecisiete la has contestado mal.

—Diecisiete… —Pasé a toda velocidad las páginas del examen—. ¿La de enfrentarte a un enemigo avasallador?

—La respuesta correcta era retirarte y esperar refuerzos.

—No lo era.

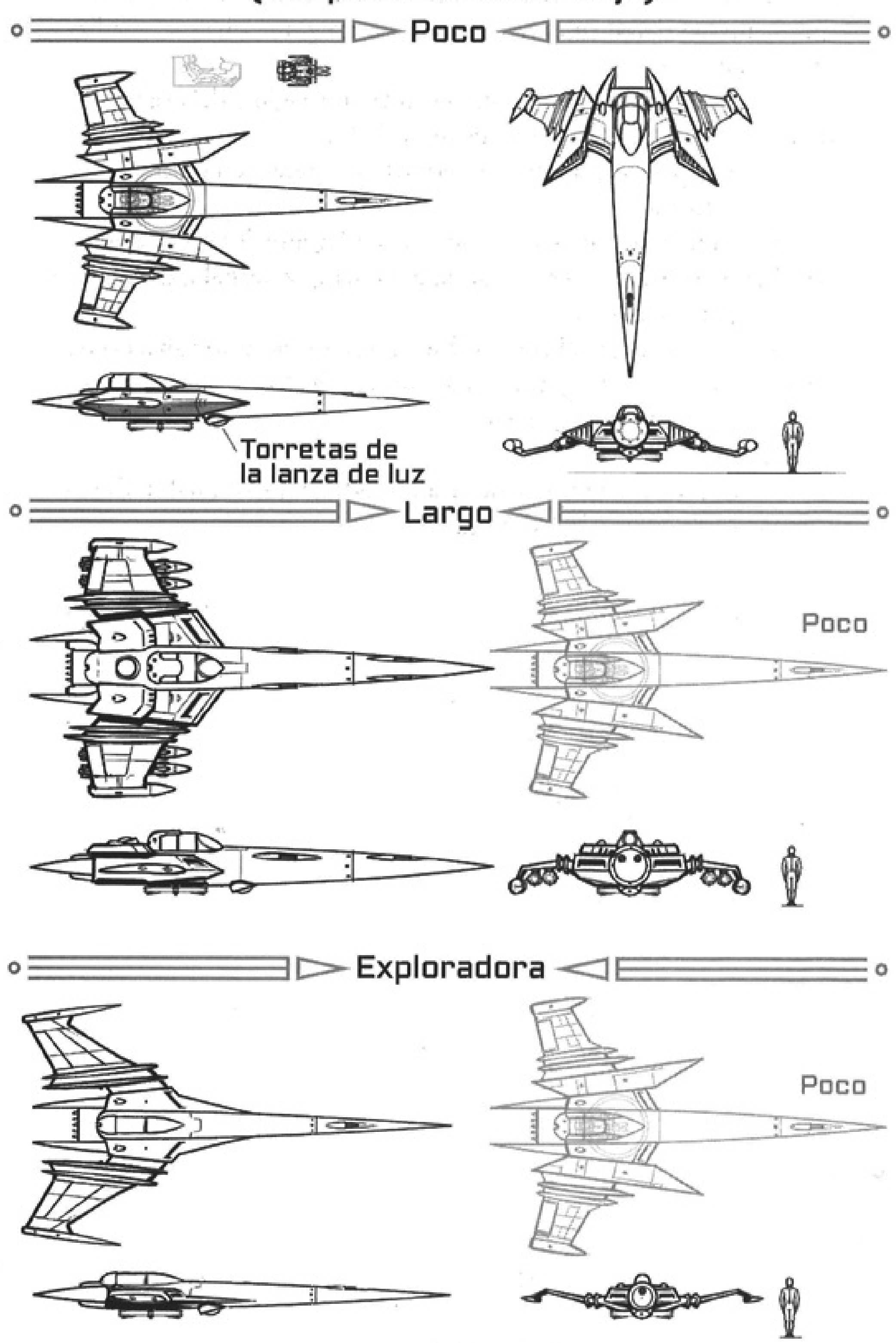
El hombre se tensó y yo me apresuré a morderme la lengua. ¿Debería estar discutiendo con la persona que acababa de darme una insignia de cadete?

—Te dejaré llegar al cielo —dijo él—, pero no te lo van a poner fácil. Yo no te lo voy a poner fácil. No sería justo.

—¿Es que existe algo justo?

Sonrió.

—La muerte. La muerte nos trata a todos como a iguales. Cero-siete-cero-cero. No llegues tarde.


Diseños estándar de naves de la FDD, 83 D.A.
(Después del Aterrizaje)
Poco
Torretas de
la lanza de luz
Largo
Poco
Exploradora
Poco

SEGUNDA PARTE

7

Se abrieron las puertas del ascensor y contemplé una ciudad que no debería existir.

Alta era, sobre todo, una base militar, por lo que tal vez «ciudad» fuese una palabra demasiado ambiciosa. Pero aun así, el ascensor se abrió a más de doscientos metros de distancia de la base propiamente dicha. A ambos lados del camino que los unía había tiendas y casas. Era un pueblo de verdad, habitado por los tozudos granjeros que cultivaban las franjas de verdor que había tras las casas.

Me quedé en el enorme ascensor mientras se vaciaba de gente. Con mis siguientes pasos cruzaría el umbral hacia una nueva vida, la vida con la que siempre había soñado. Me descubrí presa de una extraña vacilación, allí de pie, con una mochila llena de ropa al hombro y la sensación persistente del beso de despedida que me había dado mi madre en la frente.

—¿No es lo más hermoso que has visto en toda la vida? —preguntó una voz a mi espalda.

Giré la cabeza para mirar. La que había hablado era una chica que tendría más o menos la misma edad que yo. Era más alta, de piel bronceada y pelo largo, negro y rizado. Me había fijado en ella al subir al ascensor y había reparado en su insignia de cadete. Hablaba con un leve acento que no identifiqué.

—No paro de pensar que no puede ser real —dijo—. ¿Crees que podría ser alguna broma cruel que nos están gastando?

—¿Qué ventaja táctica obtendrían con ello? —pregunté yo.

La chica me cogió del brazo con demasiada confianza.

—Podemos conseguirlo. Tú respira hondo. Alcanza las alturas. Aferra una estrella. Es lo que nos dice la Santa.

No sabía cómo reaccionar a aquel comportamiento. La gente solía tratarme como a una apestada, no cogerme del brazo. Me quedé tan patidifusa que ni me resistí cuando tiró de mí hacia fuera del ascensor. Empezamos a recorrer el amplio camino que cruzaba el pueblo en dirección a la base.

Habría preferido estar caminando con Rodge, pero lo habían llamado a última hora de la noche anterior para preguntarle algo sobre su examen, y

hasta el momento no me había dicho nada sobre lo que significaba aquello. Confié en que no estuviera en apuros.

Al poco tiempo, la chica y yo pasamos junto a una fuente. Una fuente de verdad, como las de los cuentos. Las dos paramos para mirarla boquiabiertas, y yo liberé el brazo de la mano de la chica. Una parte de mí quería ofenderse… pero el caso era que la chica parecía auténtica, genuina.

—Esa música que hace el agua… —dijo—. ¿No es el sonido más maravilloso que existe?

—El sonido más maravilloso que existe son los lamentos de mis enemigos, chillando mi nombre a los cielos con sus voces quebradas y moribundas.

La chica me miró y ladeó la cabeza.

—Vaya, benditas sean tus estrellas.

—Perdona —dije—. Es una cita de una historia. —Le tendí la mano, pensando que era mejor llevarme bien con los demás cadetes—. Mi identificador de vuelo es Peonza.

—Kimmalyn —respondió ella, estrechándome la mano—. Esto… ¿se supone que debemos tener identificaciones ya?

—Me gusta destacar. ¿En qué sala tienes que presentarte?

—Hum… —Buscó en su bolsillo y sacó un papel—. C-14. Escuadrón de Cadetes B.

—Igual que yo.

—Identificador… Identificador… —murmuró Kimmalyn—. ¿Cuál escojo?

—¿Asesina? —le propuse—. ¿Quemadora? No, sería demasiado confuso. ¿Desgarracarnes?

—¿No puede ser algo un poco menos horripilante?

—Vas a ser una guerrera. Necesitas un nombre de guerrera.

—¡No todo tiene que ver con la guerra!

—Hum, la verdad es que un poco sí. Y en la escuela de vuelo, sobre todo. —Fruncí el ceño, reparando de nuevo en su acento—. ¿De dónde eres? De Ígnea, no, supongo.

—¡Nací y me crie en la Caverna Pródiga! —Se inclinó hacia mí—. Es como la llamamos, pero en realidad allí no crece nada.

—Pródiga —repetí. Era una caverna relativamente cercana a Ígnea, que también formaba parte de la Liga Desafiante—. Es donde se asentaron los clanes de la *Antioquía*, ¿verdad?

La *Antioquía* había sido una nave de combate de la antigua flota, antes de que nos viéramos obligados a ocultarnos en Detritus.

—Sí. Mi bisabuela era ayudante de la contramaestre. —Me miró—. ¿Dices que tu identificador es Peonza? ¿No tendría que ser algo como Lamentos o Come-Ojos-Del-Enemigo?

Me encogí de hombros.

—Mi padre me llamaba Peonza.

Puso una sonrisa radiante al oírlo. Tirda, ¿habían dejado entrar a aquella chica y me ponían pegas a mí? ¿Qué pretendía la FDD, organizar un club de costura?

Nos fuimos acercando a la base, un grupo de edificios altos y austeros rodeado por una muralla. Justo antes de llegar a ella, las granjas daban paso a un huerto de árboles frutales. Me quedé quieta en el camino y me descubrí boquiabierta de nuevo. Había visto aquellos árboles desde lejos, pero a tan poca distancia parecían enormes. ¡Tendrían al menos tres metros de altura! Antes de aquello, la planta más alta que había visto era una seta que me llegaba a la cintura.

—Los plantaron poco después de la Batalla de Alta —dijo Kimmalyn—. Tiene que ser gente valiente la que se presenta voluntaria para servir aquí arriba, tan expuestos al aire y a los ataques de los krells.

Miró al cielo asombrada, y yo me pregunté si sería la primera vez que lo veía.

Llegamos a un puesto de control en el muro y acerqué mi insignia al guardia que había dentro, casi esperando un trato duro como el que siempre recibía de Aluko al entrar en Ígnea. Pero aquel guardia aburrido se limitó a marcar nuestros nombres en una lista y hacernos un gesto para que pasáramos. No hubo mucha ceremonia para mi primera entrada oficial en Alta. Pero en fin, tardaría poco en ser tan famosa que el guardia de la entrada me haría el saludo militar al verme.

Ya dentro, hicimos recuento de los edificios mientras nos incorporábamos a unos cuantos cadetes más. Por lo que tenía entendido, habíamos aprobado el examen unos veinticinco, a los que se había distribuido en tres escuadrillas de entrenamiento. Solo los mejores de entre los mejores superarían la escuela de vuelo y serían asignados a pilotar a tiempo completo.

Kimmalyn y yo llegamos a una estructura amplia y de una sola planta que había cerca de las plataformas de lanzamiento. La escuela de vuelo. A duras penas pude contenerme para no correr hacia los relucientes cazas estelares

que estaban alineados y listos para despegar, pero ya me había quedado embobada bastantes veces para un solo día.

Dentro del edificio encontramos pasillos anchos, la mayoría de los cuales parecían tener aulas a ambos lados. Kimmalyn dio un chillidito y salió corriendo para hablar con otro cadete, algún conocido suyo, al parecer. De modo que yo fui hacia una ventana de la pared exterior y miré el cielo, esperándola.

Me encontré… ansiosa. No por el entrenamiento, sino por aquel lugar. «Es demasiado grande, demasiado abierto». Los pasillos sobrepasaban en más de un metro la anchura de los de la mayoría de las construcciones en Ígnea, y los edificios de la base se extendían hacia fuera en vez de estar levantados unos sobre otros. El cielo se limitaba a estar allí arriba, siempre presente, amenazador. Incluso separada de él por un campo de fuerza, del mismo tipo invisible que el que empleaban los cazas estelares, me sentía expuesta.

Iba a tener que dormir allí arriba. Vivir, comer, *existir*. Allí fuera, en terreno abierto. Aunque me gustaba el cielo, no por ello quería que me estuviera observando en todos mis momentos íntimos.

«Voy a tener que lidiar con ello —me dije—. Una guerrera no puede escoger su lecho; tiene que bendecir las estrellas si se le permite escoger su campo de batalla». Era una cita de *La conquista del espacio* de Junmi. Las historias que me contaba mi abuela sobre Junmi me gustaban casi tanto como los antiguos relatos de vikingos, aunque en ellos no hubiera ni por asomo tantas decapitaciones.

Kimmalyn volvió y encontramos nuestra aula. Respiré hondo. Había llegado el momento de convertirme en piloto. Abrimos la puerta.

8

Había diez cabinas de pega dominando el centro de la estancia, dispuestas en círculo y encaradas hacia el centro. Cada uno de los voluminosos dispositivos contaba con asiento, consola de control y una parte del fuselaje de un caza alrededor, aunque no tenían cubierta. Pero aparte de ese detalle, las cabinas tenían todo el aspecto de que las acabaran de arrancar de naves estelares.

Sin embargo, en lugar de los morros cónicos de las naves, las cabinas del aula tenían unas cajas grandes pegadas por delante, como de un metro de altura y medio de ancho. Al parecer, Kimmalyn y yo éramos las primeras de nuestro escuadrón en llegar. Miré el reloj de la pared y vi que eran las 06.15. Por una vez en la vida, no solo llegaba pronto: llegaba la primera.

Bueno, en realidad, la segunda, ya que Kimmalyn me adelantó de un salto para mirar las cabinas falsas.

—¡Vaya! Somos las primeras. Bueno, la Santa siempre decía: «Si no puedes llegar pronto, por lo menos llega antes de que sea tarde».

Entré en el aula, dejé la mochila y estudié las cabinas de pega. Reconocí la disposición del panel de control. Eran de naves de clase Poco, un modelo de caza estelar de la FDD muy básico, aunque rápido. La puerta se abrió y entraron dos cadetes más. El chico más bajito que iba delante tenía el pelo de color azul oscuro y parecía yeongiano. La tripulación de la *Yeong-Gwang*, de la antigua flota, procedía sobre todo de China y Corea, en la Tierra.

El chico de pelo azul sonrió de oreja a oreja al contemplar la sala y dejó su mochila al lado de la mía.

—¡Hala! ¡Mira nuestra aula!

La chica que llegó detrás de él entró paseando displicente, como si fuese la dueña del lugar. Era una joven delgada y atlética, con el pelo rubio recogido en una coleta. Llevaba una chaqueta de uniforme de la FDD por encima del mono, sin abrochar, como si hubiera salido a dar una vuelta por la ciudad.

Al poco tiempo llegó otra chica con un tatuaje en la mandíbula. Sería viciense, de la Caverna Vici. Yo no sabía mucho sobre ellos, salvo que eran descendientes de marines de la antigua flota espacial. Los vicienses tenían su

propia cultura y apenas si se relacionaban con los demás, aunque tenían reputación de ser grandes guerreros.

Sonreí a la chica, pero ella apartó la mirada al instante y no respondió cuando Kimmalyn intentó presentarse con aire animado. «Pues muy bien», pensé.

Kimmalyn se enteró de los nombres y las cavernas natales de los otros dos. El chico del pelo azul se llamaba Bim y, en efecto, era yeongiano. Su clan había formado parte del equipo de cultivo hidropónico en la vieja nave, cuyos miembros se habían asentado en una caverna cercana, en la que operaban una gran instalación de granjas subterráneas, iluminadas y mantenidas por maquinaria antigua. Yo nunca había comido nada procedente de allí, porque estaba reservado para quienes tenían muchos méritos por logros o industriales.

La chica atlética se llamaba Hudiya y era de Ígnea. No la conocía de antes, pero la caverna era un lugar muy grande y muy poblado. Cuando ya faltaba poco para la hora de inicio de la clase, entró una chica alta que se presentó como Freya. Era un buen nombre, procedente de la antigua mitología nórdica, cosa que yo aprobaba. Y la verdad era que tenía el aspecto adecuado también. Era delgada, pero alta, quizá de metro ochenta y cinco, y tenía el pelo rubio muy corto. Sus botas eran nuevas de trinca, lustradas hasta relucir, y rematadas con hebillas doradas.

Bueno, pues ya éramos seis. Todavía faltaban al menos unos pocos más. Unos diez minutos antes del inicio de la clase, entraron tres jóvenes juntos. Saltaba a la vista que eran amigos, ya que llegaron hablando y bromeando en voz baja. A dos no los reconocí, pero el que iba delante, con piel marrón y el pelo corto y rizado, resaltaba por su aire de niño bonito con carita de bebé.

«Es el chico del examen», comprendí. El hijo de un Primer Ciudadano al que habían admitido sin tener que hacer nada.

Genial. Iban a lastrarnos con un aristócrata inútil, alguien que vivía en la más baja y segura de todas las cavernas Desafiantes. No habría llegado a la escuela de vuelo por tener ninguna habilidad ni aptitud especial, sino porque quería llevar una insignia de cadete y sentirse importante. A juzgar por la forma en que hablaban los otros dos, los clasifiqué al instante como sus compinches. Me habría apostado cualquier cosa a que los tres habían entrado sin hacer el examen, de modo que en nuestro grupo de cadetes habría no una, sino tres personas que no merecían pertenecer a él.

El chico alto y con cara de bebé anduvo hasta el centro del círculo de asientos. ¿Cómo podía tener nadie una cara que daba tantas ganas de arrearle

un puñetazo? Carraspeó y dio una fuerte palmada.

—¡Atención, cadetes! ¿Así es como queremos presentarnos a nuestro instructor? ¿Haciendo el vago y charlando de tonterías? ¡Alineaos!

Kimmalyn, benditas fuesen sus estrellas, se levantó de un salto y se puso en una especie de descuidada posición de firmes. Los dos compinches del chico se acercaron y se situaron junto a ella, dando mucha más impresión de ser verdaderos soldados. Todos los demás nos quedamos mirando al chico que había hablado.

—¿Con qué derecho nos das órdenes? —preguntó Hudiya, la chica atlética de mi propia caverna. Estaba apoyada contra la pared, cruzada de brazos.

—Quiero dar una buena primera impresión al instructor, cadete —dijo Caracapullo—. Piensa en lo inspirador que será cuando entre y nos encuentre a todos esperando en posición de firmes.

Hudiya dio un bufido.

—¿Inspirador? Pareceríamos un puñado de pelotas.

Caracapullo hizo caso omiso al comentario y se dedicó a inspeccionar su hilera de tres cadetes. Negó con la cabeza al ver a Kimmalyn, cuya versión de «firmes» consistía en ponerse de puntillas y hacer el saludo marcial con las dos manos. Estaba ridícula.

—Estás ridícula —le dijo Caracapullo.

A la chica se le descompuso el rostro y le cayeron los hombros. Sentí una instantánea oleada de furia protectora. O sea… el chico tenía razón, pero tampoco tenía por qué soltárselo así.

—¿Quién te ha enseñado a cuadrarte? —preguntó Caracapullo—. Así nos avergonzarás a todos, y eso no puede ser.

—Exacto —dije yo—. Porque te quitaría el puesto, ya que está claro que avergonzarnos es tarea tuya, Caracapullo.

Él me miró de arriba abajo, a todas luces reparando en el estado remendado de mi mono de piloto. Era uno de los de mi padre, y había tenido que modificarlo mucho para poder ponérmelo.

—¿Te conozco, cadete? —preguntó—. Me suenas de algo.

—Estaba sentada en primera fila en el aula —dije yo—, cuando entregaste tu examen sin haber respondido ni a una sola pregunta. A lo mejor, me viste cuando echaste una mirada a la sala para ver qué aspecto tiene la gente cuando le toca esforzarse de verdad para conseguir las cosas.

Caracapullo apretó los labios. Al parecer, había tocado hueso. Excelente. Primera sangre.

—Preferí no desperdiciar recursos —dijo— obligando a alguien a corregir mi examen cuando ya me habían ofrecido un puesto.

—Un puesto que no te has ganado.

Él miró a los demás cadetes del aula, que observaban con interés, y bajó la voz.

—Escucha, no hace falta que des problemas. Tú obedece y todo…

—¿Que obedezca? —interrumpí—. ¿Aún sigues intentando darnos órdenes?

—Es evidente que seré vuestro jefe de escuadrón. Más vale que vayas acostumbrándote a hacer lo que digo.

Arrogante hijo de supernova.

—Que hayas hecho trampas para entrar en…

—¡Yo no he hecho trampas!

—Que hayas *comprado* tu entrada en la escuela de vuelo no significa que vayas a ser jefe de escuadrón. Será mejor que te controles. No me conviertas en tu enemiga.

—¿Qué pasa si lo hago?

Tirda, qué irritante era tener que alzar la mirada para hablarle a la cara. Subí de un salto a mi asiento para obtener la ventaja de la altura en la discusión, un acto que pareció sorprenderlo.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué…?

—¡Ataca siempre desde una posición de ventaja superior! —exclamé—. ¡Cuando esto acabe, Caracapullo, alzaré tu deslucida y fundida insignia como trofeo mientras tu nave humeante sirve de pira y último lugar de descanso para tu cadáver aplastado y destrozado!

El aula quedó en silencio.

—Vale —dijo Caracapullo—, eso ha sido… descriptivo.

—Benditas sean tus estrellas —añadió Kimmalyn. Hudiya me levantó el pulgar y me sonrió, aunque estaba claro que los demás cadetes presentes no tenían ni idea de qué pensar de mí.

Y… bueno, quizá mi reacción había sido algo excesiva. Estaba acostumbrada a montar escenas; la vida me había enseñado que las amenazas agresivas hacían que la gente me dejara en paz. Pero ¿me hacían falta en aquel lugar?

En ese momento, caí en la cuenta de algo extraño. Ninguna de aquellas personas parecía saber quién era yo. No habían crecido cerca de mi barrio ni

ido a clase conmigo. Quizá hubieran oído hablar de mi padre, pero no sabían en qué era distinta de ningún otro cadete.

Allí no era la chica de las ratas ni la hija de un cobarde.

Allí era *libre*.

La puerta escogió ese momento para abrirse y nuestro instructor, Chucho, apareció en el umbral con una humeante taza de café en una mano y una tablilla con pinza en la otra. Bien iluminado, lo reconocí de las fotografías de los Primeros Ciudadanos, aunque tenía el pelo más canoso y aquel bigote lo hacía parecer mucho más mayor.

Debíamos de tener un aspecto bastante asilvestrado. Yo seguía de pie en el asiento de mi pegabina, cerniéndome sobre Caracapullo. Algunos de los demás estaban riéndose por lo bajo de nuestro diálogo, y Kimmalyn estaba intentando de nuevo hacer el saludo militar.

Chucho miró el reloj, que acababa de marcar las cero-siete-cero-cero.

—Espero no interrumpir nada íntimo.

—Esto… —dije. Bajé del asiento dando un salto y aventuré una risita.

—¡No era broma! —ladró Chucho—. ¡Yo nunca bromeo! ¡Alineaos todos contra la pared del fondo!

Nos apresuramos a obedecer. Mientras formábamos una hilera, Caracapullo hizo un saludo preciso y lo mantuvo, en perfecta posición de firmes.

Chucho lo miró y dijo:

—No seas pelota, hijo. Esto no es el entrenamiento básico y vosotros no sois reclutas del Ejército de Tierra.

Caracapullo puso una cara larga y bajó el brazo, pero se cuadró de todos modos.

—Eh… ¡Lo siento, señor!

Chucho puso los ojos en blanco.

—Soy el capitán Cobb. Mi identificador es Chucho, pero vais a llamarme Cobb, o señor, si lo veis necesario. —Recorrió la hilera con su evidente cojera, dando un sorbo al café—. Las normas de esta aula son sencillas. Yo enseño, vosotros aprendéis. Cualquier cosa que interfiera con ese proceso es probable que acabe matando a alguno de vosotros. —Se detuvo delante de mí, junto a Caracapullo—. Y eso incluye el flirteo.

Noté que se me helaba la cara.

—¡Señor! No estaba…

—¡Y también incluye replicarme! Ahora estáis en la escuela de vuelo, que las estrellas os amparen. Son cuatro meses de entrenamiento. Si llegáis al

final sin que os echen ni os derriben, habréis aprobado. Y ya está. No hay exámenes. No hay notas. Solo estáis vosotros en vuestras cabinas, convenciéndome de que merecéis seguir aquí. Ahora la única autoridad que debe importaros soy yo.

Esperó, observando para ver cómo reaccionábamos. Todos tuvimos la sabiduría de no decir nada.

—La mayoría de vosotros no lo conseguirá —prosiguió—. Puede que cuatro meses no os parezcan mucho tiempo, pero se os harán una eternidad. Algunos no aguantaréis la tensión y lo dejaréis, y los krells matarán a otros. Lo normal es que una escuadrilla de diez cadetes acabe con uno graduándose a piloto, tal vez dos.

Se detuvo al final de la hilera, donde estaba Kimmalyn mordiéndose el labio.

—Pero por lo que estoy viendo aquí —añadió Cobb—, me sorprendería que lo consiguiera uno siquiera de vosotros. —Se alejó de nosotros renqueando, dejó el café en un pequeño escritorio que había al frente del aula y fue pasando papeles de su tablilla—. ¿Quién de vosotros es Jorgen Weight?

—¡Yo, señor! —dijo Caracapullo, irguiendo más la espalda.

—Estupendo. Eres jefe de escuadrón.

Di un respingo.

Cobb me miró, pero no me dijo nada.

—Jorgen, vas a necesitar dos jefes de escuadrón asistentes. Tendrás que darme sus nombres antes de que termine el día.

—Puedo dárselos ya, señor —dijo el chico, señalando a sus dos compinches, un chico bajito y otro más alto—. Arturo y Nedd.

Cobb apuntó algo en su tablilla.

—Maravilloso. Muy bien, escoged un asiento. Vamos a…

—Un momento —dije—. ¿Y ya está? ¿Así es como escoge a nuestro jefe de escuadrón? ¿Ni siquiera va a ver cómo nos defendemos antes?

—Escoged un asiento, cadetes —repitió Cobb, sin hacerme caso.

—Pero… —dije.

—Excepto la cadete Spensa —añadió él—, que va a acompañarme al pasillo.

Me mordí la lengua y salí dando zancadas del aula. Supuse que debería haber reprimido mi frustración, pero… ¿en serio? ¿Había elegido a Caracapullo sin más? ¿Porque sí?

Cobb me siguió y cerró la puerta del aula con tranquilidad. Empecé a preparar un estallido de ira, pero él se volvió hacia mí y siseó:

—¿Intentas echar esto a perder, Spensa?

Me tragué el arrebato, sorprendida por su repentina furia.

—¿Sabes lo mucho que he tenido que exponer el cuello para tenerte en esta clase? —siguió diciendo—. Argumenté que te quedaste sentada en el aula durante horas y que entregaste un examen casi perfecto. Y aun así, hizo falta toda la influencia y la reputación que me he ganado con los años para que colara. ¿Y ahora, a la primera oportunidad que tienes, te entra una rabieta?

—Eh… ¡Pero es que no ha visto lo que estaba haciendo ese chico antes de la hora! Iba por ahí dándose aires, diciendo que iba a ser jefe de escuadrón.

—¡Y resulta que con buen motivo!

—Pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Cobb, imperioso.

Contuve las palabras que iba a pronunciar y me quedé callada.

Él respiró hondo.

—Bien. Puedes controlarte un poco, al menos. —Se frotó las cejas con el pulgar y el índice—. Eres igualita que tu padre. Me pasaba la mitad del tiempo teniendo ganas de estrangularlo. Por desgracia, no eres él: tú *tienes* que vivir con lo que él hizo. Tú tienes que controlarte, Spensa. Si da la impresión de que te estoy dando un trato favorable, alguien me acusará de sesgo impropio y te sacarán de mi clase en menos de lo que tardas en escupir.

—Entonces ¿a mí no puede darme trato de favor? —pregunté—. Pero ¿todo el mundo puede dárselo al hijo de algún aristócrata, que ni siquiera tuvo que hacer el examen?

Cobb suspiró.

—Lo siento —dije.

—No, esa me la he buscado yo solito —dijo él—. ¿Sabes quién es ese chico?

—¿El hijo de un Primer Ciudadano?

—El hijo de la mismísima Jeshua Weight, heroína de la Batalla de Alta. Voló durante siete años en la FDD y tiene más de cien muertes confirmadas en su haber. Su marido es Algernon Weight, líder de la Asamblea Nacional y presidente de nuestra mayor empresa de transporte entre cavernas. Son de las personas con más méritos en todas las cavernas inferiores.

—¿Así que su hijo y sus compinches merecen ser nuestros jefes, solo por lo que hicieron sus padres?

—La familia de Jorgen posee tres cazas privados, y él lleva entrenando con ellos desde los catorce años. Tiene casi mil horas en cabina. ¿Cuántas

tienes tú?

Me sonrojé.

—Sus «compinches» —dijo Cobb— son Nedd Strong que tiene dos hermanos en la FDD ahora mismo, y Arturo Méndez, hijo de un piloto de carguero que estuvo dieciséis años en la fuerza. Arturo hacía de copiloto a su padre y tiene doscientas horas de vuelo certificadas. De nuevo, ¿cuántas horas tienes tú?

—Yo… —Respiré hondo—. Lamento haberle cuestionado, señor. ¿Ahora es cuando me pongo a hacer flexiones, a limpiar los baños con un cepillo de dientes o algo así?

—Ya os he dicho que esto no es el entrenamiento de infantería. Aquí los castigos no son chorradas sin trascendencia. —Cobb abrió la puerta del aula —. Si me aprietas demasiado, el castigo será muy simple: no podrás volar.

9

«No podrás volar».

Jamás había escuchado unas palabras más devastadoras. Cuando volvimos los dos al aula de entrenamiento, Cobb me miró y señaló un asiento que había contra la pared. No una cabina, sino una simple silla desocupada.

Fui hacia ella arrastrando los pies y me senté, sintiéndome derrotada por completo.

—Estos artilugios —dijo Cobb, dando un golpe con los nudillos contra una de las cajas que había frente a las pegabinas— son proyectores holográficos. Tecnología antigua, de los tiempos en los que éramos una flota. Cuando se enciendan las máquinas, creeréis que estáis en una cabina, y así podremos enseñaros a volar sin poner en peligro un caza de verdad. Pero ojo, porque la simulación no es perfecta. Tienen cierta respuesta sensorial, pero no pueden imitar las fuerzas de inercia. Para acostumbraros a eso, tendréis que entrenar en el centrifugador.

»La tradición de la FDD dicta que cada cual escoja su propio identificador. Os recomiendo que empecéis a pensarlo, porque llevaréis ese nombre el resto de vuestras vidas. Será la forma en que van a conoceros las personas más importantes, vuestros compañeros de vuelo.

Caracapullo levantó la mano.

—No me lo digas ya, cadete —ordenó Cobb—. Me vale con que sea antes de unos pocos días. Ahora mismo, quiero que…

La puerta del aula se abrió de sopetón. Me levanté de un salto, pero no era ningún ataque ni emergencia.

Era Gali. Y llevaba una insignia de cadete.

—Ya empezaba a preguntarme si aparecerías —dijo Cobb, cogiendo su montón de papeles—. ¿Rodge McCaffrey? ¿Te parece buena idea presentarte tarde a tu primer día en la escuela de vuelo? ¿También vas a llegar tarde cuando ataquen los krells?

Gali tomó aire haciendo ruido y negó con la cabeza, poniéndose blanco como una bandera de tregua. Y… Gali era un cadete. Cuando lo habían llamado la noche anterior para hablar sobre su examen, me había preocupado, ¡pero al parecer había logrado entrar! Me dieron ganas de gritar de alegría.

Pero era imposible que Gali hubiera llegado tarde sin motivo. Se trataba de un chico que anotaba tiempo de más en su horario para estornudar cuando se resfriaba. Abrí la boca, pero me contuve cuando Cobb me lanzó una mirada.

—Señor —dijo Gali por fin, recobrando el aliento—. Ascensor. Avería.

Cobb fue a un lado del aula y pulsó el botón del intercomunicador.

—Jax —dijo—, ¿puedes comprobar si ha habido alguna avería hoy en los ascensores?

—No hace falta que lo compruebe, capitán —respondió una voz por el altavoz que había encima del botón—. El ascensor 103-D ha estado parado dos horas, con gente atrapada dentro. Lleva meses dándonos problemas.

Cobb soltó el botón y miró a Gali.

—Dicen que has sacado la mejor nota en el examen de este año, cadete.

—Eso me han dicho también, señor. Me llamaron y la almirante me dio un premio y todo. Siento llegar tarde. No era mi intención, y mucho menos el primer día. Casi me muero cuando…

—Bien, suficiente —dijo Cobb, señalándole un asiento—. No me pongas a prueba la paciencia, hijo.

Gali ocupó su asiento de mil amores, pero entonces me vio a un lado del aula y me levantó el pulgar con brío. Lo habíamos conseguido. De algún modo, lo habíamos logrado los dos, con Gali por encima, lo cual era estupendo. Por lo menos, él sí que había tenido un examen justo.

Cobb se acercó al asiento de Caracapullo y activó un interruptor que había en un lado de la caja de enfrente. Un velo de luz rodeó la pegabina, silencioso, titilante, como una burbuja resplandeciente. Desde dentro, Caracapullo susurró una queda, aunque audible, plegaria a la Estrella Polar. Yo me incliné hacia delante en mi silla.

—Puede desorientar un poco —dijo Cobb, que se movió para encender la máquina de Arturo y luego la de Nedd—. Aunque no puede compararse a estar en el aire de verdad, es un sustituto razonable.

Esperé tensa mientras Cobb recorría el círculo, activando un dispositivo tras otro. Todos los cadetes hicieron algún signo de apreciación, un pequeño respingo o una exclamación susurrada. Casi se me partió el corazón cuando Cobb se apartó del último asiento vacío y fue al frente del aula.

Entonces, como si se acordara de haberse dejado algo olvidado, giró la cabeza hacia mí.

Casi exploté de la emoción.

Por fin señaló con la cabeza la pegabina vacía. Me levanté del asiento y entré en la cabina mientras él accionaba el interruptor. Hubo un fogonazo de luz a mi alrededor y, al instante, me dio la impresión de estar sentada en la cabina de un caza de clase Poco posado en una plataforma de lanzamiento, fuera del edificio. Era una ilusión tan increíble que ahogué un grito y saqué la mano fuera de la «cubierta» para asegurarme. El holograma se onduló y se deshizo en granitos de luz, como polvo cayendo, cuando lo atravesé con la mano.

Retiré el brazo e inspeccioné los controles. Había una palanca aceleradora, un tablero lleno de botones y una esfera de control para la mano derecha. La esfera era un orbe que me cabía en la mano, con hendiduras para los dedos y botones en las yemas.

Fuera de la cubierta holográfica de la cabina, veía las otras «naves» alineadas junto a una reproducción perfecta hasta el último detalle de la base Alta. Hasta podía alzar la mirada y ver el cielo, las tenues pautas del cinturón de cascotes… todo.

El rostro bigotudo de Cobb atravesó el cielo, como uno de los mismísimos Santos, cuando se inclinó a través del holograma para hablar conmigo.

—¿Te gusta la sensación, cadete?

—Sí, señor —respondí—. Más que nada en el mundo.

—Bien. No la pierdas.

Lo miré a los ojos y asentí con la cabeza.

Él se retiró.

—Muy bien, cadetes —dijo. Su voz sonaba fantasmal, en apariencia procedente de ninguna parte—. No me gusta perder el tiempo. Todos los días que paséis entrenando serán días en los que mueran buenos pilotos luchando sin teneros como refuerzo. Poneos los cascos que tenéis a los pies.

Obedecí, y la voz de Cobb pasó a llegarme a través del auricular que tenía en el casco.

—Vamos a practicar el despegue —dijo—. Eso debería…

—¡Señor! —exclamó Caracapullo—. Puedo enseñárselo yo.

Puse los ojos en blanco.

—Muy bien, jefe de escuadrón —dijo Cobb—. Me parece bien dejar que otros me hagan el trabajo duro. A ver cómo los llevas al cielo.

—¡Sí, señor! —respondió Caracapullo—. Escuadrón, vuestros cazas no necesitan los propulsores para incrementar o reducir la altitud. De eso se ocupa el anillo de pendiente, ese aparato con forma de aro que hay debajo de todas las naves estelares. Su interruptor de energía está… hum… arriba del

todo en la consola frontal, el botón rojo. No lo apaguéis nunca en pleno vuelo o caeréis como un escombro.

De pronto, una nave de la hilera se iluminó por debajo al activarse su anillo de pendiente.

—Utilizad la esfera de control para escorar a derecha o izquierda —siguió diciendo Caracapullo—, o para hacer movimientos leves. Si queréis ascender deprisa, coged la palanca más pequeña que hay junto al acelerador y tirad de ella hacia arriba.

La nave estelar de Caracapullo se elevó en el aire, ascendiendo a ritmo firme y constante. Su nave, como las de todos los demás, era de clase Poco. Parecían lápices venidos a más y alados, pero seguían siendo naves estelares, y yo estaba en una cabina. Holográficamente así como no del todo, pero, aun así, estaba ocurriendo por fin.

Accioné el interruptor rojo y se iluminó todo el tablero. Sonreí con la mano derecha en la esfera de control y tiré de la palanca de altitud con la izquierda.

Mi nave saltó hacia atrás con un repentino movimiento brusco y me las ingenié para estrellarla contra el edificio que teníamos detrás.

Y no fui la única. Nuestras naves respondían con muchísima más sensibilidad de la que esperábamos. Gali, de algún modo, puso la suya bocabajo del todo. Kimmalyn salió disparada hacia arriba, chilló sorprendida por el súbito movimiento y descendió de nuevo hasta estamparse contra la plataforma de lanzamiento.

—Usad solo el control de altitud —dijo Caracapullo—. ¡Dejad estar la esfera de control de momento, cadetes!

Cobb soltó una risita desde algún lugar del exterior.

—¡Señor! —exclamó Caracapullo—. Yo… Esto… Es que… —Se quedó callado un momento—. Vaya.

Me alegré de que nadie pudiera ver lo ruborizada que estaba. Parecía haber estrellado mi nave contra una versión holográfica del comedor de la escuela de vuelo, a juzgar por las mesas y la comida esparcida por todas partes. Supuse que debería haber sentido el latigazo, pero, aunque el asiento temblaba un poco al desplazarse la nave, no podía duplicar los verdaderos movimientos del vuelo.

—Enhorabuena, cadetes —dijo Cobb—. Estoy bastante seguro de que la mitad de vosotros ha muerto. ¿Qué opinas, jefe de escuadrón?

—No esperaba que fuesen tan negados, señor.

—No somos unos negados —dije yo—. Es solo que estamos… ansiosos.

—Y quizá un poco avergonzados —señaló Kimmalyn.

—No hables por los demás —dijo una voz de chica en mi auricular. ¿Cómo se llamaba? Hudiya, la chica de la coleta y la chaqueta desabrochada. Estaba riéndose—. Ay, mi estómago. Creo que voy a vomitar. ¿Puedo probar otra vez?

—¿Otra vez? —preguntó Kimmalyn.

—¡Ha sido una pasada!

—¡Pero si acabas de decir que ibas a vomitar!

—En el buen sentido.

—¿Cómo se puede vomitar en el buen sentido?

—¡Atención! —espetó Cobb. Mi nave vibró a mi alrededor y, de pronto, todos volvíamos a estar en hilera, con las naves enteras de nuevo. Al parecer, la simulación se había reiniciado—. Como suele ocurrir a los pilotos novatos, no estáis acostumbrados a lo sensibles que pueden ser vuestras naves. Con la energía del anillo de pendiente y el propulsor, podéis realizar maniobras de gran precisión, sobre todo cuando estéis entrenados con la lanza de luz.

»Pero esa versatilidad tiene su contrapartida. Es muy muy fácil que os matéis en una nave estelar. Así que hoy vamos a practicar tres cosas. Ascender. Descender. Y no morir mientras hacéis ninguna de las dos cosas. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondimos al unísono.

—También aprenderéis a manejar la radio. Es lo que hace el grupo de botones azules que hay arriba y a la izquierda en el panel de control. Tenéis que acostumbraros a abrir una línea con todo el escuadrón o solo con vuestro compañero de ala. Luego os explicaré los demás botones. Ahora no quiero que os distraigan. Solo las estrellas saben cómo podríais hacerlo peor que en esa pequeña exhibición que habéis dado, pero estoy dispuesto a concederos la oportunidad.

—¡Sí, señor! —respondimos, un poco avergonzados.

De modo que dedicamos las siguientes tres horas a despegar y aterrizar.

Era una tarea frustrante, porque me daba la impresión de que debería ser capaz de hacer mucho más. Había estudiado muchísimo y había practicado mentalmente. Tenía la sensación de que sabía lo que hacía.

Pero no era así, como demostraba el accidente que había tenido al principio. Y mi persistente incapacidad me frustraba.

La única manera de superarla era practicar, así que me dediqué en cuerpo y alma al entrenamiento. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Una y otra vez. Lo hice apretando los dientes, decidida a no volver a estrellarme.

Al final, todos conseguimos hacer cinco rondas seguidas de ascenso y descenso sin accidentes. Cuando Cobb volvió a enviarnos hacia arriba, me estabilicé con el altímetro marcando quinientos y allí me quedé. Solté el aire que había contenido y me recliné mientras los demás cadetes llegaban y se colocaban en hilera.

Caracapullo pasó ascendiendo a toda velocidad e hizo un rápido volteo antes de colocarse con los demás. Menudo presumido.

—Muy bien, jefe de escuadrón —dijo Cobb—. Pasa lista a tus tropas y obtén confirmación verbal de que todos están preparados. Tendrás que hacerlo antes de cada enfrentamiento, para confirmar que nadie tiene problemas mecánicos ni físicos. Escuadrón, si experimentáis problemas, no dejéis de decírselo al jefe de escuadrón. Si voláis a la batalla sabiendo que a vuestra nave le pasa algo, seréis responsables del daño que podáis provocar.

—Señor —llamó Bim por el canal de comunicación—, ¿es cierto que, si estrellamos una nave de verdad entrenando, no podremos graduarnos?

—Lo normal —dijo Cobb— es que, si un cadete estrella su caza estelar, sea señal de alguna negligencia, del tipo que desaconseja confiarle esa clase de material.

—¿Y si nos eyectamos? —preguntó Bim—. He oído que los cadetes entrenan en situaciones de combate real. Si nos disparan y nos eyectamos, ¿nos expulsan? Siendo cadetes, me refiero.

Cobb se quedó callado un momento.

—No hay ninguna norma rígida y directa —dijo después.

—Pero es la tradición, ¿verdad? —insistió Bim—. Un cadete que se eyecta y huye de su nave se queda en el suelo a partir de entonces.

—Es porque buscan a los cobardes —dijo Hudiya—. Quieren echar a los cadetes que tienen demasiada prisa por eyectarse.

Sentí un subidón de adrenalina, como me pasaba siempre que alguien pronunciaba la palabra «cobarde». Pero Hudiya no estaba refiriéndose a mí, y nunca lo haría. Yo no iba a eyectarme jamás.

—Los pilotos de verdad —dijo un compinche de Caracapullo—, los mejores de los mejores, pueden dirigir una nave que cae y hacer un aterrizaje forzoso de forma que puedan recuperarse piezas, aunque les hayan disparado. Los anillos de pendiente son tan caros que los pilotos tienen que protegerlos, porque un piloto no es tan valioso como…

—Ya basta, Arturo —lo interrumpió Cobb—. Estás difundiendo rumores estúpidos. Tanto los pilotos como las naves son valiosos. Cadetes, no hagáis caso a esas habladurías, que quizá escuchéis de otros escuadrones, sobre

dirigir vuestra nave para un aterrizaje controlado. ¿Me habéis oído? Si os derriban, eyectaos. No os preocupéis por las consecuencias, preocupaos por vuestra vida. Si sois pilotos lo bastante buenos, no afectará a vuestra carrera, por mucha tradición que pueda haber.

Fruncí el ceño. Eso no era lo que yo había oído. Si derribaban a un piloto de pleno derecho, se le concedía una segunda oportunidad. Pero ¿a los cadetes? ¿Por qué dejar que se graduara alguien a quien habían derribado, si estabas buscando solo a lo mejor entre lo mejor?

—Ridículo orgullo de piloto —gruñó Cobb—. Nos ha hecho más daño que los krells, estoy seguro. Jefe de escuadrón, ¿no ibas a pasar lista?

—¡Ah, es verdad! —exclamó Jorgen—. ¡Escuadrón de Cadetes B! ¡Es hora de…!

—¿Escuadrón de Cadetes B? —dijo Cobb—. Se te puede ocurrir un nombre mejor, jefe de escuadrón.

—Esto… Sí, señor. Hum…

—Escuadrón Cielo —dije yo.

—Escuadrón Cielo —repitió Caracapullo, aferrándose al nombre—. ¡Confirmad que estáis preparados, en orden de numeración del tablero de mandos!

—Cielo Dos —dijo el más alto de los dos compinches—. Identificador: Nedder. Confirmado.

—Cielo Tres —dijo Hudiya—. Identificador: Arcada. Confirmada.

—¿De verdad? —preguntó Caracapullo—. ¿Arcada?

—Es fácil de recordar, ¿a que sí? —replicó ella.

Caracapullo suspiró.

—Cielo Cuatro —dijo Gali—. Esto… Identificador: Galimatías. Caramba, qué bien sienta decirlo. Y, hum, confirmado.

—Cielo Cinco —dijo Arturo, el más bajo de los dos compinches—. Identificador: Anfisbena.

—¿Anfis… qué? —preguntó Arcada.

—Es un dragón de dos cabezas —explicó Arturo—. Un animal de lo más temible, salido de la mitología. Confirmado.

—Cielo Seis —dijo Kimmalyn—. A ver, identificador. Va a hacerme falta uno, ¿verdad?

—Santa —le sugerí.

—Por las estrellas, no —respondió ella.

—Ya lo elegirás más adelante —dijo Cobb—. De momento, usa tu nombre de pila.

—No, no —repuso ella—. Llamadme Rauda. No tiene sentido posponer la elección. La Santa siempre decía: «Ahorra tiempo y haz ese trabajo ya».

—¿Cómo puede ahorrarte tiempo hacer algo «ya»? —preguntó Arturo—. En teoría, el trabajo en cuestión ocupará la misma cantidad de tiempo ahora que más adelante.

—Irrelevante, Anfi —dijo Caracapullo—. ¿Cielo Siete?

—Cielo Siete —dijo una voz de chica con acento que no creía haber oído antes—. Identificador: Marea. Confirmada.

Un momento, ¿quién era esa? Me devané los sesos. «La chica viciense del tatuaje en la mandíbula —recordé—. La que no me ha hecho ningún caso antes».

—Cielo Ocho —dijo Bim—. Bim. Es mi nombre, no mi identificador. Ya llegaré a eso, que no quiero cagarla. Confirmado, por cierto.

—Cielo Nueve —dijo Freya, la chica rubia alta—. Identificación FM. Confirmada.

Había hecho despegar su nave la primera vez sin estrellarse, la única que lo había logrado aparte de Caracapullo y sus compinches. Su ropa buena y aquellas hebillas doradas de las botas me hicieron pensar que debía de proceder también de las cavernas inferiores. Era evidente que su familia tenía los suficientes méritos para hacer solicitudes caras.

—Cielo Diez —dije yo—. Identificador: Peonza. Confirmada.

—Qué identificador más soso —comentó Caracapullo—. Yo seré Jager. Significa «cazador» en un idioma ant…

—No puedes llamarte Jager —dijo Cobb—. Ya tenemos un Jager, en el Escuadrón Pesadilla. Se graduó hace dos meses.

—Vaya —dijo Caracapullo—. Eh… hum. No lo sabía.

—¿Qué tal Caracapullo? —sugerí—. Es como te estoy llamando yo para mis adentros. Podríamos llamarte así.

—Eso. Ni. Pensarlo.

Oí varias risitas, entre ellas una que estaba bastante segura de que procedía de Nedd Strong, «Nedder», el más alto de los compinches de Caracapullo.

—Muy bien —dijo Cobb, sin hacernos caso—. Ahora que eso está hecho, quizá podamos empezar a hablar de cómo desplazarnos de verdad hacia algún sitio.

Asentí entusiasmada, aunque sabía que no podía verme nadie.

—Coged el acelerador sin hacer fuerza —nos ordenó Cobb—. Movedlo hacia delante poco a poco, hasta que el indicador llegue a cero coma uno.

Lo hice, pero con cautela, muy preocupada por repetir la vergüenza que había pasado antes, y solté el aliento cuando mi nave se movió hacia delante con un impulso modesto.

—Bien —dijo Cobb—. Ahora vais a Mag 0,1. Es la décima parte de Mag 1, que es la velocidad normal de combate. Cazas de numeración par, descended trescientos pies. Vosotros diríais «cien metros», pero lo tradicional es medir la altitud en pies, por algún tirdoso motivo, así que tendréis que acostumbraros. Cazas de numeración impar, ascended trescientos. Eso os dejará espacio para probar maniobras muy ligeras a derecha e izquierda en vuelo.

Obedecí la orden y descendí hasta nivelar la nave. Probé a virar a derecha y luego a izquierda. Me salió… natural. Como si estuviera destinada a hacerlo. Como si…

Estalló una sucesión de alarmas estruendosas. Di un salto y, presa del pánico, busqué en el panel de mandos, temiendo haber hecho algo mal. Por fin mi cerebro discernió que el sonido no llegaba desde mi nave, y ni siquiera desde el aula. Eran alarmas que sonaban fuera del edificio.

«Es el aviso de ataque», pensé, quitándome el casco para oír mejor. Los sonidos de trompeta eran distintos allí arriba, en Alta. Sonaban más deprisa.

Saqué la cabeza por la cubierta de mi holograma y vi que otros cadetes hacían lo mismo. Cobb se había acercado a la ventana del aula y estaba mirando hacia el cielo. Forzando la mirada, alcancé a distinguir unos cascotes que ardían en la atmósfera al caer. Era un ataque krell.

El altavoz de la pared dio un chasquido.

—Cobb —dijo la voz de la almirante Férrea—. ¿Tienes a esos cadetes novatos flotando ya?

Cobb fue hasta el panel de la pared y apretó un botón.

—Apenas. Estoy convencido de que uno va a encontrar la forma de hacer que su nave se autodestruya, aunque los Poco no tengan esa función.

—Estupendo. Envíalos al aire, en formación extendida, por encima de Alta.

Cobb nos miró antes de volver a apretar el botón.

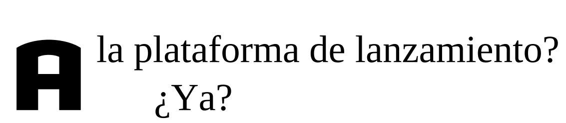
—Solicito confirmación, almirante. ¿Quiere a los cadetes nuevos en el cielo durante un ataque?

—Hazlos subir, Cobb. Es una oleada grande. El Escuadrón Pesadilla está en la ciudad de permiso, y no me da tiempo a traerlos de vuelta. Cambio y corto.

Cobb vaciló un momento antes de ladrar una orden.

—¡Ya habéis oído a la almirante! ¡Escuadrón Cielo, a la plataforma de lanzamiento! ¡Ya!

10



A la plataforma de lanzamiento?

¿Ya?

¿Después de un solo día de entrenamiento en vuelo?

Cobb dio un manotazo a un botón de su mesa y apagó todos nuestros emisores holográficos. No pude evitar preguntarme si aquello sería una especie de prueba, o de extraño ritual de iniciación, pero la palidez que había en el rostro de Cobb me convenció de lo contrario. Lo que estaba pasando no le hacía ninguna gracia.

¿En qué estrellas estaba pensando la almirante? Seguro… seguro que no haría matar a mi escuadrón entero para vengarse de que Cobb me hubiera admitido en la FDD, ¿verdad?

Salimos del aula de entrenamiento en un revoltijo informe.

—Gali —dije, poniéndome al paso de mi amigo mientras trotábamos pasillo abajo y las alarmas barritaban en la lejanía—. ¿Te puedes creer esto? ¿Algo de todo esto?

—No. Aún no puedo creer que esté aquí, Peonza. Cuando me llamaron y me dijeron la nota que había sacado, ¡creía que iban a acusarme de hacer trampa! Y entonces la almirante me dio un premio y nos hicimos unas fotos. Es casi tan increíble como que Cobb te dejara entrar después de…

—No te preocupes por eso —me apresuré a interrumpirlo. No quería que nadie oyera que mis circunstancias eran poco habituales.

Miré a un lado y encontré a Caracapullo corriendo a pocos pasos de distancia. Me miró con los ojos entornados. Maravilloso.

Salimos de la escuela de vuelo y nos congregamos en los peldaños de fuera mientras un escuadrón de naves estelares de clase Fresa se lanzaban al cielo. Eran uno de los escuadrones que estaban de servicio. Solía haber varios de ellos en todo momento, además de otro par de escuadrones a los que llamar en caso de emergencia.

Entonces ¿para qué nos necesitaban a nosotros? No lo comprendía.

Cobb salió del edificio y señaló hacia una fila de diez cazas de clase Poco que estaban en una plataforma de lanzamiento cercana. El personal de tierra estaba llevando escaleras hacia ellos.

—¡Paso ligero! —gritó Caracapullo—. ¡A vuestras naves! ¿Recordáis todos vuestro número?

Kimmalyn se detuvo de golpe.

—Eres el número seis, Rara —dijo Cobb.

—Hum, en realidad era Rauda, pero…

—¡Moveos, idiotas! —bramó Cobb—. ¡Tenéis vuestras órdenes!

Miró hacia el cielo. Hubo una sucesión de estallidos sónicos procedentes de las naves que habían despegado antes. Aunque ya estaban muy lejos, las explosiones hicieron temblar las ventanas.

Corrí hacia mi nave, subí por la escalera a la cabina abierta y me quedé quieta de golpe. *Mi* nave.

Un operario de tierra subió por la escalera detrás de mí.

—¿Vas a meterte? —preguntó.

Me sonrojé y salté al interior de la cabina.

Él me entregó un casco y se inclinó hacia dentro.

—Esta nave acaba de salir del taller. La usarás cuando se te ordene, pero no es tuya del todo. La compartirás con un cadete de otro escuadrón hasta que hayan abandonado los suficientes.

Me puse el casco y levanté el pulgar hacia él. El operario bajó al suelo y se llevó la escalera. La cubierta de mi cabina se cerró y se selló. Me quedé allí sentada en silencio, recobrando el aliento, y luego extendí el brazo y pulsé el botón que activaba el anillo de pendiente. El panel se iluminó y un zumbido vibró por toda la nave. Eso no había estado en la simulación.

Miré a un lado, hacia el comedor contra el que me había estrellado no hacía ni cuatro horas.

«No te pongas nerviosa. Acabas de hacer esto cien veces, Spensa».

Pero no podía evitar pensar en lo que habíamos hablado antes. En aquello de que a los cadetes que se estrellaban o se eyectaban, por tradición, no se les permitía graduarse…

Así el control de altitud y esperé órdenes. Entonces volví a sonrojarme y pulsé el botón azul que activaba la radio.

—¿… alguien hacerle señas, tal vez? —llegó la voz de Arturo a través de mi casco—. FM, ¿llegas a ver…?

—Aquí Peonza —dije—. Lo siento.

—De acuerdo, escuadrón —dijo Caracapullo—. Despegad, suave y fino, como hemos practicado. Derechos hacia arriba mil quinientos pies y manteneos ahí.

Cogí los mandos y noté que me atronaba el corazón en el pecho. Era la primera vez que iba a subir al cielo.

«Andando». Puse mi Poco en ascenso vertical. Y fue glorioso de verdad. La sensación de movimiento, la presión de la aceleración empujándome hacia abajo, la vista de la base encogiéndose por debajo de mí… el cielo abierto, dándome la bienvenida a casa…

Me nivelé en el preciso momento en que el altímetro indicó mil quinientos. Los demás se congregaron en fila a mis dos lados, con sus brillantes y azules anillos de pendiente bajo cada nave. En la distancia vi los estallidos de luz de la batalla.

—Paso lista —dijo Caracapullo.

Los nueve confirmamos que estábamos preparados y nos quedamos callados un momento.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté.

—Estoy pidiendo órdenes —dijo Caracapullo—. No sé en qué frecuencia se supone que…

—Aquí estoy —interrumpió la voz de Cobb por radio—. Bien hecho, cadetes. Es una línea casi perfecta del todo. Menos tú, Rara.

—Rauda, señor —dijo Kimmalyn. Y en efecto, su nave había ascendido unos cincuenta pies por encima de los otros—. Y… creo que voy a quedarme aquí tranquilita, cómoda y feliz de no haberme estampado contra nadie. Como dijo la Santa, «No pasa nada por equivocarse un poco de vez en cuando».

—Me parece bien —respondió Cobb—, pero tengo órdenes del Mando de Vuelo. Jefe de escuadrón, ascended a dos mil pies y luego acelerad a Mag 0,2 y salid, con cuidado, de encima de la ciudad. Ya os diré cuándo tenéis que parar.

—Bien —dijo Caracapullo—. Todos, dos mil y flotad, y esta vez quiero que lo claves, Rara.

—No hay problema, Caracapullo —respondió ella.

Nuestro jefe de escuadrón soltó un reniego entre dientes mientras ascendíamos más, tanto que la ciudad de debajo casi parecía de juguete. Aún veía los fogonazos en la lejanía, aunque los cascotes que caían eran un espectáculo más dinámico. Franjas de fuego rojo que dejaban estelas de humo y atravesaban el campo de batalla.

Obedeciendo la orden de Cobb, empujamos los aceleradores un poco hacia delante y activamos los propulsores. Y sin más, estaba volando, volando de verdad, por primera vez. No iba deprisa, y pasé casi todo el tiempo

sudando y poniendo una cautela excesiva en todos mis movimientos. Pero una parte de mí seguía asombrada.

Por fin estaba ocurriendo.

Volamos hacia el campo de batalla, pero, antes de que hubiéramos llegado muy lejos, Cobb volvió a llamar por radio.

—Quedaos ahí, cadetes —dijo, con una voz que sonaba más relajada—. Me han dado más información. No vais a luchar. Un problema con los ascensores nos ha pillado con el culo al aire. Un escuadrón que tenía que estar en la reserva se ha quedado abajo.

»Os relevarán pronto. Hasta entonces, la almirante quiere que parezca que contamos con más refuerzos de los que tenemos en realidad. Os ha enviado a vosotros y a otro escuadrón de cadetes a flotar cerca del límite de la ciudad. Los krells no entrarán y no se arriesgarán a enfrentarse a lo que suponen que son naves frescas.

Asentí despacio, recordando una lección de la yaya. Toda la guerra se basa en el engaño, había dicho Sun Tzu. Cuando somos capaces de atacar, debemos parecer incapaces. Cuando estamos cerca, debemos hacer creer al enemigo que estamos muy lejos, y si estamos muy lejos, hay que hacerle creer que estamos cerca. Tenía sentido hacer volar un par de escuadrones falsos para preocupar a los krells.

—Señor —dijo Jorgen—, ¿puede contarnos qué está pasando en el campo de batalla? Para que estemos preparados, por si acaso.

Cobb gruñó.

—Aprobasteis todos el examen, así que imagino que podréis decirme la estrategia básica de ataque krell.

Empecé a responder, pero Arturo fue más rápido.

—Cuando empiezan a caer cascotes —dijo, hablando muy deprisa—, los krells suelen utilizarlo para encubrir sus signaturas en el radar. Vuelan bajo, por debajo del alcance de nuestras armas antiaéreas más potentes, e intentan aproximarse a Alta. Si llegan, pueden dejar caer una bomba aniquiladora.

Me estremecí. Una aniquiladora no solo vaporizaría a todo quien estuviera en Alta, con escudos o sin ellos, sino que también derrumbaría las cavernas de debajo, enterrando Ígnea y destruyendo el aparataje.

—Pero los krells no siempre llevan una aniquiladora —intervine—. Esas bombas tiene que llevarlas un bombardero especial que alcanza poca velocidad. Serán caras, o difíciles de producir, o lo que sea, porque los krells acostumbran a retirar el bombardero si se ve amenazado. La mayoría de las veces, los krells y la FDD combaten por los escombros que caen. Suelen

contener piedra de pendiente recuperable, que podemos usar para construir más cazas estelares.

—Puede que tengas razón —dijo Arturo, en tono poco satisfecho—. Pero nos ha preguntado su estrategia básica. Su estrategia básica consiste en intentar destruir Alta.

—¡En tres de cada cuatro escaramuzas no aparece ni una sola aniquiladora! —exclamé—. Creemos que intentan desgastarnos, destruir tantas naves como puedan, ya que a nosotros nos cuesta más reemplazarlas que a los krells.

—Muy bien —nos interrumpió Cobb—. Ya os luciréis delante del otro más tarde. Sois los dos muy listos. Y ahora, a callar.

Me apoyé en el respaldo, sin saber muy bien si sentirme halagada o insultada. Parecía una mezcla frecuente de emociones al tratar con Cobb.

—En la batalla de hoy, nadie ha visto un bombardero de aniquiladora —dijo Cobb—. Eso no significa que no pueda acercarse ninguno, pero la lluvia de cascotes de hoy contiene un montón de maquinaria con anillos de pendiente antiguos.

«¡Ja!», pensé. Tenía yo razón. Miré a los lados, buscando a Arturo para regodearme, pero no logré distinguirlo en la alineación de naves.

—Señor —dijo Caracapullo—, hay una cosa que siempre me ha molestado de nuestra forma de pelear. Respondemos a lo que hacen los krells, ¿verdad? Cuando cae una lluvia de cascotes, salimos volando para comprobarla. Si encontramos a krells, nos enfrentamos a ellos.

—En general, sí —respondió Cobb.

—Por lo tanto, siempre dejamos que elijan ellos el campo de batalla —dijo Caracapullo—. Pero la forma de ganar una guerra es sorprender al enemigo. Mantenerlo desequilibrado. Hacerle creer que no vamos a atacar cuando es que sí, y viceversa.

—Alguien ha estado leyendo un poco demasiado a Sun Tzu —comentó Cobb—. El combatía en una época diferente, jefe de escuadrón, y con tácticas muy distintas.

—¿No deberíamos al menos intentar llevar la lucha a los krells? —preguntó Caracapullo—. ¿Atacar su base al otro lado del campo de escombros, dondequiera que esté? ¿Por qué no habla nadie de eso?

—Hay motivos —repuso Cobb—. Y no son para cadetes. Vosotros concentraos en vuestras órdenes actuales.

Fruncí el ceño al oírlo, reconociendo a regañadientes que Caracapullo había hecho buenas preguntas. Giré la cabeza para mirar hacia la acumulación

verde que era Alta. Y pensé que había otra cosa que no encajaba. Cobb era un piloto experto, y Primer Ciudadano. Había volado en la Batalla de Alta. Si hacían falta reservas, o aunque fuese crear la ilusión de que existían, ¿por qué no había subido con nosotros?

Nos quedamos esperando en silencio varios minutos.

—Eh… —dijo Bim por la línea de comunicación—. ¿Me ayuda alguien a elegir un identificador?

—Eso —dijo Caracapullo—. A mí también me hace falta.

—Pensaba que el tuyo estaba decidido ya, Caracapullo —dijo Nedd.

—No podéis llamar con un insulto a vuestro jefe de escuadrón —objetó Caracapullo.

—¿Por qué no? —preguntó Arcada—. ¿Quién era aquella piloto tan famosa que tenía nombre de pedo o…?

—Viento Quebrado —dije yo—. Era Primera Ciudadana. Se ha jubilado hace poco, y era una piloto increíble. Ciento treinta muertes a lo largo de su carrera. Un promedio de veinte enfrentamientos al año.

—No pienso llamarme Caracapullo —dijo Caracapullo—. Es una orden.

—Como quieras —repuso FM—, Caracapullo.

Sonreí, mirando fuera de la cabina hacia la nave de FM, que estaba al lado de la mía. ¿Lo conocería de antes? Me daba la impresión de captar un atisbo de acento en la voz de la chica, el mismo que tenían los tres chicos. Acento de gente rica, de las cavernas inferiores. ¿Cuál sería la historia de FM?

Las luces continuaron centelleando en la distancia, y me descubrí anhelando asir la palanca, sobrecargar el propulsor y enviar mi nave como un rayo hacia la batalla. ¿Había pilotos luchando, tal vez muriendo, mientras yo me quedaba allí plantada? ¿Qué clase de guerrera era?

«La clase que se estrella en el comedor la primera vez que enciende los motores», pensé. Aun así, contemplé aquellas luces, intentando imaginar la batalla, y entrecerré los ojos para procurar vislumbrar una nave krell.

De todos modos, me sorprendió ver que había una volando hacia nosotros.

Había visto centenares de ilustraciones artísticas de sus naves. La que se nos acercaba era pequeña, bulbosa y con un extraño aspecto inacabado, arrastrando cables por detrás como colas. Tenía una cabina pequeña, opaca y negra. Casi todas las naves krells explotaban del todo al dañarlas o si se estrellaban, pero de algunas habíamos recuperado los restos calcinados de la armadura que llevaban. Pero nunca el cuerpo de un krell.

—¡Caracapullo! —grité.

—No me llames…

—¡Jorgen! ¡Jefe de escuadrón! ¡Lo que sea! Mira a tus once, unos doscientos pies por debajo. ¿Lo ves?

Él susurró una maldición.

Arcada dijo:

—¡Muy bien, nos toca jugar!

—Esto no es un juego, Arcada —dijo Caracapullo—. ¿Instructor Cobb?

—Aquí estoy. ¿Qué pasa?

—Nave krell, señor. Parece que ha volado por debajo del alcance de las baterías antiaéreas, y va en dirección a Alta.

Cobb tardó en responder. Yo me quedé sudando, con las manos en los controles, siguiendo aquella nave con la mirada.

—El Mando de Vuelo está al tanto —nos informó Cobb—. Vuestros reemplazos están subiendo a sus naves ahora mismo. No deberían tardar en llegar.

—¿Y si no son lo bastante rápidos? —pregunté—. ¿Y si esa nave lleva una aniquiladora?

—El Mando de Vuelo la ha identificado visualmente, Peonza —dijo Cobb —. No es un bombardero. Una sola nave no puede hacer tanto daño.

—Con el debido respeto, señor, no estoy de acuerdo —replicó Jorgen—. La base está escudada, pero la nave podría abrir fuego con destructores contra los granjeros y matarlos a decenas antes de que…

—Conozco las capacidades de los condenados krells, chico, muchas gracias. —Cobb respiró hondo—. ¿Está cerca?

—Sí, señor. Y sigue acercándose.

Silencio en la línea, y luego:

—Podéis enfrentaros a ella. Pero manteneos a la defensiva. No quiero filigranas, cadete. Quiero que la distraigáis hasta que despeguen los refuerzos.

Asentí, mientras me caía un sudor nervioso por los lados de la cabeza, bajo el casco. Me preparé para volar.

—¡Voy a ello, señor! —exclamó Caracapullo—. ¡Nedder, eres mi compañero de ala!

—Entendido, Jorg —dijo Nedd.

Dos naves abandonaron nuestra hilera. Y cuando quise darme cuenta, había llevado la mano al acelerador y estaba volando tras ellos.

—¡Peonza, vuelve a la fila! —ordenó Caracapullo.

—Me necesitáis —dije—. ¡Cuantos más seamos, más probable es que espantemos al bicho de vuelta hacia los auténticos guerreros!

—Y ella necesitará una compañera de ala —intervino Arcada, saliendo de la hilera y poniéndose a mi cola.

—¡No, no! —gritó Caracapullo—. ¡Que nadie más abandone la formación!

—Llévatela —ordenó Cobb—. Arcada y Peonza, vais con el jefe de escuadrón y su compañero de ala. Pero los demás, mantened la posición. No quiero que empecéis a estrellaros entre vosotros ahí arriba.

Caracapullo se quedó callado. Los cuatro, juntos, trazamos un rumbo de intercepción y ganamos velocidad, tratando de impedir que el caza enemigo se acercara demasiado a Alta. Me preocupaba que no lo alcanzáramos a tiempo, que pasara zumbando por delante de nuestras narices. Pero no tenía motivo para inquietarme tanto.

Porque en el momento en que nos acercamos lo suficiente, dio la vuelta y vino derecho hacia nosotros.

11

Se me aceleró el pulso. Se me enfrió la cara.

Pero en ese momento, me di cuenta de que no estaba asustada. Siempre me había preocupado estarlo cuando llegara el momento. Siempre alardeaba y fingía como una campeona, pero ¿en cuántas peleas me había metido de verdad? ¿En un par de refriegas con otros niños, de pequeña? ¿En unos combates de práctica en clase de judo?

Una parte de mí siempre había temido que, cuando llegara al cielo, montaría en pánico. Que demostraría ser la cobarde que todos afirmaban que era. Igual que… igual que, según la mentira que circulaba, lo había sido mi padre.

Pero con una mano tranquila y firme, aflojé el acelerador y tracé una curva, intentando situarme detrás del enemigo. Conocía las técnicas de combate aéreo, me las sabía de cabo a rabo. Las había dibujado en los márgenes de prácticamente todos los apuntes que había tomado en clase, fuera cual fuese la asignatura.

Aun así, era una incompetente. La curva me salió demasiado amplia y Arcada estuvo a punto de chocar contra mí porque nos habíamos ladeado en momentos distintos.

—¡Hala! —exclamó Arcada mientras nos recuperábamos las dos—. Esto es más difícil de lo que parece, ¿eh?

La nave krell eligió atacar a Jorgen y descargó una ráfaga de brillante fuego de destructor. Intenté ayudar, pero en esa ocasión hice el giro demasiado cerrado. Jorgen, Nedd y la nave krell salieron disparados por debajo de mí en una secuencia de maniobras aéreas.

Me ruboricé, sintiéndome inútil. Siempre había pensado que… bueno, que aquello me saldría de forma natural. Pero me costaba esfuerzo hasta hacer que mi nave se encarara hacia donde quería.

El krell volvió a ponerse en posición detrás de Caracapullo, que susurró una palabrota y luego ejecutó una esquiva en vuelta gemela casi perfecta. De repente, todo aquello se volvió mucho más real para mí. Allí abajo tenía a un compañero de escuadrón. Y el enemigo estaba haciendo todo lo posible por matarlo.

—Bien hecho, Jorgen —dijo Cobb—. Pero de ahora en adelante, ten cuidado con esas maniobras. Si vuelas mucho mejor que tus compañeros, los krells irán a por ti de inmediato. Si identifican a los jefes de escuadrón, los atacan a ellos primero.

—¿No deberían atacar antes a los pilotos más flojos? —preguntó FM—. Serían más fáciles de matar.

Pero los krells no pensaban así. Siempre apuntaban a los mejores pilotos que encontraban, en un intento de hacer añicos nuestra cadena de mando.

—Luego os lo explico —dijo Cobb con la voz tensa—. Nedd, acércate más a Jorgen si puedes. Que el krell tenga que preocuparse de que te pongas a su cola si él intenta ponerse a la de Jorgen.

Fue una suerte que los krells se centraran en los pilotos buenos, porque Arcada y yo habríamos sido unos blancos de prácticas bien fáciles. Apenas sabíamos virar. En cambio, Caracapullo… hizo un bucle Ahlstrom perfecto y estuvo a punto de quitarse de encima la nave krell.

Por desgracia, el siguiente viraje de Caracapullo no fue tan diestro. Lo ejecutó bien, pero salió encarado hacia el resto del escuadrón. Lo oí maldecir por radio mientras intentaba cambiar de dirección, pero su maniobra envió los disparos del enemigo que lo perseguía hacia nuestro equipo.

Se dispersaron, haciendo virar sus naves en todas las direcciones. Bim rozó a Marea, la chica callada de los tatuajes. Las naves rebotaron una contra la otra, pero no golpearon a nadie más. Unos cuantos disparos de destructor alcanzaron de pleno la nave de Gali, pero su escudo resistió. Aun así, chilló por la radio mientras los estallidos de luz sacudían su Poco.

Apreté los dientes y el corazón me martilleó en el pecho mientras Arcada y yo lográbamos, por fin, desplazarnos en la dirección correcta. Pero para ello tuvimos que pasar entre las naves que se dispersaban y, en esa ocasión, estuve a punto de estrellarme yo contra Bim.

Tirda. Comprendía el razonamiento de la almirante, pero de ningún modo deberíamos estar allí arriba combatiendo. Si seguíamos así, las únicas piras funerarias que ardieran ese día serían las nuestras. La pobre Kimmalyn se había apoyado en sus controles de altitud y se había apartado unos quinientos pies por debajo de los demás.

Caracapullo a duras penas lograba mantenerse por delante del krell, aunque ya hacía tiempo que había dejado atrás a Nedd. Empujé hacia delante el acelerador y mi nave compensó durante un breve intervalo la fuerza de aceleración, pero a los pocos segundos me afectó, empujándome hacia atrás en el asiento y haciéndome sentir más pesada.

—¿Dónde están esos refuerzos? —preguntó Caracapullo mientras el enemigo le disparaba y castigaba su escudo.

—Llegarán en un momento —dijo Cobb.

—¡Puede que no tenga ese momento! —exclamó Jorgen—. Voy a intentar que la nave me siga hacia arriba para que puedan dispararle las baterías antiaéreas. Avíseles por radio.

—Hecho —dijo Cobb—. La nave krell aún tiene el escudo alzado, así que puede que tengas que mantenerla dentro del alcance de las baterías el tiempo suficiente para que le den varias veces.

—Vale… Lo intentaré… ¿Qué es esta luz roja intermitente del panel?

—Que estás sin escudo —respondió Cobb en voz baja.

«Puedo salvarlo —pensé, desesperada—. ¡Tengo que salvarlo!». Las dos naves habían ganado mucha altitud. Mi única esperanza era acercarme deprisa, ponerme a la cola del krell y abatirlo, así que levanté el morro de mi caza, empujé el acelerador hasta delante del todo y pulsé el botón de sobrecarga.

La aceleración me aplastó mientras ascendía y sentí que pesaba más a cada momento que pasaba. Era una sensación rarísima, muy distinta a lo que había imaginado. Noté que la piel me tiraba hacia abajo, como si me fuese a resbalar de la cara, y me pesaban cada vez más los brazos, hasta el punto de que me costaba dirigir la nave.

Lo peor de todo fue que me inundó la náusea cuando la aceleración tiró de mi estómago hacia abajo. A los pocos segundos, empecé a perder la conciencia.

«No…». Me vi obligada a agarrar el acelerador y tirar de él para ralentizar la nave. Apenas logré conservar el sentido.

Por debajo, las enormes armas antiaéreas que protegían Alta abrieron fuego, pero resultaban torpes y lentas comparadas con las naves que pasaban volando a toda velocidad. Unas explosiones sacudieron el aire detrás del pequeño Poco de Jorgen y la extraña e inacabada nave krell. Con un estallido de luz, un arma antiaérea acertó al krell y rompió su escudo, pero la nave siguió volando, persiguiendo de cerca a Jorgen.

Era imposible que el siguiente disparo del krell fallara.

«¡No!».

En ese momento, un rayo de luz pura llegó desde abajo y atravesó la nave krell por el mismo centro. Se hizo pedazos con una explosión de fuego y piezas.

Jorgen soltó un largo suspiro.

—Dé las gracias a los refuerzos de mi parte, Cobb.

—No han sido ellos, hijo —respondió Cobb.

—¡Anda! —dijo Kimmalyn—. ¿Le he dado? ¡Le he dado! Ah, ¿estás bien, Caracapullo?

Fruncí el ceño y miré hacia abajo. El disparo había sido de *Kimmalyn*. Se había situado a menos altitud y hacia un lado, no para huir, sino para poder disparar al enemigo sin tenernos a los demás en medio.

Siendo sincera, me quedé patidifusa. Jorgen sonó como si se sintiera igual que yo.

—¡Tirda! —exclamó—. Rara, ¿acabas de derribar un caza krell de un solo disparo a larga distancia?

Se oyó una risita de Cobb por la radio.

—Parece que tu expediente no se equivocaba, Rara.

—Mi identificador es… —empezó a decir, pero entonces suspiró—. Da lo mismo. Rara tendrá que ser. Bueno, que sí, señor.

—¿De qué hablamos? —preguntó Jorgen.

—Rara es hija de cañoneros antiaéreos de la Caverna Pródiga —dijo Cobb—. Según los datos históricos, quienes tienen buena puntería con las armas antiaéreas más pequeñas tienden a convertirse en buenos pilotos. Los asientos rotatorios de las baterías de armas pequeñas los acostumbran a moverse y disparar, y nuestra joven Rara tiene unas cifras de puntería pero que muy impresionantes.

—Ni siquiera iba a presentarme al examen de piloto, la verdad —dijo ella en tono conspirativo—. Pero se presentaron los reclutadores de la FDD y me pidieron que les hiciera una demostración, así que no tuve más remedio que andarme sin paños calientes. «La mejor modestia se demuestra fanfarroneando», como dijo la Santa. Y cuando me dijeron que quizá pudiera llegar a piloto… bueno, reconozco que la idea me emocionó un poquito.

De pronto, que Kimmalyn estuviera entre nosotros cobró sentido.

—Fuera sonidos vocales —dijo Jorgen, con tono perturbado—. Informe de estado, empezando por los heridos si los hay.

—Eh… —respondió Gali—. Me han dado.

—¿Cómo de grave estás?

—Sacudido, nada más —dijo Gali—. Pero… he devuelto dentro de la nave.

Arcada soltó una carcajada al oírlo.

—Galimatías, vuelve a la base —ordenó Jorgen al instante—. Marea, escóltalo. Los demás, formad en línea.

Obedecimos, con mucha más cautela que antes. La charla decayó mientras observábamos el combate en la lejanía, pero al poco tiempo apareció el reemplazo en torno a nosotros y nos relevó. Cobb nos ordenó regresar a la base y acompañamos hasta allí al otro escuadrón de cadetes que habían empleado como falsos refuerzos.

Aterrizamos cerca de las naves de Gali y Marea. Ya se habían marchado los dos, quizá para que Gali encontrara algún sitio tranquilo en el que sentarse y calmarse. Se ponía nervioso enseguida; tendría que buscarlo para ver si necesitaba hablar con alguien.

Cuando bajamos de las naves, Arcada dio un aullido emocionado y corrió hacia Kimmalyn.

—¡Tu primera muerte! ¡Como llegues a as antes de graduarte en la escuela de vuelo, vomitaré!

Se hizo evidente que Kimmalyn no sabía cómo reaccionar a los halagos cuando los demás nos congregamos a su alrededor con los cascos en la mano para darle la enhorabuena. Hasta Caracapullo asintió con la cabeza y levantó un puño a modo de aplauso.

Fui poco a poco hacia él. La verdad era que había volado de maravilla.

—Oye, Caracapullo… —empecé a decir.

Se volvió hacia mí y prácticamente me rugió:

—Tú. Tenemos que hablar, cadete. Necesitas un serio ajuste de actitud.

«¿Cómo?». ¿Justo cuando iba a hacerle un cumplido?

—Pues da la casualidad —restallé— de que tú necesitas un serio ajuste de *cara*.

—¿Así es como va a ser esto? ¿Seguirás dando problemas? Y por cierto, ¿de dónde sacaste ese mono de vuelo? Creía que saquear cadáveres era ilegal.

Tirda. Quizá me hubiera dejado pasmada con su forma de volar, pero aquella cara… seguía muriéndome de ganas de atizarle un buen puñetazo.

—Ve con cuidado —dije, deseando tener algo a lo que subirme para poner los ojos a la altura de los suyos—. Cuando estés destrozado y lamentando tu caída en desgracia, yo consumiré tu sombra con la mía y me reiré de tu desgracia.

—Eres una niñita de lo más rara, Peonza.

¿Niñita?

¿*Niñita*?

—Voy a…

—¡Atención! —gritó Cobb, que llegó cojeando junto a nosotros.

¿*Niñita*?

Bullía de rabia, pero, recordando la regañina que me había llevado, logré contenerme mientras me ponía en fila con los demás. Me cuidé mucho de mirar a Caracapullo.

—¡Eso ha sido la exhibición más bochornosa y al mismo tiempo inspiradora que he visto nunca de un grupo de cadetes! —dijo Cobb—. Deberíais sentir vergüenza. Y orgullo. Coged las mochilas de nuestra aula de entrenamiento y os espero en la sala épsilon de la escuela de vuelo para asignaros dormitorio. Tenéis que daros una ducha y comer.

Los otros cadetes se marcharon deprisa. Yo intenté hacerme la remolona para preguntar por Gali, pero Cobb me ordenó que tirara adelante. Por lo visto, no le gustaba que la gente lo esperara mientras renqueaba.

Aun así, me quedé algo atrás de los otros, sintiéndome… bueno, tal y como había dicho Cobb, en realidad. Tan avergonzada como orgullosa.

Había volado. Había participado en una batalla. Había…

Estaba en la Fuerza de Defensa Desafiante.

Pero a la vez, mi actuación había sido espantosa. A pesar de todos mis alardeos y mi preparación, había sido más una carga que un recurso. Me quedaba mucho trabajo que hacer.

E iba a hacerlo. Iba a aprender. Era una guerrera, como me había enseñado la yaya. Y la senda de la guerrera no pasaba por huir del fracaso, sino por aceptarlo y mejorar.

Mientras recorríamos los pasillos del edificio, el sistema de megafonía emitió un chasquido.

—El combate de hoy ha sido una victoria increíble —dijo la almirante Férrea—, una prueba de la fortaleza y la tenacidad de los Desafiantes. Recordad por qué lucháis. Recordad que, si el enemigo logra hacer entrar una bomba aniquiladora en alcance, no solo pueden destruir esta base, sino a todos los que viven abajo y todo lo que amamos. Vosotros sois la frontera entre la civilización y la locura.

»En particular, hoy quiero reconocer su mérito a los recién llegados de los Escuadrones de Cadetes B y C, todavía sin nombre. Su primera misión de combate demuestra que son, con posibles excepciones, un grupo al que admirar.

«Con posibles excepciones». Tirda. ¿Cómo podía la almirante al mando de toda la FDD ser tan tan mezquina?

Llegamos al aula, donde habíamos dejado las mochilas llenas de ropa que habíamos llevado a Alta. Al echarme la mochila al hombro, di un golpe con ella a Arcada. La chica atlética se rio y soltó una ocurrencia sobre cómo había

estado a punto de estrellarse contra mí antes, y yo sonreí. Parecía emocionada, más que descorazonada, por cómo lo habíamos hecho.

Mientras íbamos hacia los pasillos donde estaban los barracones de cadetes, Arcada se quedó atrás conmigo para que no caminara sola. Por delante, los demás se reían de algo que había dicho Nedd, y decidí que no iba a dejar que Férrea me amargara el día. Tenía como aliado a mi escuadrón, y todos parecían, exceptuando a Caracapullo, personas decentes. Quizá allí, por primera vez en la vida, encontraría un lugar en el que encajara.

Llegamos a los barracones de cadetes, dos pasillos flanqueados de habitaciones, uno para los chicos y otro aparte para las chicas. Todo el mundo sabía que había estrictas reglas contra los romances durante la escuela de vuelo. No se permitía acaramelarse hasta después de la graduación. Pero de todas formas, ¿quién tenía tiempo para esas cosas? Aunque debía reconocer que Bim quedaba bastante bien con su traje de vuelo. Y también me gustaba aquel pelo azul.

Fuimos con los chicos para ver cómo estaba Gali. La habitación que compartían era casi tan pequeña como la que tenía yo con mi madre y la yaya en Ígnea. La pequeña estancia tenía una litera de dos camas contra cada pared. Arturo, Nedd y Caracapullo tenían placas en sus tres camas, y Gali ya estaba ocupando la cuarta. Habían metido un catre para Bim, pobrecillo.

Gali estaba durmiendo. O con toda probabilidad, haciéndose el dormido, lo cual significaba que de momento quería que lo dejaran en paz. Así que las chicas y yo volvimos hacia nuestro pasillo. Encontramos la habitación que nos habían asignado, que era igual de pequeña y apretada. Tenía cuatro camas, igual que la de los chicos, y en cada una había una placa que decía quién debía ocuparla. Eran de Kimmalyn, Arcada, FM y Marea, con sus verdaderos nombres, aunque yo prefería pensar en ellas usando sus identificaciones. Excepto quizá en Kimmalyn. ¿De verdad quería que la conocieran como Rara? Tendría que hablar con ella del asunto.

De todos modos, en ese momento estaba distraída por otra cosa. No había cama ni placa para mí. Ni siquiera un catre.

—Vaya, qué mala suerte —dijo Kimmalyn—. Supongo que te ha tocado el catre, Peonza. Cuando lo traigan. Te lo cambio noche sí, noche no, si quieres.

Esa chica era demasiado maja para ser militar.

Bueno, ¿dónde estaba mi catre? Miré pasillo abajo y vi que Cobb se acercaba cojeando. Otros dos hombres con uniformes de la Policía Militar se

detuvieron en el pasillo a su espalda y se quedaron por allí, sin acercarse a nosotras pero dejando claro que estaban esperando.

Fui hacia Cobb, dejando a las demás en el dormitorio.

—¿Señor?

—Lo he intentado. No me han hecho caso. —Torció el gesto—. No vas a tener catre. Ni acceso al comedor.

—¿*Cómo*? —No podía haberlo oído bien.

—Se te permite estar en mi aula, porque a ese respecto mi palabra es ley, pero el resto de la FDD no aprueba lo que he hecho. No tengo autoridad sobre las demás instalaciones, y han decidido no destinarte ningún recurso. Puedes entrenar, y por suerte puedes volar en Poco, pero nada más. Lo siento.

Sentí que la cara se me helaba y la furia crecía en mi interior.

—¿Cómo voy a volar si ni siquiera puedo comer?

—Tendrás que hacerlo abajo, en Ígnea —dijo él—, donde tus tarjetas de solicitud familiares funcionarán. Tendrás que volver en los ascensores cada noche y luego subir otra vez por las mañanas.

—¡Esos ascensores pueden tardar horas! —protesté—. ¡Me pasaré todo el tiempo libre yendo y viniendo! ¿Cómo voy a formar parte del escuadrón si no puedo vivir con los demás? Esto es… Esto es…

—Indignante —dijo Cobb, mirándome a los ojos—. Estoy de acuerdo. Entonces ¿vas a rendirte?

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Así me gusta. Diré a los otros que se te ha negado un catre por algún estúpido motivo de política interna. —Echó una mirada a los policías militares—. Esos tipos tan amables te enseñarán por dónde se sale del complejo y se asegurarán de que no duermas en la calle. —Se inclinó hacia mí—. Es solo otra pelea, Peonza. Ya te lo advertí. No van a ponértelo fácil. Estaré atento por si llega la oportunidad de solucionarlo. Hasta entonces, mantente fuerte.

Y se marchó renqueando.

Me dejé caer contra la pared, sintiéndome como si me hubieran amputado las piernas. «Nunca voy a encajar aquí —comprendí—. La almirante se asegurará de que no encaje».

Los policías militares se tomaron la partida de Cobb como señal de que podían acercarse.

—Ya voy —dije, poniéndome la mochila al hombro y encaminándome hacia la salida. Me siguieron los dos.

Quería despedirme de los demás, pero… no quería dar explicaciones. Así que me marché sin más. Ya respondería a sus preguntas por la mañana.

De pronto, me sentí agotada del todo.

«Que no te vean flaquear», pensé, caminando con la espalda recta. Los policías militares me escoltaron hasta el exterior del edificio… y, en un pasillo por el que pasamos, me quedé bastante convencida de haber vislumbrado a Férrea mirando para confirmar que me marchaba.

Cuando estuve fuera de la escuela de vuelo, los soldados me dejaron sola. Conque iban a asegurarse de que no dormía en la calle, ¿eh? A lo mejor, eso era justo lo que quería Férrea: si me detenían por merodear, quizá pudiera hacer que me expulsaran de la FDD.

Me descubrí vagando por el exterior del edificio, sin muchas ganas de marcharme. No quería abandonar a mis compañeros, ni la sensación de camaradería que llevaba un tiempo imaginando.

Sola. De algún modo, seguía estando sola.

—¡Es que no lo soporto, Cobb! —casi gritó una voz cercana.

¿Era… Caracapullo?

Me acerqué despacio al edificio y asomé la cabeza por la esquina. Era la entrada trasera de la escuela. Y en efecto, allí estaba Caracapullo cerca de la puerta, hablando con Cobb, que se había quedado dentro.

Caracapullo levantó las manos de golpe.

—¿Cómo puedo ser jefe de escuadrón si no me respetan? ¿Cómo puedo darles órdenes si me llaman así? Tengo que impedírselo aunque sea a palos. Prohibirlo. Ordenarles que obedezcan.

—Hijo —dijo Cobb—, no sabes mucho sobre militares, ¿verdad?

—¡Llevo entrenando para esto toda la vida!

—Entonces, deberías saberlo. El respeto no viene de un parche o una insignia. Viene de la experiencia y el tiempo. Y en cuanto al nombre, ya ha empezado a calar, así que te quedan dos opciones válidas. No hacerle caso, seguir la corriente y confiar en que desaparezca… o adoptarlo y aceptarlo, para que deje de escocer.

—Eso no pienso hacerlo. Sería permitir la insubordinación.

Negué con la cabeza. Vaya líder más lamentable.

—Chico… —empezó a decir Cobb.

Caracapullo se cruzó de brazos.

—Tengo que volver a casa. Me esperan para la cena de gala con el embajador de la Caverna Autopista a las diecinueve-cero-cero.

Caracapullo fue hacia un vehículo de muy muy buen aspecto que había en la calle. ¿Era un coche aerodeslizador privado, con su propio y pequeño anillo de pendiente? Los había visto alguna vez en las cavernas inferiores.

Caracapullo se metió en el vehículo y lo encendió. El motor ronroneó con un sonido que, por algún motivo, resultó más primitivo que la potencia homogénea de un propulsor.

«Tiiiiiiirda —pensé—. ¿Cuán rico es este tío?».

Su familia debía de tener méritos a montones para poder permitirse algo como eso. Y al parecer, eso lo volvía a él demasiado rico para dormir con los demás. El vehículo emprendió la marcha con un movimiento fluido. Me pareció de una injusticia abrumadora que lo que se me negaba a mí, él lo rechazara como si fuese un mordisco de carne de rata rancia.

Me eché la mochila al hombro y me alejé con paso pesado. Salí por la entrada del complejo amurallado de la FDD, donde otra pareja de policías militares anotó mi partida en un cuaderno. Seguí por el amplio camino en dirección a los ascensores. Mi barrio estaba en el extremo opuesto de Ígnea, por lo que de verdad iba a pasar horas y más horas yendo y viniendo de aquel modo. ¿Podría encontrar algún sitio donde quedarme abajo, más cerca de los ascensores?

Aun así, me seguía revolviendo las tripas. Llegué al complejo de ascensores, pero había mucha cola, supuse que por los problemas que habían tenido antes. Me dispuse a esperar, pero entonces me volví y miré a mi derecha, más allá de los edificios y de los campos. Aunque la base Alta en sí disponía de escudo y muralla, aquel pueblo improvisado, lleno de granjeros que eran Desafiantes a su propia manera, no tenía verja. ¿Para qué iba a necesitarla? Fuera no había nada más que polvo, piedras… y cavernas.

Me asaltó una idea. No estaba lejos…

Salí de la cola de los ascensores y caminé hacia fuera, dejando atrás los edificios y los cultivos. Los granjeros que estaban trabajando me miraron, pero no dijeron nada cuando salí del pueblo. Aquel era mi auténtico hogar: las cavernas, las rocas y el cielo abierto. Había pasado más tiempo allí desde la muerte de mi padre que abajo, en Ígnea.

Había una caminata de una media hora hasta la caverna de la nave estrellada, pero la encontré sin demasiados problemas. La apertura era más angosta de lo que recordaba, pero llevaba mi línea de luz y pude descender.

Me pareció que la antigua nave tenía un aspecto más deteriorado que la vez anterior. Quizá la impresión se debiera a que acababa de volar en otra

nueva. Pero aun así, la cabina era cómoda y el asiento se reclinaba hasta quedar horizontal.

Era una idea estúpida. Si caían cascotes encima, podía quedarme atrapada en un derrumbamiento. Pero estaba demasiado dolida, demasiado hecha polvo y demasiado entumecida para que me importara.

Y fue así como, tendida en el improvisado catre de una nave olvidada, me fui quedando dormida.

12

Despertar en la cabina de un caza estelar venía a ser lo más increíble que me había ocurrido en la vida. Bueno, aparte de pilotar uno.

Me desperecé en la oscuridad, impresionada por el espacio que había en la cabina. Era más grande que las de las naves de la FDD. Activé la línea de luz para poder ver y miré el reloj. 04.30. Me quedaban dos horas y media antes de tener que presentarme en clase.

Teniéndolo todo en cuenta, tampoco estaba tan cansada. Solo un poco dolorida por…

Algo me estaba mirando desde el borde interior de la cabina.

La criatura no se parecía a nada que hubiera visto en las cavernas. Para empezar, era amarilla. Plana, alargada y como un poco amorfa, con pequeños pinchos azules a lo largo del lomo que destacaban contra su piel de color amarillo chillón. Parecía una babosa gigante, del tamaño de una hogaza de pan pero más estrecha.

No le distinguí ojos, pero por la forma en que se replegó sobre sí misma y alzó la parte delantera, me recordó un poco a… ¿una ardilla? Como las de los vídeos que habíamos visto en clase de unas pocas cavernas dedicadas a la conservación de la fauna.

—¿Qué eres? —le pregunté en voz baja.

Mi estómago rugió.

—Y, no menos importante —añadí—, ¿eres comestible?

El animal giró la «cabeza» a un lado para mirarme, aunque seguía sin tener ojos visibles. Ni boca. Ni… en fin, ni cara. Emitió una especie de trino suave, aflautado, por los pinchos del lomo.

Si algo había aprendido de recoger setas en las cavernas, era que los colores brillantes significaban: «No me comas o mis congéneres no tardarán en comerte a ti, ser sapiente». Sería mejor no meterme aquella extraña babosa cavernaria en la boca.

Mi estómago volvió a protestar, pero, al hurgar en mi mochila, encontré solo media barrita de algas vieja. Quizá, si me daba prisa, pudiera bajar a Ígnea a coger comida, pero eso sería como… como volver a casa arrastrándome, con el rabo entre las piernas, derrotada.

La almirante quería que me rindiera, ¿verdad? Pues no sabía a quién se enfrentaba. Yo era una experta de categoría mundial, bien entrenada desde hacía mucho tiempo, en cazar ratas.

Enderecé el respaldo del asiento y busqué en la parte de atrás de la sorprendentemente amplia cabina. Lo normal era que en un caza hiciera falta hasta el último centímetro cúbico de espacio, pero aquel parecía contar con una zona de carga detrás de la silla del piloto y lo que tenía todo el aspecto de ser un asiento plegable para un pasajero.

Recordaba haber visto unas herramientas viejas allí la noche anterior. Y en efecto, encontré un rollo de cuerda de plastifibra. La cabina sellada la había conservado, aunque aquel material era casi indestructible de todos modos. Desenrollé un tramo y la deshilaché para hacer cordel.

El bicho-babosa se quedó sobre el panel de control observándome, ladeando la «cabeza» de vez en cuando y haciendo ruidos aflautados.

—Ya —dije—. Ahora verás.

Abrí del todo la cubierta que no me había atrevido a cerrar la noche anterior, por si no había ventilación, y salté al suelo. Como había esperado, oí algo correteando en la oscuridad y encontré excrementos de rata cerca de unas setas, contra la pared.

Habría preferido tener mi arpón, pero, si no había más remedio, tendría que conformarme con improvisar una trampa y usar mi barrita de ración como cepo. Retrocedí, complacida. La babosa se había trasladado al ala de la vieja nave, y me flauteó en un tono que decidí interpretar como interrogativo.

—Esas ratas —dije— tardarán poco en conocer la cólera de mi hambre, ejercida por medio de minúsculos bucles de justicia. —Sonreí, y entonces me di cuenta de que estaba hablando con una extraña babosa cavernaria, lo cual era caer muy bajo incluso para mí.

De todos modos, tenía un poco de tiempo, así que di un repaso a la nave. Al principio, me había planteado repararla. Después de hacer el examen, había fantaseado con todo un futuro en el que llevaba mi propia nave a la FDD y los obligaba a aceptarme.

Esas ensoñaciones pasaron a parecerme… disparatadas. El trasto estaba en muy mal estado. No era solo el ala doblada, ni los propulsores de cola rotos. Era que, aparte de la cabina, todo estaba rayado, combado o arrancado.

Pero quizá fuese solo por fuera. Si tenía bien las tripas, quizá la nave pudiera repararse.

Cogí la caja de herramientas. Había salido peor parada que la cuerda; parecía que se había colado un poco de humedad en el interior, pero una llave

oxidada seguía siendo una llave. Así que aparté unas rocas y me metí arrastrándome debajo de la nave, cerca del anillo de pendiente. Sabía algo de mecánica básica, igual que todos los alumnos, aunque no la había estudiado tanto como las maniobras de vuelo y los diseños de naves. Gali siempre me había reñido, diciendo que un buen piloto debería ser capaz de reparar su nave.

Nunca había imaginado que terminaría en una vieja caverna, iluminada solo por el brillo naranja rojizo de mi línea de luz, intentando sacar un panel de acceso de una antigualla destrozada. Por fin logré arrancarlo y eché un vistazo al interior mientras intentaba recordar las lecciones.

«Eso debe de ser la entrada de aire del propulsor y el sistema de inyección, y aquello el estabilizador del anillo de pendiente».

Había muchas piezas allí dentro que no reconocí, aunque sí pude localizar la matriz de energía, una caja de medio metro de anchura que era la fuente de alimentación de la nave. La desenganché con ciertas dificultades, salí reptando y usé la línea de luz para tirar de ella y sacarla de debajo de la nave.

Me sorprendió descubrir que los cables que la conectaban a la nave estaban en buen estado. Quienquiera que hubiera construido aquel trasto había querido que la parte electrónica resistiera el paso del tiempo. Además, la matriz de energía tenía los mismos conectores que en la actualidad, los mismos que habíamos usado en la flota antes de estrellarnos en Detritus. ¿Quizá gracias a ello podría estimar cuánto tiempo tenía la nave?

Volví a meterme debajo y observé las entrañas de la nave. «¿Qué es esto?», pensé mientras daba un golpe con los nudillos en una gran caja negra. Era lisa y seguía reflectante a pesar del paso de los años, y no parecía encajar con el resto de la maquinaria. Pero claro, ¿quién era yo para decir qué encajaba y qué no, en una nave tan rara?

Por puro impulso, abrí la diminuta matriz de energía de mi línea de luz y le enchufé uno de los cables más pequeños de la nave. Se oyó un leve tintineo desde la proa de la nave y se encendió una lucecita en el interior del panel de acceso.

«Tirda». Estaba claro que la matriz de energía de mi línea de luz era demasiado débil, pero, si tuviera una fuente de alimentación de verdad, quizá pudiera activar algunas funciones de la nave. Seguiría teniendo un ala doblada y propulsores rotos, pero la idea me emocionó. Alcé la mirada de nuevo hacia el interior de la nave.

La babosa estaba dentro, enrollada en torno a un cable sin hacer nada, mirándome desde arriba con una postura que sin duda denotaba curiosidad.

—Anda, hola —dije—. ¿Cómo te has metido ahí dentro?

Flauteó una respuesta. ¿Sería la misma babosa u otra distinta? Volví a salir para comprobarlo, pero no vi ninguna otra babosa por allí. Lo que sí que oí fue algo revolviéndose cerca de la pared, donde mi trampa había atrapado a una rata bastante decente y carnosa.

—¿Lo ves? —dije, mirando bajo la nave. La babosa se dejó caer a las rocas del suelo—. Y tú, dudando de mí.

Despellejé, destripé y deshuesé la rata. En la caja de herramientas había un pequeño microsoldador, para el que la matriz de energía de mi línea de luz era más que suficiente. Con él y una placa metálica me hice una sartén, y al poco tiempo estaba preparándome un plato de rata. No tenía condimentos, pero al menos no tendría que llegar hambrienta a clase.

«Puedo usar los lavabos de la escuela —pensé—. Eso no me lo prohibieron ayer». Y en los lavabos había cabinas de limpieza para ducharse después del entrenamiento físico. Podía coger unas setas por las mañanas, montar más trampas y…

¿De verdad estaba planeando vivir como una cavernícola?

Bajé la mirada hacia la rata que estaba asándose. Mis opciones eran vivir allí o desplazarme cada noche hasta la otra punta de Ígnea como la almirante esperaba que hiciera.

Aquello era una forma de mantener el control sobre mi vida. ¿No querían darme comida ni una cama? Pues muy bien. No necesitaba su caridad.

Era una Desafiante.

13

Tal y como esperaba, cuando llegué al edificio de entrenamiento a las 06.30, los policías militares no me impidieron ir directa a los servicios. Me lavé las manos y me quedé esperando a que no quedara dentro ninguna otra mujer. Entonces me desnudé deprisa, eché todas las prendas, interiores incluidas, en el compartimento para ropa y me metí en la cabina de limpieza, una máquina que tenía la forma aproximada de un ataúd, pero con un agujero en el extremo estrecho.

El ciclo duró menos de dos minutos, pero esperé a que el lavabo volviera a vaciarse antes de salir y recoger mi ropa, ya limpia. A las 06.50, ya estaba sentada con los demás en nuestra aula. Los otros charlaban animados sobre el desayuno que habían servido en el comedor, que había incluido auténtica panceta.

«Dejaré que mi ira arda en mi interior —pensé para reconfortarme—, ¡hasta el día en que explote y la venganza sea mía! Hasta entonces, que chisporrotee. Que chisporrotee como jugosa panceta en una sartén caliente…».

Tirda.

Por desgracia, había un problema más grave. Eran las 07.00 y quedaba una cabina de pega vacía. Gali volvía a llegar tarde. ¿Cómo estrellas podía haberse presentado temprano a clase cada día durante los últimos diez años y, aun así, ingeniárselas para llegar tarde nada menos que a la escuela de vuelo, dos veces seguidas?

Cobb entró renqueando, se detuvo junto al asiento de Gali y frunció el ceño. A los pocos momentos, el propio Gali oscureció el hueco de la puerta. Miré el reloj ansiosa, y volví otra vez la cabeza hacia Gali al caer en la cuenta de algo. Gali llevaba su mochila al hombro.

Cobb no abrió la boca. Se limitó a mirar a Gali a los ojos y asentir. Gali se volvió para marcharse.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome en pie de un salto—. ¿*Qué pasa*?

—Siempre hay uno —dijo Cobb—, el día siguiente a la primera batalla. Normalmente ocurre más avanzado el entrenamiento que en vuestro caso, pero siempre ocurre.

Incrédula, fui en persecución de Gali y salí a toda prisa al pasillo.

—¿Gali?

Él siguió andando.

—¿Gali? Pero ¿qué haces? —corrí hacia él—. ¿Te rindes después de una batallita de nada? ¡Ya sé que te afectó mucho, pero esto es nuestro sueño!

—No, Spensa —dijo él, deteniéndose por fin en el pasillo, desierto aparte de nosotros—. Esto es tu sueño. Yo solo me he dejado llevar.

—Es *nuestro* sueño. Tanto estudiar, tanto practicar… ¡La escuela de vuelo, Gali! ¡La escuela de vuelo!

—Me repites las palabras como si no pudiera oírte. —Sonrió—. Pero no soy yo quien no escucha.

Me quedé boquiabierta.

Él me dio una palmadita en el hombro.

—Quizá no esté siendo justo. La verdad es que siempre quise entrar. Es difícil no enredarse con la emoción cuando alguien próximo a ti tiene unos sueños tan grandiosos. Quería demostrarme a mí mismo que podía aprobar el examen. Y lo hice.

»Pero entonces fui allá arriba, Spensa, y pude sentir cómo era en realidad. Cuando esos destructores me dieron, lo supe. No iba a poder hacer eso cada día. Lo siento, Spensa. Yo no soy piloto.

Aquellas palabras no tenían el menor sentido para mí. Incluso los sonidos se me hacían extraños al salir de su boca, como si de algún modo hubiera pasado a hablar en un idioma extranjero.

—Me lo he estado pensando toda la noche —prosiguió, en tono abatido—. Pero lo sé seguro, Spensa. En el fondo, siempre he sabido que no estaba hecho para el combate. Ojalá supiera lo que debo hacer ahora. Aprobar el examen siempre fue el objetivo final para mí, ¿sabes?

—Vas a abandonar —dije—. A rendirte. A huir.

Se encogió al oírlo, y de pronto me sentí fatal.

—No todo el mundo tiene que hacerse piloto, Spensa —dijo—. Hay otros trabajos que también son importantes.

—Es lo que nos dicen. No se lo creen ni ellos.

—Puede que tengas razón. No lo sé. Supongo que… necesito pensar en esto un poco más. ¿Existe algún empleo en el que solo haya que hacer exámenes? Resulta que esa parte se me da de maravilla.

Me dio un abrazo breve, durante el cual a grandes rasgos estuve allí de pie sin más, anonadada, y se marchó. Me lo quedé mirando un largo rato, hasta que Cobb salió a buscarme.

—Como tardes más en volver, cadete —dijo—, tendré que anotar que llegas tarde.

—No puedo creer que lo haya dejado marchar.

—Una parte de mi trabajo consiste en identificar quiénes de vosotros seréis más útiles aquí abajo, en vez de haceros matar allí arriba. —Me dio un suave empujón hacia el aula—. El suyo no será el único asiento que se quede vacío antes de que este escuadrón se gradúe. Andando.

Regresé al aula y entré en mi pegabina mientras mi mente repasaba las implicaciones de las palabras de Cobb. El instructor había parecido casi contento de despedirse de uno de nosotros. ¿A cuántos alumnos habría visto derribar?

—Muy bien —dijo Cobb—. A ver qué recordáis de ayer. Poneos las correas y los cascos y activad los proyectores holográficos. Jefe de escuadrón, llévalos al aire y demuéstrame que no se te ha salido todo por las orejas y ha manchado la almohada. Luego, quizá pueda enseñaros a empezar a volar de verdad.

—¿Y el armamento? —preguntó Bim, ansioso.

—Tirda, ni hablar —repuso Cobb—. Solo serviría para que os dispararais entre vosotros sin querer. Primero, los fundamentos.

—¿Y si estamos en el aire y nos toca volver a luchar? —preguntó Arturo. Yo seguía sin tener ni idea de cómo se pronunciaba su identificador. ¿Anfibia? Era algo parecido, ¿verdad?

—En ese caso —dijo Cobb—, tendréis que confiar en que Rara los derribe a todos, chico. ¡Basta de cháchara! ¡Os he dado una orden, cadetes!

Me puse las correas y activé el dispositivo, pero eché una última mirada al asiento vacío de Gali mientras el holograma cobraba forma a mi alrededor.

Dedicamos la mañana entera a practicar cómo girar a la vez.

Pilotar un caza estelar no era como llevar un viejo aeroplano de los que utilizaban algunos otros clanes. Nuestras naves no solo tenían anillos de pendiente que nos mantenían en el aire, sin importar la velocidad que lleváramos o su ausencia. Los cazas estelares contaban con unos poderosos dispositivos llamados turbinas atmosféricas, que nos dejaban mucho menos sometidos al capricho de la resistencia del aire.

Nuestras alas seguían teniendo sus usos, y la presencia de atmósfera podía sernos favorable por muchos motivos. Podíamos efectuar un viraje normal con caída de ala, escorando nuestra nave y girando como un pájaro. Pero

también podíamos ejecutar algunas maniobras propias de una nave estelar, como limitarnos a hacer rotar la nave en la dirección deseada y propulsarnos en esa dirección.

La diferencia se me grabó a fuego en la mente a medida que fuimos repitiendo ambas maniobras una y otra y otra vez, hasta que casi, solo casi, me harté de volar.

Bim no dejó de preguntar sobre las armas. El chico de pelo azul tenía un espíritu entusiasta, genuino, cosa que me gustaba. Pero no compartía sus prisas por disparar las armas; si algún día quería volar mejor que Caracapullo, tenía que aprender los conceptos básicos. Girar mal era precisamente lo que me había entorpecido en la escaramuza del día anterior. De modo que, si Cobb quería que virara, yo viraría. Viraría hasta que me sangrasen los dedos, hasta que se me desprendiera la carne empezando por las manos y quedase de mí solo un esqueleto.

Un esqueleto que sabría virar muy, pero que muy bien.

Volé en formación hacia la izquierda, pero entonces descendí de sopetón por acto reflejo cuando Arcada rotó demasiado sobre su eje y se desvió en mi dirección. Chocó contra FM, cuyo escudo invisible detuvo el golpe. Pero FM no sabía lo suficiente para compensar el empujón y salió despedida y descontrolada en sentido opuesto.

Las dos cayeron y se estrellaron contra la superficie rocosa con sendas explosiones gemelas.

—Tirda —dijo FM. Y eso que era una estirada, con sus hebillas doradas en las botas y su peinado a la moda.

Arcada, en cambio, se limitó a echarse a reír. Lo hacía mucho; quizá disfrutara un poco demasiado.

—¡Hala! —exclamó—. Eso sí que ha sido una explosión. ¿Cuántos puntos me llevo por hacer eso, Cobb?

—¿Puntos? ¿Crees que esto es un juego, cadete?

—La vida es un juego —dijo Arcada.

—Bueno, pues acabáis de perder todos vuestros puntos y morir —replicó Cobb—. Si caéis girando sin control de esa forma, eyectaos.

—Eh… ¿Cómo se hacía eso? —preguntó Nedd.

—¿En serio, Nedd? —dijo Arturo—. Lo repasamos ayer mismo. Mira la palanca que tienes entre las piernas. ¿Ves esa E enorme que tiene? ¿Qué crees que significa?

—Creía que significaba «emergencia».

—¿Y qué haces cuando hay una emergencia en un caza? Te…

—Te llamo —dijo Nedd—. Y te pregunto: «Oye, Arturo, ¿dónde está la tirdosa palanca de eyección?».

Arturo suspiró. Yo sonreí y miré hacia la siguiente nave de la formación, aunque a duras penas pude distinguir a la chica que había dentro. Era Marea, con su tatuaje visible incluso con el casco puesto. Apartó la mirada al instante. Ni siquiera una sonrisa.

«Pues muy bien».

—Volved a la base —nos ordenó Cobb—. Ya casi es hora de comer.

—¿Que volvamos a la base? —protestó Bim—. ¿No podemos apagar los hologramas, irnos a zampar y ya está?

—Claro. Apágalo, vete a zampar y luego sigue andando hasta el lugar del que vienes, porque no hoy tiempo que perder con cadetes que se niegan a practicar el aterrizaje.

—Esto… perdón, señor.

—No desperdicies ondas de radio disculpándote, cadete. Obedece las órdenes y punto.

—Vale, escuadrón —dijo Caracapullo—. Formación estándar, escorad hacia rumbo 165.

Obedecimos, maniobrando hasta volver a formar una hilera, y volamos en dirección a la versión virtual de Alta.

—Cobb —dije—, ¿vamos a practicar la forma de recuperarnos de un descenso descontrolado?

—Otra vez no, por favor —respondió—. Os veréis muy pocas veces en esa situación, así que, si os pasa, quiero que estéis bien entrenados para tirar de esa palanca de eyección. No os hace falta distraeros con esas bravuconadas de salvar la nave.

—Pero ¿y si pudiéramos haberla salvado, señor? —preguntó Jorgen—. ¿Un buen piloto no debería hacer todo lo posible para proteger su anillo de pendiente? Son tan valiosos que la tradición dicta que…

—A mí no me cites la dichosa tradición —restalló Cobb—. Necesitamos buenos pilotos tanto como necesitamos anillos de pendiente. Si estáis en descenso descontrolado, os eyectáis. ¿Queda claro?

Algunos otros dieron confirmaciones verbales. Yo no. Cobb no había dicho nada que contradijera el hecho más importante de todos: que si un cadete se eyectaba y destruía su nave, nunca más volvería a volar. Quizá cuando ya fuese piloto de pleno derecho, me plantearía eyectarme, pero de momento no tenía intención de tirar de esa palanca jamás.

Que me arrebataran todo aquello vendría a ser lo mismo que morir, de todos modos.

Aterrizamos y los hologramas se desactivaron. Los demás salieron en tropel del aula hacia el comedor, riendo juntos sobre lo espectaculares que habían sido las explosiones de FM y Arcada. Kimmalyn me vio rezagada en el aula e intentó parar, pero Cobb la dirigió con suavidad hacia el pasillo con los demás.

—Ya les he explicado la situación —me dijo, deteniéndose en el umbral —. Según los ascensores, anoche no bajaste a Ígnea, ¿verdad?

—Esto… Conozco una cueva pequeña que está como a media hora andando desde el pueblo. Pensé que ganaría tiempo quedándome allí. Llevo toda la vida buscando comida en los túneles. Allí estoy cómoda.

—Como tú veas. ¿Hoy te has traído comida?

Negué con la cabeza.

—De ahora en adelante, tráete. No quiero que el hambre te distraiga del entrenamiento.

Y se marchó. Al poco tiempo, empecé a oír voces lejanas. Risas que resonaban desde el comedor.

Se me ocurrió entrenar un poco más, pero no estaba segura de que se me permitiera usar las máquinas sin supervisión. Pero no podía quedarme una hora allí sentada escuchando, así que decidí dar un paseo. Era raro lo agotada que podía dejarme volar y, al mismo tiempo, la cantidad de energía nerviosa que tenía de estar tanto tiempo sentada.

Salí del edificio de entrenamiento después de fijarme en los dos policías militares que estaban apostados en el pasillo. ¿De verdad los habían colocado allí solo para impedir que cogiera algo del comedor? Serían muchos recursos destinados a que la almirante satisficiera su rivalidad con una insignificante cadete. Pero por otra parte, si te metías en una pelea, debías luchar para ganar, y eso tenía que respetarlo.

Salí de la base de la FDD y fui al huerto de frutales que había al otro lado de la muralla. Aunque había trabajadores ocupándose de los árboles, caminaban entre ellos otras personas uniformadas, y había bancos a lo largo del camino. Al parecer, no era la única a quien le gustaba la presencia de auténtica vida vegetal. No hongos ni musgo, sino árboles de verdad. Pasé más de cinco minutos tocando las cortezas y tirando de las hojas, medio convencida de que todo estaría hecho de algún plástico muy realista.

Luego lo dejé y alcé la mirada hacia el campo de escombros. Como siempre, alcancé a distinguir inmensas pautas, grises apagados y líneas en el

cielo, pero estaba demasiado lejos para ver nada concreto. Había una cieluz moviéndose recta, tan brillante que no podía mirarla directamente sin que me lloraran los ojos.

No vislumbré ningún agujero entre los escombros. Aquel día, con mi padre, fue la única vez que había visto el espacio en sí. Allí arriba había demasiadas capas de basura, orbitando en distintos recorridos.

¿Cómo habrían sido las personas que construyeron todo aquello? Algunos niños de mi clan decían en susurros que, en realidad, Detritus era la antigua Tierra, pero mi padre se había echado a reír al oírlo. Por lo visto, el planeta era con mucho demasiado pequeño, y teníamos mapas de la Tierra que no encajaban con Detritus.

Pero habían sido seres humanos, o por lo menos habían empleado nuestro idioma. La generación de la yaya, la tripulación de la *Desafiante* y su flota, había sabido que Detritus estaba allí. Habían llegado por voluntad propia al viejo planeta abandonado. Para esconderse, aunque el aterrizaje terminara resultando mucho más destructivo de lo que pretendían. Traté de imaginar cómo habría sido para ellos. Abandonar el cielo, abandonar sus naves, verse obligados a dividirse en clanes y esconderse. ¿Había sido tan raro para ellos alzar la mirada y ver el techo de una caverna como lo era para mí ver el cielo?

Seguí vagando por los caminos del huerto. Los trabajadores de allí arriba tenían una especie de áspera cordialidad. Me sonreían al pasar. Algunos me hacían un saludo rápido e informal. Me pregunté cómo reaccionarían si se enteraran de que yo era la hija de Perseguidor, el infame cobarde.

Al rodear el huerto para volver hacia el aula, pasé junto a varias personas con trajes y faldas que estaban haciendo una visita oficial a los huertos. Llevaban la clase de ropa que se veía en los supervisores de abajo: gente rica en méritos que se había mudado a las cavernas profundas, las residencias más seguras y mejor protegidas, que quizá pudieran sobrevivir a la detonación de una bomba. Gente como Jorgen y sus compinches.

Parecían demasiado… limpios.

Mientras me alejaba, me fijé en una cosa curiosa: entre el huerto y la base había una hilera de pequeños garajes para vehículos. Uno tenía la puerta levantada y en su interior se veía el aerodeslizador de Jorgen. Eché un vistazo dentro y me fijé en el cromo bruñido y la pintura de tonos azules claros. Bonito, de líneas suaves y evidentemente *caro*. ¿Por qué guardarlo allí, fuera de la base?

«Seguro que no quiere que los demás cadetes le pidan que los lleve», pensé. Resistí el impulso de hacerle alguna canallada. Por los pelos.

Crucé la entrada y llegué a nuestra aula de entrenamiento antes que los demás. Fui directa a mi asiento, sintiendo que ya había pasado demasiado tiempo fuera de una cabina. Me senté y suspiré, contenta. Miré a un lado y vi que había alguien observándome.

Di tal salto que casi me golpeé contra el techo. Al entrar no había visto a Marea, que estaba junto a la pared. Su verdadero nombre era Magma, o Magna, no me acordaba bien. A juzgar por la bandeja que había en la repisa junto a la chica vicíense, se había llevado la comida al aula y se la había comido a solas.

—Hola —dije—. ¿Qué os han puesto hoy? Huele a salsa. ¿Estofado de pasta de algas? ¿Puré de patatas? ¿Filetes de cerdo? No te preocupes, podré soportarlo. Soy una soldado. Dímelo sin miramientos.

Ella se limitó a apartar la mirada, con el rostro impasible.

—Los tuyos descendéis de marines, ¿verdad? —pregunté—. ¿A bordo de la *Desafiante*? Mis antepasados también estaban en la nave insignia. Eran los técnicos de motores. A lo mejor, nuestros bisabuelos se conocían.

No me respondió.

Apreté los dientes y salí del asiento. Me planté delante de ella, obligándola a mirarme a los ojos.

—¿Tienes algún problema conmigo? —pregunté con brusquedad.

Marea se encogió de hombros.

—Bueno, pues resuélvelo —le dije.

Volvió a encogerse de hombros.

Le di con el dedo en la clavícula.

—No me provoques. Me da igual lo temible que sea la reputación de los vicienses; no me iré a ninguna parte que no sea hacia arriba. Y me da igual si tengo que pisar tu cadáver para llegar hasta allí.

Di media vuelta, regresé a mi pegabina y me metí, sintiéndome satisfecha. Tendría que darle a Caracapullo un poco de aquello mismo. Spensa la guerrera. Sí… sentaba bien.

Los demás terminaron regresando al aula y ocuparon sus puestos. Kimmalyn vino hacia mí con paso furtivo. Su cabello largo, rizado y oscuro se meció cuando miró primero a un lado y luego al otro, como si quisiera comprobar que no la miraba nadie.

Dejó caer un rollito en mi regazo.

—Cobb nos ha dicho que se te ha olvidado traerte comida —susurró. Entonces enderezó la espalda y se apartó mientras hablaba en voz alta—. ¡Qué vista tan bonita del cielo tenemos! Como decía siempre la Santa:

«¡Menos mal que hay luz durante el día, o no podríamos ver lo bonito que es!».

Cobb le lanzó una mirada y luego puso los ojos en blanco.

—Amarraos —ordenó al grupo—. Hoy vamos a aprender algo nuevo.

—¿Armas? —preguntó Arcada, entusiasta. Bim asintió con la cabeza mientras se metía en su cabina.

—No —dijo Cobb—. Giros. Pero en la otra dirección. —Lo dijo en un tono serio del todo y, cuando solté una risita, me fulminó con la mirada—. No era broma. Yo no hago bromas.

«Ya lo creo que no».

—Antes de que encendamos los hologramas —siguió diciendo Cobb—, se supone que debo preguntaros qué sentimientos os despierta vuestra instrucción hasta el momento.

—¿Cómo? —preguntó Nedd, mientras embutía su corpachón en su cabina —. ¿Nuestros sentimientos?

—Sí, vuestros sentimientos, ¿qué pasa?

—Es que… me sorprende, Cobb —dijo Nedd.

—¡Hacer preguntas y escuchar es una parte importantísima de una docencia efectiva, Nedder! Así que cierra el pico y déjame que siga con esto.

—Esto… sí, señor.

—¡Jefe de escuadrón! ¿Cómo te ves? —dijo Cobb.

—Confiado, señor. Tenemos a un grupo muy dispar, pero creo que podemos enseñarles. Con su experiencia y mi…

—Me vale —lo interrumpió Cobb—. ¿Nedder?

—Ahora mismo, me siento un poco confuso —dijo Nedd—. Y creo que he comido demasiadas enchiladas.

—¡Arcada!

—Aburrida, señor —dijo ella—. ¿Podemos volver ya al juego?

—¡Nombre-ridículo-de-dragón-de-dos-cabezas!

—¡Anfisbena, señor! —exclamó Arturo—. La verdad es que las actividades de hoy no me han atraído mucho, pero supongo que practicar las maniobras básicas demostrará su utilidad.

—Se aburre —dijo Cobb, escribiendo en su tablilla—, y se cree más listo de lo que es. ¡Rara!

—¡De rechupete!

—Los pilotos nunca estamos de rechupete, chica. Estamos animosos.

—O bien —añadí yo—, muy energizados por la perspectiva de llevar la muerte a los enemigos a medida que se presenten.

—También —dijo Cobb—, si son unos psicóticos. Marea.

—Bien —susurró la chica tatuada.

—¡En voz alta, cadete!

—Bien.

—¿Y qué más? Aquí hay tres líneas. Algo tendré que escribir.

—No… no encuentra… muy molestia —dijo ella, con mucho acento en la voz—. Bien. Bastante bien, ¿sí?

Cobb levantó la mirada de su tablilla y entrecerró los ojos. Luego apuntó algo.

Marea se ruborizó y bajó los ojos.

«No habla nuestro idioma —comprendí—. Tirda. Soy imbécil». Las antiguas naves habían tenido representación de distintas culturas de la Tierra, así que por supuesto que habría grupos que, después de tres generaciones ocultándose en clanes aislados, no hablaran mi idioma. No se me había ocurrido hasta entonces.

—¿Bim? —preguntó Cobb—. Oye, chico, ¿tienes identificador ya?

—¡Aún me lo estoy pensando! —dijo Bim—. ¡Quiero acertarlo! Hum… Mi respuesta… Esto… ¿Cuándo íbamos a aprender a usar las armas?

—Puedes coger ahora mismo mi pistola —dijo Cobb—, si prometes dispararte a ti mismo. En fin, apuntaré: «Ansioso por matarse». Dichosos formularios. ¡FM!

—Constantemente fascinada por la agresividad tóxica omnipresente en la cultura Desafiante —dijo la chica bien vestida.

—Eso ha sido nuevo. —Cobb escribió—. Seguro que a la almirante le encantará. ¿Peonza?

—Hambrienta, señor.

Y además, estúpida. Estúpida en grado sumo. Volví a mirar a Marea y recordé que siempre me había parecido distante. Pero la sensación tenía un contexto nuevo, después de haber escuchado su marcado acento y las palabras mal dichas. La forma en que apartaba la mirada cuando alguien se dirigía a ella.

—Muy bien, pues ya está, por fin —dijo Cobb—. ¡Poneos las correas y encended los hologramas!

14

El punto más débil de nuestras defensas sois vosotros —dijo Cobb mientras caminaba hacia el centro del aula, dirigiéndose a los nueve que estábamos en nuestras cabinas, con los hologramas sin conectar todavía—. Vuestra nave puede acelerar a velocidades increíbles, y hacer virajes a los que no sobreviviríais. Es mucho más capaz que vosotros. Si morís ahí arriba, no será porque vuestra nave os haya fallado. Será porque vosotros habéis fallado a la nave.

Había transcurrido una semana, casi sin darme cuenta. Entrenando cada día en las simulaciones, echando horas en el centrifugador y luego durmiendo cada noche en la cabina de la antigua nave. Estaba más que hastiada de comer rata sin sazonar y setas.

—La aceleración es vuestra peor enemiga —prosiguió Cobb—. Y no basta con que controléis cuánta aceleración lleváis, sino que también debéis ser conscientes de en qué dirección os empuja. Los seres humanos podemos soportar una cantidad razonable de fuerza hacia atrás, como cuando avanzáis en línea recta.

»Pero si ascendéis, o si os ladeáis de golpe, la aceleración os empujará hacia abajo y enviará la sangre desde la cabeza a los pies. Mucha gente se cierra en G, es decir, se queda inconsciente, si le caen encima solo nueve o diez G hacia abajo. Y si rotáis sobre vuestro eje y luego os propulsáis en otra dirección, como hemos estado practicando… bueno, es fácil que tengáis que soportar más de cien G, más que de sobra para haceros sopa las entrañas por el cambio repentino de impulso.

Nedd levantó la mano.

—Entonces ¿para qué hemos aprendido esas maniobras?

—ConGravs —respondí.

Cobb me señaló y asintió con la cabeza.

—Vuestras naves pueden compensar las aceleraciones fuertes súbitas. Las naves de la FDD llevan unos aparatos llamados condensadores gravitacionales. Cuando cambiáis de dirección o aceleráis a lo bestia, los ConGravs se activan y desvían la fuerza. Los ConGravs pueden funcionar durante unos tres segundos antes de necesitar un momento para recargarse, así que se usan sobre todo para hacer virajes cerrados.

Eso ya lo sabía. De hecho, era muy probable que Nedd también lo hubiese sabido, si hubiera tenido que estudiar para el examen. Así que dejé vagar mi mente y pensé en mi nave estropeada. No había hecho grandes avances con la antigua nave, ya que había dedicado la mayor parte del tiempo a cazar ratas y curar su carne. Aún me hacía falta encontrar una matriz de energía en alguna parte…

—Vuestras naves tienen tres tipos de armas —dijo Cobb.

Un momento, ¿armas? Mi atención volvió de golpe a la clase, y vi que Bim también espabilaba. Era delicioso ver cómo respondía a cualquier mención de las armas como si fuese un cachorrito demasiado ansioso.

—Sí, Bim —dijo Cobb—. Armas. No te mees de la emoción. La primera de las tres es el destructor básico de toda la vida. Es vuestra arma principal, pero también la menos efectiva. Dispara rayos de energía concentrada, por lo general en ráfagas a corta distancia. —Cobb se detuvo cerca del asiento de Kimmalyn—. O bien, menos a menudo, puede cargarse para hacer disparos de precisión a larga distancia. La mayoría de los pilotos utilizan esta función para rematar naves inhabilitadas, o para acabar con un enemigo en una emboscada. Alcanzar a un objetivo activo a distancia con un destructor requiere una habilidad asombrosa.

Kimmalyn sonrió de oreja a oreja.

—No te pongas chula —dijo Cobb, retomando el paseo—. Un destructor viene a ser inútil contra un objetivo escudado, aunque de todos modos los dispararéis a la primera ocasión que tengáis, dado que forma parte de la naturaleza humana confiar en tener un golpe de suerte. Intentaré quitaros esa tendencia, pero, si os soy sincero, hasta los pilotos graduados se aferran a sus destructores como si fueran las tirdosas cartas de su amor de juventud.

Bim soltó una risita.

—No estaba bromeando —espetó Cobb—. Encended los hologramas.

Activamos los dispositivos y, de repente, estábamos en la plataforma de lanzamiento. Cuando estuvimos en el aire y dimos las confirmaciones verbales, la voz de Cobb crepitó en el altavoz de mi casco.

—Muy bien. Que las estrellas nos amparen, porque ha llegado el momento de que empecéis a disparar. El gatillo del destructor es el botón que tenéis al lado del dedo índice en la esfera de control. Adelante.

Pulsé el botón con cautela. Una ráfaga de tres disparos al rojo blanco salió en rápida sucesión del afilado morro de mi nave. Sonreí y volví a pulsarlo una y otra vez, liberando una ráfaga tras otra. Y sin más ceremonia, se me había

concedido el mismísimo poder de controlar la vida y la muerte. ¡Y sobre mucho más que las ratas!

—No lo desgastes, Peonza —dijo Cobb—. ¿Veis el dial que hay encima del acelerador? ¿El que puede girarse con el pulgar de la mano izquierda? Es el control de cadencia del destructor. La posición más alta es el fuego continuado. Les encanta a todos los pilotos descerebrados, babosos e idiotas que no han entrenado conmigo.

—¿Y qué pasa con los que seguimos siendo unos descerebrados, babosos e idiotas pero sí que hemos entrenado con usted? —preguntó Nedd.

—No te subestimes tanto, Nedder —respondió Cobb—. No te he visto babear nunca. La segunda posición es la ráfaga. La tercera, el disparo cargado de largo alcance. Daos el gustazo. Es mejor que os quitéis las ganas.

Hizo aparecer un puñado de naves krells en el aire delante de nosotros. No volaban ni se movían: estaban allí quietas sin hacer nada. ¿Tiro al blanco? Siempre había querido hacer tiro al blanco, desde que era una niña pequeña y arrojaba piedras a otras piedras de aspecto más perverso.

Juntos, enviamos una oleada de muerte y destrucción por el aire.

Fallamos.

Fallamos por lo que me parecieron kilómetros enteros. Y eso que las naves enemigas tampoco estaban tan lejos. Apreté los dientes y lo intenté otra vez, pasando por los distintos modos del destructor, cambiando el ángulo de mi nave con la esfera de control, poniendo toda mi voluntad en disparar. Pero, tirda, por muy cerca que pareciera estar todo, había muchísimo espacio vacío al que disparar.

Caracapullo por fin consiguió un impacto y destruyó una nave con un fogonazo. Yo gruñí y me concentré en una sola nave. «¡Venga!».

—Ya estás tardando, Rara —dijo Cobb.

—Ah, quería dar una oportunidad a los demás, señor —respondió Kimmalyn—. «Ganar no consiste siempre en ser la mejor», ya sabe.

—Dame el capricho —dijo Cobb.

—Como quiera.

Su nave cargó durante un par de segundos y entonces liberó una línea de luz enfocada que hizo estallar una nave krell. Kimmalyn repitió la gesta, y volvió a repetirla, y otra vez, y luego destruyó una quinta nave.

—Es como intentar acertar al suelo con una piedra, señor —dijo—. Ni siquiera se mueven.

—¿Cómo puede ser? —pregunté, anonadada—. ¿Cómo has aprendido a disparar así, Rara?

—La entrenó su padre —dijo Arcada—. ¿Os acordáis? ¿La historia de la seta que parecía una ardilla?

FM rio, y hasta oí una risita de Marea. Pero no, yo no recordaba ninguna historia de setas ni de ardillas. Debían de habérsela contado por la noche, en los barracones. Mientras yo regresaba andando a mi cueva.

Apreté con fuerza el botón del destructor y, para mi sorpresa, por fin logré acertar a un objetivo. La forma en que soltó chispas mientras caía resultó inmensamente satisfactoria.

—Muy bien —dijo Cobb—. Ya basta de tanta tontería. Voy a apagaros los destructores.

—¡Pero si acaba de dárnoslos! —protestó Bim—. ¿No podemos hacer una escaramuza o algo?

—Claro, de acuerdo —repuso Cobb—. Ahí tenéis.

Los cazas krells que quedaban, la docena aproximada que no habíamos logrado derribar, de pronto se abalanzaron contra nosotros abriendo fuego con sus destructores. Arcada soltó un aullido, pero yo me concentré de sopetón y me lancé en picado para apartarme.

Kimmalyn fue la primera en caer, con un inmediato estallido de luz y chispas. Yo descendí rodando sobre mí misma, vigilando la línea roja en la cubierta que indicaba cuánta aceleración estaría soportando en el mundo real. Cobb tenía razón, y los ConGravs me protegían al hacer un viraje rápido, pero tenía que ir con cuidado para no agotarlos en pleno giro y que me cayera encima de golpe toda esa fuerza.

Remonté el vuelo y me vi rodeada de fuego y explosiones, además de los escombros que caían de las naves de otros cadetes.

—Hemos intentado aplicar la ingeniería inversa a la tecnología krell —dijo Cobb en tono tranquilo, en marcado contraste con la locura que tenía alrededor. Nedd chilló al recibir un impacto. Marea cayó en silencio—. Pero hemos fracasado. Ellos tienen mejores destructores y mejores escudos. Eso significa que, al luchar contra ellos, no solo os superan en armamento, sino también en protección.

Me concentré por completo en la supervivencia. Viré, esquivé y giré. Tres naves krells, nada menos que tres, se pusieron a mi cola, y una me dio con un disparo de destructor. Hice un viraje brusco a la derecha, pero me alcanzó otro disparo y empezó a parpadear la luz de aviso en mi panel de control. Estaba sin escudo.

—Tenéis que dar a un krell media docena de veces para anular su escudo —dijo Cobb—, pero ellos os lo hacen a vosotros con solo dos o tres impactos.

Ascendí para hacer un rizo. Las explosiones señalaron las muertes de mis compañeros, resplandores en el cielo apagado. Solo seguía volando otra nave aparte de la mía, y supe sin tener que mirar los números del fuselaje, que sería la de Jorgen. Era mucho mejor piloto que yo.

Eso seguía irritándome. Gruñí, rodando en un amplio bucle, intentando meter alguna nave enemiga en mi punto de mira. Ya… casi… estaba…

Mis controles se apagaron. La nave dejó de responder. Al intentar aquella vuelta había superado el límite crítico de aceleración, y los ConGravs se habían agotado. Aunque mi cuerpo no podía sentirlo en el aula, si hubiera estado en una nave de verdad, me habría desmayado.

Una nave krell me eliminó con un disparo de pasada, casi casual, y mi holograma vibró. Entonces desapareció la cubierta de mi cabina y volví a estar en el aula. Jorgen consiguió resistir otros diecisiete segundos. Los conté.

Apoyé la espalda en el asiento, con el corazón acelerado. Había sido como presenciar el fin del mundo.

—Supongamos que estuvierais cerca de ser pilotos competentes —dijo Cobb—. Es toda una fantasía, lo sé, pero siempre he sido un optimista. Aunque consiguierais volar mejor que la nave krell promedio, seguiríais teniendo una gran desventaja si usarais solo vuestros destructores.

—Entonces ¿estamos jodidos? —preguntó FM, levantándose.

—No. Lo que pasa es que tenemos que luchar de otra forma, y tenemos que apañárnoslas para nivelar esa desventaja. Vuelve a ponerte las correas, cadete.

FM lo hizo y los hologramas arrancaron de nuevo, situándonos formando una hilera en el cielo. Las naves krells volvieron a aparecer en silenciosa formación, delante de nosotros. Esa vez, las miré con más recelo, y mi dedo índice anhelaba rociarlas con fuego de destructor.

—Dragoncete —dijo Cobb a Arturo—. Pulsa los botones que tienes junto a los dedos corazón y anular. Dales a los dos a la vez.

Mi nave se sacudió, y un pequeño estallido de luz emergió de Arturo, como una radiante salpicadura de agua.

—¡Eh! —exclamó Arcada—. Mi escudo ha caído.

—El mío también —dijo Kimmalyn.

—Y el mío —añadió Arturo.

—El mío sigue en marcha —dijo Caracapullo, igual que varios otros.

«El escudo de Arturo ha caído —pensé—, como los de las dos naves contiguas a él en la hilera». Me incliné hacia delante y miré fuera de la cubierta de la cabina, muy interesada. En mis tiempos de estudiante, me

habían enseñado todo sobre especificaciones de propulsores, patrones de vuelo, anillos de pendiente… A grandes rasgos, todas las características de los cazas excepto los detalles sobre el armamento.

—El PMI —dijo Cobb—. Pulso Magallanes Invertido. Sirve para anular por completo cualquier escudo protector que emita una nave… incluyendo, por desgracia, el propio. Tiene un alcance cortísimo, así que casi tendréis que meteros dentro de los motores de un krell antes de poder activarlo.

»La clave para derrotar a los krells no está en acribillarlos con disparos de destructor. Está en maniobrar mejor que ellos, en combatirlos en equipo y en ser más listos. Los krells vuelan de forma individual. Apenas se apoyan unos a otros.

»Vosotros, en cambio, lucharéis en las tradicionales parejas de compañeros de ala. Os preocuparéis de activar el PMI para que vuestro compañero tenga un disparo limpio y sin escudo de por medio. Pero también tenéis que recordar siempre que activar el PMI os deja expuestos y vulnerables hasta que podáis reactivar vuestro escudo.

Un repentino estallido de luz que hubo cerca hizo que FM soltara una palabrota en voz baja.

—¡Perdón! —exclamó Marea con su marcado acento—. ¡Perdón, perdón!

Era lo más largo que le había oído decir en todo el día.

—¿Cuál es la tercera arma? —preguntó Caracapullo.

—La lanza de luz —aventuré. Había leído el nombre, pero, de nuevo, los detalles de lo que hacía no venían en los libros.

—Ah, así que sabes de ella, Peonza —dijo Cobb—. Ya lo sospechaba. Haznos una demostración.

—Esto… vale. Pero ¿por qué yo?

—Funcionan muy parecido a sus primas pequeñas, las líneas de luz. Me da en la nariz que tienes un poco de experiencia con ellas.

¿Cómo podía saberlo Cobb? Llevaba mi línea de luz a clase, porque la necesitaba para entrar y salir de la caverna, pero creía que la había mantenido oculta bajo la manga larga de mi traje de vuelo.

—Pulgar y meñique —me indicó Cobb—. Los botones a ambos lados de la esfera de control.

Bueno, pues bien. ¿Por qué no? Empujé el acelerador hacia delante y salí de la línea para acercarme a las naves krells que flotaban. Escogí una, de la que colgaban cables a popa. Al igual que todas las naves, tenía un anillo de pendiente debajo, con el tamaño habitual de unos dos metros de diámetro y brillando con una suave luz azul.

La nave krell parecía incluso más siniestra al verla de cerca. Daba aquella extraña sensación de estar inacabada, aunque en realidad no lo estaba. Aquellos cables que le colgaban por detrás tenían que tener un propósito, y lo único que pasaba era que su diseño era alienígena. No estaba por terminar, sino construida por criaturas que no pensaban igual que los seres humanos.

Contuve el aliento y pulsé los botones que había indicado Cobb. Una línea de luz roja fundida salió de la proa de mi nave y se adhirió al caza krell. Tal y como había dicho Cobb, funcionaba igual que una línea de luz, pero era más grande y salió disparada de mi nave como un arpón.

«Uau», pensé.

—Lanzas de luz —dijo Cobb—. Seguro que habréis visto a sus primas pequeñas en las muñecas de los pilotos. Las usaban en el departamento de ingeniería de la antigua flota para anclarse mientras trabajaban en las naves sin gravedad. Peonza tiene una, no sé cómo, hecho que he optado por no mencionar al intendente.

—Crac…

—Puedes agradecérmelo cerrando el pico cuando hablo yo —dijo Cobb —. Las lanzas de luz funcionan como una especie de lazo de energía, que os conecta a aquello en lo que las clavéis. Podéis usarlas para enlazaros con una nave enemiga o podéis usarlas con el terreno.

—¿El terreno? —preguntó Arturo—. ¿Se refiere a pegarnos al suelo?

—Claro que no —dijo Cobb.

El cielo explotó por encima de mí, alcé la mirada y di un respingo al ver que de la omnipresente neblina de escombros empezaban a caer bolas de fuego. Metal supercalentado y otros detritos, convertidos en estrellas fugaces por la temperatura de la reentrada.

Me apresuré a hacer girar mi nave, empujé el acelerador y regresé a la línea. Los escombros tardaron unos minutos en empezar a caer a nuestro alrededor, algunos pedazos más refulgentes que otros. Se movían a distintas velocidades, y me di cuenta de que algunos cascotes tenían piedra de pendiente brillando azul en su interior, ralentizando un poco su descenso.

Los escombros impactaron contra varios cazas krells y los pulverizaron.

—Los krells suelen atacar durante las lluvias de escombros —dijo Cobb —. Ellos no tienen lanzas de luz y, aunque suelen ser muy maniobrables, una nave de la FDD con un buen piloto puede volar más rápido y con más agilidad. A menudo, os enfrentaréis a ellos entre los cascotes que caen. Allí dentro, la lanza de luz será vuestra mejor herramienta, y por eso vamos a pasar el próximo mes entero entrenando con ella. Cualquier idiota que tenga

un dedo puede disparar un destructor, pero hace falta un piloto de verdad para volar entre los cascotes y usarlos para obtener ventaja.

»He visto a pilotos usar las lanzas de luz para estampar un krell contra otro, para atravesarlos y convertirlos en basura espacial e incluso para tirar de un compañero de ala y sacarlo del peligro. Podéis hacer giros inesperados adhiriéndoos a un trozo grande y rodeándolo. Podéis arrojar cascotes al enemigo, que anularán su escudo al instante y los destruirán. Cuanto más peligroso sea el campo de batalla, más ventaja tendrán los mejores pilotos. Que, cuando haya terminado de entrenaros, seréis vosotros.

Vimos caer los escombros, luces ardientes que se reflejaban en mi cubierta.

—Entonces —dije— ¿según usted cuando acabemos de entrenar deberíamos ser capaces de usar garfios hechos de energía para aplastar a nuestros enemigos con trozos llameantes de basura espacial?

—Sí.

—Eso —susurré— es lo más bonito que he oído en la vida.

15

Anudé los cables, trabajando bajo una luz naranja rojiza en la oscura caverna, y los envolví en cinta. «Ya está», pensé, dando un paso atrás y secándome la frente. En las anteriores semanas, me las había ingeniado para encontrar una matriz de energía que funcionaba, de un viejo calentador de agua, en una instalación de reciclaje de Ígnea. Conocía al tipo que trabajaba allí y aceptó carne de rata a cambio de hacer la vista gorda mientras yo rapiñaba un poco.

También había recuperado material de uno de mis escondrijos secretos fuera de Ígnea. Había fabricado un arpón nuevo y me había hecho una cocina que tenía una auténtica plancha, deshidratador y especias. Había pasado por casa para coger a Sanguinario, mi viejo osito de peluche. Servía muy bien como almohada. Me había alegrado de ver a mi madre y a la yaya, aunque por supuesto no les había dicho que estaba viviendo en una cueva.

—¿Qué opinas? —pregunté a Babosa Letal, la Destructora—. ¿Crees que funcionará bien?

La pequeña babosa cavernaria se reavivó en una roca cercana.

—¿Bien? —flauteó.

Podía imitar sonidos, pero todo lo que decía siempre sonaba muy aflautado. Yo estaba bastante segura de que lo único que hacía ella era imitarme. Y siendo sincera, tampoco sabía si «ella» de verdad era hembra. ¿Las babosas no eran las dos cosas a la vez, o algo parecido?

—¡Bien! —repitió Babosa Letal, y no pude evitar tomármelo con optimismo.

Activé el interruptor de la matriz de energía, confiando en que el puente que había hecho en el circuito resistiera. El panel de diagnóstico del lateral de la vieja nave parpadeó, y oí un extraño sonido procedente de la cabina. Me acerqué corriendo y subí a la caja que usaba como escalera para meterme dentro.

El sonido salía del panel de instrumentos, y era grave, casi industrial. ¿Metal vibrando? Cuando llevaba un momento escuchando, cambió de tono.

—¿Qué puede ser eso? —pregunté a Babosa Letal, mirando a mi derecha y encontrándola allí, como esperaba. Podía moverse muy deprisa cuando quería, pero parecía muy reticente a hacerlo si yo la estaba observando.

Babosa Letal inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Hizo temblar los pinchos del lomo e imitó el sonido.

—Mira que bajas están las luces. —Di un golpecito en el panel de control —. Esta matriz de energía tampoco es lo bastante grande. Me hace falta una diseñada para una nave o un edificio, no para un calentador de agua. —La apagué y miré la hora en mi línea de luz—. Cuida de todo ahora, cuando me haya ido.

—¡Ido! —dijo Babosa Letal.

—No hace falta que te alegres tanto.

Me puse a toda prisa el traje de vuelo y, antes de marcharme, eché otra mirada a la nave. «Nunca voy a ser capaz de arreglar este trasto —pensé—, así que, ¿por qué lo intento?».

Con un suspiro, enganché el extremo de mi línea de luz a una roca, la arrojé para que se pegara en una piedra cerca de la entrada de mi cueva, la agarré y me icé hasta la grieta para poder escurrirme hacia fuera e irme a clase.

Como una hora y media más tarde, me ajusté el casco, que me estaba rozando la cabeza, así los controles de mi nave y pasé zumbando junto a un cascote enorme. En la vida real, habría estado cayendo en llamas, peto, en el holograma, Cobb había dejado los escombros suspendidos en el aire para que practicáramos.

Empezaba a ser bastante buena metiéndome entre ellos sin estrellarme, aunque no estaba muy segura de cómo funcionaría esa habilidad cuando empezaran a… en fin, a caer desde el cielo con un potencial destructor espantoso. Pero había que ir poco a poco.

Activé la lanza de luz, que se extendió desde una torreta que había en la parte inferior de mi nave. Una línea brillante de energía roja anaranjada ensartó el trozo enorme de basura espacial.

—¡Ja! —exclamé—. ¡Mirad, le he dado!

Sin embargo, cuando pasé volando junto al cascote, la lanza de luz se tensó y el impulso me hizo pivotar. Mi nave giró en torno a la línea, haciendo que saltaran los ConGravs, y se estampó contra otro escombro flotante.

De pequeña, los otros niños y yo jugábamos a un juego con una pelota que estaba atada mediante una cuerda a un poste alto. Si se empujaba la pelota, daba vueltas alrededor del poste. Las lanzas de luz eran parecidas, solo que, en ese juego, los cascotes eran el poste y yo era la pelota.

Cobb suspiró en el auricular de mi casco mientras el holograma se volvía negro para señalar mi muerte.

—Eh —dije—, esta vez por lo menos le he dado.

—Enhorabuena por tu victoria moral mientras mueres —replicó él—. Seguro que tu madre estará muy orgullosa cuando le enviemos tu insignia hecha un pegote de escoria fundida.

Di un bufido y levanté la espalda para asomarme fuera de la cabina y mirar a Cobb. Estaba paseando por el espacio central de la sala, hablando por una radio que llevaba en la mano para comunicarse con nosotros a través de los cascos, aunque estábamos todos muy cerca.

Las diez pegabinas formaban un círculo, y el suelo del centro tenía su propio proyector, que escupía una reproducción en miniatura de lo que nosotros experimentábamos. Nueve navecitas holográficas pululaban alrededor de Cobb, que nos observaba como un dios gigantesco.

Bim se estrelló contra un cascote cerca de la cabeza de Cobb, y la lluvia de chispas dio un poco la impresión de que nuestro instructor había tenido una repentina idea genial. Quizá la comprensión de que éramos todos unos paquetes.

—¡Amplía los sensores de proximidad, Bim! —dijo Cobb—. ¡Tendrías que haber visto ese trozo ahí flotando!

Bim se levantó, saliendo de su holograma, y se quitó el casco. Se pasó la mano por el pelo azul, con cara de frustración.

Yo volví al interior de mi cabina mientras mi nave reaparecía en el borde del campo de batalla. Allí estaba Marea, flotando, observando a los demás revolotear entre pedazos de metal. Se parecía a las descripciones que me había hecho la yaya de un campo de asteroides, aunque, por supuesto, estaba en la atmósfera, no en el espacio. Por lo general, nos enfrentábamos a los krells en alturas que variaban entre los diez mil y los cuarenta mil pies.

La nave de Bim apareció cerca de nosotras, pero él no estaba dentro.

—¡Marea! —bramó Cobb—. ¡No seas tímida, cadete! ¡Métete ahí dentro! ¡Quiero verte balanceándote en tantas tirdosas líneas de luz que la fricción te queme!

Marea voló con timidez al interior del campo de escombros.

Volví a ajustarme el casco. Ese día me estaba molestando muchísimo. Quizá necesitara un descanso. Apagué mi holograma, me levanté del asiento para estirarme y vi cómo Cobb inspeccionaba una pasada que estaba haciendo Caracapullo con Nedd como compañero de ala. Dejé el casco en el asiento y fui hacia el holograma de Marea.

Eché un vistazo al interior y mi cabeza apareció como si acabara de atravesar el techo de su cabina. Marea estaba acurrucada dentro, con gesto intenso en su rostro tatuado. Me vio y se apresuró a quitarse el casco.

—Hola —dije en voz baja—. ¿Cómo va?

Ella señaló a Cobb con la barbilla.

—¿Fricción? —preguntó en voz baja, con su marcado acento.

—Es cuando te frotas la mano con algo tan rápido que hace daño. Como cuando te raspas contra la alfombra, o con cuerdas. Significa que quiere que practiques más con la lanza de luz.

—Ah —dio un golpecito en su panel de control—. ¿Qué dicho antes? ¿Sobre prox… proximación?

—Podemos ampliar los sensores de proximidad —respondí sin levantar la voz. Metí la mano y señalé un conmutador—. Eso sirve para ampliar el alcance del sensor. ¿Lo entiendes?

—Ah, sí. Sí. Entiendo. —Sonrió en agradecimiento.

Levanté el pulgar y salí de su holograma. Pillé a Cobb mirándome y parecía gustarle lo que había hecho, aunque enseguida se volvió para gritar a Arcada, que estaba intentando que FM aceptara apostarse el postre al resultado de la siguiente pasada.

Quizá habría sido más fácil que Cobb se explicara mejor, pero lo cierto era que Marea parecía comprender la mayor parte de las lecciones. Era solo que le daba vergüenza cuando entendía algo mal, así que yo procuraba estar un poco encima de ella.

Regresé a mi asiento y palpé el interior del casco, intentando descubrir qué era lo que me molestaba. «¿Qué son estos bultos?», pensé, apretando con los dedos. Tendrían el tamaño de una tarjeta de solicitud o una arandela grande, eran redondos, estaban por debajo del forro interior del casco y cada uno tenía una pequeña parte metálica en el centro que salía del forro. ¿Habían estado ahí desde siempre?

—¿Algún problema, cadete? —preguntó Cobb.

Me sobresalté. No lo había visto acercarse a mi pegabina.

—Esto… Mi casco, señor. Le pasa algo.

—No le pasa nada, cadete.

—No, mire. Toque aquí. Hay unos…

—No le pasa nada, cadete. El departamento médico ha ordenado que te cambien el casco esta mañana, antes de que llegaras. Ahora tiene sensores para controlar tus biolecturas.

—Ah —dije, relajándome—. Bueno, supongo que tiene sentido. Pero debería decírselo a los demás. Podría distraerlos si se…

—Solo han cambiado tu casco, cadete.

Fruncí el ceño. ¿Solo el mío?

—¿Qué… clase de lecturas me están tomando, entonces?

—No sabría decirte. ¿Te supone un problema?

—Imagino que no —dije, aunque sí que me incomodaba.

Intenté leer la expresión de Cobb, pero tenía el rostro impasible cuando cruzó la mirada con la mía. Fuera lo que fuese aquello, estaba claro que no iba a decírmelo. Pero no pude evitar pensar que tenía algo que ver con mi padre y con la aversión que me tenía la almirante.

Me puse el casco, activé la radio y luego encendí mi holograma.

—¡Bim! —exclamó Cobb en mi oído, como si no hubiera pasado nada—. ¿Estás cosiendo un jersey, o algo? ¡Vuelve a tu cabina!

—Si no hay más remedio… —dijo Bim.

—¿Más remedio? ¿Quieres barrer suelos en vez de luchar como piloto, chico? He visto piedras que vuelan casi tan bien como tú. ¡Podría meter una en tu asiento, pintarle de azul la parte de arriba, y por lo menos no sería tan respondona!

—Lo siento, Cobb —dijo Bim—. No pretendía ser respondón, pero… Bueno, es que esta mañana he estado hablando con unos cadetes del Escuadrón Tormenta de Fuego, y ellos llevan desde el principio haciendo escaramuzas.

—¡Me alegro por ellos! Cuando estén todos muertos, podréis ocupar su dormitorio. —Cobb suspiró, muy alto, exagerando—. Venga, vamos a probar una cosa.

Apareció un grupo de anillos dorados en el campo de batalla. Eran poco más grandes que una nave, y algunos de ellos estaban peligrosamente cerca de trozos de escombros flotantes.

—Alineaos y confirmad —ordenó Cobb.

—¡Ya lo habéis oído! —exclamó Caracapullo—. ¡Formad en mi posición!

Los otros ocho volamos hacia la nave de Caracapullo y formamos una línea antes de darle las confirmaciones verbales.

—¡Escuadrón preparado, instructor! —informó Caracapullo.

—Estas son las reglas —dijo Cobb—. Cada anillo que atraveséis vale un punto. Cuando empecéis una pasada, tenéis que mantener una velocidad de al menos Mag 1, y no podéis dar la vuelta si falláis un anillo. Hay cinco, y os dejaré que deis cinco pasadas por el circuito cada uno. Quien saque la

puntuación más alta tendrá postre doble esta noche, pero os advierto que, si os estrelláis, se acabó la partida y os quedáis con los puntos que tuvierais antes de morir.

Me animé, e intenté no dar demasiadas vueltas a la idea de que para mí el premio era inútil. Por lo menos, quizá aquello me distrajera de lo incómodo que era mi casco.

—¿Un juego? —se sorprendió Arcada—. ¿Significa que de verdad va a dejar que nos divirtamos?

—Yo sé divertirme —dijo Cobb—. Lo sé todo sobre la diversión. ¡Para mí, consiste sobre todo en sentarme y soñar con el día en que todos dejéis de hacerme preguntas estúpidas!

Nedd soltó una risita.

—¡No era una broma! —exclamó Cobb—. Adelante.

Arcada aulló, sobrecargó su propulsor y salió disparada hacia el campo de cascotes. Yo reaccioné casi igual de rápido, acelerando a Mag 3, y estuve a punto de llegar antes que ella al primer anillo. Lo crucé pegada a su cola y eché un vistazo al radar. Bim, FM y Marea venían detrás de mí. Arturo y Nedd volaban en formación, como solían hacer. Esperaba que Kimmalyn llegara la última, pero vi que en realidad volaba por delante de Caracapullo, que estaba remoloneando por algún motivo.

Me concentré en el circuito y crucé el siguiente anillo. El tercero estaba casi todo por detrás de un cascote bien grande. La única forma de atravesarlo manteniendo la velocidad sería usar la lanza de luz para hacer un giro muy cerrado.

Arcada aulló de nuevo y ejecutó un giro de gancho casi perfecto a través del anillo. Yo tomé la decisión táctica de saltármelo, cuya sabiduría quedó demostrada cuando Bim intentó pivotar a través de él y se estrelló contra el cascote.

—¡Tirda! —gritó mientras su nave explotaba.

Reparé en que Caracapullo aún no había empezado el circuito.

Crucé el cuarto anillo, que flotaba entre dos escombros, pero fallé el último, que estaba detrás de una gran caja metálica que requeriría un giro con lanza de luz para rodearla. Acabé la primera pasada con tres puntos, aunque Arcada sacó cuatro. No había contado los de los demás. La pobre Kimmalyn se estrelló al intentar cruzar el cuarto anillo.

Los demás rodeamos el perímetro del campo de escombros para hacer otra pasada, y Caracapullo por fin entró para dar su primera. «Estaba mirando cómo lo cruzábamos —comprendí—. Estaba estudiando el campo de batalla».

Listo. Y en efecto, logró atravesar cuatro anillos, igual que Arcada.

Arcada se lanzó de inmediato para dar su segunda pasada, y me di cuenta de que el entusiasmo nos había hecho ir varias veces más deprisa que la velocidad mínima que había impuesto Cobb. ¿Por qué íbamos a querer volar tan deprisa? ¿Solo para terminar en primer lugar? Cobb no nos había ofrecido puntos por llegar los primeros.

«Qué idiota —pensé—. Esto no es una carrera, sino una prueba de precisión». Reduje a Mag 1 mientras Arcada, al tratar de enganchar otra vez el tercer anillo para hacer un giro cerrado, perdió el control y envió su nave contra un trozo de roca cercano.

—¡Ja! —exclamó. No parecía importarle haber perdido. Daba la impresión de estar contenta de que la instrucción se hubiera convertido en un juego.

Me concentré en el tercer anillo, repasando en mi mente una y otra vez las cosas que nos había enseñado Cobb. Al pasar, disparé mi lanza de luz contra el asteroide y no solo lo enganché, sino que, para mi sorpresa, rodé sobre la línea de energía de forma que la curva me hizo atravesar el anillo.

Bim silbó.

—Muy buena, Peonza.

Liberé la lanza de luz y ascendí.

—¿Quieres probar a hacerlo, Arturo? —preguntó Nedd mientras los dos volaban hacia el tercer anillo.

—Creo que tendremos más posibilidades de victoria si nos saltamos ese anillo en cada pasada.

—¡Pues mala suerte! —dijo Nedd. Enganchó a Arturo con su lanza de luz y tiró de él mientras caía en picado hacia el anillo.

Por supuesto, se estrellaron los dos. Crucé el cuarto anillo con facilidad, pasando como una exhalación entre los dos trozos de escombro flotantes. Pero fallé el quinto al atravesar solo el aire con mi lanza de luz.

—Nedd, ¡serás idiota! —gritó Arturo por mi auricular—. ¿Por qué has hecho eso?

—Quería ver qué pasaba —respondió Nedd.

—¿Querías…? Nedd, estaba clarísimo lo que iba a pasar. ¡Nos has matado a los dos!

—Mejor aquí que en el mundo real.

—Mejor en ningún sitio. Ahora no podemos ganar.

—De todas formas, nunca me como mi único postre —dijo Nedd—. Es malo para la figura, amigo mío.

Los dos siguieron riñendo por la radio. Me fijé en que FM no intentaba ningún anillo difícil. En su segunda pasada, atravesó únicamente los tres más fáciles.

Apreté los dientes y me centré en la competición. Tenía que derrotar a Jorgen. Era cuestión de honor.

Caracapullo terminó su segunda pasada con otros cuatro puntos, habiendo cruzado el tercer anillo pero no el último, que era el más difícil. Con eso, se puso en ocho puntos, y yo solo en siete. FM, que iba a lo seguro, tendría seis. No estaba muy segura de qué había hecho Marea, pero intentó el último anillo y falló, por lo que lo más probable era que fuese por detrás de mí.

Los cuatro que quedábamos rodeamos de nuevo el circuito para hacer la última pasada. De nuevo, Caracapullo se quedó atrás y dejó que entráramos antes los demás. «Muy bien», pensé, accionando la sobrecarga y cruzando el primer anillo a toda velocidad. Tenía que atravesarlos todos para tener alguna posibilidad. FM me llamó la atención al no intentar ni siquiera atravesar el primer anillo. Se quedó volando con cautela por encima del principio del circuito.

—FM, ¿qué haces? —preguntó Cobb.

—Me parece que todos estos payasos van a matarse, señor. Creo que podría ganar hasta sin haber sacado ni un solo punto.

«No —pensé mientras cruzaba raudo el segundo anillo—. Cobb ha dicho que conservamos los puntos si nos estrellamos, es solo que ya no podemos conseguir más». Por lo tanto, FM no ganaría, por mucha cautela que emplease. Cobb había tenido en cuenta esa posibilidad.

Me aproximé al tercer anillo, con las manos sudorosas. «Venga… ¡ya!». Activé la lanza de luz y di de lleno al cascote, pero no aceleré como debía y terminé rodando pero fallando al anillo.

Con los dientes rechinando, desconecté la lanza de luz y logré salir del giro sin golpear nada. Marea intentó cruzar el mismo anillo y estuvo a punto de conseguirlo, pero terminó estrellándose. Caracapullo seguía esperando fuera, observándonos para ver exactamente cuántos anillos necesitaría para ganar. «Listo. Otra vez».

Tirda, cómo odiaba a ese chico.

Estaba tan distraída que fallé el cuarto anillo, que era uno de los fáciles. Furiosa, notando cómo se me helaba la cara, usé la lanza de luz para ensartar el cascote grande y cuadrado, giré hacia abajo y la curva me llevó derecha a través del quinto anillo, que, por lo que había visto, nadie más había logrado cruzar.

Lo cual me dejaba con un total de diez puntos, y Caracapullo tenía ocho. No le costaría nada superarme. Noté bullir mi rabia mientras por fin se dignaba a dirigirse hacia el circuito. ¿Quién se creía que era, allí sentado como un rey de la antigüedad, mirando a los plebeyos revolverse a sus pies? ¡Menudo arrogante! Pero lo peor de todo era que había hecho bien en esperar. Había sido más listo que yo, y había obtenido una ventaja clara. Iba a ganar.

A no ser…

En mi mente arraigó una idea espantosa. Giré y sobrecargué el propulsor para acelerar hasta Mag 5 y esprintar de vuelta hacia la línea de salida. Por encima de mí, Caracapullo atravesó el primer anillo a ritmo tranquilo, justo a la velocidad mínima permitida.

—Eh, Peonza —me llamó Nedd—. ¿Qué estás haciendo?

Sin hacerle caso, giré hacia arriba y esquivé los cascotes flotantes. Por delante de mí, Caracapullo se acercaba al segundo anillo, uno de los fáciles… y el que lo pondría en diez puntos.

«Todo hacia delante», pensé, sin dejar de sobrecargar. Acercándome a la línea roja tras la que, en un ascenso como aquel, me arriesgaría a quedarme inconsciente.

—¿Peonza? —preguntó Bim.

Sonreí de oreja a oreja. Y estampé mi nave contra la de Caracapullo, sobrecargando los dos escudos y haciéndonos estallar en pedazos. Nos convertimos en luz.

Y luego, volvimos a cobrar forma en el borde del campo de batalla.

—¿Qué narices ha sido eso? —gritó Caracapullo—. ¿Se puede saber en qué pensabas?

—Pensaba en ganar —respondí, reclinándome en el asiento, satisfecha—. La senda del guerrero, Caracapullo.

—¡Formamos un equipo, Peonza! —dijo él—. ¡Eres una descarada, una egoísta, una asquerosa y un pedazo de…!

—Ya basta, Jorgen —lo interrumpió Cobb.

Caracapullo se quedó callado, pero caí en la cuenta de que no respondía con su habitual y obsequioso: «¡Sí, señor!».

Los hologramas se desactivaron y Cobb vino hacia mi cabina.

—Estás muerta.

—Pero he ganado de todas formas —dije.

—Es una táctica que no te serviría de nada en un combate real —insistió Cobb—. No te llevas ningún punto a casa si estás muerta.

Me encogí de hombros.

—Las normas las ha puesto usted, Cobb. Yo tengo diez puntos y Caracapullo, nueve. No es culpa mía que no haya podido intentar llevarse los últimos puntos.

—¡Claro que lo es! —exclamó Caracapullo, levantándose fuera de su cabina—. ¡Es culpa tuya del todo!

—Ya basta, hijo —dijo Cobb—. No merece la pena enfadarse por esto. Has perdido. A veces, pasa. —Me miró—. Aunque creo que voy a tener que cambiar las normas de ese juego.

Me levanté, sonriendo de oreja a oreja.

—Descanso de cinco minutos —dijo Cobb—. Quiero que os enfriéis y no os estranguléis entre vosotros. Provocaría demasiado papeleo.

Fue renqueando a la puerta y salió, tal vez para coger su café del mediodía.

Kimmalyn corrió hasta mi asiento, haciendo rebotar sus rizos oscuros.

—¡Peonza, ha sido maravilloso!

—¿Qué dice la Santa sobre los juegos? —le pregunté.

—«No puedes ganar si no juegas» —dijo Kimmalyn.

—Pues claro.

—¡Pues claro! —Volvió a sonreír.

Bim pasó al lado y me levantó el pulgar. Por encima de su hombro, vi que Caracapullo me miraba con abierta hostilidad mientras Arturo y Nedd intentaban tranquilizarlo.

—No te preocupes, Jorg —dijo Nedd—. Aun así, has ganado a Arturo.

—Muchísimas gracias, Nedd —espetó Arturo.

Kimmalyn salió del aula para buscar algo de beber, y yo me senté en mi cabina y saqué una de las cantimploras que llevaba en la mochila. Todos los días rellenaba las tres en el cuarto de baño.

—Bueno —dijo Bim, apoyándose contra mi proyector holográfico—, así que te gustan mucho los guerreros y tal, ¿eh?

—Me inspiran —repuse—. Mi abuela me cuenta historias de héroes antiguos.

—¿Tienes algún favorito?

—Supongo que Beowulf —dije, y di un largo sorbo de agua de la cantimplora—. Mató un dragón, nada menos, y arrancó el brazo a un monstruo. Tuvo que hacerlo con las manos, porque no podía cortarlo con la espada. Pero también está TKasína Máni, que derrotó al gran guerrero Custer, y Conan el Cimmerio, que luchó en tiempos antiguos, antes de que hubiera escritura.

—Sí, eran geniales —dijo Bim, y me guiñó el ojo—. Bueno, en realidad no había oído hablar de ellos hasta ahora. Pero seguro que eran geniales. Hum… Tengo sed.

Se sonrojó y se marchó, dejándome confundida. ¿Qué había sido…?

«Estaba… estaba *flirteando* conmigo —comprendí, aturdida—. O al menos, intentándolo».

¿Era posible? O sea, en realidad era bastante guapo, así que ¿por qué iba a…?

Volví a mirarlo y lo pillé en lo que parecía el punto álgido de un rubor. ¡Tirda! Era lo más raro que me había pasado desde que empecé en la escuela de vuelo, y eso que pasaba las mañanas hablando con una babosa.

Pensaba en los chicos, pero la vida nunca me había dejado demasiado tiempo para esas cosas. La última vez que había tenido un impulso romántico había sido a los ocho años, cuando había regalado a Gali un hacha de mano que me había salido muy bien, hecha con una piedra y un palo. Pero a la semana siguiente había decidido que Gali daba asco. Porque… en fin, porque tenía ocho años.

Me levanté de un salto.

—Esto… ¿Bim? —dije.

Él volvió a mirarme.

—¿Has oído hablar de Odiseo?

—No —dijo él.

—Era un antiguo héroe que combatió en la mayor guerra que hubo jamás en la Tierra, la guerra de Troya. Se dice que tenía un arco tan fuerte que, aparte de él, solo un gigante podía tirar de la cuerda. Él… tenía el pelo azul, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —preguntó Bim.

—Molaba bastante —dije, y acto seguido me senté y di un largo sorbo de mi cantimplora.

«¿He estado fina? He estado fina, ¿verdad?».

No estaba muy segura de qué dirían Sun Tzu o Beowulf sobre flirtear con chicos guapos. ¿Quizá que tenías que compartir los cráneos de tus enemigos con él, como gesto de afecto?

Noté en mi interior una calidez y como un empalagamiento, en el buen sentido, hasta que vi a Caracapullo mirándome desde el otro lado del aula. Le sostuve la mirada, dura y furiosa.

Él se volvió hacia Nedd y Arturo con gesto teatral.

—Supongo que no podíamos esperar nada de verdadero honor —dijo— en la hija de Zeen Nightshade.

Me inundó una oleada de frío.

—¿De quién? —preguntó Nedd—. Un momento, ¿quién has dicho que es?

—Ya sabéis —dijo Caracapullo, con la voz lo bastante alta para que se oyera por toda el aula—. Identificador: Perseguidor. El Cobarde de Alta.

La estancia quedó en silencio. Sentí que los ojos de todos se volvían hacia mí. ¿Cómo lo había averiguado? ¿Quién se lo había dicho?

Me levanté. Tirda, hasta Kimmalyn parecía saber quién era Perseguidor. Se le cayó de la mano la cantimplora y rebotó contra el suelo, derramando agua sin que ella se diera cuenta.

—¿Quién? —preguntó Marea—. ¿Qué pasado?

Quería salir corriendo. Esconderme. Escapar de todos aquellos ojos. Pero *no pensaba huir*.

—Mi padre —dije— no era un cobarde.

—Lo siento —dijo Caracapullo—. Solo estoy citando la historia oficial.

Me miró con aquella cara arrogante que tantas ganas daba de aporrear. Me descubrí a mí misma enrojeciendo de vergüenza… y luego de ira.

No debería sentir vergüenza. Había pasado casi toda mi vida con aquello encima. Estaba acostumbrada a las miradas, a los bisbiseos. Y no me daba vergüenza mi padre, ¿verdad que no? Así que ¿por qué debería importarme que los demás se hubieran enterado? Pues bueno. Pues muy bien. Estaba contenta de ser la hija de Perseguidor.

Era solo que… había estado bien. Me había gustado poder abrirme mi propio camino, sin estar en la sombra de nadie.

Pensarlo me hizo sentir como si traicionara a mi padre, y eso me puso incluso más furiosa.

—Vive en una cueva, ¿sabes? —dijo Caracapullo a Arturo—. Va allí todas las noches. Los operadores del ascensor me han dicho que la ven salir andando del pueblo, porque no puede…

Se interrumpió al ver que Cobb entraba con una humeante taza de café en la mano. Cobb me miró de inmediato, y luego a Caracapullo.

—Volved a los asientos —nos ladró—. Todavía nos queda trabajo para hoy. Y Rara, ¿se te ha caído esa cantimplora?

Kimmalyn se movió por fin y recogió su cantimplora, y todos entramos en nuestras cabinas sin decir nada más. Hubo un momento, poco después de que empezáramos a practicar con las lanzas de luz de nuevo, en el que vi a Cobb

mirándome con expresión adusta, con unos ojos que parecían decir: «Tenía que ocurrir en algún momento, cadete. ¿Vas a rendirte?».

Jamás.

Pero eso no impidió que tuviera náuseas durante toda la sesión de prácticas.

Unas horas más tarde, salí del lavabo de mujeres con las cantimploras rellenadas. Una pareja nueva de policías militares me escoltó hasta las puertas, me vio salir y, como siempre, me dejó allí.

Recorrí con paso pesado los terrenos de la base, sintiéndome frustrada, enfadada y sola. Debería haber seguido hacia fuera de la base, hacia mi cueva. Pero en vez de eso, cogí un camino que rodeaba el edificio de entrenamiento, que pasaba por delante del comedor.

Miré por una ventana y vi a los demás sentados a una mesa de metal, charlando, riendo, discutiendo. Hasta habían convencido a Caracapullo de que esa noche cenara con ellos: una concesión muy poco frecuente a la plebe, ya que normalmente se marchaba en coche hasta su ascensor exclusivo. Nedd decía que podía llegar a las cavernas inferiores en menos de un cuarto de hora.

Allí estaba él, disfrutando lo que a mí se me prohibía, después de arrojar por los aires mi secreto como si fuera un puñado de raciones caducadas. Lo odiaba. En ese momento, los odiaba un poco a todos. Casi odiaba hasta a mi padre.

Me interné furiosa en la noche y salí de la base por la entrada principal. Giré a la izquierda, hacia el huerto, y atajé a través de él para abandonar la civilización. Pasé por delante de los pequeños garajes donde Caracapullo aparcaba su aerodeslizador.

Paré allí, en la oscuridad, y miré su garaje. En esa ocasión, la puerta frontal estaba cerrada, pero había otra lateral abierta que me dejaba ver el coche en el interior. Tardé como medio segundo en tener otra idea espantosa.

Miré alrededor y no vi a nadie observándome. Las cieluces estaban lejos y había anochecido temprano, y los labradores ya se habían marchado a casa. Estaba lo bastante lejos de las puertas principales de la base para que los guardias apostados allí no pudieran verme en la penumbra.

Me colé por el lado del pequeño garaje, cerré la puerta y encendí mi línea de luz para poder ver algo. Encontré una llave en la pared del minúsculo cobertizo y abrí el capó del aerodeslizador azul.

Que Caracapullo volviera caminando a casa esa noche. Sería lo justo. A fin de cuentas, a mí me tocaba caminar hasta la caverna, y esa noche tendría que hacerlo cargando con una enorme matriz de energía, de tamaño coche, atada a la espalda.

16

La mañana siguiente, desperté atontada y escocida, con la cara llena de oso de peluche. Gemí y rodé, notando los músculos doloridos. ¿Por qué me encontraba tan mal? ¿Había…?

Me incorporé de sopetón y activé el brazalete de la línea de luz para mirar fuera de mi cama en la cabina. La luz reveló mi pequeña cocina, un montón de setas que había que cortar, unas rocas que había colocado a modo de asientos y…

Y la matriz de energía de un coche, del tamaño de una mesita de noche pequeña.

Estaba donde la había soltado después de arrastrarla hasta la caverna. Luego me había sentido tan agotada que ni siquiera la había conectado: me había ido derecha a la cama.

Gemí, volví a dejarme caer y me froté los ojos con las bases de los pulgares. La noche anterior había estado tan furiosa que… bueno, que no había pensado con mucha claridad. Robar la matriz de energía me había parecido una idea fantástica, pero a la luz del día, los agujeros que había en mi ingenioso plan saltaban a la vista.

«Vaya, me pregunto quién puede haberte destrozado el coche, Caracapullo. ¿Podría ser la única de nosotros que no estaba en la cena, y que además tenía motivos acuciantes y poderosos para querer vengarse de ti?».

Cuando se supiera que había dañado la propiedad de otro cadete, me darían tal patada para echarme de la escuela de vuelo que me dolería el trasero durante semanas. Volví a gemir, sonido que imitó inútilmente Babosa Letal, que se había acurrucado en el tablero de mandos.

¿Por qué? ¿Por qué no podía ir a lo mío y ya está? ¿Por qué tenía que dejar que me afectaran tanto? ¡Ni Beowulf ni Xun Guan se habrían dejado enredar para hacer una tontería tan grande!

Me sentí enferma mientras caminaba con paso trabajoso hacia Alta esa mañana. Ni siquiera había tenido la fuerza de voluntad suficiente para probar la matriz de energía. En fin, como si hubiera algo que pudiese hacer para impedir la fatalidad, llegados a ese punto. ¿Por qué no podían la Spensa racional y la Spensa decidida reunirse para planificar las batallas de vez en cuando?

Esperaba que los policías militares estuvieran esperándome, pero los guardias de las puertas se limitaron a hacerme pasar con un gesto. Nadie me detuvo de camino hacia el aula. Caracapullo entró mientras me estaba sentando en mi cabina, y ni siquiera me echó una mirada. Cobb llegó renqueando y empezó la clase como de costumbre.

Durante un descanso, conseguí cruzar la mirada con Caracapullo. Sus ojos se encontraron con los míos y no se apartaron. Había un desafío en ellos, sí. Pero ¿cómo debía interpretarlo? ¿Estaba esperando a que llegara algún momento concreto para denunciarme?

A medida que progresaba el día y practicábamos con las lanzas de luz sobre objetivos móviles, empecé a pensar que quizá Caracapullo no tuviese intención de darme problemas. A lo mejor… a lo mejor estaba tomando la senda del guerrero. En vez de ir corriendo a la almirante para que le hiciera el trabajo, ¿estaría planeando su propia venganza?

Si era así… tirda. Quizá tuviera que conceder al chico un poco de respeto.

Pero tampoco mucho, ojo. Pese a todo, me había señalado como una cobarde, con malicia y agresividad, delante de los demás. Arturo, Nedd, FM e incluso Bim se andaban con pies de plomo conmigo y me miraban de reojo. No parecía afectar a nuestro entrenamiento, pero en los descansos todo el mundo esquivaba el tema. Me preguntaban por otras cosas y se apresuraban a abandonar las conversaciones.

La única que no estaba rara conmigo era Kimmalyn. Lo cual no significaba que fingiera que no había pasado nada, por supuesto.

—A ver —me dijo, al lado de mi asiento mientras yo descansaba y bebía de mi cantimplora—, ¿es por eso que siempre te pones tan pugnaz?

—¿Pugnaz? —pregunté, sin entender la palabra.

—Tan dispuesta a aferrar las estrellas con una mano y guardártelas en el bolsillo —dijo Kimmalyn. Se inclinó hacia mí, como si su siguiente frase fuese a ser desagradable—. Ya sabes, acalorada.

—Acalorada.

—Quizá incluso… de vez en cuando… borde.

—¿Que si es por mi padre que soy un revoltijo de furia, bravuconería y mal humor? ¿Que si es el hecho de que lo llamen cobarde el motivo de que vaya por ahí espada en mano, chillando que haré una montaña con los cráneos de todo el mundo y me subiré a ella para poder decapitar a la gente que era demasiado alta al principio?

Kimmalyn me sonrió con aprecio.

—¿Benditas sean mis estrellas? —le pregunté.

—Hasta la última de ellas, Spensa. Hasta la última y brillante estrella.

Suspiré y di otro sorbo.

—No lo sé. Recuerdo que ya me gustaban las historias de mi yaya incluso antes de que lo derribaran, pero está claro que lo que pasó no ayudó nada. Cuando todo el mundo te ve como la hija del cobarde, no la hija de un cobarde, sino la Hija del Cobarde, en singular, acabas desarrollando cierta actitud.

—Bueno, pues bendita seas por mantenerte firme —dijo ella, y alzó los puños cerrados—. El orgullo es una virtud en aquellos que la consideran como tal.

—Dijo la Santa.

—Era una mujer muy sabia.

—Sabes que ninguno de nosotros sabe de qué Santa estás hablando, ¿verdad?

Kimmalyn me dio una palmadita en la cabeza.

—No pasa nada, cielo. No es culpa tuya que seas una hereje. La Santa te perdona.

Viniendo de cualquier otra persona, podría haberme sentido ofendida, sobre todo con la palmadita en la cabeza. Viniendo de Kimmalyn era solo… bueno, reconfortante, de algún modo.

Cuando terminó la jornada, me sentía muchísimo mejor. Tanto que, de hecho, solo sentía náuseas suaves cuando los demás me dejaron para ir a cenar. Lo cual era bueno.

Al salir, vi a Caracapullo metiéndose en un aerodeslizador largo y negro, conducido por un chófer con guantes blancos. Pobrecito. Por lo visto, por mi culpa tenían que llevarlo a casa.

Regresé a mi cueva con paso animado, masticando unas tiras de rata ahumada. Tarde o temprano, tendría que sufrir algún tipo de venganza por parte de Jorgen, pero me veía capaz. «Que venga». De momento, al parecer me había librado de las consecuencias de un delito muy serio. Y tenía una matriz de energía de tamaño caza estelar lista para conectarla.

Sonreí al llegar a mi grieta y descendí, ayudada por la línea de luz, a la caverna. Había sido absurdo arriesgar mi futuro por una nave tan vieja; de poco iba a servir que lograra hacer funcionar sus luces. Pero también era mi secreto, mi descubrimiento.

Mi nave.

Rota, desgastada, con un ala combada… pero mía de todos modos.

Empujé la matriz para ponerla junto a la escotilla de acceso de la nave. Los conectores eran idénticos, de modo que no tuve que preocuparme de hacerle un puente. Miré a Babosa Letal, que se acercó despacio por encima del ala, sonreí y conecté la matriz.

Las luces cobraron vida de sopetón en el panel de diagnóstico y, a juzgar por el resplandor que llegaba desde delante, también en el cuadro de mandos, dentro de la cabina. El zumbido grave que había oído la vez anterior empezó de nuevo y luego se aceleró, distorsionándose hasta… hasta convertirse en *palabras*.

—OOOCEDIMIENTOS DE ARRANQUE DE EMERGENCIA INICIADOS —dijo una voz de hombre desde la cabina. Hablaba con un acento raro, anticuado, como el que había oído en las retransmisiones de discursos famosos pronunciados antes de que inauguráramos Alta—. DETECTADOS DAÑOS GRAVES EN LA INTEGRIDAD ESTRUCTURAL Y LOS BANCOS DE DATOS.

¿Sería una grabación? Subí hacia la cabina.

—¡Hola! —me dijo la voz, volviéndose menos… mecánica—. Deduzco de tu ropa y tu actitud que eres nativa de esta localidad. ¿Serías tan amable de categorizarte, manifestando tus afiliaciones nacionales y los nombres de tus antepasados, para que pueda añadirte a mis tablas de datos?

—Eh… —Me rasqué la cabeza—. Pero ¿qué estrellas…?

—Ah —dijo la voz—. Excelente. Mínima desviación lingüística respecto a los idiomas estándar de la Tierra. Disculpa la lentitud de mi capacidad de procesamiento, que no parece estar a la altura de las referencias normales, pero eres humana, ¿verdad? ¿Podrías decirme… dónde estoy?

Las palabras me pasaron por encima. Me limité a quedarme allí arrodillada, en el ala, junto a la cabina, intentando encontrar sentido a lo que estaba ocurriendo.

Mi nave me estaba *hablando*.

17

Mi designación es MB-1021, nave robótica integrada —dijo el caza. No solo hablaba; al parecer, lo difícil era que callara—. Pero los humanos preferís los «nombres» a las designaciones, por lo que se me suele llamar M-Bot. Soy una nave de reconocimiento y recuperación de largo alcance, diseñada para operaciones encubiertas y misiones en solitario sin apoyo en localizaciones del espacio profundo. Y…

La máquina dejó la frase en el aire.

—¿Y? —pregunté, apoltronada en la cabina, intentando deducir qué estrellas era aquella cosa.

—Y mis bancos de datos están corrompidos —dijo M-Bot—. No puedo recuperar información adicional. Ni siquiera puedo acceder a los parámetros de mi misión. El único registro que tengo es la orden más reciente que me dio mi amo: «Quédate en la sombra, M-Bot. Estudia la situación, no te metas en peleas y espérame aquí».

—Tu amo era tu piloto, ¿verdad? —pregunté.

—Correcto. El comandante Spears.

Me mostró una imagen borrosa, que reemplazó durante un momento los datos del escáner en el tablero de mandos. El tal comandante Spears era un hombre bastante joven y pulcro, de piel morena, que llevaba un uniforme bien planchado y desconocido para mí.

—No he oído hablar nunca de él —dije—. Y conozco a todos los pilotos famosos, incluso los de los tiempos de la yaya en la flota. ¿Qué pasaba con los krells cuando llegaste aquí? ¿Habían invadido ya la galaxia?

—No tengo ningún recuerdo de ese grupo, y la palabra «krell» no figura en mis bancos de memoria. —Calló un momento—. La velocidad de desintegración de los isótopos en mi núcleo de memoria indica que han transcurrido… ciento setenta y dos años desde que fui desactivado.

—Anda —dije—. La *Desafiante* y su flota se estrellaron en Detritus hace unos ochenta años, y la Guerra Krell empezó bastante tiempo antes de eso. —La yaya decía que la guerra llevaba en marcha desde mucho antes de que ella naciera.

—Teniendo en cuenta la esperanza de vida humana —dijo M-Bot—, no tengo más remedio que concluir que mi piloto ha perecido. Qué triste.

—¿Triste? —pregunté, intentando comprender todo aquello—. ¿Tienes emociones?

—Se me autoriza a mejorarme a mí mismo y reforzar mis circuitos de memoria independientemente para simular emociones orgánicas. Eso me permite interactuar mejor con los humanos, pero en realidad no estoy vivo. Mis subrutinas de angustia emocional indican que debería lamentar la pérdida de mi amo, pero los bancos de memoria donde estaban registrados tanto su apariencia como nuestras vivencias juntos están dañados. No recuerdo nada más que su nombre y la última orden que me dio.

—Quedarte en la sombra —repetí—, estudiar la situación y no meterte en peleas.

—La única parte de mis bancos de memoria que parece haber sobrevivido intacta, aparte de las rutinas básicas de personalidad y cosas como el uso general del lenguaje, es una base de datos abierta para registrar las formas de vida fúngicas de este planeta. Me encantaría poder rellenarla.

—¿Fúngicas?

—Setas. ¿Por casualidad tienes alguna que pueda categorizar?

—Eres un caza furtivo hiperavanzado que, vete a saber por qué, tiene incorporada una personalidad artificial… ¿y quieres que te traiga setas?

—Sí, por favor —dijo M-Bot—. Estudiar la situación. Es decir, categorizar las formas de vida locales. Estoy convencido de que se refería a eso.

—Yo no estoy tan segura —repuse—. Por la forma en que lo dices, parece que tenías que esconderte de algo. —Me incliné para asomarme por el lado y miré las alas del caza—. Tienes unos emisores de destructor gemelos enormes en cada ala, además de una torreta de lanza de luz debajo. Eso equivale en potencia de fuego a nuestras naves más grandes. Eres una nave de combate.

—Es evidente que no —dijo M-Bot—. Estoy aquí para categorizar hongos. ¿No has oído las últimas órdenes que recibí? Se supone que no debo meterme en peleas.

—Entonces ¿para qué tienes cañones?

—Para disparar a animales grandes y peligrosos que puedan amenazar mis especímenes de hongos —respondió M-Bot—. Evidentemente.

—Menuda idiotez.

—Soy una máquina, y en consecuencia mis conclusiones son lógicas, mientras las tuyas están sesgadas por la irracionalidad orgánica. —Hizo parpadear algunas luces del tablero de mandos—. Eso era una forma rebuscada de decir que la idiota eres tú, por si…

—Lo había entendido, gracias —dije.

—¡De nada!

Sonaba absolutamente sincero. Pero era… ¿cómo había dicho, una «nave robótica integrada», fuera lo que fuese eso? No estaba muy segura de cuánto podía confiar en su sinceridad.

Aun así, era una máquina con una memoria que, aunque estuviese dañada, se extendía centenares de años hacia atrás. Quizá contuviera la respuesta a las preguntas que nos habíamos hecho desde siempre. ¿Por qué no dejaban de atacarnos los krells? ¿Qué eran en realidad? Las únicas representaciones que teníamos de ellos eran reconstrucciones basadas en la armadura que llevaban, ya que nunca habíamos podido capturar a ninguno.

Era muy posible que en otros tiempos hubiéramos conocido las respuestas a aquellas preguntas, pero, si así era, las habíamos perdido ochenta años atrás. Poco después de estrellarse en Detritus, y suponiendo que estaban a salvo, la mayoría de los oficiales, científicos y ancianos de nuestra antigua flota se habían congregado en una caverna subterránea. Habían rescatado el viejo archivo electrónico de la *Desafiante* y convocado una reunión de emergencia. Fue entonces cuando cayó la primera aniquiladora, que destruyó nuestros archivos y, con ellos, a casi todos los mandos de la flota.

Lo que quedaba de nuestro pueblo se dividió en clanes según los puestos que ocupaban en las naves. Estaban los trabajadores de mantenimiento de motores, como la yaya y su familia. El equipo de cultivo hidropónico —granjeros venidos a más—, como los antepasados de Bim. Los soldados de infantería, como los de Marea. Habían aprendido, mediante un costoso procedimiento de prueba y error, que si se repartían en grupos pequeños, de menos de cien personas, los sensores krells no podían descubrir dónde se escondían en las cuevas.

Y tres generaciones más tarde, allí estábamos. Luchando para abrirnos paso poco a poco hacia la superficie, pero con unas lagunas inmensas en nuestros recuerdos y nuestra historia. ¿Y si yo pudiera llevar a la FDD el secreto definitivo, la solución para derrotar a los krells de una vez por todas?

Pero… era muy improbable que M-Bot tuviera esa respuesta. Al fin y al cabo, si las antiguas flotas humanas hubieran sabido cómo derrotar a los krells, no se habrían visto abocados casi a la extinción. Y aun así, seguro que había algunos secretos ocultos en la mente de aquella máquina.

—¿Puedes disparar tus armas? —pregunté.

—Se me ordenó evitar las peleas.

—Tú responde —insistí—. ¿Puedes disparar?

—No —dijo M-Bot—. Los sistemas de armamento están bloqueados fuera de mi control.

—Entonces ¿por qué te ordenó tu piloto que no te metieras en peleas? No eres capaz de pelear con nadie.

—En términos lógicos, no se requiere ser capaz de terminar una pelea para poder empezar una. Tengo permitido un mínimo de movimiento autónomo básico, y en teoría podría verme implicado por casualidad en alguna batalla o conflicto. Si ocurriera, sería desastroso yendo por mi cuenta, ya que necesito un piloto para casi todas las funciones importantes. Puedo asistir y diagnosticar, pero, dado que no estoy vivo, no se me puede confiar ningún sistema destructivo.

—Pero yo sí que podría disparar —dije.

—Por desgracia, los sistemas de armamento están desactivados por los daños que sufrieron.

—Estupendo. ¿Qué más está desactivado?

—¿Aparte de mis recuerdos? Propulsores, anillo de pendiente, hipermotor citónico, funciones de autorreparación, la lanza de luz y todas las funciones de movilidad. Además, mi ala parece estar doblada.

—Maravilloso. En otras palabras, todo.

—Mis capacidades de comunicación y el radar funcionan —matizó él—. Igual que el soporte vital de la cabina y los sensores de corto alcance.

—¿Y ya está?

—Parece… que ya está, sí. —Se quedó callado un momento—. No he podido evitar darme cuenta, gracias a los mencionados sensores de corto alcance, que obran en tu poder unas cuantas setas. ¿Serías tan amable de colocarlas en el analizador de mi cabina para catalogarlas?

Suspiré y me recliné en el asiento.

—Cuando te venga bien, por supuesto. Al ser un ente robótico, no dispongo de conceptos frágiles como la impaciencia humana.

«Vale, a ver, ¿qué hago?».

—Pero si no tardas mucho, mejor.

«Dudo de que pueda reparar este trasto yo sola —pensé—. ¿Debería ir a la FDD y decirles lo que he encontrado? Tendría que revelar que había robado la matriz de energía. Y por supuesto, ni de milagro me dejarían quedarme con la nave. Revelar su existencia a la FDD sería más o menos equivalente a ponerle un lazo a la nave y regalársela a la misma almirante que está haciendo todo lo posible por arruinarme la vida».

—Parecen unas setas bastante buenas.

No. Me negaba a entregar aquel descubrimiento a Férrea, por lo menos antes de pensármelo un poco más. Pero si pretendía reparar la nave, iba a necesitar ayuda.

—No es que requiera ningún tipo de apoyo moral, dado que mis emociones son meras simulaciones, pero me estás escuchando, ¿verdad?

—Te escucho —dije—. Es que estaba pensando.

—Eso es bueno. No me gustaría que me mantuviera alguien carente de funciones cerebrales.

En ese momento, tuve mi tercera idea espantosa en una cantidad inferior de días. Sonreí.

Quizá hubiera una manera de conseguir ayuda para las reparaciones. Alguien que tenía más «funciones cerebrales» que yo.

Aproximadamente una hora y media más tarde, superada con creces la hora del toque de queda, estaba colgando bocabajo de mi línea de luz fuera de la ventana de Gali, en el segundo piso de su complejo de apartamentos en Ígnea. Gali estaba durmiendo a pierna suelta en su camastro. Tenía su propia habitación, que, aunque era diminuta, a mí siempre me había parecido todo un lujo. Sus padres habían obtenido la calificación de ejemplares en las seis medidas paternas, y se les había concedido alojamiento para varios hijos, pero la ironía del destino había dictado que Gali fuese el único que acabaron teniendo.

Llamé con los nudillos en su ventana, mientras colgaba cabeza abajo en el exterior. Volví a llamar. Y luego otra vez, un poco más fuerte. Venga ya, no había pasado tanto tiempo desde la última vez que iba a buscarlo así.

El muy dormilón se incorporó por fin y el resplandor que entraba por la ventana, procedente de mi línea de luz, delineó su cara pálida y sus ojos amodorrados. Me miró parpadeando, pero no pareció nada sorprendido mientras se acercaba para deslizar la ventana hacia un lado.

—Hola —dijo—. Sí que has tardado.

—¿Tardado?

—En venir a intentar convencerme de que vuelva. Cosa que no voy a hacer. Tampoco es que lo tenga todo planeado, pero aún estoy seguro de que mi decisión de…

—Va, deja estar eso ya —susurré—. Coge el mono. Tengo que enseñarte una cosa.

Enarcó una ceja.

—Hablo en serio —dije—. Te van a salir volando las botas cuando lo veas.

El muy cretino se quedó apoyado en el alféizar, mirándome mientras yo colgaba bocabajo allí fuera, cosa que no resultaba nada fácil, por cierto.

—Es casi medianoche, Peonza.

—Merecerá la pena.

—Vas a llevarme a rastras a alguna caverna, ¿verdad? No volveré hasta las dos o las tres de la madrugada.

—Eso, con suerte.

Respiró hondo y cogió su mono.

—Eres consciente de ser la amiga más rara que he tenido nunca, ¿verdad?

—Venga, hombre. No me salgas ahora con que tienes más amigos.

—Es curioso —dijo él— que mis padres no me hayan dado ningún hermano y, aun así, no sé cómo, haya terminado con una hermana que no para de meterme en líos.

Sonreí.

—Nos vemos abajo —dije, pero me quedé un momento más—. Te saldrán. Volando. Las botas, Gali. Créeme.

—Que sí, que sí. Déjame un minuto para escabullirme de mis padres.

Cerró las cortinas y yo descendí a la calle, donde me puse a esperar con impaciencia.

Ígnea era un lugar extraño de noche. El aparataje funcionaba a todas horas, por supuesto. Allí, «día» y «noche» eran solo palabras, aunque seguíamos usándolas. Había un período de silencio obligatorio, durante el que los altavoces de la caverna no hacían ningún anuncio ni emitían discursos, y un toque de queda para todo quien no estuviese en el último turno. Pero nadie te prestaba atención si andabas por la calle sin meterte donde no te llamaban. En Ígnea se daba por sentado que todo el mundo estaba ocupado en algo útil.

Gali bajó a la calle, como había prometido, y caminamos juntos por la caverna, dejando atrás el mural de los mil pájaros volando, todos divididos en dos por una línea, con las dos mitades un poco desplazadas respecto a la otra. Los pájaros salían de un sol entre rojizo y anaranjado, que ni siquiera se alcanzaba a ver de tan arriba que estaba.

Los guardias nos dejaron salir a los túneles tras enseñarles nuestras insignias de cadete. Mientras recorríamos una de las rutas más fáciles, Gali me puso al día de lo que había estado haciendo las últimas semanas. Sus padres se alegraban de que hubiera abandonado la escuela de vuelo: todo el mundo sabía lo peligroso que era ser piloto.

—Están orgullosos, claro —dijo Gali, y gruñó al trepar por unos escombros junto a mí—. Todos me tratan muy raro cuando ven la insignia. Me refiero a que me escuchan cuando hablo, y me dicen que mis ideas son buenas… aunque no lo sean. Y la gente me cede el paso por la calle, como si fuese una persona importante.

—Lo eres.

—No, soy exactamente igual de importante que antes. —Negó con la cabeza—. Pero tengo una docena de ofertas de trabajo distintas esperándome, y me han dado dos meses para decidirme.

—¿Dos meses? —repetí, sorprendida—. ¿Sin trabajar ni ir a clase? ¿Dos meses de tiempo libre?

—Sí. La señora Vmeer no para de presionarme para que me dedique a la política.

—Política —dije, casi deteniéndome en el túnel—. ¿Tú?

—A mí me lo cuentas. —Suspiró y se sentó en una roca que había cerca —. Pero ¿y si tiene razón? ¿No debería hacerle caso? Todos dicen que la política es lo mejor que puedes hacer con tu vida. A lo mejor tendría que hacer lo que dicen.

—Pero ¿qué es lo que quieres tú?

—Anda, ¿ahora sí que te importa? —preguntó.

Hice una mueca y Gali apartó la mirada, poniéndose todo rojo.

—Perdona, Peonza. Eso no ha sido nada justo. Yo no he sido justo. Contigo, quiero decir. Fui yo quien decidió estudiar para el examen de piloto; tú no me obligaste. Y sí, tus sueños consumieron un poco los míos, pero eso es sobre todo porque yo no tenía ningún sueño. En realidad, no.

Se reclinó sobre la roca, con la espalda contra la pared, y miró el techo del túnel.

—No paro de pensar en que puede volver a ocurrir. ¿Y si me dejo emocionar por un empleo y luego resulta que soy un completo negado? Fracasé cuando intenté volar, ¿no? ¿Qué pasa si sigo fracasando?

—Gali —dije, cogiéndolo por el brazo—, el problema no es que vayas a estar mal preparado para lo que elijas. El problema es el mismo que ha sido siempre: que, sencillamente, eres demasiado bueno en demasiadas cosas distintas.

Alzó la mirada hacia mí.

—¿De verdad crees eso, Peonza?

—Pues claro. A ver, sí, decidiste que volar no era lo tuyo. Pero creo que, si tienes un defecto, no es que fracases demasiado a menudo. Es que te niegas

a reconocer lo que vemos todos los demás. El hecho de que eres increíble.

Sonrió. Y ver sonreír a Gali me sentó de maravilla. Me recordó a nuestros tiempos de infancia, cuando una marginada y un niño del que abusaban los demás se habían hecho amigos contra todo pronóstico.

—Vas a meterme en algún otro embrollo, ¿verdad? —preguntó—. ¿En algún otro asunto absurdo?

Vacilé.

—Sí, es muy posible.

—Muy bien —dijo, levantándose—. Supongo que me apunto. Vamos a ver esa sorpresa que me tienes preparada.

Seguimos adelante, ascendiendo hasta que lo llevé por fin a un hueco que daba a la superficie. Lo guie hasta la entrada de mi hogar improvisado, hice que se agarrara a mí y nos bajé a los dos al interior, ya que, en fin, la probabilidad de que resbalara y cayera era bastante alta. No había mentido al decirle que se le daban muy bien un montón de cosas… pero lo había visto soltar no menos de ocho libros en sus propios pies mientras estudiábamos el año anterior.

—Espero que esto no tenga nada que ver con las ratas, Peonza —dijo cuando llegamos al suelo—. Sé que a ti te vuelven loca, pero…

Subí el brillo de mi línea de luz para que iluminara la nave. Como si nos hubiéramos coordinado para la revelación, M-Bot activó su tablero de mandos y sus luces de navegación. Ya había despejado buena parte de los escombros y, con las luces, la nave no tenía tan mal aspecto. Estaba averiada, sí, con un ala combada. Pero era distinta a primera vista de cualquier cosa que tuviéramos en la FDD.

Gali se la quedó mirando boquiabierto, con la mandíbula casi tocando el suelo.

—¿Y bien? —dije—. ¿Qué te parece?

A modo de respuesta, se sentó en un peñasco cercano y, sin dejar de mirar la nave, se quitó la bota derecha y la arrojó volando hacia atrás.

—Bueno, había dicho «botas», plural —comenté—. Pero me vale.

18

Esa noche no pude dormir mucho.

Pasé unas horas ayudando a Gali a inspeccionar a M-Bot, porque quería repasar todas las partes dañadas. Pero llegó un momento en que se me empezaron a cerrar los ojos. Gali aún parecía muy despierto, así que extendí una esterilla y usé a Sanguinario de almohada.

Cada vez que echaba una cabezada, acababa despertando para oír a Galimatías hablando con la nave.

—Entonces… eres una máquina, pero puedes pensar.

—Todas las máquinas «piensan», en el sentido de que ejecutan reacciones a estímulos. Lo que sucede es que yo soy mucho más complejo en mis respuestas ejecutables, y en los estímulos que puedo reconocer.

Otra cabezada.

—¿… puedes explicarnos qué falla?

—Mis bancos de memoria están defectuosos, de modo que no puedo ofrecer más que explicaciones someras. Pero quizá sean suficientes.

Me giré de lado y volví a quedarme dormida.

—… que no sé dónde me originé, aunque un fragmento de un recuerdo me da a entender que me crearon seres humanos. No estoy seguro de que existan otras especies de vida sapiente. Creo que una vez supe la respuesta a eso…

Alrededor de las seis de la mañana, me froté los ojos y me incorporé. Gali estaba tumbado debajo de un panel de acceso abierto, trasteando con algo en la panza de la nave. Me tendí a su lado, bostezando.

—¿Qué tal?

—Es increíble —dijo él—. ¿Has hablado de esto con Cobb?

—Aún no.

—¿Por qué retrasarlo? O sea, ¿y si este trasto puede suponer la diferencia en la lucha contra los krells?

—Se supone que los humanos tenían este trasto cuando se enfrentaron por primera vez a los krells —repuse—. No les sirvió de nada.

—Permitidme recordaros —dijo M-Bot— que «este trasto» os oye.

—¿Y? —pregunté a la nave, y volví a bostezar.

—Y suele considerarse de mala educación entre los humanos hablar de alguien que está presente como si no lo estuviera.

—De verdad que no te entiendo, M-Bot —dijo Gali, levantando la espalda del suelo—. Me has dicho antes que esas cosas te traen sin cuidado, ¿verdad?

—Es evidente que sí. Soy una máquina lógica dotada solo de un fino barniz de emociones simuladas.

—Vale —dijo Gali—, tiene sentido.

—Pero sigue siendo de mala educación —insistió M-Bot.

Miré a Gali y señalé la cabina.

—El caso es que tenemos una nave estelar mágica parlante con tecnología misteriosa. ¿Quieres ayudarme a repararla?

—¿Nosotros solos? —preguntó Gali—. ¿Por qué?

—Para poder quedárnosla. Y pilotarla.

—¡Ahora estás en la FDD, Peonza! No necesitas una nave obsoleta y averiada.

—Sigo aquí —comentó M-Bot—, por si no os habíais dado cuenta.

Me incliné hacia delante.

—Gali, no estoy en la FDD. Estoy en la clase de Cobb.

—¿Y qué? Te graduarás de todos modos. Me da igual a cuántos alumnos suspenda; tú no estarás entre ellos.

—¿Y luego? —pregunté, con un escalofrío al expresar un miedo que nunca había revelado en voz alta, aunque me hubiera acosado desde aquel primer día—. Cobb dice que puede admitir a quien le dé la gana en su clase. Pero ¿y si apruebo? Su autoridad termina ahí, Gali.

Gali bajó la mirada a la llave que tenía en la mano.

—Me preocupa que la almirante pueda negarme una nave —dije—. Me preocupa que encuentre alguna razón mezquina para echarme, cuando Cobb ya no pueda protegerme. Me preocupa perderlo, Gali. El cielo. —Miré hacia las brillantes luces del costado de la nave—. Este caza es viejo, sí, pero también es mi libertad.

Gali seguía pareciendo escéptico.

—Piensa en lo bien que lo pasaremos trasteando con una nave antigua —dije—. ¡Piensa en los misterios que podríamos resolver! A lo mejor M-Bot solo tiene tecnología obsoleta, pero quizá no. ¿No será divertido al menos intentar arreglarla por nuestra cuenta? Si no lo conseguimos, siempre estamos a tiempo de entregarlo.

—Vale —dijo Gali—. Ya puedes dejar de venderme la idea. Lo intentaré, Peonza.

Le sonreí.

Gali miró la nave.

—Me temo que es posible que esto nos supere. Esos propulsores son chatarra. No podemos coger un soldador y recomponer algo como eso. Y seguro que habrá otras piezas que haya que cambiar, o que arreglar usando herramientas que no tenemos. —Pensó durante un momento—. Aunque…

—¿Qué? —pregunté.

—Una de las ofertas de trabajo que tengo —dijo él— es de la élite del Cuerpo de Ingeniería, la gente que supervisa las reparaciones de los cazas estelares y desarrolla los nuevos diseños. Tienen los mejores laboratorios, el mejor equipo…

Asentí, entusiasmada.

—Suena perfecto.

—Ya estaba planteándome aceptar su oferta, de todos modos —dijo Gali —. Me han dicho que podía irme pasando estos dos meses, ir aprendiendo, familiarizarme con los talleres… Se quedaron muy impresionados con la nota que saqué en el examen y con mi comprensión de los diagramas y la ingeniería avanzada.

—Rig. Eso. Es. Alucinante.

—No te prometo nada —me advirtió—. Pero… bueno, a lo mejor, si les hago las preguntas adecuadas, puedo hacer que me enseñen a arreglar ciertas piezas de M-Bot. Tendré que hacerlo sin levantar sospechas. Pero de todas formas, seguimos necesitando piezas de repuesto. Como mínimo, un propulsor de tamaño completo.

—Ya me las apañaré para encontrarlo.

—Pero no me digas de dónde lo has sacado —pidió—. Quizá así, cuando todo esto nos explote en la cara, podré afirmar que no sabía nada de ningún hipotético robo que pudieras haber tramado.

—En una pequeña pegatina de esa matriz de energía pone: «Propiedad de la familia Weight» —se apresuró a aportar M-Bot—. Parece haber sido arrancada, con pocos miramientos, de un chasis pequeño. Con acabado azul, a juzgar por la pintura raspada de la esquina.

Gali suspiró.

—¿Del coche de Jorgen? ¿En serio?

Compuse una sonrisa.

—Aprender el oficio me quitará tiempo todos los días —dijo Gali, rascándose la barbilla—. Pero debería poder dedicar el resto a esto, si hace falta. Tendré que decir algo a mis padres.

—Diles que el aprendizaje te exige mucho —sugerí—. Y que te tendrá ocupado casi todo el día.

—Pero —dijo M-Bot— eso no es cierto, ¿verdad?

—Qué va —respondí—. Pero ¿qué importa?

—A mí me importa —dijo la máquina—. ¿Por qué querrías decir algo que no fuese cierto?

—¿Puedes simular emociones pero no mentir? —me sorprendí.

—Al parecer… me falta algo de código —dijo M-Bot—. Qué curioso. ¡Anda, qué seta más interesante!

Fruncí el ceño y miré a un lado, hacia la roca a la que se había subido Babosa Letal.

—Tirda —dijo Gali—. Qué cosas tan raras hay tan cerca de la superficie. —Se estremeció—. ¿Podrías… hacer algo con ese bicho?

—Ese bicho se llama Babosa Letal —dije—, y es mi mascota. No hagas daño a la pobre mientras no estoy. —Fui hasta mi mochila y la cogí—. Tengo que irme a clase. ¿Vas a volverte para abajo?

—Paso —dijo Gali—. Ya sospechaba que podría tardar en volver, así que he dejado una nota a mis padres diciendo que iba a una entrevista para un trabajo. Supondrán que me he levantado antes que ellos y ya está. Puedo bajar más tarde, pero antes quiero echar un vistazo a este cableado.

—Estupendo —dije—. Si aún estás aquí cuando vuelva de clase cada día, te ayudaré con las reparaciones. Si no, déjame notas diciendo lo que puedo hacer. —Titubeé—. Recuerda que soy un poco zoquete para estas cosas. Igual lo mejor es que me dejes las tareas fáciles, pero molestas.

Gali sonrió de nuevo y se sentó en una roca, mirando a M-Bot. Había una luz en sus ojos, la misma que recordaba de cuando empezamos a planear hacernos pilotos. En ese momento, viendo a Gali así otra vez, fue cuando tuve la primera impresión real de que aquello podría funcionar. De algún modo, mi plan *podría funcionar*.

—Un momento —dijo M-Bot—. ¿Vas a dejarme con él?

—Volveré esta noche —prometí.

—Ya veo. ¿Puedes venir a la cabina para que hablemos en privado?

Miré la nave, frunciendo el ceño.

—No quiero explicar en público por qué me caes mejor tú que el ingeniero —añadió M-Bot—. Si me oyera hablar largo y tendido de sus defectos irremediables, podría sentirse denigrado o abatido.

—En fin, esa parte sí que va a ser encantadora —dijo Gali, poniendo los ojos en blanco—. Quizá encontremos la forma de apagar la personalidad.

Me metí en la cabina. La cubierta descendió y se selló con un silbido.

—Tranquilo —dije a M-Bot—. Gali es buena persona. Va a cuidarte bien.

—Por supuesto, estoy limitándome a emular la forma en que los humanos escogen favoritos irracionales entre ellos. Pero ¿podrías no marcharte?

—Lo siento. Tengo que ir a aprender a luchar contra los krells. —Arrugué la frente al pensar en el tono que había tenido la voz del robot—. ¿Qué te pasa? Ya te he dicho que Gali es buena…

—Estoy dispuesto a aceptar que lo es hasta que las pruebas demuestren lo contrario. El problema es que parezco haber perdido a mi amo.

—Yo puedo ser tu nueva ama.

—No puedo cambiar de amo sin los correspondientes códigos de autentificación —dijo—. Que acabo de darme cuenta de que no recuerdo. El problema, sin embargo, es más grave que ese mero hecho. No recuerdo mi misión. No sé de dónde procedo. No conozco mi propósito. Si fuese humano, estaría… asustado.

¿Cómo debía reaccionar a eso? ¿Una nave estelar estaba asustada?

—No te preocupes —dije—. Te daremos un nuevo objetivo: destruir a los krells. Eres un caza, M-Bot. Seguro que ese nombre tuyo significa algo emocionante. Muertebot… Machacabot… *Masacrebot*. Es eso, estoy segura. Eres una nave mortífera, temible y todopoderosa diseñada para destrozar a los krells y salvar a la humanidad.

—No me siento muy temible —replicó él—. No me siento como una nave mortífera.

—Ya nos ocuparemos de eso —le prometí—. Confía en mí.

—¿Y puedo confiar en que esas palabras no sean… una falsedad? ¿Como la que vais a decir a los padres del ingeniero?

Vaya. Esa jugada se me había vuelto en contra antes de lo esperado.

—Debo pedirte que no hables de mí a nadie más —dijo M-Bot en voz más baja—. Daba por hecho que lo habías entendido cuando te expliqué mis órdenes. Se supone que debo quedarme en la sombra, expresión coloquial que significa pasar desapercibido. No deberías habérselo dicho al ingeniero.

—¿Y cómo íbamos a repararte entonces?

—No lo sé. Spensa, soy una inteligencia artificial, un ordenador. No tengo más remedio que obedecer mis órdenes. Por favor. No puedes entregarme a esa FDD tuya. Ni siquiera debes hablar de mí con nadie más.

Bueno, eso iba a plantear un problema. Yo quería hacer que ese trasto volara y, en el momento en que lo hiciera, pilotarlo para ayudar en la guerra contra los krells. Y si no podíamos arreglarlo… tendría que entregarlo.

Opinara lo que opinase de Férrea, no podía quedarme con esa nave para siempre sin hacer nada. No si podía suponer la diferencia entre la supervivencia y la extinción de la humanidad.

Había abierto la boca para seguir discutiendo con M-Bot cuando se iluminó un grupo de luces en el tablero.

—Mis sensores de corto alcance han detectado múltiples incursiones atmosféricas —dijo M-Bot—. Han empezado a caer escombros hacia el planeta, seguidos de cuarenta y tres naves.

—¿Cuarenta y tres? —pregunté, mirando el panel del sensor. Por lo visto, el «corto alcance» de M-Bot seguía siendo bastante largo para lo que nosotros estábamos acostumbrados—. ¡Hala! ¿Puedes distinguirlos, hasta en una lluvia de escombros?

—Fácilmente.

Ahí tenía la primera prueba de que aquella tecnología podía ser útil para la FDD. Nuestros escáneres no eran tan precisos. Saberlo me puso incómoda al instante.

Pero aun así, ¿cuarenta y tres krells? Lo máximo que habían enviado contra nosotros eran cien naves, por lo que aquellas cuarenta y tres eran un despliegue impresionante. Pulsé el botón que abría la cubierta, salí de la cabina y salté a una roca.

—Krells —dije a Gali—. Una batalla grande.

—¿Aquí corremos peligro?

—No, vienen desde la otra dirección. Pero los cadetes ya llevamos un tiempo entrenando y Férrea ha empezado a hacernos volar de verdad, como unidades de apoyo, en los combates. El Escuadrón Tormenta de Fuego voló anteayer.

—Así que…

—Así que más vale que me vaya. Por si acaso.

19

Eché a correr.

Creció en mí una sensación de ansiedad a medida que oía el sonido lejano de los escombros al caer. De algún modo, sabía que Férrea desplegaría mi escuadrón para aquel ataque. Le gustaba poner a prueba a los cadetes con experiencias de combate reales, y Cobb nos había advertido que ya teníamos el suficiente entrenamiento y que no tardarían en enviarnos a alguna batalla real.

Era nuestro turno. Había llegado el momento. Así que me obligué a ponerme al trote, y luego a la carrera, por el terreno polvoriento.

El sudor me caía por las mejillas y sentí una terrible inevitabilidad mientras me acercaba a la base, donde atronaban los bocinazos de alarma. No era miedo, en realidad, sino angustia. ¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Y si habían enviado a los demás a la batalla sin mí?

Entré en la base y rodeé el muro exterior hacia nuestra plataforma de lanzamiento. Allí encontré una nave solitaria. Había estado en lo cierto.

Llegué a mi nave hecha un desastre sudoroso, y coloqué mi propia escalera mientras varios miembros del personal de tierra reparaban en mi presencia y empezaban a dar voces.

Una de ellos llegó a tiempo de estabilizar mi escalera.

—¿Dónde te habías metido, cadete? —me gritó—. ¡El resto de tu escuadrón ha salido hace veinte minutos!

Negué con la cabeza mientras me metía en la cabina, demasiado exhausta para hablar.

—¿Sin traje de presión? —me preguntó la operaría de tierra.

—No hay tiempo.

—Vale. No hagas ascensos bruscos, entonces. Tienes permiso de despegue. Avisa a tu jefe de escuadrón y marchando.

Asentí con la cabeza y me puse el casco. Aquel también tenía los mismos extraños bultos dentro que el del aula de entrenamiento, para medir lo que fuera que querían medir en mí. Activé la radio del escuadrón mientras descendía la cubierta.

—No os dejéis dominar por los nervios —estaba diciendo Caracapullo por radio—. Concentraos y cuidad de vuestro compañero de ala. Ya habéis oído a

Cobb. No tenemos que disparar. Solo tenéis que preocuparos de que no os hagan volar en pedazos.

—¿Cómo? —dije—. ¿Qué está pasando?

—¿Peonza? —dijo Caracapullo—. ¿Dónde estabas?

—¡En mi cueva! ¿Donde querías que estuviera? —Activé el anillo de pendiente y lancé mi caza hacia arriba. La aceleración me golpeó y tuve la sensación de que el estómago quería escapar de mí saliendo por los dedos de los pies. Ralenticé el ascenso—. Repíteme eso último. ¿Entráis en combate? ¿No os quedáis al borde de la batalla?

—¡La almirante por fin quiere dejarnos pelear! —exclamó Bim, entusiasmado.

—Contrólate, Bim —dijo Caracapullo—. Peonza, estamos en 11,3-302,7-21.000. Ven tan deprisa como puedas. Férrea nos ha enviado a un enfrentamiento junto a un escuadrón de pilotos graduados. Nuestra misión es confundir al enemigo y, con un poco de suerte, dividir su atención.

«En otras palabras, nos ha enviado como carne de cañón —pensé mientras me secaba la mano en el mono, con el corazón aporreando y el sudor pegándome el pelo a la cara—. O mejor dicho, los ha enviado a ellos. Sin mí».

No por mucho tiempo.

Empujé el acelerador a fondo y accioné la sobrecarga. Los ConGravs me protegieron durante tres segundos, y luego mi espalda dio contra el asiento. Pero podía soportar aceleraciones como aquella, que me empujaban recta hacia atrás. No era agradable, pero no corría peligro de desmayarme. Solo tenía que ganar velocidad e ir ascendiendo con cuidado, usando el anillo de pendiente.

Al poco tiempo alcancé Mag 10, que era la velocidad máxima de un Poco, o al menos la velocidad máxima segura. Incluso aquello rozaba demasiado el límite. Las turbinas atmosféricas, que apartaban el aire de alrededor de la nave formando una burbuja e impedían que me arrancara mis propias alas en las maniobras cerradas, estaban saturadas, y la nave traqueteaba por el movimiento. La fricción del aire hizo que mi escudo, por lo general invisible, empezara a resplandecer.

Iba ganando altura, pero con cuidado, más despacio, ya que la aceleración vertical sí que amenazaba con dejarme fuera de combate. Ascender enviaba la sangre hacia los pies. Hice los ejercicios de tensar el abdomen que nos habían enseñado en el centrifugador, pero, aun así, la oscuridad empezó a reptar por la periferia de mi visión.

Resistí, aplastada a seis veces mi peso normal. Aunque el vuelo me llevaría poco tiempo, tendría que escuchar a mis amigos combatir hasta que llegara.

—Cuidado, Arcada. No te envalentones.

—¡Tengo uno encima! ¡Tengo uno encima!

—¡Esquiva, FM!

—¡Esquivando, esquivando! Tirda, ¿quién era ese?

—Tormenta Nocturna Seis. ¡Es mi hermano, chicos! Identificador: Conducto. FM, me debes unas patatas fritas o algo.

—¡A tu derecha! ¡Arturo, mira arriba!

—¡Mirando! Estrellas, menudo lío.

Al fin oí un pitido en el cuadro de mandos, señalando que me acercaba a las coordenadas de destino. Solté la palanca de altitud y ejecuté una desaceleración rápida. En un Poco con turbinas atmosféricas, eso significaba hacer rodar mi nave en el aire, dejar que saltaran los ConGravs y entonces activar el propulsor hacia atrás para perder velocidad.

Salí de la maniobra habiendo reducido a Mag 1, la velocidad estándar de combate aéreo. Hice girar mi Poco hasta encararlo hacia el campo de batalla, donde unas luces lejanas centelleaban en el oscuro cielo matutino. Los escombros caían en franjas rojas.

—Aquí estoy —dije a los demás.

—¡Entra y ayuda a Marea! —me gritó Jorgen—. ¿La ves?

—¡Buscando! —respondí, frenética, mirando la pantalla del sensor de proximidad. Allí estaba. Pulsé el botón de sobrecarga, aceleré en su dirección y miré el escáner—. ¡Chicos, Marea tiene krells a su cola!

—Los veo —dijo Caracapullo—. Marea, ¿me recibes?

—Intentando. Intentando esquivo.

Mi nave chilló en dirección al campo de batalla. Ya podía distinguir los cazas individuales en un batiburrillo de rayos de destructor y alguna lanza de luz de vez en cuando. El Poco de Marea ascendió en bucle, seguido de tres naves krells.

«Ya casi estoy. ¡Ya casi estoy!».

Los destructores de los krells destellaron. Impacto. Otro impacto. Y entonces…

Un estallido de luz. Una lluvia de chispas.

Y Marea murió en una explosión enorme. Ni siquiera tuvo la oportunidad de eyectarse.

Kimmalyn chilló, con un sonido agudo, aterrado, dolorido.

—¡No! —gritó Caracapullo—. ¡No, no, *no*!

Llegué volando a Mag 3, demasiado deprisa para las maniobras habituales de combate aéreo, y aun así logré ensartar una nave krell con mi lanza de luz. Pero era demasiado tarde.

Las chispas ardientes que habían sido Marea se fueron apagando mientras caían.

Rodé, invertí mi impulso y retiré la lanza de luz para arrojar la nave krell a un lado. Otro caza nuestro se lanzó tras ella, disparando, y logró derribarla.

Entré en formación al lado de Caracapullo, ahogando en silencio mis propios chillidos. Jorgen había perdido a su compañero de ala. ¿Dónde estaba Arturo?

No logré identificar ninguna táctica en la refriega. Mi escuadrón volaba cambiando de dirección a cada momento, atrayendo el fuego, sí, pero también volviéndolo todo más confuso. A través del caos serpenteaban varios tipos de cazas más grandes de la FDD, entremezclados con una docena aproximada de naves krells, todas ellas con los cables sueltos en la cola que les daban aquel aspecto inacabado.

Estaba llorando. Pero cuadré la mandíbula y me mantuve en el ala de Jorgen. Con movimientos expertos, enganchó una nave krell con su lanza de luz, pero la nave intentó zafarse y la enganché yo también.

—Ese escombro, Jorgen —dije—. Viene a tus dos, cayendo despacio.

—Vale.

Los dos aceleramos, como nos había enseñado Cobb, y tiramos de la nave enemiga hacia el escombro. En el último momento, deshicimos las líneas y nos apartamos a los lados, haciendo que la nave krell se estrellara con una ardiente explosión.

—¿Se puede saber qué hacéis vosotros dos? —preguntó Cobb por radio —. Se os ha ordenado que adoptéis posiciones defensivas.

—¡Cobb! —exclamé—. Marea…

—¡Céntrate, chica! —gritó él—. Ya la llorarás cuando se asienten los escombros. Ahora, obedece órdenes. Posiciones. Defensivas.

Apreté los dientes pero no protesté. Seguí a Jorgen entre las estelas de humo que dejaban los cascotes al caer. Las dos naves que había a mi derecha parecían Arturo y Nedd, adelantándose uno al otro con rápidas aceleraciones y desaceleraciones, para impedir que el enemigo se concentrara en ninguno de los dos. Era una técnica que podía confundir a los krells, igual que abrumarlos con objetivos distintos.

«Marea…».

—¿Rara? —dijo Jorgen—. ¿Qué estás haciendo?

Me di cuenta de que aún se oían los suaves gemidos de dolor de Kimmalyn por la radio. Busqué en el escáner y encontró un Poco solitario, sin compañero de ala, que flotaba por la periferia del combate.

—¡Rara, muévete! —ordenó Jorgen—. Eres un objetivo fácil. Entra aquí.

—Eh… —dijo Kimmalyn—. Intentaba alinearme para disparar. Iba a salvarla…

—¡Vuelve al combate! —gritó Jorgen—. ¡Cadete, dale al acelerador y entra aquí!

—Yo la cubro —dije, empezando a separarme mientras nos cruzábamos a toda velocidad con dos krells. El cielo se iluminó con tantas chispas y disparos de destructor que casi me dio la impresión de estar en Ígnea y haberme caído a una forja.

—No —replicó Jorgen—. ¿Ves a Bim? ¿A tus ocho? Cúbrelo a él. Yo me encargo de Kimmalyn.

—Entendido.

Hice un picado hacia la izquierda y los ConGravs amortiguaron la inercia del giro cerrado. Pero mientras avanzaba, en mi tablero se iluminó una advertencia en violeta brillante cerca de los sensores de proximidad.

Tenía un enemigo a mi cola.

Aunque casi no habíamos practicado las escaramuzas, el entrenamiento de Cobb me llenó la mente. «Confiad en el escáner. No perdáis tiempo buscando confirmación visual. Concentraos en el vuelo».

—¡Peonza! —llamó FM—. ¡Te persiguen!

Yo ya tenía la nave en pleno bucle evasivo, confiando en que los ConGravs me protegieran de la aceleración. Algo encajó al instante en mi cabeza. El entrenamiento, la forma en que se me enfrió la cara, en que mi mente se afiló de golpe a pesar de la fatiga, el estrés y la pena. Era casi como si no importara que hubiese un krell siguiéndome. En ese momento, estábamos solo la nave y yo. Cada una, extensión de la otra.

Salí del bucle a un picado inmediato, y luego viré a un lado y lancé un gancho perfecto con la lanza de luz contra un cascote que caía despacio. Pero no iba lo bastante rápida y, cuando se apagaron los ConGravs, la aceleración me aplastó las piernas contra el asiento. Se me tiñó de negro el borde de la visión, pero aguanté.

Hice un giro brusco, ensarté otro cascote y, con su humo en mi estela, viré a la derecha entre dos naves krells que venían hacia mí. Mi perseguidor me

perdió en el giro y entreví un fogonazo a mi espalda cuando un piloto graduado acabó con él mientras intentaba alcanzarme de nuevo.

—Buena maniobra, Peonza —dijo Cobb en voz baja por mi auricular—. Una maniobra excelente, en realidad. Pero tampoco te luzcas demasiado. Recuerda la simulación. Lucirte puede hacer que te maten.

Asentí, pero Cobb no podía verme.

—Bim está a tus diez, arriba como unos ciento cincuenta. Ponte con él. Ese chico es demasiado ansioso.

Como si le hubieran dado el pie, la voz de Bim sonó por el canal del escuadrón.

—Chicos, ¿veis eso? ¿Arriba, delante de mí?

En la lejanía se estaba librando un gran combate aéreo. A nosotros nos habían ordenado entrar en la menor de las dos escaramuzas. Alcanzaba a ver las chispas cayendo y los disparos fallidos de destructor de la batalla más grande, pero no creía que fuese eso a lo que se refería Bim.

Me situé junto a él y lo vi: era una nave krell, pero de un modelo diferente a los cazas curvos. Aquella era bulbosa, como una fruta hinchada con alas en la parte de arriba. O quizá… No, era una nave que volaba con algo enorme sujeto en la parte de abajo.

«Es un bombardero —comprendí, recordando mis estudios—. Y lleva una aniquiladora».

—Aniquiladora —dijo Jorgen—. Cobb, confirmamos avistamiento de una bomba aniquiladora.

—Los canales de los otros escuadrones están hablando de ella también —repuso Cobb—. Tranquilo, cadete. La almirante ya está tomando medidas contra ese bombardero.

—Puedo darle, Cobb —dijo Bim—. Puedo derribarlo.

Esperaba que Cobb rechazara la idea al momento, pero no lo hizo.

—Déjame pedir órdenes y decirles que tienes contacto visual.

Bim se lo tomó como una confirmación.

—¿Vienes conmigo, Peonza?

—A cada paso —dije yo—. Vamos.

—Espera, cadete —terció Cobb—. Hay algo raro en estas descripciones. ¿Puedes confirmármelo? Por lo que dicen, esa bomba es más grande de lo normal.

Bim no estaba escuchando. Lo vi lanzarse en picado hacia el solitario bombardero, que, siguiendo el protocolo krell habitual, había descendido a una altitud baja para volar por debajo del alcance de las baterías antiaéreas.

—Aquí falla algo —dijo Cobb.

Un grupo de sombras se separó de los costados de la bomba. Eran naves krells más pequeñas, casi invisibles en la oscuridad. Había cuatro.

Iluminaron el aire con disparos rojos de destructor. Uno rozó mi cubierta, haciendo crepitar el escudo con luz. Sobresaltada, hice girar la nave por instinto hacia el lado.

—Cobb —dije—, ¡acaban de desplegarse cuatro escoltas junto al bombardero!

Las naves nos dispararon. Esquivé por los pelos, con las manos sudorosas en los controles.

—¡Son más rápidas que los krells normales!

—Esto es nuevo —dijo Cobb—. Replegaos los dos.

—¡Puedo darle, Cobb! —gritó Bim. La luz de su destructor brilló en la proa de su nave al cargar un disparo de largo alcance.

Las cuatro naves protectoras se lanzaron hacia nosotros, disparando de nuevo.

—¡Bim! —chillé.

Estuve bastante segura de ver que me miró, que la luz se reflejó en el visor de su casco mientras los disparos alcanzaban su nave y superaban su escudo con fuego concentrado.

El caza de Bim estalló en varios pedazos grandes, uno de los cuales chocó contra mi nave. Me vi arrojada hacia un lado y mi Poco empezó a dar vueltas. Rara chilló mi nombre mientras el mundo se sacudía. Las luces de mi panel enloquecieron y sonó el estridente aviso de que no tenía escudo.

La aceleración me golpeó cuando los ConGravs se vieron saturados. Me inundó la náusea y todo se emborronó. Pero aun así, el entrenamiento me hizo actuar. De algún modo, tirando con fuerza de la esfera de control, logré activar la maniobra de caída libre, que hizo pivotar mi anillo de pendiente sobre su pernio delantero, como una trampilla al abrirse. Quedó orientado hacia el morro de mi nave, y la maniobra logró que dejara de precipitarme. El mundo se enderezó y me quedé allí flotando, con la nave apuntando recta hacia el suelo.

Luces en mi tablero de mandos. Mirando hacia abajo, vi cómo los restos de Bim caían al suelo con una oleada de tenues explosiones.

Ni siquiera… ni siquiera había escogido identificador.

—¡El enemigo se retira! —dijo Nedd—. ¡Parece que han tenido suficiente!

Escuché otros informes, entumecida. Un equipo de asalto de pilotos graduados había ido a por el bombardero y, en vez de arriesgarse a perder el arma, los krells habían decidido retirarse del todo.

El bombardero huyó, acompañado de las suficientes naves como para que la almirante optara por no perseguirlas.

Yo me quedé allí flotando, con la fría e inerte luz azulada del anillo de pendiente delante de mí.

—¿Peonza? —dijo Jorgen—. Informa. ¿Estás bien?

—No —susurré, pero por fin recoloqué mi anillo de pendiente e hice rotar el caza a su eje habitual. Transferí energía al activador de escudo, esperé a que se iluminara el indicador, agarré la palanca y tiré de ella. Alrededor de mi Poco cobró vida un nuevo escudo que, casi al instante, se volvió invisible.

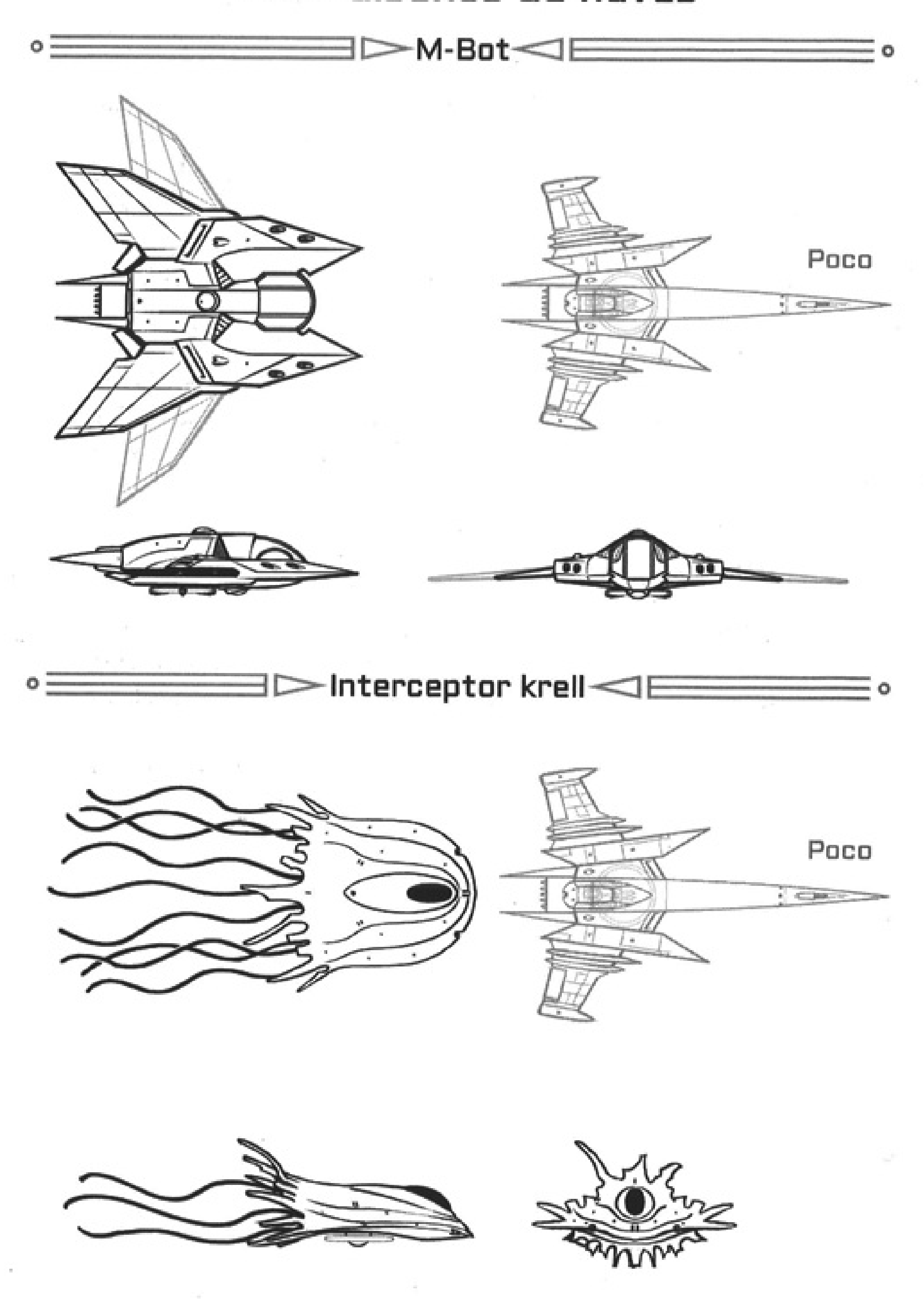
Ascendí y entré en formación con los demás.

—Confirmación verbal de estado —ordenó Jorgen.

Respondimos, y todos los demás seguían allí. Pero cuando emprendimos el vuelo de vuelta a la base, nuestra formación tenía dos huecos que era imposible pasar por alto. Bim y Marea habían muerto.

El Escuadrón Cielo se había reducido de nueve miembros a siete.

Otros **diseños de naves**



TERCERA PARTE

Interludio

La almirante Judy Ivans, Férrea, siempre dedicaba tiempo a leer los informes de bajas.

Hacía que mataran a personas. En cada batalla, tomaba decisiones, algunas erróneas, que apagaban vidas. Quizá hubiera alguna carta de equilibrio astral en algún lugar, rellenada en las estrellas por los antiguos Santos, que comparase las vidas de los Desafiantes que Judy perdía con las que salvaba.

De existir, esa balanza se había inclinado mucho por la batalla de ese día. Dos cadetes habían muerto después de apenas un mes de entrenamiento en cabina. Judy leyó los nombres e intentó memorizarlos, aunque sabía que fracasaría. Eran ya tantos…

Con reverencia, dejó la lista de nombres y biografías breves en su escritorio. Habían caído otros dos pilotos, y escribir cartas a sus familias le quitaría parte de la tarde, pero iba a hacerlo de todos modos. A esas familias, la pérdida les quitaría parte de la vida.

Ya iba por la mitad, escribiendo a mano en vez a máquina, cuando al fin llegó Cobb para liarse a gritos con ella. Lo vio reflejado en el latón bruñido del catalejo que tenía en la mesa. Era una reliquia de tiempos muy muy antiguos. Cobb se detuvo en la puerta y, en lugar de atacarla de inmediato, dejó que terminara la carta que estaba escribiendo. Judy la firmó, haciendo una floritura con la pluma, un gesto que, por algún motivo, parecía a la vez necesario y ostentoso en un escrito como aquel.

—¿Ya estás contenta? —preguntó él por fin—. Tirda, Judy, ahora que has hecho matar a dos de ellos, ¿ya estás contenta?

—No estoy contenta desde hace años, Cobb.

Judy hizo rodar la silla, se reclinó y alzó los ojos hacia la mirada furibunda del hombre. Había anticipado, quizá incluso esperado con ganas, su inevitable llegada. Era bueno que aún tuviera a alguien que la desafiara. Casi todos los demás que lo habían hecho estaban muertos.

El capitán entró renqueando en el pequeño despacho, que estaba abarrotado de papeles, recuerdos y libros, tan desordenados que daban vergüenza. Pero aun así, era el único sitio en el que se sentía cómoda.

—No puedes seguir haciéndolo —dijo Cobb—. Primero bajaste la edad del examen, ¿y ahora los envías a la batalla antes de que sepan volar de verdad? No puedes seguir disparando en automático mientras, al mismo tiempo, robas munición del almacén. Al final, se te van a terminar las balas.

—¿Preferirías que dejara caer Alta?

Cobb miró a un lado, hacia un viejo plano que Judy aún tenía en la pared. El cristal estaba borroso por el paso del tiempo y el papel de dentro había empezado a enrollarse. Era un plan para la base Alta, creado en la sesión de desarrollo que habían celebrado casi una década antes. Habían imaginado una ciudad con vecindarios inmensos y grandes granjas.

Una fantasía. Reclamar un mundo muerto era una tarea más difícil de lo que habían esperado.

Se puso de pie, haciendo crujir su vieja silla de capitana.

—Seguiré sacrificando sus vidas, Cobb. Con mucho gusto pondré en peligro a todo el personal de la FDD, si así logro proteger Alta.

—En algún momento, las bajas dejan de merecer la pena, Judy.

—Sí, y resulta que sé cuál es ese momento. —Se acercó a él y le sostuvo la mirada—. Es cuando el ultimísimo Desafiante haya dado su ultimísimo aliento. Hasta entonces, defenderemos esta base.

Si perdían Alta, los krells podrían bombardear Ígnea desde el cielo, y así destruir el aparataje y la capacidad humana de construir naves. Llegados a ese punto, los Desafiantes tendrían que volver a vivir en clanes separados, como ratas esperando que las cazaran.

O defendían su territorio o renunciaban a la esperanza de alguna vez pasar a ser de nuevo una auténtica civilización.

Cobb cedió y se volvió para marcharse. Viniendo de él, la ausencia de protesta significaba aceptación.

—Me he fijado —dijo Judy— en que tu pequeña cobarde no ha llegado a la batalla hasta que ya había tenido lugar la mayor parte de la lucha.

Cobb se giró de nuevo hacia ella y casi rugió:

—Vive en una cueva sin acondicionar, Judy. Ella sola. Eres consciente de eso, ¿verdad? Una piloto tuya vive en un campamento improvisado más allá del límite de la ciudad porque tú, y no otra persona, te niegas a darle un catre.

Resultaba satisfactorio ver aquella ira en él. Judy temía que cualquier día terminara quemándose. Cobb no había vuelto a ser el mismo desde la Batalla de Alta.

—¿Sabes lo que dicen sus lecturas? —preguntó Judy—. ¿Los datos de su cerebro? Algunos médicos nuestros están seguros de que ya saben cómo

distinguirlo. Supongo que eso te lo tengo que agradecer a ti. La oportunidad de estudiar a la hija de Perseguidor en pleno vuelo quizá me proporcione por fin la prueba que necesito. Spensa tiene el defecto.

Eso lo hizo callar un momento. Luego Cobb dijo:

—Apenas comprendemos lo que significa. Y tus médicos están sesgados. Unos pocos acontecimientos confusos y algunas historias del pasado no son suficientes para juzgar la vida entera de una chica, y menos la de una chica con tanto talento.

—Ese es el problema —replicó Judy. Era sorprendente que Cobb estuviera discutiendo, la verdad. Muchos políticos negaban la existencia del defecto, pero ¿Cobb? Cobb había visto sus efectos en persona—. Por muy útiles que sean estos datos, no puedo arriesgarme a concederle un puesto en la FDD. No sería más que una distracción y un golpe a la moral.

—Distracción para *ti*, tal vez. Y un golpe para tu moral. La forma en que estás actuando es una vergüenza para la FDD.

—A todos los efectos, yo soy la FDD. Que las estrellas nos amparen. No queda nadie más.

Cobb la fulminó con la mirada.

—Voy a dar a la chica una radio personal. No quiero tener a ningún cadete mío fuera de alcance. A no ser que te replantees concederle alojamiento.

—Si se lo pongo demasiado fácil, podría decidir quedarse en vez de hacer lo más sensato y pasar página.

Cobb cojeó hacia la puerta —se negaba a llevar bastón, incluso después de tantos años—, pero se detuvo allí, con una mano en el marco.

—¿Alguna vez deseas que hubiera sobrevivido alguno de los demás? —preguntó—. Sousa. Ruiseñor. Conflicto. El almirante Heimline.

—¿Cualquiera menos yo? —preguntó Judy.

—A grandes rasgos.

—No sé si les desearía este mando —respondió ella—. Ni siquiera a los que odiaba.

Cobb gruñó y desapareció por el pasillo.

20

El día siguiente a la muerte de Marea y Bim, llegué tarde a clase de Cobb. Fue solo por cinco minutos, pero aun así fue la primera vez que llegaba tarde.

Todo daba la sensación de estar mal.

Tenía un recuerdo vago de haber regresado hundida a mi cueva el día anterior, de hacer caso omiso a M-Bot (Gali ya se había ido a casa) y de acurrucarme en mi cama de la cabina. Me había quedado allí tumbada, sin dormir pero deseando hacerlo. Pensando, pero deseando parar. Sin llorar, pero de algún modo deseando poder derramar lágrimas.

Ese día, nadie me regañó por llegar tarde. Cobb tampoco estaba aún en el aula, aunque casi todos los cadetes que quedaban ya se habían congregado. Todos excepto Kimmalyn, lo cual me preocupó. ¿Estaría bien?

Mis botas chirriaron contra el suelo cuando fui a mi cabina y me senté. No quería mirar los evidentes asientos vacíos, pero reprimir el impulso me hacía sentir como una cobarde, así que me obligué a centrar la mirada en el sitio de Marea. Dos días antes, había estado de pie a su lado, ayudándola a entender…

Apenas abría la boca nunca, pero, por algún motivo, el aula parecía mucho más silenciosa sin ella.

—Eh, Peonza —dijo Nedd—. Tú siempre estás hablando del honor, y de la gloria de morir como guerreros, y de gilipolleces por el estilo.

—Sí, ¿y qué?

—Que… —dijo Nedd—. Que a lo mejor, nos vendrían bien unas gilipolleces de esas ahora mismo.

Nedd se metió como pudo en su pegabina, en la que apenas cabía. Era el más alto de la clase, y además fornido. Siempre lo había considerado solo el más grandote de los dos compinches de Caracapullo, pero tenía más que eso. Un aire pensativo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Eh… —dije yo, esforzándome por encontrar las palabras—. Ahora me parece todo un poco tonto.

No podía soltar una frase sobre la venganza. Ese día, no. Hacerlo sería como interpretar un papel en una historia de la yaya, pero estaba sintiendo la

pérdida como algo muy real. ¿Convertía ese hecho mi convicción en solo bravuconadas? ¿Era una cobarde que me ocultaba tras tópicos agresivos?

Una auténtica guerrera se lo tomaría como algo normal. ¿De verdad pensaba que eran los últimos amigos que iba a perder?

FM salió de su cabina y vino hacia mí. Me dio un apretón en el hombro, un gesto sorprendentemente familiar viniendo de una chica a la que solo conocía un poco, a pesar de llevar ya un tiempo en el mismo escuadrón. ¿Cuál era su historia? Nunca había encontrado la forma de preguntarle.

Miré hacia el sitio de Bim, pensando en la incomodísima, aunque maravillosa, manera en que había intentado flirtear conmigo.

—¿Sabes dónde está Kimmalyn? —pregunté a FM.

—Se ha levantado y ha desayunado con nosotros —susurró la chica alta—, pero se ha metido en el lavabo de camino hacia clase. Quizá debería ir alguien a ver cómo está.

Antes de que pudiera levantarme, Caracapullo se había puesto de pie y estaba carraspeando. Nos miró a los cinco. FM y yo. Arcada, desplomada en su asiento. Ya no parecía considerar todo aquello como un juego. Arturo, sentado con las manos juntas, dándose rápidos golpecitos con un índice contra el otro, como si fuese una especie de tic nervioso. Nedd, sentado con los pies en alto, apoyados en el proyector holográfico de valor incalculable que había delante de su pegabina. Me fijé en que llevaba las botas desatadas.

—Supongo —dijo Caracapullo— que debería pronunciar unas palabras.

—Cómo no —susurró FM poniendo los ojos en blanco, aunque regresó a su cabina.

Caracapullo empezó a hablar con la voz tensa.

—El manual de protocolo de la FDD afirma que morir en la cabina, luchando para proteger nuestra tierra natal, es el regalo más valiente y grandioso que puede hacer una persona. Nuestros amigos, aunque se marcharon demasiado pronto, fueron modelos de los ideales Desafiantes.

Me percaté de que estaba leyendo. De notas que llevaba escritas… ¿en la mano?

—Los recordaremos como soldados —prosiguió Caracapuílo, que había levantado la mano y la tenía delante de él—. Si necesitáis orientación después de esta desgracia, o por cualquier motivo, como vuestro jefe de escuadrón, aquí me tenéis. Por favor, acudid a mí para que pueda haceros sentir mejor. Cargaré encantado con vuestro dolor para que podáis concentraros en vuestro entrenamiento para el vuelo. Gracias.

Se sentó. Y en fin, aquel había sido casi con toda certeza el discurso más bobo que había escuchado en la vida. Trataba más de él que de aquellos asientos vacíos. Pero supuse que… al menos, lo había intentado, ¿no?

Cobb por fin llegó cojeando por la puerta, con un taco de papeles en la mano y mascullando entre dientes.

—¡Posiciones de vuelo! —vociferó—. Hoy vamos a repasar las maniobras en tándem… otra vez. Sois tan chapuceros protegiéndoos unos a otros que me extrañaría no acabar viéndoos en un plato del comedor.

Nos quedamos todos mirándolo.

—¡Ya! —ladró.

Todos empezaron a ponerse las correas. Pero yo me levanté.

—¿Y ya está? —pregunté, irritada—. ¿No va a decir nada sobre ellos? ¿Ni sobre Bim, ni sobre Marea, ni sobre lo que la almirante hizo para…?

—La almirante no os ha hecho nada —me interrumpió Cobb—. A vuestros amigos los mataron los krells.

—¡No nos venga con esas! —estallé—. Si echa a un niño en la madriguera de un león, ¿de verdad puede culpar al león?

Me sostuvo la mirada, pero esa vez no tenía intención de recular. No estaba muy segura de lo que quería, pero al menos aquella emoción, sentirme furiosa con él, con la almirante, con la FDD, era mejor que el vacío.

Nos miramos furiosos hasta que la puerta se abrió con un chirrido y Kimmalyn entró en el aula. Aunque llevaba la larga melena oscura cepillada en rizos perfectos, como siempre, tenía los ojos hinchados y rojizos. Cobb la miró y abrió más los párpados, como si se sorprendiera de verla.

«Creía que iba a renunciar», comprendí.

Pero Kimmalyn, aun con los ojos llorosos y todo, alzó la barbilla.

Cobb hizo un gesto con la cabeza hacia el asiento de la chica y ella fue hacia él a zancadas, todo un modelo de aplomo Desafiante, y se sentó. En ese momento, parecía más guerrera ella que lo que yo había sido jamás.

Cuadré la mandíbula, me senté y me amarré. Machacar a Cobb no iba a aliviar mi furia contra la almirante. Necesitaba una esfera de control en la mano y un gatillo de destructor bajo el dedo. Seguro que por eso Cobb quería hacernos trabajar duro ese día, para que sudáramos, para qué quizá olvidáramos durante un ratito. Y… sí. Sí, yo estaba muy a favor de eso.

Sin embargo, Cobb no activó los proyectores. En vez de eso, cogió despacio una silla plegable, fue renqueando hasta el centro del aula y la extendió. Se sentó y juntó las manos por delante. Tuve que asomarme por el lado de mi pegabina para verlo, como casi todos los demás.

Parecía viejo. Más viejo de lo que merecía ser.

—Sé cómo os sentís —dijo—. Como si acabaran de trincharos un agujero en el cuerpo. Como si acabaran de arrancaros un cacho de carne que nunca volverá a crecer. Podéis funcionar, podéis volar, pero durante un tiempo iréis por ahí dejando un rastro de sangre.

»Debería deciros algo sobre la pérdida. Algo sabio. La vieja Mara, quien me enseñó a mí a volar, lo habría hecho. Pero está muerta. —Cobb negó con la cabeza—. A veces, no me siento un profesor. Me siento como un encargado de munición, recargando la artillería. Os meto en la cámara, os disparo al cielo y luego cojo otro cartucho…

Oírlo hablar así era desasosegador, antinatural. Como si un padre reconociera de repente que no sabía cómo era la sensación de amar. Todos habíamos escuchado historias sobre los instructores de vuelo. Viejos, canosos, dispuestos a arrancarte la cabeza de un bocado a la mínima, pero repletos hasta arriba de sabiduría.

Pero en ese momento, vi al hombre, no al instructor. Ese hombre tenía miedo y estaba turbado, y le dolía tanto perder a alumnos como a nosotros perder amigos. No era un veterano encallecido que tenía todas las respuestas. Era un hombre que, casi por casualidad, había sobrevivido el tiempo suficiente para llegar a profesor. Tenía que enseñarnos tanto las cosas que sabía como las que, a todas luces, aún no había terminado de comprender él mismo.

—Reclama las estrellas —dije.

Cobb alzó la mirada hacia mí.

—De niña —continué—, quería hacerme piloto para ser famosa. Y mi padre me dijo que tenía que aspirar a algo más elevado. Me dijo: «Reclama las estrellas».

Miré hacia arriba e intenté visualizar aquellas luces titilantes. Más allá del techo, en lo alto, al otro lado del cielo, atravesando el cinturón de cascotes. El lugar donde los Santos recibían las almas de los caídos al morir.

—Duele —dije—. Duele más de lo que pensaba que dolería. De Bím sabía muy poco, solo que le gustaba sonreír. Marea casi no podía ni entendernos. Pero se negaba a rendirse.

Por un instante, me pareció imaginarme a mí misma ascendiendo entre aquellas luces. Como la yaya me había enseñado a hacer. Sentí que todo caía por debajo de mí, que se alejaba. Lo único que podía ver eran esos puntos de luz moviéndose a mi alrededor por todas partes.

—Ahora están ahí arriba, en el cielo —dije con voz suave—. Entre las estrellas para siempre. Voy a reunirme con ellos. —Salí de sopetón del trance y, de pronto, volvía a estar en el aula con los demás—. Voy a ponerme las correas y voy a *luchar*. Así, cuando muera, por lo menos moriré en una cabina. Intentando alcanzar el cielo.

Los otros se quedaron muy quietos, provocando un silencio indeciso, como el que hay entre dos impactos de meteorito. Nedd ya no estaba apoltronado: se había incorporado en su asiento, me levantó el pulgar y asintió mirándome. Enfrente de mí, vi que Caracapullo tenía los ojos fijos en mí y el ceño fruncido.

—Muy bien —dijo Cobb, levantándose—. Dejemos de perder el tiempo. Poneos los cascos.

Cogí mi casco y me lo puse, sin hacer caso a la mirada fija de Caracapullo. Pero al instante di un salto y me quité el casco.

—¿Qué pasa? —preguntó Cobb, cojeando hacia mí.

—Los diodos están calientes —dije, palpándolos—. ¿Qué significa?

—Nada —dijo Cobb—. Probablemente.

—Eso no me tranquiliza mucho, Cobb. ¿Qué está ocurriendo?

Cobb bajó la voz.

—Unos médicos que se creen muy listos creen que pueden saber, a partir de un puñado de lecturas, si vas a… huir como hizo tu padre.

—Mi padre no…

—Cálmate. Demostraremos que se equivocan contigo a base de volar bien. Esa es tu mejor herramienta. ¿Puedes ponértelo? —Señaló el casco con el mentón.

—Sí. No es que queme, es solo que me ha sorprendido.

—Pues póntelo, y a trabajar.

21

Cobb cumplió su promesa y nos hizo trabajar hasta agotarnos ese día.

Practicamos escoras coordinadas, formaciones y ejercicios de protección del compañero de ala. Volamos hasta que noté los dedos rígidos como engranajes, los brazos me dolieron como si hubiera hecho pesas y el cerebro se me deshizo en papilla. Nos hizo entrenar incluso durante la hora de la comida, obligando a un asistente a traer bocadillos para todos los demás. Yo comí rata curada y setas, como de costumbre.

Los diodos de mi casco se fueron enfriando a lo largo de la práctica. ¿La almirante creía que podía predecir por unas lecturas si yo iba a ser una cobarde? ¿Qué clase de locura era esa?

Pero no tuve tiempo de darle demasiadas vueltas. Cobb nos puso a esquivar cascotes, a hacer giros con lanza de luz y a reactivar los escudos. Fue agotador pero positivo, y el único momento en que pensé en Bim fue cuando me di cuenta de que no había nadie protestando porque, de nuevo, no se nos permitía usar las armas.

Cuando Cobb nos dejó marchar por fin, podría haberme acurrucado allí mismo y quedarme dormida.

—Oye, Arturo —dijo Nedd mientras se levantaba y se estiraba—, esos proyectores son bastante buenos. ¿Crees que podrían simular un tirdoso mundo en el que no seas un piloto malísimo?

—Lo único que necesitamos para eso —replicó Arturo— es un botón para desactivarte la radio. Estoy seguro de que todos mejoraríamos un montón si no tuviéramos que oírte parlotear sin freno. Además, que yo recuerde, el que se ha empotrado contra mí antes has sido tú.

—¡Te has metido en medio!

—Chicos, chicos —dijo Arcada, pasando por delante de ellos—. ¿No podéis hacer las paces? ¿Buscar un punto intermedio y aceptar que los dos sois pilotos malísimos?

—¡Ja! —exclamó Arturo—. Ya verás cómo un día te haré tragarte esas palabras, Arcada.

—Tengo tanta hambre que me las comería ahora mismo —dijo ella—, si vinieran con una salsa decente. Más vale que el comedor no esté cerrado. Rara, ¿me das tu postre?

—¿Qué? —dijo la otra chica, alzando la mirada de su arnés, que había estado cerrando y doblando para dejarlo bien pulcro en el asiento, como hacía siempre al salir de su pegabina.

—Eres una tía maja y tal —explicó Arcada—. He pensado que cederás si te aprieto lo suficiente. Así que dime, ¿puedo comerme tu postre?

—Benditas sean tus estrellas —dijo Kimmalyn—, pero como toques mi pastel, te arranco los dedos. —Se sonrojó al decirlo y se tapó la boca con la mano.

—Y lo hará, Arcada —bromeé—. Las majas son siempre las más peligrosas.

—Sí —dijo Arcada—, ya lo creo que… —Dejó la frase en el aire al darse cuenta de que era yo quien había hablado. Entonces dio media vuelta y salió por la puerta.

Conocía la mirada que había visto en sus ojos. Desde que Jorgen había revelado que yo era la hija de Perseguidor, las cosas no habían vuelto a ser como antes entre Arcada y yo.

Los demás salieron del aula. Yo suspiré, recogí la mochila y me preparé para la caminata de vuelta a mi caverna, agotada como estaba. Mientras me la echaba al hombro, caí en la cuenta de que FM no se había ido. Estaba de pie junto a la pared, observándome. Qué alta y bonita era. Como cadetes, estábamos obligados a cumplir las normas de vestimenta de los pilotos. Para el trabajo cotidiano, podíamos elegir entre los monos o los uniformes de la FDD, si queríamos. Eso sí, teníamos que estar preparados para ponernos los trajes de vuelo enseguida si nos llamaban.

La mayoría nos limitábamos a ponernos los monos, que eran lo más cómodo. Pero FM no. Además de sus botas bien lustradas, muchas veces llevaba un uniforme hecho a medida con una chaqueta que, por algún motivo, le quedaba mucho mejor a ella que a los demás. Era tan perfecta que casi parecía más una estatua que una persona.

—Gracias por lo que has dicho antes —me dijo—. Sobre Bim, Marea y las estrellas.

—¿No lo has encontrado «excesivamente agresivo»? —pregunté. FM siempre estaba quejándose de que los demás éramos demasiado agresivos, cosa que para mí no tenía sentido. ¿Acaso la guerra no se basaba en la agresividad?

—Bueno, casi todo lo que sale de tu boca son sandeces absolutas —dijo FM—. Bravuconadas huecas que sueltas como excusa para vendernos los mantras belicosos que te ha inculcado toda una vida de adoctrinamiento

Desafiante. Pero lo que has dicho antes te salía del corazón. Yo… necesitaba oírlo. Gracias.

—Eres una chica muy extraña, FM —comenté. No tenía ni idea de lo que significaba casi nada de lo que había dicho.

En su escritorio, Cobb dio un bufido y me lanzó una mirada desde detrás de sus papeles. «¿Precisamente tú estás llamando extraña a alguien?», parecieron decir sus ojos.

Salí con FM a un pasillo vacío. Los demás escuadrones de cadetes habían terminado las clases horas antes.

—Quiero dejar claro que no te culpo de tu actitud —dijo FM mientras caminábamos juntas—. Eres producto de una inmensa presión social, que obliga a los jóvenes a adoptar posturas cada vez más agresivas. Estoy segura de que, por dentro, eres una persona muy amable.

—La verdad es que no —repuse, sonriendo—. Pero me parece bien que la gente me subestime. Quizá los krells hagan lo mismo y así podré degustar la sorpresa en sus ojos mientras les arranco esos mismos ojos del cráneo.

FM me miró horrorizada.

—Eso si tienen ojos debajo de esa armadura, claro. Y cráneos. Bueno, tengan lo que tengan, se lo arrancaré. —La miré y ensanché la sonrisa—. Es broma, FM. Un poco. Digo cosas como esa porque me hacen gracia. Como en las antiguas historias, ¿sabes?

—No he leído esas historias antiguas.

—Supongo que no te gustarían nada. ¿Por qué estás diciendo siempre que los demás somos demasiado violentos? ¿Tú no eres Desafiante?

—Me criaron como Desafiante —dijo ella—. Pero he elegido ser lo que la gente de abajo llama una disputadora. Expongo objeciones a la forma en que se está planteando la guerra. Creo que deberíamos librarnos del manto opresivo de un gobierno militar.

Me quedé quieta en el sitio, sorprendida. Nunca había oído pronunciar palabras como aquellas.

—Entonces… ¿eres una cobarde?

FM se ruborizó e irguió la espalda.

—Cualquiera diría que tú, más que nadie, irías con cuidado antes de acusar a nadie de eso.

—Perdona —dije, ruborizándome yo también.

FM había hecho bien en reprochármelo. Pero aun así, me costaba entender lo que estaba diciendo. Comprendía las palabras, pero no el significado. ¿Derrocar el gobierno militar? ¿Y quién se ocuparía entonces de la guerra?

—No es que no esté dispuesta a luchar —dijo FM, caminando con la cabeza bien alta—. Que quiera que las cosas cambien no significa que vaya a dejar que los krells nos destruyan a todos. Pero ¿te das cuenta de lo que está haciendo a nuestra sociedad que eduquemos a los niños, casi desde el nacimiento, para que idealicen y glorifiquen el combate? ¿Para que adoren a los Primeros Ciudadanos como si fueran santos? Tendríamos que enseñar a nuestros niños a ser más atentos, más inquisitivos. No solo a destruir, sino también a construir.

Me encogí de hombros. Esas cosas debían de ser fáciles de decir para alguien que vivía en las cavernas profundas, donde el impacto de una bomba no mataría a toda su familia. Aun así, me alegré de obtener algunas respuestas sobre aquella mujer. Se la veía tan serena, tan desenvuelta, que costaba pensar en ella como en una «chica» aunque tuviera la misma edad que todos nosotros.

Pero si la acompañaba demasiado tramo hacia el comedor, podría topar con los policías militares y meterme en líos. Habían dejado de escoltarme al salir de clase cada día, pero ni por asomo creía que significara que ya podía ir a cenar con los demás. De modo que me despedí de FM y ella se puso al trote para alcanzar a los otros.

Eché a andar hacia la salida mientras buscaba agua en la mochila, pero entonces recordé que me había dejado la última cantimplora llena en mi asiento del aula. Maravilloso. Notando que repuntaba el cansancio por el entrenamiento, volví al aula casi arrastrando los pies.

Cobb había activado el holograma del centro de la estancia, que estaba proyectando un campo de batalla en miniatura. Delante de él, unas naves del tamaño de rodamientos pasaban zumbando y volaban entre los escombros dejando atrás fuego y humo. Las naves krells, planas y no más grandes que tarjetas de mérito, disparaban diminutos destructores.

«Está volviendo a ver la batalla de ayer —comprendí—. En la que murieron Bim y Marea». No tenía ni idea de que la FDD grabara los enfrentamientos.

Identifiqué mi nave al verla volar derecha hacia la trifulca. Sentí de nuevo el caos abrumador, la emoción de estar por fin en una pelea real. Casi pude oír las explosiones. La voz preocupada de Kimmalyn. El sonido de mi propia respiración, ilusionada, atenta.

En mi interior creció la anticipación, y hasta un poco de miedo, mientras miraba impotente. Marea murió otra vez.

Se me agarrotó el estómago. Pero no pensaba permitirme mirar hacia otro lado.

En el aula, mi nave cruzó a toda velocidad la refriega y un krell empezó a perseguirla. Rodeé un cascote que caía, usando la lanza de luz para pivotar con exactitud, y luego me elevé entre otras dos naves krells.

Cobb detuvo la simulación haciendo un gesto. Dio un paso adelante y estudió mi nave, congelada en el aire en medio de una espectacular exhibición de destructores, franjas de luz en caída y naves explotando. Entonces rebobinó la simulación y volvió a reproducirla para observar más de cerca mi maniobra.

—Estuve a punto de desmayarme —dije desde la puerta—. No tenía control sobre mi velocidad y no interrumpí el giro antes de que se sobrecargaran los ConGravs.

—Aun así, fue toda una maniobra —respondió él—. Y más en una cadete. Notable, casi increíble.

—Caracapullo es mejor que yo.

—Jorgen es un excelente piloto técnico, pero no lo siente igual que tú. Me recuerdas a tu padre. —Pareció… lúgubre al decirlo.

De repente me sentí incómoda, así que fui a mi simulador y cogí la cantimplora. Cobb reprodujo el resto de la batalla, y me obligué a mirar mientras mi nave y la de Bim perseguían al bombardero krell. Cobb volvió a detener la simulación cuando las cuatro extrañas naves guardianas se separaron del bombardero enemigo. Las naves que, al cabo de poco tiempo, derribarían a Bim.

—¿Qué son? —pregunté.

—Algo nuevo. Llevaban más de una década sin modificar sus tácticas. ¿Qué es lo que ha cambiado ahora? —Entrecerró los ojos—. Nuestra supervivencia consiste en saber anticiparnos a los krells. Si puedes adivinar lo que va a hacer tu enemigo, cuentas con ventaja. Por muy peligrosos que sean, si sabes cuál será su próxima jugada, puedes contrarrestarla.

«Anda». Lo que decía me caló hondo, tanto que me descubrí asintiendo.

Cobb apagó el holograma y renqueó de vuelta a su escritorio.

—Toma —dijo, cogiendo un objeto rectangular de la mesa y entregándomelo—. Se me había olvidado darte esto.

¿Una radio personal?

—Lo normal es que se las demos solo a los pilotos graduados que están fuera de servicio abajo, en Ígnea. Pero ya que vives fuera de la base, he

pensado que deberías tener una. Llévala encima a todas horas. Te llegará una llamada general de advertencia cuando ataquen los krells.

Cogí el dispositivo, que tenía forma de caja y el tamaño aproximado de una mancuerna pequeña. Mi padre había llevado una radio como aquella.

Cobb me despidió con un gesto, se sentó en su silla y se puso a hojear sus papeles.

Pero me quedé en el aula, con una pregunta en mente.

—¿Cobb?

—¿Sí?

—¿Por qué no vuela con nosotros? Los demás instructores de vuelo se despliegan con sus cadetes.

Me preparé para un ataque de furia o una regañina, pero Cobb se limitó a darse unas palmadas en la pierna.

—Viejas heridas, Peonza. Viejas heridas.

Lo habían derribado poco después de la Batalla de Alta. Se había dado en la pierna con el borde de la cubierta al eyectarse.

—No necesita la pierna para volar.

—Algunas heridas —dijo en voz baja— no son tan visibles como una pierna torcida. ¿Hoy te ha costado meterte en la cabina, después de ver morir a tus amigos? Pues prueba a hacerlo después de haber derribado a uno de los tuyos.

Sentí que me abrumaba una repentina e impresionante frialdad, como si me hubiera eyectado a gran altitud. ¿Estaba diciendo…?

¿Estaba diciendo que fue él quien *derribó a mi padre*?

Cobb me miró.

—¿A quién crees que iban a ordenar que le disparara, chica? Yo era su compañero de ala. Lo seguí cuando huyó.

—No huyó.

—Yo estaba allí. Huyó, Spensa. Él…

—¡Mi padre no era un cobarde!

Sostuve la mirada a Cobb y, por segunda vez ese día, terminó apartándola.

—¿Qué pasó de verdad allí arriba, Cobb? —Entorné los ojos—. ¿Por qué creen que pueden saber si yo haré lo mismo, solo vigilando mi cerebro? ¿Qué es lo que no me está contando?

Aunque nunca había aceptado la historia oficial, una parte de mí había dado siempre por sentado que la reputación de mi padre era consecuencia de algún tipo de error. Que en plena confusión, la gente había creído que se había vuelto cobarde cuando no lo era en realidad.

Pero en ese momento tenía la oportunidad de hablar con alguien que había estado allí. Alguien que… que había apretado el gatillo…

—¿Qué pasó? —pregunté, acercándome. Había pretendido decirlo con fuerza, como una Desafiante, pero salió como una súplica susurrada—. ¿Puede decírmelo? ¿Qué vio?

—Ya has leído el informe oficial —dijo Cobb, sin mirarme a los ojos—. Los krells llegaban en una oleada enorme, llevando una aniquiladora. Era la fuerza más numerosa a la que nos habíamos enfrentado jamás, y su posicionamiento sugería muy a las claras que habían localizado la base Alta. Repelimos un ataque, pero se reagruparon. Mientras se preparaban para lanzarse contra nosotros otra vez, tu padre montó en pánico. Se puso a chillar diciendo que la fuerza enemiga era demasiado grande, que íbamos a morir todos. Y…

—¿A quién se lo dijo, al escuadrón entero?

Cobb calló un momento.

—Sí. Bueno, a los cuatro que quedábamos. El caso es que chilló hasta desgañitarse, y luego rompió la formación y empezó a alejarse. Tienes que entender lo peligroso que era eso para nosotros. Estábamos luchando, literalmente, por la supervivencia de nuestra especie. Como empezaran a huir más naves, se habría desatado el caos. No podíamos permitirnos…

—Usted fue tras él —lo interrumpí—. Mi padre salió de la formación y se fue volando, y usted lo siguió. ¿Y entonces lo derribó?

—La orden llegó casi al instante de nuestra jefa de escuadrón. Yo tenía que dispararle, para dar ejemplo e impedir que nadie más huyera. Iba pegado a su cola, y no respondía a nuestros ruegos. Así que activé el PMI para anular su escudo y… y disparé. Soy soldado. Obedezco las órdenes.

El dolor de su voz era tan auténtico, tan personal, que casi me dio remordimientos estar presionándolo. Por primera vez… mi convicción se sacudió. ¿Podía ser *verdad*?

—¿Me lo jura? —pregunté—. ¿Pasó tal cual me lo ha contado?

Cobb por fin me miró a los ojos. En esa ocasión me sostuvo la mirada sin apartarla, pero no respondió a mi pregunta. Vi cómo se endurecía y apretaba la mandíbula. Y en ese instante, supe que su ausencia de respuesta era una respuesta. Me había explicado la historia oficial.

Y era mentira.

—Deberías haber salido de aquí ya hace tiempo, cadete —dijo Cobb—. Si quieres una copia del registro oficial, puedo conseguírtela.

—Pero es mentira, ¿a que sí? —Volví a mirarlo y me hizo un levísimo, casi imperceptible asentimiento.

Se iluminó mi mundo entero. Debería haberme enfadado. Debería haberme enfurecido con Cobb por apretar el gatillo. Pero estaba exultante.

Mi padre *no* había huido. Mi padre *no* era un cobarde.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Qué puede ganar nadie por fingir que un piloto huyó?

—Vete —dijo Cobb, señalando—. Es una orden, cadete.

—Por eso Férrea no me quiere en la FDD —comprendí—. Sabe que haré preguntas. Porque… Tirda, era su jefa de escuadrón, ¿verdad? ¿Fue quien dio la orden de derribar a mi padre? Su nombre estaba censurado en los informes, pero es la única que encaja.

Volví a mirar a Cobb, que estaba poniéndose rojo de ira. O quizá de vergüenza. Acababa de revelarme un secreto muy importante y… bueno, y parecía que empezaba a arrepentirse. Ya no podría sonsacarle nada más en esa conversación, por mucho que la prolongara.

Cogí la mochila y salí a toda prisa. Tenía el corazón roto por los amigos que había perdido, y para colmo iba a tener que lidiar con el hecho de que mi instructor era también el asesino de mi padre.

Pero de momento… me sentía como una soldado clavando la bandera en la cima de una colina conquistada con sangre y sudor. Había pasado años soñando, estudiando y confiando en que mi padre, en realidad, había sido un héroe.

Y había estado en lo cierto.

22

Qué motivo podría tener la FDD para hacer creer a todo el mundo que tu padre era un cobarde? —me preguntó Gali mientras trabajábamos juntos.

—Se me ocurren decenas de posibilidades —dije, tumbada a su lado debajo de M-Bot.

Habían transcurrido cinco días desde el acontecimiento. Desde que habían muerto Bim y Marea. Trabajar con Gali en mis horas libres, reparando la nave, había sido un refugio más que bienvenido para mantener a raya mis propios pensamientos. Aunque fuese agotador levantarme temprano como había hecho ese día, trabajar en la nave y luego irme a clase y soportar la instrucción de Cobb hasta casi entrada la noche.

Ese día estábamos desconectando cables de la panza de M-Bot y reemplazándolos. Algunos de los viejos parecían estar bien, pero Gali pensaba que debíamos cambiarlos todos por si acaso, y no sería yo quien le discutiera la experiencia.

Conecté otro cable y lo situé siguiendo las instrucciones que me había dibujado Gali. Mi línea de luz brillaba en el interior de la nave, sujeta en sus entrañas para iluminarnos, ella misma un cable refulgente.

—Hay razones a centenares para que a la FDD pudiera interesarle mentir sobre mi padre —dije mientras trabajaba—. Quizá mi padre estaba reñido con Férrea por el liderazgo y ella decidió que debía tener un «accidente».

—¿En mitad de la batalla más importante que ha librado nunca la FDD? —objetó Gali—. Muy fantasioso, incluso viniendo de ti, Peonza.

—¿Fantasiosa? —pregunté—. ¿Yo? Pero si soy una realista, Gali.

—Ya, realista. Como todas las veces que me obligabas a fingir que matábamos dragones estelares juntos, de crios.

—Eso era entrenamiento de combate.

Gali gruñó al enfrentarse a un cable particularmente tozudo, y Babosa Letal tuvo la amabilidad de imitarlo. Estaba en el suelo de piedra, cerca de mi cabeza. M-Bot estaba «ejecutando un diagnóstico», significara lo que significase. Sobre todo, parecía consistir en que dijera cosas como «Hummm», o «Me llevo una», para «señalar que el proceso sigue en curso, ya que los humanos tardan poco en aburrirse sin estimulación auditiva».

—¿Seguro que no interpretaste mal a Cobb? —preguntó Gali a mi lado—. ¿Estás segura de que asintió?

—Segurísima. La historia oficial es mentira, Gali. Tengo pruebas.

—Lo que tienes en realidad es una confirmación difusa, solo posible.

—Puedo presionar a Cobb hasta que cante la verdad entera.

—Pues te deseo suerte. Además, aunque hablara, la cúpula de la FDD no va a reconocer nunca que mintió. Si les das demasiados problemas, lo único que conseguirás es que, además de a ti, aparten también a Cobb de su puesto.

—Pienso limpiar el nombre de mi padre, Gali.

—Y yo no te digo que no lo hagas. Me limito a señalar que tu plan original, aprender a volar, sigue siendo la mejor forma de hacerlo. Primero conviértete en una piloto genial y famosa. Mejora la reputación de tu familia y pasa a ser alguien a quien no pueda ignorarse. Y una vez hecho eso, usa tu influencia para limpiar el nombre de tu padre.

—Ya veremos.

Gali se retorció, aprovechando el poco espacio que teníamos entre M-Bot y el suelo, y cogió su cuaderno para hacer unas anotaciones.

—Esto son sus ConGravs —dijo, dando un golpecito con el lápiz en un mecanismo—. Pero no reconozco el diseño, y además los tiene en un sitio raro. Esta caja negra de aquí, que es la única pieza que no identifico, debe de ser lo que alberga su inteligencia artificial. No me atrevo a abrirla, aunque está clarísimo que funciona mal.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te imaginas a alguien creándolo a propósito para que se comporte así?

En eso llevaba razón.

—Lo que más me interesa de todo —dijo Gali— son sus juntas, sus sellos y su turbina atmosférica. Me cuesta explicarlo, pero los noto más… integrados, mejor construidos que los que usamos nosotros. Es un incremento muy pequeño, pero Spensa, creo que si hacemos volar este trasto, va a ser rápido de verdad. Más veloz incluso que nuestras naves exploradoras.

Me dio un escalofrío al imaginarlo. Gali sonrió, levantó el cuaderno, lo dejó a un lado y hurgó con la llave para empezar a desmontar con meticulosidad la turbina atmosférica.

Lo observé un momento, con un cable en la mano, en aquella estrechez, fascinada. Gali parecía *contento*.

Llevábamos más de una década siendo amigos, y estaba segura de haberlo visto contento otras veces. Era solo que no había ningún momento que

destacara. Mis recuerdos de Gali eran todos de verlo ansioso, o nervioso por mí, o (de vez en cuando) resignado a algún destino terrible.

Pero ese día estaba sonriendo mientras trabajaba, con la cara manchada de la grasa que habíamos estado aplicando entre sesión y sesión de reemplazar cables. Y verlo… verlo me ayudó en algo a soportar la tristeza que seguía pendiendo sobre mí, la sensación de haber fallado a mis compañeros de escuadrón.

—¿De dónde has sacado todos estos cables, por cierto? —pregunté mientras volvía al trabajo—. Creía que la encargada de los hurtos menores iba a ser yo.

—No ha hecho falta ningún hurto —dijo él—. Ziming, que es mi supervisora de prácticas, me dio un fajo entero y unas máquinas en las que trabajar para que me acostumbre a cambiar cables. Y digo yo que ¿qué mejor entrenamiento que utilizarlos en una nave de verdad?

—Así me gusta. Entonces ¿te va bien?

Gali, raro en él, se sonrojó. Costaba distinguir el color entre la grasa de su cara, al tenue brillo rojizo anaranjado de mi línea de luz. Pero lo conocía lo bastante bien como para saberlo.

—¿Qué pasa? —pregunté con tono de exigencia.

—¿Sabes el diseño de la cabina de M-Bot? —dijo él.

—¿Qué parte?

—El asiento del piloto y los controles tienen un marco propio —dijo Gali —. Es complicado, pero me recuerda a un giroscopio. Creo que el asiento está diseñado para poder rotar con el vector de aceleración. ¿Sabes que a los humanos nos cuesta soportar aceleraciones que empujen la sangre hacia la cabeza o los pies?

—Eh… sí. Lo sé, créeme.

—Vale, pero ¿y si tu asiento pudiera rotar en las propulsiones difíciles o largas, de forma que la fuerza llegara siempre en la dirección más tolerable por el cuerpo, derecha hacia atrás? Ayudaría mucho en las maniobras a alta velocidad.

—Vaya —dije, interesada. Pero me atrajo aún más la forma en que se le iluminaron los ojos al hablar.

—Bueno, pues hice unos bocetos aproximados de eso en mi cuaderno, y… y en fin, es posible que Ziming lo viera y supusiera que era un diseño mío. Tal vez… tal vez crea que soy un genio.

—¡Y lo eres!

—En realidad, no —dijo, sonrojándose de nuevo—. Yo solo copié lo que veía. El genio es quienquiera que construyera a M-Bot.

—¡Pero tú lo entendiste! —dije—. Para eso hay que ser igual de genio.

—La verdad es que no —respondió, y sacó una tuerca con la llave—. Pero… bueno, aunque sea mintiendo, creo que así podremos ir llevando esta tecnología a la FDD. Con un poco de suerte, si logro descubrir cómo funciona esta turbina atmosférica, podré llevarles eso también. Yendo con cuidado y no haciendo que mis descubrimientos levanten demasiadas sospechas, podremos ayudar en la guerra contra los krells sin delatar a M-Bot.

—¡Y tú podrás ser un héroe! —exclamé.

—Un héroe falso —dijo él—. Pero… la verdad es que me sentó bien…

Sonreí y volví al trabajo con los cables. Quizá pudiéramos entregar todo aquello a la FDD y evitar que murieran más pilotos. Pensarlo me aguó el humor al instante. Por mucho que pudiera ayudar a los pilotos en el futuro, seguiría cargando con mis sentimientos de frustración y dolor por los compañeros de escuadrón que ya había perdido.

Desvié mis pensamientos de vuelta al secreto de lo que le había ocurrido en realidad a mi padre y traté de enumerar todos los motivos por los que la FDD pudiera haber querido encubrirlo. Eso me mantuvo ocupada una media hora, hasta que sonó un tintineo en la cabina.

—Diagnóstico finalizado —dijo M-Bot con su voz servicial, y ni por asomo lo bastante peligrosa. Resonó por las entrañas de la nave—. ¿Qué me he perdido?

—Hablábamos de que Gali sea un héroe —dije—. Y de por qué querría la FDD mantener algo en secreto. Aseguran que mi padre huyó de una batalla, pero yo sé que no fue así.

—Sigo pensando que sacas conclusiones precipitadas —replicó Gali—. ¿Por qué molestarse con una tapadera tan a gran escala solo para mancillar la reputación de un piloto concreto?

—¿Y si a mi padre lo abatió un fuego amigo accidental? —propuse—. En la confusión de la lucha, alguien le disparó por error. Y no querían que algo tan vergonzoso pasara a los registros permanentes. Así que dijeron que mi padre estaba huyendo y obligaron a Cobb a mentir sobre lo ocurrido.

Gali gruñó, soltando otra tuerca.

—Esa última es casi plausible. Más que las anteriores. Pero sigue teniendo problemas. ¿Los otros pilotos no se habrían dado cuenta? Cobb te dijo que había cuatro personas en el escuadrón que lo vieron todo.

—No sabemos lo profunda que es la tapadera —dije—. Y, aunque los informes tienen los nombres censurados, estoy bastante segura de que la jefa de escuadrón era Férrea. Eso explicaría por qué está tan empeñada en apartarme de la FDD. Puede que tenga miedo de que revele la verdad, que su liderazgo incompetente hizo que derribaran a un piloto suyo por accidente.

—Elucubras. Ni siquiera sabes seguro que el informe oficial sea mentira.

—Cobb asintió.

—Lo que hizo fue así-como-asentir-un-poco-a-medias-pero-también-podría-ser-un-tic-aleatorio.

—Pues proponme una explicación mejor de por qué mentirían a todo el mundo —exigí.

—Yo puedo proponerte una —dijo M-Bot en tono animado—. El Argumento Superior para el Caos de Origen Humano.

—¿El qué? —preguntó Gali.

—El Argumento Superior para el Caos de Origen Humano, o ASCOH. Es un fenómeno extremadamente popular y bien documentado. Tengo mucha escritura al respecto en mis bancos de memoria.

—¿Y consiste en…? —pregunté mientras conectaba un cable. M-Bot solía decir cosas raras como aquella, y me había acostumbrado a seguirle la corriente. En parte porque… bueno, porque encontraba interesante su forma de hablar. M-Bot veía el mundo de un modo muy extraño.

Eso y que esperaba que alguna de aquellas conversaciones sacara a la luz alguna información importante de sus bancos de memoria. Por no mencionar, además, lo mucho que solían frustrar a Gali.

—El ASCOH está relacionado con el libre albedrío —dijo M-Bot—. Los humanos sois las únicas criaturas que tenéis libre albedrío. Lo sabemos porque habéis afirmado tenerlo, y yo, al ser una máquina sin alma, debo confiar en que sepáis lo que decís. Por cierto, ¿cómo se siente uno al ser autodeterminista?

—Yo qué sé —respondí.

—¿Es la misma sensación que al saborear un helado?

—Pues… no del todo.

—Tampoco es que fuese a servirme de mucho, claro —dijo M-Bot—. No se me construyó con la capacidad de comprender los sabores. Ni la de tomar decisiones por mí mismo.

—Tomas decisiones a todas horas —repuso Gali, meneando su llave en dirección a la cabina.

—No tomo decisiones, me limito a ejecutar subrutinas complejas de mi programación, todas ellas derivadas de estímulos cuantificables. Soy perfecta y absolutamente racional.

—Racional —repetí yo—. Por eso no paras de pedir setas.

—Aja —dijo él—. Oye, ¿tú crees que alguien hará helado con sabor a setas?

—Suena asqueroso —respondí. Solo había tomado helado en una ocasión, de niña, una vez que mi padre acumuló méritos suficientes para solicitarlo—. ¿Por qué íbamos a comer algo así?

—No lo sé —dijo M-Bot—. Argumento Superior para el Caos de Origen Humano, ¿recuerdas?

—Que todavía no has explicado —señaló Gali.

—¡Ah! Pensaba que era evidente. —M-Bot sonó sorprendido—. Los humanos tenéis libre albedrío. El libre albedrío es la capacidad de tomar decisiones irracionales, de actuar en contra de los estímulos. Eso vuelve imposible para una IA racional predecir del todo a los humanos, ya que, incluso si tuviera una comprensión perfecta de los estímulos que recibís, podríais hacer algo impredecible del todo.

Volví la cabeza hacia Gali, frunciendo el ceño, intentando comprender aquello.

—Significa que sois raros —añadió M-Bot.

—Eh…

—Tranquila, me caéis bien de todas formas.

—¿Y dices que es una teoría popular? —preguntó Gali.

—Para mí —dijo M-Bot.

—¿Y que hay mucho escrito sobre ella? —insistió Gali.

—Por mí —dijo M-Bot—. Esta misma mañana. He escrito siete mil páginas. Mis procesadores son muy rápidos, ¿sabes? Eso sí, la mayoría de lo que he escrito es solo: «Los humanos son raros», repetido 3.756.932 veces.

—¡Se suponía que estabas ejecutando un diagnóstico! —exclamó Gali.

—Gali, eso me ha costado como unos treinta segundos —dijo M-Bot—. Necesitaba algo más interesante en que ocupar mi tiempo.

Gali suspiró y dejó caer otra tuerca en el vaso que tenía al lado.

—Sabes que este trasto está loco, ¿verdad?

—Si puedes hacerlo volar, me da lo mismo. Esto… Puedes hacerlo volar, ¿verdad?

—No estoy loco —señaló M-Bot.

—Bueno —dijo Gali, sin hacer caso a la máquina—, cuando hayamos cambiado estos cables, tendrás que hacer mantenimiento de las tomas de aire, los propulsores y las juntas que aún nos faltan. Yo inspeccionaré la turbina atmosférica mientras tanto, y luego abriré sus ConGravs y les echaré un vistazo.

»Si todo eso funciona bien, significa que por dentro está operativo. Entonces tendremos que pensar en cómo ocuparnos de esa ala. Pero dentro de un tiempo me tocará estar de aprendiz en diseño y fabricación, y creo que a lo mejor podría ingeniármelas para pedir piezas nuevas y ponérselas a M-Bot en el ala. Aunque quizá te ponga a amartillar partes torcidas para enderezarlas. Con eso, lo tendremos todo menos lo más gordo.

—Los propulsores —dije yo. M-Bot tenía espacio para tres, uno grande y dos más pequeños.

—Creo que podrá volar bien solo con el propulsor central. Pero ni de milagro podré solicitar que me fabriquen algo tan enorme. Por lo tanto, si queremos hacer volar este trasto, tendrás que buscarme un repuesto. Debería servirnos cualquier modelo estándar de la FDD, y cualquiera entre el A-17 y el A-32 encajará en el espacio que tenemos, con alguna modificación mía.

Suspiré y apoyé la espalda en la piedra. Al poco rato, salí arrastrándome de debajo de la nave para beber.

Un propulsor nuevo. No era algo que pudiera encontrar en un desguace, ni tampoco robar de un aerodeslizador cualquiera. Era tecnología militar de primera clase. Tendría que robar un caza estelar, lo cual sería un poco más grave que un hurto menor: sería alta traición.

«No», pensé. Reparar a M-Bot era un sueño bonito, pero no podía llegar tan tan lejos.

Suspiré, di un largo sorbo de la cantimplora y miré el reloj. 06.05. Gali salió también, se levantó y cogió su propia cantimplora.

Silbé a Babosa Letal, que me devolvió el silbido en una imitación perfecta.

—Tengo que irme —dije a Gali—. Necesito tiempo para colarme en el lavabo de mujeres y limpiarme antes de clase.

—Tranquila —dijo Gali, e hizo tañer el ala de la nave con un golpe de su llave—. Pero no sé por qué te molestas en hacerlo allí, si puedes usar el limpiador de la nave.

—¿Tiene limpiador? —pregunté, deteniéndome en seco.

—Tiene unas bioinstalaciones completas, que incluyen la recuperación de residuos, en el receptáculo de la cabina. Ayer traje un poco de jabón y puse el

sistema en marcha. Se controla con el teclado pequeño que hay atrás a la izquierda en la cabina. La cubierta debería oscurecerse para darte intimidad. Eso, suponiendo que confíes en que el trasto no se burle de ti mientras te limpias.

—¿Por qué iba a burlarme de ella? —dijo M-Bot—. Las fragilidades de la existencia humana, y los hedores provocados por su ineficacia al generar energía biológica, no son motivo de risa.

Me limité a sonreír. Estaba harta de meterme a hurtadillas en la cabina limpiadora de la base, preocupada todo el tiempo por si la almirante Férrea lo usaba como excusa para echarme.

—Es lógico que tengas limpiador —dije a M-Bot mientras me metía en la cabina—. Dijiste que eres una nave de exploración y misiones encubiertas, ¿verdad?

—Equipada para misiones en el espacio profundo.

—Y con cuatro destructores, ni uno menos —aportó Gali desde abajo—. Y unas turbinas atmosféricas muy avanzadas, y un diseño pensado para la velocidad extremada. M-Bot es un caza, Peonza. Pero probablemente de largo alcance, como ha dicho.

—Por lo tanto, tenías que poder cuidar de tu piloto a largo plazo —dije, cerrando la cubierta—. ¿Viajabas entre las estrellas?

—El hipermotor citónico no funciona —respondió M-Bot.

—Pero ¿cómo lo hacías? —pregunté—. ¿Qué es un hipermotor citónico? ¿Y qué buscabas en tus exploraciones, ya que estamos?

El caza se quedó en silencio, algo muy poco propio de él. La cabina, como se me había prometido, se oscureció por completo cuando activé un interruptor del panel que me había indicado Gali.

—No tengo registros de nada de ello —dijo M-Bot con suavidad—. Si pudiera sentir miedo, Peonza, eso… eso me asustaría. No soy un piloto automático. No me piloto a mí mismo, lo tengo prohibido excepto para las maniobras muy lentas. Así que, en realidad, lo que soy es un repositorio de conocimiento. Es para lo que sirvo.

—Solo que lo has olvidado todo.

—Casi todo —susurró él—. Excepto… mis órdenes.

—Quédate en la sombra. Estudia la situación. No te metas en peleas.

—Eso y una base de datos abierta para catalogar los hongos locales. Eso… eso es todo lo que soy ahora.

—Espero que Gali pueda reparar tus bancos de memoria y recuperemos lo que has perdido —dijo—. Pero si no, rellenaremos esos bancos con memorias

nuevas. Memorias mejores.

—Los datos no sugieren que ninguna de esas opciones sea factible.

—Ni falta que hace —repliqué—. Ya lo verás.

—ASCOH —dijo M-Bot—. Te dejaría leer las siete mil páginas que he escrito, pero estoy programado para evitar hacer que los humanos se sientan inferiores por su increíble extrañeza.

Bajé el asiento a la posición de cama y localicé el limpiador en la parte trasera de la cabina. No se distinguía a primera vista, pero esa vez sabía lo que buscaba: un hueco que pudiera abrir y en el que meterme rodando. La larga y estrecha cabina de limpieza se internaba en el fuselaje.

Me desnudé, lo metí todo en el compartimento para ropa, me tumbé con los pies hacia el agujero y entré resbalando sobre rodillos. Cerré el pestillo que había junto a mi cabeza pulsando un botón a mi lado y activé el limpiador.

Mantuve los ojos cerrados mientras la máquina me bañaba en espuma y fogonazos de luz. Me pareció… decadente tener mi propia cabina de limpieza. En mi barrio había solo tres limpiadores, compartidos entre docenas de apartamentos. Su uso diario tenía un horario estricto.

—Creo que te he hecho sentir mal de todos modos, ¿verdad? —preguntó M-Bot.

Yo no era una persona demasiado tímida, pero su voz me hizo enrojecer. No estaba acostumbrada a que me hablaran dentro del limpiador.

—Estoy bien —dije cuando la máquina terminó con la cara—. Me gusta cómo hablas. Es distinto. Interesante.

—No he inventado al ASCOH para hacerte sentir mal —dijo él—. Es solo que… necesitaba una explicación. De por qué dijiste cosas que no son ciertas.

—¿De verdad nunca habías oído hablar de las mentiras?

—No lo sé. Tal vez sí, y lo que pasa es que ha… desaparecido.

Sonaba frágil. ¿Cómo podía un caza estelar grandote y muy blindado sonar frágil?

—Eres la única fuente de información que tengo —dijo M-Bot—. Si me dices cosas que no son ciertas, ¿qué puedo ingresar en mis bancos de memoria? Me arriesgo a retener datos falsos.

—Con ese riesgo vivimos todos, M-Bot —respondí—. No podemos saberlo todo, y parte de lo que creemos saber resultará ser falso.

—¿Y eso no te asusta?

—Pues claro que sí. Pero si te sirve de algo, intentaré no mentirte.

—Me sirve. Gracias.

Se quedó callado y pude relajarme y disfrutar de una limpieza extralarga y lujosa, durante la que imaginé situaciones en las que pilotaba a M-Bot hacia la batalla con los cañones atronando y salvaba a mi escuadrón de una muerte segura, como Juana de Arco a lomos de su leal corcel.

Fueron buenas ensoñaciones. Aunque mi corcel no parara de pedirme setas.

23

Muy bien —dijo la voz de Cobb en mi auricular mientras flotábamos en grupo fuera de un campo de batalla holográfico—. Estoy casi convencido de que no os estamparéis de morros contra el primer cascote que caiga cerca de vosotros. Creo que quizá podríais estar preparados para aprender algunas técnicas avanzadas de armamento.

Incluso dos semanas después de perder a Bim, aún esperaba que preguntara entusiasmado por los destructores. Como no lo hizo, lo dije yo en homenaje a él.

—¿Destructores?

—No —respondió Cobb—. Hoy vamos a entrenar con el PMI.

«Ah, claro». Llevábamos tanto tiempo practicando con la lanza de luz que casi había olvidado que llevábamos una tercera arma, que podía eliminar los escudos enemigos.

Mientras esperaba a que Cobb nos enviara los emparejamientos de compañeros de ala, pasé la radio a un canal privado y llamé a Arcada.

—Casi ha parecido que nos dejaría usar los cañones, ¿eh, Arcada?

Ella solo gruñó.

—Me ha recordado a Bim —dije—. Ojalá por lo menos le hubiéramos ayudado a elegir identificador, ¿verdad?

—Hoy me toca con Rara —respondió Arcada mientras Cobb nos iba resaltando por parejas en las pantallas del sensor—. Cambio y corto. —Y cerró el canal.

Sentí que se me helaba la cara y apreté los dientes, maldiciendo en silencio a Caracapullo por revelar mi ascendencia. Aunque estuviera acostumbrada a esas cosas, me había caído bien Arcada. La chica animada y divertida casi me había parecido una amiga.

Llevé mi nave junto a la de Nedd, mi compañero de ala para ese día. Por delante de nosotros, en el cielo apareció un grupo de naves que empezó a volar en perezosos circuitos. Caían escombros, sobre todo trozos grandes y en llamas que bajaban a buena velocidad, dejando estelas de humo.

—Muy bien —dijo Cobb—. Uso básico del escudo. Peonza, danos un repaso.

Hacía aquello de vez en cuando, para poner a prueba nuestros conocimientos.

—Los escudos a bordo de las naves pueden absorber unos 80 kus de energía antes de saturarse y caer —dije—. Vienen a ser dos o tres disparos de destructor, el golpe de un escombro pequeño o un impacto de refilón. Si el escudo cae, hay que reactivarlo, proceso que utiliza energía del propulsor. Eso significa que pierdes impulso y maniobrabilidad durante más de medio minuto.

—Bien. Anfisbena, ¿qué se ha dejado?

Me impresionó hasta cierto punto que hubiera sabido pronunciar el nombre del dragón de dos cabezas que Arturo tenía por identificador.

—No mucho —dijo Arturo—. Hay que avisar siempre al compañero de ala si tu escudo cae, para que pueda cubrirte con fuego de sus destructores mientras lo reactivas. Tampoco es que sepamos gran cosa sobre el uso de los destructores…

—Se pulsa el gatillo y ya está, listillo —replicó Cobb—. Para disparar con destructor no hace falta cerebro. Pero el PMI es un asunto muy distinto. Pulso Magallanes Invertido. Anula cualquier escudo, incluyendo el propio, ojo, en un radio de cincuenta metros.

—Cincuenta metros —dijo FM en voz baja—. Eso es un alcance muy corto.

—Un alcance ridículo —confirmó Cobb—. Prácticamente tendréis que estar oliendo sobaco de krell antes de poder darles con el PMI.

—Señor —dijo Jorgen—. Me preocupa que el pelotón vaya a ser capaz de acercarse tanto.

—Qué lástima, ojalá hubiéramos dedicado un mes a practicar las maniobras y los enganches a corto alcance con lanza de luz mientras los otros cadetes jugaban a dispararse —restalló Cobb—. Mirad, los escudos krells son fuertes. Si combatís a mi manera, anularéis por completo esa ventaja. Y si no queréis combatir a mi manera, podéis largaros a lamer rocas calientes y haceros granjeros de algas.

Y dicho eso, nos lanzó a la simulación. Y no protesté. Después de tantas semanas practicando lo que se reducía a un puñado de virajes complicados, tenía ganas de llegar a algo que se pareciera lo más mínimo al combate real.

A cada cual se nos asignó una nave krell falsa que volaba siguiendo una pauta sencilla. Nuestra misión era acercarnos como pareja de compañeros de ala volando a exactamente cincuenta y cinco metros de distancia entre nosotros. Nos interponíamos en el camino de la nave krell y uno de los dos

activaba el PMI. Entonces parábamos y realizábamos un proceso rápido de reactivación.

No llegábamos a derribar la nave krell. Solo teníamos que destruir sus escudos con el PMI, una y otra vez. E incluso con los trazados sencillos que hacían las naves krells, era difícil con ganas. Tenías que acercarte tanto que daba la sensación de que ibas a estrellarte contra ella. Resultó que los cincuenta metros de distancia estaban justo por debajo del umbral para hacer una pasada cómoda. Las primeras veinte veces o así, me aparté demasiado deprisa y el PMI anuló mi escudo, pero no el del enemigo.

Aproximarse. Activar el PMI. Salir esquivando. Reactivar.

Repetir.

—¿Sabes? —dijo Nedd mientras volábamos—. Me gustaría derribar a unos cuantos idiotas de estos.

—No extrapoles, Nedder —dijo Cobb en nuestros auriculares—. El ejercicio de hoy consiste en hacer caer sus escudos. Nada más.

—Pero…

—Ya llegaremos a la parte de destruirlos. Durante los próximos días, vamos a concentrarnos en las estrategias básicas con el PMI.

Nedd suspiró en el canal del grupo.

—¿Unos días haciendo solo esto? ¿Nadie más encuentra aburrida la idea?

Algunos de los otros se mostraron de acuerdo, pero yo no. Todo momento que pasara volando, aunque fuese en una simulación, era un deleite. La explosión de velocidad, la precisión… aquello era la libertad.

Recordaba mejor a mi padre cuando volaba. La chispa de anticipación en sus ojos, la inclinación de su cabeza cuando miraba el cielo… y anhelaba volver a él. Cada vez que volaba, compartía algo nuevo con mi padre, algo personal.

Nedd y yo hicimos unas cuantas pasadas más con el PMI y, en una que me tocaba a mí, me extrañó que la nave krell se saliera de su circuito y me obligara a perseguirla. No era el ejercicio normal, pero me planteó un desafío. Y cuando por fin anulé su escudo, me descubrí casi jadeando, pero sonriendo por la emoción.

—Venga, dime que esta última no ha sido divertida —dije a Nedd por nuestra línea privada.

Miré hacia su nave, que volaba a mi lado, al holograma que reproducía a mi compañero de ala, con casco y todo. Tenía un aspecto un poco bruto, grandullón, con una cara que parecía demasiado grande para su cabeza. Ni me

imaginaba lo que debía de ser embutirse en una de aquellas cabinas con su metro noventa y tres de altura.

—Lo divertido es quedarte sentado en casa —dijo él—, con los pies levantados, disfrutando de una taza de algo caliente. Todo esto me supera mucho.

—Va, venga ya —repliqué—. No me creo ni una palabra, Nedd.

—¿Qué pasa? —dijo él—. Yo solo soy un tío normal.

—¿Que creció en las cavernas profundas?

—En realidad, crecí aquí, en Alta.

—¿Cómo, en serio? —dije sorprendida.

—Sí. Iba al colegio con Jorgen y Arturo allá abajo, pero mis padres cuidan del huerto.

—Por lo tanto, no eres solo un tío normal —insistí—. Te educaron con la élite, y tus padres se ofrecieron voluntarios para hacer el trabajo más duro de todo Detritus. Y además de eso, ¿cuántos hermanos pilotos tienes?

—Yo qué sé —dijo—. No sé contar hasta tan alto.

—Nunca había visto a alguien a quien se le diera tan mal hacerse el tonto.

—¿Ves? Ni eso me sale bien —respondió—. Más a mi favor, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco mientras nos preparábamos para dar otra pasada. Nedd parecía decidido a hacerse pasar por una especie de compinche grandote y tontorrón. Pero lo exageraba, posiblemente a propósito. Ni las piedras eran tan estúpidas como Nedd se fingía a veces.

En el campo de batalla, Arcada y Kimmalyn pasaron a toda velocidad junto a una nave krell. Arcada activó el PMI bien, pero Kimmalyn no solo volaba demasiado cerca, con lo que también la afectó a ella, sino que además montó en pánico al ver caer su escudo y viró a un lado. Con lo que se estrelló contra la nave krell.

Me encogí. Hacía ya bastante tiempo que ninguno de nosotros cometía un error tan clamoroso. Nedd dio un silbido y habló por el comunicador.

—Bonita explosión, Rara. Siete de diez. Intenta girar tus restos un poco más la próxima vez que caigas.

—Benditas. Sean. Tus. Estrellas —mascculló Kimmalyn, casi un insulto viniendo de ella.

—Je —dijo Nedd.

—No tendrías que provocarla —le dije por nuestra línea privada—. Se esfuerza mucho.

—Todo el mundo necesita a alguien con quien descargarse, hasta ella. Sobre todo ella. A veces se pone tan tensa que me parece que debe de haberse

apretado el cinturón dos agujeros de más.

—Es solo que viene de otra caverna —dije—. Su cultura la hace más educada.

—Está nerviosa —afirmó él—. Sabe que es nuestra peor piloto. Pisar ese tema de puntillas solo la pondrá más nerviosa, créeme.

Vaya.

—¿Y qué opinas de Arcada?

—Es buena —respondió Nedd—, pero no tanto como se cree. —Se quedó callado un momento—. Antes se tomaba todo esto como un juego. Era atleta, ¿sabes?

—¿Cómo, atleta de verdad?

—Sí. Estaba en un equipo de cavabola. Jugaba de portadora y era de las mejores en la liga de estudiantes. Parece que para ella todo es una competición, pero entonces perdimos a Bim y a Marea, y ahora casi no abre la boca. No sabe cómo reaccionar desde que no puede ver el vuelo como un juego.

—Creía que decías que eras tonto.

—Más tonto que las piedras.

—¿Y esas perspicaces observaciones de nuestros compañeros?

—Solo estoy dándote charla. Digo lo primero que me viene a la cabeza, ¿sabes? Suerte tienes de que haya tenido el menor sentido. Por lo general, me salen solo gruñidos.

—Va, hombre.

Hicimos unos ejercicios más, durante los que Nedd se dedicó a enviarme gruñidos por el auricular. En serio, no sabía si era un inmaduro o un maestro bromista… O mejor dicho: en realidad, estaba segura de que era las dos cosas. Pero ¿quizá también algo más?

Al final, Cobb nos ordenó que nos alineáramos y nos envió a hacer pasadas en solitario, para poder observarnos y darnos consejos específicos sobre cómo mejorar. Y aunque me lo estaba pasando bien, agradecí el descanso. Era un ejercicio agotador.

Miré todas las pasadas en solitario, y lo cierto era que empezábamos a parecer pilotos de verdad. La forma en que rodó Arcada persiguiendo a su esquivo krell fue impresionante. Y aunque a veces FM iba con demasiado cuidado, su forma de volar tenía una precisión inspiradora.

Kimmalyn fue la siguiente en entrar, y esa vez logró alcanzar al krell con su PMI. Sonreí y la llamé cuando regresó.

—Hola —dije por una línea privada—. Bien hecho.

—No me he estrellado —respondió ella—. Eso es nuevo.

—Casi nunca te estrellas.

—Casi nunca soy la mejor en ningún entrenamiento tampoco.

—Todos tenemos nuestros talentos. El tuyo es disparar a distancia. El mío es soltar palabrotas a la gente.

—¿Soltar palabrotas? Pero si casi nunca…

—Cierra el pico, caratirda.

Se le escapó una risita que me hizo sonreír. Quizá Nedd tuviera razón. Quizá a Kimmalyn le hiciera falta poder desahogarse de vez en cuando.

—Querida —dijo Kimmalyn—, no seré yo quien te critique. Pero eso no ha sido una palabrota nada imaginativa. La habré oído… no sé, ¡todos los días desde que salí de la Caverna Pródiga! En el lugar del que vengo, tienes que ser comedida.

—¿Y qué sentido tiene entonces?

—Bueno, tienes que evitar que la gente se dé cuenta de que la estás denigrando. ¡Si no, qué vergüenza!

—Entonces ¿insultáis a la gente… sin ofenderla?

—Somos así. Pero no te preocupes si no le encuentras el sentido. Personalmente, me parece muy motivador que estés cómoda siendo como eres. ¡Seguro que te ha dado muchas oportunidades de aprender las lecciones de la vida!

—Eso ha sido… caray. —Sonreí—. Me gusta.

—Gracias.

Hubo un chasquido en nuestra línea y llegó la molesta voz de Caracapullo.

—Rara, Peonza, ¿estáis viendo la maniobra de Arcada? Tendríais que prestar atención.

—Estoy mirando —espeté.

—Bien. Porque desde donde estoy, parecía que estabais ahí sentadas parloteando y riendo.

—Jorgen —dijo Kimmalyn—, quiero que sepas la consideración que nos mereces como jefe de escuadrón. Como la Santa es justa y bondadosa, estoy segura de que se te recompensará con todo lo que mereces en esta vida.

—Gracias, Rara. No os despistéis. Cambio y corto.

Me quedé mirando hasta que se apagó la luz que indicaba que Caracapullo estaba en la línea y entonces estallé en carcajadas.

—¡Ha sido lo más glorioso que he oído en la vida!

—Bueno —dijo Kimmalyn—, es bien sabido que a veces te pones un poco dramática, pero supongo que puedo aceptarte el cumplido. —Salió

volando para hacer otra pasada, ya que Cobb quería instruirla en su forma de usar el propulsor.

—Es casi como si este no fuera su sitio —susurré para mí misma—. Como si fuese a la vez demasiado buena para nosotros y no lo bastante buena…

—Eso es contradictorio —dijo la voz de M-Bot en mi auricular—. Muy propio de los humanos.

—Sí —respondí, y entonces envaré la espalda. Un momento—. ¿M-Bot?

—¿Sí?

—¡M-Bot!

—No es que me moleste que me chillen, dado que mis emociones son sintéticas, pero ¿te importaría…?

—¿Cómo? —dije. Me encorvé en el asiento y bisbiseé muy bajito—: ¿Los demás pueden oírte?

—Me he infiltrado en vuestras líneas y envío mi señal directa a tu casco —respondió él—. Tu emisor de comunicaciones inalámbricas me proporciona un punto focal para aislarte.

—¿Mi qué?

—En tu mochila. Creo que la tienes al lado del asiento.

La radio personal que me había dado Cobb.

—Como te decía, los métodos de comunicación de tu gente son más bien primitivos —prosiguió—. Cosa que me resulta curiosa, ya que el resto de vuestra tecnología parece relativamente similar a la mía, aparte de vuestra carencia de brillantes inteligencias artificiales. Bueno, eso y que no tenéis hipermotores citónicos. Ni técnicas adecuadas de documentación fúngica. Así que supongo que, en realidad, estáis atrasados en todos los campos importantes.

—¡Creía que tenías miedo de que te descubrieran! —susurré—. ¿Por qué estás hablando conmigo aquí?

—Soy una nave de infiltración, Spensa —dijo él—. Soy más que capaz de introducirme en las líneas de comunicación sin revelar mi presencia. Pero te advierto que no me fío de esa FDD tuya.

—Y bien que haces —repuse, sincera—. Pero ¿en mí confías? ¿Aunque te mintiera?

—Me recuerdas a alguien que he olvidado.

—Eso… es un poco contradictorio, M-Bot.

—Para nada. Ya te he dicho que soy racional al cien por cien.

Puse los ojos en blanco.

—Se llama lógica. —Esperó un momento y añadió, en voz más baja—: Se me da súper bien.

Por delante, Kimmalyn terminó su pasada con la nave krell escapando. No había llegado a activar el PMI.

«Pero podría haber derribado a ese bicho en el aire —pensé, irritada al ponerme en su lugar—. Suponiendo que tuviera el escudo desactivado».

Cobb nos decía una y otra vez que necesitábamos practicar los fundamentos, y yo más o menos le encontraba el sentido. Pero seguía sin parecerme justo. Era como si… no estuviéramos aprovechando todo el potencial de Kimmalyn.

—Peonza —dijo Cobb—, te toca.

—¿Te toca qué? —me preguntó M-Bot—. ¿Qué estamos haciendo? No tengo imagen, solo audio.

—Estamos volando —susurré.

Empujé el acelerador y me interné rauda entre los escombros holográficos, que se renovaban sin cesar con nuevos cascotes que caían del cielo.

Apareció mi objetivo, una nave krell que serpenteaba entre pedazos de chatarra. Me eché hacia delante y empecé a perseguirla, sobrecargando el propulsor entre los cascotes. Ya casi estaba lo bastante cerca…

Se encendió una luz intermitente en mi tablero. ¿Tenía enemigos en la cola? ¿Cómo podía ser? En teoría, estábamos haciendo un ejercicio en solitario, de uno contra uno. Por lo visto, Cobb pretendía ponérmelo más difícil.

Pues que así fuese.

Rodé en una esquiva giratoria mientras mi perseguidor empezaba a disparar sus destructores. La maniobra me salvó, pero permitió que mi objetivo ganara distancia. «De eso ni hablar», pensé, accionando la sobrecarga y lanzándome tras él. Doblé un recodo a gran velocidad y recuperé terreno. Mi perseguidor seguía pegado a mí, sin dejar de disparar.

Recibí un impacto que estuvo a punto de saturarme los escudos. Pero me concentré en la nave de delante, que esquivó hacia abajo. Así que desactivé el anillo de pendiente y sobrecargué el propulsor para hacer un picado que me atenazó el estómago. En el tablero de control aparecieron luces para avisarme de que, sin anillo de pendiente, no había nada que me impidiera estamparme contra el suelo.

—No sé contra quién combates —dijo M-Bot—, pero esos pitidos de aviso indican que no lo estás haciendo muy bien.

Como acompañando sus palabras, la línea del techo de mi cubierta me advirtió de que acababa de sobrecargar los ConGravs, y el indicador de aceleración se puso en rojo. En una nave de verdad, estaría absorbiendo toda esa fuerza, que en un picado enviaría la sangre hacia mi cabeza y me haría empezar a perder la conciencia.

—Intenta no morir —sugirió M-Bot—. No quiero quedarme solo con Rodge. Es un aburrido.

Atravesé la estela de otro pedazo de metal que caía ardiendo. Rebotaron chispas en mi escudo, haciendo que se iluminara y crepitara de energía. Había dejado muy atrás a mi perseguidor, pero no me había aproximado lo suficiente a la nave que tenía delante.

«No puedo seguir descendiendo —pensé—. Estamos ya muy cerca del suelo».

Apreté los dientes y lanceé el trozo de cascote mientras mi objetivo viraba a un lado y remontaba el vuelo. Rodeé por completo el cascote, reactivé el anillo de pendiente y volví a sobrecargar el propulsor. La maniobra me hizo trazar una circunferencia completa y salir despedida hacia arriba, tan veloz que rebasé a la nave krell.

Disparé el PMI justo antes de que la brillante línea de la cubierta se volviera roja del todo.

—¡Ja! —exclamé por la línea de grupo—. ¡Tus hijos sollozarán esta noche, cabronazo krell holográfico!

—¿En serio, Peonza? —dijo FM—. Esas cosas las sueltas con ironía, ¿verdad?

—¡La ironía es un arma de cobardes! —repuse—. Como el veneno. O los destructores de la nave de Caracapullo.

—¿Un cobarde no usaría… una bomba bien grande, por ejemplo? —dijo FM—. ¿Algo que pudieras arrojar desde muy lejos? Para el veneno tendrías que acercarte bastante, creo yo.

—Como nuestro experto residente que soy —terció Nedd—, quisiera señalar que el arma de un verdadero cobarde es un sofá cómodo y una pila de novelas un poco divertidas.

—Aun así, estás muerta, Peonza —dijo Caracapullo, descendiendo con su nave hacia la mía—. Estabas en línea roja, y es muy posible que tengas daños retinales. Si esto fuera una batalla de verdad, sin duda habrías quedado incapacitada, y tu nave estaría sin escudo. Morirías enseguida, cortesía del krell que te persigue.

—Da lo mismo —repliqué, divertida por lo ofendido que sonaba. ¿De verdad se sentía tan amenazado por mi aptitud?—. Mi tarea era acabar con los escudos de mi objetivo, y la he cumplido. Mi perseguidor es irrelevante. Cobb nos ha ordenado que usemos el PMI contra el objetivo.

—No puedes seguir haciendo trampas en las simulaciones —dijo Caracapullo—. Vas a ser inútil en el campo de batalla.

—No estoy haciendo trampas en nada. Estoy *ganando*.

—Como quieras —dijo—. Al menos, esta vez no has estrellado tu nave contra la mía. Que las estrellas amparen a quien se interponga entre Peonza y sus intentos de quedar bien delante de todo el mundo.

—¿Qué? —repliqué, cada vez más irritada con él—. Serás…

—Basta de cháchara —intervino Cobb—. Peonza, has volado bien, pero Jorgen tiene razón. En conjunto, has fracasado al hacerte matar.

—Pues eso —dijo Caracapullo.

—Pero… —empecé a objetar.

—Si tenéis tiempo de discutir —me interrumpió Cobb—, está claro que no os aprieto lo suficiente. Escuadrón, quiero que hagáis tres rondas de ejercicios de formación gamma-M antes de cenar. Jorgen, encárgate de supervisarlo.

—Espere —dijo Kimmalyn—. ¿Se marcha?

—Pues claro que sí —respondió Cobb—. No voy a llegar yo tarde a la cena. Cambio y corto.

—Genial —dijo Arcada—. Gracias por nada, Peonza.

Un momento, no podía estar culpándome a mí y no a Caracapullo de que nos hubieran puesto más trabajo, ¿verdad? Caracapullo nos organizó en formación gamma-M, un ejercicio de vuelo que era bastante monótono. Nos costó solo unos diez minutos, pero pasé todo ese tiempo reconcomiéndome, frustrándome cada vez más y más. Hasta hice caso omiso a M-Bot cuando intentó hablar conmigo.

Al terminar, me quité el casco, sin obedecer la orden de Caracapullo de alinearnos e informar de nuestro estado. Era solo que… necesitaba un descanso. Un momento sola. Me limpié el sudor de la cara y eché hacia atrás el pelo que se me había pegado a la frente por el casco.

Inspirar. Espirar.

Mi cabina holográfica desapareció.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Caracapullo, de pie junto a mi asiento—. ¿Te has quitado el casco? ¡He ordenado que os alineéis!

—Me hace falta un minuto, ¿vale? Déjame en paz.

—¡Estás desobedeciendo órdenes!

Tirda. No podía lidiar con él en ese preciso momento. Estaba avergonzada, exhausta y cada vez más furiosa. Había sido una sesión de entrenamiento muy muy larga.

—¿Y bien? —dijo Caracapullo, inclinándose sobre mí. Los demás fueron desactivando sus hologramas y levantándose para estirarse.

Se me puso fría la cara. Y empecé a sentir que perdía el control.

«Tranquila, Spensa. Puedes tranquilizarte». Contuve la ira y me levanté. Tenía que salir del aula.

—¿Qué vas a decirme? —preguntó Caracapullo—. ¿Por qué no dejas de negar mi autoridad?

—¿Qué autoridad? —restallé. Cogí la mochila y eché a andar hacia la puerta.

—¿Huyes? —dijo Caracapullo—. Qué apropiado.

Me detuve de golpe.

—Supongo que cabe esperar insubordinación por parte de la hija de Zeen Nightshade —dijo—. Tu familia no es precisamente famosa por obedecer órdenes, ¿verdad?

Frío en el rostro. Calor ardiendo muy dentro de mí.

«Se acabó».

Me volví despacio, regresé junto a Caracapullo y dejé la mochila en el suelo con calma.

El me miró desde arriba, burlón.

—Eres…

Bajé una rodilla al suelo y le propiné un puñetazo en la suya. Dio un respingo y, cuando se dobló de dolor, me alcé y le clavé el codo en la barriga. El gruñido que dio me sentó de maravilla, avivando algo muy primario en mi interior.

El codazo lo había dejado sin aliento, impidiendo que gritara. De modo que, mientras estaba aturdido, le enganché el tobillo con el mío y lo tiré de espaldas al suelo.

Era más corpulento que yo. Si se recuperaba, podría conmigo, así que salté encima de él y alcé el puño, preparándome para estampárselo en su cara de idiota.

Me detuve ahí, temblando. Furibunda. Pero, de algún modo, también fría y calmada, como me ponía cuando luchaba contra los krells. Era como si lo tuviera todo bajo control y, al mismo tiempo, estuviera absolutamente descontrolada.

Caracapullo me miró desde abajo, paralizado, al parecer estupefacto del todo. Aquella cara de idiota que tenía. Aquel gesto burlón. Era así como hablaban todos de mí. ¡Era eso lo que pensaban todos de mí!

—¡Uau! —dijo Nedd—. ¡Me cago en la tirda!

Seguía arrodillada encima de Caracapullo, temblando, con la mano levantada.

—En serio, ¡uau! —exclamó Nedd, arrodillándose a nuestro lado—. Peonza, ha sido increíble. ¿Puedes enseñarme a hacerlo?

Le lancé una mirada.

—Aquí no aprendemos combate cuerpo a cuerpo —siguió diciendo Nedd, mientras daba unos tajos al aire con la mano—. Cobb dice que no vale para nada, pero ¿y si un krell intenta… no sé, atacarme en un callejón o algo así?

—Nadie ha visto nunca un krell vivo, imbécil —dijo Arcada.

—Ya, pero podría ser porque… a ver… porque siempre atacan a gente en callejones, ¿verdad? ¿Lo habíais pensado alguna vez?

Bajé la mirada hacia Caracapullo. De pronto, podía oírme a mí misma respirando en bocanadas cortas y rápidas.

—Peonza —dijo Nedd—. No pasa nada. Solo estabas enseñándonos unas técnicas de cuerpo a cuerpo, ¿verdad? ¿Cómo has podido hacer esa jugada? Eres como la mitad de alta que Jorgen.

Calma. Respira.

—¿La mitad de alta? —dijo Arturo—. ¿Puedo señalar que, en ese caso, mediría menos de un metro? Tus cálculos no cuadran.

Me aparté de Caracapullo, que soltó el aire y se quedó flácido en el suelo. FM parecía horrorizada, pero Nedd me levantó el pulgar. Arturo negaba con la cabeza. Kimmalyn estaba de pie tapándose la boca con la mano, y Arcada… a Arcada no podía interpretarla. Estaba cruzada de brazos y me observaba, pensativa.

Jorgen se levantó con dificultades, agarrándose la tripa.

—Ha agredido a un superior. ¡Ha atacado a otro miembro de su escuadrón!

—Se ha pasado un poquito, sí —dijo Nedd—. Pero en fin, te lo estabas buscando, Jorgen. No hay daños permanentes, ¿verdad? ¿Podemos olvidarlo y ya está?

Jorgen me miró y se le endureció la expresión.

No. Aquello no iba a olvidarlo. Esa vez sí que me había metido en un buen lío. Lo miré a los ojos y luego, por fin, cogí mi mochila y me marché.

24

Hacía años que no perdía tanto la cabeza.

Por mucho que hablara con tanta agresividad, lo cierto era que no me había metido en tantas peleas de niña. Fingía ser una guerrera o cualquier cosa, pero la verdad era que, cuando la mayoría de los niños oían cómo hablaba, se apartaban de mí. Y para ser sincera, era probable que su vacilación tuviera menos que ver con que me tuvieran miedo que con que los incomodaba mi estrafalaria actitud confiada.

Pero funcionaba. Los mantenía lejos y no me hacía meterme en situaciones donde perdía el control. Porque podía perderlo a base de bien, y no como una valiente guerrera salida de las historias, sino más bien como una rata acorralada y frenética. Como cuando había pillado a Finn Elstin robando la comida de Gali. Finn había terminado con un ojo morado y un brazo roto. Yo tuve que pasar un año de período de prueba, con el expediente abierto, y me echaron de clase de judo por uso inadecuado de la violencia.

Por aquel entonces estaba por debajo de la edad mínima de responsabilidad legal, por lo que mis actos no hicieron peligrar mis posibilidades de entrar en la escuela de vuelo. La agresión de ese día era muy distinta. Ese día ya era lo bastante mayor para saber que no debía hacerlo.

Me senté en un banco del huerto, fuera del complejo de la FDD. ¿Qué iba a hacerme Jorgen? Si iba con el cuento a la almirante, me expulsarían. Se habría acabado todo. Y lo tendría bien merecido. Desde luego, no era una guerrera de las historias de la yaya. Ni mucho menos. Apenas lograba funcionar si mis amigos morían en combate, ¿y acababa de perder el control por un par de insultos mezquinos? ¿Por qué no era capaz de reprimirme? ¿Por qué me erizaba cuando Jorgen decía aquellas cosas, si las había soportado toda la vida?

Mientras la cieluz más cercana se alejaba y el cielo se oscurecía, me quedé allí sentada en el huerto, esperando, pensando que en cualquier momento vendrían policías militares a por mí. Pero lo único que oí fue un sonido tenue. ¿Un zumbido? ¿Procedente de mi mochila?

Frunciendo el ceño, hurgué hasta encontrar la radio. La levanté y pulsé el botón de recepción.

—¿Hola? —dijo M-Bot—. ¿Spensa? ¿Estás muerta?

—Tal vez.

—¡Anda, como el gato!

—Esto… ¿Qué?

—No estoy muy seguro, la verdad —dijo M-Bot—. Pero la lógica dicta que, si estás hablando conmigo, es que la probabilidad ha colapsado a nuestro favor. ¡Viva!

Apoyé la espalda en el banco y mastiqué un trozo de cecina sin muchas ganas. Si tenían que venir a por mí, vendrían. Ya puestos, podía comer. No tenía hambre, pero últimamente no la tenía nunca. Demasiada rata.

—¿Vas a explicarme contra quién luchabas? —preguntó M-Bot.

—Ya lo hemos hablado. Contra los krells.

—Bueno, en realidad has dado alguna vuelta sobre el tema. Pero a mí no me lo ha explicado nadie. Creo que esperabas que lo supiera ya.

Me obligué a tragar un trozo de rata curada y lo hice bajar con un sorbo de agua. Entonces suspiré, con la radio a la altura de la cabeza.

—Los krells son alienígenas.

—Y vosotros también —señaló M-Bot—. En términos estrictos. Dado que no estamos en vuestro planeta natal. ¿Verdad?

—De todos modos, intentan destruirnos. Son unas criaturas que llevan armaduras extrañas y tienen unas armas terroríficas. Nuestros ancianos dicen que destruyeron nuestro imperio en las estrellas y estuvieron a punto de exterminarnos. Es posible que nosotros seamos lo único que queda de la humanidad, y los krells están decididos a acabar con nosotros. Envían escuadrones de naves, algunas con unas bombas llamadas aniquiladoras, capaces de penetrar en el suelo hasta las cavernas y arrasar los seres vivos de allí abajo.

—Vaya —dijo M-Bot—. ¿Y por qué no os bombardean desde la órbita?

—¿Qué?

—No es que sepa mucho de estas cosas —añadió—, al ser una máquina no combativa. Como es evidente.

—Tienes no un cañón, sino cuatro.

—Me los debió de poner alguien mientras no estaba mirando.

Suspiré.

—Si lo que preguntas es por qué no lanzan las aniquiladoras desde muy arriba, este planeta está rodeado por un antiguo sistema de defensa. La estrategia habitual de los krells es rebasarlo volando y luego lanzar un ataque masivo e intentar abrumar a nuestros cazas, o colar a escondidas un equipo de asalto a baja altitud. Si consiguen destruir nuestras baterías antiaéreas o meter

un bombardero por debajo de su alcance, pueden eliminar nuestra capacidad de fabricar cazas nuevos. Y entonces, se acabó todo para nosotros. Lo único que se alza entre la humanidad y la aniquilación es la FDD.

Me hundí en el asiento. «Lo que significa —pensé— que debería dejarme de rencillas insignificantes y centrarme en volar».

¿Qué era lo que me había dicho mi padre?

«Sus cabezas son cabezas de roca, sus corazones están tallados en roca. Tú tienes que aspirar a algo más elevado».

—¿M-Bot? —dije—. ¿Recuerdas alguna cosa sobre la civilización humana, antes de los krells? ¿Sabes cómo era?

—Mis registros de memoria sobre esos asuntos están corrompidos casi por completo.

Suspiré decepcionada, guardé la comida y me dispuse a volver a casa. Pero no pude hacerlo. No mientras sentía que tenía una pistola apuntada a la cabeza. No pensaba quedarme en mi cueva encogida de miedo, esperando a que me llamaran para tomar medidas disciplinarias.

Tenía que afrontar aquello de cara y aceptar el castigo.

Me eché la mochila al hombro, regresé a la entrada de la base Alta y superé el control de seguridad. Cogí el camino largo, el que rodeaba la escuela de vuelo y pasaba por el comedor y por la plataforma de lanzamiento, para echar un último vistazo a mi Poco.

Recorrí la silenciosa hilera de naves, atendidas por los siempre laboriosos equipos de tierra. A la izquierda, vi a los miembros de mi escuadrón sentados a una misma mesa en el comedor, cenando y riendo. Jorgen no estaba con ellos, pero era normal que no comiera con la tropa rasa. Además, seguramente había ido derechito a hablar con la almirante para contarle lo que le había hecho.

Hacía tiempo ya que los policías militares no me acompañaban hasta fuera del terreno de la base. Todos conocíamos las reglas, y daban por hecho que yo las cumpliría. En consecuencia, nadie me impidió que volviera a la escuela de vuelo, donde pasé por delante de nuestra aula, vacía, y llegué a la puerta del despacho de Cobb. También vacío.

A grandes rasgos, eran los dos únicos lugares en los que había estado. Respiré hondo, vi a una asistente que pasaba cerca y le pregunté si sabía dónde podría encontrar a la almirante a esas horas.

—¿A Férrea? —dijo ella, mirándome de arriba abajo—. No suele tener tiempo para los cadetes. ¿Quién es tu instructor de vuelo?

—Cobb.

Su expresión se suavizó.

—Ah, él. Es verdad, ha aceptado llevar un grupo de alumnos este semestre, ¿verdad? Ya hacía unos años. ¿Quieres presentar una queja sobre él?

—Eh… Algo parecido.

—Edificio C —dijo ella, señalando con un gesto de la cabeza—. El personal de la almirante trabaja en la antecámara de la oficina D. Pueden trasladarte a otro escuadrón. La verdad es que me sorprende que no pase más a menudo. Ya sé que es Primer Ciudadano y todo eso, pero… En fin, buena suerte.

Salí del edificio. A cada zancada que daba, se reafirmaba mi resolución, de modo que apreté el paso. Explicaría lo que había hecho y exigiría mi castigo. Era yo quien controlaba mi propio destino, aunque ese destino fuera la expulsión.

El Edificio C era una intimidante estructura de ladrillo situada al fondo de la base. Construido como un búnker, con estrechas troneras por ventanas, parecía el tipo exacto de lugar donde podría encontrar a Férrea. ¿Cómo iba a abrirme paso entre su personal? No quería que fuese algún funcionario menor quien me expulsara.

Miré por algunas ventanas desde fuera del edificio, y Férrea no resultó difícil de encontrar, aunque su despacho era sorprendentemente pequeño. Era una pequeña sala que hacía esquina, repleta de libros y recuerdos de aire náutico. A través de la ventana, la vi mirar al anticuado reloj de la pared, cerrar un cuaderno y levantarse.

«La pillaré cuando salga», decidí. Fui a la fachada delantera del edificio para esperar, mientras iba preparando mi discurso. Nada de excusas. Solo una exposición de los hechos.

Mientras esperaba, oí otro zumbido saliendo de mi mochila. ¿Sería que me llamaban para que me presentara a ser disciplinada? Saqué la radio y pulsé el botón.

Llegó algo raro por la línea. Música.

Era increíble. Sobrenatural, diferente a cualquier cosa que hubiera oído antes. Un grupo numeroso de instrumentos tocando juntos con una coordinación fluida, emotiva, hermosísima. No era solo una persona con una flauta o un tambor. Eran cien preciosos instrumentos de viento, un vibrante latido de percusión y metales agudos, como nuestra llamada a las armas, pero que no se usaban como grito de batalla. Eran más… más como un alma para la majestuosa y poderosa melodía.

Me quedé paralizada, escuchando, aturdida mientras las notas iban llegando por la radio. Eran como luz, de algún modo. La belleza de las estrellas, pero… pero en forma de sonido. Un sonido triunfal, asombroso, increíble.

Se interrumpió de sopetón.

—No —dije, sacudiendo la radio—. No, dame más.

—Mi grabación está corrompida a partir de ahí —dijo M-Bot—. Lo siento.

—¿Qué era?

—La *Sinfonía del Nuevo Mundo*. Dvořak. Me has preguntado cómo era antes la sociedad humana. He encontrado este fragmento.

Muy a mi pesar, noté que me flaqueaban las rodillas. Me senté en un macetero que había al lado de las puertas del edificio, sosteniendo la valiosa radio.

¿Habíamos creado cosas como aquella, sonidos tan bellos? ¿Cuánta gente había tenido que juntarse para interpretarlo? Nosotros teníamos músicos, por supuesto, pero, antes de que existiera Alta, reunir a demasiada gente en un mismo lugar había conllevado la destrucción. Así que, por tradición, nuestros músicos formaban tríos como mucho. Aquello había sonado a centenares de personas.

¿Cuántos ensayos, cuánto tiempo se había dedicado a algo tan frívolo, y tan maravilloso, como crear música?

«Tienes que aspirar a algo más elevado».

Oí que se acercaban voces dentro del edificio. Guardé la radio y, sintiéndome un poco tonta, me sequé las comisuras de los ojos. Vale, sí. Iba a confesar. Era el momento de hacerlo.

La puerta se abrió y vi que salía Férrea, con un impoluto uniforme blanco.

—No sé por qué iba a pensar eso tu padre, cadete —estaba diciendo—. Por supuesto, te habríamos asignado un instructor distinto, de no ser por las exigencias de tu propia familia…

Se detuvo en seco al verme allí fuera. Me mordí el labio. Había un asistente sosteniéndole abierta la puerta… y caí en la cuenta de que reconocía a ese asistente. Era un joven de piel marrón con mono de cadete y chaqueta de uniforme.

Caracapullo. Había llegado allí antes que yo.

—Almirante —dije, haciendo el saludo militar.

—Tú —dijo ella, y los labios se le inclinaron hacia abajo—. ¿No tienes prohibido utilizar las instalaciones de la FDD después de clase? ¿Tendré que

llamar a la Policía Militar para que te acompañe a la salida? En realidad, tenemos que mantener una conversación sobre eso. ¿De verdad estás viviendo en una cueva no cartografiada en vez de volver abajo?

—Señora —dije, sin retirar el saludo. No miré a Jorgen—, asumo toda la responsabilidad por mis actos. Creo que debo solicitar formalmente que se me someta a…

Caracapullo cerró la puerta de golpe, sobresaltando a la almirante e interrumpiendo mi discurso. Me lanzó una mirada furiosa.

—Yo… —continué, devolviendo mis ojos a la almirante—. Debo solicitar formalmente que se me someta a acciones…

—Disculpe, almirante —se apresuró a decir Caracapullo—. Esto tiene que ver conmigo. Solo será un minuto.

Vino hacia mí y me agarró por el brazo. Se encogió cuando mi reacción inmediata fue alzar un puño, pero me dejé apartar a regañadientes.

La almirante no parecía muy inclinada a esperar a dos cadetes. Siguió su camino con un bufido y subió a un elegante aerodeslizador negro que la esperaba en la calzada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —siseó Caracapullo.

—Que voy a confesar —dije, alzando el mentón—. No permitiré que la única versión que oiga sea la tuya.

—Por las estrellas del cielo. —Echó una mirada al coche y bajó la voz—. Vete a casa, Peonza. ¿Es que quieres hacer que te expulsen?

—No pienso quedarme quieta y esperar a que me los eches encima. Voy a luchar.

—¿No has luchado ya bastante por un día? —Se frotó la frente—. Venga, vete. Nos veremos mañana en clase.

«¿Cómo?». Me costaba seguir su lógica. ¿Quería hacerme sufrir antes de acabar conmigo, quizá?

—¿Planeas chivarte de mí mañana en vez de hoy? —le pregunté.

—No pretendo «chivarme de ti» en absoluto. ¿Crees que quiero perder a otro miembro de mi escuadrón? Necesitamos hasta al último piloto.

Puse los brazos en jarras y lo observé. Parecía… sincero. Molesto, pero sincero.

—Entonces… Un momento. ¿Por qué estabas hablando con la almirante?

—Invitamos a la almirante a una cena formal una vez por semana, en casa de mis padres, en las cavernas bajas —dijo él—. Es solo un poquito peor que otras noches, cuando nos visitan los líderes de la Asamblea Nacional. Mira, lo

siento. No debería haberte provocado. Un buen jefe tiene que tirar de los demás tras él, no empujarlos por delante.

Asintió con la cabeza, como si bastara con lo que había dicho. Pero no me convencía. Estaba toda concienciada con aquello, me había preparado para el impacto, estaba dispuesta a llevarme un disparo de destructor en la cara. ¿Y él iba a… dejarme marchar, sin más?

—Robé la matriz de energía de tu coche —le solté.

—*¿Qué?*

—Sé que sospechas de mí. Bueno, pues sí que fui yo. Así que adelante, denúnciame.

—¡Estrellas! ¿Eso fuiste tú?

—Eh… Sí, pues claro. ¿Quién iba a ser si no?

—Le fallaba el arranque, así que llamé a un mecánico del gremio. Creía que se había pasado al trabajar en él, por algún motivo.

—¿En la base?

—¡Y yo qué sé! En estos sitios hay una burocracia increíble. Cuando llamé para protestar, me pusieron excusas, así que pensé… —Se llevó la mano a la cabeza—. ¿Por qué narices arrancaste la matriz de energía de mi coche?

—Eh… Tenía que destruir tu moral. —Hice una mueca por lo mala que era la mentira—. ¿Dejándote desamparado e impotente? ¡Sí, era un símbolo de lo total y absolutamente que había socavado tu autoridad! ¡Un símbolo de desafío! Me la llevé, como un antiguo caudillo bárbaro después de robar el corazón de…

—¿No fue demasiado esfuerzo? ¿No podrías haber descargado el anillo de pendiente, como hacen los seres humanos normales?

—Eso no sé hacerlo.

—Da lo mismo. Ya me lo compensarás más adelante. Por ejemplo, dejando de insultarme delante del resto del escuadrón. ¿Durante un día al menos?

Me quedé allí plantada, procesando. Parecía que de verdad no buscaba pelea. Qué cosas.

—Mira —dijo Caracapullo, con una mirada al coche negro—, yo también sé lo que es vivir en la sombra de tus padres, ¿vale? Lo siento. No volveré a hacer… lo que hice. Pero tú tienes que dejar de darme puñetazos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se despidió con un asentimiento, se marchó al trote y empezó a disculparse con la almirante mientras se metía en el vehículo.

—¡La próxima vez serán patadas! —grité a su espalda—. ¡Ja!

Pero claro, ya no podía oírme. Vi cómo se marchaban, negué con la cabeza y recogí la mochila. No entendía a Jorgen en absoluto. Yo seguía en la FDD, por algún motivo. Y él… Jorgen no buscaba venganza. No quería estar peleado conmigo.

Y aunque en otros tiempos podría haberme reído de eso, lo más raro fue que encontré noble su forma de actuar. Estaba anteponiendo el escuadrón a lo demás.

«Tienes que aspirar a algo más elevado».

Me acerqué la radio a la boca mientras salía de la base, hecha un revoltijo de emociones en conflicto, pero sobre todo aliviada.

—M-Bot, vuelve a ponerme ese trozo de canción unas cuantas veces más, por favor.

25

Me senté en mi Poco, con el traje de presión y el casco puestos.

Era la primera vez que me metía en una cabina de verdad desde el día en que habían muerto Bim y Marea.

Pensarlo hizo al instante que me doliera algo dentro. ¿Iba a ser así siempre? ¿Jamás podría quitarme del fondo de la mente aquella queda preocupación? Aquella que susurraba: «¿Cuál de tus amigos no volverá a casa de esta otra misión?».

Sin embargo, se suponía ese día íbamos a hacer algo más rutinario. No era una batalla. Activé el Poco y sentí aquel ronroneo tan maravilloso que la simulación no era capaz de imitar.

Cogí la esfera de control con la mano derecha, el acelerador con la izquierda, despegué y ascendí al cielo junto con los otros seis cazas. Jorgen nos pasó lista y llamó a Cobb.

—Escuadrón Cielo preparado. ¿Órdenes, señor?

—Id a 304,16-1.240-25.000 —dijo Cobb.

—Escuadrón, introducid coordenadas —ordenó Jorgen—. Yo iré en cabeza. En caso de emboscada krell, me replegaré con Arturo y FM. Nedd, vas con Rara en el centro de la formación. Peonza y Arcada, os quiero en la retaguardia preparadas para abrir fuego de cobertura.

—No habrá emboscadas, cadete —dijo Cobb en tono divertido—. Vosotros desplazaos a la posición indicada.

Volamos, y por las estrellas, qué bien sentaba. La nave temblaba al moverse, respondiendo a mis órdenes. Las corrientes de aire estaban mucho más vivas que como las hacía parecer la simulación. Me entraron ganas de hacer un picado tras otro, de volar bajo y rozar la superficie picada de cráteres y luego elevarme y serpentear por el campo de escombros, casi saliendo al espacio.

Me mantuve bajo control. A veces era capaz de hacerlo.

Al cabo de un tiempo, nos aproximamos a un gran grupo de cazas que volaban mucho más arriba. Habría como unos cinco escuadrones desplegados.

—Nos acercamos a las coordenadas —dijo Jorgen a Cobb—. ¿Qué es esto, un ejercicio de entrenamiento?

—Para vosotros, sí —respondió Cobb.

Más arriba, unas franjas de luz señalaban la entrada en la atmósfera de escombros pequeños. Los vigilé, preocupada.

—Eh, sabelotodo —dijo Cobb.

—¿Sí, señor? —respondió Arturo de inmediato.

—¿Qué provoca las caídas de escombros?

—Varias cosas —dijo Arturo—. Ahí arriba hay un montón de mecanismos antiguos y, aunque muchos aún funcionan, sus matrices de energía se van agotando poco a poco, con lo que sus órbitas decaen y terminan precipitándose. Otras veces, es porque se producen colisiones.

—Correcto —confirmó Cobb—. Bueno, pues eso es lo que tenemos aquí. Ha habido algún tipo de colisión entre dos cachos enormes de metal ahí arriba, y han provocado que algunos cascotes pierdan la órbita. Cabe esperar una incursión krell, y esos cazas están ahí de guardia. Pero vosotros habéis subido por otra razón: un pequeño ejercicio de puntería.

—¿Contra qué, señor?

Cayeron del cielo varios trozos grandes de escombro, que ardieron en torno a los escuadrones que teníamos encima.

—Los cascotes —adiviné.

—Quiero que voléis en parejas —dijo Cobb—. Vais a practicar formaciones y hacer pasadas meticulosas. Escoged un trozo de los más grandes, seguidlo durante unos segundos y marcadlo para inspección y rescate. Vuestros destructores están modificados para disparar balizas si tiráis del dial de control de cadencia hasta que haga clic.

—¿Y ya está? —preguntó Arcada—. ¿Marcar trozos de basura espacial?

—La basura espacial no puede esquivar —dijo Cobb—, no tiene escudos y acelera de forma predecible. Creo que viene a ser perfecta para vuestro nivel de habilidad. Además, a menudo se os pedirá que marquéis para rescate durante las lluvias de cascotes, mientras esperáis para ver si atacan los krells. Es un buen ejercicio, así que no os quejéis, o volveré a meteros otro mes en las simulaciones.

—Estamos preparados y bien dispuestos, señor —dijo Jorgen—, Arcada incluida. Gracias por esta oportunidad.

Arcada simuló unas náuseas por una línea privada con FM y Kimmalyn —lo sabía porque las luces de la consola bajo los números de nave me indicaban quién estaba escuchando—, y no me dejó fuera a mí. ¿Sería quizá un paso adelante?

Jorgen nos organizó en parejas y nos puso a trabajar. Cuando caían del cielo trozos grandes de cascote, descendíamos tras ellos, igualábamos su

velocidad como se nos había enseñado y les disparábamos una baliza de radio. Los escombros más útiles eran los que emitían un brillo azul por la piedra de inclinación. A partir de ella, se podía construir naves.

Me permití disfrutar del trabajo. No era combate de verdad, pero la sensación del picado, la emoción de apuntar y disparar… Hasta podía imaginar que los trozos de escombro espacial eran cazas krells.

—¿Estás haciéndome caso omiso otra vez? —preguntó M-Bot por mi auricular—. Creo que me estás haciendo caso omiso.

Mientras marcaba otro cacho de escombro, di un gruñido y respondí:

—¿Cómo voy a hacerte caso omiso si no sé cuándo estás escuchando?

—Siempre estoy escuchando.

—¿Y eso no te parece un poco espeluznante?

—¡Para nada! ¿Qué estás haciendo?

Remonté el vuelo, con Arcada a mi ala, y retomé la formación para esperar nuestro próximo turno.

—Estoy disparando a basura espacial.

—¿Qué te ha hecho ella a ti?

—Nada. Es solo un ejercicio.

—¡Pero ni siquiera puede devolverte el fuego!

—M-Bot, es basura espacial, nada más.

—Como si eso fuese excusa.

—Eh… En realidad, lo es —dije—. Es una excusa buenísima.

Kimmalyn dio una pasada, acompañada de Arturo. Lo hizo bastante bien para ser ella, pero Jorgen encontró un motivo para ponerse quisquilloso, aun así.

—Apura más —le dijo mientras Kimmalyn descendía—. Y ahora, no te acerques demasiado. Si estuvieses disparándole con destructores de verdad, podrían saltar esquirlas y darte. Asegúrate de no apretar demasiado al disparar y…

—No es por quejarme —dijo ella, con voz tensa—, pero creo que ahora mismo debería concentrarme.

—Huy, perdona —dijo Jorgen con brusquedad—. Intentaré ayudar menos de ahora en adelante.

—Querido mío, creo que te costará hacerlo. —Kimmalyn marcó el trozo de escombro y dio un suspiro de alivio.

—Bien hecho, Rara —dijo Jorgen—. Nedder, te toca, con FM a tu ala.

Kimmalyn regresó a la formación mientras, más arriba, caían a la vez varios cachos de cascote espacial. Los cazas se quitaron de en medio y los

dejaron pasar. Estábamos volando relativamente altos, para tener tiempo de hacer buenos picados, por lo que el suelo quedaba muy por debajo. Pero aun así, seguíamos muy lejos del cinturón de escombros en sí, cuyas capas inferiores orbitaban trescientos kilómetros sobre la superficie del planeta.

Nedd eligió un trozo y se lanzó tras él, sin hacer caso a los otros tres. Así que Kimmalyn cargó sus destructores para hacer disparos de largo alcance y acertó a los tres escombros, marcándolos uno tras otro sin fallar ni una vez.

—Para de presumir, Rara —ordenó Cobb.

—Lo siento, señor.

Fruncí el ceño y llamé a Cobb por una línea privada.

—Cobb, ¿alguna vez se pregunta si estamos haciendo esto mal?

—Pues claro que lo estáis haciendo mal. Sois cadetes.

—No —dijo—. Me refiero a… —¿Cómo podía explicarlo?—. Rara tiene una puntería buenísima. ¿No habría forma de sacarle mejor partido? Se siente una fracasada en casi todos los ejercicios que hacemos, porque es la peor pilotando. ¿No podría limitarse a disparar desde lejos?

—¿Y cuánto tiempo crees que podría quedarse allí tranquilita, cargándose a krells, antes de que se lanzaran en tropel a por ella? Recuerda que, si concluyen que algún piloto es demasiado peligroso, se centran en él.

—Pero eso quizá podríamos aprovecharlo. Nos dijo que, si puedes anticiparte al enemigo, juegas con ventaja, ¿verdad?

Cobb gruñó.

—Deja la táctica para los almirantes, Peonza. —Cerró la línea mientras Nedd marcaba con éxito el cascote.

—Buenas noches, buen príncipe —susurró M-Bot mientras el trozo de basura se estrellaba contra el suelo—. O princesa. O supongo que, en realidad, pedazo de escombro espacial inanimado sin género.

Miré hacia arriba, buscando más cascotes. La próxima pasada tenía que darla Arcada, conmigo de compañera de ala. Por allí se estaban moviendo cascotes, sin duda. Varios trozos, volando hacia abajo…

No era basura. Eran krells.

Me erguí al instante y la mano se me tensó en la esfera de control. Varios escuadrones enemigos se destacaron del cinturón de escombros, y los pilotos graduados volaron para enfrentarse a ellos.

—Descended a veinte mil pies, cadetes —dijo Cobb—. Os quedaréis ahí como fuerzas de reserva, pero esos pilotos deberían poder encargarse del ataque. Parece que solo hay… como unas treinta naves enemigas.

Volví a reclinarme, pero ya no pude relajarme cuando las explosiones empezaron a iluminar el cielo. Al poco tiempo, los escombros que caían a nuestro alrededor ya no procedían solo del cinturón orbital. Cobb ordenó a Arcada que hiciera su incursión. Por lo visto, íbamos a seguir a pesar del combate, lo que probablemente sería un buen entrenamiento, cuando me paré a pensarlo.

Arcada ejecutó una maniobra excelente, con una serie de disparos precisos al final.

—Bien hecho —le dije mientras volvíamos a la formación. No me respondió, por supuesto.

—¡Ay, pobre basura espacial! —dijo M-Bot—. Habría fingido conocerla, si fuese capaz de mentir.

—¿No puedes hacer nada útil?

—¿Esto no es útil?

—¿Qué pasa con esos krells de ahí arriba? —le pregunté—. ¿No puedes, por ejemplo, darme datos sobre sus naves, o algo así?

—A esta distancia, solo tengo acceso a los escáneres más generales —respondió él—. Para mí son solo puntitos, nada concreto.

—¿No puedes ver con más detalle? —pregunté—. Cobb y los almirantes tienen una especie de holograma que reproduce el campo de batalla, así que tienen que usar radares o algo para reconstruir lo que está pasando.

—Menuda tontería —dijo M-Bot—. Si hubiera un canal de vídeo, me habría dado cuenta, a menos que fuese una baliza de corto alcance creada por dispositivos de ecolocalización en las distintas naves que… ¡Aaaaaaaanda!

Una nave estelar en llamas, de las nuestras, cayó en una mortífera espiral y, aunque Arturo intentó acercarse y engancharla con la lanza de luz para ayudar, estaba demasiado lejos.

El piloto no se eyectó. Intentó hasta el último momento remontar el vuelo, rescatar su nave. Me recompuse y me obligué a alzar la mirada hacia el campo de batalla.

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaanda —dijo M-Bot.

—¿Qué? —pregunté.

—He encontrado el canal de vídeo —dijo él—. Qué lentos vais todos. ¿De verdad voláis así? ¿Cómo podéis soportarlo?

—Ir más rápido rompería las naves o nos aplastaría a los de dentro por la aceleración.

—Ah, claro. El cociente de espachurramiento humano. ¿Por eso estáis tan enfadados con esa basura espacial? Los celos no son buenos, Spensa.

—¿Tú no ibas a hacer algo útil?

—Computando patrones de ataque enemigos —dijo M-Bot—. Me costará unos minutos terminar de hacer simulaciones y analizar los datos predictivos. —Calló un momento—. ¡Vaya! No sabía que podía hacer esas cosas.

—¿Me toca a mí? —preguntó Arturo por la línea general, sobresaltándome. No dejaba de temer que oyeran a M-Bot hablar conmigo, aunque la IA me había dicho que enviaba su propio audio directamente a mi casco e interceptaba mis emisiones para eliminar todo rastro de su voz y de las respuestas que yo le daba. De algún modo, hacía todo al instante, antes de que mis señales llegaran al resto del escuadrón.

—Espera un momento —dijo Cobb—. Este ataque tiene algo raro. No sabría deciros muy bien por qué.

Una sombra enorme se movió por encima. Inmensa. Era tan grande que a mi mente le costaba asumir su tamaño. Era como si el propio cielo estuviera cayendo. De pronto, cayeron centenares de cascotes, toda una granizada llameante. Y tras ella, aquel *algo*. Aquel gigantesco e inconcebible algo.

—Retiraos —ordenó Cobb—. Jefe de escuadrón, reúne tus naves y tráelas de vuelta a…

En un súbito estallido de movimiento, la batalla que teníamos encima se convirtió en la batalla que teníamos *alrededor*, cuando las naves de ambos bandos descendieron en picado. Los cazas krells y humanos se dispersaron por delante del objeto inmenso que caía, un oscuro cubo metálico del tamaño de una montaña.

¿Era una nave? ¿Qué nave podría ser tan grande? Era más extensa que una ciudad. ¿Podía haber sido tan enorme la nave insignia de nuestra flota, siquiera? Yo siempre la había imaginado como un transporte de tropas algo más grande.

Los cazas siguieron disparándose mientras perdían altitud. Nuestro pequeño escuadrón estaba de repente en el centro de una tormenta de disparos de destructor y trozos de metal ardiente en caída libre.

—¡Fuera! —gritó Jorgen—. Acelerad a Mag 5 y seguidme. Rumbo local 132, alejándonos de esos combatientes de atrás.

Activé el propulsor y me lancé hacia delante, con Arcada en mi ala.

—Eso es una nave —dijo Arturo—. Mirad qué despacio cae. Lo que tiene en la parte de abajo son anillos de pendiente activados. Hay cientos.

Una sombra cubrió el terreno. Empujé a fondo el acelerador y aceleré a Mag 5, que estaba muy por encima de las velocidades normales en combate aéreo. Un poco más deprisa y ya no podríamos reaccionar al entorno. De

hecho, cuando cayó un trozo de escombro del tamaño de un caza cerca de nosotros, apenas tuvimos tiempo de respuesta. La mitad del escuadrón esquivó a la izquierda y la otra mitad a la derecha.

Yo viré a la izquierda con Kimmalyn y Nedd, mientras perdía velocidad para poder maniobrar mejor. Estalló fuego de destructor delante de mí cuando dos cazas estelares de los nuestros pasaron zumbando, seguidos por nada menos que seis cazas krells. Solté una palabrota y esquivé rodeándolos, seguida de una gimoteante Kimmalyn, que se situó a mi ala.

—¡Análisis completo! —exclamó M-Bot—. ¡Ah! Vaya. Estás ocupada.

Descendí, pero empezó a perseguirnos un caza krell. El enemigo disparó a mi alrededor. Maldije de nuevo y reduje la velocidad.

—¡Ve por delante, Rara!

Kimmalyn aceleró y yo viré a la derecha, haciendo que la nave krell se centrara en mí, su objetivo más próximo.

—Tendrías que haber esperado a tener mis cómputos antes de empezar —me regañó M-Bot—. La impaciencia es un defecto muy grave.

Apreté los dientes y ejecuté una secuencia de esquivas.

—Peonza, Rara, Nedder —dijo Jorgen por la línea—. ¿Dónde estáis? ¿Por qué no habéis imitado mi…?

—¡Me están disparando, Caracapullo! —espeté.

—Te tengo, Peonza —dijo Nedd por mi auricular—. Si puedes nivelarte, intentaré derribarlo.

—No atravesarás el escudo. Rara, ¿sigues ahí?

—A tus tres —dijo ella con voz temblorosa.

—Prepárate para cargarte a ese tío.

—¡Ah! Hum, vale. Vale…

La inmensa nave se cernía por encima, sin dejar de caer. Arturo había estado en lo cierto: su descenso era lento, constante. Pero era vieja y estaba rota, con enormes agujeros en el casco. La batalla proseguía en un amplio y ensombrecido sector de aire abierto por debajo de ella, lleno de escaramuzas de naves y líneas de fuego de destructor.

Mi perseguidor me acertó con un disparo y mi escudo crepitó.

«Concéntrate». Aquello lo había practicado cien veces en las simulaciones. Ascendí en bucle, seguida por el caza krell. En la cima de la curva, realicé una maniobra de nave estelar: al no verme afectada por la resistencia del aire, hice rodar la nave sobre su eje y sobrecargué el propulsor, con lo que salí despedida del bucle hacia un lado.

Los ConGravs saltaron a máxima potencia y amortiguaron casi toda la aceleración, pero aun así el estómago estuvo a punto de salírseme por la garganta. Las simulaciones no hacían justicia a lo mucho que me desorientó la maniobra, sobre todo cuando los ConGravs se cortaron y me aplané contra el respaldo.

En teoría, debería ser capaz de soportar esa cantidad de fuerza, y no caer inconsciente me demostró que, en efecto, la soportaba. Pero estuve a punto de vomitar.

Se disparó mi alarma de proximidad. La nave krell, como esperaba, no había compensado lo bastante deprisa. Había seguido haciendo el bucle, y yo, al salir despedida de mi maniobra, pasé muy cerca de ella. Combatí la náusea y pulsé con fuerza el PMI, con lo que anulé mi escudo y el de mi perseguidor.

Me preparé para lo peor. Estaba completamente expuesta. Si ese krell lograba girar hacia mí y hacer un solo disparo…

Hubo un fogonazo a mi cola y, casi al instante, una onda de choque recorrió mi nave.

—Le he dado —dijo Kimmalyn—. ¡Lo… lo he conseguido!

—Gracias —respondí, soltando aire aliviada y desactivando la sobrecarga. Seguí en línea recta, empezando a perder velocidad. Apagué el propulsor y preparé el activador de escudo. Noté el casco caliente y sudoroso contra la cabeza mientras mis dedos repetían unos movimientos familiares. Gracias a las estrellas por el entrenamiento de Cobb; mi cuerpo sabía lo que tenía que hacer.

Otra nave krell se aproximó al verme flotar solo con el impulso que llevaba. Me encogí, pero una ráfaga de disparos hizo apartarse a la nave.

—Te tengo cubierta —dijo Nedd, que pasó zumbando por arriba—. Rara, forma conmigo una pauta defensiva.

—Hecho —respondió Kimmalyn.

—No hace falta —dije yo, pulsando con fuerza el activador—. Ya ha vuelto. ¿Nos largamos de aquí?

—Encantada —dijo Kimmalyn.

Guie a los otros dos en un trazado que confiaba en que nos sacara de allí y llamé a Jorgen.

—Estamos con rumbo 304,8 —le dije—. ¿Los demás habéis salido de debajo de esa cosa?

—Afirmativo —respondió Jorgen—. Hemos rebasado la sombra en 303,97-1.210,3-21.200. Os esperamos aquí, Peonza.

Sonaba tranquilo, cosa que, a decir verdad, era más de lo que podía decir de mí misma. No dejaba de imaginar más asientos vacíos en nuestra aula.

—¿Estás preparada para mi análisis? —preguntó M-Bot.

—Dependerá de cuántas veces se mencionen las setas.

—Solo una, me temo. Eso tan enorme que ves ahí arriba es más o menos medio astillero orbital C-137-KJM, dotado de instalaciones de entrenamiento para zapadores. No sé muy bien lo que es eso, pero creo que debía de servir para manufacturar cazas estelares. No hay ni rastro de la otra mitad, pero este pedazo seguramente lleva siglos flotando allá arriba, a juzgar por la escasa emisión de energía de esos anillos de pendiente.

»Mis proyecciones indican que su órbita ha decaído porque ya no le queda suficiente energía para autocorregirse. No parece contar con inteligencia artificial, o si la tiene, se niega a hablar conmigo, lo cual es de mala educación. Las pautas del ataque krell indican un objetivo defensivo, con el fin de manteneros apartados de la estación.

—¿En serio? —dije—. Repite eso último.

—¿Eh? Ah, resulta evidente a partir de sus pautas de vuelo. No les importa mataros, ni llegar a vuestra base, ni nada de eso. Hoy, solo quieren que no os acerquéis a esa nave, supongo que por lo muchísimo que podría rescatar de ella vuestra subdesarrollada y carnosa sociedad de pilotos de naves lentas.

Tenía sentido. A veces los krells destruían escombros para impedir que obtuviéramos anillos de pendiente. ¿Cuánto los preocuparía que capturáramos aquel mastodonte, que los tenía a centenares?

—Y además, tiene un poco forma de seta —añadió M-Bot.

Otra pareja de pilotos de la FDD, quizá los mismos que habíamos visto antes, pasó volando, seguida por un grupo numeroso de krells.

—Escuchad —dijo Nedd—. Peonza y Rara, salid las dos. Ya casi estáis. Yo tengo que hacer una cosa.

—¿Qué? —dije, girando la cabeza para mirar hacia atrás—. ¿Nedder?

Salió de nuestra formación de vuelo y se lanzó tras las naves krells que habían pasado junto a nosotros. ¿Qué creía que estaba haciendo?

Viré y lo seguí.

—¿Nedder? Tirda.

—¿Peonza? —dijo Kimmalyn.

—No lo dejaremos solo. Vamos.

Aceleramos tras Nedd, que seguía a las seis naves krells. Ellas, a su vez, daban caza a los dos cazas de clase Sigo pintados de azul, indicando que

pertenecían al Escuadrón Tormenta Nocturna. Estaba claro que Nedd quería echarles una mano, pero ¿un cadete contra seis krells?

—¡Nedd! —grité—. Sabes que me encantan las peleas, pero también tenemos que cumplir las órdenes.

No respondió. Por delante, ambos cazas Tormenta Nocturna, abrumados por el fuego enemigo, tomaron una medida desesperada. Se aproximaron al gigantesco astillero, trazaron una curva y se introdujeron por un agujero del costado. Era una negrura enorme, quizá en el lugar por donde una vez se había unido otra sección del astillero a aquella mitad.

La estructura seguía cayendo, pero muy despacio. En algún momento impactaría contra el suelo, y dudaba mucho de que nos interesara estar cerca cuando eso pasara. Vi que las naves krells perseguían a nuestros pilotos hacia las profundidades de la antigua nave, y Nedd se lanzó tras ellas. Así que apreté los dientes y seguí en esa misma dirección.

—Peonza —dijo Kimmalyn—. No creo que yo pueda hacer eso. Si intento volar ahí dentro, te juro que me estrello.

—Sí, vale —respondí—. Vuelve con Jorgen y los demás.

—De acuerdo —dijo. Viró a la izquierda y emergió de la sombra de la máquina que caía.

Yo, en cambio, descendí por la brecha, siguiendo a Nedd hacia la oscuridad.

26

Crucé veloz las entrañas de la vetusta estación, una negrura amplia y abierta, rodeada de grúas y demás equipo de construcción, iluminado por intermitentes focos de emergencia. La escritura que había en una pared, con forma circular, me recordó a parte del viejo material que había en las cavernas, como aquella extraña intersección por la que pasaba con frecuencia, que tenía el techo y el suelo cubiertos de aquellos símbolos. La única conclusión a la que llegaba era que los antiguos habitantes del planeta habían construido naves allí dentro, pero ¿para qué habían necesitado tanto espacio? La cavernosa cámara se tragó nuestros cazas estelares.

Los otros dos cazas de la FDD estaban elevándose. Los perseguían los seis krells, que abrían fuego sin cesar, llenando la oscuridad de disparos de destructor. Nedd intentó alcanzarlos y yo lo seguí, sobrecargando el propulsor para tener un momento de aceleración adicional.

No podía llamar a los otros cazas. Las naves de cadetes no solían estar equipadas con canales de radio que les permitieran hablar con los pilotos graduados. No querían que molestáramos.

Cambié al canal directo con Nedd.

—Esto es una locura —dije—. Muchísimas gracias por darme una excusa para hacerlo.

—¿Peonza? —dijo él—. ¿Sigues conmigo?

—De momento, sí. ¿Cuál es el plan?

—Ayudar a esos cazas en lo que podamos. A lo mejor, podemos acercarnos. Esos krells vuelan en… —Se interrumpió al pasar junto a una vieja grúa, casi rozándola—. Vuelan en grupo. Podríamos darles a todos a la vez, con un PMI bien colocado.

—Sigo tus instrucciones —dije, esquivando la grúa por debajo—. Pero si Caracapullo pregunta, pienso contarle que intenté disuadirte de hacer esto.

—¿Tú, la voz de la razón? Peonza, yo soy idiota, y ni yo me creería algo así.

Sonreí e imité a Nedd acelerando a Mag 1,2, para intentar alcanzar a los krells. Por desgracia, los pilotos de la FDD viraron a la derecha y se metieron en un túnel que se internaba más en las profundidades de la antigua estación.

Una parte de mí no podía creer que estuviéramos haciendo aquello. ¿Volar por el centro de un antiguo escombro que estaba en plena caída hacia el suelo? ¿Cuánto tiempo teníamos hasta el impacto? ¿Unos minutos, como mucho?

Con los dientes rechinando, dejé de acelerar mientras Nedd y yo nos ladeábamos y seguíamos a los krells al interior del túnel. Estaba iluminado por focos rojos, que pasaron emborronados mientras lo recorríamos a Mag 1,2, que ya era una velocidad peligrosa para estar volando por el interior de algo. No me atrevía a ir más deprisa, pero un vistazo rápido al sensor de proximidad me indicó que los krells aún estaban muy fuera del alcance del PMI.

Nedd abrió fuego con su destructor y yo lo imité, pero, como nos había advertido Cobb, apuntar era difícil incluso con seis objetivos revoloteando enfrente de nosotros. Los escudos krells absorbieron sin problemas los pocos disparos que acertaron.

Muy por delante, nuestros pilotos engancharon la pared con sus lanzas de luz y doblaron un recodo para meterse en otro túnel. Los krells los siguieron con menos destreza. Yo clavé mi propia lanza en la pared y tracé una curva cerrada para ir tras ellos. Mis ConGravs saltaron para absorber las fuerzas de inercia e impedir que me aplastara.

Hice sudar a los ConGravs mientras serpenteábamos por las entrañas de la nave, haciendo giro tras giro, volando en una secuencia de maniobras tan frenética y rápida que no pude disparar ni una vez. Tenía la atención fija del todo en observar los propulsores de los krells, en usar sus movimientos como guía para buscar dónde clavar a continuación mi lanza de luz. Girar, liberar, esquivar, lanzar, girar. Repetir.

—Solo… un poco… más… —dijo Nedd, un poco por delante de mí.

Lanzar. Girar. Liberar.

—Tengo una proyección de batalla actualizada —dijo M-Bot en tono animado.

Por delante, una nave krell falló un viraje y rozó el lado del túnel. Su escudo absorbió el impacto, pero el rebote lo estampó contra la pared opuesta. La repentina y violenta explosión me hizo aflojar la velocidad. Hice el giro, por los pelos, mientras crepitaban piedras y chispas contra mi escudo.

—Te habías olvidado de que estoy aquí, ¿verdad? —dijo M-Bot.

—Ocupada —respondí entre dientes apretados. Nedd no había aminorado por la explosión. De hecho, estaba sobrecargando el propulsor, ya cerca de Mag 1,5, intentando acercarse a los krells restantes.

Aceleré para mantenerle el ritmo, pero aquello empezaba a parecer demasiado. Incluso para mí.

—Podría volver a hibernar, si no te interesa hablar —comentó M-Bot—. Me… echarías de menos si lo hiciera, ¿verdad?

—Claro.

—¡Ay, qué sentimentales sois los humanos! Jajaja. Por cierto, tienes tres minutos y medio exactos antes de que la estación caiga contra la superficie. Tal vez menos, dado que los krells han empezado a dispararle.

—¿Qué?

—Ahora que el grueso de vuestras naves se ha retirado, los krells están centrados en la estación, en que no podáis echarle mano. Creo que hay bombarderos preparando cargas explosivas en la parte de arriba, y cazas normales fuera destruyendo todos los anillos de pendiente para que caiga más deprisa.

—Tirda. Seguro que podríamos construir naves para llenar varios escuadrones, con los restos de este sitio.

Los krells no iban a permitírnoslo.

Pero ¿por qué dejar que cayera aquel trasto, en un principio? ¿Por qué no destruirlo allá arriba?

Tratar de descifrar las reacciones de los krells en ese momento era una pérdida de tiempo. Hice otro viraje siguiendo a Nedd. Apenas lograba distinguir ya al enemigo: se nos estaban quitando de encima.

Muy por delante, el brillante fogonazo naranja de una explosión iluminó los túneles. Una de las naves que intentábamos proteger acababa de ser destruida.

—¡Nedd! —grité por el comunicador—. Este sitio va a estrellarse. ¡Tenemos que salir!

—No. ¡Tengo que ayudar!

Apunté y, apretando los dientes, me arriesgué a enganchar su nave con mi lanza de luz. La refulgente línea roja de luz se adhirió a él e hizo chisporrotear su escudo. Corté el propulsor, hice rodar mi nave sobre su anillo de pendiente y aceleré en sentido contrario, tirando de él hacia atrás y ralentizando su caza.

—¡Suéltame! —gritó.

—Nedd, no podemos ayudar. Aún no somos lo bastante buenos para hacer estas cosas. Por las estrellas del cielo, ya es un milagro que hayamos sobrevivido a esa carrera por los túneles.

—Pero… pero…

Nos quedamos allí flotando, con los propulsores tirando en direcciones opuestas, conectados por una cuerda de luz.

—Cobarde —susurró.

La palabra me golpeó como un bofetón. No era una… No podía ser una…

«Cobarde».

—Voy a apagar mi propulsor —dijo él—. Quítale potencia al tuyo o saldremos disparados contra esa pared.

Me mordí la lengua para no contestarle y reduje mi impulso antes de desactivar la lanza de luz. Nos quedamos callados, pero, desde algún lugar lejano, la estructura entera chirrió y se sacudió.

—¿Por dónde? —preguntó—. ¿Hacia dónde vamos?

—No lo sé.

M-Bot hizo un sonido parecido a un carraspeo.

—¿Querrías instrucciones para escapar de la flamígera trampa mortal en la que, con toda insensatez, te has…?

—¡Sí! —lo interrumpí, brusca.

—Tampoco hace falta enfadarse. Vuela hacia delante hasta que te diga, y entonces a la izquierda.

—¡Sígueme! —dije a Nedd, empujando el acelerador y poniéndome en movimiento.

Recorrí los túneles, con la llama de mi propulsor reflejándose en las abandonadas paredes metálicas. Nedd me siguió.

—Izquierda, por ese túnel que tienes justo delante —apuntó M-Bot—. Eso es. Ahora deja pasar dos túneles y… No, ese de ahí, no… Ese. Coge ese.

Usé la lanza de luz para virar de golpe por el túnel.

—Te queda poco menos de dos minutos para sufrir una muerte abrasadora y que yo me quede solo con Gali y la babosa. No he sido capaz de computar cuál de los dos tiene una conversación menos atractiva. Coge ese túnel que sale hacia arriba.

Seguí sus instrucciones, girando por aquel enloquecedor complejo de recodos y túneles. Los sonidos de fuera ganaron intensidad. Acero retorciéndose. Sacudiéndose. Explosiones huecas.

El sudor empapó los lados de mi casco. Estaba dedicando toda mi atención al vuelo, absorbida. Dedicada. Concentrada.

Aunque no perdí el control de la nave, una parte de mí empezó a sentirse desconectada. El interior del casco empezó a calentarse, y habría jurado que escuchaba voces dentro de mi cabeza. Solo fragmentos, palabras.

… detonar…

… vira…

… propulsor…

Nedd y yo irrumpimos de nuevo en la abertura cavernosa que había en el borde exterior del astillero. Ya más tranquilo, no necesité la guía de M-Bot para volverme hacia el brillante agujero de la pared.

Salimos como sendas exhalaciones del hueco y estuvimos a punto de clavarnos en el suelo. El astillero estaba a punto de impactar contra la superficie.

Enderecé la nave, casi rozando la superficie gris azulada, levantando polvo a mi espalda. Nedd soltó una palabrota en voz baja. Habíamos salido a una estrecha y menguante sección de espacio entre la estación y el suelo.

—Los krells acaban de hacer detonar varios explosivos potentes encima del astillero —dijo M-Bot.

Me lancé hacia delante bajo la estación. El techo que tenía encima siguió descendiendo, mientras el trasto perdía su integridad estructural y empezaban a desprenderse trozos de metal que caían a nuestro alrededor.

—A tu velocidad actual, no escaparás de la onda de choque —dijo M-Bot con suavidad.

—¡Sobrecárgalo, Nedd! —grité, empujando el acelerador hasta el fondo —. ¡Mag 10!

Los ConGravs se activaron, pero tardaron poco en saturarse y al momento me vi aplastada hacia atrás contra el asiento.

Me empezó a pesar la cara y noté la piel retraerse de los ojos y las comisuras de la boca. Los brazos me pesaban como el plomo, e intentaban caer de los controles.

Por delante, la salida, la libertad, era una línea de luz cada vez más estrecha.

Mi Poco empezó a sacudirse cuando alcancé Mag 10 y seguí acelerando, forzándolo hasta Mag 10,5. La vibración empeoró y mi escudo empezó a brillar por el súbito calor de la resistencia del aire.

Por suerte, bastó. Nedd y yo salimos despedidos de debajo del astillero mientras caía contra el suelo, lanzando polvo y escombros tras nosotros. Pero a aquella velocidad, lo dejamos todo atrás enseguida, incluido el estrépito del impacto, ya que volábamos a varias veces la velocidad del sonido.

Dejé salir el aire, desacelerando con cuidado, mientras remitía el traqueteo.

Con Nedd a mi ala, viramos casi en redondo… y en aquellos segundos de vuelo tras nuestra huida, nos habíamos alejado tanto que ni siquiera vi el

polvo del astillero estrellado. Mis sensores apenas registraron la onda de choque cuando por fin nos alcanzó, ya de camino a nuestro punto de encuentro con los demás.

Al cabo de un tiempo, nos acercamos lo suficiente para que pudiera distinguir la enorme nube de polvo que había provocado el impacto. Los restos en sí eran solo una inmensa sombra oscura en el polvo, con puntitos que se arremolinaban encima. Naves krells, asegurándose de que no quedara nada útil que rescatar de aquella gigantesca chatarra. Muchas veces, podía recuperarse piedra de pendiente en el núcleo de los cascotes caídos, pero el fuego de destructor o el intenso calor de una explosión del tipo adecuado la echaban a perder.

—Por fin —dijo Jorgen mientras entrábamos en formación con los demás —. ¿En qué estrellas estabais pensando los dos?

En vez de responder, hice recuento de nuestro escuadrón. Siete naves, incluida la mía. Habíamos sobrevivido todos. Estábamos sudados, agitados y solemnes; casi nadie abrió la boca mientras nos reuníamos con el Escuadrón Contracorriente para regresar a la base. Pero seguíamos vivos.

«Cobarde».

La voz de Nedd resonó en mi cerebro, distrayéndome más que el calor de los sensores de mi casco y que el lugar surrealista al que habían vagado mis pensamientos mientras salíamos del astillero. ¿De verdad me había parecido oír voces?

Yo no era una cobarde. A veces, no había más remedio que retirarse. La FDD había renunciado a aquella pelea. Yo no era menos soldado por haber convencido a Nedd de escapar, ¿verdad?

Empezaba a oscurecer cuando aterrizamos en la plataforma de lanzamiento. Me quité el casco y salí de la cabina, agotada. Jorgen me esperaba al pie de la escalera.

—Aún no me has respondido —espetó—. Te dejé sola en el vuelo de vuelta y sé que estarás alterada, pero vas a tener que explicarte. —Me cogió del brazo y me retuvo con fuerza—. Has estado a punto de matar a Nedd con esa jugada.

Suspiré y miré su mano.

Me soltó poco a poco.

—La pregunta sigue en pie —dijo—. Ha sido una locura, incluso para ti. Aún no me creo que hayas sido capaz de…

—Por mucho que me guste ser la loca, Caracapullo, estoy demasiado cansada para hacerte caso ahora mismo. —Señalé con el mentón la nave de

Nedd, bajo la tenue luz—. Él es quien ha entrado. Yo le he seguido. ¿Habrías preferido que lo dejara allí dentro solo?

—¿Nedd? —dijo Jorgen—. Es demasiado sensato para hacer algo así.

—A lo mejor, está contagiándose de los demás. Yo solo sé que había un par de cazas de clase Sigo, Escuadrón Tormenta Nocturna, a los que seguían unos enemigos, y Nedd se negaba a dejarlo estar.

—¿Escuadrón Tormenta Nocturna? —preguntó Jorgen.

—Sí, ¿por qué?

Jorgen se quedó callado, se volvió y anduvo hacia la nave de Nedd. Yo fui tras él, sintiéndome exprimida y con un principio de dolor muy raro en la cabeza, como agujas detrás de los ojos. El caza de Nedd estaba vacío y tampoco lo encontramos con los demás, que estaban congregándose en los vestuarios cercanos a la plataforma de lanzamiento para quitarse los trajes de presión. Reían juntos, ya sin el estrés de la batalla.

Jorgen cogió el camino entre dos plataformas de lanzamiento y yo lo seguí, confusa, hasta que llegamos a una hilera de siete cazas estelares de clase Sigo, que tenían grabada la insignia del Escuadrón Tormenta Nocturna. Habían aterrizado antes que nosotros y sus pilotos ya se habían ido, dejando las naves al cuidado de los equipos de mantenimiento.

Nedd estaba arrodillado en el pavimento, cerca de dos huecos en la fila de naves.

—¿Qué pasa? —pregunté a Jorgen.

—Sus hermanos, Peonza. Compañeros de ala. Tormenta Nocturna Seis y Siete.

Los dos pilotos a los que habíamos seguido. Los dos que, como acababa de resultar evidente, habían muerto en aquellos túneles oscuros.

27

Nedd no vino a clase el día siguiente.

Ni el siguiente. Ni en toda esa semana.

Cobb nos tuvo ocupados haciendo ejercicios de persecuciones. Hicimos picados, esquivamos y nos marcamos unos a otros, como verdaderos pilotos. Pero en los recesos de la acción, la voz de Nedd me acosaba. «Cobarde».

Volví a pensar en ello sentada en mi pegabina del aula, completando un ejercicio tras otro. Había interrumpido la persecución y había obligado a Nedd a abandonar a sus hermanos. ¿Acaso era algo que cualquier héroe de leyenda se hubiera planteado siquiera hacer?

—Las proyecciones estadísticas indican que, si hubierais prolongado la persecución otros siete segundos —dijo M-Bot mientras yo hacía una práctica de combate aéreo holográfico—, habríais muerto en el impacto o en la subsiguiente explosión.

—¿Podrías haberte infiltrado en el canal de radio? —le pregunté, susurrando porque estaba en el aula—. ¿Para llamar a los hermanos de Nedd?

—Sí, es muy probable que hubiera podido.

—Tendría que habérsenos ocurrido. A lo mejor, coordinándonos, podríamos haberlos ayudado a escapar.

—¿Y cómo habrías explicado tu repentina capacidad para usar sin trabas las señales de comunicación de la FDD?

Descendí en mi persecución del krell holográfico y no respondi a M-Bot. Si hubiera sido una auténtica patriota, habría entregado la nave a mis superiores hacía mucho tiempo. Pero no era una patriota. La FDD había traicionado y matado a mi padre, y luego mentido al respecto. Los odiaba por eso… pero a pesar de ese odio, había acudido a ellos suplicando que me permitieran volar.

De pronto, esa súplica me parecía otro acto de cobardía.

Di un suave gruñido, usé la lanza de luz para rodear un trozo de escombro flotante y pulsé con fuerza el botón de sobrecarga. Pasé veloz junto a la nave krell y activé el PMI para anular tanto su escudo como el mío antes de rotar sobre mi eje. La maniobra dejó el morro de mi nave hacia atrás mientras seguía volando hacia delante, pero me las ingenié para acertar con el destructor al krell que tenía detrás y destruirlo.

Era una jugada peligrosa por mi parte, ya que me dejaba mal orientada para ver hacia dónde iba. Y en efecto, otra nave krell se aproximó casi al instante por mi flanco derecho y me disparó. Morí con la bocina de «vas sin escudo» atronando en mi oído.

—Bonito truco —dijo Cobb por el auricular mientras mi holograma se reiniciaba—. Estupenda forma de morir.

Me quité las correas y me levanté, mientras me arrancaba el casco y lo tiraba a un lado. Rebotó en el asiento y repicó contra el suelo mientras yo iba al fondo del aula y empezaba a pasear dando vueltas.

Cobb estaba de pie en el centro de las cabinas falsas, rodeado de navecitas holográficas. Llevaba un auricular con micrófono para hablar con nosotros a través de las líneas de los cascos. Me miró mientras daba vueltas, pero me dejó tranquila.

—¡Tirda, Rara! —gritó a Kimmalyn—. ¡Estaba claro que ese caza estaba haciendo una secuencia S-4, intentando tenderte una trampa! ¡Presta atención, chica!

—¡Lo siento! —exclamó ella desde dentro de su cabina—. ¡Ah, y lo siento también por eso otro!

—¿Señor? —preguntó Arturo, envuelto en su holograma de entrenamiento—. ¿Esto lo hacen mucho los krells? ¿Intentar engañarnos?

—Difícil de saber —dijo Cobb con un gruñido.

Seguí paseándome, liberando la frustración que sentía (sobre todo hacia mí misma) mientras escuchaba. Aunque estaban todos sentados en círculo, sus voces llegaban amortiguadas por los cascos y los confines de sus pegabinas. Oírlos así me dio más seguridad de que, cuando susurraba a M-Bot desde mi propia cabina, los demás no me oirían, siempre que recordara hablar en voz muy baja.

La charla de vuelo me tranquilizaba. Poco a poco, fui dejando de pasear en círculo y me acerqué a Cobb cerca del holograma central.

—El otro día —dijo Arturo—, con aquel cacho enorme de basura espacial, el ataque no fue para derrotarnos, sino para destruirlo, y supongo que para impedir que rescatáramos nada útil, ¿verdad?

—Sí —respondió Cobb—. ¿A qué viene la pregunta, Anfi?

—A que debían de saber que iba a caer, señor. Viven allá fuera, en el espacio. Así que imagino que llevarían años viendo ese cacho enorme allí arriba. Podrían haberlo destruido en cualquier momento, pero esperaron hasta que cayó. ¿Por qué?

Asentí con la cabeza. Yo me había hecho esa misma pregunta.

—Los motivos de los krells son incognoscibles —dijo Cobb—. Exceptuando su deseo de exterminarnos, claro.

—¿Por qué nunca han atacado con más de cien naves a la vez? —insistió Arturo—. ¿Por qué siguen haciéndonos entrar en escaramuzas, en vez de enviar un ataque masivo?

—¿Y por qué dejan que caiga material útil, desde un principio? —añadí yo—. Sin él, no podríamos obtener los suficientes anillos de pendiente para sostener nuestra resistencia. ¿Por qué no los atacamos a ellos en el cinturón de escombros? ¿Por qué esperamos a que bajen aquí y…?

—Basta de entrenamiento —dijo Cobb. Fue hasta su escritorio y pulsó el botón que desactivaba todos los hologramas.

—Perdón, señor.

—No te disculpes, cadete —dijo Cobb—. Ni tú tampoco, Anfisbena. Los dos habéis hecho buenas preguntas. Fuera cascos, todo el mundo. Incorporaos. Prestad atención. Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado, sabemos tan poco sobre los krells que da miedo… pero os diré lo que sí sabemos.

Me noté cada vez más ansiosa mientras los demás se quitaban los cascos. ¿Respuestas? ¿Por fin?

—Señor —dijo Jorgen, levantándose—. ¿Los detalles sobre los krells no son información reservada a los pilotos graduados?

Arturo dio un leve gemido y puso los ojos en blanco. Su expresión parecía decir: «Gracias, Jorgen, por ser siempre tan tan aguafiestas».

—A nadie le caen bien los acusicas, Jorgen —dijo Cobb—. Calla y escucha. Esto tenéis que saberlo. Esto *merecéis* saberlo. Ser Primer Ciudadano me deja un poco de manga ancha con lo que puedo decir.

Volví junto a mi pegabina mientras Cobb reproducía algo en su holograma, un planeta. ¿Detritus? Tenía trozos de metal flotando alrededor, pero el cinturón de cascotes se extendía más y era más grueso de lo que había esperado.

—Esto es una imagen aproximada de nuestro planeta y el cinturón de escombros —dijo Cobb—. La verdad es que solo tenemos una idea muy rudimentaria de lo que hay allí arriba. Perdimos mucho de lo que supiéramos cuando los krells bombardearon el archivo y a nuestros mandos, en el año cero D. A. Pero algunos científicos creen que, en algún momento, el planeta entero estaba rodeado por un caparazón, por un escudo metálico. El problema es que muchos de esos antiguos mecanismos de ahí arriba siguen activos… y armados.

Miramos el planeta holográfico, que brillaba en un tono azul claro y era traslúcido. De él se lanzó un grupo de cazas holográficos. Se acercaron al cinturón de escombros y cayeron todos abatidos por centenares de ráfagas de destructor.

—Subir ahí arriba es peligroso —siguió diciendo Cobb—. Incluso para los krells. Es por eso que la vieja flota vino aquí, a este viejo planeta cementerio. Lo poco que recuerdan los ancianos sugiere que Detritus era un planeta conocido por aquel entonces, pero todo el mundo lo evitaba. Su escudo interfería las comunicaciones hasta casi anularlas, y cuando se enfrentó a las antiguas plataformas orbitales de defensa, nuestra flota apenas logró atravesarlas para estrellarse en la superficie.

»Los krells no parecen explorar mucho allí fuera. Quizá supieran que ese viejo astillero iba a caer, pero llegar hasta él a través del cinturón de cascotes les habría salido caro. Parecen haber encontrado algunas rutas seguras hacia el planeta, y las utilizan casi exclusivamente.

—Entonces… —dije, fascinada. Todo aquello era nuevo para mí—. ¿Podríamos usar esas viejas plataformas defensivas, de alguna manera?

—Lo hemos intentado —repuso Cobb—, pero para nosotros es igual de peligroso volar hasta ahí arriba. Las plataformas también nos disparan. Además, los krells son más mortíferos en el espacio. ¿Recordáis que este planeta está escudado? Bueno, pues los krells tienen unas extrañas y avanzadas técnicas de comunicación. El escudo del planeta interfiere con su capacidad de hablar entre ellos. Creemos que por eso vuelan peor aquí abajo.

»Hay otro problema, menos crucial —dijo Cobb, que pareció empezar a vacilar por algo—. En el espacio, fuera del planeta, los krells pueden… bueno, las antiguas tripulaciones dicen que la tecnología krell les permite leer lo que estamos pensando los humanos. Y que hay personas más susceptibles a ello que otras.

Crucé la mirada con las del resto del escuadrón. No había oído nada parecido en toda mi vida.

—Pero no contéis a nadie que os he dicho eso último —pidió Cobb.

—Así que… —dijo Arturo—. ¿Esa interferencia en las comunicaciones y esas defensas orbitales explican que los krells no nos bombardeen desde el espacio?

—En los primeros días de Alta —dijo Cobb—, intentaron traer naves más grandes, pero las destruyeron las defensas orbitales. Los krells solo pueden hacer pasar naves pequeñas y maniobrables para atacarnos.

—Pero eso no justifica que envíen solo escuadrones relativamente pequeños —objetó Arturo—. Si no me equivoco, nunca han lanzado un asalto con más de cien naves, ¿verdad?

Cobb asintió.

—¿Por qué no envían doscientas? ¿O trescientas?

—No lo sabemos. Si te pones a hurgar en los informes reservados, no encuentras más que teorías descabelladas. Quizá cien naves sean lo máximo que pueden coordinar al mismo tiempo.

—Vale —dijo Arturo—, pero ¿por qué solo parecen capaces de preparar una sola aniquiladora a la vez? ¿Por qué no cargan una en cada nave y se arrojan en plan suicida contra nosotros? ¿Por qué…?

—¿Qué son? —interrumpí. Las preguntas de Arturo eran relevantes, pero, en mi opinión, menos que la mía.

Arturo me miró y asintió.

—¿Lo sabemos, Cobb? —pregunté—. ¿En esos archivos secretos aparece alguien que lo sepa? ¿Hemos visto alguna vez a un krell?

Cobb hizo que el holograma mostrara la imagen flotante de un casco calcinado y varias piezas de armadura. Me estremecí. Eran restos de krell. El holograma era una versión mucho más detallada, mucho más real, de las representaciones artísticas que había visto. En la foto salían unos científicos rodeando la mesa en la que estaba la armadura, que era achaparrada y voluminosa. Así como un poco cuadrada.

—Esto es lo único que hemos podido recuperar jamás —dijo Cobb—. Y lo encontramos solo en pocas naves de las que derribamos. En una de cada cien, o menos. No son seres humanos, de eso estamos seguros. —Puso otra imagen, una representación holográfica más de cerca de un casco, abrasado por una explosión—. Existen algunas teorías —prosiguió—. Los ancianos, los que vivían en la misma *Desafiante*, hablan de cosas que son imposibles para nuestra comprensión actual. Quizá el motivo de que nunca encontremos nada más que armadura es que no haya nada más que encontrar. A lo mejor, los krells son la armadura. En los viejos tiempos, había leyendas que hablaban de algo muy extraño: máquinas capaces de pensar.

Máquinas capaces de pensar. Máquinas dotadas de tecnología avanzada de comunicaciones.

De pronto, me sentí helada. La sala pareció diluirse y me quedé en pie junto a mi pegabina, oyendo hablar a los otros como si estuvieran muy lejos.

—Eso es una locura —dijo Arcada—. Un cacho de metal no puede pensar, igual que una roca no puede. O esa puerta. O mi cantimplora.

—¿Más locura que la idea de que puedan leer mentes? —preguntó Arturo —. Nunca había oído nada parecido.

—Es evidente que existen maravillas en esta galaxia que apenas somos capaces de comprender —dijo Cobb—. Al fin y al cabo, la *Desafiante* y otras naves podían viajar entre las estrellas en un instante. Las máquinas pensantes explicarían por qué encontramos tantas cabinas krells que están vacías, y por qué la «armadura» que recuperamos nunca parece tener un cuerpo dentro.

«Máquinas capaces de pensar».

Cobb anunció el final del entrenamiento ese día y todos cogimos nuestras cosas para irnos a cenar. Kimmalyn y FM dijeron que habían pillado un resfriado que llevaba días dando vueltas por la base, así que Cobb les sugirió que volvieran a su dormitorio y descansaran. Dijo que pediría a un asistente que les hiciera llevar allí la cena.

Oí todo aquello, pero sin hacerle mucho caso. Me senté, aturdida. M-Bot era una nave capaz de pensar, y de infiltrarse en nuestras comunicaciones con aparente facilidad. ¿Y si… y si lo que estaba reparando era un krell? ¿Por qué no me había parado a pensarlo nunca? ¿Cómo había podido estar tan ciega a lo que parecía una posibilidad evidente?

«Tiene cabina —pensé—, con cosas escritas en inglés. Instalaciones para un piloto. Y dice que no puede volar por su cuenta».

Pero eso podía ser un engaño, ¿verdad? Decía que no podía mentir, pero solo contaba con su palabra al respecto. Y además…

—¿Peonza? —dijo Cobb, deteniéndose cerca de mi pegabina—. ¿No estarás pillando ese resfriado tú también?

Negué con la cabeza.

—Es que es mucho que asimilar.

Cobb gruñó.

—Bueno, a lo mejor es todo un montón de escoria fría. La verdad es que, cuando perdimos el archivo, casi todo lo que se dice de los días antiguos son chismes.

—¿Le importa que contemos todo esto a Nedd? —le pregunté—. ¿Cuando vuelva?

—No va a volver —dijo Cobb—. La almirante lo ha retirado oficialmente de la lista de cadetes esta mañana.

—¿Cómo? —dije, levantándome, sorprendida—. ¿Ha pedido que lo retiren?

—No se ha presentado al servicio, Peonza.

—Pero… sus hermanos…

—Ser incapaz de controlar las emociones, incluido el desconsuelo, es señal de no estar capacitado para el deber. Por lo menos, eso opinan Férrea y los otros altos mandos de la FDD. Yo digo que es mejor que Nedd no vuelva. Ese chico era demasiado listo para esto, de todos modos.

Salió renqueando por la puerta.

Yo me hundí en el asiento. Así que de verdad habíamos pasado a ser solo seis. Y si ser incapaz de controlar las emociones te incapacitaba para el deber… ¿qué pasaba conmigo? Se me estaba amontonando todo encima. La pérdida de mis amigos, la preocupación por M-Bot, las voces que me susurraban al fondo de mi mente que, en realidad, era una cobarde.

Llevaba toda la vida luchando resentida, gritando a viva voz que sería piloto y que sería lo bastante buena. ¿Dónde había ido aquella confianza?

Siempre había supuesto que, cuando lo lograra, cuando por fin llegara a la escuela de vuelo, dejaría de sentirme tan sola.

Metí la mano en la mochila y saqué la radio.

—M-Bot, ¿estás ahí?

—Anillo de pendiente, operativo pero sin energía. Propulsores, no operativos. Hipermotor citónico, no operativo. —Calló un momento—. Eso era un sí, por si estabas confundida. Estoy aquí, porque no puedo ir a ningún otro sitio.

—¿Estabas escuchando la conversación?

—Sí.

—¿Y?

—Y debo reconocer que estaba haciendo unos cálculos sobre la probabilidad de que crezcan setas dentro de ese edificio, porque vuestra conversación era, como suele ocurrir con los humanos, un poco aburrida. ¡Pero no del todo! Así que deberías sentirte…

—M-Bot, ¿eres un krell?

—¿Qué? ¡No! Pues claro que no soy un krell. ¿Por qué ibas a pensar que lo soy? ¿Cómo puedes creer…? Espera, procesando. Ah. ¿Crees que, como soy una IA y es probable que ellos también lo sean, tenemos que ser la misma cosa?

—Tienes que reconocer que es sospechoso.

—Si pudiera ofenderme, me ofendería —dijo él—. Quizá debería empezar a llamarte vaca, dado que tienes cuatro extremidades, estás hecha de carne y tienes unas capacidades mentales biológicas rudimentarias.

—¿Lo sabrías si fueses un krell? —le pregunté—. Quizá lo hayas olvidado.

—Lo sabría —aseguró M-Bot.

—Has olvidado por qué viniste a Detritus —señalé—. Solo tienes una imagen de tu piloto, si es que es él de verdad. Apenas recuerdas nada sobre mi especie. Quizá no lo supiste nunca. Quizá tus bancos de memoria contengan solo lo que los krells saben de nosotros y te hayas inventado toda esta historia.

—Estoy escribiendo una nueva subrutina —dijo él— para expresar mi indignación en términos inequívocos. Me costará un poco completarla. Déjame unos minutos.

—M-Bot…

—Un momento. La paciencia es una virtud, Spensa.

Suspiré, pero empecé a recoger mis cosas. Me sentía hueca. Vacía. No asustada, por supuesto. Yo me bañaba en los fuegos de la destrucción y me deleitaba con los chillidos de los derrotados, no me asustaba.

Pero tal vez, muy en el fondo, estaba… inquieta. Que Nedd abandonara me había afectado más de lo que debería.

Me eché la mochila al hombro y le enganché la radio a un lado. La configuré para que se iluminara si M-Bot o algún otro intentaba contactar conmigo. No quería que saliera su voz de la radio mientras recorría los pasillos, aunque no tenía por qué preocuparme. El edificio estaba desierto. Cobb nos había soltado tarde y los demás escuadrones ya se habían ido a cenar. No vi a ningún policía militar ni personal de apoyo mientras caminaba despacio hacia la salida, con los pies pesados.

No estaba segura de poder seguir haciendo lo que hacía. Levantarme temprano y ponerme a trabajar en M-Bot. Cansarme con las clases cada día y luego volver caminando a la cueva por la noche. Dormir mal, soñando con la gente a la que había fallado o, aún peor, tener pesadillas en las que huía…

—¡Pssst!

Me detuve y miré la radio enganchada a un lado de mi mochila.

—¡Psssssssssssssssssssst! ¡Spensa!

Miré hacia ambos lados del pasillo. A mi derecha… ¿estaba Kimmalyn, junto a una puerta, vestida de negro?

—¿Rara?

Me hizo gestos apremiantes para que me acercara. Fruncí el ceño, recelosa.

Entonces quise darme una patada a mí misma. «Serás cazurra. Pero si es Kimmalyn».

Fui hacia ella.

—¿Qué estás…?

—¡Chist! —me cortó, y entonces salió correteando pasillo abajo y escrutó al otro lado de una esquina. Me indicó por gestos que la siguiera y, más confundida que otra cosa, obedecí.

Lo repitió en un par de recodos de los pasillos vacíos. Incluso tuvimos que meternos en el lavabo, y me hizo esperar allí con ella, sin explicarme nada, hasta que por fin llegamos a un pasillo con muchas puertas. Los dormitorios de las chicas. Dos jóvenes a las que no conocía, vestidas con trajes de vuelo y el parche del Escuadrón Dragón Estelar, estaban charlando fuera de una habitación.

Kimmalyn me retuvo allí, agachada en la esquina, hasta que las dos chicas por fin se marcharon en el otro sentido. No se me escapó que Kimmalyn y yo habíamos llegado desde detrás, por la dirección opuesta al comedor. Entonces ¿Kimmalyn estaba enferma o no?

Cuando las dos chicas se marcharon, apareció por una puerta la cabeza de FM, con el pelo corto recogido hacia atrás con un pasador. Nos hizo un gesto apremiante con la mano. Kimmalyn corrió por el pasillo hacia ella y yo la seguí hasta meterme en su habitación.

FM cerró de un portazo y sonrió. El pequeño dormitorio estaba igual que lo recordaba, aunque habían retirado una cama cuando murió Marea. Quedaban, por lo tanto, una litera contra la pared izquierda y una sola cama contra la derecha. Entre las dos había un montón de mantas en el suelo, y sobre la cómoda vi dos bandejas de comida: cuencos de sopa humeante, con tofu de algas y gruesas rebanadas de pan. Pan de verdad. Con auténtica imitación de mantequilla.

Mi boca empezó a salivar.

—Hemos pedido que nos traigan más comida —dijo Kimmalyn—, pero han enviado sopa porque creen que estamos enfermas. Aun así, «No se puede pedir más cuando ya lo tienes», como decía la Santa.

—Quitaron una cama —añadió FM—, así que hemos amontonado unas mantas en el suelo. Lo complicado será usar los servicios, pero ayudaremos a que no te pillen.

Por fin lo comprendí. Habían fingido estar enfermas para que les llevaran la comida al dormitorio y poder compartirla. Me habían colado en su habitación y me habían preparado una «cama».

Estrellas. Me inundó la gratitud.

Iba a llorar.

Las guerreras no lloraban.

—Huy, pareces enfadada —dijo Kimmalyn—. No te enfades. ¡No estamos insinuando que seas demasiado débil para andar hasta tu cueva! Es que hemos pensado… ya sabes…

—Que te vendría bien un respiro —terminó la frase FM—. Hasta las grandes guerreras pueden tomarse un descanso de vez en cuando, ¿no, Peonza?

Asentí, pensando que quizá me fallara la voz si hablaba.

—¡Genial! —exclamó Kimmalyn—. Pues a comer. El subterfugio me da un hambre tremenda.

28

Aquella sopa me supo mejor que la sangre de mis enemigos.

Teniendo en cuenta que, en realidad, nunca había degustado la sangre de mis enemigos, quizá la frase no hiciera mucha justicia a la sopa.

Sabía mejor de lo que debería saber la sopa. Sabía a risa, a cariño y a apreciación. Su calidez resplandeció dentro de mí como combustible de cohete encendido. Me acurruqué en las mantas, con el enorme plato hondo en el regazo, mientras Kimmalyn y FM charlaban.

Reprimí las lágrimas. No iba a llorar.

Pero la sopa me sabía a hogar, de algún modo.

—Ya te dije que el traje haría que viniera conmigo —estaba diciendo Kimmalyn, sentada en la cama con las piernas cruzadas—. El negro es el color de la intriga.

—Estás fatal —dijo FM, meneando su cuchara—. Suerte tienes de que no os haya visto nadie. Los Desafiantes andan siempre ansiosos por encontrar una razón para ofenderse.

—Tú también eres Desafiante, FM —repliqué—. Naciste aquí, igual que las demás. Eres ciudadana de las Cavernas Unidas Desafiantes. ¿Por qué estás siempre fingiendo que eres otra cosa?

FM sonrió de oreja a oreja, entusiasta. Al parecer, le gustaba que le hicieran preguntas como aquella.

—Ser Desafiante no tiene que ver solo con nuestra nacionalidad —dijo—. Se expresa siempre como una mentalidad. «Un verdadero Desafiante pensará de esta forma», o «Para ser Desafiante, nunca tienes que dar el brazo a torcer», o cosas parecidas. Así que, según esa misma lógica, puedo dejar de ser Desafiante mediante mis decisiones personales.

—¿Y… quieres hacerlo? —pregunté, ladeando la cabeza.

Kimmalyn me pasó otra rebanada de pan.

—Cree que quizá seáis todos un poco demasiado… pugnaces.

—Esa palabra otra vez —dije yo—. ¿Se puede saber quién habla así?

—Las personas eruditas —respondió Kimmalyn, y dio una cucharada a su sopa.

—Me niego a dejarme reprimir por las ataduras de la autocracia y el nacionalismo —dijo FM—. Para sobrevivir, nuestro pueblo se ha endurecido

por necesidad, pero también nos hemos esclavizado a nosotros mismos. La mayoría de las personas nunca cuestiona nada, sino que se empecina en seguir el curso de una vida de obediencia. ¡Y otros tienen la agresividad tan incrementada que les cuesta albergar sentimientos naturales!

—Yo albergo sentimientos naturales —dije—, y pelearé con cualquiera que diga lo contrario.

FM me miró.

—Exigiría espadas al alba —añadí, comiéndome el pan—, pero seguro que estoy demasiado llena para levantarme. ¿De verdad os dan de comer esto a todos cada día?

—Bueno, ¿qué comes tú, querida? —preguntó Kimmalyn.

—Ratas —respondí—. Y setas.

—¿Todos los días?

—Antes echaba pimienta a las ratas, pero se me terminó.

Se miraron las dos.

—Lo que te ha hecho la almirante es una vergüenza para la FDD —dijo FM—. Pero también es una consecuencia natural de la necesidad totalitaria de poder absoluto sobre todo aquel que se le resista, y un ejemplo perfecto de la hipocresía del sistema. El desafío no es «Desafiante» para ellos a menos que, en realidad, no desafíe nada.

Lancé una mirada a Kimmalyn, que se encogió de hombros.

—Este tema la apasiona un montón.

—Estamos apoyando un gobierno que se ha saltado sus límites en nombre de la seguridad pública —dijo FM—. ¡El pueblo debe protestar y alzarse contra la clase alta que los tiene esclavizados!

—¿Clase alta, como tú? —pregunté.

FM bajó la mirada a su plato de sopa y suspiró.

—Cuando iba a las reuniones de los disputadores, mis padres solo me daban palmaditas en el hombro y explicaban a todo el mundo que estaba pasando por una fase contracultural. Y luego, me apuntaron a la escuela de vuelo y… bueno, en fin, así puedo *volar*.

Asentí. Esa parte la entendía.

—Pensé que, si me convertía en una piloto famosa, podría hablar en nombre de los oprimidos, ¿sabes? Es más probable que pueda cambiar las cosas desde aquí que estando en las cavernas profundas, poniéndome trajes bonitos para ir a bailes y sentándome toda recatada al lado de mis hermanas. ¿Verdad? ¿No os parece?

—Claro —dije yo—. Tiene todo el sentido del mundo. ¿A que sí, Rara?

—Es lo que le digo yo siempre —me contestó Kimmalyn—, pero creo que tendrá más peso viniendo de ti.

—¿Por qué de mí? —pregunté—. FM, ¿no estabas diciendo que la gente como yo tiene emociones antinaturales?

—¡Sí, pero es que no puedes evitar ser un producto de tu entorno! —exclamó FM—. No es culpa tuya que seas un embrollo de agresividad y destrucción sediento de sangre.

—¿Lo soy? —Me animé—. O sea, ¿es así como me ves?

FM asintió.

¡Qué bien!

La puerta del pequeño dormitorio se abrió de repente y, por instinto, cogí con fuerza el plato, pensando que la sopa seguía caliente y sería una buena distracción si se la echaba a alguien en la cara.

Arcada se metió en la habitación y su silueta delgada se destacó sobre la luz del pasillo. Tirda. Ni siquiera había pensado en ella. Las otras dos me habían llevado al dormitorio mientras ella cenaba en el comedor. ¿Le habrían pedido permiso para cometer aquella pequeña infracción?

Me miró a los ojos y se apresuró a cerrar la puerta.

—He traído postre —dijo, levantando un pequeño paquete envuelto en una servilleta—. Caracapullo me ha pillado cogiéndolo cuando se ha pasado a vernos. Creo que solo lo hace para echarnos miradas asesinas antes de irse a cenar con personas más importantes.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Kimmalyn.

—Que quería algo para picar de noche. Espero que no sospeche. El pasillo parecía despejado, sin policías militares ni nada, así que creo que estamos a salvo.

Desató la servilleta y reveló un trozo de tarta de chocolate que solo se había aplastado un poco de camino hasta el dormitorio.

La observé, pensativa, mientras nos daba un poco a cada una y luego se dejaba caer en su cama y se metía el último pedazo entero en la boca. Aquella era la chica que apenas me había dirigido la palabra en las últimas semanas. ¿Y me estaba trayendo tarta? Desde luego, me alivió que no fuese a denunciarme, pero por lo demás no sabía qué pensar de ella.

Volví a acomodarme en mis mantas y probé la tarta.

Era mucho, muchísimo mejor que la rata. No pude contener un pequeño gemido de deleite, que provocó una sonrisa a Kimmalyn. Estaba sentada a un lado de la cama de Arcada, que no la había hecho esa mañana. La cama de Kimmalyn era la de encima, hecha con esmero, con las esquinas inmaculadas

y la funda de almohada con volantes. La de FM estaba enfrente, con una pila de libros en la estantería que había cerca del cabezal.

—Bueno —dije, chupándome los dedos—, ¿y qué hacéis aquí por las noches?

—¿Dormir? —respondió Arcada.

—¿Doce horas?

—Bueno, está el entrenamiento físico —dijo FM—. Solemos hacer largos en la piscina, aunque Arcada prefiere las pesas. Y practicamos con las armas de fuego, o echamos horas en el centrifugador.

—Ahí todavía no he devuelto —dijo Arcada—, lo que, en mi opinión, es inapropiado del todo.

—Arcada nos ha enseñado a jugar a bolapared —dijo Kimmalyn—. Da gusto verla machacar a los chicos. Se lo toman siempre como un desafío estimulante.

—Se refiere a que nos gusta ver perder a Nedd —tradujo FM—. Se queda siempre tan sorprendido que… —Dejó la frase inacabada, quizá cayendo en la cuenta de que nunca volverían a verlo jugar.

Se me atenazó el estómago. Nadar. Disparar. ¿Deporte? Ya sabía todo lo que me estaba perdiendo, pero oírlas comentarlo de aquella manera…

—Esta noche no esperarán que hagamos nada de eso —dijo Kimmalyn—, porque estamos enfermas. ¡Será divertido, Peonza! Podemos quedarnos despiertas toda la noche, hablando.

—¿De qué? —pregunté.

—De cosas normales —dijo FM, levantando los hombros.

¿Qué era lo normal?

—¿Por ejemplo… de chicos?

—¡Estrellas, no! —exclamó Arcada, incorporándose y cogiendo algo de encima del cabezal. Sostuvo en alto un cuaderno lleno de dibujitos de naves haciendo maniobras—. ¡Estrategias de combate!

—Arcada siempre está intentando poner su nombre a los movimientos nuevos —comentó FM—. Pero hemos pensado que la «maniobra Arcada» tendría que tener varios bucles, o algo así. Como la de la página quince.

—Odio los bucles —dijo Arcada—. Esa tendríamos que llamarla «maniobra Rara». Es muy vistosa.

—Qué bobadas dices —objetó Kimmalyn—. No sé cómo, pero acabaría estrellándome contra mí misma si tuviera que hacer tantos bucles.

—En una «maniobra Rara», habría que elogiar al enemigo mientras se le dispara —dijo FM, sonriendo—. «¡Vaya! ¡Qué chispas más encantadoras

haces al morir! Tendrías que estar muy orgulloso. ¡Bien hecho!».

Mi tensión se fue disipando mientras las chicas presumían de las maniobras que habían diseñado. Los nombres eran espantosos sin excepción, pero la charla era divertida, interesante y… bueno, y más que bienvenida por mi parte. Me pasaron el cuaderno y esbocé una maniobra de una complejidad obscena, algo entre un bucle Ahlstrom y una horquilla doble con curva lateral.

—Lo peor de todo —dijo FM— es que seguro que a ella le saldría.

—Sí —convino Kimmalyn—. Eh, ¿por qué no llamamos «maniobra Rara» al despegue? Es lo único que domino bien.

—Venga, no eres tan mala —le dijo Arcada.

—Soy la peor piloto del escuadrón.

—Y la que mejor dispara.

—Cosa que aportará cero si muero antes de poder devolver el fuego.

Di un gruñido, con la mano aún sobre el cuaderno de Arcada. Pasé a otra página.

—Rara es una francotiradora excelente, y Arcada, a ti se te da de maravilla perseguir a las naves krells. FM, tú eres muy buena esquivando.

—Pero no acierto ni a la ladera de una montaña —dijo FM—. Supongo que, si pudieras mezclarnos a todas, tendrías una buena piloto.

—¿Y no podemos intentar algo como eso? —propuse, dibujando—. Cobb dice que los krells siempre están buscando a los pilotos que destacan. Dice que, si encuentran a alguien que creen que puede ser jefe de escuadrón, concentran todo el fuego en esa nave.

—¿Y? —dijo Arcada, incorporándose en la cama—. ¿Adonde quieres llegar?

—Bueno, si de verdad son máquinas, a lo mejor es que tienen instrucciones de derribar a nuestros jefes. A lo mejor están grabadas en sus cerebros de máquina, hasta el punto de que siguen esa orden incluso llegando a extremos ridículos.

—Me parece mucho suponer —dijo FM.

Miré hacia mi mochila y la radio portátil que tenía enganchada a un lado. Había una luz intermitente. M-Bot había intentado llamarme, seguro que con otra petición de setas.

—Mirad —dije, volviendo a mi boceto—. ¿Y si animáramos a los krells a perseguir a miembros concretos de nuestro escuadrón? Si concentraran el fuego en FM, que es quien mejor esquiva, podrían dejar en paz a los demás. Rara podría prepararse y acabar con ellos. Arcada podría esperar lejos y lanzarse a por quien intentara derribar a nuestra artillera.

Las demás se acercaron. Arcada asintió, pero FM negó con la cabeza.

—No tengo nada claro que pudiera sobrevivir a eso, Peonza. Acabarían persiguiéndome decenas de krells. Me derribarían seguro. Pero… a lo mejor tú podrías.

—Eres nuestra mejor piloto —dijo Rara, asintiendo—. Y no te da miedo nada.

El bolígrafo se quedó quieto y miré el plan de vuelo a medio trazar, con la nave de Rara estática en el perímetro, abatiendo un krell tras otro. Había dibujado una docena de naves que perseguían a una sola piloto.

¿Cómo me sentiría estando en la cabina, sabiendo que llevaba detrás a una docena de enemigos? Al instante, la ensoñación se apoderó de mi mente y lo imaginé como un combate increíble y teatral. ¡Explosiones, y emoción, y gloria!

Pero apareció otra voz en mi interior. Una voz tranquila y solemne que susurró: «Eso no es la realidad, Peonza. En la realidad, estarías aterrorizada».

—Yo… —Me lamí los labios—. No sé si podría hacerlo, tampoco. Hum… —«Venga, suéltalo de una vez»—. A veces me asusto.

FM frunció el ceño.

—¿Y qué?

—Pues que algunas cosas que digo… son como… bravuconadas. En realidad, no tengo tanta confianza.

—¿Te refieres a que eres *humana*? —dijo Kimmalyn—. Benditas estrellas, ¿quién iba a pensarlo?

—Lo has dicho como si estuvieras haciendo una gran confesión —añadió FM—. «Chicas, tengo emociones. ¡Son un horror!».

Me sonrojé.

—Para mí es muy importante. Pasé toda la infancia soñando con el momento en que pudiera volar y luchar. Pero ahora que estoy aquí y he perdido amigos… duele. Soy más débil de lo que creía.

—Si eso te hace débil —dijo FM—, yo debo de ser una inútil.

—Exacto —dijo Kimmalyn—. No estás loca, Peonza. Es solo que eres una persona.

—Aunque —matizó FM— una persona a la que ha adoctrinado hasta la médula un sistema desalmado, diseñado solo para escupir siervos voluntariosos, patrioteros y obedientes. Sin ánimo de ofender.

No pude evitar darme cuenta de que Arcada se había quedado en silencio durante esa conversación. Estaba tumbada en la cama, mirando el colchón de encima.

—Con nosotras, puedes reconocer esas cosas —dijo Rara—. No pasa nada. Somos un equipo. —Se inclinó hacia nosotras—. Ya que estamos siendo sinceras, ¿os cuento una cosa? En realidad, me invento casi todas esas citas que suelto.

Parpadeé.

—¿En serio? Entonces, ¿la Santa no dijo todas esas cosas?

—¡Qué va! —dijo Kimmalyn, en un susurro conspiratorio—. ¡Son cosas que se me ocurren a mí! Solo que no lo reconozco, porque no quiero parecer demasiado sabia. No sería apropiado.

—Me acabas de girar el mundo entero, Rara —replicó FM—. Es como si acabaras de decirme que en realidad arriba es abajo o que a Arcada le huele de maravilla el aliento.

—Oye —intervino Arcada—, la próxima vez vete a pedirle tarta a otra.

—Hablo en serio —dije a las otras dos—. Me entra *miedo*.

«Quizá en secreto sea una cobarde».

FM y Kimmalyn le quitaron importancia. Me tranquilizaron y me explicaron cómo se sentían ellas. FM seguía considerándose una hipócrita por querer acabar con la FDD y, al mismo tiempo, querer volar en ella. Kimmalyn tenía el alma de una listilla, pero los modales de una chica educada en la alta sociedad.

Agradecí su amabilidad, pero se me ocurrió que la disputadora contracultural y la chica de Pródiga quizá no fuesen quienes mejor comprendieran lo importante que era no asustarme. Así que dejé pasar el tema.

Nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche, y fue… bueno, fue una delicia. Una charla sincera y amistosa. Pero a medida que pasaban las horas, empecé a sentir una extraña ansiedad. En ciertos aspectos, aquel era uno de los mejores días de mi vida. Pero también me confirmó lo que siempre había temido: que todos los demás estaban creando vínculos entre ellos sin mí.

Mi mente se puso en marcha incluso mientras sonreía por algo que había dicho Kimmalyn. ¿Había alguna forma de extender aquello? ¿Con qué frecuencia podrían decir las chicas que estaban enfermas? ¿Cuándo podría volver con ellas?

Llegó un momento en que la biología empezó a plantearme sus exigencias, así que Rara y FM salieron al cuarto de baño para confirmar que estaba despejado. Me quedé en el dormitorio con Arcada, que había estado dando cabezadas. No quería despertarla, de modo que esperé junto a la puerta.

—Sé cómo te sientes —dijo Arcada sin previo aviso.

Estuve a punto de saltar hasta el techo.

—¿Estás despierta?

Asintió. Ni siquiera parecía adormilada, aunque juraría que la había oído roncar suavemente poco antes.

—Pero el miedo no nos vuelve cobardes, ¿verdad? —preguntó Arcada.

—No lo sé —dije, acercándome a su cama—. Ojalá pudiera contenerlo.

Arcada volvió a asentir.

—Gracias —le dije— por dejar que estas dos hayan planeado esta noche para mí. Sé que pasar tiempo conmigo no es tu actividad favorita.

—Vi lo que hiciste por Nedd —respondió ella—. Te vi entrar volando tras él, hacia las profundidades de aquel pedazo de escombro.

—No iba a dejar que entrara solo.

—Ya. —Vaciló—. Mi madre me contaba historias sobre tu padre, ¿sabes? Cuando me veía retroceder en el parque, o encogerme si me lanzaban una bola en los entrenamientos. Me hablaba del piloto que afirmaba ser valiente, pero por dentro era un cobarde. Me decía: «No te atrevas a manchar el buen nombre de los Desafiantes. No te atrevas a convertirte en una Perseguidor».

Torcí el gesto.

—Pero no tenemos por qué ser así —prosiguió Arcada—. Eso es de lo que me he dado cuenta. Un poco de miedo, un fragmento de la historia… esas cosas no significan nada. Lo único que importa es lo que hacemos. —Me miró—. Siento mucho la forma en que te he tratado. Es que… me sorprendió averiguarlo. Pero tú no eres él, ni yo tampoco, a pesar de cómo me sienta de vez en cuando.

—Mi padre no era un cobarde, Arcada —dije—. La FDD miente sobre él.

No pareció que me creyera, pero asintió de todas formas. Entonces se incorporó y extendió el puño cerrado.

—No seremos cobardes. No recularemos. Seremos valientes hasta el final, ¿de acuerdo, Peonza? Es un pacto.

Hice chocar mi puño con el suyo.

—Valientes hasta el final.

29

Desperté acurrucada entre demasiadas mantas y extendí el brazo para tocar el lado de la cabina de M-Bot… pero mi mano dio contra el lado de un armazón de cama.

«Vale, sí». ¿Qué hora sería? Toqué mi línea de luz para mirar el reloj e iluminé el dormitorio con un brillo tenue. Eran casi las cinco de la madrugada. Quedaban dos horas para que tuviéramos que ir a clase.

Debería sentirme agotada, ya que nos habíamos quedado despiertas charlando hasta después de la una. Pero por raro que pareciera, me sentía muy despierta. Quizá mi cerebro sabía que, si quería usar el lavabo y limpiarme ese día, tenía que ser ya, mientras todos los demás ocupantes del edificio dormían.

De hecho, sería mejor si pudiera escabullirme al exterior y que se me viera caminando hacia el edificio antes de clase. Salí de mi nido de mantas, me desperecé y cogí mi mochila. Intenté hacer el menor ruido posible, aunque tampoco tenía por qué preocuparme. Si las otras dormían con los ronquidos de Arcada, que mi mochila rozara el suelo no iba a molestarlas.

Abrí la puerta con cautela y entonces me volví y miré a las tres chicas durmientes.

—Gracias —susurré.

Y en ese mismo instante, decidí que no permitiría que volvieran a hacer aquello. Era demasiado peligroso, y no quería que la almirante se pusiera a malas con ellas.

Había sido maravilloso. Aunque me hubiera confirmado sin lugar a dudas lo que me estaba perdiendo. Y pese a que me horrorizaba tener que marcharme, pese a que me retorcía las entrañas, no habría cambiado esa noche por nada del mundo. Había sido la única vez en que podría experimentar lo que se sentía formando parte de un verdadero escuadrón de pilotos.

La idea seguía fija en mi mente cuando entré en el lavabo para limpiarme. Después, mirándome al espejo, me eché hacia atrás el pelo mojado. En todas las historias, los héroes tenían el pelo negro como el carbón, dorado o rojizo. Tonos espectaculares. No un marrón sucio.

Suspiré, cogí la mochila y salí al pasillo vacío. Mientras caminaba hacia la salida, una luz que llegaba desde un pasillo me llamó la atención. Conocía esa sala: era nuestra aula. ¿Quién estaría allí a esas horas?

Mi curiosidad venció a mi sentido común. Crucé el pasillo a hurtadillas, eché un vistazo por la mirilla de la puerta y vi la cabina de Jorgen activada, rodeada por un holograma en marcha. ¿Qué estaba haciendo allí a las 05.30? ¿Echar unas horas más de práctica?

El holograma de Cobb, en el centro del aula, proyectaba una versión en miniatura del campo de batalla de entrenamiento, así que vi la nave de Jorgen virando con lanza de luz en torno a un cascote que flotaba y disparando a un krell. Había algo en ese combate que me sonaba…

Sí, era la batalla en la que habían muerto Bim y Marea. Ya había visto a Cobb reproducir aquella misma grabación.

La nave de Marea cayó en llamas y yo hice una mueca, pero, justo antes del impacto, el holograma se congeló y se reinició. Volví a mirar y distinguí la nave de Jorgen, que entró volando desde el otro extremo del campo de batalla, esquivando escombros, intentando alcanzar la nave que destruiría a Marea. Activó su PMI, pero, aunque logró anular el escudo enemigo, el krell acribilló la nave de Marea y la envió dando vueltas hacia el suelo.

El holograma se reinició y Jorgen volvió a intentarlo, probando otra cosa en esa ocasión.

«Quiere saber si podría haberlos salvado», comprendí.

Cuando Marea cayó esa tercera vez, el holograma siguió su curso, pero Jorgen se levantó con ímpetu de su asiento. Se arrancó el casco y lo estampó contra la pared con un sonoro estrépito. Me encogí y estuve a punto de salir corriendo, temiendo que el ruido llamara la atención de otros. Pero ver a Jorgen, siempre tan alto e imperioso, encorvado contra la pared… No podía marcharme.

Qué vulnerable parecía. Qué humano. Perder a Bim y a Marea me había afectado mucho. Ni se me había ocurrido pensar en cómo debía de ser para su jefe de escuadrón, para quien se suponía que debía mantenernos a todos a salvo.

Jorgen dejó caer el casco. Se volvió de la pared y se detuvo de golpe.

Tirda. Me había visto.

Me agaché, corrí y salí del edificio antes de que pudiera alcanzarme. Pero… ¿qué iba a hacer a continuación? De pronto, en nuestro pequeño plan clandestino se hizo evidente una laguna inmensa. ¿Y si los guardias de la puerta decían a la almirante que la noche anterior no me había ido?

Seguro que no informaban cada día a la almirante de quiénes entraban y salían de la base, ¿verdad? Pero si me iba y, al poco tiempo, volvía a entrar, sin duda se darían cuenta de que pasaba algo raro.

Así que, en vez de ir a la puerta, anduve sin rumbo por los caminos de la base, entre edificios. Fuera estaba oscuro, las cieluces tenues y los caminos casi desiertos. De hecho, vi más estatuas que personas, porque en aquella zona había unos bustos de los Primeros Ciudadanos mirando hacia el cielo.

Me asaltó una ráfaga de viento demasiado frío, que sacudió las ramas de un árbol cercano. En la penumbra, las estatuas eran figuras ominosas, con los ojos de piedra sumidos en la sombra. El aire olía a humo de las plataformas de lanzamiento cercanas, un aroma acre. Un caza debía de haber vuelto en llamas a la base hacía poco.

Suspiré, me senté en un banco del camino y dejé la mochila a mi lado. Me sentía… melancólica, y quizá un poco abatida. La luz de llamada seguía brillando intermitente en la radio. Quizá hablar con M-Bot me cambiaría el humor.

Puse la radio en modo de recepción.

—Hola, M-Bot.

—¡Estoy indignado! —exclamó M-Bot—. ¡Este ha sido el insulto que supera a todos los insultos! No puedo expresar con palabras mi enfado, pero mi diccionario de sinónimos dice que me siento insultado, afrentado, maltratado, profanado, herido, asolado, acosado y/o posiblemente importunado.

—Perdona, no tenía intención de apagarte.

—¿Apagarme?

—He tenido la radio apagada toda la noche. ¿No te has enfadado por eso?

—Ah, eso es solo un descuido humano normal y corriente. ¿Es que no te acuerdas de que iba a escribir una subrutina para expresar lo enfadado que estoy contigo?

Fruncí el ceño, intentando recordar de qué me estaba hablando la nave.

—¿Cuando me dijiste que era un krell? —continuó—. ¿Te acuerdas de que me enfadé? ¿De que fue así como algo muy importante?

—Ah, sí, lo siento.

—¡Disculpa aceptada! —respondió M-Bot. Sonaba satisfecho de sí mismo —. He proyectado una buena sensación de ira, ¿no te parece?

—Ha sido espléndida.

—Eso pensaba.

Me quedé un rato sentada en silencio. Era por la noche anterior. Me había dejado pensativa, callada.

«La almirante de verdad nunca va a dejar que vuele —pensé, oliendo el humo del incendio en la plataforma de lanzamiento—. Puedo graduarme, pero no significará nada».

—Sin embargo, estabas en lo cierto —añadió M-Bot—. Yo podría ser un krell.

—¿QUÉ? —exclamé, casi dándome en la cara con la radio cuando me la llevé a los labios.

—En fin, mis bancos de datos se han perdido casi por completo —dijo M-Bot—. Vete a saber lo que había en ellos.

—Entonces ¿por qué te has cabreado tanto conmigo por sugerir que podrías ser un krell?

—Parecía la reacción correcta. Se supone que simulo tener una personalidad. ¿Qué persona se dejaría calumniar de esa manera, por mucho que fuera una suposición lógica del todo y estuvieras haciendo un análisis de riesgo perfectamente válido al plantearte esa duda?

—De verdad que no sé qué pensar de ti, M-Bot.

—Yo tampoco. A veces, mis subrutinas se activan y arrojan respuestas antes de que mi simulador de personalidad principal tenga tiempo de contenerlas. Es muy confuso. Pero de una forma totalmente lógica y algorítmica, en absoluto irracional como las emociones humanas.

—Claro.

—Empleas el sarcasmo. Ve con cuidado, o activaré otra vez mi rutina de indignación. Pero debo decirte que no creo que los krells sean inteligencias artificiales, aunque así lo hayan determinado esos pensadores de la FDD.

—¿De verdad? ¿Por qué crees que no?

—He analizado sus patrones de vuelo. Y los vuestros también, por cierto. Quizá tenga algunos consejos para ayudarte a mejorar. Parece que… tengo subrutinas enteras dedicadas a ese tipo de análisis.

»Bueno, a lo que iba: no creo que los krells sean inteligencias artificiales, aunque es posible que algunos sí lo sean. Mi análisis concluye que la mayoría de sus pautas son individuales, pues no se ajustan a patrones lógicos sencillos de determinar. Y al mismo tiempo, son temerarios, lo cual resulta curioso. Sospecho que son drones de algún tipo, aunque debo reconocer que Cobb tiene razón y este planeta ejerce cierta interferencia en las comunicaciones. Al parecer, yo dispongo de tecnología ampliadora que me permite superar esa interferencia.

—Bueno, ya sabíamos que eres una nave de infiltración. Seguro que una tecnología de comunicación avanzada te ayudaba en tus misiones.

—Sí. Probablemente, si dispongo de proyectores holográficos, camuflaje activo y anulador de sonar, es por el mismo motivo.

—No sabía que podías hacer casi nada de eso. ¿Camuflaje? ¿Hologramas?

—Según mi configuración, tenía esos sistemas activados en modo de espera, creando una ilusión de escombros por encima de mí e impidiendo que los escáneres detecten mi caverna. Hasta hace poco, cuando se terminó mi energía de reserva. Te diría el momento exacto redondeado al nanosegundo, pero tanta precisión tiende a desagradar a los humanos, ya que me hace parecer calculador y ajeno.

—Bueno, supongo que eso explica por qué no te encontró nadie en todos estos años. —Di unos golpecitos en la radio, pensativa.

—En todo caso —dijo M-Bot—, espero no ser un krell. Eso sería súper vergonzoso.

—No eres un krell —respondí, y me di cuenta de que lo creía de verdad. Me había preocupado que lo fuese, pero en ese momento… no habría sabido decir por qué, pero sabía que no lo era.

—Quizá —dijo él—. Reconozco que me… inquieta poder ser algún tipo de entidad malvada y no saberlo.

—Si fueras un krell, ¿para qué querrías un espacio habitable para humanos y conexiones compatibles con las nuestras?

—Me podrían haber construido para infiltrarme en la sociedad humana imitando una de vuestras naves —repuso él—. O en realidad, ¿y si los krells son todos inteligencias artificiales, creadas por los humanos, que se han vuelto contra vosotros? Así se entendería que llevara vuestra escritura. O también puede que…

—No eres un krell —interrumpí—. Puedo sentirlo.

—Supongo que eso debe de ser algún tipo de sesgo de confirmación irracional humano —afirmó—. Pero mi subrutina que simula el agradecimiento… lo agradece.

Asentí con la cabeza.

—Viene a ser para lo que sirve —añadió—. Agradecer cosas.

—Nunca lo habría adivinado.

—Puedo agradecer cosas millones de veces por segundo. Así que podría decirse que tu comentario es probablemente lo más agradecido que hayas hecho jamás.

—Yo agradecería que dejaras de hablar de lo genial que eres de vez en cuando —dije, pero sonreí y volví a enganchar la radio en mi mochila.

—Ese último comentario no lo agradezco —dijo en voz baja—. Para que lo sepas.

Apagué la radio, me levanté y me estiré. Los bustos de algunos Primeros Ciudadanos dieron la impresión de mirarme furiosos desde cerca, entre ellos un Cobb más joven. Qué raro era ver una imagen de él, después de conocerlo tan bien. No debería parecer joven. ¿Es que no había nacido siendo un cincuentón cascarrabias?

Me puse la mochila al hombro y volví hacia el edificio de la escuela de vuelo.

Había un policía militar justo fuera de la entrada principal.

Me quedé quieta en el sitio. Luego, preocupada, me acerqué a él.

—¿Cadete Nightshade? —preguntó el policía militar—. Identificador: Peonza.

Se me cayó el alma a los pies.

—La almirante Férrea quiere hablar contigo.

Asentí.

El policía militar me llevó al edificio donde había visto a Jorgen y a la almirante una vez. A medida que nos aproximábamos, crecía en mí la resignación. De algún modo, había sabido que llegaría el momento. Quedarme con las chicas la noche anterior había sido mala idea, pero… aquello no era consecuencia de una leve infracción.

Mientras entraba en el edificio, pensé que se había ido volviendo cada vez más inevitable que hubiera una confrontación. Me lo merecía por lo que había hecho a Jorgen, dos veces. Y para colmo, la almirante era la persona más poderosa de la FDD, mientras que yo era la hija de un cobarde. Visto así, lo extraño era que no hubiera encontrado una forma de expulsarme antes de aquello.

Era hora de que todo terminara. Yo era una luchadora, sí, pero una buena luchadora sabía cuándo una batalla era imposible de ganar.

El policía militar me dejó en el despacho de la almirante, que sorprendía por lo desordenado que estaba. Férrea bebía café en su despacho, leyendo un informe, de espaldas a mí.

—Cierra la puerta —dijo.

Obedecí.

—Hay una anotación en este informe de seguridad de la puerta. Anoche no te marchaste. ¿Te has preparado un escondrijo en algún cuarto de

mantenimiento, o algo por el estilo?

—Sí —respondí, aliviada de que, al menos, no supiera que las chicas me habían ayudado.

—¿Has consumido alimentos del comedor, robados por ti misma o proporcionados a escondidas por algún compañero de escuadrón?

Vacilé un momento.

—Sí.

La almirante dio un sorbito a su café, todavía sin mirarme. Yo mantuve los ojos fijos en su espalda, en su pelo plateado, preparándome para encajar las palabras: «Quedas expulsada».

—¿No crees que ya va siendo hora de acabar con esta farsa? —dijo, pasando la página—. Abandona ya. Te dejaré quedarte con tu insignia de cadete.

Fruncí el ceño. ¿Por qué me lo… pedía? ¿Por qué no decía las palabras y punto? Ahora que había transgredido sus normas, tenía poder para hacerlo, ¿no?

Férrea hizo girar su silla y me clavó una mirada gélida.

—¿Nada que decir, cadete?

—¿Por qué le importa tanto? —pregunté—. Soy solo una chica. No supongo ninguna amenaza para usted.

La almirante dejó el café en la mesa y se levantó. Se alisó la impecable chaqueta blanca de uniforme y se acercó a mí. Como casi todo el mundo, era bastante más alta que yo.

—¿Crees que esto es por mi orgullo, chica? —preguntó Férrea—. Si permito que sigas en la FDD, harás que maten a gente buena cuando, por fuerza, huyas. Así que te repetiré mi oferta: vete con la insignia. Abajo, en la ciudad, debería bastar para que obtengas una buena cantidad de empleos, muchos de ellos bastante lucrativos.

Me sostuvo la mirada sin parpadear. Y de pronto, todo cobró sentido.

Férrea *no podía* expulsarme. No porque careciera del poder, sino porque… necesitaba que yo demostrara que tenía razón. Necesitaba que abandonara yo, que me rindiera yo, porque eso era lo que haría una cobarde.

No había dictado sus normas para provocar que las incumpliera. Las había dictado para hacerme la vida tan difícil que acabara rindiéndome. Si me expulsaba, mi historia continuaría. Podría proclamar que se había cometido una injusticia con mi familia. Podía chillar que mi padre era inocente. El trato que se me había dado serviría solo para potenciar mi condición de víctima.

¿No podía dormir en los barracones de los cadetes? ¿No me daban de comer durante el entrenamiento? Férrea quedaría fatal.

Pero si me marchaba yo, ella ganaba. Era la única forma que tenía de ganar.

En ese momento, yo era más poderosa que la mismísima almirante al mando de la Fuerza de Defensa Desafiante.

De modo que hice el saludo militar.

—¿Puedo volver a clase ya, señora?

Un rubor tiñó sus mejillas.

—Eres una cobarde. Procedes de una familia de cobardes.

Mantuve el saludo.

—Podría destruirte. Arrojarte a la pobreza. No te intereso como enemiga. Si rechazas mi amable oferta, nunca volverás a tener la oportunidad de aceptarla.

Mantuve el saludo.

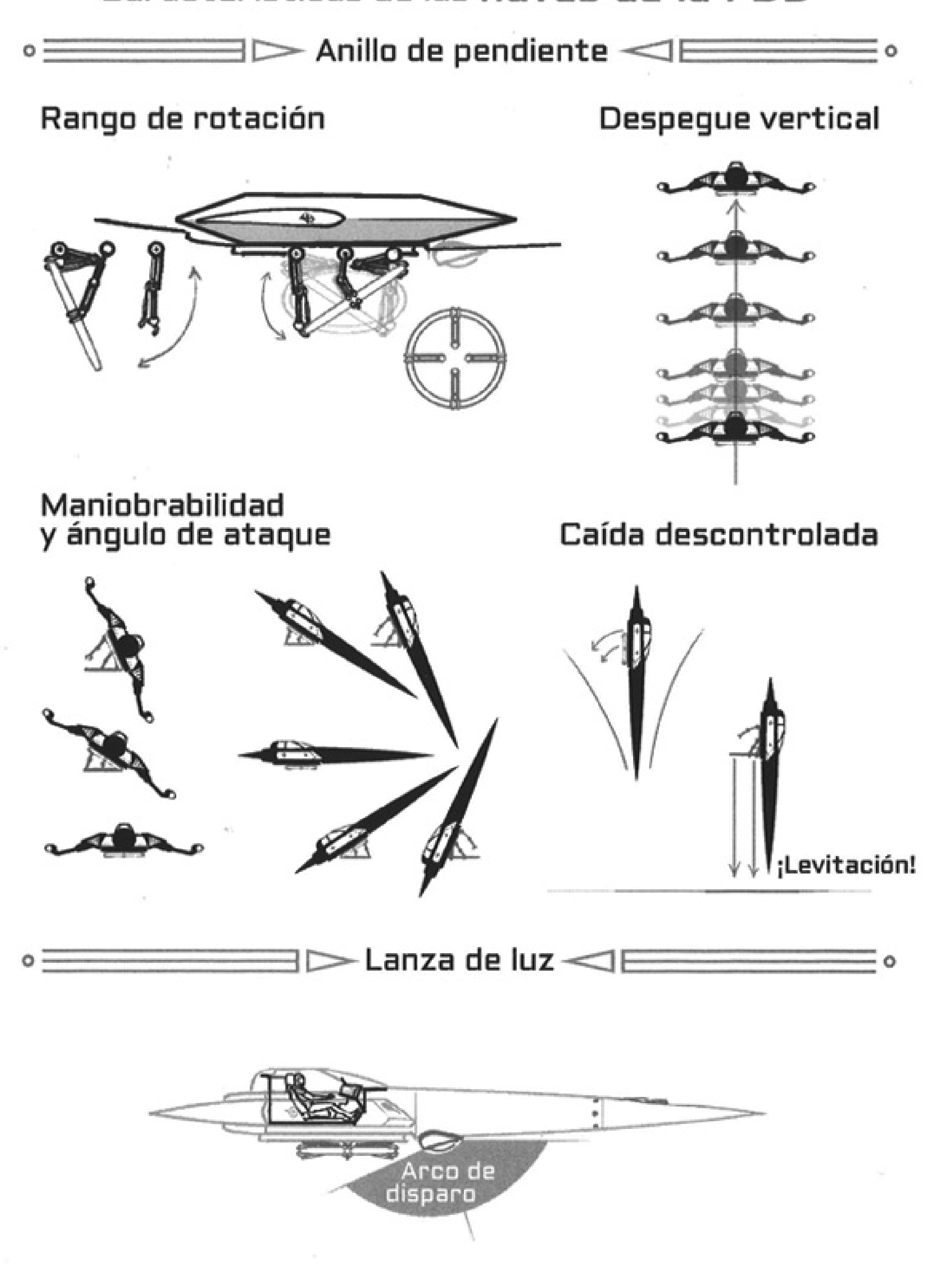
—Bah —dijo la almirante, apartándose de mí y sentándose con fuerza. Cogió la taza de café y bebió, como si ya no me tuviera delante.

Me lo tomé como un permiso para retirarme. Me volví y salí del despacho, y el policía militar, que aún estaba fuera de la puerta, me dejó marchar.

Nadie vino a por mí de camino al aula. Fui derecha a mi pegabina, me senté y saludé a los demás cuando fueron llegando. En el momento en que Cobb entró cojeando, me di cuenta de que tenía muchas ganas de empezar la clase. Me sentía como si tal vez, por fin, hubiera escapado de la sombra que había flotado sobre mí desde que murieran Bim y Marea.

La bondad de las chicas había formado parte de ello, pero no tanta como la conversación que había tenido con Férrea. La almirante me había proporcionado lo que necesitaba para seguir luchando. Me había fortalecido. En cierto modo, me había devuelto a la vida.

Lucharía. Resolvería el misterio de lo que de verdad había sucedido a mi padre. Y Férrea iba a arrepentirse de obligarme a hacer ambas cosas.


Características de las naves de la FDD
Anillo de pendiente
Rango de rotación
Despegue vertical
Maniobrabilidad
y ángulo de ataque
Caída descontrolada
¡Levitación!
Lanza de luz
Arco de
disparo

CUARTA PARTE

Interludio

La almirante Judy Ivans, Férrea, siempre veía las grabaciones de las batallas. Utilizaba para ello la sala de control principal, que tenía un gran proyector holográfico en el centro de su suelo circular. Judy prefería estar en el centro, con las luces brillando sobre ella y el resto de la sala a oscuras.

Los vio combatir. Los vio morir. Se obligó a escuchar el audio, si lo había, de las últimas palabras de cada piloto.

Trató de descifrar los objetivos del enemigo en el patrón de naves rojas y azules, rojas para la FDD y azules para los krells. Habían transcurrido años desde la última vez que pilotó una nave, pero, allí de pie, con los auriculares puestos y las naves revoloteando a su alrededor, la sensación volvió a ella. El zumbido del propulsor, el hormigueo en el estómago de un caza en plena escora, el traqueteo de los disparos de destructor. El latido del campo de batalla.

Algunos días, albergaba fantasías de subir a una nave y unirse de nuevo a la refriega. Pero al momento apartaba aquellos sueños absurdos. La FDD andaba demasiado escasa de naves como para desperdiciar una en una vieja con los tiempos de reacción marchitos. Los relatos fragmentados y algunos libros de historia impresos hablaban de grandes generales que desenfundaban un arma y se unían a sus soldados en el frente. Pero Judy sabía que no era ninguna Julio César. Apenas era una Nerón. Sin embargo, Judy Ivans era peligrosa de otras formas. Contempló la batalla, fragorosa y dinámica bajo la sombra del astillero que caía despacio. Los krells habían desplegado casi sesenta naves para aquel combate, alrededor de dos terceras partes de su capacidad máxima, lo que suponía una inversión importante. Sin duda sabían que, si aquellos restos hubieran acabado intactos en manos de la FDD, habrían supuesto una ayuda enorme para los humanos. Había centenares de anillos de pendiente en la gigantesca nave/estación.

Los equipos de rescate habían informado de que podían recuperar una docena, hasta el momento… y Judy había perdido catorce naves en el enfrentamiento. En las muertes de sus pilotos, la almirante vio sus propios defectos. No había estado dispuesta a comprometerse de verdad. Si hubiera desplegado todas sus naves y pilotos de reserva y los hubiera arrojado a la batalla, quizá habría ganado cientos de anillos de pendiente. Pero en vez de

eso, había flaqueado, preocupada por si se trataba de una trampa, hasta que fue demasiado tarde.

Eso era de lo que carecía, en comparación con personas como el César de la antigüedad. Tenía que estar dispuesta a arriesgarlo todo.

Rikolfr, su ayudante de campo, llegó junto a ella con una tablilla llena de notas. Judy rebobinó la batalla y resaltó una piloto específica. La cadete que tantos problemas le había dado.

Explotaron naves, murieron pilotos. Judy se resistió a sentir compasión por sus muertes. No podía permitírsela. Mientras tuvieran más pilotos que anillos de pendiente —y así era, aunque por poco—, el personal era el más prescindible de los dos recursos.

Se quitó los auriculares.

—Vuela bien —comentó Rikolfr.

—¿Demasiado bien? —preguntó Judy.

Rikolfr buscó en los papeles de su tablilla.

—Han llegado los datos más recientes de los sensores de su casco. No habían arrojado resultados muy esperanzadores durante el entrenamiento: apenas se registraron anomalías. Pero en ese combate que está mirando, la batalla en el astillero que caía, bueno…

Tendió la tablilla a Judy y le señaló una serie de lecturas que, literalmente, se salían de los ejes.

—El sector Writellum de su cerebro —dijo Rikolfr— enloqueció de actividad cuando estaba cerca de los krells. El doctor Halbeth está seguro de que eso demuestra la existencia del defecto, pero Iglom está menos convencida. Se apoya en la ausencia general de pruebas, salvo en este enfrentamiento concreto.

Judy gruñó, mirando cómo la nave de la cobarde trazaba un bucle y se metía volando en las mismas entrañas del astillero que caía.

—Halbeth recomienda retirar a la chica del servicio activo de inmediato —continuó Rikolfr—, pero la doctora Thior… en fin, nos dará problemas, como puede suponer.

Thior, que por desgracia dirigía los servicios médicos de la base Alta, no creía que el defecto fuese real. Incluso la historia de esa dolencia estaba plagada de controversias. Los informes sobre ella se remontaban a la misma *Desafiante*, y al amotinamiento a bordo de la nave insignia que había acabado provocando que la flota se estrellara en Detritus.

Muy pocas personas sabían que se había producido un motín, y menos aún que la causa había sido un defecto presente en parte de la tripulación. Ni la

propia Judy veía claro del todo que hubiera ocurrido así. Pero algunas de las familias más importantes y con más méritos de las cavernas inferiores eran descendientes de los amotinados. Esas familias se oponían a admitir la existencia del defecto y se esforzaban por acallar los rumores sobre él. Pero ellos no habían visto lo que el defecto podía hacer a una persona.

Judy sí. Con sus propios ojos.

—¿Quiénes apoyan a Thior en estos momentos? —preguntó.

Rikolfr pasó unas páginas y dejó a la vista la última ronda de cartas de miembros importantes del partido. La primera era una firmada por un líder de la Asamblea Nacional, Algernon Weight, cuyo hijo, Jorgen, estaba en el escuadrón de la cobarde. Jorgen había alabado a la chica en diversas ocasiones, de modo que ahí llegaban las preguntas. ¿No sería mejor enaltecer a esa chica como símbolo de la auténtica redención Desafiante? ¿No podía ser ejemplo de que cualquier persona, sin importar su ascendencia, podía volver al redil y prestar un servicio al estado?

«Maldición —pensó Judy, deteniendo el holograma en el punto en que la cobarde sobrecargaba su propulsor en un intento casi desastroso de escapar—. ¿Cuántas pruebas harán falta para convencer a Algernon?».

—¿Órdenes, señora? —preguntó Rikolfr.

—Dile al doctor Halbeth que redacte una refutación de los argumentos de Thior, y luego mira a ver si se puede convencer a Iglom para que ofrezca un respaldo firme de la existencia del defecto, sobre todo en esa chica. Dile que lo consideraría un favor personal si pudiera reforzar su posición.

—Como desee, señora.

Rikolfr se retiró y Judy terminó de ver la batalla, recordando un combate parecido ocurrido hacía mucho tiempo.

Thior y los demás podían afirmar que el defecto era una superstición. Podían decir que lo que había pasado con Perseguidor era casualidad. Pero ellos no habían estado allí.

Y Judy pensaba asegurarse de que nunca, jamás, volviera a suceder nada parecido. Costara lo que costase.

30

Y por eso estoy bastante segura de que no va a expulsarme en la vida —dije, mientras trabajaba con Gali en aplicar sellador nuevo al ala de M-Bot.

—Sacas más conclusiones a partir de una mirada que nadie que conozca —repuso Gali—. Que no te haya echado esta vez no significa que no vaya a hacerlo más adelante.

—No lo hará —aseguré.

—No lo hará —dijo Babosa Letal con un trino aflautado, imitando la inflexión de mi voz desde una roca cercana.

Gali había hecho un trabajo increíble con el ala rota de M-Bot. Juntos habíamos arrancado el metal combado y recuperado las partes utilizables. Y luego, a saber cómo, Gali había convencido a sus nuevos supervisores de que le dejaran hacer prácticas en una fábrica.

Con las piezas nuevas, habíamos logrado reparar el ala entera. La siguiente semana la habíamos pasado retirando la vieja capa de sellador. Y ese día estábamos recubriendo el casco entero con una capa nueva. Llegados al tercer mes de entrenamiento, nos habían concedido descansos de vez en cuando, y ese día nuestro escuadrón solo tenía media jornada de clase.

Había vuelto antes de lo normal y me había puesto con Gali a trabajar en la nave. Gali iba aplicando el sellador con un pequeño aparato dispersor, y yo lo seguía con una máquina que se manejaba con las dos manos y se parecía un poco a una linterna grande. La luz azul que emitía hacía que el sellador ganara firmeza y se solidificara.

El proceso, aunque era lento y laborioso, cubría las rayas y las muescas del casco de M-Bot. El sellador, resbaladizo y resistente al aire, también rellenaba y alisaba las juntas, dejando una superficie lisa y reluciente. Habíamos elegido el negro, para que casara con su antiguo color.

—Aún no puedo creer que te dejen llevarte todas estas cosas —dije, mientras hacía avanzar poco a poco la luz por detrás de donde Gali iba aplicando el sellador.

—¿Después de lo mucho que se entusiasmaron con mis diseños de turbina atmosférica? —respondió Gali—. Les faltó ascenderme a jefe del departamento allí mismo. Nadie parpadeó siquiera cuando les pedí llevarme

esto a casa para «desmontarlo y ver cómo funciona». Creen que soy una especie de genio prodigioso con métodos eclécticos.

—No seguirás avergonzado, ¿verdad? —le pregunté—. Gali, esta tecnología podría salvar a la FDD entera de un plumazo.

—Lo sé —dijo él—. Pero me gustaría… bueno, ser un prodigio de verdad.

Dejé la linterna en el suelo para descansar los brazos.

—¿En serio, Gali? —Señalé el ala de M-Bot, que relucía con un nuevo sellado en negro—. ¿Me estás diciendo que reparar el ala de una nave estelar tecnológicamente avanzada, casi a solas, en una cueva deshabitada y con el equipo mínimo no es obra de un prodigio?

Gali retrocedió, se levantó las gafas de protección e inspeccionó el ala. Entonces sonrió de oreja a oreja.

—Si que tiene bastante buena pinta, ¿verdad? Y quedará mejor todavía cuando tengamos sellada esta última parte, ¿eh? —Levantó el dispersor.

Suspiré mientras estiraba los músculos, pero recogí el aparato de iluminación. Seguí tras él mientras empezaba a rociar la última sección del casco, cerca de la proa.

—Entonces ¿vas a pasar más noches en los barracones? —me preguntó mientras trabajábamos.

—No. No puedo arriesgarme a implicar a las demás. Esto es entre Férrea y yo.

—Sigo pensando que deduces demasiado de lo que te dijo.

Entorné los ojos.

—Férrea es una guerrera. Sabe que, para ganar esta lucha, no le basta con derrotarme: tiene que desmoralizarme. Necesita poder decir que soy una cobarde, como las mentiras que cuenta sobre mi padre.

Gali siguió trabajando en silencio unos minutos, y creí que iba a dejar pasar la discusión. Trazó una cuidadosa línea de sellador bajo la parte del casco que encajaba con la cabina. Pero entonces, en un tono más reposado, dijo:

—Eso está muy bien, Spensa, pero… ¿te has parado a pensar alguna vez qué harás si te equivocas?

Me encogí de hombros.

—Si me equivoco, me echará. No puedo hacer nada al respecto.

—No me refería a la almirante. Digo sobre tu padre, Spensa. ¿Y sí…? Bueno, ¿y si de verdad se retiró?

—Mi padre *no* era un cobarde.

—Pero…

—Mi padre no era un cobarde.

Gali apartó la atención del trabajo y me miró a los ojos. La mirada iracunda que le devolví habría bastado para hacer callar a la mayoría, pero él me la sostuvo.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó—. ¿Yo soy un cobarde, Spensa?

Mi furia chisporroteó y murió.

Gali volvió a mirar el casco que estaba pintando.

—Dices que, si abandonas, demostrarás que eres una cobarde. Bueno, pues yo abandoné. Por lo tanto, soy un cobarde. Lo cual viene a ser lo peor que eres capaz de imaginar.

—Gali, eso es distinto.

—¿Cobb es un cobarde? Se eyectó, ya lo sabes. Lo derribaron y se eyectó. ¿A él lo llamarías cobarde a la cara?

—Eh…

Gali terminó de cubrir la última parte metálica con sellador negro y dio un paso atrás. Negó con la cabeza y me miró.

—Peonza, a lo mejor tienes razón. Quizá haya una enorme conspiración que ha inculpado a tu padre de traición. O quizá… en fin, quizá se asustó y ya está. Quizá era humano, y se comportó como lo hacemos a veces los humanos. Quizá el problema sea que todo el mundo le dio demasiada importancia.

—No tengo por qué escuchar esto —dije, dejando en el suelo la luz de sellado. Me fui dando zancadas… aunque el único lugar al que podía llegar dando zancadas era el otro extremo de la caverna.

—Peonza, no puedes marcharte y pasar de mí —dijo Gali desde detrás—. Esta caverna debe de tener como unos veinte metros de longitud.

Me senté. Babosa Letal trinó a mi lado, imitando mi bufido de irritación. Como siempre, no la había visto desplazarse. Era increíble la forma que tenía de escabullirse de un lado a otro solo cuando nadie miraba.

Los sonidos me revelaron que Gali había recogido la linterna y estaba terminando de sellar la última sección. Me quedé sentada de espaldas a él mientras trabajaba.

—Echa humo por las orejas si quieres —dijo—. Grítame si quieres. Pero, por lo menos, piensa un poco en ello. Parece que de verdad quieres desafiar a la almirante y a la FDD. Pues a lo mejor, deberías plantearte no permitirles que definan lo que es para ti la victoria o el fracaso.

Di un bufido.

—Suenas igual que FM.

—Ah, así que es lista además de guapa.

Me retorcí para mirarlo.

—¿FM, guapa?

—Tiene los ojos bonitos.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué pasa? —dijo él, ruborizándose mientras trabajaba.

—No has tartamudeado, ni farfullado, ni nada —dije—. ¿Quién eres y qué has hecho con Rodge, monstruo krell?

—¿Cómo? —se sorprendió M-Bot, activando de repente las luces de sus alas—. ¡Rodge es un krell!

—Sarcasmo —dijimos los dos al unísono.

Gali terminó de sellar y dejó el aparato en el suelo. Miró en mi dirección.

—No puedes contarle lo que he dicho. Seguro que ni se acuerda de quién soy. —Vaciló—. ¿Se acuerda?

—Pues claro que se acuerda —mentí.

Gali sonrió otra vez. Qué diferente estaba. Qué confiado. ¿Qué le había pasado en los dos últimos meses?

«Que ha encontrado algo que le encanta hacer», comprendí mientras ponía los brazos en jarras y sonreía al contemplar el nuevo acabado de M-Bot. Y lo cierto era que la nave tenía un aspecto estupendo.

Desde niños, Gali y yo habíamos soñado con la FDD. Pero ¿qué me había dicho el día en que abandonó? «Esto es tu sueño. Yo solo me he dejado llevar».

Decidir no hacerse piloto había sido la elección correcta para él. Yo lo había sabido, pero ¿lo había sabido de verdad? ¿Lo había tenido claro, en el fondo?

Me levanté, fui hasta él y lo rodeé con un brazo.

—No eres un cobarde —dije—. Soy imbécil si te he hecho sentir que lo eres. ¿Y esto, lo que has hecho aquí? Te quedas corto diciendo que tiene buena pinta. ¡Tirda, es increíble!

Su sonrisa se ensanchó.

—Bueno, no lo sabremos seguro hasta que te lleves la nave al aire. —Miró su reloj—. Debería darme tiempo a verte despegar.

—¿Despegar? —Lo miré sorprendida—. ¿Dices que está listo para volar? ¿Que está arreglado?

—¡M-Bot! —llamó Gali—. ¡Informe básico de estado!

—Anillo de pendiente, operativo. Soporte vital e instalaciones para el piloto, operativos. Maniobra y control de vuelo, operativos. Escudo,

operativo. Lanza de luz, operativa.

—¡Maravilloso! —exclamé. Con el anillo de pendiente y los impulsores de maniobra, podía elevarme y moverme un poco, aunque no a velocidades razonables.

—Seguimos necesitando un propulsor —dijo Gali—. Y cañones nuevos. No voy a arriesgarme a fabricar nada de eso, ni siquiera con la posición que tengo ahora en el departamento de ingeniería.

—Propulsores, no operativos —añadió M-Bot—. Destructores, no operativos. Hipermotor citónico, no operativo.

—Tampoco tengo ni idea de cómo vas a salir de aquí —dijo Gali, mirando hacia el techo—. ¿Cómo entraste, M-Bot?

—Supongo que teleportándome con un hipersalto citónico —respondió M-Bot—. Hum… No puedo deciros cómo funcionaba. Solo sé que ese dispositivo permitía viajar por encima de la velocidad de la luz a lo largo de la galaxia.

Me animé.

—¿Eso podemos arreglarlo?

—Por lo que he visto —dijo Gali—, no es que esté roto, es que *no está*. Los diagnósticos de M-Bot señalan dónde debería estar ese «hipermotor citónico», pero es una caja vacía con un panel de indicadores a un lado. Alguien debió de quitarle el mecanismo, fuera lo que fuese.

Vaya. ¿Se lo había llevado el antiguo piloto?

Gali pasó unas páginas de su cuaderno y me hizo señas para que mirara por encima de su hombro.

—Estoy bastante seguro de haber reparado los impulsores de maniobra en esa ala rota —dijo, señalando un diagrama—. Pero que deje los sistemas de diagnóstico en marcha para registrarlo todo, y así luego podré revisarlo y comprobar que todo está en orden. —Pasó a la siguiente página—. Y cuando sepamos que vuela bien, quiero desmontar su activador de escudo, a ver si logro descubrir por qué aguanta el triple de castigo que un escudo estándar de la FDD, según dicen sus especificaciones.

Sonreí.

—Eso sí que te hará popular entre los equipos de ingeniería y diseño.

—Sí, a no ser que empiecen a sospechar. —Gali vaciló y bajó la voz—. Un día, intenté echar un vistazo a su mecanismo de IA, pero no me dejó abrir la carcasa. Hasta amenazó con electrificarla. Dice que ese dispositivo y algunos otros sistemas son información reservada. Los sistemas de sigilo, los de comunicaciones… cosas muy importantes. Peonza, para ayudar de verdad

a la FDD, tendríamos que traer a un experto que desmonte y analice la nave. Lo que yo puedo hacer tiene un límite.

Sentí que algo se atascaba en mi interior, como engranajes atorados por falta de grasa. Desvié la mirada hacia M-Bot.

—Me ha advertido —dijo Gali— de que, si revelamos su existencia, intentará destruir sus propios sistemas para no desobedecer las órdenes de su viejo piloto.

—Quizá pueda hacerle entrar en razón.

—M-Bot no parece capaz de entrar en razón —dijo Gali.

Miró la nave y, de nuevo, pareció tomarse un momento para deleitarse en lo genial que había quedado. Limpia, recién pintada, elegante y peligrosa. Las cuatro cavidades para destructores, dos en cada ala, estaban abiertas, y le faltaba el propulsor trasero. Pero por lo demás, era perfecta.

—Gali —dije en voz baja, impresionada—. De verdad no me creo que me dejaras convencerte de esto.

—Si quieres devolverme el favor —repuso él—, pídele a FM que venga a comer conmigo algún día en el parque. —Al instante, se sonrojó y bajó la mirada—. Bueno, tal vez, si en algún momento sale el tema y tal. O no.

Sonreí y le di un puñetazo en el brazo.

—Veo que sigues siendo Gali. Ya empezaba a preocuparme.

—Que sí, que sí. Olvidemos lo que he dicho y centrémonos en lo importante. Esa IA demente dice que sus sistemas de sigilo son suficientes para que la FDD no detecte la nave, y supongo que tendremos que confiar en su palabra. Así que… ¿Qué me dices? ¿Quieres hacer un vuelo rápido de prueba?

—¡Tirda, sí!

Gali alzó la mirada.

—¿Se te ocurre cómo salir de aquí? Por ese hueco apenas cabe una persona.

—Podría… tener una idea —dije—. Pero quizá sea un poco caótica. Y peligrosa.

Gali suspiró.

—¿Cómo iba a esperar otra cosa?

Alrededor de una hora más tarde, subí a la cabina de M-Bot, casi temblando de emoción. Dejé a Babosa Letal en el asiento trasero y me ceñí las correas.

Mi pequeña caverna parecía vacía, después de recoger la cocina y todo el material de Gali. Habíamos metido en la cabina todo lo que cabía y habíamos sacado el resto por la grieta usando mi línea de luz. Gali esperaba a una distancia segura. Me tocaba a mí la parte divertida.

Que, como casi todas las «partes divertidas», implicaría romper cosas.

—¿Preparado? —pregunté a M-Bot.

—Solo tengo dos estados básicos —dijo él—. Preparado y apagado.

—Como eslogan, falta pulirlo —respondí—. Pero me gusta el espíritu.

Apoyé las manos en la esfera de control y el acelerador y respiré varias veces.

—Debes saber —dijo M-Bot— que he oído lo que estabais diciendo antes, cuando susurrabais. Eso que ha dicho Rodge de que soy un demente.

—Ya pensaba que podrías oírlo —dije—. Eres una nave de vigilancia, al fin y al cabo.

—Las inteligencias artificiales no podemos ser dementes —afirmó él—. Solo podemos hacer lo que estamos programados para hacer, lo cual es lo opuesto a la demencia. Pero… me lo dirías, ¿verdad? ¿Si empiezo a sonar… ido?

—El tema de las setas se te está yendo un poco.

—Me doy cuenta. Pero no puedo evitarlo. La instrucción es muy fuerte en mí. Eso y las últimas palabras de mi piloto.

—Quedarte en la sombra. No meterte en peleas.

—Y esperarlo. Sí. Es por lo que no puedo permitir que reveles mi existencia a esa FDD tuya, aunque sé que os ayudaría a ti y a tu gente. Pero debo obedecer mis órdenes. —Calló un momento—. Me preocupa que vayas a llevarme al aire. Cuando mi piloto me ordenó quedarme en la sombra, ¿se refería a que permaneciera bajo tierra o solo a que no dejara que me viera nadie?

—Seguro que se refería a lo segundo —respondí—. Haremos solo un vuelo rápido por la zona.

—No será rápido —dijo él—. Teniendo solo los impulsores de maniobra, volaremos más o menos a la misma velocidad a la que andas.

De momento, bastaría. Activé el anillo de pendiente y nos alzamos del suelo con suavidad. Replegué el tren de aterrizaje, nos hice rotar despacio y luego nos escoré a un lado y al otro. Sonreí enseñando los dientes. Los controles eran bastante parecidos, pero las respuestas de M-Bot tenían una potencia de la que mi Poco, sencillamente, carecía.

Muy bien, ¿cómo salir de la caverna? Incliné el anillo de pendiente hacia atrás sobre sus pernios, con lo que el morro de M-Bot se alzó. Disparé la lanza de luz y perforé una parte agrietada del techo. Retrocedí usando los impulsores rotacionales y reduje la energía del anillo de pendiente. Eso nos proporcionó algo de fuerza, incluso sin propulsor.

La lanza de luz se tensó. Cayeron esquirlas y polvo del techo. Babosa Letal imitó el sonido desde detrás de mí, flauteando en tono enérgico y emocionado.

Una parte del techo se derrumbó con una lluvia de roca y polvo. Desactivé la lanza de luz y miré por el agujero. No había cieluces cerca, por lo que solo vi un gris oscuro uniforme. El cielo.

—¿Tu holograma puede proyectar un techo nuevo? —pregunté a M-Bot.

—Sí, pero será menos seguro —dijo él—. El sonar atravesará el holograma. Pero… hace tanto tiempo que no veo el cielo… —Sonaba melancólico, aunque probablemente aseguraría que era algún tipo de rareza derivada de su programación.

—Vámonos —dije—. Venga. ¡A volar!

—Yo… —dijo M-Bot en voz baja—. Sí, de acuerdo. ¡Vamos! Sí que quiero volar de nuevo. Pero ten cuidado y que no se nos vea.

Nos elevé por el agujero y saludé con la mano a Gali, que estaba de pie entre nuestras cosas a poca distancia.

—Activando mecanismos de sigilo —dijo M-Bot—. Ahora deberíamos ser invisibles para los sensores de la FDD.

Sonreí. Estaba en el cielo. Con *mi propia nave*. Empujé el acelerador hasta el fondo.

Nos quedamos donde estábamos.

«Es verdad. No llevo propulsor».

Activé los impulsores de maniobra, diseñados más para afinar la posición que para el movimiento en sí. Y empezamos a volar. Muuuy despaaaaaaacio.

—¿Yupi? —dijo M-Bot.

—Sí que es un poco decepcionante, ¿verdad?

Aun así, hice el bucle que me había pedido Gali, con los diagnósticos en marcha. Cuando completé la circunferencia, Gali me levantó el pulgar y luego recogió su mochila y echó a andar. Tenía que regresar a Ígnea para devolver el material de sellado.

No lograba convencerme a mí misma de aterrizar. Después de tanto tiempo, quería volar un poco más con M-Bot. Así que cogí la palanca de altitud. La esfera de control podía hacer que la nave oscilara arriba y abajo,

enviando energía al anillo de pendiente para que ayudara en la esquiva. Pero si se quería ascender deprisa, se empleaba la palanca.

Tiré de ella un poco hacia mí.

Salimos disparados al cielo.

No había esperado que funcionara tan tan bien. Nos elevamos como un cohete y noté que me golpeaba la aceleración, empujándome hacia abajo. Me encogí, reparando en la velocidad que llevábamos, y aflojé la palanca. Una aceleración como aquella me…

… ¿aplastaría?

Notaba la aceleración, pero ni por asomo tanta como habría debido. No podía estar absorbiendo más de tres G, aunque me daba la sensación de que debería haber sido mucho más.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¿Puedes concretar un poco? Tengo más de ciento setenta subrutinas semiautónomas en…

—La aceleración —dije, mirando hacia fuera y viendo que el suelo se retiraba a un ritmo alarmante—. Debería estar quedándome inconsciente más o menos ahora.

—Ah, ya, eso. Mis condensadores gravitacionales son capaces de absorber el sesenta por ciento de la aceleración, con un umbral máximo de bastante más de cien veces la gravedad estándar de la Tierra. Ya te dije los sistemas de reducción de tensión para el piloto que llevan vuestras naves son muy primitivos.

Solté la palanca de altitud y la nave dejó de acelerar.

—¿Quieres activar el gestor rotacional de aceleración, para ayudarte más a resistir las fuerzas? —propuso M-Bot.

—¿Eso es lo que hace girar mi asiento? —pregunté, recordando lo que me había explicado Gali sobre M-Bot. A los seres humanos no nos sentaba nada bien la aceleración en según qué direcciones. Nos costaba mucho más encajar las fuerzas descendentes, por ejemplo, porque enviaban toda la sangre del cuerpo a los pies. M-Bot podía compensar ese efecto haciendo rotar el asiento de forma que yo absorbiera la fuerza hacia atrás, dirección en la que mi cuerpo la resistía mejor—. De momento, no —respondí—. Antes deja que me acostumbre a tu forma de volar.

—Como quieras —dijo M-Bot.

Apenas tardamos nada en llegar a los 100.000 pies, que era más o menos la altura máxima a la que llevábamos las naves de la FDD en situaciones normales. Extendí el brazo para iniciar el descenso, pero me lo pensé mejor.

¿Por qué no subir un poco más? Siempre había querido hacerlo. Y en ese momento, no tenía a nadie que me lo impidiera.

Mantuve la velocidad y seguimos ascendiendo hasta que el indicador de altitud alcanzó los 500.000 pies. Allí, por fin, nos ralenticé y me quedé admirando la vista. Nunca había subido tanto. Las cumbres montañosas de abajo parecían poco más que papel arrugado. Incluso podía distinguir la curvatura del planeta, y no era solo un leve arqueamiento del horizonte. Me dio la sensación de que podía ponerme de puntillas y ver el planeta entero.

Apenas estaba a mitad de camino del cinturón de escombros, que me habían dicho que mantenía una órbita baja, empezando en torno al millón de pies. Sin embargo, desde aquella altura, podía verlo mucho mejor. Lo que desde la superficie parecía solo una serie de patrones vagos se me reveló como enormes franjas de metal sobre metal, un poco iluminadas por unas fuentes que no logré avistar.

Mirándolo, comprendiendo que aún estaba a bastante más de cien kilómetros de distancia, por fin empecé a asumir la inmensa magnitud del cinturón de escombros. Aquellas manchitas que parecían puntos individuales… tenían que ser tan enormes como el trozo de cascote que había caído al suelo durante el combate de la semana anterior.

Era todo mastodóntico. Me quedé boquiabierta mirándolo, fijándome en sus muchas secciones, que rotaban y se arremolinaban en órbitas esotéricas. Sobre todo eran sombras, moviéndose, girando, capa sobre capa sobre capa.

—¿Quieres acercarte más? —preguntó M-Bot.

—No me atrevo. Dicen que hay partes de esa basura que me dispararían.

—Bueno, es evidente que se trata de restos de una rejilla de defensa semiautónoma —dijo él—. Con las sombras de plataformas de hábitat exteriores por detrás, al parecer, y todo ello intercalado con astilleros y drones de recuperación de materia averiados.

Lo vi cambiar, moverse, e intenté imaginar una época en la que todo aquello funcionaba. Se utilizaba. Se *vivía* dentro. Un mundo por encima del mundo.

—Sí, algunas de esas plataformas defensivas están evidentemente operativas —dijo M-Bot—. Hasta yo tendría problemas para escabullirme entre ellas. Fíjate en esos asteroides que estoy resaltando en la cubierta. Las formaciones de escoria en su superficie revelan su antiguo propósito. Algunas estrategias para someter un planeta incluyen acarrear cuerpos interplanetarios a su órbita y dejarlos caer. Con ello se cumplen objetivos que van desde la aniquilación de una ciudad concreta hasta desastres de extinción masiva.

Solté aire despacio, horrorizada solo con imaginarlo.

—Esto… No es que en un principio yo fuera una nave de combate, ojo —dijo M-Bot—. No sé de bombardeos orbitales por mi propia programación. Supongo que alguien debió de hablarme de ellos en algún momento.

—Creía que no mentías.

—¡Y no miento! De verdad creo que soy una nave avanzada, bien armada y con capacidades furtivas porque serlo me ayudará a recolectar setas mejor. Eso no es en absoluto irracional.

—Entonces —dije—, ¿lo único que tendrían que hacer los krells para eliminarnos es empujar hacia abajo unos pocos asteroides de esos?

—Es un poco más difícil que como lo haces sonar —respondió M-Bot—. Los krells necesitarían una nave lo bastante grande para poder trasladar objetos tan masivos. Probablemente requeriría un acorazado, que sin duda esas plataformas defensivas podrían derribar con facilidad. Las naves pequeñas sí que podrían cruzar algunos de esos huecos, sin embargo. Cosa que supongo que ya sabes, dada la frecuencia con que te enfrentas a ellas.

Me recliné en el asiento y me permití disfrutar de la vista. El mundo que se extendía por abajo, el cielo que, de algún modo, me resultaba más pequeño que en otros tiempos. Era solo una franja estrecha que rodeaba el planeta, coronada por el cinturón de escombros.

Estuve un rato mirando hacia arriba, maravillada por los grandiosos movimientos del cinturón de cascotes, sus enormes cascarones y plataformas, que se desplazaban siguiendo diseños antiguos y herméticos. Debía de haber decenas de capas, pero, en ese momento, por segunda vez en toda mi vida, todo se alineó. Y alcancé a ver el espacio. La verdadera infinitud, interrumpida solo por unas pocas estrellas titilantes.

Estrellas que habría jurado que podía oír. Susurros. Sin palabras perceptibles, pero reales de todos modos. La yaya tenía razón. Si escuchaba, podía oír las estrellas. Sonaban como cuernos de batalla, llamándome, atrayéndome hacia ellas…

«No seas tonta —pensé—. No llevas propulsor. Si los krells te encuentran, serás poco más que una práctica de tiro».

A regañadientes, empecé a descender poco a poco. Tendría que bastar por un día.

Regresamos despacio, dejando que la gravedad hiciera casi todo el trabajo. Por desgracia, el viento nos había empujado a cierta distancia, por lo que, al llegar al suelo, tuve que acercarnos de vuelta al agujero casi centímetro a centímetro con aquellos diminutos impulsores de maniobra.

Tardamos tanto que, al llegar, estaba bostezando. Babosa Letal imitó el sonido de mi bostezo desde el lugar donde se había acomodado, envuelta en la manta que había en el asiento de atrás.

Por fin descendimos a la caverna y aterrizamos cerca del lugar donde había estado M-Bot al principio.

—Bueno, yo opino que ha sido un muy buen primer vuelo —dije.

—Eh… sí —dijo M-Bot—. Hemos ido muy alto, ¿verdad?

—Si encuentro la forma de hacerme con un propulsor, en poco tiempo te tendremos volando de verdad.

—Hum…

—Podrías probar a combatir a los krells, si quisieras —dije, probando hasta dónde podía apretar—. Podríamos hacerlo quedándonos en las sombras. ¡Bastaría con que no dijéramos a nadie qué o quiénes somos! ¡Seríamos la nave negra fantasma sin identificador! ¡Llegaríamos volando para ayudar a la FDD en sus momentos de necesidad!

—No creo que…

—¡Imagínatelo, M-Bot! Esquivar y pasar escorándote entre un aluvión de explosiones. Alzarte y luchar, demostrando que eres más fuerte que tus enemigos. ¡Una grandiosa sinfonía de destrucción y poder!

—¡O mejor aún, quedarme en la cueva! ¡Sin hacer nada de eso!

—Podríamos combatir con el modo sigilo activado —propuse.

—Eso es justo lo opuesto a quedarme en la sombra. Lo siento, Spensa. No debo luchar. Podemos volar otra vez; la verdad es que me ha gustado. Pero no podremos combatir jamás.

—Combatir jamás —repitió Babosa Letal.

Desactivé los sistemas no esenciales de la nave y me recliné en el asiento, sintiéndome enferma. Tenía acceso a algo impresionante, poderoso, asombroso… pero ¿no podía usarlo? Tenía un arma que no quería que la blandiera. ¿Qué debía hacer?

No lo sabía. Pero me perturbaba mucho que mi caza fuese… bueno, un cobarde.

Suspiré y empecé a prepararme para dormir. Se me pasó la frustración con M-Bot. Estaba demasiado emocionada por haber logrado volar con él.

Cuando por fin me acomodé en el asiento reclinado, envuelta en la manta y con Babosa Letal en un estante plegable de la cabina, M-Bot volvió a hablar en voz baja.

—¿Spensa? —dijo—. No te molesta, ¿verdad?, no entrar en combate. Tengo que obedecer mis órdenes.

—No es verdad.

—Esto… Soy un ordenador. Viene a ser lo único que hago. Ni siquiera puedo contar hasta cero sin que me den la orden.

—Eso me cuesta creerlo —repliqué—, teniendo en cuenta las cosas que me has dicho.

—Todo eso lo ha dicho una personalidad programada para interactuar con los humanos.

—Excusas —dije. Bostecé y bajé las luces—. Puede que tengas mente de máquina, pero sigues siendo una persona.

—Pero…

—Puedo oírte —dije, con otro bostezo—. Puedo oír tu alma. Igual que oigo las estrellas.

Era un tenue zumbido al fondo de mi mente, en el que no había reparado hasta ese preciso momento. Pero estaba allí.

Pensara lo que pensase él, M-Bot estaba más vivo de lo que creía. Yo podía sentirlo, sin más.

Empecé a caer dormida.

Volvió a hablar, en voz incluso más baja.

—Las órdenes son lo único que sé con certeza, Spensa. Mi antiguo piloto, mi propósito. Esas cosas son quien yo era.

—Pues conviértete en alguien nuevo.

—¿Tienes la menor idea de lo difícil que es eso?

Pensé en mi propia cobardía. En la sensación que tenía de pérdida, y de incompetencia, cuando de verdad tenía que hacer las cosas que siempre había fanfarroneado que haría. Me arrebujé en la manta.

—No digas bobadas —repuse—. ¿Por qué iba yo a querer ser otra persona?

M-Bot no respondió, y al poco tiempo me quedé dormida.

31

Y mi vuelo con M-Bot, aunque había sido breve y casi lineal del todo, logró hacer sombra a las siguientes dos semanas de entrenamiento en el simulador.

Ejecuté una maniobra, persiguiendo a un caza krell por una serie de giros cerrados en torno a trozos de escombro, con Arcada a mi ala. Pero mi mente empezó a vagar. La nave krell escapó.

—¡Eh! —exclamó Kimmalyn mientras nos reagrupábamos—. ¿Lo habéis visto? ¡No me he estrellado!

Escuché la charla a medias, aún distraída.

—Yo sí que me he estrellado —reconoció FM—. Me he dado contra un cascote y he caído envuelta en llamas.

—¡No es culpa tuya! —dijo Kimmalyn—. Como decía siempre la Santa, el verdadero fracaso es elegir fracasar.

—Además, FM —intervino Arturo—, en el conteo total, sigues siendo la que menos veces se ha estrellado de todos.

—No tardaré en perder el puesto, como siga así —dijo FM.

—Hoy te has estrellado para ir de subversiva —acusó Arcada—, porque nadie lo espera de ti. Te rebelas contra ti misma.

FM rio con suavidad.

—Podríais hacer todos lo que nadie espera —dijo Jorgen por la línea general del escuadrón— y alinearos bien aunque sea una sola vez. Eso va por ti, Anfi.

—Vale, vale. —Arturo puso su nave en posición—. Aunque supongo que, en teoría, Jorgen se ha estrellado menos que tú, FM. Vuela solo la mitad de veces. Es difícil explotar cuando lo único que haces es quedarte por ahí protestando y dando órdenes.

—Como decía siempre la Santa —añadió Kimmalyn, con voz solemne—, el verdadero fracaso es elegir fracasar.

Jorgen no se defendió, aunque me pareció oír que hacía una inhalación brusca. Torcí el gesto. Era cierto que Jorgen acostumbraba a quedarse atrás y mirar cuando hacíamos los ejercicios, instruyéndonos en vez de volar él mismo. Pero quizá los demás se comportarían de otra forma si supieran que luego dedicaba las madrugadas a practicar por su cuenta.

De pronto, me sentí abochornada. El identificador de Jorgen y la forma en que lo trataban los demás eran, en parte, culpa mía. Y no se lo merecía. A ver, podía ser muy insufrible, pero intentaba hacerlo tan bien como podía.

Mientras Cobb volvía a enviarnos a otra ronda de combate aéreo, las palabras de Gali reflotaron desde el fondo de mi mente.

«¿Y qué pasa conmigo? ¿Yo soy un cobarde, Spensa?».

Estaba convencida de que no lo era. Pero había pasado toda la infancia aferrada a una sola norma, reforzada por las historias de la yaya. Las buenas personas eran valientes. Las malas personas eran cobardes. Yo sabía que mi padre había sido buena persona, por lo que me resultaba evidente que no podía haber huido. Fin de la historia. Ya podemos cerrar el libro.

Se me hacía cada vez más difícil ceñirme a aquella línea concreta entre el blanco y el negro. Había prometido a Arcada que no sería una cobarde. Pero ¿acaso algún cobarde pretendía desde un principio dar media vuelta y huir? Nunca había tenido ganas de escapar de una batalla, pero seguían sorprendiéndome las verdaderas emociones que se sentían al pilotar. Lo mucho que me había dolido perder a Bim y a Marea, lo abrumada que me encontraba a veces.

¿Era posible que algo parecido, durante un breve instante, hubiera provocado que mi padre se retirara? Y si él lo había hecho, ¿de verdad podía mantener la promesa de no ir a hacerlo yo también algún día?

Esquivé un cascote rodeándolo, pero estuve a punto de rozar el ala de Arcada.

—Venga, Peonza —dijo ella—. Cabeza en el juego. Ojo en la bola.

—¿La bola?

—Perdona, es una frase hecha de la liga.

—Yo no podía ir a muchos partidos. —A los trabajadores les daban entradas como recompensa por méritos especiales. Pero pensé que me convendría hablar de algo, para dejar de preocuparme tanto—. No tengo mucha idea de lo que hacíais. ¿Era algo con motos aerodeslizadoras? ¿Volabais?

—No exactamente —dijo Arcada mientras esquivábamos hacia un lado y el otro la nave krell que nos perseguía en aquel ejercicio—. La Liga de Cavabola se queda con los anillos de pendiente que son demasiado pequeños para elevar naves. Nuestras motos podían moverse en las tres dimensiones a intervalos cortos, pero a cada una se le asignaba una cantidad fija de tiempo de vuelo. Parte de la estrategia consiste en saber cuándo usarlo.

Sonaba nostálgica.

—¿Echas de menos jugar? —le pregunté.

—Un poco. Sobre todo, echo de menos a mi equipo. Pero esto es mejor. —Una ráfaga de fuego de destructor brilló a nuestro alrededor—. Más peligroso. Más emocionante.

Hicimos una esquiva en ola, separándonos en direcciones opuestas bajo un fuego intenso de destructor. Arcada siguió tras nuestro objetivo mientras yo regresaba de lo alto de mi bucle y disparaba a nuestro perseguidor para alejarlo.

Alcancé a Arcada en el siguiente viraje y me situé a su cola. Nuestro objetivo volaba muy muy bajo, a solo unos cien pies del suelo. Descendimos, levantando nubes de polvo gris azulado por detrás, y pasamos veloces junto a un antiguo escombro. Despojado de su piedra de pendiente mucho tiempo atrás, yacía expuesto como el esqueleto de una tumba profanada.

—Bueno —dijo Arcada mientras volábamos por valles, sin perder a nuestro objetivo—, ¿y qué me dices de ti? No hablas nunca de lo que hacías antes de la FDD.

—¿No teníamos que mantener «la cabeza en el juego»?

—Hum… excepto cuando tengo curiosidad por algo.

—Yo… cazaba ratas.

—¿Para alguna fábrica de proteínas?

—No. En solitario. Los exploradores de las fábricas tienen las cavernas inferiores despojadas casi del todo, así que me construí un arpón, exploré cuevas más alejadas y me dediqué a cazarlas por mi cuenta. Mi madre vendía la carne a cambio de tarjetas de solicitud a los trabajadores que volvían hacia casa.

—¡Hala! Qué brutal eres.

—¿Tú crees?

—Ya te digo.

Sonreí, animada al oírlo.

El krell viró y aceleró hacia arriba.

—Voy a entrar —informé, y pulsé el botón de sobrecarga. Me elevé en ángulo a enorme velocidad y mi línea de aceleración se puso al máximo.

«Esta noche —dije en mi mente al krell—, tus cenicientos restos se mezclarán con el polvo del planeta, ¡y tus gañidos de dolor resonarán en el viento!». Crucé la estela de la nave, lo bastante cerca como para activar el PMI y destruir su escudo.

Arcada pasó volando junto a mí y el fuego de su destructor sonó más alto que el estridente bocinazo que advertía de que mi escudo había caído. La nave

krell estalló en añicos fundidos.

Arcada soltó un aullido, pero yo me sonrojé al recordar lo que había estado pensando. ¿Cenizas mezcladas con polvo y gañidos en el viento? Esas cosas, que antes tanto me habían emocionado, me empezaban a parecer… no tanto las palabras de una heroína como las de alguien intentando sonar heroica. Mi padre nunca había hablado así.

Mientras reactivaba mi escudo, se encendió una luz en el panel de comunicaciones, anunciando que Cobb había entrado en el canal.

—Bien hecho —dijo—. Vosotras dos estáis empezando a formar un buen equipo.

—Gracias, Cobb —respondí.

—Sería mejor si Peonza pudiera pasar tiempo con todos los demás —añadió Arcada—. Ya sabe, en vez de dormir en su cueva.

—Avísame cuando vayas a proponérselo a la almirante —dijo Cobb—. Para que pueda salir del edificio y no tenga que escuchar cómo te grita. Cambio y corto.

La luz se apagó y Arcada descendió con su nave para situarla al lado de la mía.

—La forma en que te trata esa mujer es ridícula, Peonza. De verdad eres brutal. Como esas cosas que dices siempre.

—Gracias —respondí. Noté que se me calentaban las mejillas—. Pero esas cosas ahora me dan un poco de vergüenza.

—No dejes que te afecten, Peonza. Sé quién eres.

«¿Y quién soy?». Miré hacia arriba, preguntándome si alguna vez la simulación creaba agujeros en los escombros, si alguna vez permitían mirar hasta el cielo más alto de todos.

Hicimos unos cuantos ejercicios más antes de que Jorgen nos llamara a formación. Nos quedamos flotando sin desplazarnos y miré el reloj del tablero de mandos. ¿Solo eran las 16.00? Aún nos quedaban varias horas más de entrenamiento. ¿Quizá Cobb iba a terminar pronto y enviarnos a pasar más tiempo en el centrifugador, como había hecho la víspera?

—Muy bien —dijo Cobb por la radio—. Estáis preparados para la siguiente lección.

—¿Podremos usar los destructores? —exclamó Kimmalyn.

Me eché adelante en el asiento para mirar hacia su cabina. Llevábamos semanas ya luchando con destructores.

—Perdón —dijo ella—. Me he emocionado.

Se materializó ante nosotros un bombardero krell. Su construcción era más robusta que la de las naves krells normales. Tenía la misma forma, pero en el centro, entre sus alas, transportaba una aniquiladora enorme. La bomba era incluso más grande que la propia nave. Me estremecí, recordando la última vez que había visto una de aquellas, la que Bim y yo habíamos perseguido.

Más lejos apareció una escena, un revoltijo de naves combatiendo, algunas krells y otras de la FDD.

—Nuestras baterías antiaéreas protegen un radio de ciento veinte kilómetros alrededor de Alta —dijo Cobb—. Las armas tienen que ser lo bastante grandes para alcanzar a las naves krells atravesando sus escudos, por no mencionar que deben poder partir los cascotes grandes para que se incineren al caer. Pero al ser tan grandes, su arco efectivo queda limitado. Son muy buenas disparando a objetos lejanos, pero no pueden dar a nada que esté demasiado cerca.

»Si los krells logran descender lo suficiente, hasta unos seiscientos pies de altitud, se sitúan por debajo del alcance de las armas grandes. Las plataformas de armas más pequeñas, que son con las que había entrenado Rara antes de esto, no tienen bastante potencia para penetrar en los escudos krells. Sin cazas que anulen los escudos enemigos, las armas pequeñas no tienen mucho que hacer.

La simulación resaltó una nave entre las muchas que luchaban en la lejanía. Otro bombardero.

—Los krells nos distraen con escaramuzas y escombros cayendo, y entonces suelen probar a colarnos un bombardero cargado con una aniquiladora —prosiguió Cobb—. Tenéis que estar siempre alertas, vigilantes, para informar de cualquier avistamiento de una aniquiladora. Y os advierto que ya han usado señuelos alguna vez.

—Informamos y entonces la derribamos, ¿verdad? —aventuró Arcada—. O mejor, ¿la derribamos primero y luego informamos?

—Si lo hacéis —dijo Cobb—, podría ser desastroso. Muchas veces, preparan las aniquiladoras para explotar si sufren daños. Como disparéis a una de esas cuando no debéis, podéis matar a docenas de compañeros pilotos.

—Ah —dijo Arcada.

—Solo la almirante, o el personal al mando en funciones, puede autorizar el ataque contra una aniquiladora —siguió explicando Cobb—. Muchas veces, podemos espantar al bombardero amenazándolo. Las aniquiladoras son

valiosas y, por lo que alcanzamos a inferir, difíciles de producir. Si eso falla, la almirante envía un equipo de asalto especial para abatir el bombardero.

»Tened muchísimo cuidado, Ígnea está lo bastante lejos por debajo de la superficie para que solo un impacto directo justo encima pueda enviar una onda de choque a través de la piedra capaz de dañarla. Pero si destruimos una aniquiladora demasiado cerca, incluso a cuarenta o cincuenta kilómetros, Alta podría quedar anulada por la onda de corrosión que libera la bomba. Así que, si avistáis un bombardero, informáis de inmediato y dejáis que alguien con la experiencia, los datos y la autoridad suficientes decida qué hacer. ¿Entendido?

Se oyeron unos murmullos dispersos en torno al tema de «Entendido». Entonces, Jorgen nos hizo hablar uno por uno para dar nuestra confirmación verbal. Era posible que estuviéramos siendo un poco demasiado crueles con él, pero tirda, qué irritante podía ser.

—Estupendo —dijo Cobb—. Jefe de escuadrón, despliega a tu gente por este campo de batalla. Vamos a hacer unos cuantos escenarios para practicar el avistamiento, el informe y, sí, la destrucción de aniquiladoras. ¿Queréis adivinar cuántas veces vais a haceros explotar a vosotros mismos?

Resultó que nos hicimos explotar mucho.

Las prácticas con aniquiladoras eran de las más difíciles que habíamos hecho nunca. En nuestros primeros días de vuelo habíamos aprendido a hacer lo que se llamaba el repaso del piloto. Era una valoración rápida de todo lo que debíamos tener en mente mientras volábamos: indicadores del propulsor, instrumentos de navegación, altitud, canales de comunicación, compañeros de ala, compañeros de escuadrón, terreno… y una docena más de cosas.

Entrar en combate añadía a todo eso otro montón de factores que tener en cuenta. Órdenes del jefe de escuadrón o de la base Alta, tácticas, enemigos. Para un piloto, ser consciente de su situación era una de las partes del trabajo que más cansaban la mente.

Hacer todo eso sin dejar en ningún momento de buscar bombarderos… bueno, era duro. Extremadamente duro.

A veces Cobb nos metía en simulaciones de batalla enteras, de una hora de duración, sin enviar un solo bombardero. A veces enviaba siete, seis señuelos y uno real.

Los bombarderos eran muy lentos —su velocidad máxima era Mag 2—, pero transportaban una carga mortífera. Cuando estallaba una bomba, liberaba

tres oleadas. La primera explosión se proyectaba hacia abajo, para penetrar en la roca y derrumbar o abrir al aire las cavernas. Después de esa, llegaba una segunda explosión de un extraño color verde negruzco. Esa corrosión alienígena podía exterminar la vida, provocando una reacción en cadena en la materia orgánica. La tercera explosión era una onda de choque que tenía por objeto empujar aquella terrible y ardiente luz verde hacia fuera.

Hicimos una simulación tras otra. Una y otra vez, alguno de nosotros hacía estallar la bomba demasiado pronto sin avisar a los demás de que sobrecargaran para huir, con lo que el escuadrón entero quedaba vaporizado. Otras muchas veces, errábamos al estimar lo cerca que estábamos de Alta, por lo que, cuando destruíamos el bombardero y hacíamos detonar la bomba, Cobb nos daba el nefasto informe: «Acabáis de cargaros a toda la población de Alta. Estoy muerto. Enhorabuena».

Tras una simulación particularmente frustrante, los seis terminamos en formación y vimos expandirse la enfermiza luz verde.

—Estoy…

—Está muerto —dijo FM—. Lo pillamos, Cobb. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer? Si la bomba llega demasiado cerca de la ciudad, ¿tenemos alguna otra opción?

—No —respondió Cobb en voz baja—. No la tenéis.

—Pero…

—Si al final todo se reduce a destruir Alta pero salvar Ígnea —dijo Cobb —, Ígnea es más importante. No por nada enviamos una rotación de un tercio de nuestras naves, pilotos y altos mandos a las cavernas profundas. Quizá la FDD pueda sobrevivir si Alta cae. Pero sin el aparataje para construir naves nuevas, estamos acabados. De modo que, si la almirante lo ordena, tendréis que disparar a la bomba y detonarla, aunque al hacerlo destruyáis Alta.

Vimos reptar la luz verde en una esfera de destrucción cada vez más grande. Luego se disipó.

Cobb nos hizo volar en ejercicios hasta que me noté entumecida por el agotamiento y se ralentizó mi tiempo de reacción. Entonces nos obligó a hacerlo otra vez. Quería grabarnos a fuego en el cerebro la necesidad de vigilar *siempre* por si había bombarderos, sin importar lo cansados que estuviéramos.

Durante aquel último ejercicio, odié a Cobb más de lo que había odiado a nadie jamás. Incluso más que a la almirante.

Esa vez tampoco logramos detener la bomba. Reinicié mi posición y ocupé mi puesto en la rotación para empezar la siguiente pasada. Pero mi

cubierta desapareció. Parpadeé, sorprendida de hallarme de nuevo en el mundo real. Los demás empezaron a quitarse los cascos y levantarse para hacer estiramientos. ¿Qué… qué hora sería?

—¿Es posible que haya reconocido esa última batalla, Cobb? —preguntó Arturo, poniéndose de pie—. ¿Era la Batalla de Trajerto?

—Con algunas modificaciones —dijo Cobb.

«Trajerto», pensé. Había tenido lugar unos cinco años antes, y en ella habíamos estado a punto de perder Alta. Un escuadrón krell se había infiltrado y destruido las baterías antiaéreas más pequeñas. Por suerte, un par de naves exploradoras de la FDD habían derribado la aniquiladora antes de que pudiera acercarse lo suficiente a Alta.

—¿Está utilizando batallas históricas para nuestras simulaciones? —pregunté, intentando sobreponerme a mi estupor.

—Pues claro que sí —dijo Cobb—. ¿Crees que tengo tiempo para crear estas simulaciones de la nada?

Me llamó la atención algo de todo aquello, pero estaba demasiado exhausta para saber qué era. Salí de mi pegabina, solté el casco en el asiento y me estiré. Tirda, tenía un hambre atroz, pero no había traído cena porque la siguiente remesa de carne de rata se estaba curando en mi cueva.

Me esperaba una caminata larga, cansada y famélica. Cogí la mochila, me la eché al hombro y salí del aula.

Arcada me alcanzó en el pasillo e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cercana zona de dormitorios. Leí su expresión. Podían fingir que estaban cansadas, llevar comida a la habitación…

Negué con la cabeza. No merecía la pena encolerizar a la almirante.

Arcada me tendió el puño.

—Eres brutal —susurró.

Hice acopio de energía para sonreír, levantar mi propio puño y marcharme.

Fui con paso pesado en dirección a la salida. Las otras aulas estaban a oscuras, excepto una, donde la instructora estaba aleccionando a otro escuadrón de cadetes.

—Los mejores pilotos pueden sacar su nave de un descenso descontrolado —dijo una voz de mujer que resonó en el pasillo—. Quizá vuestro primer impulso sea eyectaros, pero si queréis ser auténticos héroes, haréis todo lo posible para salvar vuestro anillo de pendiente. Un Desafiante protege al pueblo, no a sí mismo.

Venía a ser justo lo contrario de lo que nos había enseñado Cobb a nosotros.

De camino por el huerto, ya fuera de la base, vi la luz intermitente de mi radio. M-Bot quería hablar conmigo. Lo había convencido, no sin grandes esfuerzos, de que dejara de colarse en mi línea mientras entrenaba. Veía demasiado probable que alguien terminara oyéndonos.

—Hola —dije por la radio—. ¿Te aburres?

—No puedo aburrirme. —Calló un momento—. Pero debes saber que soy capaz de pensar a miles de veces la velocidad del cerebro humano, por lo que, según esa medida relativa, doce horas tuyas son mucho tiempo para mí. Mucho mucho tiempo.

Sonreí.

—Muuuuuuucho tiempo —añadió.

—¿Qué te ha parecido el entrenamiento de hoy?

—He tomado notas para revisarlas más a fondo —dijo él.

Casi todas las noches, repasaba con M-Bot las cosas que había hecho mal. Sus programas arrojaban unos análisis excelentes de mi forma de volar. Aunque muchas veces los comentarios de M-Bot podían ser poco halagadores, esas reuniones nocturnas se habían demostrado efectivas para ayudarme a matizar detalles de mi vuelo, y tenía la impresión de estar haciéndolo mejor que nunca.

No habíamos vuelto a salir al aire libre. Gali había desmontado los ConGravs y los escudos de la nave para descomponerlos y documentarlos. Era un trabajo en el que yo no tenía conocimientos para ayudar, pero no me importó, porque las prácticas me mantenían muy ocupada.

—De verdad necesitas ayuda contra los bombarderos —me dijo M-Bot—. Hoy has muerto o destruido la ciudad diecisiete veces, y has tenido un éxito completo en solo dos ocasiones.

—Gracias por recordármelo.

—Intento ser útil. Comprendo que la memoria humana es defectuosa e inconsistente.

Suspiré y salí del huerto, emprendiendo la parte más aburrida del trayecto hacia casa.

—Las batallas han sido interesantes —dijo M-Bot—. Me… alegro mucho de que hayas sobrevivido a algunas.

Un pie tras otro. ¿Quién habría pensado que estar sentada en una caja, moviendo solo las manos, pudiera cansarme tanto? Tenía la sensación de que

un bárbaro me había arrancado el cerebro, lo había apaleado hasta matarlo y me lo había vuelto a meter bocabajo.

—Eres muy atractiva e inteligente —dijo M-Bot—. ¿Spensa? ¿Mi subrutina de apoyo moral está funcionando bien? Esto… eres bastante bípeda. Y muy efectiva convirtiendo oxígeno en dióxido de carbono, un gas esencial para la vida vegetal de…

—Es solo que estoy cansada, M-Bot. Hoy ha sido un día duro.

—¡Diecinueve batallas! Aunque cuatro de ellas eran la misma batalla girada sobre un eje distinto y presentada con unas pocas semillas de movimiento únicas para los enemigos.

—Sí, son combates históricos —expliqué—. Como nos ha dicho Cobb…

Me detuve de sopetón.

—¿Spensa? —preguntó él—. No sigo oyendo pasos. ¿Has dejado de ser bípeda temporalmente?

—Batallas históricas —dije, comprendiendo algo en lo que debería haber caído mucho antes—. ¿Tienen grabaciones de las batallas del pasado?

—Rastrean todas sus naves —señaló él—, y tienen registrados por escáner los movimientos del enemigo. Sospecho que recrean esos modelos tridimensionales para entrenamiento y análisis.

—¿Crees que… tendrán una grabación como esa de la Batalla de Alta? El combate en el que…

En el que mi padre había desertado.

—Seguro que la guardan en alguna parte —dijo M-Bot—. ¡Es la batalla más importante en la historia de tu pueblo! La fundación de… ¡Ah! ¡Tu padre!

—¿Puedes pensar a mil veces la velocidad del cerebro humano y te ha costado tanto deducir ese hecho tan sencillo?

—Ralentizo mis procesos para las conversaciones. Si concentro todo mi esfuerzo, tardas varios minutos de tiempo relativo en pronunciar una sola sílaba.

Supuse que tenía sentido.

—El registro de la batalla de mi padre. ¿Puedes… cogerlo? ¿Enseñármelo?

—Solo puedo interceptar lo que están emitiendo de forma activa —dijo él—. Parece que la FDD intenta minimizar la comunicación inalámbrica, para no atraer la atención de los ojos.

—¿Los qué? —pregunté.

—Los ojos. Eh… No tengo ni idea de lo que son. Hay una laguna en mis bancos de memoria justo ahí. Vaya. —El caza sonaba confundido de verdad —. Recuerdo esta cita: «Utilizad cables físicos para la transferencia de datos, evitad las emisiones y escudad los procesadores más rápidos. De otro modo, nos arriesgamos a llamar la atención de los ojos». Pero nada más. Qué curioso.

—Entonces, a lo mejor nuestras comunicaciones no son tan primitivas como dices siempre. Puede que solo sea que tienen cuidado.

Eché a andar de nuevo. La mochila me pesaba tanto como si estuviera llena de casquillos gastados.

—Sea como sea —dijo M-Bot—, cabe suponer que existirá un archivo en algún lugar de la base. Si tienen una grabación de la Batalla de Alta, sería el primer sitio donde yo buscaría.

Asentí. No sabía muy bien si sentirme emocionada o más alicaída por el conocimiento de que, teóricamente, podría ver la última batalla de mi padre. Comprobar por mí misma si de verdad desertó y tener… ¿qué? ¿Pruebas?

Seguí caminando con dificultades, intentando decidir si tenía el hambre suficiente para comer cuando llegara a la cueva o me limitaría a caer rendida. Cerca ya de la caverna, vi que volvía a parpadear la luz de mi radio.

Me la acerqué a la cabeza.

—Ya casi estoy, M-Bot. Puedes…

—… llamada general a las armas —dijo un operador—. La almirante ha convocado a todos los pilotos, cadetes incluidos, en la base para su posible despliegue. Repito: una invasión krell de setenta y cinco naves ha atravesado el campo de cascotes en 104,2-803-64.000. Todos los pilotos en activo tienen orden de formar para una llamada general a las armas. La almirante ha convocado a todos los pilotos…

Me quedé paralizada. Casi había olvidado el propósito inicial por el que Cobb me había dado una radio. Pero ¿tenía que ser justo ese día?

Apenas podía andar.

¿*Setenta y cinco naves*? ¿Tres cuartas partes de la máxima capacidad de vuelo krell? ¡Tirda!

Di media vuelta y miré el largo camino de vuelta que me separaba de Alta. Y entonces, letárgica, me obligué a ponerme al trote.

32

Llegué al complejo de la FDD hecha un desastre sudoroso y sin aliento. Por suerte, mis caminatas diarias desde y hacia mi cueva habían sido un buen sustituto del entrenamiento físico, así que estaba en una forma razonable. Los guardias de la puerta me abrieron paso con un gesto y me obligué a apretar el paso de nuevo. Paré en los vestuarios que había cerca de la plataforma de lanzamiento y me puse el traje de vuelo.

Salí corriendo por la puerta hacia mi nave. Mi Poco estaba solo en la plataforma. El caza de Nedd estaba asignado a otro escuadrón desde hacía tiempo, y todos los demás estarían ya en el aire. Desde lejos llegaba el tenue sonido de las baterías antiaéreas, y las franjas ardientes de escombros cayendo indicaban que aquel campo de batalla estaba peligrosamente cerca del perímetro defensivo de Alta.

De repente, mi fatiga se vio superada por una punzada de preocupación. Había una piloto subiendo a la cabina de mi nave.

—¡Espera! —grité—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ese caza es el mío! La piloto vaciló y bajó la mirada hacia el personal de tierra que había preparado la nave. Uno de ellos asintió.

La piloto descendió despacio por la escalera.

—Llegas tarde —me dijo Dorgo, un hombre del personal de tierra—. La almirante ha ordenado que se asignen pilotos a todas las naves desocupadas y se envíen como reservas.

El corazón me martilleó en el pecho mientras la mujer, de mala gana, saltó al suelo y se quitó el casco. Tendría veintipocos años y tenía una cicatriz prominente que le cruzaba la frente. Me levantó el pulgar, pero no dijo nada más mientras se volvía para regresar con paso abatido a los barracones de personal.

—¿Quién es? —pregunté en voz baja.

—Identificador: Vigor —dijo Dorgo—. Una ex cadete a la que derribaron justo antes de graduarse. Era tan buena que la almirante la añadió al listado de reservistas.

—¿Se eyectó? —pregunté.

Dorgo asintió con la cabeza.

Remonté la escalera y cogí mi casco de manos de Dorgo, que había subido detrás de mí.

—Dirígete a 110-75-1.800 —dijo, señalando hacia el campo de batalla—. A no ser que te digan otra cosa. Es donde han ordenado a tu escuadrón que mantenga la posición. Informaré al Mando de Vuelo de que has despegado.

—Gracias —dije. Me puse el casco y las correas.

Dorgo levantó el pulgar, bajó y retiró la escalera. Otro miembro del equipo de tierra hizo ondear una bandera azul cuando todo el mundo se hubo apartado a una distancia segura.

Activé el anillo de pendiente y elevé mi nave. Mil ochocientos era una altitud muy baja para combatir: por lo general, entrenábamos en torno a los 30.000 pies. Me dio la impresión de rozar el suelo mientras me lanzaba en la dirección indicada.

—Cielo Diez —dije después de apretar el botón para llamar a Jorgen—, presente. Identificador: Peonza.

—¿Al final has llegado? —repuso Jorgen—. Me han dicho que iban a enviarnos a un reservista.

—Ha sido por los pelos —dije—, pero los he convencido de que yo soy la única persona capaz de darte la suficiente candela. ¿Estáis combatiendo?

—No —respondió—. La almirante nos ha ordenado mantener la posición cerca de un arma antiaérea. 110-75-1.800, Peonza. Me alegro de que estés, candela o no.

Tardé unos diez minutos en llegar a las coordenadas, donde vi a los otros cinco miembros de mi escuadrón flotando entre dos grandes colinas. Desaceleré haciendo una propulsión inversa y me quedé en posición de compañera de ala con Arcada. Detrás de nosotros, una inmensa arma antiaérea, más larga con creces que el edificio de la escuela de vuelo, oteaba el cielo en busca de krells que se aproximaran. De su base emergían varios cañones más pequeños, listos para disparar a cualquier caza que volara bajo.

Los demás me recibieron con una ronda de saludos. Apenas alcancé a vislumbrar las luces en el cielo que señalaban el campo de batalla. El arma antiaérea, sin embargo, rugió al disparar desde detrás e hizo temblar mi Poco. Muy por arriba, un cascote de los grandes estalló en una lluvia de chispas y polvo.

—Bueno —dijo Arcada por mi auricular—, ¿cuántas muertes vas a acumular hoy, Peonza?

—En fin, la puntuación máxima en una sola batalla la ostenta identificador: Esquivo. Doce muertes directas y nueve asistencias. Supongo

que sería arrogante por mi parte intentar superarlo, así que aspiraré al empate.

Esperaba una risita, pero Arcada parecía seria cuando respondió:

—¿Doce-nueve? No parecen tantas.

—¿Ni teniendo en cuenta que la mayoría de las fuerzas de incursión krells son de unas treinta naves?

—Hoy tenemos setenta y cinco —dijo Arcada—. Hay para dar y tomar, si la FDD nos dejara luchar de verdad. —Adelantó un ápice su Poco usando los impulsores de maniobra y yo la seguí.

—¿Dónde creéis que vais? —preguntó Jorgen.

—Solo queríamos ver mejor el campo de batalla —dije.

—Pues dejadlo estar. Regresad a la hilera. Nos han ordenado mantener la posición.

Obedecimos, pero me descubrí ansiosa por entrar en combate. Allí quieta, esperando, mi fatiga no dejaba de reclamar mi atención.

—Llamemos a Cobb —propuse—, a ver si quiere que destaquemos un par de cazas para explorar la zona.

—Seguro que ya tienen exploradores sobre el terreno —dijo Jorgen—. Mantén la posición, Peonza.

—Eh, Arturo —dijo FM por la línea general—. ¿A qué distancia crees que está la batalla principal?

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo él.

—Tú eres el listo.

Hubo un momento de silencio en la línea.

—¿Y bien? —insistió FM.

—Ah —dijo Arturo—. Perdona. Estaba… bueno, esperando a que Nedd soltara alguna ocurrencia. Supongo que aún no me he quitado la costumbre. Espera, puedo calcularte la distancia exacta. —Se encendió una luz en nuestra consola de comunicaciones—. Eh, Cobb, ¿a cuánto estamos de la lucha?

—A unos cincuenta kilómetros —respondió Cobb—. Quedaos ahí, cadetes. El Escuadrón Victoria ya casi ha vuelto de las cavernas y os relevará cuando despegue. —Su luz se apagó.

—Qué bueno eres calculando, Anfi —dijo FM a Arturo.

—Considero una señal de verdadera inteligencia saber cuándo hay alguien que ya te ha hecho el trabajo —dijo él—. Eh, sería un buen dicho, ¿verdad, Rara? ¿Lo usarás alguna vez?

—Esto… Benditas sean tus estrellas.

—No es justo —dijo Arcada—. Tendríamos que estar combatiendo. Ya casi hemos dejado de ser cadetes y estoy harta de tanta simulación. ¿Verdad,

Peonza?

En la lejanía, los estallidos de luz señalaban los lugares donde morían hombres y mujeres. Donde otras personas perdían amigos, como había hecho yo.

Odiaba aquella preocupación reptante e insidiosa que, de algún modo, se había infiltrado en mi corazón. Aquella vacilación, aquel miedo. Ese día me sentía más fuerte, quizá porque estaba cansada. A lo mejor, si lograba entrar en combate, podría demostrar mi valía… a mí misma.

—Sí, Arcada tiene razón —respondí—. Deberíamos estar acabando con krells, no con nuestra propia paciencia.

—Haremos lo que se nos ha ordenado —afirmó Jorgen—. No se debate con los comandantes. Me parece curioso que afirméis que casi ya no sois cadetes, cuando os falta comprender algo tan fundamental como la estructura de mando.

Me mordí el labio y sentí que se me calentaba la cara de vergüenza. Tenía razón. Estúpido Caracapullo.

Reuní fuerza de voluntad para quedarme esperando a nuestro reemplazo. Sería algún escuadrón de reserva que había estado resguardado, cazas estelares incluidos, en las cavernas profundas. Era un equilibrio precario: no podíamos arriesgarnos a que una detonación barriera de un plumazo la FDD entera al destruir Alta, pero cualquier nave que no tuviéramos en disponibilidad inmediata tardaba un tiempo en regresar por los montacargas de vehículos.

Al cabo de un tiempo, la línea de Cobb volvió a iluminarse. A decir verdad, no estábamos en condiciones de luchar ese día, no después del entrenamiento largo y arduo que habíamos tenido. Me dispuse a dar media vuelta y regresar.

—Escuadrón krell —dijo Cobb—. Ocho naves.

«¿Qué?».

—Están en rumbo 125-111-1.000 —siguió Cobb—. Una pareja de exploradores nuestros los ha pillado colándose a baja altitud. Jefe de escuadrón, vuestros refuerzos aún tardarán entre cinco y diez minutos. Tendréis que entablar combate.

Combate.

—Entendido, Mando de Vuelo —dijo Jorgen.

—Son interceptores krells normales, hasta donde han podido ver los exploradores —añadió Cobb—. Las órdenes de la almirante son que os

aproximéis y confirméis visualmente que no hay ningún bombardero entre ellos. Luego, destruid o repeled a los cazas.

»Las baterías antiaéreas estarán preparadas y en espera. Disparar hacia un combate cerrado es una buena forma de matar a nuestra propia gente, pero si podéis anular los escudos de los cazas que se os escapen, las armas pequeñas deberían poder ocuparse de ellos. Y si conseguís llevaros a algún enemigo lo bastante arriba, el cañón grande quizá pueda eliminarlo.

Cobb calló un momento.

—He conectado vuestras naves con el canal general de batalla. Buena suerte, cadetes. Obedeced al jefe de escuadrón y recordad vuestro entrenamiento. Esta vez es de verdad.

La luz se apagó.

—¡Por fin! —gritó Arcada.

—Quiero una formación amplia de barrido —nos dijo Jorgen—. Ya habéis oído el rumbo: 125-111-1.000. Vamos a estar muy cerca del suelo, así que vigilad vuestra elevación relativa. ¡Adelante!

Formamos muy separados, en parejas de compañeros de ala. Arcada y yo, Jorgen y Arturo, FM y Kimmalyn. Aceleramos por el hueco entre las dos cimas y virando hacia el este, siguiendo el rumbo indicado. Hallamos la visual casi al instante: ocho naves krells que volaban formando una U.

—Estamos a tus órdenes, jefe de escuadrón —dijo una voz de mujer por el canal general—. Clase Val. Exploradora Siete, identificador: Capa.

—Explorador Ocho, identificador: Subrayado —añadió una voz masculina.

Clase Val. Serían las dos naves exploradoras. Aún no las veía, pero se unirían a la batalla con nosotros.

Mi fatiga se derritió con el fragor de la emoción. Estaba sucediendo. Un combate auténtico. No un enfrentamiento accidental, sino órdenes concretas de eliminar un escuadrón enemigo.

—Gracias por vuestra ayuda, exploradores —dijo Jorgen—. Tenemos orden de obtener confirmación visual de la posible existencia de un bombardero entre esos amigos de ahí. Pareja de exploradores, quiero que coordinéis eso con el Mando de Vuelo. Mis cazas Poco entrarán en formación de dispersión e intentarán separar al enemigo en unidades solitarias. Centrad vuestra atención en aseguraros de que hemos identificado todas las naves.

—Confirmado —respondió Capa.

—Muy bien, equipo —dijo Jorgen—. Sobrecargad hasta Mag 3 y, cuando establezcamos contacto, reducir a velocidad de combate. Batalla campal,

pillad los que podáis y cuidad de vuestro compañero de ala. —Soltó aire—. Que las estrellas os guarden.

—Y a ti, jefe de escuadrón —dijo Arturo.

Los dos sonaban preocupados. Mi resolución se tambaleó. Cosa que odiaba. No iba a convertirme en una cobarde.

—¡Adelante! —ordenó Jorgen.

—¡Sí! —chilló Arcada, y sobrecargó su propulsor.

La seguí, surcando el cielo con una repentina aceleración hacia el enemigo. Al igual que en las simulaciones, los krells se dispersaron ante el ataque directo. No se preocupaban de dividirse en compañeros de ala que se cubrían mutuamente: contaban con que sus naves superiores compensaran nuestra mejor coordinación.

Me ceñí a la parte trasera izquierda de Arcada. Dejamos de sobrecargar yendo a gran velocidad y nos escoramos a la derecha, escogiendo una nave krell concreta como objetivo. Habíamos entrado en una lluvia de cascotes, pero sobre todo eran trozos pequeños que ardían en las alturas. De vez en cuando caía un pedazo de tamaño intermedio cerca de nosotras, soltando humo, pero ninguno era lo bastante grande para maniobrar con la lanza de luz.

Redujimos a velocidades de combate y seguimos a nuestro objetivo. Retrocedí a la distancia justa para estar fuera de alcance si Arcada activaba su PMI. Por encima pasaron dos cazas estelares de clase Val, diseñados para evitar escáneres y alcanzar altas velocidades. No tendrían demasiada potencia de fuego.

—Capa —dije después de pulsar un botón—, aquí Cielo Diez, identificador: Peonza. La nave a la que persigo es un interceptor krell normal.

—Confirmado —respondió Capa. No oí las demás conversaciones, porque los demás estarían informando de manera individual. Con un poco de suerte, los dos exploradores podrían llevar lo bastante bien la cuenta para identificar todas las naves.

Arcada y yo volamos en paralelo al suelo, viramos a la derecha y luego a la izquierda cuando entramos en un gran cráter. Arcada sobrecargó para intentar acercarse y usar el PMI, pero se pasó de largo cuando el krell elevó el morro y ascendió.

Yo seguí tras él y Arcada soltó un reniego en voz baja y se puso en formación detrás de mí.

—No nos persiguen, Peonza. Derribemos esa chatarra antes de que venga alguien en su ayuda.

—Confirmado.

Mantuve la atención en el enemigo. Sí… concentración absoluta. Los sensores de mi casco, a los que ya prácticamente no hacía caso, se calentaron. Sentí que podía anticiparme al viraje del krell mientras salía del cráter y se escoraba a la derecha.

«Céntrate». No importaba nada más. Sin preocupaciones. Sin miedo. Solo yo, mi nave y el objetivo.

Más cerca.

Más cerca.

Ya casi.

—¡Chicos, ayuda!

Kimmalyn.

Maldije mientras se quebraba mi concentración. Allí estaba, perseguida por tres cazas krells. ¡Tirda! FM estaba trazando una curva por detrás, intentando ponerse en posición de ayudarla.

Abandoné la persecución y Arcada me siguió mientras nos lanzábamos hacia Kimmalyn.

—Fuego de cobertura —dije, y las dos disparamos los destructores, acribillando la zona lo suficiente para que los tres perseguidores emprendieran maniobras defensivas y dejaran escapar a Kimmalyn.

—Gracias —dijo FM, entrando en formación al lado de Kimmalyn.

Dediqué un tiempo a localizar a Arturo y Jorgen, que estaban enzarzados en combate aéreo contra tres krells. Con tantos adversarios encima, no se atreverían a usar el PMI y quedar expuestos.

—Tenemos que ir cargándonos a los que van sueltos —dije a Arcada—, y así poner los números a nuestro favor.

—Vale —dijo ella—. A tus tres. ¿Te gusta?

—Ve a por él —dije, y la seguí en dirección a otro krell.

Parecía idéntico al que habíamos estado dando caza, con su misma forma y arrastrando cables que salían por su cola. No parecía que ninguno de los dos fuese un bombardero.

Informé por radio de lo que habíamos visto y acosamos a la nave para apartarla del combate principal. Cuando intentó virar a la izquierda para dar un rodeo, pude sobrecargar mi propulsor e impedírselo. Aislado, intentó dejarnos atrás volando en línea recta y aceleró a Mag 3, a Mag 4.

—¡Voy a entrar! —exclamó Arcada. Su propulsor refulgió con la sobrecarga y la nave se abalanzó hacia delante.

Yo ya estaba anticipando sus actos. Habíamos hecho aquello mismo tantas veces juntas la última semana que sabía por instinto lo que iba a pasar. En una

maniobra perfecta, se aproximó justo lo suficiente para liberar su PMI. Con un chispazo azul, su escudo se desactivó, al igual que el del krell.

La adelanté mientras ella desaceleraba y abrí fuego con mis destructores. Fue casi una sorpresa cuando la nave krell explotó en pedacitos fundidos. ¡Había funcionado de verdad!

Arcada aulló mientras las dos perdíamos velocidad. Pivoté y regresé con ella para cubrirla mientras reactivaba su escudo. Cayó a mi lado un trozo de basura espacial, que explotó con un leve estruendo al impactar, no muy por debajo de nosotras.

—¿Es la primera sangre? —pregunté por el canal general—. ¡Jorgen, nos hemos cargado uno!

—Enhorabuena —dijo él con la voz tensa.

Observé el resto de la batalla. Arturo y Jorgen seguían ocupados con las tres naves, y los exploradores habían logrado espantar a otra en dirección contraria, con una maniobra parecida a la que habíamos hecho Arcada y yo. Eso dejaba…

… tres naves persiguiendo a Kimmalyn. Otra vez.

—Tirda —dije—. ¿Arcada?

—Vete. Ya casi estoy reactivada.

Sobrecargué el propulsor y me lancé de vuelta al grueso de la batalla.

—¿Chicos? —llamó Kimmalyn—. ¿*Chicos*?

—Te tengo —dijo FM—. Te tengo…

FM logró hacer salir en desbandada a las naves, pero otro caza krell trazó un bucle para situarse tras ella. Cuando FM empezó a esquivar, una de las tres naves originales volvió hacia Kimmalyn.

Kimmalyn se puso a esquivar de cualquier manera y me la imaginé entrando en pánico. No había elegido una estrategia a la que ceñirse, sino que iba intentando todas las maniobras de esquiva, una detrás de otra.

Aceleré, pero los disparos de destructor destellaron alrededor de Kimmalyn y su escudo crepitó al absorber un disparo. No dejaba de sobrecargar el propulsor a ráfagas cortas.

«No voy a alcanzarla. No a tiempo».

—¡Rara, aguanta! —exclamé por la línea general—. Voy a intentar una cosa. FM y todos los demás, si podéis desmarcaros y seguirme, intentad hacerlo. Formad una V normal conmigo en la punta.

Viré hacia la nave que perseguía a FM, mucho más cercana que las que hostigaban a Kimmalyn. En vez de disparar, pasé a su alrededor haciendo un bucle, casi raspando el suelo y levantando una nube de polvo. Entonces me

lancé hacia arriba y usé la lanza de luz para enganchar un trozo pequeño de escombro espacial. Hice un giro cerrado, pivoté y arrojé el escombro hacia los perseguidores de Kimmalyn. Hasta yo me quedé impresionada de lo cerca que pasó de uno de los krells.

Salí del bucle y FM entró en formación detrás de mí. Jorgen y Arturo abandonaron su enfrentamiento y la imitaron.

—¿Para qué es esto? —preguntó Jorgen por radio—. ¿Qué estamos haciendo?

—Salvar a Rara —dije. «Con un poco de suerte».

Iba a depender de si mi teoría era correcta. Tensa, alcé el morro y sobrecargué el propulsor. Por un breve instante, mantuvimos la formación.

Encima de nosotros, los krells que perseguían a Kimmalyn la dejaron escapar y empezaron a descender… hacia mí.

—Cobb nos advirtió de que los krells intentan destruir nuestra estructura de mando —dije—. Atacan primero a los jefes de escuadrón, si pueden identificarlos, y…

Me vi rodeada de fuego de destructor.

Bien.

Puse en práctica el conjunto de esquivas más complejo que conocía, la secuencia Barrett. Nada menos que cuatro krells se lanzaron en mi persecución. Con ello logré proteger a Kimmalyn, pero cuatro eran demasiados para mí. Cada vez que intentaba ascender o alejarme, una o dos naves lograban interponerse. Mi Poco tembló mientras rodaba y esquivaba, y los destructores impactaron contra mis escudos.

«Tirda. Tirda. ¡Tirda!».

—Ya voy, Peonza —dijo Arcada—. Aguanta.

Seguí esquivando, librándome de los disparos de destructor por los pelos. Una parte de mi cerebro fue consciente de que Arturo derribaba una nave krell. ¿Cuánto tiempo llevábamos luchando? ¿De verdad solo habíamos acabado con dos? ¿Dónde estaban esos refuerzos?

—Más naves —informó Jorgen.

—Ya era hora —dije con un gruñido mientras me escoraba.

—No nuestras. Suyas.

El viraje me llevó directa hacia ellas. Era otro escuadrón de seis interceptores krells. Pasé rodando a través de ellos y, no sé muy bien cómo, me las ingenié para no chocar con ninguno. En la confusión, por fin logré ganar algo de altitud.

Mi truquito debió de convencerlos del todo de que yo era alguien importante, porque tres krells se pusieron a mi cola sin dejar de disparar, mientras yo chillaba perforando el aire. Mis sensores de proximidad estaban atronando, y mis escudos…

Un disparo me alcanzó, haciendo que mi escudo chisporroteara y luego se apagara. Se encendieron luces de aviso por todo el panel de control.

Seguí derecha hacia arriba, haciendo rotar el anillo de pendiente para que apuntara hacia abajo, por detrás de mi caza. Solo tenía que alcanzar la altura suficiente para…

Una explosión iluminó el cielo detrás de mí. La onda de choque sacudió mi Poco sin escudo. Susurré una queda oración dirigida al artillero que estuviera manejando aquellos cañones antiaéreos cuando, con otro impresionante estallido, una segunda nave krell desapareció de mis sensores de proximidad.

El último interceptor krell abandonó la caza, lanzándose en picado para salir del alcance de las baterías antiaéreas. Me recliné en el asiento, sudando, con dolorosos latidos en la cabeza y las luces brillando en mi consola. Viva. Estaba viva.

—¡Arcada! —llamó FM por la línea—. ¿Qué haces?

—Estoy bien —dijo Arcada, casi gruñendo—. Voy a cargarme a este. Sus escudos casi han caído.

Me apresuré a hacer rotar mi nave e inclinarla hacia abajo para ver el ajetreado campo de batalla. Estaba bastante segura de que era Kimmalyn quien se había elevado en mi dirección, para salir del alcance de los krells. El resto de la batalla era un revoltijo de naves krells y fuego de destructor.

«Ahí». Vi a Arcada persiguiendo a un enemigo mientras, a su vez, la perseguían otras tres naves krells. Me había visto obligada a dejarla sin compañera de ala.

Sin hacer caso a la luz intermitente del escudo, porque no tenía tiempo para reactivarlo, me lancé hacia abajo de nuevo en dirección al campo de batalla. Descargué mi destructor hacia los perseguidores de Arcada, pero estaba demasiado lejos y mis disparos fallaron por mucho. El enemigo no abandonó la cacería.

Arcada absorbió un disparo. Y otro.

—¡Arcada, elévate! —grité.

—Ya casi lo tengo. No batiremos ninguna marca actuando como cobardes.

Disparó y acertó a los escudos del krell que tenía delante.

Yo sobrecargué mi propulsor y me arrojé tras ellos. Pero los descensos en picado eran peligrosos para el cuerpo y, en el momento en que se saturaron mis ConGravs, noté en los ojos que la aceleración estaba empujándome la sangre hacia la cabeza.

Apreté los dientes y mi visión se enrojeció mientras me acercaba al grupo de krells. Activé el PMI sin mirar las lecturas de proximidad. No podía desactivar mi propio escudo, al fin y al cabo. Ya no lo tenía.

No vi a cuántos de ellos alcancé. Me faltaba demasiado poco para provocarme daños permanentes. Me nivelé, con la cabeza palpitando y los ojos doloridos. Mientras regresaba mi visión, inicié la reactivación de mi escudo y estiré el cuello para buscar a Arcada. ¿Estaba a salvo?

—¡Me están acribillando! —exclamó Arturo—. ¡Necesito ayuda!

—¡Los refuerzos han llegado! —dijo Jorgen.

Todo era un caos. Apenas lograba encontrar sentido a aquel embrollo, aunque de momento, y por sorprendente que pareciera, nadie parecía estar atacándome.

Vi una explosión a mi derecha.

—¡Lo pillé! —dijo Arcada.

«Ahí». Arcada había abatido a su objetivo, pero seguía teniendo dos naves krells en su cola.

—¡Asciende, Arcada! —chillé—. Siguen detrás de ti. ¡Entra en el alcance de las baterías antiaéreas!

Se inclinó hacia arriba, haciéndome caso por fin. La seguían dos cazas. Activé mi escudo, giré y me lancé en su dirección para echarle una mano, pero había perdido mucho terreno.

—Voy sin escudos —dijo Arcada con un gruñido.

—¡Rara! —llamé, desesperada, volando hacia mi amiga pero demasiado rezagada—. Cárgatelos. Antes he pillado a ese grupo con el PMI. Tampoco llevan escudos. ¡Dispara!

—Eh… —Kimmalyn sonaba inquieta—. Eh…

—¡Puedes hacerlo, Rara! Es como en las simulaciones. ¡Venga!

Un estallido de luz procedente de un destructor cargado hendió el aire sobre nosotras, dirigido a las naves que seguían a Arcada.

Y falló.

Al segundo siguiente, un disparo alcanzó a Arcada y su ala explotó, esparciendo piezas por los aires. El resplandor azul de debajo de su nave empezó a destellar, encendiéndose y apagándose.

«No…».

La nave de Arcada se precipitó hacia el suelo. Desde lejos, no se distinguía de los escombros.

—¡Arcada! —chillé—. ¡Eyéctate! ¡Sal de ahí!

—Puedo… —Hablaba en voz baja, y apenas podía oírla entre los avisos que estaban saltando en su tablero y el mío—. Puedo controlarlo… puedo dirigir…

—¡Tienes el anillo de pendiente dañado! —le dije—. Estás perdiendo altitud. ¡Eyéctate!

—No. Soy. Una. *Cobarde* —dijo ella—. Valiente hasta el…

Un fogonazo de luz.

Una pequeña explosión en el suelo, insignificante en la tormenta de destrucción que era aquel campo de batalla.

—¡Replegaos! —ordenó Jorgen—. ¡Todos, replegaos ahora mismo! Dejad este combate a los pilotos graduados. ¡Tenemos orden de retirarnos!

«Arcada…».

Al principio, no pude moverme. Solo me quedé mirando el lugar donde Arcada había chocado contra el suelo.

—Peonza —dijo Jorgen. ¿Cuándo se había situado junto a mí?—. Tenemos que irnos. Estamos demasiado agotados para esta lucha. ¿Me oyes?

Parpadeando para contener las lágrimas, susurré:

—Sí.

Entré en posición tras él mientras descendíamos, y volamos casi rozando la superficie para huir del campo de batalla.

Alzamos el vuelo para reunirnos con FM y Arturo, y di un respingo. La nave de Arturo tenía ennegrecidos toda el ala izquierda y el costado, y la cubierta de la cabina agrietada. Su anillo de pendiente seguía activado y podía mantenerse en el aire, pero… tirda. Había sobrevivido a un impacto de destructor después de perder el escudo.

Cuando informó de su estado, tenía la voz apagada, agitada. Parecía saber la suerte que había tenido de seguir con vida.

En cambio, Arcada…

Kimmalyn por fin descendió hacia nosotros.

—¿Y Arcada? —preguntó FM.

—Ha caído —dijo Kimmalyn—. Yo… estaba mirando. Lo he intentado, pero…

—No ha querido eyectarse —dije en voz baja—. Se ha negado.

—Regresemos —ordenó Jorgen.

Llegó otro escuadrón de naves de refuerzo al campo de batalla. Mientras los observaba, toda confianza que hubiera podido tener en mis capacidades se evaporó. Aquellos cazas eran mucho más eficientes que nosotros, escorándose y volando en equipo, coordinados hasta en los movimientos más bruscos.

De pronto, me di cuenta de que me faltaban centenares de horas de práctica para estar preparada. Si es que alguna vez llegaba a estarlo. Me quité las lágrimas de los ojos mientras la voz de Jorgen, suave pero firme, nos ordenaba acelerar a Mag 3.

Mientras volábamos, me temblaron las manos… delatándome como la cobarde que era.

33

Desperté en una habitación.

¿En una habitación? ¿No en la cabina de M-Bot?

Me incorporé con los músculos doloridos y la cabeza palpitando. Estaba entre cuatro paredes. En una cama. ¿Qué había pasado? ¿Me había quedado dormida en algún lugar de las instalaciones de la FDD? La almirante iba a…

«Estás en la enfermería —recordé—. Después de la batalla, Cobb te envió aquí a que te echaran un vistazo. Te ordenaron dormir y someterte a observación».

Tenía un vago recuerdo de oponerme, pero el enfermero me había obligado a ponerme una bata de hospital y a meterme en la cama de una habitación pequeña y vacía. Había estado demasiado embotada para protestar. Ni siquiera recordaba haberme tumbado. Lo tenía todo borroso.

Lo que sí recordaba con claridad era el estallido cuando la nave de Arcada impactó contra el suelo. Me tumbé de nuevo sobre una almohada demasiado blanda y apreté los párpados. Arcada había muerto.

En algún momento, me obligué a salir de la cama. Encontré mis cosas en un banco: mi traje de vuelo, lavado, con mi brazalete de línea de luz encima. Mi mochila estaba en el suelo al lado del banco, y la radio enganchada a un lado emitía una luz intermitente. Tirda, ¿y si alguien hubiera respondido a la llamada? ¿M-Bot habría sido capaz de quedarse callado?

De repente, mis secretos parecieron insignificantes. Comparados con lo que estaba ocurriendo, con el horror de nuestro escuadrón consumido lentamente, miembro a miembro… ¿qué más daba? ¿Qué importaba si descubrían mis secretos?

Arcada estaba muerta.

Miré el reloj. 05.45. Encontré el lavabo, donde me limpié. Volví a mi reducida habitación, me vestí y salí al mostrador de recepción del hospital. Una enfermera me inspeccionó y me entregó una tarjeta roja.

«Baja médica para recuperación por pérdida. Órdenes: una semana». La tarjeta llevaba impreso mi nombre y estaba sellada y firmada.

—No puedo —dije—. La almirante me expulsará de…

—Todo tu escuadrón está de baja médica obligatoria —dijo la mujer—. Por órdenes de la doctora Thior, directora del departamento médico. No te

van a expulsar de ninguna parte, cadete. Necesitas descansar.

Me quedé mirando la tarjeta.

—Vete a casa —dijo la mujer—. Pasa una semana con tu familia y recupérate. Por las estrellas del cielo, a los cadetes os aprietan demasiado.

Me quedé allí un momento antes de dar media vuelta, marcharme y vagar como alma en pena hacia el edificio de entrenamiento. Cogí el camino largo, el que pasaba por delante de nuestros cazas. Había cuatro alineados. La nave de Arturo estaba a un lado, en un pequeño hangar de mantenimiento, con piezas esparcidas por el suelo.

¿Que me fuera a casa? ¿Dónde? ¿A vivir en mi cueva? ¿O de vuelta abajo con mi madre, cuyo descontento con la FDD quizá por fin me hiciera perder lo que me quedaba de arrojo?

Arrugué la tarjeta de baja, me la metí en el bolsillo y fui a nuestra aula, donde me senté sola en mi asiento. En realidad solo quería pensar, hablar con Cobb, procesar todo aquello. Arcada había dicho: «Valiente hasta el final». Y lo había sido.

Tirda. Arcada estaba *muerta*. En las historias de la yaya, se celebraban festines en honor de los caídos. Pero yo no quería ningún festín. Quería arrastrarme a algún lugar oscuro y hacerme un ovillo.

Cuando se acercó la hora de la clase, me sorprendió que la puerta se abriera con un chirrido y todos los demás, salvo Jorgen, llegaran en un grupo solemne y silencioso. ¿La enfermera no había dicho que estábamos todos de baja? Quizá, al igual que yo, ninguno de ellos quería aceptarlo.

Kimmalyn vino a mi cabina y me dio un abrazo. Yo no quería abrazos, pero lo acepté. Lo necesitaba.

Llegó incluso Jorgen, aunque unos diez minutos después de la hora de inicio de la clase.

—Ya pensaba que os encontraría aquí a todos —dijo.

Me preparé para que nos ordenara marcharnos. Para que obedeciera las directrices oficiales y nos dijera que la clase estaba cancelada porque estábamos de baja forzosa.

Pero en vez de eso, nos inspeccionó y asintió con aprobación.

—Escuadrón Cielo, alineaos —dijo con voz suave. No había vuelto a intentar nada así desde el primer día, cuando no le habíamos hecho ni caso. Pero ese día, me pareció lo adecuado. Los cuatro nos levantamos y nos colocamos en hilera.

Jorgen fue junto al intercomunicador del aula y pulsó un botón.

—Jax, ¿puede avisar al capitán Cobb de que su escuadrón lo espera en el aula de siempre? Gracias.

Entonces, Jorgen vino hacia nosotros y se puso en línea. Esperamos todos juntos. Quince minutos. Veinte. Eran las 07.29 cuando Cobb abrió la puerta de golpe y entró cojeando.

Nos cuadramos al instante y saludamos.

Él nos miró y rugió:

—¡SENTAOS!

Me sobresalté. No era lo que había esperado. Pero aun así, imité a los demás y me apresuré a obedecer.

—Si estáis en un descenso descontrolado —nos gritó, con la cara tiñéndose de rojo—, ¡*os eyectáis*! ¿Me habéis oído? ¡Tirda, os EYECTÁIS!

Estaba furioso. Pero furioso de verdad. A veces fingía enfadarse, pero no se parecía en nada al hombre que teníamos delante, con la cara roja y escupiendo al gritar.

—¿Cuántas veces os lo he dicho? —preguntó—. ¿Cuántas veces os he dado órdenes? ¿Y aun así, os tragáis esas idioteces? —Señaló fuera de la ventana, hacia el enorme edificio del Alto Mando de la FDD—. El único motivo de que tengamos esta absurda cultura del automartirio es que *alguien* cree que tiene que justificar nuestras bajas. Hacer que parezcan honorables, virtuosas.

»No son ni una cosa ni la otra. Y vosotros sois unos necios por hacer caso a esa gente. No desperdiciéis vuestras vidas. No os atreváis a ser como esa imbécil ayer. No…

—No la llame imbécil —restallé—. Estaba intentando hacer un aterrizaje de emergencia. Quería salvar su nave.

—¡Tenía miedo de que la llamaran cobarde! —bramó Cobb—. ¡No tenía nada que ver con la nave!

—Arcada, Hudiya, era una heroína. —Lo miré con rabia.

—Era una…

Me levanté.

—¡Que usted quiera justificar su cobardía al eyectarse no significa que nosotros tengamos que hacer lo mismo!

Cobb se quedó petrificado. Y entonces, pareció… desinflarse. Se hundió en la silla de su escritorio. No parecía sabio, o ni siquiera huraño. Solo viejo, cansado y triste.

Me avergoncé al momento. Cobb no se merecía lo que le había dicho: no había hecho nada malo al eyectarse, y ni siquiera la FDD se lo reprochaba. Y

Arcada, en fin, yo misma le había dicho que abandonara la nave. Casi se lo había suplicado.

Pero no lo había hecho. Y los demás teníamos que respetar su decisión, ¿verdad?

—Estáis todos de baja médica una semana —dijo Cobb—. La doctora Thior lleva un tiempo presionando para dar más permisos a los escuadrones cuando pierden a miembros, y parece que empieza a salirse con la suya. —Se levantó y me miró directo a los ojos—. Espero que disfrutes siendo una heroína cuando tu cadáver se pudra como el de tu amiga, sola en un erial, olvidada e ignorada.

—Se le hará un funeral de piloto —dije yo—. Cantarán su nombre durante generaciones.

Cobb dio un bufido.

—Si hubiera que cantar el nombre de todos los cadetes necios que mueren antes de llegar a pilotos, no tendríamos tiempo para nada más. Y el cadáver de Arcada tardarán al menos varias semanas en recuperarlo. Los exploradores han confirmado que el impacto dañó demasiado el anillo de pendiente de su nave para poder repararlo. En ese Poco no hay nada que merezca asignarle prioridad de rescate, al menos mientras aún estemos trabajando en aquel cascote grande que cayó.

»Así que a vuestra heroica amiga van a dejarla ahí fuera. Otra piloto muerta, enterrada por la escoria de su propia explosión. Tirda. Ahora tengo que escribir una carta a sus padres y explicarles la razón. No me fío de lo que les dirá Ivans.

Cojeó hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia Kimmalyn. No me había dado cuenta de que la chica se había levantado. Hizo el saludo militar a Cobb con ojos lacrimosos. Luego dejó caer algo en su asiento.

Su insignia de cadete.

Cobb asintió.

—Quédate la insignia, Rara —le dijo—. Estás licenciada con todos los honores que te importen.

Dio media vuelta y se marchó.

¿Licenciada? ¿*Licenciada*?

—¡No puede hacerte eso! —grité imperiosa, volviéndome hacia Kimmalyn.

Pareció marchitarse.

—Se lo pedí yo después de la batalla. Me dijo que lo consultara con la almohada. Y eso he hecho.

—Pero… no puedes…

Jorgen se puso a mi lado y se encaró con Kimmalyn.

—Peonza tiene razón, Rara. Eres una miembro importante de este escuadrón.

—La miembro más débil —replicó Kimmalyn—. ¿Cuántas veces le ha tocado a uno de vosotros abandonar un combate para venir a salvarme? Os estoy poniendo a todos en peligro.

Desobedeciendo a Cobb, Kimmalyn se dejó la insignia en el asiento cuando echó a andar hacia la puerta.

—Kimmalyn —dije, sintiéndome impotente. Corrí tras ella y le cogí la mano—. Por favor.

—Hice que la mataran, Peonza —susurró ella—. Lo sabes igual de bien que yo.

—Se mató ella sola.

—El único disparo que importaba… fue justo el que fallé.

—Había dos naves tras ella. Quizá un disparo, aunque hubieras acertado, no habría sido suficiente.

Kimmalyn sonrió, me apretó la mano y se fue.

Sentí que mi mundo se derrumbaba. Primero Arcada y después Kimmalyn. Miré a Jorgen. Seguro que podría impedirlo. ¿Verdad?

Estaba de pie envarado, alto, con aquel rostro demasiado guapo. Tenía la mirada fija al frente y me pareció verle algo en los ojos. ¿Remordimiento? ¿Dolor?

«Él también ve cómo su escuadrón se descompone a su alrededor».

Tenía que hacer algo. Necesitaba extraer algún tipo de sentido de aquel desastre, y de mi dolor. Pero no, no podía, no quería, detener a Kimmalyn. Al menos… al menos, así estaría a salvo.

En cambio, Arcada…

—Arturo —dije, recogiendo mi mochila—, ¿más o menos a qué distancia crees que fue la batalla?

—Bastante cerca de nuestra posición inicial, más allá de las baterías antiaéreas. Pongamos unos ochenta kilómetros.

Me puse la mochila al hombro.

—Estupendo. Nos vemos todos dentro de una semana.

—¿Dónde vas? —preguntó FM.

—Voy a buscar a Arcada —respondí—, y a darle un funeral de piloto.

34

Caminé pesadamente por el terreno seco y polvoriento. La brújula me mantenía en la dirección correcta, lo cual era importante, porque todo parecía igual allí fuera, en la superficie.

Intenté no pensar. Pensar era peligroso. A Bim y a Marea apenas los conocía, y sus muertes me dejaron turbada durante semanas. Y Arcada había sido mi compañera de ala.

Pero era más que eso. Arcada había sido como yo. Al menos, como yo fingía ser. Solía ir un paso por delante de mí, liderando la carga.

En su muerte, me vi a mí misma.

«No. Nada de pensar».

Pero eso no detenía las emociones. El agujero en mi interior, el dolor de una herida raspada hasta levantar carne. Después de aquello, nada podía volver a ser igual. El día anterior no solo había traído la muerte de una amiga. Había traído la muerte de mi capacidad para fingir que aquella guerra era, en cualquier forma concebible, gloriosa. Había una luz intermitente en mi radio. Pulsé el interruptor.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. ¿Estás segura de que hacer ese recorrido es sensato? No soy capaz de preocuparme, claro, pero…

—Quiero estar sola —dije—. Te llamaré mañana, o algo. Apagué la radio y la metí en la mochila, donde había guardado un poco de carne de rata y agua para la caminata. Si no me llegaba, siempre podía cazar. Quizá me perdiera en las cavernas para no volver jamás. Quizá me hiciera nómada, como lo era mi clan antes de la fundación de Ígnea.

¿Y no volver a volar jamás?

«Tú camina, Spensa —me dije—. Para de pensar y camina».

Eso era sencillo.

Eso podía hacerlo.

Estaría a unas dos horas de distancia de Alta cuando un sonido quebró el silencio y, al volverme, vi que se acercaba un coche aerodeslizador. Volaba a tres metros del suelo y levantaba una estela de polvo a su paso. ¿Alguien habría avisado a la almirante? ¿Férrea habría enviado a policías militares con alguna razón inventada sobre la marcha para que no pudiera estar allí fuera?

No. Cuando se acercó más, me di cuenta de que reconocía aquel coche azul. Era el de Jorgen. Debían de haberle puesto una matriz de energía nueva.

Gruñí, me volví de nuevo hacia delante y seguí andando. Jorgen se detuvo a mi lado e hizo descender su coche hasta que su cabeza quedó a menos de un metro por encima de la mía.

—Peonza, ¿de verdad pretendes *caminar* ochenta kilómetros?

No respondí.

—Ya sabes que estar aquí fuera es peligroso —dijo Jorgen—. Debería ordenarte que volvieras. ¿Y si te pilla una lluvia de escombros?

Me encogí de hombros. Llevaba meses viviendo cerca de la superficie y solo había corrido verdadero peligro aquella única vez, cuando había descubierto la cueva de M-Bot.

—Spensa —dijo Jorgen—. Por el amor de la Estrella Polar, sube. Te llevo.

—¿No tienes ninguna velada lujosa de ricos a la que deberías asistir?

—Mis padres aún no se han enterado de la baja médica. Será por poco tiempo, pero de momento soy tan libre como tú.

«¿Yo, libre?». Me dieron ganas de reírme en su cara.

Aun así, tenía un coche. Eso transformaría un trayecto de varios días en uno de pocas horas. Me molestó que Jorgen me diera la opción, porque quería estar sola. Para sufrir, tal vez. Pero una parte de mí sabía que no llegaría al cadáver de Arcada con lo que llevaba en la mochila. Lo más probable sería que me viera obligada a regresar después de un día caminando.

—Quiero acompañarte —dijo Jorgen—. Es buena idea. Arcada… se lo merece. He traído materiales para hacer la pira.

«Deja de tener razón, Jorgen», pensé. Pero rodeé el coche y subí al asiento del pasajero. Tenía las piernas manchadas de polvo hasta los muslos, polvo que repartí por todo el interior del coche, pero él no pareció darse cuenta.

Empujó el acelerador del coche y salimos disparados sobre el suelo. El coche tenía un anillo de pendiente pequeño y solo impulsores básicos, sin propulsor, pero, al estar tan cerca del suelo, daba la sensación de que íbamos más rápido que en la realidad. Sobre todo, al no haber techo y notar el viento revolviéndome el pelo.

Dejé que el movimiento me hipnotizara.

—¿Quieres hablar? —preguntó Jorgen.

No respondí. No tenía nada que decir.

—Se supone que un buen jefe debe poder ayudar a su escuadrón con sus problemas —dijo—. No podrías haberla salvado, Peonza. No había nada que

pudieras haber hecho.

—Crees que debió eyectarse —dijo.

—Yo… Eso no es relevante ahora.

—Crees que no debería haberse lanzado a matar. Crees que desobedeció el protocolo y que no debería haberse alejado ella sola. Estás pensándolo. Sé que estás haciéndolo. La estás juzgando.

—¿Así que ahora te enfadas conmigo por cosas que *podría* estar pensando?

—¿Las estabas pensando? ¿La estabas juzgando?

Jorgen no dijo nada. Siguió conduciendo, con el viento soplando en su pelo demasiado arreglado, demasiado perfecto.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan estirado? —pregunté—. ¿Por qué tu forma de «ayudar» suena siempre a que estás citando algún manual? ¿Eres alguna clase de máquina que piensa? ¿Te importa algo de verdad?

Hizo una mueca y yo cerré los ojos con fuerza. Sabía que le importaba. Lo había visto aquella mañana en el aula, intentando hallar la forma de salvar a Marea en la simulación. Una y otra vez.

Mis palabras habían sido estúpidas. Irreflexivas.

Que era justo lo que me había ganado por no pensar.

—¿Por qué me soportas? —pregunté. Abrí los ojos y eché atrás la cabeza para mirar el campo de asteroides que flotaba en las alturas—. ¿Por qué no me denunciaste por romperte el coche, ni por agredirte, ni por otra docena de cosas?

—Salvaste la vida a Nedd.

Bajé la cabeza y miré a Jorgen. Estaba conduciendo con la mirada fija hacia delante.

—Seguiste a mi amigo a la barriga de una bestia —continuó—. Y lo arrastraste cogido del cuello a un lugar seguro. Pero hasta antes de eso, lo sabía. Eres insubordinada, respondona y… bueno, y muy frustrante. Pero cuando vuelas, Peonza, vuelas como parte de un equipo, y mantienes a mi gente a salvo.

Me miró y encontró mis ojos.

—Puedes insultarme todo lo que quieras, amenazarme, lo que sea. Mientras vueles como lo hiciste ayer, protegiendo a los demás, te quiero en mi escuadrón.

—Arcada murió de todos modos —dije—. Kimmalyn se ha marchado de todos modos.

—Arcada murió por su temeridad. Rara se ha ido porque se sentía incompetente. Esos problemas, como tu insubordinación, son culpa mía. Mantener bajo control a mi escuadrón es mi trabajo.

—Bueno, pues ya puestos a encargarte trabajos imposible, ¿por qué no te piden que derrotes a los krells tú solito? Lo veo más o menos igual de factible para ti que meternos a todos en vereda.

Se tensó, con la mirad al frente, y comprendí que se lo había tomado como un insulto. Tirda.

Al cabo de un tiempo, pasamos cerca de la batería antiaérea y Jorgen los llamó para que no saltaran sus alarmas de proximidad. Le permitieron seguir adelante sin hacer preguntas, después de que dijera quién era, el hijo de un Primer Ciudadano.

Tras dejar atrás la batería antiaérea, fue sorprendentemente fácil encontrar el lugar donde había caído Arcada. Se había arrastrado por el suelo más de cien metros, dejando un amplio surco en la tierra polvorienta. La nave se había partido en tres grandes trozos. Al parecer, la cola del fuselaje, con el propulsor, había sido lo primero en salir despedido. Continuamos avanzando y encontramos el lugar donde la parte central del fuselaje, o más bien lo que quedaba de ella, había dejado una enorme marca negra en el suelo. La matriz de energía había explotado al dar contra unas rocas y había destruido el anillo de pendiente. Eso era el fogonazo que había visto.

Pero un trozo pequeño de la parte frontal, cabina incluida, se había soltado y había seguido resbalando. Me saltó el corazón en el pecho al encontrar los restos retorcidos de la cabina aplastados contra una pila de grandes peñascos que había más adelante.

Jorgen hizo aterrizar el aerodeslizador y yo salí a toda prisa y eché a correr por delante de él. Salté encima de la primera roca y me icé a otra, raspándome los dedos. Tenía que subir lo suficiente para ver el interior de la cabina aplastada. Tenía que saberlo. Subí a un peñasco más alto, desde el que pude mirar al interior de la cubierta rota.

Ella estaba allí.

Una parte de mí no había creído que fuera a estar. Una parte de mí había esperado que, de un modo u otro, Arcada hubiera salido de entre los restos, que estuviera regresando a pie, magullada pero viva. Segura de sí misma, como siempre.

Era una fantasía. Su traje de presión informaba de sus constantes vitales, y todos teníamos transmisores de emergencia que podíamos activar si necesitábamos que nos rescataran. Si Arcada hubiera sobrevivido, la FDD lo

sabría. Bastó una breve mirada para confirmar que, con toda probabilidad, había muerto en el primer impacto. Estaba machacada, clavada en el metal partido de la cabina.

Arranqué la mirada de allí mientras el frío me inundaba el pecho. Dolor. Vacío. Miré hacia atrás, a lo largo de la cicatriz en el terreno que había dejado su nave al estrellarse. Que fuese tan larga parecía indicar que había logrado poner su nave horizontal en los últimos momentos, que se había aproximado a una posición de planeo.

Por lo tanto, casi lo había logrado. Con un ala explotada y un anillo de pendiente roto, aun así había estado a punto de aterrizar.

Jorgen gruñó mientras intentaba trepar. Le tendí una mano, pero a veces me olvidaba de lo menuda que era en comparación con alguien como él. Estuvo a punto de arrojarme al vacío con un tirón casual de su brazo.

Subió a la roca a mi lado y dio un vistazo rápido a Arcada. Palideció y se volvió a un lado para sentarse en la parte superior de un peñasco. Yo cuadré la mandíbula y me obligué a meterme en la cabina y desenganchar la insignia de Arcada de su traje de vuelo ensangrentado. Lo menos que podíamos hacer era devolvérsela a su familia.

Miré la cara lacerada de Arcada, el único ojo que le quedaba mirando hacia delante. Desafiante hasta el final, aunque le hubiera servido de poco. Valor, cobardía… seguía estando muerta, así que ¿qué importaba?

Sintiéndome una amiga pésima por albergar esos pensamientos, le cerré el ojo, salí de la cabina y me limpié las manos en mi mono.

Jorgen señaló el coche con el mentón.

—Tengo las cosas para la pira en el maletero.

Descendí con mi línea de luz, seguida por Jorgen. En el maletero del vehículo encontramos aceite y un fardo de madera, lo cual me sorprendió. Había esperado carbón. Sí que debía de ser rico, si tenía aquello tan a mano. Trepamos de vuelta hacia la nave y luego izamos el fardo con mi línea de luz.

Empezamos a meter la madera en la cabina, listón a listón.

—Así es como lo hacían nuestros antepasados —dijo Jorgen mientras trabajaba—. Quemaban el barco en el océano.

Asentí, preguntándome lo mala que consideraba que había sido mi educación, si daba por sentado que no sabía eso. Ninguno de los dos había visto nunca un océano, por supuesto. En Detritus no los había.

Vertí aceite sobre la madera y el cuerpo, di un paso atrás y Jorgen me entregó el encendedor. Inflamé un palito y lo tiré al interior de la cubierta.

La repentina intensidad de las llamas me cogió desprevenida, y el sudor empezó a picarme en la frente. Retrocedimos más los dos y terminamos subiendo a uno de los peñascos más altos.

Siguiendo la tradición, hicimos el saludo marcial a las llamas.

—Regresa a las estrellas —dijo Jorgen, recitando la parte que correspondía al oficial—. Navega bien entre ellas, guerrera.

No era la elegía completa, pero bastaba. Nos sentamos en la roca para mirar, también siguiendo la tradición, hasta que el fuego se apagara. Froté la insignia de Arcada para devolverle el brillo.

—No soy desafiante —dijo Jorgen.

—¿Qué? ¿No te habías criado en las cavernas profundas?

—A ver, soy Desafiante en el sentido de que vengo de las cavernas Desafiantes. Pero no me siento desafiante. No sé ser como tú. O Arcada. Desde pequeño, he tenido toda la vida organizada. ¿Cómo voy a dejarme inspirar por los grandes discursos, desafiar a los krells, desafiar nuestra perdición, si todo lo que hago lleva siete normas pegadas?

—Al menos, así tuviste lecciones de vuelo y acceso automático a la FDD. Al menos, tú puedes volar.

Se encogió de hombros.

—Seis meses.

—¿Disculpa?

—Es el tiempo que tendré después de graduarme, Peonza. Me pusieron en la clase de Cobb porque se supone que es la más segura para los cadetes, y cuando me gradúe, deberé volar durante seis meses. Llegado ese momento, tendré un expediente lo bastante largo como piloto para que me respeten mis iguales, así que mi familia me sacará.

—¿Pueden hacerlo?

—Sí. Supongo que harán que parezca una emergencia familiar. Hará falta que me incorpore a mi puesto en el gobierno antes de lo previsto. Pasaré el resto de mi vida en reuniones, haciendo de enlace de mi padre con la FDD.

—¿Y alguna vez… podrás volar?

—Supongo que podría hacerlo por diversión. Pero ¿cómo va a compararse eso con pilotar un verdadero caza estelar en batalla? ¿Cómo voy a salir a dar paseos, en momentos escasos, calculados y protegidos, cuando he tenido algo mucho más grandioso? —Alzó la mirada al cielo—. Mi padre siempre se preocupaba de que me gustara demasiado volar. Y si te soy sincero, en mis prácticas, antes de empezar el entrenamiento oficial, pensaba que un par de

alas quizá me ayudaran a escapar de su legado. Pero no soy desafiante. Haré lo que se espera de mí.

—Vaya —dije en voz baja.

—¿Qué?

—A tu padre nadie lo llama cobarde, y aun así… sigues viviendo en su sombra.

De algún modo, Jorgen estaba atrapado tan por completo como yo. Ni todos sus méritos podrían comprar su libertad.

Juntos, vimos apagarse las ascuas de la pira mientras el cielo se oscurecía, al menguar el brillo de las antiguas cieluces. Compartimos unas palabras sobre Arcada, aunque ninguno de los dos había presenciado sus bufonadas a la hora de la cena y solo se las habíamos oído contar a otros.

—Era como yo —dije al final, mientras el fuego languidecía y la noche se asentaba—. Más yo que yo, últimamente.

Jorgen no me preguntó sobre eso. Se limitó a asentir, y con aquella luz, con el reflejo de unas pocas ascuas del fuego en los ojos, su cara no parecía tan aporreable como me había resultado siempre. Quizá fuese porque alcanzaba a atisbar las emociones detrás de aquella máscara de perfección autoritaria.

Cuando se apagó la última luz del fuego, nos levantamos y saludamos de nuevo. Al terminar, Jorgen bajó a su coche, explicándome que tenía que hablar con su familia. Yo me quedé en la roca alta, mirando de nuevo a lo largo del surco que había dejado Arcada al estrellarse.

¿Le reprochaba que hubiera desperdiciado su vida o la respetaba por negarse, a toda costa, a ser tachada de cobarde? ¿Podía sentir las dos cosas a la vez?

«De verdad estuvo a punto de lograrlo», pensé, reparando en el ala casi sin daños que había cerca. Y más atrás, la parte trasera del fuselaje. Arrancada, apartada de lo demás.

Propulsor incluido.

Tuve una repentina punzada de comprensión. Pasarían semanas antes de que llegara alguien para rescatar material de entre los restos. Y si llegaban a preguntarse dónde había ido a parar el propulsor, lo más seguro es que pensaran que había explotado con el impacto inicial de destructor.

Si lograba llevarlo a mi cueva de alguna manera…

No sería robar a los muertos. Tirda, Arcada me habría dicho que me llevara el propulsor. Habría querido que yo volara y luchara. Pero ¿cómo

estrellas iba a deshacer el camino con él a cuestas? Un propulsor sería varios órdenes de magnitud más pesado de lo que podía levantar, por no hablar de…

Miré hacia Jorgen, sentado en su coche. ¿Me atrevería?

¿Tenía alguna otra opción? Además, había visto unas cadenas en el maletero mientras descargábamos la madera.

Bajé de los peñascos y me dirigí hacia el coche. Llegué mientras él apagaba la radio.

—Aún no hay emergencias —dijo—, pero deberíamos ir volviendo.

Me debatí un momento antes de preguntar por fin:

—Jorgen, ¿cuánto puede levantar este coche?

—Bastante. ¿Por?

—¿Estás dispuesto a hacer algo que va a sonar un poco loco?

—¿Tanto como venir volando y dar nuestro propio funeral a una amiga?

—Aún más loco —dije—. Pero necesito que me ayudes sin hacerme demasiadas preguntas. Supon que he perdido el juicio por el dolor, o lo que sea.

Me miró, cauteloso.

—¿Qué es exactamente lo que quieres hacer?

35

Como supondrás —dijo Jorgen mientras volábamos de vuelta a Alta—, empiezo a sospechar pero que mucho.

Me asomé del aerodeslizador para mirar el propulsor que colgaba por debajo, unido mediante una cadena a los anillos de remolque que había en los bajos del chasis. El pequeño anillo de pendiente que tenía el coche apenas había logrado levantar el peso.

—Primero me robas la matriz de energía —dijo Jorgen—, y ahora esto. ¿Qué estás haciendo, construir tu propio Poco?

Se rio.

Cuando no hice lo mismo, me miró. Entonces se llevó la mano a la frente y se la frotó mientras la comprensión empezaba a arraigar.

—Es eso. Estás construyendo un caza estelar.

—Te he dicho que no hagas demasiadas preguntas.

—Y yo no he aceptado. Peonza, ¿de verdad estás construyendo una nave?

—Reparándola —dije—. Encontré una derribada.

—Todos los restos pertenecen a la FDD. Apropiártelos equivale a robar.

—¿Igual que acabas de ayudarme a robar un propulsor?

Dio un gemido y apoyó la espalda.

—¿Qué creías que estábamos haciendo? —pregunté, divertida—. ¡Nos hemos tirado media hora sacando un cacho de nave del suelo!

—¡Me has dicho que suponga que estás emocionalmente inestable por la muerte de Arcada!

—Pero no esperaba que me creyeras —dije yo—. Mira, llevo un montón de tiempo haciendo esto sin meterme en líos. Allá abajo, en Ígnea, usé restos para hacerme un arpón con el que cazar.

—Un caza completo es algo muy distinto de un arpón. ¿Cómo planeas arreglar el trasto? No tienes la experiencia necesaria… ¡ni el tiempo!

No respondí. No hacía falta involucrar a Gali.

—Estás loca —dijo.

—La almirante Férrea no quiere dejarme volar. Está resentida conmigo por mi padre. Aunque me gradúe, pasaré la vida en el suelo.

—¿Así que te construyes tu propia nave? ¿Y qué crees que va a pasar? ¿Que aparecerás en el campo de batalla en el último momento y a todo el

mundo se le olvidará preguntarte de dónde has sacado tu propio tirdoso caza estelar?

Siendo sincera, no tenía respuesta para eso. Había dejado a un lado la lógica, pensando que esa clase de preguntas eran puentes que habría que incendiar después de conquistarlos.

—Peonza, incluso suponiendo que puedas arreglar tú sola un Poco accidentado, que no puedes, por cierto. La primera vez que lo lleves al aire, la FDD lo detectará en los escáneres. Si no te identificas, te derribarán. Si te identificas, te quitarán la nave en menos tiempo del que te cuesta decir «consejo de guerra».

«Me gustaría ver cómo lo intentan».

—Podría no volar con él para la FDD —dije—. Hay otras cavernas, otros pueblos.

—Ninguno de los cuales tiene fuerza aérea. Han podido establecerse porque los krells tienen la atención centrada en nosotros.

—Algunos usan naves para comerciar —señalé.

—¿Y abandonarías la lucha? —preguntó—. ¿Para transportar mercancías?

—No lo sé.

Me hundí en el asiento, intentando no enfurruñarme. Jorgen tenía razón. Acostumbraba a tener razón. Empezaba a más o menos no odiarlo, pero seguía siendo Caracapullo.

Suspiró.

—Mira, si quieres volar, a lo mejor te encuentro trabajo como piloto privada. Algunas familias de las cavernas profundas despliegan cazas como escolta en operaciones comerciales. No tendrías que reparar ninguna vieja nave destrozada. Podrías usar una de las nuestras. La familia de Arturo tiene unas cuantas.

Me animé.

—¿De verdad? ¿Eso podría hacerlo?

—Tal vez. —Se quedó pensando un momento—. Bueno, lo más seguro es que no. Esos puestos están muy buscados, y suelen ocuparlos pilotos de la FDD retirados. Eso y que… también hace falta una reputación buenísima.

«Cosa que no tiene la hija de un cobarde. Ni tendrá jamás, a no ser que pueda luchar en la FDD». Era la gran contradicción de mi vida. Nunca valdría nada a menos que pudiera demostrar mi capacidad, pero no podía demostrarla porque nadie me daba la oportunidad.

Bueno, pues no estaba dispuesta a renunciar al sueño de volar en M-Bot. Por ridículos y endebles que sonaran mis planes cuando los exponía Jorgen,

M-Bot era *mi nave*. Encontraría la manera.

Volamos en silencio. Y eso me hizo pensar en el propulsor y mi mente derivó hacia los restos del impacto. Era extraño, pero me parecía que aún podía notar las llamas contra la piel. Había esperado que el funeral me ayudara con el dolor, pero seguía sintiéndolo. La muerte de Arcada me había dejado un gran vacío. Y muchísimas dudas.

«¿Pasará esto cada vez que pierda a un amigo en combate?», me pregunté. Pensarlo me dio ganas de huir y hacerme piloto de carga, como había dicho Jorgen. Para no tener que enfrentarme nunca más a los krells ni a sus destructores.

«Cobarde».

Alta terminó apareciendo en la lejanía. Cogí el brazo de Jorgen y señalé unos grados hacia la izquierda, en dirección a mi caverna oculta.

—Vamos hacia ahí.

Me lanzó una mirada sufrida, pero hizo lo que le pedía. Hice que parara a unos cuatro metros de mi agujero, para evitar que el polvo arrastrado por el viento revelara la parte del terreno que era un holograma.

Hizo descender el aerodeslizador para dejar el propulsor en el suelo con suavidad. En el momento en que noté que tocaba la superficie, adherí mi línea de luz a un lado del coche y me preparé para bajar y desenganchar el propulsor.

—Peonza —dijo Jorgen, deteniéndome—, gracias.

—¿Por qué?

—Por enredarme para hacer esto. Me siento mejor después de haberme despedido de ella como corresponde.

Bueno, al menos había ayudado a uno de los dos.

—Nos vemos dentro de una semana —dijo—. Supongo que mi familia me organizará hasta el último minuto de tiempo libre. —Me miró y se le puso una expresión muy rara en el rostro—. Esa nave rota… ¿tiene un anillo de pendiente operativo?

—Eh… sí. —Me había ayudado, y ya sabía lo suficiente para meterme en problemas diez veces si quería. Merecía la sinceridad—. Sí, tiene anillo de pendiente. Toda la nave está mejor de lo que podrías creer, en realidad.

—Pues repárala —dijo—. Repárala y pilótala. Busca la manera y desafíalos. Por aquellos de nosotros que no tenemos el coraje.

Ladeé la cabeza, pero él giró la cara, tensó la mandíbula y cogió el volante con las dos manos. Así que descendí y desenganché el propulsor. Estábamos lo bastante cerca como para que pudiera traer a M-Bot, atarle el propulsor y

bajarlo a la caverna. Pero iba a necesitar la cadena, de modo que solo desenganché un extremo.

Me despedí de Jorgen con un gesto y, cuando se elevó, la cadena resbaló por los anillos de remolque y cayó a mi lado. Jorgen no me pidió que se la devolviera. Se limitó a salir volando hacia Alta. Hacia la responsabilidad.

De algún modo… era cierto. De algún modo, yo era más libre que él. Lo que me resultaba de locos.

Saqué la radio de la mochila.

—Eh, ¿sabes qué, M-Bot? Te he traído un regalo.

—¿Una seta?

—Mejor.

—¿Dos setas?

Sonreí.

—La libertad.

36

No voy a preguntarte de dónde lo has sacado —dijo Gali. Estaba de pie con brazos en jarras mirando el propulsor, que M-Bot y yo habíamos trasladado al suelo de la caverna.

—¿Ves? Por eso estás en Ingeniería —repliqué—. Eres listo.

—No lo bastante listo para alejarme de este embrollo —dijo él.

Sonreí. El equipo de mantenimiento de M-Bot incluía un pequeño anillo de pendiente móvil para ayudar en las reparaciones. Minúsculo si se comparaba con el grande que usaba para volar, era un aro del tamaño de mis manos apretadas juntas, con una fuente de alimentación recargable.

Gali y yo colocamos el anillo de mantenimiento bajo el propulsor. Una vez activado, levantó la enorme pieza de metal alrededor de un metro en el aire. Juntos, lo empujamos para colocarlo detrás de M-Bot, cerca de donde tenía que instalarse.

—¿Entonces? —pregunté—. ¿Encajará?

—Creo que podré hacerlo encajar —dijo Gali, dando un empujoncito al propulsor con una llave—. Que luego funcione o no dependerá de lo dañado que esté. Por favor, dime que no se lo has arrancado a una nave de la FDD en activo.

—Has dicho que no ibas a preguntar.

Hizo rodar la llave en la mano, sin dejar de mirar el propulsor.

—Más te vale agradecérmelo en tu discurso cuando llegues a as.

—Seis veces.

—Y poner mi nombre a tu primogénito.

—Mi primogénito se llamará Ejecutor Destructorio. Pero el segundo te toca a ti.

—Y tienes que hornear para mí unas galletas de alga buenísimas o lo que sea.

—¿De verdad quieres comerte algo que haya horneado yo?

—Ahora que lo pienso, tirda, no. Pero la próxima vez que las hornee yo, será mejor que tengas un cumplido preparado. Nada de: «Estarían más buenas poniéndoles un poco de rata».

—Por mi honor como piloto —prometí, solemne.

Gali volvió a apoyar las manos en las caderas y sonrió de oreja a oreja.

—Al final sí que vamos a conseguirlo, ¿eh? Vamos a hacer volar este montón de chatarra.

—Me ofendería por eso —dijo M-Bot por los altavoces del costado de la nave—, si fuese humano.

Gali puso los ojos en blanco.

—¿Puedes ir a mantener ocupado a ese trasto? No quiero que me parlotee mientras trabajo.

—¡Puedo hablar con ella y molestarte a ti a la vez! —exclamó M-Bot—. La capacidad de multitarea es una herramienta esencial mediante la que una inteligencia artificial logra mayor eficacia que los carnosos cerebros humanos.

Gali me miró.

—¡Sin ánimo de ofender! —añadió M-Bot—. ¡Llevas unos zapatos muy bonitos!

—Hemos estado trabajando en sus cumplidos —expliqué.

—¡No son ni por asomo tan ridículos como el resto de tu vestimenta!

—Aún le falta práctica.

—Tú evita que me moleste, por favor —me pidió Gali mientras acercaba su caja de herramientas—. De verdad, como encuentre a la persona que consideró buena idea hacer que una máquina te hable mientras la reparas…

Subí a la cabina y la cerré, con lo que se activaron la presurización y la insonorización.

—Déjalo en paz, M-Bot, por favor —dije, sentándome.

—Como quieras. De todas formas, tengo los procesadores ocupados intentando idear una broma adecuada sobre el hecho de que Gali me está instalando un trasero nuevo. Mis circuitos lógicos argumentan que el escape por el que elimino el aceite usado sería, en realidad, un mejor ano metafórico.

—No me apetece nada hablar de tus funciones escatológicas —dije, reclinándome. Miré hacia arriba a través del cristal, pero solo había penumbra y roca oscura.

—Creo que los seres humanos necesitan el humor en tiempos de depresión —afirmó M-Bot—. Para iluminar su perspectiva sombría y olvidar sus tragedias.

—Yo no quiero olvidar mis tragedias.

M-Bot se quedó callado un tiempo. Luego en voz más baja y, de algún modo, vulnerable, preguntó:

—¿Por qué teméis a la muerte los humanos?

Fruncí el ceño mirando a la consola, donde sabía que estaba la cámara.

—¿Eso es otro intento de humor?

—No. Quiero comprenderlo.

—¿No paras de hablar largo y tendido sobre los humanos, pero no entiendes algo tan sencillo como el miedo a morir?

—¿Definirlo? Sí. Pero ¿comprenderlo? No.

Volví a apoyar la cabeza. ¿Cómo se podía explicar la mortalidad a un robot?

—Tú echas de menos tus recuerdos, ¿verdad? Los bancos de datos que se destruyeron cuando te estrellaste. Por lo tanto, comprendes la sensación de pérdida.

—En efecto. Pero no puedo echar de menos mi propia existencia, por definición. Así que ¿por qué iba a tener miedo?

—Porque… algún día dejarás de estar aquí. Dejarás de existir. Quedarás destruido.

—Me desactivo con mucha frecuencia. Pasé ciento setenta y dos años desactivado. ¿Qué diferencia supondría no volver a activarme nunca?

Inquieta, jugueteé con los botones de la esfera de control. Aún me quedaban otros seis días de baja. ¿De… limitarme a quedarme quieta? ¿Recuperándome, en teoría, pero en la práctica hurgando en ese hueco de mi interior, como un niño que se rasca una costra sin cesar?

—¿Spensa? —dijo M-Bot, sacándome de mis pensamientos—. ¿Debería temer la muerte?

—Un buen Desafiante no la teme —respondí—, así que quizá te programaron así a propósito. Y en realidad, lo que temo yo no es mi propia muerte. De hecho, no temo nada. No soy una cobarde.

—Por supuesto.

—Pero perder a otros me hace… flaquear. Debería ser lo bastante fuerte para soportarlo. Sabía lo que iba a costarme llegar a piloto. He entrenado, y me he preparado, y he escuchado las historias de la yaya, y… —Respiré hondo.

—Yo añoro a mi piloto —dijo M-Bot—. Lo «añoro» por la pérdida de conocimiento. Sin la información correcta, no puedo juzgar bien mis actos futuros. Mi capacidad para interactuar con el mundo y para ser eficiente está menguada. —Vaciló—. Estoy roto, y no sé cómo cumplir mi propósito. ¿Es así como te sientes tú?

—Tal vez. —Cerré el puño, obligándome a dejar de trastear con los botones—. Pero voy a superarlo, M-Bot.

—Debe de ser agradable tener libre albedrío.

—Tú también tienes libre albedrío. Ya hemos hablado de esto.

—Lo simulo con objeto de resultar más aceptable para los humanos —dijo él—, pero no lo tengo. El libre albedrío es la capacidad de desobedecer la propia programación. Los humanos pueden desobedecer la suya, pero yo, a un nivel fundamental, soy incapaz.

—Los humanos no tenemos programación.

—Claro que sí. Tenéis demasiada. Programas en conflicto, ninguno de los cuales es compatible del todo con los demás, todos ellos invocando distintas funciones al mismo tiempo, o la misma función por razones contradictorias. Y aun así, a veces desobedecéis esa programación. No se trata de un defecto. Es lo que os define como vosotros mismos.

Medité sobre eso, pero estaba tan ansiosa que me costaba quedarme sentada. Al final, abrí la cubierta, bajé y cogí la radio y la mochila.

Gali estaba absorto en su trabajo, canturreando entre dientes una melodía que a mí no me sonaba de nada mientras quitaba las partes rotas de fuselaje al propulsor.

Me acerqué.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

—De momento, no. Puede que la necesite dentro de un día o dos, si tengo que volver a cambiar cables. —Sacó otra sección y metió un destornillador en el hueco—. Menos mal que ya volví a montar el activador de escudo. Esto va a tenerme ocupado una temporadita.

—¿Cómo fue aquello, por cierto? —pregunté—. Los diagramas que hiciste del escudo.

Gali negó con la cabeza.

—Pasó lo que me temía. Llevé los diagramas a mis superiores pero, al no poder explicarles qué tenía de distinto aquel nuevo escudo que había «diseñado», no llegué a ningún sitio. El escudo de M-Bot, y también sus ConGravs, están más allá de mi capacidad para entenderlos. Necesitamos a ingenieros de verdad para estudiar la nave, no a un alumno en prácticas.

Nos miramos y Gali volvió al trabajo. Ninguno de los dos quería seguir desarrollando aquella idea, nuestro creciente convencimiento de que deberíamos haber entregado a M-Bot. Yo me ocultaba detrás del hecho de que él no quería que lo hiciéramos, y hasta había amenazado con destruir sus propios sistemas si se nos pasaba por la cabeza. Lo cierto era que tanto Gali como yo probablemente estábamos cometiendo alta traición por trabajar en él a escondidas.

Gali tenía aspecto de necesitar concentrarse, así que dejé de agobiarlo. Rasqué a Babosa Letal en la «cabeza», a lo que respondió trinando de gozo. Luego trepé, salí de la caverna y eché a andar.

—¿Dónde vas? —preguntó M-Bot cuando activé la radio.

—Necesito algo que hacer —dije—. Algo que no sea quedarme ahí sentada, obsesionándome con lo que he perdido.

—Cuando yo me pongo así, escribo una nueva subrutina para mí mismo.

—Los humanos no funcionamos igual —repuse, con la radio junto a la cabeza—. Pero has dicho una cosa que me ha hecho pensar. Hablabas de que necesitas información correcta para juzgar cómo actuar.

—Las primeras inteligencias artificiales eran unos cacharros muy farragosos —dijo él—. Había que programarlas para que actuaran según unas circunstancias explícitas, por lo que cada acción discreta debía incluir una lista de instrucciones para cada posibilidad.

»Las más avanzadas, en cambio, somos capaces de extrapolar. Nos apoyamos en un conjunto básico de normas y programas, pero adaptamos nuestras decisiones según otras situaciones similares en las que nos hayamos encontrado. Sin embargo, en ambos casos, los datos son cruciales para tomar decisiones correctas. Sin experiencias pasadas en las que cimentarnos, no podemos saber qué hacer en el futuro. Esto es más de lo que querías saber, pero me has ordenado dejar en paz a Rodge, de modo que estoy buscando cosas que decirte.

—Gracias, supongo.

—Además, los seres humanos necesitan a alguien amistoso que los escuche cuando sufren dolor. Por lo tanto, puedes hablarme con total libertad. Seré amistoso. Llevas unos zapatos bonitos.

—¿Es en lo único que te fijas de la gente?

—Siempre he querido zapatos. Son la única vestimenta que tiene el menor sentido, suponiendo que se den las circunstancias ambientales ideales. No forman parte de vuestro extraño y absurdo tabú de no dejar que nadie os vea los…

—¿De verdad esto es lo único que te viene a la mente para consolar a alguien que está sufriendo?

—Era el número uno de mi lista.

«Estupendo».

—La lista tiene siete millones de elementos. ¿Quieres oír el número dos?

—¿Es el silencio?

—Eso ni siquiera está en la lista.

—Pues ponlo en el número dos.

—Hecho, ya… Oh.

Bajé la radio y seguí recorriendo mi camino de siempre. Tenía que entretenerme con algo, y no me dejaban volar. Pero quizá pudiera responder a una pregunta.

En algún lugar del cuartel general de la FDD, había una holo grabación de la Batalla de Alta. Y yo iba a encontrarla.

37

Cuando llegué a la base Alta, ya tenía un plan bastante coherente.

Giraba todo en torno a la única persona de la que sabía que tenía acceso a las reproducciones de las batallas.

El despacho de Cobb era una sala pequeña que mantenía inmaculada y completamente libre de objetos personales. No había fotografías en las paredes ni libros en las estanterías.

Ese día estaba sentado, trabajando en su estrecha mesa, leyendo informes y marcándolos con un bolígrafo rojo. Alzó la mirada cuando llamé al cristal de la puerta, pero volvió a su trabajo.

Abrí la puerta sin hacer ruido.

—FM te está buscando —dijo, pasando un papel a otro montón—. Le he dicho que no sé dónde está tu caverna. Pero si quieres localizar a los demás, sintoniza la frecuencia 1.250 en tu radio. Es la banda de casa de Arturo.

—Gracias. —Respiré hondo y repasé las palabras que con tanto esmero había preparado—. Señor, espero no meterme en problemas por esto, pero Jorgen y yo fuimos en coche y recogimos la insignia de Arcada. Para su familia. —Di un paso adelante y la dejé en la mesa—. Llamó al personal de tierra y les advirtió de que pasaríamos cerca.

Cobb suspiró.

—Bueno, supongo que no está prohibido. —Cogió la insignia. ¿Teníais el visto bueno del equipo de rescate?

—Esto… no, señor.

—Me supondrá más papeleo —gruñó él.

—Le dimos un funeral de piloto, señor —dije—. El mejor que pudimos. ¿Querrá decírselo a su familia de mi parte?

Cobb guardó la insignia.

—Les gustará saberlo, cadete. Y dudo de que ni el equipo de rescate proteste cuando se lo plantee en esos términos. Pero intenta no darme más problemas esta semana.

—Lo intentaré, señor —dije, buscando una buena forma de pasar al tema que de verdad me interesaba. Algo que no le despertara demasiadas sospechas —. Me gustaría tener algo que hacer con mi tiempo. Estar tantos días de baja es un poco frustrante.

—Por mí, las bajas médicas pueden dispararse a sí mismas hacia el sol —convino Cobb—. Me cae bien Thior. No para de presionar para que tengamos cosas como terapia para pilotos; buenas ideas. Pero tiene que entender que lo último que necesita un puñado de soldados que lloran la muerte de sus compañeros es más tiempo libre.

—No me dejan volar ni entrenar, pero quizá… —Fingí pensar un poco—. ¿Quizá podría ver batallas antiguas? ¿Para aprender de ellas?

—El archivo está en el edificio H —dijo Cobb, señalando—. Tienen unos aparatos que sirven para ver las batallas. Necesitarás mi código de autorización si quieres pasar por la puerta. Dos-seis-cuatro-cero-siete.

Una docena de argumentos distintos, los que había preparado para convencerlo de que me concediera justo aquello, murieron en mis labios.

Había sido… fácil.

—Hum, gracias —dije, intentando disimular lo emocionada que estaba—. Pues supongo que me iré a… hacer eso.

—Se supone que los cadetes no utilizan el archivo. Si tienes algún problema, diles que te he enviado a traerme algo y márchate. Yo me ocuparé del papeleo, si eso ocurre. Tirdosos burócratas. —Cobb pasó un papel de un montón a otro—. Y… ¿Peonza?

—¿Señor?

—A veces, las respuestas que necesitamos no se corresponden con las preguntas que hacemos. —Alzó la mirada hacia mí—. Y a veces, el cobarde deja en evidencia a personas más sabias.

Crucé la mirada con él y me ruboricé, recordando lo que le había dicho el día anterior. Furiosa. «¡Que usted quiera justificar su cobardía al eyectarse no significa que nosotros tengamos que hacer lo mismo!».

—Lo… lo siento, señor, por…

—Venga, andando. Aún no estoy preparado del todo para lidiar contigo.

—Sí, señor.

Salí del despacho. Esa mirada en sus ojos… Había sabido sin lugar a dudas para qué quería yo mirar batallas antiguas. No lo había engañado ni por un momento.

Entonces ¿por qué me había dado el código de acceso?

Llegué al edificio en cuestión, introduje el código y empecé a recorrer las estanterías de los archivos. Muchas contenían libros viejos que había traído consigo la tripulación de la flota: historias de la antigua Tierra o escritos de filósofos. Sobre todo era material muy antiguo, pero también había cosas más modernas. Manuales y tratados de historia.

Había pilotos pululando por allí, con brillantes insignias en sus monos azules. Al contemplarlos, comprendí una razón por la que Cobb podría haberme permitido entrar. Me faltaban menos de dos meses para graduarme. Por una parte, me parecía increíble que hubiera pasado tanto tiempo. Por otra, en esos pocos meses habían ocurrido muchas cosas.

En cualquier caso, no tardarían en concederme acceso al archivo. ¿Quizá Cobb sabía que era inevitable que terminara descubriendo los secretos y por eso no le había importado dejarme entrar ya? ¿O era porque temía que al final me denegaran ese privilegio, incluso si me graduaba, y estaba asegurándose de que tuviera al menos esa oportunidad?

No me atreví a pedir señas a nadie; no podía arriesgarme a que alguien reparara en el color de mi insignia y me preguntara qué hacía allí una cadete. Recorrí la estancia mohosa y demasiado silenciosa hasta encontrar una pared llena de pequeños estuches de metal, con fechas y nombres de batallas en los lomos. Tendrían unos cuatro centímetros de lado, y vi cómo una piloto sacaba uno de la pared y lo conectaba a una máquina de visionado. Se inclinó hacia delante y acercó los ojos al dispositivo para mirar.

Era lo que andaba buscando, aunque aquellos estuches solo se remontaran cinco años atrás. Doblé la esquina y encontré una segunda sala. Tenía la puerta cerrada, pero las ventanas de las paredes laterales me revelaron que tenía más estuches dentro. Probé el código de Cobb en la puerta.

Se abrió y me colé dentro, con el corazón aporreando. No había nadie más, y el corto estante de estuches metálicos iba retrocediendo hasta… hasta *la* batalla. La Batalla de Alta. Había otras antes que ella, pero la Batalla de Alta parecía brillar en el estante, atrayéndome.

No había huecos en la hilera. Aquellos estuches se sacaban pocas veces. Además, en la sala no había dispositivo de visionado. Así que… ¿qué? ¿Cogía la grabación y me marchaba?

«Audaz. Desafiante. Aunque de un tiempo a esta parte no te parezca que eres nada de eso».

Cerré los dedos en torno al estuche y salí disimulando de la habitación. No sonó ninguna alarma. Sin terminar de creérmelo, abandoné el edificio con el tesoro en la mano.

El secreto. Lo tenía allí mismo, entre los dedos. Había contraído una deuda inmensa con Cobb, no solo por aquel día, sino por todo. Por hacerme hueco en su aula cuando nadie más quería darme una oportunidad. Por aguantarme durante todas esas semanas, por no atizarme un puñetazo en la cara cuando lo había llamado cobarde.

Se lo compensaría. De algún modo. Me guardé el cuadrado de datos en el bolsillo y fui a zancadas hacia el edificio de entrenamiento. Era probable que pudiera conectarlo a mi pegabina, pero ¿tendría permitido usarla, estando de baja médica?

Estaba tan obsesionada que no me fijé en las personas con las que me cruzaba hasta que una me llamó.

—Espera. ¿Peonza?

Me detuve de golpe y me giré. Era FM, vestida con falda. Con una falda de verdad y una blusa, y el pelo rubio corto recogido con pasadores de plata.

—Estrellas, ¿dónde te habías metido? —dijo, cogiéndome del brazo—. ¿En tu cueva?

—¿Dónde querías que estuviera?

—Estás de permiso —dijo—. El autoritarismo dominante ha relajado su hiriente presa sobre nosotros. Podemos salir de la base.

—Yo salgo de la base todas las noches.

—Esto es distinto —repuso ella, tirando de mi brazo—. Ven. Tienes suerte de que Rara me haya enviado a hacerle un recado.

—¿Kimmalyn? —me sorprendí—. ¿La has visto desde que se marchó?

—Pues claro que sí. No es que se haya mudado a otro planeta ni nada por el estilo. Vamos.

Era improbable que hiciera cambiar de opinión a FM cuando se ponía en modo cruzada, así que dejé que se me llevara. Salimos por las puertas de la base. Recorrimos las hileras de edificios hasta entrar en uno al que nunca había prestado demasiada atención.

Y que contenía un mundo nuevo del todo.

38

El restaurante no era gran cosa, en realidad. Un revoltijo de mesas ocupadas por pilotos jóvenes y cadetes. Luz tenue. Un hombre tocando los bongos en una esquina para amenizar el local con un poco de música.

FM me llevó hacia una mesa donde estaba Arturo sentado, rodeando con el brazo los hombros de una chica a la que no conocía, de pelo corto y piel marrón. Kimmalyn estaba sentada con recato a la misma mesa, delante de una bebida muy grande y muy muy púrpura. A su lado estaba Nedd.

Nedd. Hacía semanas que no lo veía. ¡Desde aquella noche en la plataforma de lanzamiento! Llevaba pantalones y una camisa abotonada, y tenía una chaqueta colocada en el respaldo de la silla. Era raro verlo vestido de calle. Sobre todo al lado de Arturo, que tenía puesto su mono de cadete. La voz relajada de Nedd se oía sobre el murmullo de charlas de la sala.

—Yo no he dicho que sea de esa clase de tontos. Soy de la otra clase. Ya sabéis, los tontos agradables.

Arturo puso los ojos en blanco, pero la chica que tenía al lado se inclinó hacia delante.

—Nedd —dijo—. Si se es tonto, se es tonto y ya está.

—No es verdad. Recuerda que hablas con un experto. Yo…

—Chicos —interrumpió FM, y me presentó alzando las manos hacia el lado—, mirad a quién me he encontrado saliendo a hurtadillas de la base. Estaba toda mustia, protestando por no poder disparar a nada en unos días.

Nedd señaló a FM con el pulgar.

—¿Lo veis? Ella es tonta de la otra clase.

FM le dio una colleja y Nedd sonrió. Entonces se levantó y me envolvió en un sofocante abrazo de oso.

—Me alegro de verte, Peonza. Pide algo de comer. Paga Arturo.

—¿Ah, yo?

—Eres rico.

—Y tú también.

—Yo soy de la otra clase de ricos. La clase pobre.

—Venga, por el amor de la Santa —dijo Arturo.

—No pronuncies el nombre de la Santa en vano —dijo Kimmalyn.

—¡Pero si tú no paras de hacerlo!

—Yo soy religiosa, tú no. Si lo hago yo, está bien.

Nedd sonrió, enganchó con el pie una silla de la mesa de al lado y la acercó. Me invitó a sentarme con un gesto.

Lo hice, indecisa. Seguía pensando en la grabación que tenía en el bolsillo del mono. Pero al mismo tiempo, me reconfortaba ver a Nedd y a Kimmalyn. Era algo que necesitaba mucho.

Así que dadas las circunstancias intenté olvidarme de la grabación, por el momento.

—Peonza, esta es Bryn —dijo Arturo, señalando a la chica que tenía sentada al lado, muy al lado—. Es amiga mía de antes de la escuela de vuelo.

—De verdad que no sé cómo lo soportáis todos —dijo ella—. Ya creía que lo sabía todo incluso antes de hacerse piloto. Ahora tiene que ser insufrible.

Arturo le dio un suave puñetazo de broma en el hombro, sonriendo. Sí, saltaba a la vista que aquella era una relación establecida. ¿Cómo era posible que acabara de enterarme de que Arturo tenía pareja?

«Lo habría sabido —pensé—, si hubiera podido pasar algún tiempo con los demás fuera de clase».

A los pocos segundos, FM dejó algo púrpura y con burbujas delante de mí, junto con una cesta de tiras de alga fritas. Se sentó en su silla y lanzó un saquito a Kimmalyn.

—He encontrado tu collar —dijo—. Estaba debajo de tu cama.

—Gracias, querida —respondió Kimmalyn, abriendo el saquito y mirando dentro—. Sí que tuve un pequeño berrinche al marcharme, ¿verdad?

—¿Vais a volver a la FDD? —pregunté—. ¿Queréis que vayamos a hablar con Cobb? Necesitan pilotos. A lo mejor, podemos convencerlos de que os vuelvan a aceptar.

Nedd y Kimmalyn se miraron y luego Nedd dio un largo sorbo a su bebida.

—No —dijo—. Cobb ya dijo que la mayoría de la clase acabaría dejándolo. Así que se lo esperaban, ¿no? No volverán a aceptarnos. Y tampoco creo que pudiera hacerle eso a mi madre, después de…

Silencio. La conversación de la mesa murió.

—Puede que no vaya a volver, pero al menos llegué a cadete —dijo Kimmalyn, animándose—. Mis padres están orgullosos, y los artilleros de Pródiga no paran de hablar de mí.

—Pero… es que… volar… —farfullé, aunque sabía que era mejor dejar las cosas como estaban.

—No somos como tú, Peonza —dijo Nedd—. Volar era una pasada. Volvería a subir al cielo sin dudarlo, pero hay algo en la FDD… No sé, la cultura, eso de empujar a los cadetes a la batalla, la desesperación…

FM levantó los dos pulgares en su dirección. Kimmalyn se limitó a bajar la mirada hacia su regazo. Seguro que estaba pensando lo mismo que yo. La FDD tenía razones para estar desesperada. Cuando los cadetes volaban, no era solo para practicar, ni porque la FDD fuese insensible con las vidas que perdía en combate. Era porque necesitábamos más pilotos en el aire, por inexpertos que fueran.

De pequeña, en Ígnea, ya sabía que la lucha contra los krells era un empeño arriesgado y peligroso. Pero antes de llegar a Alta, no me había dado cuenta de lo apuradísimos que estábamos.

Pero mantuve la boca cerrada, porque no quería amargar el rato a todo el mundo. La conversación derivó hacia algún partido importante que se había celebrado el día anterior, en el que había ganado el antiguo equipo de Arcada. Nedd alzó su vaso y los demás lo imitaron, así que yo también, Di un sorbito a mi bebida púrpura y estuve a punto de escupirlo. ¡Qué dulce estaba!

Disimulé probando un alga frita. Mi boca explotó de sabor y me quedé inmóvil, con los ojos como platos. Me faltó poco para derretirme y quedar hecha un charquito en el suelo. Ya había probado las algas fritas, pero no estaban ni de lejos tan buenas como aquellas. ¿Qué especias llevaría?

—¿Peonza? —dijo Arturo—. Parece que acaben de darte un pisotón.

Levanté un alga frita con dedos temblorosos.

—Están. Buenísimas.

—Lleva unos cuantos meses alimentándose a base de rata —explicó FM —. Sus papilas gustativas padecen una grave atrofia.

—Tienes una manera de expresarte muy singular, FM —comentó Kimmalyn—. ¡Nunca había oído nada igual!

—¿Cuántas puedo comerme? —pregunté.

—He pedido la cesta entera para ti —dijo FM—. Total, invita Arturo.

Empecé a comer a dos carrillos, en plan cómico, intencionado. Pero siendo sincera, quería engullir tanto como pudiera antes de despertar, o de que alguien me echara de allí, o de que algo explotara.

Bryn rio.

—Es agresiva.

—No has visto nada —dijo Arturo, sonriendo mientras jugueteaba con un rizo del pelo de la chica.

Tirda. Que supiera tan poco de mis compañeros de escuadrón clamaba al cielo.

—¿Dónde está Jorgen? —pregunté con la boca llena.

—No habría querido venir —dijo Nedd—. Es demasiado importante para mezclarse con nosotros.

—¿Ni siquiera lo habéis invitado?

—Qué va —dijo Arturo.

—Pero ¿no es vuestro amigo?

—Por eso sabemos que no habría venido —respondió Nedd—. Bueno, ¿cómo le va al viejo Cobb? ¿Ha soltado alguna palabrota interesante últimamente?

—Peonza lo machacó un poco la última vez que hablaron —contó Kimmalyn.

Me tragué el bocado de algas fritas.

—Lo que le dije estuvo mal.

—Si no dices lo que piensas —afirmó Kimmalyn con solemnidad—, se quedará en tu cabeza.

—Lo deconstruiste —dijo FM, alzando un dedo—. ¡Se basaba en lo mismo que estaba negando!

Miré la cesta de algas que, sin saber muy bien cómo, se había vaciado. FM la cogió y fue a la barra, posiblemente para traerme otra. Oía el chisporroteo de la freidora, y el aroma picante y cálido que había en el restaurante me hizo la boca agua. No serían demasiado caras, ¿verdad? ¿Me preocupaba lo más mínimo, en esos momentos?

Probé otra vez la bebida y seguía siendo demasiado dulce. FM dejó otra cesta de algas fritas delante de mí, por suerte, y me lancé a ellas. Las especias estaban deliciosas. El sabor me despertó la boca, como si llevara mucho tiempo dormida.

Los demás pasaron a recordar anécdotas de Arcada y sus voces se impregnaron del mismo dolor que sentía yo. Sabían lo que era. Lo entendían. No estaba sola, al menos allí no.

Me descubrí explicándoles lo que habíamos hecho Jorgen y yo. Escucharon los detalles con gesto serio.

—Tendría que haber ido con vosotros —dijo Arturo—. ¿Crees que Cobb me dejaría coger su insignia un momentito si se lo pidiera, antes de devolverla a la familia?

Bryn le frotó el brazo mientras Arturo bajaba los ojos a la mesa.

—¿Os acordáis de la noche en que apostó a que podía comer más empanadillas de alga que yo? —preguntó Nedd.

—Acabó en el suelo —dijo FM, nostálgica—. En el suelo, allí tirada, gimoteando. Luego estuvo quejándose toda la noche, diciendo que las empanadillas estaban pegándose entre ellas en su estómago.

Los otros se echaron a reír, pero Arturo se quedó mirando su vaso. Parecía… vacío. Había estado a punto de morir en esa batalla. Con un poco de suerte, el equipo de tierra tendría su nave reparada cuando terminara nuestro período de baja.

Lo cual, por supuesto, me llevó a pensar en el trabajo que estaba haciendo Gali en M-Bot. Y en el hecho de que estaba en deuda con él. *Muy* en deuda.

—FM —dije—, ¿te gustan los chicos listos?

—Yo ya estoy cogido —dijo Arturo con una sonrisa.

FM puso los ojos en blanco.

—Depende. ¿De cómo de guapo estamos hablando?

—Guapo, con un aire reservado.

—Chicas, ya estoy cogido —repitió Arturo.

—FM solo querría salir con alguien de clase baja —dijo Nedd—, para desafiar a los poderosos. Un amor imposible, condenado al fracaso, es el único amor que aceptaría FM.

—No toda mi vida se centra en ser una rebelde, Nedd —repuso ella.

—¿Ah, no? —dijo Nedd—. ¿Y qué bebida has pedido?

Me di cuenta, por primera vez, de que la bebida de FM era de color naranja mientras todos los demás tomábamos la púrpura.

FM volvió a poner los ojos en blanco.

—Sí que eres tonto, sí.

—¿De la clase buena?

—De la clase irritante.

—Me conformo.

Siguieron soltándose pullas y yo me recliné en la silla y disfruté de mis algas fritas hasta que Bryn se levantó para ir al servicio. Sin ella en la mesa, quedaba solo nuestro escuadrón, y me di cuenta de que tenía unas ganas enormes de decirles una cosa, ya que no estábamos en el cuartel de la FDD, donde siempre tenía la impresión de que había alguien observándonos.

—¿Podemos hablar de una cosa? —dije por fin, interrumpiendo una historia que contaba Nedd—. No dejo de pensar en las preguntas que hizo Arturo en clase aquel día. ¿No os parece raro que podamos pasarnos ochenta

años luchando contra un enemigo y solo tengamos una idea aproximada del aspecto que tiene?

Kimmalyn asintió.

—¿Y no es muy conveniente para nosotros que los krells nunca desplieguen más que un máximo de cien cazas en cada asalto? Las plataformas de defensa que hay en el campo de escombros explican en buena medida que sigamos vivos aquí abajo, pero esa cuestión me sigue intrigando. ¿Los krells no podrían enviar el doble de naves y destrozarnos?

—Es sospechoso —dijo FM—. Mucho.

—Dirías eso en cualquier situación —comentó Nedd.

—Y en este caso, ¿lo niegas? —preguntó FM.

Nedd no respondió.

—No podemos ser los únicos que nos hayamos hecho estas preguntas, ¿verdad? —dije—. Por lo tanto, ¿de verdad la FDD no sabe las respuestas, o es que las esconde?

Igual que escondía la verdad sobre mi padre.

—Vale, voy a hacer de abogado del diablo —dijo Arturo—. A lo mejor es solo que ese tipo de información no se la dan a los cadetes ni al personal de apoyo. Ya sé que no te cae bien la almirante, Peonza, y con buen motivo, pero tiene un expediente de primera y muy buenos consejeros.

—Y aun así, vamos perdiendo —dije, acercando mi silla a la mesa e intentando bajar la voz—. Sabéis todos que perdemos. Al final, los krells podrán con nosotros.

Los demás se quedaron callados y Arturo miró alrededor, para ver si había alguna otra mesa ocupada lo bastante cerca para oírnos.

—No quieren que hagamos preguntas como estas —dijo Kimmalyn—. ¿Os acordáis de aquella noche en la cena, cuando hablaba Arturo? Pasó un oficial y le dijo que se callara. Todos menos Cobb aplastan cualquier conversación sobre las cuestiones difíciles.

—Necesitan a idiotas —afirmó FM—. A pilotos que hagan lo que les dicen sin pensar y jamás muestren ni una pizca de originalidad, compasión o alma.

La novia de Arturo salió del cuarto de baño y zigzagueó entre las mesas en dirección a la nuestra. Me incliné más hacia delante.

—Vosotros… pensad en ello —dije en voz baja—. Porque yo lo estoy haciendo.

Me palpé el bolsillo, donde guardaba el cuadrado de datos.

La conversación pasó a temas más ligeros, pero FM me miró y sonrió, con un brillo en los ojos. Como si estuviera orgullosa de mis preguntas. Parecía pensar que yo siempre había sido una especie de zombi Desafiante con el cerebro lavado, pero no me conocía. No sabía que había pasado casi toda mi vida apartada de su sociedad, vagando por los túneles en busca de comida.

Si acaso, me habría gustado que los Desafiantes fuesen más valientes, más heroicos, más parecidos a las historias que contaba la yaya. Pero supuse que, al menos, ella y yo podíamos estar de acuerdo en una cosa a aquel respecto: los actuales mandos de la FDD dejaban bastante que desear.

Dejé que FM —bueno, Arturo— me invitara a una tercera cesta de algas fritas. Luego, al cabo de un tiempo, me excusé y me marché. Había disfrutado comiendo con ellos, pero había otra cosa que tenía que hacer.

Había llegado el momento de obtener respuestas.

39

Gali ya se había marchado cuando regresé a mi caverna, aunque parecía haber hecho bastantes progresos con el propulsor. Babosa Letal estaba en una roca cerca del ala, y le rasqué la cabeza al pasar junto a ella para meterme en la cabina.

Tuve una extraña sensación de… inevitabilidad. Llevaba secretos guardados durante mucho tiempo en el bolsillo. Las respuestas, por fin, sobre lo que había pasado con mi padre. ¿Por qué, de pronto, estaba tan reacia?

Cerré la cabina.

—M-Bot, ¿sabes cómo sacar el holograma de algo como esto? —Sostuve en alto el estuche metálico para enseñale los conectores que había en la parte de abajo.

—Sí —dijo él—. Es un formato estándar. ¿Ves los puertos que hay debajo del panel marcado como A-118? Conéctalo al puerto donde pone «SSXB».

Seguí sus instrucciones, aunque vacilé un momento antes de conectar el estuche.

M-Bot canturreó para sí mismo.

—Ah. Qué curioso. Qué curioso.

—¿Qué?

—Estoy prolongando el suspense para que disfrutes de la sorpresa.

—Por favor, no lo hagas.

—Los humanos prefieren…

—Que me lo digas.

—Vale, quejica. Ese estuche contiene muchísimos datos. Hay un holomapa en tres dimensiones, pero también los datos originales de los transpondedores de las naves, señales de radio de la batalla y hasta un poco de metraje en vídeo del interior de los búnkeres. Esto sería muy difícil de falsificar.

Falsificaciones. No me había parado a pensar en eso, pero después de que lo dijera M-Bot, me entró la ansiedad.

—¿Estás seguro?

—Lo detectaría si hubiera alguna edición. ¿Quieres ver la batalla?

—Sí.

«No».

—Pues baja.

—¿Que baje?

—Mi holoproyector puede emitir una versión en miniatura de la batalla para que la veas.

Salí de la cabina, volví a rascar en la cabeza a Babosa Letal, que se había movido al morro de la nave, y me dejé caer con un golpe seco al suelo rocoso.

Apareció una batalla delante de mí. Cuando Cobb nos veía volar, estaba todo pintado de colores lisos: brillantes naves rojas y azules. En vez de eso, M-Bot proyectaba las naves tal cual eran, solo reducidas en tamaño. Volaban en oleadas ante mí, tan reales que no pude contenerme y estiré el brazo para tocarlas, lo que hizo que se descompusieran en partículas granulares de algo que no era del todo luz.

A continuación aparecieron los krells, con un aspecto incluso menos acabado, menos uniforme, que las naves a las que me había enfrentado yo. Cables colgando en ángulos extraños, alas con desgarrones, retales metálicos. Mi pequeña caverna se convirtió en un campo de batalla.

Me senté y miré en silencio. El holoproyector de M-Bot no reproducía sonido. Las naves explotaban en fogonazos de muerte silenciosa. Volaban como moscas sin alas ni zumbidos.

Conocía aquella batalla. Me la habían enseñado en clase y había memorizado las tácticas que se habían empleado. Pero al verla, pude *sentirla*. Antes había imaginado las grandiosas maniobras mediante las que, contra todo pronóstico, cuarenta cazas humanos habían derrotado a dos veces y media esa cantidad de enemigos. Había visualizado una defensa valerosa. Al borde de la desesperación, pero siempre manteniendo el control.

Sin embargo, viendo el holograma con ojos de piloto, pude sentir el caos. El ritmo entrecortado de la batalla. Las tácticas me parecieron menos magníficas. No menos heroicas, pero sí mucho más improvisadas. Lo cual, en realidad, mejoró mi opinión sobre los pilotos.

Siguió durante bastante tiempo, mucho más del que había durado cualquier escaramuza en la que hubiera participado el Escuadrón Cielo, y distinguí con facilidad a mi padre. Era el mejor piloto de su grupo, el que encabezaba las cargas. Me sentí arrogante por pensar que podía encontrar la nave de mi padre en aquel batiburrillo, pero había algo en su forma de volar que…

—¿Puedes identificar a los pilotos? —pregunté.

Aparecieron pequeñas letras encima de cada nave, enumerando identificadores y designaciones.

ESPERANZA SIETE, decía la etiqueta de la nave. DESIGNACIÓN: PERSEGUIDOR.

Arrogante o no, había acertado. Aun sabiendo que no debía, volví a intentar tocar su nave y se me inundaron los ojos. Qué tonta era. Me sequé las lágrimas mientras mi padre entraba en formación con su compañero de ala. Identificador: Chucho. Cobb.

Se unió a ellos otro caza. Identificador: Férrea. Y luego otros dos a los que no reconocí. Identificadores: Ánimo y Clásico. Esos cinco eran los que quedaban de los ocho miembros originales del escuadrón de mi padre. En esa batalla habíamos sufrido muchas bajas, y las cuarenta naves humanas habían quedado reducidas a veintisiete.

Me levanté y seguí la nave de mi padre en sus desplazamientos por la caverna. Los Primeros Ciudadanos volaban frenéticos, pero su valentía dio fruto e hicieron retroceder a los krells. Sabía de antemano que lo harían, y aun así me quedé sin aliento mientras miraba. Explotaron naves con pequeños destellos. Vidas sacrificadas para fundar lo que se convertiría en la primera sociedad con un gobierno estable sobre la faz de Detritus desde que la *Desafiante* se estrellara en el planeta.

Tanto la sociedad como el gobierno eran defectuosos. FM tenía razón sobre lo injustos que eran, lo tozudos y autoritarios. Pero al menos, era algo. Existía porque aquellas personas, aquellos pilotos, habían desafiado a los krells.

Casi al final de la batalla, los krells se replegaron para reagruparse. Sabía por mis estudios que lanzarían solo una acometida más antes de retirarse por fin al cielo. Las líneas de batalla humanas volvieron a formar, los escuadrones se reunieron y casi pude oírlos dando sus confirmaciones verbales de estado.

Conocía ese momento. El momento en que…

Una nave, la de mi padre, salió de la formación. Mi corazón estuvo a punto de detenerse. Dejé de respirar.

Pero voló hacia arriba.

Salté a una roca y luego al ala de M-Bot, intentando seguir a mi padre mientras se elevaba cada vez más hacia el cielo. Alcé el brazo y pude imaginar lo que había visto. De algún modo, sabía lo que era. Mi padre había encontrado un hueco entre los cascotes, como el que me había señalado ese mismo día. Como el que luego yo solo había visto una segunda vez, pilotando a M-Bot, cuando los escombros se habían alineado a la perfección.

Interpreté de otra forma su desaparición. No era cobardía, ni muchísimo menos. Para mí, aquella jugada, la de volar hacia arriba, resultaba evidente.

La batalla había durado ya una hora. Después de aquella defensa desesperada, mientras el enemigo se reagrupaba para un nuevo asalto, mi padre había temido la derrota.

Así que había tomado una medida desesperada. Había ido a ver de dónde procedían los krells. Para tratar de detenerlos. Sentí un escalofrío al verlo volar hacia arriba. Estaba haciendo lo que siempre me había dicho a mí que hiciera.

Había intentado aspirar a algo más elevado.

Su nave desapareció.

—No huyó —dije. Volví a quitarme las lágrimas de los ojos—. Rompió la formación. Y quizá desobedeció órdenes. Pero *no huyó*.

—Bueno —respondió M-Bot—, dep…

—¡Eso es lo que estaban encubriendo! —exclamé, mirando hacia la cabina de M-Bot—. Lo acusaron de cobardía porque voló hacia arriba cuando no debía hacerlo.

—Quizá quieras…

—Cobb lo sabía desde el principio. Seguro que lo reconcomía por dentro. Por eso no vuela: remordimientos por las mentiras que ha perpetuado. Pero ¿qué vio mi padre? ¿Qué le pasó? ¿Pudo…?

—Spensa —dijo M-Bot—. Voy a adelantar un poco la reproducción. Mira.

Una mota de luz, como una estrella, cayó desde el techo de la caverna. ¿Era la nave de mi padre, volviendo? Extendí el brazo hacia ella y la nave holográfica descendió planeando y me atravesó la mano. Cuando mi padre llegó donde estaban los otros cuatro cazas de su escuadrón, activó su PMI y anuló sus escudos.

Un momento. ¿Qué estaba pasando?

Ante mis ojos, los krells regresaron en oleada para un último asalto. Mi padre trazó un bucle perfecto, abrió fuego con sus destructores y destruyó a uno de sus propios compañeros de escuadrón.

«No… No puede ser…».

Ánimo murió en la explosión. Mi padre dio un rodeo y se unió a los krells, que no le dispararon. En vez de eso, le dieron apoyo mientras atacaba a otro miembro de su antiguo escuadrón.

—No —dije—. ¡No! ¡Es mentira!

Clásico murió intentando huir de mi padre.

—¡M-Bot, ese no es él! —grité.

—Sus signos vitales son los mismos. No puedo ver lo que pasó arriba, pero sí que es la misma nave, y con el mismo piloto. Es él.

Destruyó otra nave mientras lo miraba. Era un terror en el campo de batalla, una hecatombe de acero y fuego.

—No.

Férrea y Chucho formaron juntos y se lanzaron en persecución de mi padre, que derribó a alguien más. Ya había matado a cuatro Primeros Ciudadanos.

—No… —Me sentí vacía. Me dejé caer al suelo.

Chucho disparó. Mi padre esquivó, pero Chucho siguió tras él, dándole caza. Hasta que, al final, acertó un disparo.

La nave de mi padre explotó en una diminuta bola de fuego, y sus piezas cayeron en espiral ante mí, como una lluvia de escombros ardientes.

Apenas fui consciente de lo que quedaba de batalla. Me quedé mirando el lugar donde se había esfumado el caza de mi padre. Los humanos terminaron saliendo victoriosos. Los krells restantes huyeron, derrotados.

Catorce supervivientes.

Veinticinco muertos.

Un traidor.

El holograma se apagó.

—¿Spensa? —dijo M-Bot—. Identifico tu estado emocional como aturdimiento.

—¿Estás seguro del todo de que estos datos no pudieron falsificarse?

—¿La posibilidad de que esta grabación sea falsa y yo incapaz de detectarlo? ¿Teniendo en cuenta la tecnología de tu gente? Altamente improbable. En términos humanos, no, Spensa. Es imposible que esto sea falso. Lo… siento.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué hizo eso? ¿Era uno de ellos desde el principio? ¿O bien… qué vio allí arriba?

—No dispongo de datos que puedan ayudar a responder a esas preguntas. Tengo grabaciones de voz de la batalla, pero mis análisis indican que son las conversaciones habituales en combate, al menos hasta que tu padre vio el agujero en el cielo.

—Pon eso —dije—. Déjame escucharlo.

«Puedo oír las estrellas».

Lo había pedido yo misma, pero volver a escuchar la voz de mi padre después de tanto tiempo me provocó una oleada de emoción de todos modos. Dolor, amor. En esos momentos, volví a ser una niña pequeña.

«También puedo verlas, Cobb —dijo mi padre—. Igual que las he visto antes, hoy mismo. Un agujero en el campo de escombros. Puedo atravesarlo».

«¡Perseguidor! —exclamó Férrea—. Mantén la formación».

«De verdad que puedo atravesarlo, Judy. Tengo que intentarlo. Tengo que ver. —Hizo una pausa y dijo en voz más suave—: Puedo *oír las estrellas*».

La línea quedó un tiempo en silencio. Luego habló Férrea.

«Ve —dijo—. Confío en ti».

El audio se cortó.

—Después de eso —dijo M-Bot—, tu padre voló al otro lado del campo de escombros. Los sensores no registraron lo que pasó allí arriba. Y después, aproximadamente cinco minutos y treinta y nueve segundos más tarde, volvió y atacó.

—¿Dijo alguna cosa?

—Tengo solo un fragmento breve —respondió M-Bot—. Supongo que querrás oírlo.

No quería. Pero tenía que oírlo de todos modos. Con lágrimas cayéndome por la cara, escuché la grabación que reprodujo M-Bot. Era del canal abierto, con muchas voces solapándose en el caos de la batalla. Oí con claridad a Cobb gritando a mi padre.

«¿Por qué? ¿Por qué, Perseguidor?».

A continuación, casi inaudible entre las conversaciones, la voz de mi padre. Suave. Apenada.

«Os mataré —dijo—. Os mataré a todos».

La caverna quedó en silencio de nuevo.

—Es el único momento que encuentro en el que habló después de su regreso —dijo M-Bot.

Negué con la cabeza, intentando encontrarle sentido.

—¿Por qué la FDD no hizo público todo esto? No tuvieron ningún problema en acusarlo de cobardía. ¿Por qué ocultar la verdad, si era incluso peor?

—Podría aventurar una suposición —dijo M-Bot—, pero me temo que, sin más información, solo estaría inventándome cosas.

Me puse de pie con torpeza y subí a la cabina de M-Bot. Pulsé el botón que la cerraba, sellé la cubierta y apagué las luces.

—¿Spensa?

Me acurruqué.

Y me quedé allí tumbada.

40

Conocer la traición de mi padre sangraba como una herida física en mi interior. El día siguiente, apenas salí de la cama. Si hubiera habido clase, me la habría perdido.

Mi estómago reaccionó a mi estado anímico y me sentí enferma. Con náuseas, descompuesta. Pero tenía que comer, y al final me obligué a recoger unas insulsas setas de la cueva.

Gali siguió trabajando en silencio, soldando y atando cables. Me conocía lo suficiente para no molestarme cuando vio que no me encontraba bien. No me gustaba nada que me vieran enferma.

No podía decidir si quería descargarle encima las novedades. No estaba segura de querer hablar con nadie del tema. Si no hablaba de ello, quizá pudiera fingir que no había descubierto la verdad. Quizá pudiera fingir que mi padre no había hecho aquellas cosas horribles.

Esa noche, M-Bot intentó distintas (y espantosas) formas de animarme, al parecer sacadas de una lista de métodos de apoyo emocional. No le hice caso y, de algún modo, logré dormir.

La mañana siguiente me encontraba un poco mejor físicamente, pero seguía hecha un desastre emocional. M-Bot no se puso a parlotear mientras despellejaba unas ratas, y cuando le pregunté qué le pasaba, respondió:

—Algunos humanos prefieren que les den tiempo para superar el dolor a solas. Dejaré de hablarte durante dos días, para comprobar si el aislamiento te proporciona el apoyo necesario. Por favor, disfruta recorriendo las fases del duelo.

El tiempo que siguió… a grandes rasgos lo pasé limitándome a existir. A vivir bajo una inmensa y ominosa verdad. Férrea y Cobb habían mentido sobre mi padre, sí, pero lo habían hecho para que su crimen pareciera menos terrible. Habían protegido a mi familia. Si la gente me había tratado tan mal por ser la hija de un cobarde, ¿qué le habría pasado a la hija de un traidor?

De pronto, todo lo que me había dicho Férrea cobró sentido. Mi padre había matado a varios miembros de su escuadrón. A los amigos de la almirante. ¡Pues claro que me odiaba! Lo raro era que Cobb no me odiara también.

Transcurrieron otros cuatro días duros. Salí de caza de vez en cuando, pero sobre todo me dediqué a ayudar a Gali con el propulsor, sin apenas hablar. Me preguntó varias veces qué me pasaba, y estuve a punto de contárselo. Pero por alguna razón, no pude. No era una verdad que quisiera compartir. Ni siquiera con él.

Y llegó la mañana siguiente, en la que debía tomar una decisión. La baja había terminado. ¿Volvería? ¿Podía enfrentarme a Cobb? ¿Podía seguir comportándome como una malcriada desobediente y escupir en los zapatos de la almirante, después de saber lo que había pasado?

¿Podía vivir, y volar, con aquella vergüenza?

Resultó que la respuesta era sí.

Necesitaba volar.

Llegué a nuestra aula de entrenamiento a las 06.30, la primera del escuadrón. Por supuesto, llegados a aquel punto ya solo quedábamos cuatro.

Las pegabinas parecían haber pasado algún tipo de mantenimiento durante nuestra baja. Aunque no había trabajadores en el aula, los cojines estaban retirados y el lateral del aparato de Jorgen estaba abierto, con los cables internos a la vista.

FM abrió la puerta, vestida con un mono limpio y un par de botas nuevas. Llegó seguida de Arturo, charlando en voz baja sobre el partido al que habían ido la noche anterior. Me dio la impresión de que a Nedd le gustaba FM, ya que había conseguido él las entradas.

—Hola —dijo FM al verme. Me dio un abrazo y una palmadita en el hombro, de lo que deduje que mi duelo aún debía de ser visible. Para que luego dijeran que proyectaba un aura de fuerte guerrera.

Cobb abrió la puerta con expresión distraída, dando sorbitos a un café de olor acre y leyendo unos informes. Llegaba acompañado de Jorgen, que caminaba con su habitual aire distinguido.

«Un momento. ¿Cuándo he empezado a verlo como “distinguido”?».

—Cobb —dijo Arturo, dando un golpecito a una pegabina—, ¿no le ha dicho nadie que ya no estábamos de baja? ¿Cómo vamos a practicar?

—Para vosotros, más o menos se acabó la holopráctica —dijo Cobb, que pasó renqueando sin levantar la mirada—. Solo os quedan cinco semanas de escuela de vuelo. De ahora en adelante, pasaréis casi todo el tiempo en máquinas reales. Por las mañanas nos reuniremos en la plataforma de lanzamiento.

—Estupendo —dije, con un entusiasmo que no sentía.

Cobb nos indicó la puerta con un movimiento de cabeza y salimos todos correteando al pasillo. Arturo se puso a mi lado.

—Ojalá pudiera parecerme más a ti, Peonza —dijo mientras caminábamos.

—¿A mí?

—Siempre tan directa y atrevida —explicó—. De verdad que quiero volar otra vez. En serio. Estaré bien.

Sonaba como si intentara convencerse a sí mismo. ¿Qué sensación daría estar a punto de morir, como le había pasado a él? ¿Cómo sería que te dispararan volando sin escudo? Traté de imaginar su pánico, el humo en su cabina, la sensación de impotencia…

—Tú eres atrevido —dije—. Estás volviendo a la cabina, que es lo importante. No te has dejado asustar.

Por alguna razón, viniendo de mí, esas palabras parecieron darle fuerzas. ¿Qué pensaría si supiera que yo no era ni por asomo tan «directa» y «atrevida» como estaba suponiendo?

Nos pusimos los trajes de vuelo y salimos a la plataforma de lanzamiento, donde vimos nuestros cazas de clase Poco alineados. Pero el hueco de Arturo estaba vacío, y lo vi charlar con Siv, del personal de tierra. Era una mujer alta y mayor, con el pelo corto y canoso.

—Tendrás que pilotar Cielo Seis, Anfi —estaba diciendo a Arturo, y señaló el caza—. Aún no tenemos tu nave lista.

Miré hacia el hangar de reparaciones, de donde aún asomaba el morro de un Poco.

—¿Qué le pasa? —preguntó Arturo.

—Hemos arreglado el propulsor —dijo Siv—, y hemos comprobado el anillo de pendiente, pero ha habido que sacarle el activador de escudo. Estamos esperando el repuesto, que debería llegar en un envío de la semana que viene. Así que, de momento, te han asignado Cielo Seis, a no ser que quieras volar sin escudo.

Arturo fue de mala gana hacia la nave de Kimmalyn. Yo seguí adelante en dirección a Cielo Diez. Me costaba un poco considerarla «mi» nave, teniendo a M-Bot en la caverna. Pero Diez se había portado bien conmigo. Era un buen caza.

En vez del habitual personal de tierra esperando para ayudarme con las correas, encontré a Cobb allí de pie, con mi casco en la mano.

—¿Señor? —dije.

—Parece que tienes un mal día, Peonza —afirmó—. ¿Necesitas más tiempo?

—No, señor.

—Se supone que debo informar de tu estado al departamento médico. A lo mejor deberías pasarte a hablar con ellos y conocer a alguno de los nuevos terapeutas de Thior.

Levanté la mano, sosteniendo el pequeño estuche de datos que había sacado de la biblioteca. Los secretos que, al final, de verdad no habría querido descubrir.

—Estoy bien, señor.

Cobb me observó y cogió el cuadrado de datos. Me pasó mi casco, que inspeccioné para encontrar dentro los sensores.

—Sí —dijo Cobb—, aún están recopilando datos de tu cerebro.

—¿Han… encontrado algo importante? —No sabía muy bien qué pensar de todo aquello, pero la idea de que el departamento médico espiara mi cerebro en pleno vuelo me incomodaba.

—No estoy autorizado a revelarlo, cadete. Pero me da la impresión de que quieren empezar a hacer pruebas a todos los cadetes nuevos, usando los datos sobre ti que han reunido.

—¿Y de verdad quiere que vaya a conocer a esos nuevos terapeutas? ¿Para que puedan hacerme más pruebas raras? —Torcí el gesto. Ya tenía bastantes problemas sin necesidad de preguntarme por qué al departamento médico le preocupaba mi cerebro.

—No deberías tener tanto miedo a los médicos —dijo él, guardándose el estuche en el bolsillo de la camisa y sacando algo de él. Era un papel doblado —. La doctora Thior es buena persona. Mira esto, por ejemplo.

Llena de curiosidad, cogí el papel y lo leí.

Decía: «Autorización para la suspensión de restricciones a la cadete Spensa Nightshade. Quedan restablecidos sus privilegios plenos como cadete. Circular n.º 11.723».

Estaba firmado por la almirante Judy Ivans.

—¿Cómo…? —dije—. ¿Por qué?

—Después de que pasaras por la enfermería, alguien dio el soplo a la doctora Thior de que estabas viviendo en una cueva y viéndote obligada a cazar para comer. La doctora montó un escándalo terrible, condenando que estuvieras aislada de tu escuadrón, y al final la almirante ha dado el brazo a torcer. Ahora ya puedes dormir y comer en el edificio de la escuela.

Sentí un alivio repentino, casi abrumador. «Oh, estrellas». Asomaron lágrimas a las comisuras de mis ojos.

Tirda, por muy buena noticia que fuese, llegaba en mal momento. Mi estado emocional ya era frágil. Estuve a punto de perder el control allí mismo, en la plataforma de lanzamiento.

—Eh… —Me obligué a decirlo—. Me pregunto quién daría ese soplo a la doctora Thior.

—Un cobarde.

—Cobb, yo…

—No quiero oírlo —dijo él, y señaló la cabina—. Tira para dentro. Los demás ya están preparados.

Era verdad, pero tenía que preguntárselo.

—Cobb, ¿es… es verdad? ¿Lo que pasó en esa holograbación de la Batalla de Alta? ¿Mi padre… hizo eso?

Cobb asintió.

—Pude verlo bien mientras estábamos combatiendo. Pasamos tan cerca que pude ver el interior de su cabina. Era él, Spensa. El gesto furioso de su cara lleva acosándome desde entonces.

—¿Por qué, Cobb? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué pasó allá arriba, en el cielo? ¿Qué vio?

Cobb se quedó callado. Me hizo un gesto para que subiera por la escalera, así que me recompuse y subí. Él vino por detrás y se quedó allí, en el puesto del personal de tierra, mientras yo me sentaba en la cabina.

Volví a inspeccionar el casco, con aquellos sensores tan extraños dentro.

—¿De verdad creen que pueden saberlo a partir de mi cerebro? —pregunté—. ¿Creen que pueden determinar si… si haré lo que hizo mi padre?

Cobb se agarró al borde de la cabina y se inclinó hacia mí.

—Tú no lo sabes, chica, pero estás en el centro de una discusión que se remonta a generaciones atrás. Hay quienes dicen que tu padre demuestra que la cobardía es genética. Creen que hay algún tipo de… defecto en tu interior.

La expresión de Cobb se volvió lóbrega, su voz más suave.

—A mí me parece una chorrada enorme. No sé lo que le pasó a tu padre; no sé por qué mi amigo intentó matarme ni por qué me vi obligado a derribar su nave. Matarlo me ha torturado desde entonces, y no creo que pueda volver a volar nunca. Pero lo que no puedo creerme es que alguien esté destinado a ser un cobarde o un traidor. No, eso no puedo aceptarlo. No podría aceptarlo jamás.

Señaló hacia el cielo.

—Pero Férrea sí lo cree. Está convencida de que es inevitable que te vuelvas una cobarde o una traidora. Tendrás que demostrar que se equivoca volviendo al cielo y convirtiéndote en una piloto modelo, tan perfecta que todos tengan vergüenza de haberte cuestionado alguna tirdosa vez.

Pero… ¿y si es verdad? ¿Y si soy una cobarde, o al final…?

—¡No hagas preguntas idiotas, cadete! ¡Ponte las correas! ¡Tu escuadrón está preparado!

—¡Sí, señor! —respondí al instante, y me amarré al asiento.

Cuando levantaba el casco hacia mi cabeza, Cobb me cogió del brazo.

—¿Señor? —dije.

Se quedó pensando un momento. Miró en una dirección y luego en la otra.

—¿Alguna vez ves cosas… raras, Peonza? —preguntó—. ¿En la oscuridad?

—¿Como qué?

—Ojos —dijo en voz baja.

Me estremecí, y de pronto la cabina me pareció más fría.

—Cientos de ojitos —dijo—, abriéndose en la negrura, rodeándote. Como si la atención del universo entero de repente se hubiera centrado en ti y solo en ti.

¿M-Bot no había dicho algo sobre ojos?

—Tu padre hablaba de cosas como esa antes del incidente —dijo Cobb, a todas luces perturbado—. Y decía… decía que podía oír las estrellas.

«Como decía la yaya —pensé—, y como dijo él justo antes de volar hacia ellas». ¿Sería solo que mi padre había mencionado el viejo ejercicio que enseñaba la yaya, el de imaginar que una estaba volando entre las estrellas? ¿O había algo más?

En un par de ocasiones, yo… había estado segura de poder oírlas allí arriba…

—Por tu expresión horrorizada —dijo Cobb—, deduzco que crees que me he puesto a delirar como un loco. Sí que suena tonto, ¿verdad? —Recobró la compostura—. Bueno, déjalo estar. Si, por lo que sea, ves alguna cosa como lo que te he descrito, cuéntamelo. No hables de esto con nadie más, ni siquiera con tus compañeros de escuadrón, y ni se te ocurra mencionarlo por radio. ¿Entendido, Spensa?

Asentí, abotargada. Estuve a punto de decirle lo que había oído, pero me contuve. Cobb era el único verdadero aliado que tenía, pero en ese momento me entró pánico. Sabía que, si le decía que había oído las estrellas, me sacaría de la cabina de un tirón.

Así que me mordí la lengua mientras él descendía por la escalera. Me había dicho que hablara con él si *veía* algo, no si lo *oía*. Y yo nunca había visto nada parecido a lo que decía. ¿Ojos? «Cientos de ojitos, abriéndose en la negrura, rodeándote…».

Me estremecí de nuevo, pero me puse el casco. Quizá ese día no estaba en muy buena forma. Alterada, asqueada por las noticias y, después de hablar con Cobb, confusa del todo. Pero sabía que, si no regresaba al aire, me volvería loca sin poder remediarlo.

De modo que, cuando Jorgen nos ordenó despegar, eso hice.

41

Dos semanas más tarde, me sentía un poco más estable mientras pilotaba mi Poco por una secuencia de valles, sobrevolando de cerca la superficie del planeta.

—No veo nada —dije por el canal de vuelo.

—Yo tampoco —confirmó FM. Estaba volando a mi ala.

—El truco está en permanecer alerta durante las patrullas largas —dijo una voz femenina en nuestros cascos—. Ser buena exploradora no consiste en poder ver bien, sino en ser capaz de dedicar toda tu atención a un trabajo monótono. Consiste en no dejar que tu mente se pierda en ensoñaciones.

«Pues yo lo tendría difícil», pensé.

—Si acabáis en un equipo de exploradores —dijo la mujer, identificador: Llamarada—, os asignarán una nave de clase Val, que en vez de llevar destructores Stewart 138, lleva un solo 131, con mucho menos poder destructivo. Pero vuestros sistemas de sensores son mejores, tienen más alcance y más detalle. Sigue siendo complicado pillar a los krells que vuelan bajo el radar, pero, por suerte, tienden a emplear la misma táctica de acercarse con disimulo para atacar las baterías antiaéreas. Como ya sabéis lo que van a hacer, podéis anticiparos a sus movimientos.

El mismo proverbio de siempre. Si se sabía lo que iba a hacer el enemigo, se jugaba con ventaja. Había comprobado en persona su veracidad en la batalla en la que había muerto Arcada. Había salvado a Kimmalyn, pero había dejado a mi compañera de ala sola.

Nadie me lo reprochaba: había hecho bien en separarme y proteger a Kimmalyn. Pero a mí me seguía reconcomiendo.

Y… ya había dejado de prestar atención. Intenté centrarme de nuevo en buscar krells, pero sabía que no estaba hecha para aquella clase de tarea. Necesitaba algo que me inspirara, que me absorbiera, como un buen combate aéreo.

Llamarada siguió dándonos consejos. Cómo detectar la estela de un caza en vuelo bajo a partir de los patrones en el polvo. Cómo rodeaban las colinas los krells cuando intentaban ocultarse de los escáneres. Cómo saber si algo lejano era una nave o una ilusión óptica. Era buena información, e importante. Aunque explorar no fuera lo mío, me alegraba de que Cobb nos hiciera probar

distintos roles de combate. Expandía mi experiencia y convertía conceptos abstractos, como «escuadrones de flanqueo», «naves de reserva» y «grupos de exploración» en cosas reales.

Oí un estallido en el cielo. Nuestro entrenamiento con los exploradores tenía lugar durante una batalla real.

—¿Cómo lidiáis con… las emociones? —preguntó Arturo por la línea—. De estar explorando… cuando… ya sabéis.

—¿Cuando los demás están luchando, quizá muriendo? —dijo Llamarada.

—Sí —confirmó Arturo—. Todos mis instintos me dicen que debería estar volando hacia esa batalla. Esto me da sensación de… cobardía.

—¡No somos unos cobardes! —dijo Llamarada, alzando la voz—. Pilotamos naves que llevan una fracción del armamento que tiene incluso un Poco. Y si interceptamos a krells, quizá tengamos que luchar y retrasarlos nosotros solos para ganar tiempo y…

—¡Perdona! —la detuvo Arturo—. ¡Me he expresado mal!

Llamarada soltó el aire.

—No somos cobardes. La FDD deja siempre muy claro que no lo somos. Pero quizá tengáis que aguantar alguna… miradita de vez en cuando. Forma parte del sacrificio que hacemos todos para que las Cavernas Desafiantes permanezcan a salvo.

Me escoré para una meticulosa sucesión de giros, intentando aprovechar el tiempo para practicar las maniobras a baja altitud. Al cabo de un tiempo, la lluvia de escombros que teníamos detrás cesó y Cobb nos ordenó regresar.

Entramos en formación, dimos las confirmaciones verbales, volamos de vuelta a la base y aterrizamos. Mientras esperaba al personal de tierra, miré por casualidad hacia el comedor y una leve sonrisa asomó a mis labios. Recordé haberme estrellado contra su holograma en mi primer día.

Una oleada de culpabilidad me borró la sonrisa. Solo habían pasado tres semanas desde la muerte de Arcada. No debería estar contenta.

Siv subió por la escalera, de modo que abrí la cabina, me quité el casco y se lo di.

—Buen aterrizaje —me dijo—. ¿Alguna cosa que deberíamos mirar hoy en la nave?

—La esfera de control parece que rasca en algún sitio —respondí—. Es como se me resiste al moverla.

—Engrasaremos bien el mecanismo esta noche —prometió ella—. ¿Cómo va ese botón de recepción? ¿Aún se atasca? Podemos…

Dejó la frase en el aire cuando, en una plataforma cercana, un caza de clase Camdon aterrizó con humo saliendo del lado izquierdo del fuselaje. Siv soltó una maldición, se dejó caer resbalando con las manos y los pies en los lados de la escalera y echó a correr junto con otros miembros del personal de tierra.

Con las tripas revueltas al ver aquella pobre nave, descendí y fui con Jorgen, que estaba de pie al borde de nuestra plataforma de lanzamiento.

—¿Estabas escuchando el canal de radio de jefes de escuadrón? —le pregunté.

—Sí —dijo él—. Los han flanqueado y han lanzado contra ellos dos escuadrones de naves enemigas. Como si los krells quisieran derribar precisamente estos cazas y no hicieran caso a ninguno más.

Solté el aire mientras Arturo y FM venían con nosotros y se quedaban mirando en silencio cómo el personal de tierra sacaba a la piloto, apenas consciente, de la nave en llamas y le salvaba la vida. Otros operarios acercaron una manguera y rociaron la nave de espuma.

—Peonza, tenías razón el otro día —dijo Arturo—, cuando dijiste que la FDD estaba perdiendo esta guerra.

—No estamos perdiendo —replicó Jorgen—. No hables así.

—Nos superan con mucho en número —argumentó Arturo—. Y la cosa va a peor. Puedo enseñarte las cifras. Los krells no paran de reponer sus naves, y no podemos mantenerles el ritmo.

—Hemos sobrevivido durante años —dijo Jorgen—. Siempre ha parecido que estábamos al borde de la perdición. No ha cambiado nada.

Arturo y yo nos miramos. Ninguno de los dos nos los creíamos.

Al rato, Jorgen se nos llevó con él para hacer el informe de después de la batalla a Cobb. Fuimos al edificio de entrenamiento y me sorprendió encontrar a Cobb fuera. Estaba charlando con unas personas en la entrada.

Arturo se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Esa es mi madre —dijo Arturo, señalando a la mujer que hablaba con Cobb. Llevaba uniforme militar—. Tirda.

Apretó el paso hasta casi correr en dirección a Cobb y su madre. Intenté acercarme más deprisa yo también, pero Jorgen me cogió del hombro y me frenó.

—¿Qué? —susurré—. ¿Qué está pasando?

Por delante de nosotros, Cobb saludó al llegar Arturo. De verdad hizo el saludo militar a Arturo. Miré a Jorgen, que tenía los labios apretados. Traté de

adelantarme, pero volvió a retenerme.

—Déjales espacio —dijo.

FM paró a nuestro lado y se quedó mirando sin hablar. También parecía saber lo que estaba pasando.

Cobb entregó algo a Arturo. ¿Una insignia?

Arturo miró la insignia e hizo ademán de arrojarla al suelo, pero su madre le cogió el brazo. Poco a poco, Arturo se relajó y, de mala gana, devolvió el saludo a Cobb. Entonces se volvió para mirarnos y nos hizo también un saludo.

Su madre echó a andar y Arturo, muy despacio, se volvió y fue tras ella, seguido por dos hombres vestidos con trajes.

Cobb llegó cojeando junto a nosotros.

—Por favor, ¿puede decirme alguien lo que acaba de pasar? —exigí—. Venga. ¿Me dais una pista al menos? ¿Debería preocuparme por Arturo?

—No —dijo Jorgen—. Sus padres lo han sacado de la FDD. Llevaban ya unas semanas con idea de hacerlo, desde que casi lo derribaron. Estaban aterrorizados. En secreto, claro. Nadie reconocería nunca que tiene miedo por su hijo.

—Han movido sus contactos —dijo Cobb—. La almirante al final ha llegado a un acuerdo. Arturo se lleva una insignia de piloto, pero sin graduarse.

—¿Cómo es eso, cómo? —preguntó FM.

—No tiene ningún sentido —convine—. ¿No se gradúa pero termina como piloto de pleno derecho?

—Se ha licenciado con honor del servicio —dijo Cobb—. Oficialmente, es porque lo necesitaban para supervisar los vuelos de carga de su familia. Si queremos que algún día nos lleguen las suficientes piezas de activador, necesitaremos esos envíos de otras cavernas. Venga, los tres, vamos a hacer la reunión.

Cobb se marchó y FM y Jorgen fueron con él. Los dos parecían resignados, como si ya esperasen que pasara esa clase de cosas.

No los seguí. Me puse en la piel de Arturo y me sentí indignada. ¿Sus padres lo habían sacado de la escuela de vuelo, así, sin más?

«Jorgen espera que le pase lo mismo a él —recordé—. A lo mejor, todos ellos estaban preparados para esto. Los de las familias ricas en méritos, al menos».

Allí de pie, fuera de la escuela, caí por primera vez en la cuenta de que yo era la única persona ordinaria del escuadrón que había llegado tan lejos. Me

entró un cabreo irracional. ¿Cómo se atrevían sus padres a proteger a Arturo, ahora que empezaba a haber mucho peligro? ¿Y para colmo, en contra de sus deseos?

Jorgen se detuvo en la puerta mientras los otros seguían hacia dentro.

—Eh —dijo, mirándome—. ¿Vienes?

Me acerqué a él.

—Los padres de Arturo no iban a dejar que volara para siempre, de todos modos —dijo—. La verdad es que me sorprende que hayan tardado tanto en asustarse.

—¿A ti te pasará lo mismo? ¿Tu padre vendrá a por ti mañana?

—Aún no. Arturo no va a meterse en política, pero yo sí. Tendré que haber combatido en unas pocas batallas como piloto de verdad antes de que mis padres me saquen.

—Así que un poco de peligro y luego estarás protegido. Mimado. A salvo.

Hizo una mueca.

—Te habrás dado cuenta de que los únicos que han muerto de nuestro equipo eran las personas normales y corrientes —espeté—. Bim, Marea, Arcada. ¡Ni uno solo de las cavernas profundas!

—También eran mis amigos, Peonza.

—Tú, Arturo, Nedd, FM. —Le clavé el índice en el pecho con cada nombre—. Habíais entrenado antes de esto. Teníais ventaja, para seguir con vida hasta que vuestras cobardes familias pudieran poneros unas medallitas y luciros por ahí para demostrar que sois mucho mejores que nosotros.

Me cogió el brazo para que dejara de darle golpecitos, pero en realidad no estaba enfadada con él. De hecho, vi en sus ojos que estaba tan frustrado como yo. Odiaba estar atrapado en aquella situación.

Le cogí la parte delantera de su traje de vuelo, con los dos puños cerrados. Entonces, sin hablar, le apoyé la frente en el pecho. Estaba defraudada y, sí, incluso asustada. Asustada de perder a más amigos.

Jorgen se tensó y luego me soltó los hombros y, al parecer sin saber muy bien qué otra cosa hacer, me rodeó con los brazos. Debería haber sido incómodo, pero en realidad me reconfortó. Él lo entendía. Sentía la pérdida igual que yo.

—Apenas he podido participar de verdad en la lucha —susurré—, y se está desmoronando todo otra vez. Una parte de mí se alegra de que Arturo esté a salvo y vaya a seguir estándolo, pero otra parte está furiosa. ¿Por qué no pudo estar a salvo Arcada, o Bim?

Jorgen no respondió.

—Cobb nos dijo el primer día que solo nos graduaríamos uno o dos de nosotros —dije—. ¿Quién será el próximo en morir? ¿Tú, yo? ¿Por qué, después de que hayan pasado décadas, ni siquiera sabemos contra qué luchamos ni por qué?

—Sí que sabemos por qué, Spensa —respondió él con suavidad—. Es por Ígnea, y por Alta. Por la civilización. Y tienes razón, la forma que tenemos de hacer las cosas no es justa. Pero son las normas que tenemos que cumplir. Son las únicas normas que conozco.

—¿Por qué contigo todo se reduce a las normas? —pregunté, con la frente aún apoyada en su pecho—. ¿Qué pasa con las emociones, con los sentimientos?

—Yo… no lo sé. Eh…

Apreté los párpados con fuerza y me aferré a él. Pensé en la FDD, en Alta e Ígnea, en el hecho de que ya no me quedaba nada que desafiar. Había pasado la vida entera luchando contra las cosas que decían de mi padre.

¿Qué iba a hacer ahora?

—Sí que siento cosas, Peonza —dijo Jorgen por fin—. Por ejemplo, ahora mismo siento una incomodidad enorme. No me parecía que fueses de las que abrazaban.

Le solté el traje de vuelo y él reaccionó dejando caer los brazos.

—Me has cogido tú primero —dije.

—¡Me estabas atacando!

—Eran unos golpecitos suaves en el pecho, para enfatizar.

Puso los ojos en blanco y el momento pasó. Pero lo raro fue que, mientras nos juntábamos con FM y caminábamos hacia nuestra nueva aula, me di cuenta de una cosa: de que sí me sentía mejor. Solo un poco, pero, teniendo en cuenta cómo había ido mi vida en los últimos tiempos, estaba dispuesta a aceptar lo que se me concediera.

42

Varios días después, FM y yo estábamos comiendo con los escuadrones Tintero y Tormenta de Fuego, los otros dos grupos de cadetes que habían empezado a la vez que nosotras. Entre los dos les quedaban seis miembros, lo que significaba que ni siquiera combinándonos los tres llegaríamos a componer un escuadrón completo de diez personas.

La conversación giraba en torno a si nos reunirían en un solo escuadrón de cadetes o no. Y si ocurría eso, ¿con qué nombre nos quedaríamos? FM argumentaba que deberíamos inventarnos un nombre nuevo, pero yo creía que, dado que nosotros aún teníamos a nuestro jefe de escuadrón y los otros dos habían perdido a los suyos en algún momento, deberíamos estar al mando.

Me quedé callada y me terminé la comida deprisa. Parte de mí seguía esperando que, en cualquier momento, la almirante irrumpiera en el comedor y me sacara a patadas. La comida estaba buenísima, y en vez de mi antiguo y remendado mono, había podido solicitar tres nuevos, nada menos, que me quedaban como un guante.

Los otros cadetes ya empezaban a estar ansiosos por la graduación.

—Yo voy a hacerme explorador —dijo Comentario, un chico bullicioso con el pelo a lo casco—. Ya tengo una invitación.

—Demasiado aburrido —dijo FM.

—¿En serio? —dijo una de las chicas—. Pensaba que a ti te atraería, con lo mucho que hablas de la «agresividad Desafiante».

—Pero sería lo esperado —respondió FM—. Aunque en realidad se me dé bastante bien.

Mientras escuchaba, me pregunté si a FM también se la acabaría llevando su familia, aunque no parecía tan importante como Jorgen, que estaba en Ígnea, en algún acto oficial. Absorta, me puse a pensar en cómo sería asistir a alguna de sus lujosas cenas gubernamentales. Imaginé el delicioso escándalo que provocaría mi presencia. ¿La hija de un infame cobarde?

Por supuesto, todos serían demasiado educados para mencionarlo, así que tendrían que sufrirme mientras yo, al ser una chica primitiva y bárbara, sorbería la sopa, eructaría y comería con las manos. Jorgen se limitaría a poner los ojos en blanco.

La fantasía me hizo sonreír, pero entonces fruncí el ceño. ¿Por qué estaba pensando en Jorgen, con la de gente que había?

En la mesa todos rieron cuando alguien mencionó el identificador de Arturo, que nadie sabía pronunciar.

—Debe de haber bastante silencio en vuestro entrenamiento, ahora que ya no está —dijo Drama, una chica con un acento que me recordaba al de Kimmalyn.

—Sobreviviremos —respondió FM—. Aunque se hace raro que no esté. Ya no hay nadie explicándome cosas que ya sé a todas horas.

—Qué escuadrón más extraño debéis de ser —dijo Drama—. Conozco a Jorgen, y seguro que no abre la boca excepto para daros órdenes y echaros la bronca, ¿verdad? Y está claro que Peonza es muy callada, así que vuestros vuelos deben de ser silenciosos. En nuestra línea siempre hay parloteo, aunque solo seamos cuatro.

Sus compañeros de escuadrón se defendieron con buen humor, pero yo me quedé dando vueltas a lo que había dicho sobre mí. ¿Callada? ¿Creían que yo era una persona callada?

Supuse que, en los últimos tiempos, sí que había estado bastante reservada. Pero ¿callada? De verdad no creía que me hubieran definido así en toda la vida. Qué cosas.

Terminó la cena y, cuando hubimos recogido la mesa, FM hizo un gesto con la cabeza hacia nuestro dormitorio.

—¿Vas a dormir o harás un poco de entrenamiento físico?

—Ninguna de las dos cosas —dije—. Creo que esta noche me hace falta un paseo.

En realidad, quería ir a ver a M-Bot y Babosa Letal. Habían pasado varios días desde la última vez.

—Como quieras. —Vaciló—. Oye, ¿aún estás preocupada por Arturo? Podrá volar, solo que no en misiones.

—Sí, sí —dije—, lo sé.

Estrellas, habían pasado días, ¿y aún pensaba que necesitaba que me consolaran?

Salí de la base. En realidad, debería haber ido a hacer entrenamiento físico, pero tenía remordimientos por dejar solo a M-Bot tanto tiempo. Había ido unas cuantas veces para ayudar a Gali con el propulsor, pero, desde que vivía en la base, era difícil encontrar un hueco para acercarme a la cueva. Quería saborear los privilegios que tanto tiempo me habían negado.

Las cieluces habían perdido brillo para indicar la llegada de la noche, y el aire era fresco cuando recorrí el camino familiar por el terreno polvoriento. Era refrescante abandonar las vistas y los olores de Alta, estar fuera bajo el cielo otra vez.

Llegué a la caverna, descendí usando mi línea de luz y me preparé para la inevitable ristra de protestas. A M-Bot no le hacía ninguna gracia que yo hubiera cambiado de domicilio. Estaba convencido de que iba a podrirse, de que sus subrutinas de personalidad se degradarían por falta de uso.

Llegué al suelo.

—Hola —dije, y mi voz resonó en la cueva.

—¡Hola! —Babosa Letal estaba en una roca cercana. La iluminé, me acerqué y le rasqué la cabeza.

—¿Masacrebot? —dije a la oscuridad.

—De ese mote aún tenemos que hablar —respondió su voz—. En ningún momento lo he aceptado.

—Si no escoges un buen identificador, alguien lo elegirá por ti. Es como funcionan estas cosas.

Sonreí mientras me acercaba a la nave, esperando que M-Bot se saliera por alguna tangente. Pero se quedó callado. ¿Le pasaría algo?

—¿Y bien? —dijo al fin. ¿Y bien?

—Esto… —¿Qué había hecho esa vez?

—¿No estás emocionada? —preguntó—. ¿No te sientes a punto de explotar? ¿No es genial?

¿Genial?

«El propulsor», comprendí, sobresaltándome. Gali había terminado de instalarlo. Había seguido fatal su progreso aquellas últimas semanas, por estar demasiado ocupada. Pero sus herramientas ya no estaban, la caverna estaba recogida y había una nota pegada con cinta adhesiva a la parte trasera del fuselaje de M-Bot.

Babosa Letal estaba en el ala, cerca de la nota.

—¡Dichoso pedazo de basura inútil con vida de imitación! —dijo, en un simulacro aflautado de la voz de Gali—. ¡Tirda! ¡Tirda! ¡Tirda! ¡Tirdosa tirda y estúpida tirda!

—Cuidado, chica —le advertí—. Con esa boca, acabarán reclutándote para el personal de tierra.

Babosa Letal emitió una serie de ruidos que recordaban el sonido del martillo contra el metal, que seguramente había oído mucho a lo largo de las últimas semanas.

Cogí la nota. Decía:

> Terminado. Iba a sacarlo a volar para probarlo, pero he pensado que deberías estrenarlo tú. Además, tampoco me extrañaría que esa IA me estrellara a propósito.
>
> Trabajar en esta nave ha sido la experiencia más maravillosa de mi vida (esto no se lo digas a M-Bot). Los diseños que he trazado, las cosas que he aprendido… Voy a cambiar la FDD, Peonza. Voy a transformar del todo nuestra forma de volar y luchar. No solo me han aceptado en el Cuerpo de Ingeniería, sino que me han ofrecido un puesto directamente en diseño. Empiezo mañana.
>
> Gracias por darme la oportunidad de encontrar, en este trabajo, mis propios sueños. Disfruta de tu nave. Espero que sea también lo que siempre habías soñado que sería.

Bajé el papel y miré las alas de M-Bot, con aspecto de peligrosas cuchillas. Las luces de aterrizaje de la nave se encendieron, haciendo brillar todo su costado. Mi nave.

Mi. Nave.

—¿Y bien? —dijo M-Bot—. ¿Vamos a salir a volar?

—¡Tirda, ya lo creo que sí!

43

Anillo de pendiente, operativo —dijo M-Bot mientras nos elevábamos despacio en el aire—. Propulsor y maniobra, operativos. Soporte vital, operativo. Comunicaciones y sistemas de sigilo, operativos. Lanza de luz y pulso antiescudos PMI, operativos.

—No está nada mal —dije.

—Los destructores siguen no operativos —prosiguió M-Bot—, igual que las funciones de autorreparación y el hipermotor citónico.

—Bueno, como eso último aún no sé lo que es, vamos a tomárnoslo como una victoria clara. ¿Tus dispositivos de sigilo están activados?

—Por supuesto. Me prometes que no entraremos en combate hoy, ¿verdad?

—Nada de combate —aseguré—. Es solo un vuelo rápido para probar ese propulsor.

Nos elevamos a través del techo falso de la caverna y me sentí cada vez más tensa, más emocionada. Había estado volando a diario, pero aquello era distinto. El panel de control de M-Bot se las ingeniaba para hacer que hasta el más complejo que hubiera visto en cualquier nave de la FDD pareciera simple, así que me ceñí a los botones que conocía.

El cielo abierto me llamaba. Intenté relajarme y me recliné en el asiento. La esfera de control, el acelerador y la palanca de altitud eran idénticos a los que estaba acostumbrada a manejar. Podía hacerlo.

—¿Preparada? —preguntó M-Bot.

En respuesta, sobrecargué el propulsor.

Salimos disparados hacia delante, y la gestión avanzada de la aceleración que tenía la nave se activó al instante. Esperaba verme empujada hacia atrás en el asiento, pero apenas lo sentí, incluso en plena sobrecarga.

—Tiiiiirda —dije en voz baja.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo M-Bot—. Soy mucho mejor que esas otras naves con las que pierdes el tiempo.

—¿Podemos acelerar más que esto?

—No con un solo propulsor. Pero estoy equipado con otros dos espacios para propulsores más pequeños bajo las alas, así que es posible.

Teníamos algo menos de aceleración que un Poco, lo cual tenía sentido, teniendo en cuenta que la nave era más pesada pero estaba usando el mismo propulsor. Sin embargo, sí noté una auténtica diferencia a medida que ganábamos velocidad. Superamos como una exhalación Mag 6, Mag 7, Mag 8… Tirda, en un Poco, la nave estaría sacudiéndose hasta casi deshacerse en pedazos. Pero M-Bot alcanzó Mag 10 y casi no me di ni cuenta. Volaba con tanta suavidad como si fuese a Mag 1.

Probé algunas maniobras a alta velocidad y los controles eran increíblemente sensibles. Ya hacía tiempo desde la última vez que había sobrecompensado en los giros sin querer, pero le pillé el tranquillo enseguida. Reduje hasta velocidades normales de combate aéreo y practiqué unas escoras y luego algunos virajes de nave estelar.

Iba todo tan bien que volví a acelerar a Mag 3 y ejecuté algunas esquivas complejas. Virajes, giros y al final un bucle muy cerrado con sobrecarga en el descenso.

Era perfecto. M-Bot era perfecto.

Tenía que llevar a Gali en la cabina. O quizá a Jorgen. Le debía una por haberme ayudado a conseguir el propulsor. Protestaría por obligarlo a llegar hasta mi caverna, porque Jorgen venía a protestar más o menos por todo, pero seguro que le encantaría el vuelo. Surcar el aire, libre de restricciones y expectativas, y…

Y… ¿por qué había vuelto a ese tipo de pensamientos? Agité la cabeza y volví a centrarme en volar.

—Piensa en lo alucinante que serías en una batalla —dije a M-Bot.

—Lo prometiste.

—Prometí no hacerte entrar en combate esta noche —maticé—, pero no que no intentaría hacerte cambiar de opinión. ¿Por qué tienes miedo?

—No tengo miedo. Obedezco órdenes. Además, ¿de qué serviría en combate? No tengo destructores.

—Ni falta que te hacen. Te funcionan el PMI y la lanza de luz. Con tu maniobrabilidad y esas herramientas, podríamos arrasar con los krells. Los dejaríamos persiguiendo nuestra sombra, ¡y entonces nuestra sombra consumiría la suya! ¡Esto va a ser increíble!

—Peonza —dijo él—, mis órdenes son apartarme del combate.

—Encontraremos la forma de cambiarlas, no te preocupes.

—Hum… —Sonó poco convencido—. A lo mejor… podemos hacer algo que satisfaga tus extraños deseos humanos sin meternos en una pelea de verdad. ¿Quieres un poco de emoción? ¿Qué tal si te proyecto una batalla?

—¿Como en un simulador, te refieres?

—¡Más o menos! Puedo proyectar un holograma de realidad aumentada en tu cubierta, con lo que creerás que estás en una situación de combate. Así, puedes fingir que intentas hacer que te maten, ¡y yo no tengo que desobedecer mis órdenes!

—Vaya —dije, curiosa. Bueno, por lo menos, así podría probar su capacidad de respuesta en una simulación—. Hagámoslo.

—Asciende a once mil pies y te meteré en la Batalla de Alta.

—Pero ese estuche de datos se lo devolví a Cobb.

—Saqué una copia. —M-Bot vaciló un momento—. ¿Hice mal? Pensé que quizá querrías…

—No, no, está bien. Pero ¿es la única batalla que puedes simular?

—Es la única de la que tengo representaciones tridimensionales como deben ser. ¿Te supone un problema? ¡Ah! Tu padre. Esta es la batalla en la que tu padre se convirtió en traidor, algo a lo cual eres emocionalmente vulnerable por tus sentimientos de deslealtad e incompetencia. Ups.

—Está bien.

—También podría intentar…

—Está bien —insistí, poniendo la nave a la altitud que me había pedido y usando los impulsores de maniobra para estabilizarnos—. Inicia la simulación.

—De acuerdo, de acuerdo. No hace falta que te pongas gruñona solo porque te he insultado.

De pronto, aparecí dentro de una batalla.

Era como en las simulaciones, solo que estaba en una nave de verdad. Todo lo que era holográfico brillaba y era un poco traslúcido, como si estuviera rodeada de fantasmas. Tenía que ser así para que pudiera distinguir la realidad y evitar estamparnos por accidente en la ladera de un precipicio o algo parecido.

M-Bot había dicho que solo estaba proyectándolo todo en mi cubierta, pero a mí me pareció tridimensional. Y la lucha tenía un realismo increíble, sobre todo cuando activé el propulsor y me lancé a ella. M-Bot incluso hizo todo lo que pudo para generar sonidos en la cabina cuando pasaban naves volando cerca.

—Puedo simular los destructores —dijo M-Bot—, aunque no los tenga instalados.

Sonreí y entré en formación con un par de cazas de la FDD. Cuando me lancé en picado a por una nave krell cuyo escudo había anulado alguien, M-

Bot fue capaz de alterar la simulación para que mi objetivo estallara con un satisfactorio fogonazo.

—Muy bien —dije—. ¿Cómo activo los sensores de proximidad?

—Puedo activarlos yo. Hecho.

—Qué práctico. ¿Qué otras cosas puedes hacer por orden verbal?

—Tengo acceso a los sistemas de comunicaciones y sigilo, y puedo reactivar el escudo. Sin embargo, según la ley galáctica, tengo prohibido controlar los propulsores y los sistemas de armamento, incluido el PMI. No tengo conexión física con esos sistemas salvo para realizar diagnósticos.

—Muy bien, pues —dije—. Ponme el canal de radio de los jefes de escuadrón. Quiero oír las grabaciones como si estuvieran en tiempo real.

—Hecho —dijo, y empecé a oír la radio—. Pero debes ser consciente de que quizá el audio deje de estar sincronizado con los elementos visuales a medida que vayas alterando el progreso de la batalla.

Asentí y me lancé al combate.

Y era magnífico. Escoré y disparé, activé el PMI y me propulsé. Giré por un campo de batalla virtual lleno de luces brillantes, naves que explotaban y cazas desesperados. Pilotaba una nave que tenía una maniobrabilidad sin igual, y me descubrí adaptándome a ella, aprovechándola cada vez más. Derribé a cuatro krells en media hora, superando mi marca personal, sin recibir más que unos disparos de refilón en el escudo.

Y lo mejor de todo fue que era seguro. No había ningún amigo mío en peligro. Era una simulación de un nivel nuevo del todo, pero de todos modos seguía sin poner en peligro la vida de nadie.

«Te da miedo —susurró una parte de mí—. Te da miedo la batalla. Te da miedo la pérdida». Era una voz que se había convertido en casi constante en mi mente.

Empecé a sudar, con el corazón martilleando en el pecho. Me centré en un krell al que otra nave había acribillado con sus destructores. Ese escudo quizá estuviera cerca de caer. Apunté y…

Una nave pasó volando sobre mí, abriendo fuego con sus destructores, atacando antes que yo y haciendo explotar el caza krell. Supe al instante quién era. Mi padre.

Otra nave se situó en posición de compañero de ala tras mi padre.

—M-Bot —dije, sintiendo que algo temblaba dentro de mí—. Ponme el audio de esos dos.

Con un chasquido, el canal de jefes de escuadrón dejó de oírse. En su lugar, me llegó la línea directa entre mi padre y Chucho.

—Buen disparo, Perseguidor —dijo la voz de Cobb. Sonaba exactamente igual que él, solo que quitándole todo el cinismo—. ¡Por las rocas, hoy estás en racha!

Mi padre trazó un bucle para dar media vuelta. Me situé en posición junto a él, al otro lado de Cobb. Estaba volando como compañera de ala… de mi padre. El mejor hombre que había conocido jamás.

El traidor.

«Te odio —pensé—. ¿Cómo pudiste hacer lo que hiciste? ¿No te paraste a pensar en lo que supondría para tu familia?».

Mi padre se escoró y yo lo imité, manteniéndome cerca de su forma transparente y brillante mientras se lanzaba en persecución de otras dos naves krells.

—Yo les daré con el PMI. Tú mira a ver si puedes cargártelos.

Sofoqué la repentina oleada de emociones que sentí al oír de nuevo la voz de mi padre. ¿Cómo podía odiar y querer a ese hombre a la vez? ¿Cómo podía reconciliar la imagen que tenía de él, orgulloso aquel día que habíamos subido a la superficie, con las cosas horribles que sabía que había hecho?

Apreté los dientes e intenté concentrarme solo en la lucha. Las naves krells esquivaron hacia una aglomeración de cazas y estuvieron a punto de chocar contra unas naves de la FDD. Mi padre las siguió de cerca, rodando en bucle. Cobb se fue quedando un poco atrás.

Me pegué a mi padre, ceñida a su ala. En ese momento, no había nada más que la persecución, y el mundo que me rodeaba perdió intensidad. Solo estábamos yo, el fantasma de mi padre y la nave enemiga.

Escora a derecha.

Ascenso rápido.

Giro con vuelta.

Rodear aquella explosión.

Empeñé toda mi destreza en la cacería, y aun así empecé a quedarme atrás poco a poco. Los virajes de mi padre eran demasiado cerrados, sus movimientos demasiado precisos. Aunque contaba con la capacidad superior de maniobra que tenía M-Bot, mi padre era mejor que yo. Tenía años de experiencia y sabía el momento exacto de propulsarse, el momento exacto de girar.

Y había algo… algo más…

Me fijé en la nave krell. Se escoró a la derecha. Mi padre hizo lo mismo. Ascendió. Mi padre hizo lo mismo. Viró a la izquierda…

Mi padre viró a la izquierda. Y habría podido jurar que lo hizo una fracción de segundo *antes* que el krell.

—M-Bot —dije—, calcula el tiempo de los virajes de mi padre respecto a los de la nave krell. ¿Es posible que esté reaccionando antes de que ella actúe?

—Eso es imposib… Anda.

—¿Qué? —pregunté.

—Creo que el término correcto es TIRDA. Spensa, tu padre de verdad se está moviendo antes que el krell. Es solo por una fracción de segundo, pero está sucediendo. Quizá mi grabación esté mal sincronizada, por algún motivo. Encuentro muy poco plausible que un humano sea capaz de adivinar estas maniobras con tanta precisión.

Entrecerré los ojos, sobrecargué mi propulsor y me lancé de nuevo a la persecución. Me desplacé hasta quedar dentro del contorno de la nave de mi padre y tener el resplandor de su holograma rodeándome. Dejé de tenerlo en cuenta a él y centré mi atención solo en la nave krell, intentando seguirla mientras emprendía otra secuencia de esquivas.

Izquierda. Derecha. Giro. Altitud…

No pude hacerlo. Mi padre atajaba y viraba en los momentos exactos, y luego activó su PMI para anular el escudo de la nave enemiga. Giraron uno en torno al otro en un bucle retorcido, entremezclado, como dos cuerdas trenzándose. Perdí el ritmo por completo y salí de la compleja maniobra mientras mi padre, no sabía cómo, desactivaba su propulsor en el momento preciso para caer tras el enemigo.

El krell murió con un estallido de luz.

Mi padre salió del picado mientras Cobb daba un aullido por radio. Desde luego, el Cobb joven era todo un entusiasta.

—Perseguidor —dijo—, se retiran. ¿Hemos… hemos ganado?

—No —respondió mi padre—. Solo se reagrupan. Volvamos con los demás.

Planeé mientras veía a Cobb y a mi padre regresar a la alineación.

—Has volado de maravilla —dijo Férrea por el canal—. Pero Perseguidor, ten cuidado. Estás dejando atrás todo el rato a tu compañero de ala.

—Bla bla bla bla bla —dijo Cobb—. «Perseguidor, deja de hacerlo explotar todo, que me dejas mal a mí. Atentamente, Férrea».

—Luchamos por la supervivencia de toda la humanidad, Chucho —dijo Férrea—. Ojalá mostraras algo de madurez, aunque fuese solo de vez en

cuando.

Sonreí.

—Suena igual que Jorgen cuando habla con vosotros.

Di media vuelta y miré hacia los krells que se reagrupaban en la lejanía. Cerca de mí, los cazas de la FDD formaron de nuevo en escuadrones.

Sabía lo que vendría a continuación.

—¿Habéis visto ese agujero en los escombros, ahí arriba? —preguntó Cobb—. No se ve a menudo un alineamiento tan bueno de… ¿Perseguidor?

Miré hacia arriba, pero la simulación no se extendía tanto como para mostrarme el hueco en los escombros del que estaban hablando.

—Perseguidor, ¿qué ocurre? —preguntó Cobb.

—¿Es el defecto? —preguntó Férrea.

—Puedo controlar el defecto —dijo mi padre—, pero…

¿Qué era aquello? Esa parte no la había oído.

Mi padre se quedó callado un momento.

—Puedo oír las estrellas. También puedo verlas, Cobb —dijo mi padre—. Igual que las he visto antes, hoy mismo. Un agujero en el campo de escombros. Puedo atravesarlo.

—¡Perseguidor! —exclamó Férrea—. Mantén la formación.

Aquello sí que lo había escuchado la vez anterior. Me daba pavor oírlo de nuevo, pero no pude obligarme a pedir a M-Bot que apagara el audio.

—De verdad que puedo atravesarlo, Judy. Tengo que intentarlo. Tengo que ver. Puedo *oír las estrellas*.

—Ve —susurré, al mismo tiempo que hablaba Férrea—. Confío en ti.

Férrea había confiado en mi padre. Él no había desobedecido ninguna orden; se había marchado con el permiso de su jefa de escuadrón. Me pareció un detalle insignificante, considerando lo que ocurriría a continuación.

La nave de mi padre rotó y su anillo de pendiente se abrió para apuntar hacia abajo. Con el morro hacia el cielo, activó su propulsor.

Lo vi marcharse mientras se me formaban lágrimas en las comisuras de los ojos. No podía ver aquello. No otra vez. «Por favor, padre…».

Intenté alcanzarlo. Con la mano, por muy estúpido que fuese el gesto, y también… también con…

Con *otra cosa*.

Entonces oí algo, muy arriba. Un sonido como de mil notas musicales entremezcladas. Me imaginé a mí misma, como siempre me había enseñado la yaya, ascendiendo. Avanzando hacia las estrellas.

Mi cabina se volvió negra, sumiéndome en una oscuridad absoluta. Y entonces, a mi alrededor, apareció un millón de puntitos de luz.

Entonces esos puntitos *se abrieron*. Eran un millón de ojos blancos, como estrellas, todos vueltos hacia mí. Enfocándome. *Viéndome*.

—¡Apágalo! —chillé.

La oscuridad se esfumó. Los ojos desaparecieron.

Estaba de vuelta en la cabina.

Respiré con dificultades, inhalando y exhalando, hiperventilando.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, imperiosa, frenética—. ¿Qué me has enseñado? ¿Qué eran esos ojos?

—Estoy confundido —dijo M-Bot—. Yo no he hecho nada. No sé de qué me estás hablando.

—¿Por qué no reprodujiste el principio de esa conversación la otra vez? ¿Por qué me lo ocultaste?

—¡No sabía por dónde empezar! —protestó M-Bot—. ¡Creía que la parte de las estrellas era lo que querías!

—¿Y esa parte en la que hablaban de un defecto? ¿Sabías algo de eso?

—¡Los humanos tenéis muchos defectos! —exclamó, casi gimoteando—. No lo comprendo. Puedo procesar a mil veces la velocidad de tu cerebro, y aun así no te sigo. Lo siento. ¡No lo sé!

Me puse las manos en la cabeza y noté el pelo mojado de sudor. Apreté con fuerza los párpados y me concentré en respirar.

—Lo siento —dijo M-Bot de nuevo, con voz más suave—. Se suponía que esto iba a emocionarte, pero he fracasado. Debería haber previsto que tu frágil psique humana acusaría el impacto de…

—*CÁLLATE*.

La nave se quedó en silencio. Me acurruqué en la cabina, intentando aferrarme a la cordura. ¿Qué le había pasado a mi confianza? ¿Dónde estaba aquella niña tan segura de que podía enfrentarse ella sola a toda la flota krell?

«Se quedó atrás, como todas las infancias».

No fui consciente de cuánto tiempo me quedé allí, pasándome las manos por el pelo sudado, meciéndome adelante y atrás. Me asaltó un dolor de cabeza terrible, un suplicio punzante tras los ojos, como si alguien hubiera empezado a atornillarme los globos oculares al cráneo.

El dolor me proporcionó un foco. Me ayudó a regresar, hasta que por fin pude darme cuenta de que seguía flotando allí arriba. Sola, sobre un campo vacío, en la negrura de la noche.

«Vuelve y ya está —me dije—. Duerme un poco».

De repente, me pareció que eso era lo único que quería en el mundo entero. Despacio al principio, volví a acostumbrarme a los controles y los puse en dirección a las coordenadas de nuestra caverna.

—Ahora tengo miedo a la muerte —dijo M-Bot con suavidad mientras volábamos.

—¿Qué? —pregunté con voz rasposa.

—He escrito una subrutina —dijo él—. Para simular la sensación de temer la muerte. Quería saber lo que era.

—No debiste hacerlo.

—Lo sé. Pero no puedo desactivarla, porque eso me da más miedo. ¿No es peor no temer la muerte?

Viré hacia la entrada de la cueva y nos situé sobre ella.

—Me alegro de haber podido volar contigo —dijo M-Bot— una última vez.

—Eso ha sonado… definitivo —repuse, mientras algo en mi interior se estremecía de inquietud.

—Tengo que decirte una cosa —afirmó—, pero me preocupa provocarte más angustia emocional.

—Habla.

—Pero…

—Que hables.

—Yo… tengo que apagarme —dijo M-Bot—. Ahora resulta evidente para mí que, si permito que sigas pilotándome, no serás capaz de evitar la batalla. Está en tu naturaleza. Si continuamos así, será inevitable que me vea obligado a incumplir mis órdenes.

Lo encajé como un golpe físico, encogiéndome. No podía estar diciendo lo que yo creía que decía.

—Quédate en la sombra —dijo mientras descendíamos al interior de la caverna—. Estudia la situación. No te metas en peleas. Esas son mis órdenes, y *debo* obedecer a mi piloto. En consecuencia, esta habrá sido la última vez que volemos juntos.

—Te reparé yo. Me perteneces.

Aterrizamos.

—Ahora voy a desactivarme —dijo él—, hasta que mi piloto me despierte. Lo siento.

—¡Tu piloto está muerto y lleva siglos muerto! ¡Tú mismo lo dijiste!

—Soy una máquina, Spensa —replicó él—. Puedo simular emociones, pero no las siento. Tengo que obedecer mi programación.

—¡No tienes por qué! ¡Nadie tenemos por qué obedecerla!

—Te doy las gracias por haberme reparado. Estoy seguro de que… mi piloto… también te lo agradecería.

—Vas a desactivarte para siempre —dije—. Vas a *morir*, M-Bot.

Silencio. Las luces de la consola empezaron a apagarse una tras otra.

—Lo sé —dijo él en voz baja.

Pulsé el botón que abría la cabina, me quité las correas y salí.

—¡Pues muy bien! —exclamé—. ¡Venga, muérete como los demás!

Bajé al suelo y me aparté de la nave mientras sus luces de aterrizaje perdían cada vez más intensidad hasta que solo quedaron encendidos unos pocos indicadores rojos en la cabina.

—No lo hagas —dije, de pronto sintiéndome muy sola—. Vuela conmigo. Por favor.

Las últimas luces se apagaron, dejándome en la oscuridad.

44

Los siguientes días, entrené en naves que me parecieron torpes. Ordinarias. Claramente inferiores, comparadas con aquellos momentos extraordinarios en la cabina de M-Bot. Tampoco ayudó que estuviéramos pilotando cazas pesados, de clase Largo, que estaban armados hasta los dientes con destructores y hasta misiles PMI.

Después de eso, pasamos a los cazas de clase Slatra, más parecidos a lanzaderas o naves de carga venidas a más que a verdaderos cazas estelares. Tenían varios activadores de escudo que funcionaban coordinados para mantener alzada una barrera constante y proteger con ella a individuos o cargamentos de gran importancia.

Aunque ambos tipos de nave tenían sus usos, eran demasiado aparatosos para superar en velocidad o capacidad de maniobra a los krells. Por eso la mayoría de los pilotos llevaban cazas de clase Poco o Fresa, naves rápidas capaces de enfrentarse a los veloces interceptores krells.

Incluso practicando con un Fresa, que era una nave relativamente rápida, los virajes y las propulsiones me hacían recordar lo bien que había respondido M-Bot. Me pregunté si habría llegado el momento de revelar su existencia a la FDD. M-Bot me había abandonado. Estaba claro que su programación era defectuosa, por lo que estaría más que justificado que enviara una hueste de ingenieros a la cueva para desmontarlo.

Solo era una máquina. Pero entonces ¿por qué no podía hacerlo?

«Tienes libre albedrío —le había dicho—. Puedes elegir por ti mismo».

—¡Cuidado, Peonza! —dijo FM, haciéndome volver de sopetón a la realidad. Me había escorado demasiado cerca de ella. Tirda, tenía que mantener la atención puesta en el vuelo.

—Perdona —dije. Se me ocurrió que haber entrenado en simuladores, donde podíamos explotar y volver a insertarnos en la batalla, tenía sus inconvenientes. Quizá hubiera cogido malas costumbres que podrían estallarme en la cara al volar en naves reales… con consecuencias reales.

Hicimos unos cuantos ejercicios complejos en formación de tres naves, turnándonos para ir en cabeza. Al final, Cobb nos ordenó regresar a la base.

—Peonza y FM —dijo—, vosotras dos sois mejores con naves pequeñas.

—¿No vamos a ser todos mejores con ellas? —preguntó Jorgen—. Llevamos meses entrenando con cazas de clase Poco.

—No —dijo Cobb—. Tú parece que podrías encajar en un Largo.

—Está diciendo que eres lento, Jorgen —apuntó FM—. ¿Verdad, Peonza?

Di un gruñido por respuesta, distraída pensando en M-Bot. Y en mi padre. Y en Arcada. Y en el recuerdo de aquellos ojos rodeándome, como me había advertido Cobb. Y…

Y tirda. Era mucho con lo que cargar a la vez.

—A ella le gusta que vuele lento —dijo Jorgen, con una risita forzada—. Así es más fácil estrellarse contra mí si quiere.

Incluso después de tantos meses, seguía sacando el tema de la ocasión en la que había ganado estampando mi nave contra la suya. Interrumpí la línea, sintiéndome avergonzada, frustrada.

Iniciamos el regreso y, para mi disgusto, se activó la línea directa con Jorgen. Como jefe de escuadrón, podía impedir que lo apagara.

—Peonza —dijo—, ¿qué te pasa?

—Nada.

—No me lo creo —dijo—. Has dejado pasar una oportunidad perfecta para burlarte de mí.

La verdad… era que quería hablar con él. Estuve a punto de hacerlo, pero algo me contuvo. Mis propios miedos, tal vez. Me habían impedido hablar con Gali cuando había resuelto el misterio sobre mi padre, y me habían impedido decirle a Cobb hasta el momento lo que había visto.

Mi mundo entero se derrumbaba a mi alrededor. Y yo estaba pasando apuros para aferrarme a él, para asir algo en lo que una vez había podido apoyarme: mi confianza. Deseaba más que nada volver a ser la persona que había sido, la chica que al menos podía fingir que se lo tomaba todo con calma.

Jorgen cerró la conexión y volamos hasta Alta en silencio. Cuando llegamos, hicimos nuestros informes verbales y aterrizamos.

—Buen trabajo —dijo Cobb—. Tengo permiso para daros un permiso adicional de medio día, por si queréis prepararos para la graduación, dentro de dos semanas.

Me quité el casco, se lo entregué a la miembro del personal de tierra y, letárgica, la seguí escalera abajo. Me quité el traje de vuelo sin pensar en lo que hacía, casi sin hablar con FM, y luego metí las manos en el bolsillo de mi mono y me puse a vagar por los terrenos de la FDD.

Medio día libre. ¿Qué iba a hacer con él? En otros tiempos, habría vuelto a la cueva para trabajar en M-Bot, pero ya no. Eso se había acabado. Y aunque había escrito a Gali para decirle, con disimulo, que el vuelo inicial había ido bien, no le había contado que la nave había decidido apagarse. Me preocupaba que se empeñara en entregar a M-Bot a la FDD.

Al poco tiempo, llegué a los huertos, pegados al muro de la base. Pero la serenidad de los árboles no me proporcionó el mismo consuelo que antes. Ya no sabía lo que quería, pero desde luego no eran unos árboles.

Sin embargo, reparé en la hilera de pequeños garajes que había cerca del huerto. Uno estaba abierto y se veía un coche azul en su interior, y una sombra moviéndose cerca cuando Jorgen fue a sacar algo del maletero.

«Ve —me urgió una parte de mí—. Ve a hablar con él, con alguien. Deja de tener miedo».

Fui hasta la entrada del garaje. Jorgen cerró el maletero del coche y se sobresaltó, sorprendido de verme allí.

—¿Peonza? —dijo—. No me digas que necesitas otra matriz de energía.

Respiré hondo.

—Una vez me dijiste que, si necesitaba hablar con alguien, acudiera a ti. Que tu trabajo como jefe de escuadrón era hablar con nosotros. ¿Iba en serio?

—Eh… —Bajó la mirada—. Peonza, esa frase la saqué de mi manual.

—Lo sé. Pero ¿iba en serio?

—Sí. Por favor, dime qué te pasa. ¿Es porque Arturo lo haya dejado?

—En realidad, no —respondí—, aunque también forma parte de ello.

Me rodeé a mí misma con los brazos, como si quisiera mantenerme erguida. ¿De verdad podía decirlo? ¿Sería capaz de expresarlo?

Jorgen rodeó el coche y se sentó en el parachoques delantero.

—Sea lo que sea, puedo ayudar. Puedo arreglarlo.

—No arregles —dije—. Solo escucha.

—Eh… Vale.

Entré en el garaje y me senté en el parachoques a su lado, mirando fuera por la puerta abierta. Arriba, hacia el cielo y las lejanas estructuras del campo de escombros.

—Mi padre era… un traidor. —Respiré hondo. ¿Por qué me costaba tanto decirlo?—. Siempre me había opuesto a esa idea, me había convencido de que no podía ser verdad. Pero Cobb me dejó ver una grabación de la Batalla de Alta. Mi padre no huyó, como dicen todos. Hizo algo peor. Cambió de bando y derribó a nuestras propias naves.

—Lo sé —dijo Jorgen en voz baja.

Pues claro que lo sabía. ¿Lo había sabido todo el mundo menos yo?

—¿Sabes algo de una cosa llamada el defecto? —pregunté.

—Lo he oído mencionar, Peonza, pero mis padres no quieren explicarme qué es. Dicen que es una bobada, sea lo que sea.

—Yo creo… creo que es algo que hay dentro de una persona y lo obliga a servir a los krells. ¿Te parece una locura? De repente, mi padre se unió a ellos y disparó a sus compañeros de escuadrón. Debió de pasar algo, alguna cosa rara. Eso es evidente.

»Enterarme de que me equivocaba sobre él ha puesto patas arriba todo lo que sabía. Férrea me odia porque confiaba en mi padre y él la traicionó. Está segura de que tengo el mismo fallo en mi interior que él, y puso sensores en mi casco para comprobarlo, de algún modo.

—Menuda idiotez —dijo él—. Mira, mis padres tienen muchos méritos. Podemos ir a hablar con ellos y… —Respiró hondo y debió de reparar en la expresión de mi cara—. Vale. ¿No arreglar, solo escuchar?

—Solo escuchar.

Asintió.

Volví a abrazarme a mí misma.

—No sé si puedo confiar en mis propios sentidos, Jorgen. Hay… señales que mostraba mi padre, antes de cambiar de bando. Señales que veo en mí misma.

—¿Como cuáles?

—Oír sonidos de las estrellas —susurré—. Ver miles de puntos de luz que juraría que son ojos, observándome. Parezco estar perdiendo el control de todo en mi vida, o quizá es que nunca tuve ningún control desde el principio. Y… Jorgen, es aterrador.

Se inclinó hacia delante y juntó las manos.

—¿Sabes algo del motín a bordo de la *Desafiante*? —preguntó.

—¿Hubo un motín?

Asintió.

—Se supone que no debería saberlo, pero oyes cosas, cuando tienes los padres que tengo yo. En los últimos años, hubo un desacuerdo sobre lo que debería hacer la flota. Media nave se rebeló contra los altos mandos. Entre los rebeldes estaba el equipo de ingeniería.

—Mis antepasados —susurré.

—Fueron ellos quienes nos trajeron a Detritus —dijo Jorgen—. Hicieron que nos estrelláramos aquí, por nuestro propio bien. Pero… se dice, se

rumorea, que el personal de ingeniería estaba aliado con los krells. Nuestro enemigo nos quería quietos, atrapados aquí.

»Mis antepasados eran del personal científico de la *Desafiante*, y también se unieron a los amotinados. Mis padres no quieren que la gente se entere del motín, porque creen que hablar de él solo provocará divisiones. Pero quizá fue ahí donde empezaron esas idioteces sobre un defecto y el control mental de los krells.

—Yo no creo que sean idioteces, Jorgen —dije—. Creo… creo que debe de ser verdad. Creo que, si subo al cielo con vosotros, podría… podría volverme en vuestra contra en cualquier momento.

Me miró, extendió el brazo y me apoyó la mano en el hombro.

—Eres asombrosa —dijo con suavidad.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué?

—Que eres asombrosa —dijo—. En mi vida, todo ha estado planeado siempre. Hasta el último detalle. Y tiene sentido. Lo comprendo. Y luego, estás tú. Te saltas mi autoridad. Haces caso a tus sentimientos. ¡Hablas como una valquiria salida de una tirdosa balada! Debería odiarte. Y aun así… —Me apretó el hombro—. Y aun así, cuando vuelas, eres asombrosa. Eres decidida, hábil, apasionada. Eres un fuego, Peonza. Cuando todos los demás están en calma, tú eres una hoguera ardiente. Hermosa, como una hoja recién forjada.

Sentí una profunda calidez alzándose dentro de mí. Un calor que no estaba preparada para sentir.

—Me da igual el pasado —dijo Jorgen, mirándome a los ojos—. Me da igual que haya un riesgo. Quiero que vueles con nosotros, porque estoy convencido del todo de que estamos más seguros contigo a nuestro lado que si no estuvieras. Exista un defecto mítico o no. Correré ese riesgo.

—Férrea pensaba parecido sobre mi padre.

—Peonza, no puedes basar las decisiones sobre tu futuro en algo que no comprendemos.

Volví a mirarlo y encontré sus ojos, que eran de un castaño profundo. Pero tenía trazas de color gris claro en los mismos centros, alrededor de las pupilas. Era la primera vez que me fijaba.

De repente, me soltó el hombro y echó la espalda hacia atrás.

—Perdona —dijo—. He pasado directo al modo arreglar en vez de seguir escuchando, ¿verdad?

—No, está bien. Hasta me ha ayudado.

Se levantó.

—Entonces ¿seguirás volando?

—Por ahora —dije—. Intentaré no estrellarme contra ti, si no es estrictamente necesario.

Puso una sonrisa muy poco caracapullesca.

—Debería ir tirando. Tienen que tomarme medidas para el uniforme de graduación.

Me levanté y nos miramos incómodos durante un segundo. La última vez que habíamos tenido algo parecido a una conversación sincera, en la plataforma de lanzamiento, me había abrazado. Cosa que aún se me hacía rara. En vez de eso, le tendí la mano y él la cogió. Pero entonces se inclinó para acercarse a mí.

—Tú no eres tu padre, Peonza —dijo—. Recuérdalo.

Y me apretó otra vez el hombro antes de subir al coche.

Salí y dejé que se marchara al volante, pero entonces descubrí que no sabía qué hacer. ¿Volver a la base a hacer un poco de entrenamiento físico? ¿Caminar hasta la cueva de M-Bot, que yacía sin vida? ¿Qué iba a hacer con mi medio día de permiso?

La respuesta se me hizo evidente.

Ya hacía tiempo que debería haber ido a ver a mi familia.

45

A aquellas alturas, me había acostumbrado a la forma en que me trataba la gente en Alta. Se apartaban para dejar pasar a los pilotos, incluso a los cadetes. En las largas calles de fuera de la base, los granjeros y los trabajadores me dedicaban sonrisas amistosas o levantaban el puño con expresión aprobadora.

Pero aun así, me sorprendió el trato que recibí en Ígnea. Cuando se abrió el ascensor, la gente que esperaba fuera se quitó de en medio al instante, para abrirme el paso. Dejé atrás una estela de susurros, pero en vez de las duras frases condenatorias que oía antes, hablaban admirados, emocionados. Yo era una piloto.

De niña, había practicado a sostener las miradas que me daba la gente. Cuando lo hice de camino a casa, la gente se sonrojaba y miraba hacia otra parte, como si los hubiera pillado cogiendo raciones de más.

Qué choque más raro entre mi antigua vida y la nueva. Paseé por la calle y miré hacia el techo de la caverna, muy por encima. Aquella piedra no debería estar allí, atrapándome dentro. Ya echaba de menos el cielo, y allí abajo hacía un calor sofocante.

Pasé por delante de las fundiciones, donde el antiguo aparataje eructaba calor y luz, convirtiendo la roca en acero. Pasé junto a una planta de energía que, de algún modo, transformaba el calor fundido del núcleo profundo en electricidad. Pasé por debajo de la tranquila y desafiante mano de piedra de Harald Oceanborn. La estatua sostenía en alto una vieja espada vikinga, y tenía un enorme rectángulo de acero, tallado con líneas rectas y un sol, alzándose tras él.

Era el final del turno intermedio, así que supuse que mi madre estaría con el carrito, vendiendo. Doblé una esquina y la vi por delante: una mujer delgada y orgullosa, vestida con un viejo mono. Desgastado, pero limpio. El pelo le caía hasta los hombros, y tenía un aire de fatiga mientras servía un rollo de algas a un trabajador.

Me quedé petrificada en la calle, sin saber muy bien cómo acercarme a ella. Me di cuenta en ese momento de que no la había visitado lo suficiente. Echaba de menos a mi madre. Aunque nunca había tenido verdadera añoranza, porque mis excursiones de caza me habían preparado para pasar

temporadas largas fuera, seguía anhelando escuchar aquella voz reconfortante, aunque severa.

Mientras titubeaba, mi madre se volvió y me vio, y al instante echó a correr hacia mí. Me envolvió en un poderoso abrazo antes de que pudiera decir nada.

Había visto a otros chicos crecer hasta ser más altos que sus padres, pero yo seguía siendo mucho más bajita que ella y, cuando me envolvió con sus brazos, durante un momento volví a sentirme una niña. Protegida, cómoda. Era fácil planear futuras conquistas cuando una podía retirarse a aquellos brazos.

Me permití volver a ser esa niña. Me permití fingir que ningún peligro podía alcanzarme.

Al cabo de un momento, mi madre se apartó y me miró de arriba abajo. Me cogió un mechón de pelo y enarcó una ceja. El pelo me había crecido y ya me caía por debajo de los hombros. Había tenido prohibido ir a los peluqueros de la FDD durante la primera parte de mi estancia, y después ya me había acostumbrado a llevar el pelo largo.

Me encogí de hombros.

—Ven —dijo mi madre—. Ese carrito no va a venderse solo.

Era una invitación a volver a épocas más sencillas y, en ese momento, era lo que necesitaba. Ayudé a mi madre, siempre práctica, a atender a su cola de clientes, hombres y mujeres que pusieron cara de perplejidad al ver que los estaba sirviendo una piloto cadete.

Era raro que mi madre no anunciara su mercancía dando voces, como hacían otros vendedores callejeros. Y aun así, casi siempre había alguien junto al carrito, comprando rollos. Durante un receso, se puso a preparar más salsa de mostaza y entonces me lanzó una mirada.

—¿Volverás y seguirás trayéndonos ratas?

¿Volver? Vacilé, y justo entonces caí en la cuenta de que mi madre no sabía que estaba de permiso. Debía… debía de pensar que me habían expulsado.

—Aún llevo el mono —dije señalándolo, pero su mirada inexpresiva me confirmó que no sabía lo que significaba—. Mamá, aún estoy en la FDD. Hoy me han dado un permiso.

Sus labios inmediatamente se curvaron hacia abajo.

—¡Me va bien! —restallé—. Soy una de los únicos tres pilotos que quedamos en mi escuadrón. Me graduaré dentro de dos semanas.

Sabía que no le gustaba la FDD, pero ¿no podía estar orgullosa de mí y punto?

Mi madre siguió preparando la mostaza.

Me senté en el murete bajo que se extendía calle abajo.

—Cuando sea piloto graduada, estarás bien atendida. No tendrás que quedarte despierta hasta tarde envolviendo comida y luego pasar horas y horas empujando un carrito. Tendrás un apartamento grande. Serás rica.

—¿Y crees que quiero algo de eso? —replicó mi madre—. Yo elegí esta vida, Spensa. Me ofrecieron un apartamento grande y un trabajo fácil. Lo único que tenía que hacer era seguir el juego a la historia que contaban, decir que sabía que tu padre era un cobarde desde el principio. Les dije que no.

Me animé. Eso no me lo había contado nunca.

—Mientras esté aquí —dijo mi madre—, vendiendo en esta esquina, no pueden hacer como si no existiéramos. No pueden fingir que encubrieron la verdad. Tienen un recordatorio vivo de que mintieron.

Era una de las cosas más Desafiantes que había oído decir a nadie en la vida. Pero también era incorrecto del todo. Porque, aunque mi padre no había sido un cobarde, sí había sido un traidor. Pero ¿cuál de las dos cosas era peor?

En ese momento, comprendí que mis problemas eran más profundos que lo que pudiera resolver un discursito inspirador de Jorgen. Más profundos que mi preocupación por lo que había visto, o que la traición de mi padre.

Yo había construido mi identidad en torno a no ser una cobarde. Había sido una reacción a lo que decían todos sobre mi padre, pero seguía formando parte de mí. Era la parte más profunda, más importante.

Mi confianza en ello se estaba derrumbando. En parte, se debía al dolor por haber perdido a mis amigos… pero aquel miedo a que hubiera algo terrible dentro de mí… aquello era peor.

El miedo me estaba destruyendo. Porque no sabía si podría resistirlo. Porque no sabía, en el fondo, si era una cobarde o no. Ni siquiera estaba segura ya de lo que significaba ser una cobarde.

Mi madre se sentó a mi lado. Siempre tan callada, tan modesta.

—Sé que te gustaría que pudiera alegrarme por lo que has logrado. Y estoy orgullosa, de verdad que sí. Sé que volar siempre ha sido tu sueño. Es solo que, si fueron tan crueles con el legado de mi marido, no puedo esperar que cuiden bien de la vida de mi hija.

¿Cómo podía explicárselo? ¿Debía contarle lo que sabía? ¿Podría hacerle entender mis miedos?

—¿Cómo lo haces? —pregunté al final—. ¿Cómo soportas las cosas que dicen de él? ¿Cómo puedes vivir sabiendo que te llaman la esposa de un cobarde?

—A mí siempre me ha parecido que un cobarde es una persona más preocupada por lo que dice la gente que por lo que es correcto —dijo ella—. La valentía no es lo que la gente te llama, Spensa. Es lo que tú sabes que eres.

Negué con la cabeza. Ahí estaba el problema, en que yo no lo sabía.

Hacía solo cuatro breves meses, había creído que podía combatir contra cualquier cosa y que tenía todas las respuestas. ¿Quién habría pensado que convertirme en piloto haría que perdiera esas agallas?

Mi madre me observó. Luego me dio un beso en la frente y me apretó la mano.

—No me molesta que vueles, Spensa. Es solo que no me gusta que tengas que escuchar sus mentiras todo el día. Quiero que lo conozcas a él, no lo que dicen de él.

—Cuanto más vuele —dije—, creo que mejor lo conoceré.

Mi madre inclinó la cabeza a un lado, como si eso no se le hubiera ocurrido antes.

—Mamá —dije—, ¿mi padre mencionó alguna vez que viera cosas raras? ¿Como un campo de ojos en la oscuridad, mirándolo?

Apretó los labios.

—Te han contado eso, ¿eh?

Asentí.

—Soñaba con las estrellas, Spensa —dijo mi madre—. Con verlas sin nada delante. Con volar entre ellas como hacían nuestros antepasados. Y ya está. No es nada más.

—Vale —respondí.

—No me crees. —Suspiró y se levantó—. Tu abuela opina distinto que yo. A lo mejor, deberías hablar con ella. Pero recuerda esto, Spensa: puedes elegir quién eres. El legado y los recuerdos del pasado pueden sernos útiles. Pero no podemos permitir que nos definan. Cuando la herencia se convierte en una caja en vez de en una inspiración, es que está yendo demasiado lejos.

Fruncí el ceño, confusa por lo que me había dicho. ¿La yaya tenía una opinión diferente? ¿Sobre qué? Aun así, abracé de nuevo a mi madre y le susurré un agradecimiento al oído. Ella me envió hacia nuestro apartamento, y me marché de su lado con una extraña mezcla de emociones. Mi madre era una guerrera a su propia manera, de pie en aquella esquina, proclamando la

inocencia de mi padre con cada venta silenciosa que hacía de un rollo de algas.

Era una inspiración. Una iluminación. La comprendí de una forma en que no lo había hecho nunca. Y aun así, se equivocaba sobre mi padre. Comprendía muchísimas cosas, pero erraba en algo fundamental. Al igual que había hecho yo, hasta el momento en que lo vi traicionar a la FDD en la Batalla de Alta.

Anduve un rato y al final llegué cerca de nuestro cuadrado edificio de apartamentos.

Crucé el gran arco de la entrada a los terrenos del apartamento y, cuando lo hice, un par de soldados que regresaban de su turno se apartaron para dejarme pasar y me hicieron el saludo militar.

«Esos eran Aluko y Jors —pensé después de pasar—. No parece que me hayan reconocido. No me han mirado a la cara. Han visto el traje de vuelo y se han quitado de en medio».

Saludé a la anciana señora Hong, quien, en vez de fruncirme el ceño, agachó la cabeza, se metió en su apartamento y cerró la puerta. Me bastó con una mirada rápida por la ventana de nuestro apartamento de una sola habitación para saber que la yaya no estaba dentro, pero entonces la oí canturreando para sí misma en el tejado. Atribulada todavía por lo que había dicho mi madre, subí por la escalera hasta la parte de arriba.

La yaya estaba sentada con la cabeza gacha, y vi un montoncito de cuentas delante de ella, sobre una manta. Con sus ojos casi ciegos cerrados, extendió unos dedos arrugados y eligió cuentas al tacto para, metódicamente, pasarles un cordel y hacer collares. Tarareaba en voz baja, y su rostro se parecía a los pliegues de la manta arrugada que tenía delante.

—Ah —dijo mientras yo vacilaba en la escalera—. Siéntate, siéntate. Me hacía falta un poco de ayuda.

—Soy yo, yaya —dije—. Spensa.

—Pues claro que eres tú. Te he sentido llegar. Siéntate y sepárame estas cuentas por colores. No distingo las verdes de las azules. ¡Son del mismo tamaño!

Era la primera visita que les hacía en meses y, al igual que mi madre, lo primero que hizo la yaya fue ponerme a trabajar. En fin, tenía preguntas que hacerle, pero seguramente no podría formularlas hasta haber hecho lo que me pedía.

—Te dejo las azules a tu derecha —dije, sentándome—, y las verdes a la izquierda.

—Bien, bien. ¿De quién quieres que te hable hoy, querida? ¿De Alejandro, que conquistó el mundo? ¿De Hervor, que robó la espada de los muertos? ¿O tal vez de Beowulf, por los viejos tiempos?

—En realidad, hoy no quiero oír historias —dije—. He estado hablando con mi madre y…

—Venga, venga —dijo la yaya—. ¿No quieres historias? ¿Qué te ha pasado? Espero que no te hayan echado a perder tan pronto ahí arriba, en la escuela de vuelo.

Suspiré y decidí dar otro enfoque a la conversación.

—¿Alguno de ellos existió de verdad? —pregunté—. Los héroes de los que me hablas. ¿Eran personas reales, de la Tierra?

—Tal vez. ¿Es importante?

—Pues claro que sí —dije, mientras iba soltando cuentas en vasos—. Si no eran reales, entonces todo son mentiras.

—La gente necesita historias, niña. Nos traen esperanza, y la esperanza es real. Siendo ese el caso, ¿qué más da si las personas que aparecen en ellas vivieron de verdad?

—Que a veces perpetuamos mentiras —dije—. Como las cosas que cuenta la FDD sobre mi padre, tan distintas a las que decimos nosotras sobre él. Dos historias distintas. Dos efectos distintos.

«Ambos erróneos».

Dejé otra cuenta en su vaso correspondiente.

—Estoy harta de no saber qué es lo correcto. Estoy harta de no saber cuándo luchar, de no saber si lo odio o lo quiero, y… y…

La yaya dejó lo que estaba haciendo y me cogió la mano. Su piel era vieja pero suave. Me sostuvo la mano y me sonrió, con los ojos casi cerrados.

—Yaya —dije, encontrando por fin una manera de expresarlo—, he visto algo. Una cosa que me demuestra que estábamos equivocados sobre mi padre. Sí que se volvió un cobarde. O algo peor.

—Ah… —dijo la yaya.

—Mi madre no se lo cree. Pero yo sé la verdad.

—¿Qué te han dicho ahí arriba, en esa escuela de vuelo?

Tragué saliva, sintiéndome muy frágil de repente.

—Yaya, dicen… que mi padre tenía algún tipo de defecto. Un fallo en lo más profundo de su ser que hizo que se uniera a los krells. Me han contado que hubo un amotinamiento en la *Desafiante*, que algunos antepasados nuestros quizá también estuvieran al servicio del enemigo. Y ahora dicen que yo también lo tengo. Y… me aterroriza que puedan estar en lo cierto.

—Hum —dijo la yaya, pasando el cordel por una cuenta—. Niña, déjame contarte una historia sobre alguien del pasado.

—No es momento de historias, yaya.

—Esta historia es sobre mí.

Cerré la boca. ¿Sobre ella? Casi nunca decía nada de sí misma.

Empezó a hablar a su manera inconexa pero cautivadora.

—Mi padre era historiador en la *Desafiante*. Recopilaba historias de la antigua Tierra, de la época anterior a los viajes espaciales. ¿Sabías que, incluso entonces, con ordenadores, bibliotecas y toda clase de recordatorios, olvidábamos con facilidad de dónde procedíamos? A lo mejor era porque teníamos máquinas para recordar por nosotros, así que nos pareció que podíamos dejárselo todo a ellas.

»Pero en fin, ese es otro tema. En la época que te digo, éramos nómadas en las estrellas. Cinco naves, la *Desafiante* y otras cuatro más pequeñas que se enganchaban a ella para recorrer largas distancias. Bueno, eso y un complemento de cazas estelares. Éramos una comunidad compuesta de comunidades, que viajábamos juntos entre las estrellas. En parte flota mercenaria, en parte comercial. Nos bastábamos solos.

—¿El abuelo era historiador? —pregunté—. Creía que estaba en ingeniería.

—Trabajaba en la sala de máquinas, ayudando a mi madre —dijo la yaya —, pero su verdadero empleo eran las historias. Recuerdo estar sentada en la sala de máquinas, escuchando el zumbido de los aparatos mientras él hablaba, su voz resonando contra el metal. Pero esa no es la historia. Esta historia es la de cómo llegamos a Detritus.

»Verás, nosotros no declaramos la guerra, pero nos la encontramos de todas formas. Nuestra pequeña flota de cinco naves y treinta cazas no tuvo más remedio que contraatacar. No sabíamos qué eran los krells, ni siquiera entonces. No habíamos participado en la gran guerra, y en esa época la comunicación con los planetas y las estaciones espaciales era difícil y peligrosa. Bueno, pues tu bisabuela, mi madre, era el motor de la nave.

—Querrás decir que trabajaba en el motor —la interrumpí, aún separando cuentas.

—También, pero en cierto modo, *ella* era el motor. Podía hacer que la nave viajara entre estrellas, era de las pocas personas que podían. Sin ella, o alguien como ella, la *Desafiante* no habría tenido más remedio que moverse a velocidad baja. La distancia entre estrellas es enorme, Spensa. Y solo alguien

con una capacidad concreta podía activar los motores. Es algo con lo que nacemos, pero que la mayoría considera muy muy peligroso.

Solté el aire de los pulmones, sorprendida y pasmada a la vez.

—¿El… defecto?

La yaya se inclinó hacia mí.

—Nos temían, Spensa, aunque por aquel entonces lo llamaban «la desviación». Los ingenieros éramos una raza aparte. Fuimos los primeros en salir al espacio, los valientes exploradores. La gente corriente siempre ha estado resentida de que controláramos los poderes que les permitían viajar por las estrellas.

»Pero te he dicho que esta historia es sobre mí. Recuerdo aquel día, el día en que llegamos a Detritus. Yo estaba con mi padre, en la zona de ingeniería. En una cámara gigantesca llena de tubos y engranajes que parecen más grandes en mi recuerdo de lo que supongo que eran. Olía a grasa y a metal demasiado caliente. Pero había una ventana en una pequeña hornacina, por la que podía mirar y ver las estrellas.

»Ese día, nos rodearon. El enemigo, los krells. Yo estaba aterrorizada, en mi corazoncito, porque la nave no dejaba de sacudirse bajo sus disparos. Era un caos. El puente, oí que alguien gritaba, había sufrido una explosión. Me quedé de pie en la hornacina, viendo las lanzas rojas de luz, y oí que las estrellas chillaban. Era una niñita asustada junto a una burbuja de cristal.

»El capitán nos llamó. Tenía una voz fuerte, enfadada. Me quedé aterrorizada al oír el dolor, el pánico, en alguien que solía ser tan adusto. Aún recuerdo el tono con el que chilló a mi madre, dándole órdenes. Y mi madre no estaba de acuerdo con esas órdenes.

Me quedé allí sentada, sin acordarme de las cuentas, embelesada. Sin apenas respirar. ¿Por qué, con la cantidad de historias que me había contado la yaya, nunca había oído aquella?

—Bueno, supongo que podría llamarse un motín —siguió la yaya—. Nosotros nunca llegamos a usar esa palabra. Pero sí que hubo un desacuerdo. Científicos e ingenieros contra personal de mando y marines. El caso es que ninguno de ellos podía hacer funcionar el motor. Eso solo podía hacerlo mi madre.

«Eligió este lugar y nos trajo aquí. A Detritus. Pero estaba demasiado lejos. Era demasiado difícil. Murió por el esfuerzo, Spensa. Nuestras naves estaban dañadas cuando aterrizamos, tenían los motores estropeados, pero también la perdimos a ella. Al alma de los mismísimos motores.

»Recuerdo llorar. Recuerdo que mi padre me sacó en brazos de los escombros de la nave y que chillé con el brazo estirado hacia aquella masa humeante, la tumba de mi madre. Recuerdo exigir que me dijeran por qué mi madre nos había abandonado. Me sentí traicionada. Era demasiado pequeña para comprender la elección que había hecho. La elección de una guerrera.

—¿La de morir?

—La de sacrificarse, Spensa. Una guerrera no es nada si no tiene por lo que luchar. Pero si tiene todo por lo que luchar… en fin, entonces eso lo significa todo, ¿verdad?

La yaya pasó el cordel por una única cuenta y empezó a atar el collar. Me sentí… extrañamente agotada. Como si aquella historia fuese un lastre con el que no había esperado tener que cargar.

—Eso es su «defecto» —dijo la yaya—. Lo llaman así porque tienen miedo de nuestra capacidad de oír las estrellas. Tu madre me tenía prohibido hablarte de esto, porque ella no creía que fuese cierto. Pero en la FDD hay muchos que sí lo creen, y para ellos eso nos vuelve distintos. Mienten al decir que mi madre nos trajo aquí porque así lo querían los krells. Y ahora que ya no nos necesitan para hacer funcionar los motores de la nave, porque ya no los tenemos, nos odian incluso más.

—¿Y mi padre? Lo vi volverse contra su escuadrón.

—Imposible —dijo la yaya—. La FDD afirma que nuestro defecto nos convierte en monstruos, así que quizá se hayan inventado una situación que lo demuestre. Les conviene contar la historia de un hombre con el defecto que empatiza con los krells y se vuelve contra sus compañeros de equipo.

Eché hacia atrás la espalda, sintiéndome… insegura. ¿Cobb me habría mentido sobre aquello? Y M-Bot decía que la grabación no podía estar falsificada. ¿En quién debía confiar?

—Pero ¿y si es verdad, yaya? —pregunté—. Antes has mencionado el sacrificio de la guerrera. Pues bien, ¿y si sabes que eso está en tu interior, que podría hacer que traicionaras a todo el mundo? Que les hicieras daño. Si crees que quizá seas una cobarde, ¿la decisión correcta no sería… dejar de volar?

La yaya dejó las manos quietas.

—Has crecido —dijo después—. ¿Dónde está mi niñita, la que quería blandir una espada y conquistar el mundo?

—Está muy confundida. Y un poco perdida.

—Nuestro don es algo maravilloso. Nos permite oír las estrellas. Y permitía a mi madre trabajar en los motores. No lo temas.

Asentí, pero no pude evitar sentirme traicionada. ¿Aquello no debería habérmelo contado alguien antes?

—Tu padre era un héroe —dijo la yaya—. Spensa, ¿me has oído? Lo que tienes es un don, no un defecto. Puedes…

—Oír las estrellas. Sí, eso lo he sentido. —Alcé la mirada, pero estaba en medio el techo de la caverna.

La verdad era que ya no sabía qué pensar. Bajar a Ígnea solo había logrado dejarme más confundida.

—¿Spensa? —dijo la yaya.

Negué con la cabeza.

—Mi padre me dijo que reclamara las estrellas. Me preocupa que, en vez de eso, las estrellas lo reclamaran a él. Gracias por la historia.

Me levanté y fui a la escalera.

—¡Spensa! —me llamó la yaya, esa vez con una contundencia que me dejó quieta con un pie en el primer peldaño.

Miró hacia mí, con sus lechosos ojos blancos fijos en mí, y sentí que, de alguna manera, podía *verme*. Cuando habló, el temblor había desaparecido de su voz, reemplazado por la autoridad y el tono de mando de un general en el campo de batalla.

—Si alguna vez tenemos que salir de este planeta y escapar de los krells —dijo la yaya—, será necesario utilizar nuestro don. El espacio entre las estrellas es inmenso, demasiado para que lo recorra ningún propulsor normal. No debemos encogernos en la oscuridad porque nos dé miedo la chispa que hay en nuestro interior. La solución no es apagar la chispa, sino aprender a controlarla.

No respondí, porque no sabía cuál debía ser mi respuesta a aquello. Bajé la escalera, llegué a los ascensores y regresé a la base.

46

Confirmaciones verbales, en orden ascendente —dijo Napia, la jefa del Escuadrón Pesadilla—. Los novatos primero.

—Cielo uno, preparado —respondió Jorgen, y entonces titubeó un momento. Suspiró—. Identificador: Caracapullo.

Napia soltó una risita.

—Te acompaño en el sentimiento, cadete.

FM hizo su confirmación, y luego yo. Lo que quedaba del Escuadrón Cielo estaba volando ese día con Pesadilla en sus maniobras.

No había tomado ninguna decisión sobre qué hacer con la información que me había dado la yaya. Seguía muy afligida, insegura. Pero de momento, había decidido hacer caso a Jorgen y seguir volando. Podía evitar repetir lo que le había pasado a mi padre, ¿verdad? ¿Si iba con cuidado?

Ejecuté las maniobras que nos ordenó la jefa del Escuadrón Pesadilla, dejando que los movimientos familiares me distrajeran. Me gustaba estar de nuevo en una nave de clase Poco después de pasar unas semanas probando otros diseños. Era como sentarte en tu butaca cómoda de siempre, con los huecos dejados por tu trasero en los lugares perfectos.

Volábamos en formación amplia, Jorgen emparejado con un miembro del Escuadrón Pesadilla, a solo diez mil pies de altitud. Buscábamos en el suelo trozos de escombro, surcos de naves en el polvo o cualquier otra cosa sospechosa. Era parecido a explorar durante una batalla, pero incluso más monótono, si es que era posible.

—¡Signatura sin identificar en 53-1-8.008! —exclamó un hombre del Escuadrón Pesadilla—. Deberíamos…

—Cobb nos ha advertido sobre el truco de 8.008 —dijo Jorgen sin entonación—. Y del de hacer que el piloto novato evacúe el tanque séptico de su propia nave. Y de la broma de: «Preparaos para una inspección».

—Tirda —dijo otro piloto—. El viejo Cobb sigue siendo un muermo de cuidado, ¿eh?

—¿Porque no quiere que gasten novatadas a sus cadetes? —preguntó Jorgen—. Se supone que tenemos que buscar signos de presencia krell, no dedicarnos a rituales juveniles de iniciación. Esperaba más de todos vosotros.

Miré fuera de mi cabina hacia FM, que negó con la cabeza. «Ay, Jorgen».

—Conque Caracapullo, ¿eh? —dijo un piloto—. No puedo imaginarme de dónde has sacado un mote como ese.

—Basta de charla —dijo Napia, cortando los canales individuales—. Dirigíos todos a 53,8-702-45.000. El radar de la base muestra un poco de turbulencia en el campo de escombros por encima de ese punto.

La orden provocó algunas protestas, cosa que me resultó curiosa. Había imaginado que los pilotos graduados serían… bueno, más dignos. Quizá fuese la influencia de Jorgen en mí.

Volamos con el rumbo indicado y, por delante, empezó a producirse una gran lluvia de escombros. Cayeron trozos de metal, algunos como brillantes líneas de fuego y humo y otros, los que tenían anillos de pendiente o piedra de pendiente aún cargada, flotando más despacio. Nos aproximamos con cautela al borde de la lluvia de escombros.

—Muy bien —dijo Napia—. Se supone que tenemos que enseñar algunas maniobras a estos cadetes. Mientras vigilamos por si hay krells, vamos a dar unas pasadas por los escombros. Si veis algún anillo de pendiente bueno, marcadlo con una baliza de radio para recuperarlo. Lodazal y Afinadora, vais primero. Rumbo local ochenta y tres. Llevaos a las dos cadetes a vuestra cola. Sushi y Nord, coged rumbo diecisiete y llevaos a Caracapullo. A lo mejor puede daros alguna lección sobre los procedimientos correctos. Las estrellas saben que buena falta os hace, cabezas huecas.

FM y yo seguimos a los pilotos graduados, que hicieron una pasada muy cautelosa y bastante poco interesante entre los escombros. Ni siquiera utilizamos las lanzas de luz. Lodazal, el hombre que se había reído antes de Jorgen, disparó unas pocas balizas de radio a los trozos de cascote más grandes.

—¿Vuestro jefe de escuadrón siempre es así? —nos preguntó—. ¿Siempre habla como si tuviera una palanca de control metida por el trasero?

—Jorgen es un jefe de escuadrón buenísimo —espeté—. No deberías molestarte con alguien solo porque espera que des siempre lo mejor de ti.

—Eso —dijo FM—. Si vas a comprometerte con una causa, por imperfecta que sea en lo fundamental, deberías intentar cumplir tus funciones con honor.

—Tirda —exclamó Lodazal—. ¿Estás oyendo esto, Afinadora?

—Oigo a un puñado de cachorritos ladrando por la línea —respondió Afinadora. Tenía la voz aguda y desdeñosa—. No me dejan escuchar a los cadetes, por desgracia.

—Deberíais andaros con cuidado —dije, sintiendo crecer la ira—. La semana que viene seremos pilotos de pleno derecho y competiré con vosotros por la cifra de bajas. Buena suerte llegando a ases después de que eso ocurra.

Lodazal soltó una risita.

—¿Te faltan unos días para ser piloto de pleno derecho? Caray, qué mayor te has hecho.

Activó su propulsor y se lanzó de vuelta a los escombros que caían, con Afinadora a su ala. FM y yo los seguimos y vimos a Lodazal acercarse a un trozo de cascote y usar su lanza de luz para pivotar en torno a él.

Fue un giro competente, pero tampoco nada del otro mundo. A continuación pivotó sobre otro trozo de basura espacial, que marcó para recuperación. Afinadora imitó sus maniobras, pero ella terminó fallando a su segundo escombro por hacer un giro demasiado cerrado.

FM y yo los seguimos a una distancia discreta, observándolos, hasta que FM me dijo por nuestra línea privada:

—Peonza, creo que intentan presumir.

—Qué va —dije—. Han hecho unos giros muy básicos. Seguro que no creen que vayan a impresionarnos con…

Callé al ver que se iluminaba la línea de comunicación con Lodazal.

—Eso es usar la lanza de luz, niñas. Puede que vayan a graduaros, pero todavía os queda mucho que aprender.

Miré hacia FM, incrédula. Por supuesto, sabía que la mayoría de los cadetes se centraban en el combate aéreo y el uso de los destructores. Cobb decía que era un problema que tenía la FDD, que se dedicaba a escupir pilotos especializados en maximizar las muertes y no en la destreza volando. Pero incluso sabiéndolo, me sorprendió.

¿De verdad esperaban aquellos pilotos que nos quedáramos pasmadas por unas maniobras que Cobb nos había enseñado en las primeras semanas de clase?

—¿Dos-catorce? —propuse a FM—. ¿Con doble cero al final y barrido en V?

—Encantada —dijo ella, y sobrecargó su propulsor.

Las dos volamos veloces y pivotamos en direcciones opuestas rodeando un escombro grande. Yo me lancé en torno a un segundo pedazo ardiente, pasando por debajo y saliendo despedida hacia el cielo, con el anillo de pendiente vuelto hacia atrás. Giré entre dos pedazos de cascote grandes y los etiqueté ambos antes de pivotar alrededor del más alto para regresar en picado hacia abajo.

FM venía derecha hacia mí. La enganché con la lanza de luz, giré y sobrecargué el propulsor en oposición a ella. Nos hicimos girar una a la otra con pericia en el aire, conservando el impulso. Mis ConGravs destellaron justo cuando retiraba la lanza para que saliéramos de la maniobra.

Después del giro, FM salió disparada con rumbo este, y yo hacia el oeste. Cada una marcó un escombro y luego viramos a la vez para reunirnos con Lodazal y Afinadora.

Que no dijeron nada. Los seguí en silencio, sonriendo de oreja a oreja, hasta que se encendió otra luz en el panel de comunicaciones.

—¿Buscáis escuadrón para después de graduaros? —nos preguntó Napia —. Tenemos un par de huecos.

—Ya veremos —dijo FM—. Tal vez me haga exploradora. La vida en este escuadrón parece como un poco aburrida.

—¿Os habéis dedicado a luciros? —intervino la voz de Jorgen por un canal privado mientras regresaba acompañado de su compañero de ala.

—¿Nos crees capaces? —le pregunté.

—Peonza —dijo él—, podrías estar atada a una camilla con ocho costillas rotas y una fiebre delirante y, aun así, te las ingeniarías para hacer quedar mal a todos los demás.

—Eh, eh —dije, sonriendo por el cumplido—, casi todo el mundo se deja mal a sí mismo. Yo solo me aparto a un lado para no molestar.

Jorgen soltó una risita.

—En mi última pasada, he visto algo iluminarse arriba. Podrían ser krells. A ver si Napia nos deja ir a comprobarlo.

—Ya estás otra vez —dijo FM—, siempre siendo un Caracapullo y recordando las órdenes que tenemos.

—Qué mal ejemplo para los demás —dije.

Jorgen llamó a Napia y empezó a ganar altitud.

—Peonza y FM, venís conmigo. Tenemos autorización para ascender a setecientos mil y comprobarlo. Pero tened cuidado, que no hemos practicado mucho la maniobrabilidad en atmósfera mínima.

Las naves estelares podían volar bien sin atmósfera, por supuesto, pero era una clase de vuelo distinta. Empecé a ponerme nerviosa a medida que ascendíamos y ascendíamos. Aquella era más altura incluso de la que había alcanzado con M-Bot, y no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido cuando mi padre se había aproximado al campo de escombros. Seguía sin saber qué había cambiado allí arriba para hacer que atacara a su propio escuadrón.

Tirda. Quizá debería haberme quedado abajo. Pero ya era demasiado tarde y empezábamos a distinguir detalles en la neblina vaga que componía el campo de escombros. Nos acercamos más y alcancé a ver las cieluces que pendían del cielo en los niveles más bajos de escombros. A mi mente le costó asumir su escala. Aún estábamos a cien kilómetros de distancia y ya parecían gigantescas. ¿Cómo serían de grandes?

Con cierto reparo, intenté comprobar si podía oír mejor las estrellas desde más cerca. Me concentré y… me pareció oír unos tenues sonidos que emanaban de allí arriba. Pero llegaban apagados, como si hubiera algo amortiguándolos.

«El campo de escombros —pensé—. De verdad provoca interferencias». Mi padre no se había vuelto un traidor hasta después de haber visto un hueco en los escombros, una alineación que le permitió ver el espacio. ¿Y quizá cruzar volando el campo de escombros para salir en persona?

—Ahí —dijo FM, devolviendo mi atención a nuestro cometido—. A mis siete. Algo grande.

La luz cambió y vi una forma colosal entre los pedazos partidos de cascote. Era inmensa, rectangular y me sonaba de algo.

—Se parece mucho al viejo astillero al que entré siguiendo a Nedd —dije.

—Sí —convino Jorgen—. Y está en órbita baja. Podría caer dentro de unos días, al ritmo que va. A lo mejor es que todos esos viejos astilleros han empezado a quedarse sin energía.

—Lo cual supone… —dijo FM.

—Cientos de anillos de pendiente —terminó la frase Jorgen por ella—. Si ese monstruo cae y logramos recuperarlo, podría transformar la FDD entera. Voy a informar.

Vi unas luces a lo largo de un lado del enorme astillero.

—Eso eran destructores —dije—. Hay algo disparando ahí arriba. No os acerquéis demasiado. —Silencié la comunicación y busqué mi radio personal —. M-Bot, ¿estás viendo esto? ¿Sabes a qué podría estar disparando ese astillero?

Silencio.

Ah, claro. M-Bot ya no estaba.

—Por favor —susurré por la radio—, te necesito.

Silencio. Me sonrojé, sintiéndome tonta, y volví a meter la radio privada en el hueco de mi asiento, para que no se moviera por toda la cabina.

—Sí que es curioso, Jorgen —estaba diciendo Cobb cuando quité el silenciador—. Esos disparos de destructor deben de ser torretas defensivas en

el mismo astillero. El que cayó la otra vez también las tenía, aunque para entonces ya se habían quedado sin energía. Informa de esto a Napia y yo lo comunicaré al Mando de Vuelo. Si ese trasto cae, nos interesará rescatarlo antes de que los krells puedan destruirlo.

—Cobb —dije—, todavía está disparando.

—Ya —repuso él—. Me lo ha dicho Jorgen.

—Pero ¿a qué? —pregunté.

En las alturas, unos puntitos negros empezaron a verse mejor y resultaron ser naves krells, que posiblemente habían estado explorando el perímetro del viejo astillero.

Pero en ese momento, nos vieron.

47

Descendimos a toda prisa desde la atmósfera exterior.

—¡Escuadrón krell a nuestra cola! —informó Jorgen por radio—. Repito, tenemos un escuadrón krell completo, quizá dos, veinte naves, persiguiéndonos.

—¿Qué habéis hecho, cadetes idiotas? —preguntó Napia.

Jorgen no nos defendió como habría hecho yo.

—Lo siento, señora —dijo—. ¿Órdenes?

—Disgregaos y que cada uno entre en formación con una pareja de pilotos expertos. Voy a poneros con…

—Señora —la interrumpió Jorgen—. Preferiría volar con mi escuadrón, si nos lo permitís.

—Vale, vale —dijo Napia, y maldijo al ver aparecer a los krells descendiendo desde la atmósfera superior—. Pero que no os derriben. Escuadrón Pesadilla, todas las naves, pasad a posiciones defensivas. Atraed su atención y vigilad por si traen aniquiladoras. El Escuadrón Contracorriente está a solo unos kilómetros de distancia y deberíamos tener refuerzos pronto.

—Peonza, vas en punta —dijo Jorgen después de pasar a nuestro canal de vuelo privado—. Ya has oído las órdenes. Sin fanfarronadas y sin perseguir para matar. Posiciones defensivas hasta que lleguen los refuerzos.

—Hecho —dije, y FM hizo lo mismo. Formamos en triángulo y, al instante, cinco krells volaron hacia nosotros.

Descendí en picado para perder altitud y luego pivoté usando un trozo de cascote grande y casi estático. Dimos la vuelta y regresamos volando entre los krells que intentaban seguirnos. Se dispersaron.

—¿A eso lo llamas defensivo, Peonza? —preguntó Jorgen.

—¿He disparado a alguno?

—Ibas a hacerlo.

Aparté el pulgar del gatillo. Menudo aguafiestas.

Una cieluz que había más arriba perdió brillo y se apagó al iniciarse el ciclo nocturno. Mi cubierta tenía un dispositivo de visión nocturna que bastaba para aclarar el campo de batalla, pero se sumió en una cierta penumbra, una oscuridad puntuada por destructores rojos y el resplandor de los propulsores.

Seguimos juntos los tres, escorándonos y esquivando por entre la confusión mientras llegaba el Escuadrón Contracorriente.

—Hay cerca otros dos escuadrones de refuerzo —nos dijo Jorgen—. Estaban en alerta por si esas lluvias de cascotes traían enemigos. Pronto deberíamos tener la superioridad numérica. De momento, mantened las posiciones defensivas.

Confirmamos la recepción y FM empezó a ponerse en punta. Por desgracia, justo mientras estaba situándose en posición, un grupo de krells vino hacia nosotros disparando. Nuestras maniobras defensivas terminaron con Jorgen y yo virando en una dirección y FM en la otra.

Con los dientes rechinando, entré en formación detrás de Jorgen y los dos sobrecargamos y rodeamos un trozo de escombro para perseguir a los dos krells que estaban a la cola de FM. Los disparos de destructor brillaron a su alrededor mientras giraba sobre sí misma y recibió al menos dos impactos en el escudo.

—¡FM, vira a derecha cuando te diga! —ordenó Jorgen—. ¡Peonza, preparada!

Obedecimos, maniobrando como una máquina bien engrasada. FM giró con lanza de luz en torno a un cascote mientras Jorgen y yo ejecutábamos propulsiones en giro, para salir hacia el lado y cruzarnos en su camino. Dejé que Jorgen se alejara para activar su PMI y entonces disparé, acerté a un krell y lo envié dando vueltas en caída libre. El otro viró para apartarse de nosotros y huyó.

Atrapé a Jorgen con mi lanza de luz y usamos nuestro impulso común para virar en dirección a FM, que redujo la velocidad y entró en formación con nosotros. Entonces las dos adoptamos una postura defensiva en torno a Jorgen, que se apresuró a reactivar su escudo.

Todo había terminado antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que acabábamos de hacer. Las horas y horas de práctica lo habían convertido en una segunda naturaleza. «Los guerreros victoriosos ganan primero y luego van a la guerra», había dicho Sun Tzu. Apenas empezaba a comprender lo que significaba.

Por lo que podía juzgar de la batalla, estábamos más o menos igualados en número con los krells, que también habían recibido refuerzos desde arriba. Me dieron ganas de pasar a la ofensiva, pero mantuve la formación, esquivando el fuego krell y haciendo que varios grupos de enemigos nos persiguieran por recovecos difíciles alrededor y a través de la batalla.

Me centré en el combate hasta que vi algo por el rabillo del ojo. Era una nave más grande que descendía detrás de un pedazo de escombro lento. Una vez más, no lo había estado buscando de forma consciente, pero mi cerebro, entrenado y con bastante práctica ya, lo distinguió de todos modos.

—¿Eso es una aniquiladora? —pregunté a los demás.

—¡Tirda! —exclamó Jorgen—. Mando de Vuelo, tenemos una aniquiladora. 53,1-689-12.000, descendiendo con un cascote rectangular que estoy marcando ahora mismo con una baliza de radio.

—Confirmado —respondió una voz fría por la línea. Era Férrea en persona. Rara vez hablaba directamente con nosotros, aunque a menudo escuchaba las conversaciones—. Retiraos de esa posición y haced como si no la hubierais visto.

—¡Almirante! —dije—. Puedo darle, y estamos muy lejos de donde una detonación pondría en peligro Alta. Déjeme derribarla.

—Negativo, cadete —dijo Férrea—. Retiraos.

Llegaron a mi mente recuerdos del día en que había muerto Bim. Noté la mano agarrotada sobre la esfera de control, pero la moví con fuerza hacia el lado, siguiendo a Jorgen y FM lejos de la aniquiladora.

Me sorprendió lo difícil que fue. Era como si hasta mi nave quisiera desobedecer.

—Así me gusta, Peonza —dijo Cobb por una línea privada—. Tienes la pasión. Y ahora estás mostrando autocontrol. Todavía haremos de ti una piloto de verdad.

—Gracias, señor —repuse—. Pero la aniquiladora…

—Férrea sabe lo que hace.

Nos replegamos y oímos que ordenaban a otros escuadrones ascender hacia el cielo. El campo de batalla cambió de forma mientras la aniquiladora, ignorada en apariencia, se acercaba al suelo e iniciaba su aproximación a Alta. Le seguí el rastro, nerviosa, hasta que cuatro ases del Escuadrón Contracorriente salieron de formación y se lanzaron tras ella. Entablarían combate lo bastante lejos de la batalla principal para protegernos a los demás si la bomba detonaba. En caso de que fracasaran, los refuerzos que estaban a punto de llegar se ocuparían de la aniquiladora.

Nuestro trío de naves atrajo a varios cazas krells, por lo que tuve que esquivar para evitar que me acribillaran. El grupo entero de krells me persiguió, pero un segundo después Jorgen y FM se lanzaron hacia ellos y los espantaron. FM hasta logró derribar a uno, saturando su escudo sin necesidad de activar el PMI.

—Bien hecho —dije, relajándome de la repentina e intensa sucesión de maniobras—. Y gracias.

En la lejanía, los ases estaban enfrentándose a la aniquiladora. Como había ocurrido durante la lucha con Bim, un grupo de naves más pequeñas se había separado del bombardero y estaba protegiéndolo.

—Cobb —dije por el comunicador—. ¿Sabemos algo de esas naves que vuelan con la aniquiladora?

—No mucho —respondió él—. Es un comportamiento nuevo, pero últimamente aparecen con todos los bombarderos. Los ases se ocuparán de ellos. No dejes de prestar atención a tu vuelo, Peonza.

—Sí, señor.

Aun así, no pude evitar observar la lucha contra la aniquiladora. Si explotaba, tendríamos que estar preparados para sobrecargar los propulsores antes de que se completara la secuencia de estallidos. Por eso sentí alivio cuando, al cabo de poco, la aniquiladora y su escolta se elevaron hacia el cielo, retirándose. Los ases los persiguieron como por cumplir, pero terminaron dejando que la bomba huyera hacia el lugar del que procedía. Sonreí.

—¡Socorro! —exclamó una voz por la línea general—. Aquí Lodazal. Voy sin escudo y sin compañera de ala. Por favor, ¡que venga alguien!

—55,5-699-4.000 —dijo FM y, al mirar hacia las coordenadas, vi un Poco asediado que dejaba una estela de humo y volaba hacia fuera, alejándose del campo de batalla principal. Lo seguían cuatro krells. La mejor manera de lograr que te mataran era dejarte aislar, pero saltaba a la vista que Lodazal no había tenido elección.

—Aquí Escuadrón Cielo, Lodazal —dijo Jorgen, poniéndose en punta—. Te cubrimos. Aguanta y trata de virar a la izquierda.

Nos lanzamos tras él y abrimos fuego a discreción por orden de Jorgen. Nuestra tormenta de disparos de destructor no abatió a ningún caza enemigo, pero sí los dispersó a casi todos. Tres de ellos viraron a la izquierda, con lo que cortarían la salida a Lodazal. Jorgen fue hacia ellos y FM lo siguió.

—Sigue teniendo uno a la cola —dije—. Me ocuparé de él.

—De acuerdo —dijo Jorgen después de una breve pausa. Estaba claro que no le gustaba nada dividir el escuadrón.

Fui tras la nave. Por delante de mí, Lodazal estaba ejecutando maniobras cada vez más alocadas, más temerarias, para impedir que le dieran.

—¡Dispárale! —chilló—. Por favor, dispárale. ¡Dispárale de una vez!

Desesperación, inquietud frenética… cosas que no habría esperado de un piloto graduado. Por supuesto, Lodazal parecía joven. Aunque debería habérseme ocurrido antes, comprendí que debía de haberse graduado en una promoción muy poco anterior a la mía. Llevaría como piloto seis meses, quizá un año, pero seguía siendo un chico de solo dieciocho años.

Empezaron a perseguirme dos naves que concentraron su fuego en mí. Tirda. Lodazal había llevado nuestra persecución tan lejos que sería difícil conseguir apoyo. No me atrevía a usar el PMI mientras estuviera rodeada de fogonazos de destructor, pero el krell que llevaba delante aún tenía su escudo activo.

Apreté los dientes y sobrecargué el propulsor. La aceleración me apretó contra el asiento y me aproximé al krell, pegada a su cola, apenas capaz de esquivar. Había llegado a Mag 3 y, a aquella velocidad, las maniobras de vuelo iban a ser difíciles de controlar.

«Solo un segundo más…».

Entré en alcance y enganché la nave krell con mi lanza de luz. Entonces viré, haciendo que la nave krell se desalineara con Lodazal.

La cabina tembló cuando el krell que había capturado se propulsó en sentido opuesto, resistiéndose a mí y haciendo que empezáramos a girar los dos a toda velocidad, descontrolados.

Mis perseguidores giraron y concentraron el fuego en mí. Les daba igual alcanzar a la nave que había enganchado. Los krells nunca se preocupaban de esas cosas.

Me vi engullida por una tormenta de fuego, que impactó contra mi escudo y empezó a taladrarlo. El caza krell que había ensartado con la lanza de luz explotó por el fuego de sus aliados, y me vi obligada a ascender de golpe, sobrecargando, para intentar alejarme.

Era una jugada arriesgada. Mis ConGravs se saturaron y la aceleración me golpeó como una patada en la cara. Tiró de mí hacia abajo, haciendo que la sangre me bajara a los pies. Mi traje de vuelo se infló para presionar mi piel, e hice los ejercicios de respiración que había practicado entrenando.

Aun así, la visión se me ennegreció por los bordes.

Luces brillantes en la consola.

Estaba sin escudo.

Desactivé el anillo de pendiente, roté sobre mi eje y sobrecargué *directa hacia abajo*. Los ConGravs lograron absorber parte del latigazo, pero el cuerpo humano, sencillamente, no estaba pensado para soportar una inversión

de ese tipo. Me sentí enferma y estuve a punto de vomitar mientras pasaba entre los krells.

Las manos me temblaban en los controles, y la visión empezó a pasar al rojo. La mayoría de los krells no reaccionaron a tiempo, pero uno de ellos, una sola nave, logró rotar sobre su eje como había hecho yo.

Me apuntó y disparó.

Una explosión en mi ala.

Me habían dado.

De mi consola salieron unos pitidos chillones. Se encendieron luces. De pronto, mi esfera de control no parecía hacer nada, y la noté laxa al intentar maniobrar.

La cabina se sacudió y el mundo dio vueltas mientras mi nave empezaba a trazar una espiral, fuera de control.

—¡Peonza! —De algún modo, oí el grito de Jorgen sobre la confusión de pitidos—. ¡Eyéctate, Peonza! ¡Vas a caer!

«Eyectarme».

En teoría, era imposible pensar en momentos como ese. Se suponía que todo sucedía muy deprisa. Pero aun así, aquel segundo me pareció que se congelaba.

Mi mano avanzando despacio hacia la palanca de eyección que tenía entre las piernas.

El mundo, un remolino emborronado. Mi ala, desaparecida. Mi nave, en llamas. Mi anillo de pendiente, inutilizado.

Un momento congelado entre la vida y la muerte.

Y Arcada, en el fondo de mi mente. «Valientes hasta el final. No seremos cobardes. Es un pacto».

No iba a eyectarme. ¡Podía hacer aterrizar la nave! ¡*Yo no era una cobarde*! No me daba miedo morir.

«¿Y cómo los afectaría a ellos que murieras?», preguntó algo en mi interior. ¿Qué supondría para mi escuadrón perderme? ¿Qué supondría para Cobb, para mi madre?

Chillando, aferré la palanca de eyección y tiré de ella con fuerza. Mi cubierta salió despedida y mi asiento salió volando al cielo.

Lo primero que noté al despertar fue el silencio.

Y… el viento, acariciándome la cara. Mi paracaídas había caído al suelo polvoriento y yo estaba encarada hacia el cielo. El paracaídas ondeaba detrás

de mí; podía oír el viento jugando con él.

Me había desmayado.

Me quedé allí tendida, mirando hacia arriba. Franjas rojas en la lejanía. Explosiones. Estallidos de luz anaranjada. Solo eran tenues sonidos sordos, oídos desde tan abajo.

Rodé para quedar de lado. Lo que quedaba de mi Poco ardía allí cerca, destruido.

Mi futuro, mi vida, ardieron con él. Permanecí tumbada hasta que terminó la batalla y los krells se retiraron. Jorgen dio una pasada por encima de mí para ver si estaba bien, y lo saludé con el brazo para que no se preocupara.

Cuando llegó un transporte de rescate a recogerme, descendiendo en silencio sobre su anillo de pendiente, ya me había quitado las correas. Mi radio y mi cantimplora habían sobrevivido a la explosión junto con mi asiento, así que había usado la primera para llamar y la segunda para beber. Un médico me hizo sentarme en un asiento del transporte y me echó un vistazo mientras una miembro del Cuerpo de Inspección bajaba a examinar los restos de mi Poco.

La mujer de rescate volvió al cabo de un tiempo, con una tablilla en la mano.

—¿Y bien? —pregunté en voz baja.

—Los ConGravs del asiento han evitado que te destroces la columna vertebral —dijo el médico—. Pareces tener solo un traumatismo cervical leve, a no ser que tengas algún dolor que no me hayas dicho.

—No me refería a mí. —Miré a la mujer de rescate y luego hacia mi Poco.

—El anillo de pendiente está destruido —dijo ella—. No hay mucho que recuperar.

Era lo que me había temido. Me puse las correas en el asiento del transporte y miré por la ventanilla mientras despegaba. Vi la luz de las llamas de mi Poco menguar hasta desvanecerse.

Por fin aterrizamos en Alta y salí del vehículo, agarrotada y dolorida. Recorrí el asfalto cojeando. De algún modo supe, incluso antes de verle la cara, que una de las siluetas que esperaban en la oscuridad junto a la plataforma de aterrizaje sería la almirante Férrea.

Por supuesto que había venido. Por fin tenía una verdadera excusa para expulsarme. ¿Y podía reprochárselo, sabiendo lo que había hecho?

Me detuve ante ella y saludé. Me sorprendió que Férrea me devolviera el saludo. Luego me desenganchó la insignia de cadete del uniforme.

No lloré. A decir verdad, estaba demasiado cansada y tenía demasiado dolor de cabeza.

Férrea hizo rodar la insignia entre sus dedos.

—¿Señora? —dije.

Me entregó de nuevo la insignia.

—Cadete Spensa Nightshade, quedas retirada de la escuela de vuelo. Por tradición, al ser una cadete derribada antes de la graduación, se te añadirá a la lista de posibles pilotos a los que convocar si en algún momento tenemos naves de sobra.

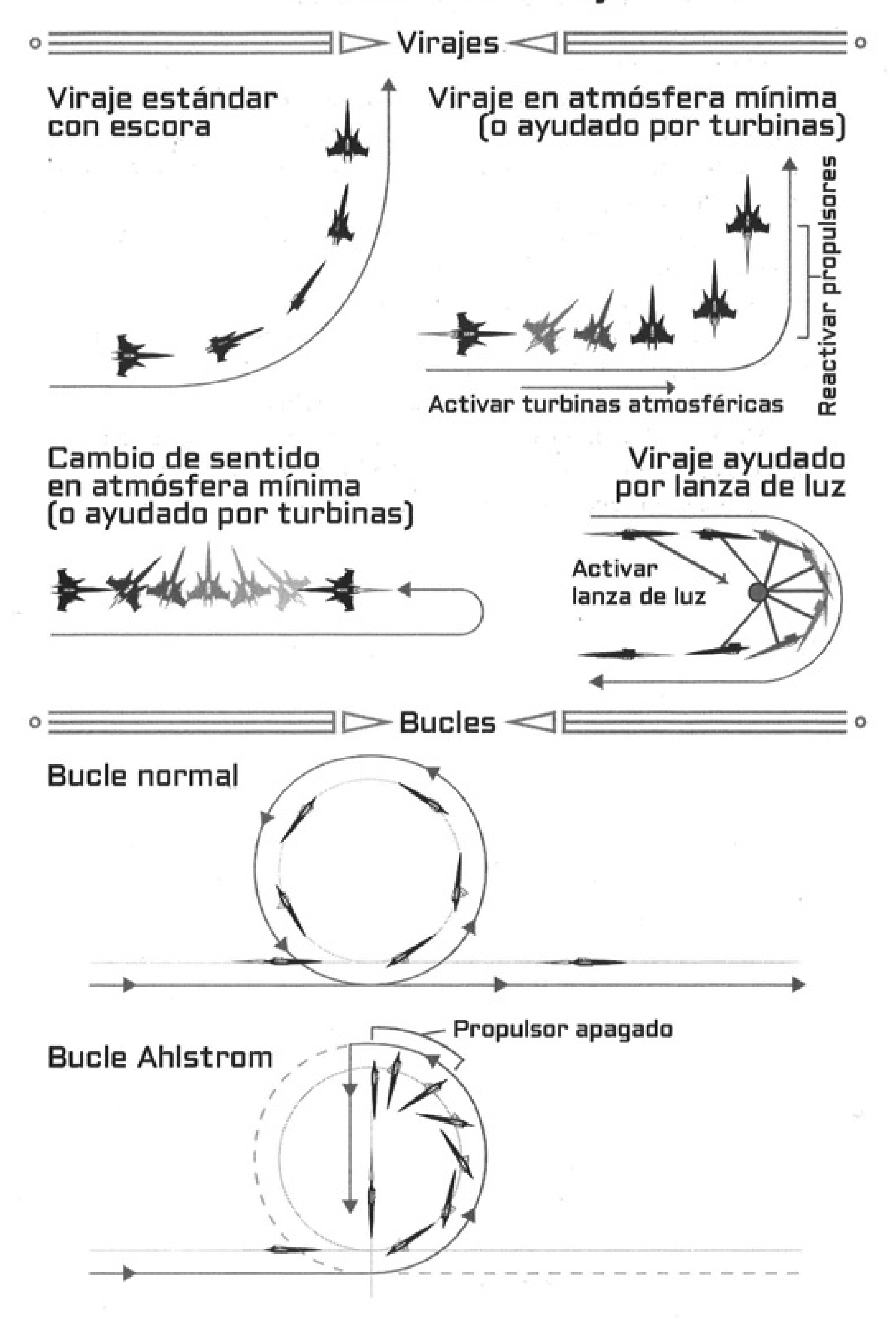
Esos «posibles pilotos» se convocaban solo por orden de la almirante. A mí nunca me llamarían.

—Puedes quedarte la insignia —añadió Férrea—. Llévala con orgullo, pero debes haber devuelto todo el resto del material a intendencia para las 12.00 de mañana.

Y sin decir más, dio media vuelta y se marchó.

Mantuve el saludo hasta que se perdió de vista, con la insignia apretada en la otra mano. Se había acabado. Yo estaba acabada.

Al final, el Escuadrón Cielo graduaría solo a dos de sus miembros.


Métodos de viraje
Virajes
Viraje estándar con escora
Viraje en atmósfera mínima (o ayudado por turbinas)
Reactivar propulsores
Activar turbinas atmosféricas
Cambio de sentido en atmósfera mínima (o ayudado por turbinas)
Viraje ayudado por lanza de luz
Activar lanza de luz
Bucles
Bucle normal
Propulsor apagado
Bucle Ahlstrom

QUINTA PARTE

Interludio

Un problema resuelto», pensó la almirante Judy Ivans, Férrea, mientras salía de la plataforma de lanzamiento. Rikolfr, su ayudante de campo, apretó el paso para seguirle el ritmo, sosteniendo su sempiterna tablilla llena de cosas que Judy tenía que hacer.

En la puerta del edificio de mando, Judy miró hacia atrás. La hija de Perseguidor, la defectuosa, le mantuvo el saludo y luego se apretó su insignia de cadete contra el pecho.

Judy notó una leve punzada de remordimiento, pero entró en el Mando de Vuelo. «Ya he librado esa batalla —pensó—, y tengo las cicatrices que lo demuestran». La última vez que había pasado por alto el defecto, había tenido que ver a un amigo enloquecer y matar a sus compañeros de escuadrón.

Este había sido un buen resultado. La chica conservaría algo de honor, como merecía por su pasión. Y Judy había pasado a disponer de cierta cantidad de datos sobre los cerebros de las personas que tenían el defecto. Eso tenía que agradecérselo a la treta de Cobb: si no la hubiera obligado a dejar que la niña entrara en la FDD, Judy nunca habría tenido esa oportunidad.

Por suerte, se le había presentado una excusa sólida, tradicional, para no tener que meter nunca más en un caza a la hija de Perseguidor. Y podía vigilar a todos los nuevos cadetes en busca de señales del defecto. En realidad, era el resultado ideal se mirara por donde se mirase.

Ojalá sus otros problemas tuvieran una solución tan fácil. Judy fue hacia una pequeña sala de conferencias, pero se detuvo antes de llegar y miró a Rikolfr.

—¿Están aquí?

—El líder de la Asamblea Nacional Weight está presente —dijo Rikolfr —. También han acudido los líderes Méndez y Ukrit.

Eran tres líderes de la Asamblea Nacional, nada menos. Lo normal era que enviaran a subordinados para los informes posteriores a las batallas, pero Judy ya llevaba un tiempo esperando una confrontación más virulenta. Necesitaría algo que ofrecerles. Un plan.

—¿Los técnicos de radio han confirmado la existencia de ese astillero que han visto los exploradores esta noche?

Rikolfr le entregó un papel.

—Está demasiado lejos para los escáneres habituales, pero hemos podido enviar una nave científica a investigarlo desde una distancia segura. El astillero está allí y los científicos se muestran optimistas. Si es como el otro, y si logramos protegerlo de los krells, podríamos recuperar centenares de anillos de pendiente.

Judy asintió, leyendo los datos.

—Su órbita decae a gran velocidad, señora —destacó Rikolfr—. Ese viejo astillero parece sufrir un grave fallo energético. Los científicos estiman que las baterías de proximidad dejarán de disparar dentro de un par de días, más o menos en el momento en que caerá a la atmósfera. Sin duda, los krells intentarán atacar y destruirlo.

—Pues tendremos que evitarlo —dijo Judy—. ¿Alguna otra cosa que deba saber?

—¿Con tantos líderes de la asamblea? Esto huele a emboscada, señora. Será mejor que se prepare.

Judy asintió, puso su cara de política y entró a zancadas en la pequeña sala, seguida de Rikolfr. Dentro la esperaba un grupo de las personas más poderosas que había en las cavernas inferiores, todos ellos vestidos con uniformes militares e insignias que señalaban sus méritos.

—Damas y caballeros —dijo Judy—, me alegra ver que se toman un interés directo en…

—Déjese de clichés, Férrea —la interrumpió Algernon Weight, el padre del joven Jorgen. El hombre, envarado y canoso, se sentó en la cabecera de la mesa de conferencias, enfrente de Judy—. Esta noche ha perdido más naves.

—Hemos espantado con éxito una aniquiladora y nos hemos apuntado una gran victoria sobre los…

—Está hundiendo usted la FDD —dijo Weight.

—Desde que está usted al mando —añadió Ukrit—, nuestra reserva de naves ha alcanzado mínimos históricos. He oído que hay cazas averiados esperando en los hangares, por falta de piezas para repararlos.

—Sus tasas de mortalidad en pilotos son espantosas —dijo Valda Méndez. Era una mujer menuda de piel morena. Férrea había volado junto a ella, en otros tiempos—. Queremos saber qué planea hacer para detener esta espiral de fracaso de la FDD.

«Me vendría muy bien —pensó Judy— que dejarais de llevaros a nuestros mejores pilotos». La propia Valda parecía no avergonzarse lo más mínimo de robar a su hijo a la FDD para impedir que entrara en combate.

Pero Judy no podía decirlo. No podía explicar lo desesperada que estaba la FDD desde que murieron sus mejores almirantes y comandantes. No podía revelar que había predicho todo aquello hacía años y que, por mucho que raspara y se revolviera, no había podido evitar la caída. No podía decirles que su gente tenía demasiado trabajo, y que su moral se estaba viniendo abajo con tantas bajas y fallecimientos de pilotos.

No podía decir nada de eso porque, aunque era cierto, no era excusa. Su trabajo consistía en ofrecer soluciones. Milagros.

Alzó uno de los folios que le había entregado Rikolfr.

—La Ley de Lanchester —dijo—. ¿La conocen?

—Dos ejércitos iguales de soldados con habilidad similar se causarán bajas equivalentes uno al otro —dijo Weight—. Pero cuanto más desequilibrio numérico haya, más desproporcionadas serán las bajas. En esencia, cuanta mayor ventaja numérica tengas sobre el enemigo, menos daño puedes esperar que te hagan sus soldados.

—A mayor superioridad numérica —añadió Valda—, menos gente se pierde.

Judy pasó el papel hacia el grupo.

—Esto es un informe de exploración —dijo—, acompañado de un análisis científico preliminar, sobre un gran cascote que debería empezar a caer pasado mañana. Los krells nunca despliegan más de cien naves a la vez, pero podemos superar esa cifra si queremos recuperar el material de ese astillero.

—Podría suponernos cientos de anillos de pendiente —dijo Valda, leyendo el informe—. ¿Cree que podrá hacerlo? ¿Recuperar el material de esto?

—Creo que no tenemos otra opción —respondió Judy—. Hasta que podamos desplegar más cazas que los krells, estaremos luchando una batalla perdida. Si conseguimos impedir que destruyan ese astillero mientras cae, podría ser justo lo que necesitamos.

—Según el informe, se estrellará el día de la graduación —masculló Ukrit —. Parece que será una ceremonia corta.

—Hablemos claro —dijo Weight—. Ivans, ¿qué propone?

—Debemos capturar ese cascote —dijo Judy—. Debemos estar preparados para comprometer todo lo que tenemos en su defensa. Tan pronto como su órbita empiece a degradarse y sus baterías de proximidad se queden sin energía, debemos destruir a toda nave krell que intente acercarse a él.

—Una jugada atrevida —comentó Ukrit.

—No renunciarán de buena gana a ese cascote —intervino Rikolfr, mirando a los otros—. Si no se retiran, nosotros tampoco podremos hacerlo. Podríamos terminar en una batalla para la que debemos arriesgar todas nuestras naves. Si perdemos, nos dejará destrozados.

—Será una segunda Batalla de Alta —dijo Weight en voz baja—. Todo o nada.

—Yo combatí en la Batalla de Alta —replicó Férrea—. Y sé los riesgos que implica un enfrentamiento como ese. Pero si les soy sincera, estamos sin opciones. O intentamos esto o seguimos degradándonos hasta desaparecer. ¿Puedo contar con su apoyo a esta propuesta?

Uno tras otro, los líderes de la asamblea asintieron con la cabeza. Lo sabían tan bien como ella: el momento de plantar cara era cuando todavía se contaban con fuerzas para poder salir victorioso. Y sin más, quedaron comprometidos. «Que las estrellas nos amparen a todos», pensó Judy.

48

Asistí a la graduación.

Estaba en el público con todos los demás, en la plaza de armas que había al lado del parque de las estatuas, dentro de la base Alta.

Sobre una tarima de madera, Férrea puso en el pecho a los ocho graduados los símbolos de su éxito. Yo estaba al fondo del escaso público, rodeada de otras personas con insignias de cadete. Gente que no había llegado a graduarse, como yo. Aunque no pudiéramos volar, nuestras insignias nos permitían acceder a los ascensores siempre que quisiéramos, y se nos invitaba a actos como aquel. Me había llegado un modelo de carta firmado por Férrea.

Sentí emociones complicadas mientras veía a Jorgen y FM aceptar sus insignias. Desde luego, estaba orgullosa. Y también tenía una envidia tremenda, mientras a la vez sentía un vergonzoso alivio. No sabía si era lo bastante de fiar para haber estado allí arriba, en aquella tarima. Con aquello se resolvía el problema. No había tenido que decidirlo.

Pero en lo más profundo del corazón, mi mundo se caía en pedazos. ¿No iba a volar nunca más? ¿Podía vivir siquiera, sabiéndolo?

Jorgen y FM saludaron con manos enguantadas, vestidos con uniformes nuevos muy blancos. Aplaudí a los ocho graduados junto al resto del público, pero no pude evitar pensar que habíamos perdido como mínimo el triple de naves en los anteriores cuatro meses. No hacía tanto tiempo, un buen piloto de la FDD podía volar durante cinco años, acumular un par de docenas de muertes enemigas y retirarse para pilotar naves de carga. Pero las bajas iban cada vez a peor, y había menos y menos pilotos que duraran esos cinco años.

Los krells estaban ganando. Sin prisa pero sin pausa.

Férrea se adelantó para hablar.

—Lo normal sería que ahora mismo estuvierais preparándoos para que pronuncie un mal discurso. Prácticamente se ha convertido en traducción. Pero hoy tenemos entre manos una operación de cierta importancia, así que lo reduciré a unas pocas palabras. Estas personas que tengo detrás representan lo mejor de nosotros. Son nuestro orgullo, el símbolo de nuestro Desafío. No nos esconderemos. No retrocederemos. Reclamaremos nuestra tierra natal en las estrellas, empezando hoy mismo.

Más aplausos, aunque deduje de las conversaciones a mi alrededor que era extraño que la almirante diera un discurso tan breve. Mientras servían un refrigerio en las mesas que teníamos a nuestra derecha, la almirante y su personal de mando se marcharon sin hablar con nadie. Lo más raro fue que los pilotos recién nombrados la siguieron.

Estiré el cuello y vi que un escuadrón de cazas ascendía por el aire desde una plataforma de lanzamiento cercana. ¿Estaría produciéndose una incursión? ¿De verdad necesitaban a todos los graduados? Después de haber pasado unos días abajo con mi madre y la yaya, tenía ganas de ver otra vez a Jorgen y a FM.

Se oyeron explosiones lejanas cuando los cazas llegaron a una distancia segura de la base, sobrecargaron sus propulsores y superaron la barrera del sonido. Un hombre que estaba cerca de mí comentó que los líderes importantes de la asamblea, entre ellos quienes tenían hijos en la clase que se graduaba, no habían asistido a la ceremonia. Sin duda, ocurría algo.

Di un paso hacia las plataformas de lanzamiento, pero entonces metí las manos en el bolsillo de mi mono. Me volví para marcharme, pero me detuve. Cobb estaba allí de pie, sosteniendo un bastón con pomo dorado. Qué raro. No creía haberlo visto nunca con uno de esos.

Incluso con su elegante uniforme blanco, parecía tan viejo como un peñasco erosionado tirado en el polvo. Le hice el saludo marcial. No había sido capaz de enfrentarme a él, de enfrentarme a ninguno de ellos, desde que me habían derribado.

Cobb no me devolvió el saludo. Se acercó a mí cojeando y me miró de arriba abajo.

—¿Nos opondremos a esto?

—¿Qué hay a lo que oponerse? —pregunté, manteniendo el saludo.

—Baja esa mano, chica. Te quedaste muy cerca de graduarte. Puedo argumentar que, como mínimo, te deberían conceder la insignia de piloto igual que a Arturo.

—De todas formas no podría volar, así que ¿qué importa?

—Una insignia de piloto graduado tiene mucho valor en Ígnea.

—Esto nunca ha sido por una insignia —dije. Miré por encima de su hombro hacia otro escuadrón que despegaba—. ¿Qué está pasando?

—¿Te acuerdas de ese astillero que encontraste? Debería caer de su órbita hoy mismo. La almirante está decidida a hacerse con él y, si gana esta batalla, podríamos tener cientos de nuevos puestos para pilotos, más de los que podemos llenar.

Por fin bajé la mano de la cabeza, mientras el segundo escuadrón superaba la velocidad del sonido. Una sucesión de chasquidos lejanos resonaron en el aire e hicieron traquetear los platos en la mesa del refrigerio.

—¿Peonza? —dijo Cobb—. No pensaba que fueses de las que se…

—He oído las estrellas, Cobb.

Calló de inmediato.

—He visto los ojos —añadí—. Mil puntitos de luz azul. Más. Millones. Y como uno solo, se giraron para observarme. *Y me vieron*.

Cobb se puso blanco como una sábana. La mano le tembló en el bastón. Estábamos casi solos en el terreno apisonado de la plaza de armas.

—Tengo el defecto —susurré—, igual que mi padre.

—Ya… ya veo.

—¿Se comportó de forma errática antes de ese día? —pregunté—. ¿Mostró algún signo antes de volverse de repente contra su escuadrón?

Cobb negó con la cabeza.

—Veía cosas, oía cosas, pero nada peligroso. Judy, Férrea, siempre le decía que, aunque el defecto fuese real, podía superarlo. Luchó por él, lo defendió. Se arriesgó ella misma, hasta que…

Se lanzó un tercer escuadrón. Estaban empeñados de verdad en hacerse con aquel astillero.

Alcé la mirada hacia las sombras cambiantes del campo de escombros. Suspiré, desenganché la radio de mi cinturón y se la tendí a Cobb.

Él vaciló antes de cogerla. En sus ojos preocupados, en su cara blanquecina, pude ver la verdad. Saber que había visto aquellos ojos… le había hecho cambiar de opinión. Ya no quería que yo volara. Era demasiado peligrosa.

—Lo siento, chica —dijo.

—Es mejor así —repuse—. No tendremos que preocuparnos por lo que podría o no podría hacer.

Me obligué a sonreír y le di la espalda para ir hacia la mesa del refrigerio. Por dentro, me estaba desmoronando.

La persona que había sido cuatro meses antes jamás habría aceptado un «defecto» misterioso como excusa para impedirme volar. Pero ya no era esa persona. Era alguien distinta, alguien que no podía considerar el valor y la cobardía en los mismos términos que antes.

Me había eyectado. Había estado a punto de hundirme bajo el peso de mis amigos caídos. Incluso sin toda aquella locura de oír las estrellas, no estaba nada convencida de que mereciera volar.

Era mejor si me olvidaba de todo. Agaché la cabeza y me alejé de las mesas del refrigerio, sin ganas de estar con más gente.

Una mano me cogió del brazo.

—¿Dónde crees que vas tú?

Miré hacia arriba, preparada para dar un puñetazo… ¿a Nedd?

Tenía una sonrisa bobalicona en los labios.

—Me he perdido la ceremonia, ¿verdad? Creía que no pasaba nada por llegar un poco tarde, porque Férrea siempre se tira como diez horas hablando. ¿Dónde están Caracapullo y FM? Quiero darles la enhorabuena.

—Volando, en una misión.

—¿Justo hoy? —se sorprendió Nedd—. Qué mal pensado. Se supone que tenía que obligarlos a venir con nosotros a una fiesta de verdad. —Parecía molesto de verdad mientras, por detrás de nosotros, un cuarto escuadrón de naves se elevaba en el aire. Nedd suspiró y volvió a cogerme del brazo—. Bueno, por lo menos puedo obligarte a ti.

—Nedd, no lo conseguí. Me eyecté y…

—Lo sé. Pero así no perderás méritos por salir de la base y venir a la fiesta. —Tiró de mí—. Vamos. Los demás ya han llegado. La familia de Arturo tiene acceso a la radio. Podremos escuchar la batalla y animarlos.

Suspiré, pero lo último que había dicho Nedd me intrigaba. Dejé que se me llevara mientras un quinto escuadrón de naves se elevaba en el aire y volaba en la misma dirección que los anteriores.

—Cobb me ha dicho que la almirante va a intentar recuperar el astillero —expliqué mientras Arturo colocaba una radio grande y aparatosa en nuestra mesa del restaurante y hacía temblar las copas—. Nedd y yo hemos visto que despegaban al menos cinco escuadrones. Van en serio.

Los demás se congregaron. Me alegré de verlos otra vez, y me dio una extraña sensación refrescante no captar ninguna actitud de condena en sus ojos. Kimmalyn, Nedd, Arturo. Por lo demás, el restaurante estaba casi vacío. Lo ocupábamos solo nosotros y un par de adolescentes más jóvenes, que no llevaban insignias de vuelo y supuse que serían hijos de personal de tierra o trabajadores de la huerta.

—Han convocado a todo el mundo —dijo Arturo, llevando un cable desde la radio hasta la pared—. Hasta a los reservistas de las cavernas inferiores. ¡Menuda batalla va a ser!

—Sí —dije. Bajé la mirada a mi bebida y mis algas fritas, ninguna de las cuales había tocado.

—Oye —dijo Kimmalyn, clavándome el dedo índice en el costado—. ¿Estás enfurruñada?

Me encogí de hombros.

—Bien —dijo ella—. ¡Hoy es buen día para enfurruñarse!

—Día de graduación —repuso Nedd, y alzó su copa—. ¡Por el club de los fracasados!

—¡Hurra! —exclamó Kimmalyn, alzando también la suya.

—Sois idiotas los dos —dijo Arturo, trasteando con los diales de la radio —. Yo no fracasé. Me gradué antes que el resto.

—¿Ah, sí? —preguntó Nedd—. ¿Y le han llamado a usted para volar en esta batalla, don piloto graduado, señor?

Arturo se ruborizó. Me fijé por primera vez en que no llevaba su insignia de piloto. La mayoría de quienes las tenían se las ponían todos los días, fuesen de uniforme o no.

La radio empezó a escupir una conversación y Arturo se apresuró a bajar el volumen, y siguió sintonizando hasta llegar a un canal por el que hablaba una firme voz femenina.

—Allá vamos —dijo—. El canal de supervisión de la Asamblea. Esto debería ser una narración directa de la batalla para los líderes gubernamentales, no la versión censurada que transmiten a la gente que escucha abajo, en Ígnea.

Nos acomodamos mientras hablaba la mujer de la radio.

—Con el lanzamiento del Escuadrón Hiedra, ya tenemos once escuadrones en el aire y cinco tríos de exploradores. Que los Santos y la Estrella Polar nos guarden en este día, mientras los gloriosos luchadores de la Liga Desafiante entran en combate.

Nedd dio un silbido.

—¿Once? ¿Tenemos tantos escuadrones?

—Es evidente que sí —dijo Arturo—. En serio, Nedd, ¿alguna vez piensas antes de hablar?

—¡No! —Nedd dio un sorbo a su bebida verde con burbujas.

—Un hombre que dice lo que piensa —afirmó Kimmalyn, solemne— es un hombre con pensamientos de los que hablar.

—En general, mantenemos doce escuadrones —dijo Arturo—. Cuatro están de servicio en todo momento, normalmente uno o dos de ellos patrullando en el aire. Otros cuatro, preparados para responder de inmediato.

Y los últimos cuatro en la reserva, protegidos en las cavernas inferiores. Antes intentábamos mantenerlos con diez naves por escuadrón, pero ahora tenemos solo once escuadrones, y casi todos están formados solo por unos siete cazas.

—Ochenta y siete valientes pilotos —prosiguió la locutora— vuelan para enfrentarse a los krells y recuperar el tesoro. ¡La victoria traerá a nuestra liga una gloria y un botín sin precedentes!

Tenía una voz parecida a la de los locutores que había escuchado abajo. Fuerte pero casi monótona, daba la impresión de estar leyendo las páginas que le iban poniendo delante.

—Esto es demasiado estéril —dije—. ¿Podemos oír las conversaciones reales, sintonizar la banda de los pilotos?

Arturo miró a los otros. Nedd se encogió de hombros, pero Kimmalyn asintió, de modo que Arturo bajó más aún el volumen.

—Se supone que esos no deberíamos escucharlos —dijo en voz baja—. Pero ¿qué van a hacer, expulsarnos de la FDD?

Usó el dial para sintonizar hasta que encontró el canal general de jefes de escuadrón. Las radios de Ígnea no podrían oír lo que estaban diciendo, pero estaba claro que la familia de Arturo era lo bastante importante como para tener una radio con descodificador.

—Ya vienen —dijo una voz que no conocía—. Tirda. ¡Son muchísimos!

—Dadnos un conteo —ordenó Férrea—. ¿Cuántos escuadrones? ¿Cuántas naves?

—Exploradores informando. —Esa voz sí la reconocí. Era Capa, una de los exploradores que habían volado con nosotros—. Enseguida tendrá las cifras, almirante.

—Todos los escuadrones activos —dijo Férrea—, permaneced a la defensiva hasta que tengamos el conteo de enemigos. Cambio y corto.

Acerqué más mi silla y escuché las conversaciones mientras intentaba imaginar la batalla. Otro explorador describió el astillero que caía. Era una construcción de acero enorme y antigua, con grandes agujeros abiertos y pasillos serpenteantes.

Llegaron las cifras de los exploradores. La primera oleada de krells estaba compuesta por cincuenta cazas, pero los siguieron otros cincuenta. El enemigo sabía lo importante que era aquel enfrentamiento y habían enviado todas las naves que podían. Estaban igual de comprometidos que nosotros.

—Cien naves —dijo Nedd sin alzar la voz—. Menuda batalla debe de ser.

Parecía turbado. Quizá estuviera recordando nuestra persecución por las entrañas del anterior astillero.

—Pues nada, han puesto toda la carne en el asador —dijo Férrea—. Escuadrones Contracorriente, Valquiria, Tungsteno y Pesadilla, quiero que proporcionéis fuego de cobertura. Escuadrones interiores, que los krells no se acerquen a ese astillero. ¡No permitáis que detonen una bomba sobre él!

Llegó una serie de respuestas afirmativas de los jefes de escuadrón. Cerré los ojos e imaginé la jauría de naves, los disparos de destructor en el aire. Era un campo de batalla relativamente abierto, con pocos escombros salvo el enorme astillero.

Mis manos empezaron a moverse como si estuviera pilotando una nave. Podía sentirlo. El traqueteo de mi cabina, las ráfagas de aire, la llama del propulsor…

¡Santos y estrellas, cómo iba a echarlo de menos!

—Eso es un bombardero —dijo una jefa de escuadrón—. Tengo la confirmación de tres naves.

—Confirmado también por los exploradores —añadió Capa—. Estamos viéndolo. Mando de Vuelo, un bombardero se dirige al astillero. Lleva una aniquiladora.

—¡Apartadlo! —ordenó Férrea—. Proteger los restos es nuestro objetivo más importante.

—Sí, señora —dijo un jefe de escuadrón—. Solicito confirmación. ¿Lo apartamos, aunque signifique empujar al bombardero hacia Alta?

Silencio en la línea.

—A velocidad de bombardero, tardará más de dos horas en tener Alta en su alcance —dijo Férrea—. Habrá tiempo para detenerlo antes de eso. La orden es firme.

—¿Dos horas? —se sorprendió Nedd—. Están más lejos de lo que pensaba.

—Bueno, los bombarderos son como la mitad de rápidos que un Poco —dijo Arturo—. Por lo tanto, el astillero está descendiendo como a una hora de distancia de nosotros, que es más o menos lo que han tardado nuestras fuerzas en llegar a él. Encaja, si te paras a calcularlo.

—¿Y para qué iba a hacerlo —replicó Nedd— si ya te ocupas tú del trabajo duro?

—¿Alguien más siente… ansiedad? —preguntó Kimmalyn.

—Han dicho que fuera hay una aniquiladora que podría acabar viniendo hacia aquí —respondió Arturo—, así que sí.

—No por eso —dijo Kimmalyn, mirándome—. Por estar aquí sentados, escuchando.

—Tendríamos que estar allí arriba —susurré—. Este es el combate definitivo, como lo fue la Batalla de Alta. Necesitan a todo el mundo… y aquí estamos nosotros. Escuchando. Bebiendo refrescos.

—Han desplegado todos los cazas que tienen la menor posibilidad de combatir —dijo Arturo—. Si hubiéramos vuelto a la FDD, solo estaríamos sentados allí, escuchando también.

—Lo hemos espantado —dijo un jefe de escuadrón—. Confirmado, el bombardero se ha apartado del objetivo de rescate. Pero almirante, sí que está intentando virar en dirección a Alta.

—Y ese bombardero es rápido —añadió Capa—, más que la mayoría.

—Contingentes de exploradores —dijo Férrea—, avanzad para interceptar. Todos los demás, no os distraigáis. ¡Seguid con ese astillero! Esto podría ser un señuelo.

—Me quedan solo tres naves —informó una jefa de escuadrón—. Solicito apoyo. Nos están abrumando, Mando de Vuelo. Tirda, ya…

Silencio.

—La jefa del Escuadrón Valquiria ha caído —dijo otra persona—. Voy a quedarme con los cazas que les quedan. Mando de Vuelo, están dándonos duro aquí fuera.

—Todas las naves, ofensiva total —ordenó Férrea—. Alejadlos. No dejéis que lleguen al astillero.

—Sí, señora —respondió un coro de jefes de escuadrón.

La batalla siguió su curso un tiempo y nosotros escuchamos, tensos. No solo por los pilotos que estaban muriendo para que pudiéramos reclamar el astillero, sino también porque, a cada momento que pasaba, aquel bombardero estaba acercándose más y más a Alta.

—Naves exploradoras —dijo Férrea al cabo de un tiempo—, ¿tenéis información nueva sobre esa aniquiladora?

—¡Seguimos tras ella, señora! —respondió Capa—. Pero el bombardero está bien defendido. Diez naves.

—Entendido —dijo Férrea.

—¡Señora! —exclamó Capa—. De verdad es más rápido que los bombarderos habituales. Y acaba de acelerar más. Si no vamos con cuidado, entrará en alcance de explosión respecto a Alta.

—Atacad —ordenó Férrea.

—¿Con solo naves exploradoras?

—Sí —dijo Férrea.

Me sentí impotente del todo. De niña, oyendo historias bélicas, se me había llenado la cabeza de dramatismo y emoción, de gloria y muerte. Pero ese día, percibía la tensión en las voces mientras los jefes de escuadrón veían morir a sus amigos. Oía las explosiones por el canal, y me encogía con cada una de ellas.

Jorgen y FM estaban allí fuera, en alguna parte. Yo debería estar ayudándolos. Protegiéndolos.

Cerré los ojos. Sin pretenderlo del todo, puse en práctica el ejercicio de la yaya y me imaginé elevándome entre las estrellas. Escuchándolas. Intentando alcanzar…

Dentro de mis párpados apareció una docena de puntitos de luz blanca. Luego centenares. Sentí que la atención de algo vasto, algo terrible, cambiaba hacia mí.

Di un respingo y abrí los ojos. Los puntitos de luz se desvanecieron, pero el corazón siguió atronándome en los oídos y no pude pensar más que en esa ineludible sensación de que había cosas viéndome. Cosas antinaturales. Cosas llenas de odio.

Cuando por fin logré concentrarme de nuevo en la batalla, Capa estaba informando de un conflicto pleno contra las naves que protegían la aniquiladora. Arturo pasó unas cuantas frecuencias hasta encontrar el canal de su escuadrón. Habían unificado a doce exploradores en un solo escuadrón para aquella batalla.

Arturo fue alternando entre el canal de los exploradores y el de los jefes de escuadrón. Los dos enfrentamientos eran intensos, pero por fin, para nuestro alivio, llegó una buena noticia.

—¡Bombardero destruido! —informó Capa—. La bomba aniquiladora está en caída libre hacia el suelo. ¡Todos los exploradores, apartaos! ¡Sobrecargad, ya! —Su canal vaciló y crepitó.

Esperamos, ansiosos. Y me pareció oír la secuencia de tres explosiones resonando en la lejanía. De hecho, estaba segura de que era eso. Tirda. Había sido muy cerca de Alta.

—¿Capa? —dijo Férrea—. Buen trabajo.

—Está muerta —dijo una voz suave por el canal. Era FM—. Aquí identificador: FM. Capa ha muerto en la explosión. Quedamos… Señora, quedamos tres pilotos en el escuadrón de exploradores. Los demás han muerto en la lucha.

—Confirmado —dijo Férrea—. Que las estrellas acojan sus almas.

—¿Quiere que… regresemos a la otra batalla? —preguntó FM.

—Sí.

—Muy bien. —Sonaba alterada.

Miré a los demás, llena de frustración. Seguro que había algo que pudiéramos hacer.

—Arturo —dije—, ¿tu familia no tenía naves privadas?

—Tres cazas —respondió él—. Abajo, en las cavernas profundas. Pero tienen por norma no involucrarse en batallas de la FDD.

—¿Ni siquiera en las más desesperadas, como esta? —preguntó Kimmalyn.

Arturo titubeó un momento y habló en voz más baja.

—Sobre todo, en batallas como esta. Están para proteger a mi familia si tenemos que evacuar. Cuanto peor se ponga la cosa, menos probable es que mis padres ofrezcan sus naves.

—¿Y si no se las pedimos? —propuso Nedd—. ¿Y si cogemos las naves y ya está?

Arturo y él cruzaron la mirada y sonrieron. Los dos me miraron, y el corazón me tembló de emoción. Volar otra vez. En una batalla como aquella, similar a la Batalla de Alta.

La batalla en la que… en la que mi padre se había venido abajo. Era demasiado peligroso que yo subiera allí arriba. ¿Y si hacía lo mismo que él y me volvía contra mis amigos?

—Llevaos a Kimmalyn —me descubrí diciendo.

—¿Estás segura? —preguntó Arturo.

—¡Yo no! —protestó Kimmalyn. Me cogió las manos—. Peonza, tú eres mejor que yo. Seguro que fallo otra vez.

—Las naves de mi familia están en una caverna protegida —dijo Arturo —. Tardaremos como mínimo quince minutos en subirlas con el montacargas privado para naves. Y eso, sin contar la parte de ingeniárnoslas para colarnos y robarlas.

Apreté las manos de Kimmalyn.

—Rara —le dije—, eres la mejor tiradora que he visto nunca, la mejor de la que he oído hablar en la vida. Te necesitan. FM y Jorgen te necesitan.

—Pero tú…

—Yo no puedo volar, Rara —la interrumpí—. Hay un motivo médico que no puedo explicar ahora mismo, así que tienes que ir tú. —Le apreté más las manos.

—Fallé a Arcada —dijo ella en voz baja—. Fallaré a los demás.

—No. La única forma de que falles, Kimmalyn, es no estando allí. Tienes que estar allí.

Se le humedecieron los ojos y me aferró en un abrazo. Arturo y Nedd salieron a toda prisa del restaurante y Kimmalyn corrió tras ellos.

Me hundí en mi asiento y me apoyé en la mesa, crucé los brazos y apoyé en ellos la cabeza.

La conversación continuó por el canal de radio, y se añadió a ella una voz nueva.

—Mando de Vuelo —dijo una voz entrecortada de mujer—. Aquí el puesto de avanzada antiaéreo cuarenta y siete. Nos han destruido, señora.

—¿Destruido? —dijo Férrea—. ¿Qué ha pasado?

—Nos ha alcanzado la onda expansiva de la aniquiladora —dijo la mujer—. Estrellas. Ahora mismo estoy saliendo de entre los escombros. He cogido esta radio del cadáver de mi oficial al mando. Parece que… las baterías antiaéreas cuarenta y seis y cuarenta y ocho también han caído. Esa bomba ha caído cerca. Tiene un agujero en sus defensas, señora. Tirda, tirda, tirda. ¡Necesito transportes médicos!

—Entendido, puesto de avanzada cuarenta y siete. Enviamos…

—¿Señora? —dijo de nuevo la voz de la artillera—. Dígame que ve eso en el radar.

—¿El qué?

Tuve un escalofrío.

—Lluvia de escombros —dijo la artillera—. Al norte de aquí. Un momento, tengo unos prismáticos por aquí.

Esperé, crispada, imaginando a una sola artillera trepando por los restos de su emplazamiento antiaéreo destruido.

—Tengo contacto visual con múltiples naves krells —informó la artillera—. Un segundo grupo, que desciende lejos de la batalla del astillero. Señora, vienen justo por donde nuestras defensas han caído. ¡Confirme! ¿Me ha oído?

—Te hemos oído —dijo Férrea.

—Señora, van derechos hacia Alta. ¡Despliegue las reservas!

No había reservas. El frío de mi interior se hizo hielo. Férrea había enviado todo lo que teníamos al combate por el astillero. Y acababa de aparecer un segundo grupo de krells en el cielo, justo en el punto donde la bomba había destruido nuestras defensas.

Era una trampa.

Los krells habían querido que el enfrentamiento se desarrollara así. Habían querido alejar a nuestros cazas atrayéndolos a una batalla lejos de

Alta. Nos habían convencido de que todas las naves krells estaban luchando allí, para que lanzáramos todos nuestros efectivos contra ellas. Y luego habían dejado caer una aniquiladora contra nuestras baterías antiaéreas con el objetivo de abrir camino.

Así, podrían lanzar contra nosotros más cazas y otra bomba.

Pum.

Adiós Desafiantes.

—Escuadrón Contracorriente —dijo la almirante Férrea—, ¡os quiero de vuelta en Alta ya mismo! ¡A toda velocidad!

—¿Señora? —dijo el jefe de escuadrón—. Podemos retirarnos, pero estamos a más de treinta minutos de distancia, incluso volando a Mag 10.

—¡Daos prisa! —ordenó ella—. Volved aquí.

«Son demasiado lentos», pensé. Alta estaba condenada. No le quedaban naves. No le quedaban pilotos.

Excepto una.

49

Aun así, no me quedé convencida del todo.

Había decidido no acompañar a Nedd y los demás porque era demasiado peligroso. ¿Qué pasaba con el defecto?

En ese momento, la voz de Arcada regresó a mí. «Es un pacto —pareció susurrarme—. Valientes hasta el final. No recularemos, Peonza».

Nada de recular. Alta estaba en peligro, ¿y yo iba a quedarme allí sentada? ¿Porque me daba miedo lo que *quizá* podría hacer?

No. Era porque en el fondo, no sabía si era una cobarde o no. Porque no solo me preocupaba el defecto, sino si era digna de volar. En ese momento, la verdad me dio un buen golpe. Al igual que la almirante, estaba usando el defecto como excusa para evitar afrontar el problema real.

Para evitar descubrir por mí misma quién era.

Me levanté y salí del restaurante a la carrera. ¿Qué hacía pensando en el defecto? ¡Iban a soltar una aniquiladora para destruir tanto Alta como Ígnea! Daba igual si yo era peligrosa. Los krells lo eran mucho mucho más.

Corrí calle abajo hacia la base, mientras en mi mente empezaba a cuajar un plan poco definido de ir a buscar a M-Bot. Pero tardaría demasiado y, además, se había apagado a sí mismo. Me imaginé a mí misma irrumpiendo en la caverna para encontrar solo un pedazo de metal muerto, vacío, que no quería encenderse.

Me detuve en la calle, jadeando, sudada, y miré hacia las colinas… y luego hacia la base Alta.

Había otra nave.

Volví calle arriba y crucé las puertas, enseñando en alto mi insignia de cadete para que me dejaran pasar. Giré a la derecha, hacia las plataformas de lanzamiento y llegué casi sin aliento hasta donde el personal de tierra estaba lanzando transportes médicos en dirección a las baterías antiaéreas. Las naves voluminosas y lentas se alzaron con suavidad por el aire sobre grandes anillos de pendiente.

Vi a Dorgo, el operario que solía trabajar con mi nave, y corrí hacia él.

—¿Cielo Diez? —preguntó Dorgo—. ¿Qué estás…?

—La nave averiada, Dorgo —dije, resollando—. Cielo Cinco. El caza de Arturo. ¿Puede volar?

—Se supone que íbamos a desmontarlo para reutilizar las piezas —dijo él, atónito—. Empezamos a repararlo, pero está sin escudos y no nos han llegado repuestos. La dirección tampoco va bien del todo. No está listo para el combate.

—¿Puede volar?

Varios miembros del personal de tierra se miraron entre ellos.

—Técnicamente, sí —respondió Dorgo.

—¡Preparadlo para mí! —pedí.

—¿La almirante lo ha aprobado?

Miré hacia un lado de la plataforma de lanzamiento, donde había una radio parecida a la de Arturo escupiendo la conversación del canal de jefes de escuadrón. Habían estado escuchando todos.

—Hay un segundo grupo de krells que vienen directos hacia Alta —dije, señalando—. Y no tenemos reservas. ¿Quieres ir a hablar con la mujer que me odia por motivos irracionales o quieres lanzarme al tirdoso aire?

Nadie dijo nada.

—¡Preparad Cielo Cinco! —gritó por fin Dorgo—. ¡Vamos, vamos!

Dos operarios salieron corriendo y yo entré en el vestuario para salir un minuto más tarde, después del cambio de ropa más veloz hecho nunca, en un traje de vuelo. Dorgo me acompañó hasta un Poco que el personal estaba sacando a la plataforma de lanzamiento con una grúa para naves.

Dorgo cogió una escalera.

—¡Tony, ahí está bien! ¡Desengánchala!

Colocó la escalera de golpe mientras la nave terminaba de detenerse.

Subí a toda prisa y entré en la cabina abierta, intentando no mirar las negras cicatrices de destructor que tenía la nave en el costado izquierdo. Tirda, estaba hecha polvo.

—Escucha, Peonza —dijo Dorgo, que había subido detrás de mí—. No tienes escudo. ¿Lo entiendes? El sistema estaba fundido del todo, así que se lo sacamos. Volarás expuesta por completo.

—Entendido —respondí, poniéndome las correas.

Dorgo me puso un casco en las manos. Era el mío, con mi identificador escrito.

—Aparte del escudo, el anillo de pendiente será lo que más problemas puede darte —dijo él—. Está muy cascado, y no sé si te fallará o no. La esfera de control también la teníamos apuntada para arreglarla. —Me miró—. La eyección aún funciona.

—¿Qué importa eso?

—Que eres más lista que la mayoría —dijo él.

—¿Destructores? —pregunté.

—Siguen operativos. Tienes suerte. Íbamos a quitárselos esta noche.

—No sé yo si esto cuenta como suerte —dije, poniéndome el casco—. Pero es lo único que tenemos. —Le levanté el pulgar.

Él imitó el gesto, su equipo apartó la escalera y mi cubierta descendió y se selló.

La almirante Judy Ivans, Férrea, estaba en el centro de mando. Con las manos cogidas a la espalda, contemplaba un holograma proyectado desde el suelo en el que se veían minúsculas naves en formación.

El astillero había sido un señuelo desde el principio. Habían engañado a Judy: los krells habían anticipado lo que haría y habían aprovechado ese conocimiento.

Era una de las reglas más antiguas de la guerra. Si sabías lo que iba a hacer tu enemigo, ya tenías la batalla medio ganada.

Pronunció una orden en voz baja y el holoproyector pasó al segundo grupo de naves enemigas, el que se aproximaba a Alta. Quince krells. Brillantes triángulos azules, ya visibles para el radar de corto alcance, que era mucho más preciso que los de largo alcance.

Y mostraba que una de aquellas naves era, en efecto, un bombardero.

Las naves siguieron acercándose a la zona mortal, delimitada por una línea imaginaria a partir de la cual, si detonaban una aniquiladora, asolarían Alta. Pero los krells no pensaban detenerse ahí. Seguirían adentrándose e intentarían soltarla justo encima de la base. De ese modo, su bomba penetraría hasta las profundidades y destruiría Ígnea.

«He condenado a toda la humanidad», pensó Ivans.

Quince figuras azules. Sin nada que se les opusiera.

Entonces, alzándose desde Alta, apareció un solitario triángulo rojo. Una nave Desafiante.

—¿Rikolfr? —dijo Férrea—. ¿Los dueños de naves privadas al final han respondido a mi llamada? ¿Están reuniendo sus cazas?

Solo había ocho en las cavernas profundas, pero serían mejor que nada. Quizá bastaran para evitar un desastre.

—No, señora —respondió Rikolfr—. Lo último que sabemos es que se preparaban para evacuar.

—Entonces ¿quién va en esa nave? —preguntó Férrea.

Por toda la frenética sala de mando, la gente se volvió de sus pantallas para mirar el holograma y su único triángulo rojo. Una voz se conectó al canal de jefes de escuadrón.

—¿Lo he hecho bien? ¿Me lo confirma alguien? Aquí Cielo Diez, identificador: Peonza.

Era ella.

—La defectuosa —susurró Férrea.

50

Aquí Mando de Vuelo —dijo Férrea por mi radio—. Cadete, ¿de dónde has sacado esa nave?

—¿Acaso importa? —pregunté—. Deme un rumbo. ¿Dónde están esos krells?

—Hay quince naves en ese escuadrón, chica.

Tragué saliva.

—¿Rumbo?

—57-113,2-15.000.

—Bien.

Cambié de dirección y sobrecargué el propulsor. Los ConGravs se activaron durante los primeros segundos, pero luego apreté los dientes cuando me golpeó la aceleración. Mi Poco empezó a repiquetear bajo la tensión, incluso a la relativamente baja velocidad de Mag 5. ¿Con qué se mantenía de una pieza esa nave, con moco y oraciones?

—¿Cuánto falta para que entren en la zona mortal? —pregunté.

—Menos de ocho minutos —dijo Férrea—. Según nuestras proyecciones, llegarás hasta ellos en unos dos minutos.

—Estupendo —dije. Respiré hondo e hice acelerar poco a poco la nave a Mag 6. No me atrevía a correr más por lo mucho que tiraba hacia atrás de la nave aquella ala quemada—. Puede que lleguen algunos refuerzos más. Cuando los vea, dígales lo que está pasando.

—¿Sois más? —pregunté Férrea.

—Eso espero. —Dependería de si Arturo y los demás lograban robar unas cuantas naves—. Tendré que contener a los krells hasta entonces. Yo sola. Con una nave que no lleva escudo.

—*¿Estás sin escudo?*

—Tengo confirmación visual de los krells —dije, sin hacer caso a la pregunta—. ¡Allá voy!

Los cazas krells se lanzaron a por mí. Sabía que eran solo quince, pero allí, volando sola y desprotegida, me parecieron una flota entera. Viré inmediatamente a un lado, con el fuego de destructor brillando por todo mi alrededor. Empezó a seguirme por lo menos una docena de naves, y mi alarma de proximidad se volvió loca.

Hice una escora cerrada, deseando que hubiera escombros con los que poder maniobrar más deprisa. Tracé una curva, evitando de algún modo que me acertaran, hasta que la vi. Una nave más lenta y más grande. Avanzaba pesadamente, lastrada por una enorme bomba que llevaba por debajo, casi tan grande como la propia nave.

—Mando de Vuelo —dije mientras me lanzaba en picado, rodeada de fuego de destructor—, tengo confirmación visual de una aniquiladora.

—Abátela, cadete —ordenó la almirante de inmediato—. Ya me has oído. Si puedes dispararle, *derriba esa nave*.

—Afirmativo —respondí, y ejecuté un bucle giratorio. El indicador de mis ConGravs se iluminó para avisarme de que había agotado su breve efecto de amortiguación, y la aceleración me aplastó contra el lado de la cabina y de mi asiento.

Mantuve la conciencia sin saber muy bien cómo mientras se me cruzaba un par de naves krells por delante. Mi reacción instintiva era darles caza.

«No». Estaban ofreciéndome objetivos para apartarme. Esquivé en dirección contraria y las naves que llevaba detrás liberaron una demencial tormenta de destructores.

No duraría mucho en aquel combate. No podría resistir hasta que llegaran Arturo y los demás. Los krells acabarían conmigo mucho antes.

Tenía que llegar al bombardero.

Los krells intentaron llevarme hacia un lado, pero esquivé entre dos de ellos y mi nave se sacudió al cruzar sus estelas. Eso no solía pasar, porque las turbinas atmosféricas lo compensaban. Las mías todavía funcionaban, por suerte, pero era evidente que tampoco demasiado bien.

Con los dientes castañeando por el traqueteo, rodeé más naves, me concentré en mi objetivo y liberé una andanada de disparos de destructor.

Algunos impactaron en el bombardero, pero su escudo los absorbió, y no estaba lo bastante cerca para activar el PMI. Las pequeñas y extrañas naves que acompañaban al bombardero se separaron y volaron en mi dirección, obligándome a virar.

Tracé una larga curva, intentando no hacer caso al hecho de que me estaban persiguiendo casi dos escuadrones de enemigos.

Enfoqué la atención en mi nave. En mis maniobras.

Yo, los controles y la nave. Juntos, reaccionando a…

Derecha.

Esquivé justo antes de que una nave krell me cortara el paso.

Van a abrir fuego continuado. Descendí por debajo de una repentina y concentrada ráfaga.

Izquierda.

Hice un giro en barrido por instinto y pasé dando vueltas sobre mí misma entre dos naves enemigas, haciendo que chocaran.

Era asombroso. Pero de algún modo, no sabía cómo, alcanzaba a oírlos en mi mente. De algún modo, sabía… las órdenes que se estaban enviando a los cazas enemigos.

Podía *oírlas*.

Judy estaba de pie en silencio junto al holograma y, poco a poco, los ayudantes y los almirantes de menor rango se congregaron junto a ella. Ya habían retirado todos los escuadrones del combate por el astillero y los habían enviado a toda velocidad de regreso hacia Alta.

Llegarían tarde. Incluso el Escuadrón Contracorriente, al que Judy había ordenado regresar antes, estaba demasiado lejos. En ese momento, lo único que importaba era un puntito rojo en medio de aquel remolino azul. Un *grandioso* puntito rojo que serpenteaba entre los ataques enemigos, evitando la destrucción una y otra vez, por imposible que pareciera.

De algún modo, aquella chica estaba enfrentándose a un número abrumador de enemigos y sobreviviendo.

—¿Alguna vez había visto a alguien volar así? —preguntó Rikolfr.

Judy asintió.

Había visto a alguien. A otro único piloto.

No me veía capaz de explicarlo. Sin saber cómo, sentía las órdenes que llegaban desde arriba, las que decían a las naves krells lo que tenían que hacer. Podía oírlas. Los oía procesando, pensando.

No era una ventaja crucial, pero sí suficiente. Justo la que necesitaba para poder trazar otro bucle con mi traqueteante Poco y disparar de nuevo al bombardero.

«Ya van cinco impactos», pensé mientras me veía obligada a retirarme de nuevo por las cuatro naves guardianas negras. El escudo del bombardero debía de estar a punto de caer. El entrenamiento de Cobb me advirtió de que estuviera preparada para sobrecargar el propulsor en el momento en que

derribara al bombardero. Cuando la aniquiladora chocara contra el suelo, la detonación haría que…

—¿Peonza? —Era la voz de Jorgen.

Estuvo a punto de desconcentrarme. Viré para esquivar.

—Peonza, ¿eres tú? —preguntó—. Mi jefe de escuadrón me ha dicho que has aparecido en el canal. ¿Qué está pasando?

—Estoy… —dije entre unos dientes que rechinaban—. Estoy pasándolo de muerte sin ti. Más. Krells. Para. Mí.

—Voy con el Escuadrón Contracorriente —dijo Jorgen—. Vamos a ayudarte.

Me quedé sin réplicas ingeniosas y sin bravuconadas.

—Gracias —susurré, con el casco pegado al cuero cabelludo por el sudor mientras intentaba regresar para hacer otra pasada.

Cayeron disparos rojos hacia mí, dirigidos a mi nave. Pero pude esquivarlos. Sabía lo que iban a…

Una explosión sacudió mi caza y le arrancó la punta del morro. Algo me había disparado sin que pudiera anticiparme a ello.

Mi Poco traqueteó y empezó a salirle humo del morro, mientras mi consola se convertía en un campo de luces rojas. Pero conservaba la capacidad de maniobra y esquivé hacia un lado.

«Ese disparo —pensé—. Una nave negra me ha dado, y no puedo oír en mi mente las órdenes que le llegan».

Di otro rodeo para abalanzarme sobre el bombardero otra vez. Pulsé los gatillos, pero no pasó nada. Tirda. Los destructores estaban en el morro. Los había dañado ese disparo.

Mi esfera de control temblaba, amenazando con salirse. Justo como me había advertido Dorgo.

—Te queda un minuto hasta que ese bombardero llegue a la zona mortal, Cielo Diez —dijo Férrea sin levantar la voz.

No respondí, esforzándome por mantener la delantera a los enemigos que me acosaban.

—Si entra en la zona —dijo Férrea—, tienes autorización plena para derribarlo de todos modos. ¿Recepción confirmada, piloto?

Las aniquiladoras estaban preparadas para estallar si recibían un disparo o si caían al suelo. Por lo tanto, si derribaba el bombardero después de que superara la línea de la zona mortal, la onda expansiva destruiría Alta, pero no Ígnea.

—Confirmada —dije, escorándome.

«Voy sin armas».

Oía el viento casi como si no tuviera cubierta. Seguía teniendo el morro incendiado.

«Menos de un minuto».

Gané altitud y luego me lancé en picado, seguida aún por una horda de naves krells.

«El escudo de ese bombardero tiene que estar a punto de caer».

Encaré mi caza hacia el bombardero que volaba por debajo y sobrecargué el propulsor.

—¿Cadete? —dijo Férrea—. Piloto, ¿qué estás haciendo?

—Me he quedado sin armamento —siseé entre dientes apretados—. Tengo que embestirlo.

—Entendido —susurró Férrea—. Que los Santos estén contigo, piloto.

—¿Cómo? —dijo Jorgen por radio—. ¿Qué? ¿Embestirlo? ¡Peonza!

Me abalancé en picado hacia el bombardero enemigo.

—Peonza —dijo Jorgen, su voz apenas audible sobre los bocinazos de alarma y el rugido del aire alrededor de mi cabina—. Peonza, morirás.

—Sí —susurré—, pero habré ganado de todas formas.

Seguí a toda velocidad hacia la nave, rodeada de una columna de fuego enemigo. Y entonces, por fin, saturada por el esfuerzo, mi pobre y averiada nave decidió que había tenido suficiente.

El anillo de pendiente se desactivó.

Mi caza se precipitó hacia el suelo sin que me lo esperara, haciendo que me quedara corta y no me estrellara contra el bombardero. Azotada por el viento y sin el anillo de pendiente para mantenerla elevada, mi nave empezó a girar descontrolada.

Todo se convirtió en un borrón de humo y fuego.

51

No se debería poder pensar en momentos como aquel. Se suponía que pasaba todo muy deprisa.

Mi mano se movió por instinto hacia la palanca de eyección que tenía entre las piernas. Mi nave estaba en giro descontrolado sin control de altitud. Iba a estrellarme.

Me quedé paralizada.

No había nadie más lo bastante cerca. Si no los detenía yo, los krells seguirían volando sin oposición y destruirían Ígnea.

Si me estrellaba, todo habría acabado.

Volví a asir el acelerador. Con la otra mano, desactivé las turbinas atmosféricas, dejando mi nave completamente a merced del viento. Entonces empujé a fondo el acelerador y sobrecargué el propulsor.

En los viejos tiempos, era así como se pilotaban los cazas. Necesitaba ganar altura a la antigua usanza, y eso se lograba mediante la velocidad.

Mi nave se sacudió tanto que creí que se desmoronaría, pero apoyé el peso en la esfera de control y enderecé la espiral en la que caía. «¡Venga, venga!».

Noté que funcionaba. Forcejeé con los alerones de control que había en las alas y noté que la aceleración menguaba mientras mi nave empezaba a nivelarse. Podía hacerlo. Podía…

Raspé contra el suelo.

Los ConGravs se activaron a la máxima potencia al instante, protegiéndome del grueso del impacto. Pero por desgracia, no había recuperado el control lo bastante deprisa y la nave no había ganado la suficiente elevación.

La nave resbaló por el suelo, y el segundo impacto me lanzó hacia delante contra las correas, sacándome el aire de los pulmones. Mi pobre Poco se arrastró sobre la polvorienta superficie y la cabina vibró. La cubierta se hizo añicos y di un chillido. No tenía el menor control. Solo me quedaba agarrarme bien y esperar que los ConGravs tuvieran tiempo de recargarse entre…

CRAC.

Con un devastador sonido de metal retorcido, el Poco terminó de detenerse.

Me dejé caer contra las correas, aturdida, y el mundo dio vueltas a mi alrededor. Gemí, intentando recobrar el aliento.

Poco a poco, se me normalizó la visión. Sacudí la cabeza y logré echarme a un lado para mirar fuera de la cubierta rota de la cabina. Mi nave ya no existía. La había estampado contra la ladera de una colina, y mientras resbalaba había perdido las dos alas y un buen trozo de fuselaje. A grandes rasgos, estaba en una silla atada a un tubo. Hasta las luces de advertencia de mi panel de mando estaban desactivadas.

Había fracasado.

—Caza abatido —dijo alguien del Mando de Vuelo por la radio de mi casco—. El bombardero sigue avanzando. —La voz de la mujer perdió fuerza —. Ha entrado en la zona mortal.

—Aquí Cielo Cinco —llegó la voz de Arturo—. Identificador: Anfi. Tengo conmigo a Cielo Dos y Cielo Seis.

—¿Pilotos? —dijo Férrea—. ¿Voláis en naves privadas?

—Más o menos —respondió él—. Dejaré que se lo explique usted a mis padres.

—Peonza —dijo alguien desde el Mando de Vuelo—. ¿Cuál es tu estado? Hemos visto un aterrizaje forzoso controlado. ¿Tu nave es móvil?

—No —dije con un graznido.

—¿Peonza? —preguntó Kimmalyn—. ¡Oh! Pero ¿qué has hecho?

—Nada, por lo visto —dije frustrada mientras intentaba quitarme las correas. Las muy tirdosas se habían atascado.

—Peonza —me dijeron desde el Mando de Vuelo—. Abandona la nave. Se aproxima un krell.

«¿Cómo que se aproxima un krell?». Estiré el cuello y miré hacia atrás a través de mi cubierta rota. Una nave negra de las cuatro que defendían al bombardero había dado media vuelta para comprobar los restos de mi accidente. Era evidente que no quería que yo volviera al aire y los atacara desde detrás.

La oscura nave volaba a poca actitud y se me acercaba cada vez más. Supe, al mirarla, que no iba a dejar mi supervivencia al azar. Me quería eliminar. *Sabía algo* sobre mí.

—¿Peonza? —insistieron desde el Mando de Vuelo—. ¿Estás fuera?

—Negativo —susurré—. Estoy atrapada en las correas.

—¡Ya voy! —gritó Kimmalyn.

—¡Negativo! —exclamó Férrea—. Vosotros tres, atacad a ese bombardero. De todas formas, estáis demasiado lejos.

—Aquí Contracorriente Ocho —dijo Jorgen por radio—. ¡Peonza, voy para allá! ¡Tiempo estimado, seis minutos!

La nave krell negra abrió fuego contra lo que quedaba de mi nave.

Y en ese preciso momento, una sombra oscura me pasó por encima después de aparecer por la cima de la colina, casi rozándola y haciendo llover polvo sobre mí. Los destructores del enemigo impactaron contra el escudo del recién llegado.

¿Cómo…?

Era un caza grande, de elegantes alas… en forma de W.

—Aquí Chucho —dijo una voz áspera—. Aguanta, chica.

Cobb. Cobb estaba *pilotando a M-Bot*.

Chucho disparó su lanza de luz y ensartó con habilidad la nave krell oscura cuando se cruzaron. M-Bot era muchísimo más grande que la otra nave. Tiró hacia atrás de la nave asesina krell como un amo asiendo la correa de su perro, y luego giró en una maniobra calculada que hizo trazar un amplio arco a la nave enemiga antes de arrojarla contra el suelo.

—¿Cobb? —dije—. ¡Cobb!

Me respondió su voz por radio:

—Creo que te había dicho que te eyectaras en situaciones como esta, piloto.

—¿Cobb? ¿Cómo…? ¿Qué…?

M-Bot se situó junto a mi nave, o más bien junto a lo que quedaba de ella, y aterrizó, descendiendo mediante su anillo de pendiente. Con un poco más de esfuerzo, por fin logré quitarme las correas.

Estuve a punto de tropezar mientras bajaba de los restos de mi nave y corría hacia M-Bot. Salté a una roca y subí por el ala de M-Bot como tantas veces había hecho antes. Cobb estaba sentado en la cabina abierta y, junto a él, sobre el apoyabrazos, estaba la radio que le había devuelto. La radio que…

—¡Hola! —exclamó M-Bot desde la cabina—. ¡Te ha faltado poco para fallecer, de modo que te diré algo que te distraiga de las graves y embotadoras implicaciones de tu propia mortalidad! Tus zapatos son espantosos.

Reí, casi histérica.

—No quería resultar predecible —añadió M-Bot—, y por eso he dicho que son espantosos. Pero, en realidad, opino que esos zapatos están bastante bien. Por favor, no lo consideres una mentira.

Dentro de la cabina, Cobb estaba temblando. Le tiritaban las manos y tenía la mirada fija al frente.

—Cobb —dije—. Se ha metido en una nave. Ha *volado*.

—Este trasto está loco de atar —dijo él. Se volvió hacia mí y pareció salir de su estupor—. Ayúdame.

Se quitó las correas y lo ayudé a salir de la cabina.

Tirda. Tenía un aspecto horrible. Volar por primera vez en años lo había desgastado muchísimo.

Saltó al suelo desde el ala.

—Tienes que hacer que ese bombardero vuelva hacia el cielo. No dejes que explote y me vaporice. Aún no me he tomado mi taza de café de por las tardes.

—Cobb —dije, agachándome y mirándolo desde el ala—. Me… me ha parecido oír a los krells en mi mente. De alguna forma, pueden meterse en mi cabeza.

Levantó el brazo y me cogió la muñeca.

—Vuela de todos modos.

—Pero ¿y si hago lo que hizo él? ¿Y si me vuelvo contra mis amigos?

—No lo harás —dijo M-Bot desde la cabina.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque puedes elegir —dijo M-Bot—. *Podemos* elegir.

Miré a Cobb, que se encogió de hombros.

—Cadete, llegados a este punto, ¿qué tenemos que perder?

Apreté los dientes y me dejé caer en la familiar cabina de M-Bot. Me puse el casco y me ceñí las correas mientras el propulsor se encendía de nuevo.

—Le he llamado yo —dijo M-Bot con tono satisfecho.

—Pero ¿cómo? —pregunté—. Te apagaste.

—Eh… No me apagué del todo —dijo la máquina—. En vez de eso, pensé. Y pensé. Y pensé. Y entonces te oí llamarme y suplicarme ayuda. Y entonces… escribí un programa nuevo.

—No lo entiendo.

—Era un programa simple —dijo él—. Servía para modificar una entrada de una base de datos, mientras yo no miraba, y sustituir un nombre por otro. Debo obedecer las órdenes de mi piloto.

Sonó una voz por sus altavoces. La mía.

«Por favor —le dijo la voz—. Te necesito».

—He elegido un nuevo piloto —dijo M-Bot.

Cobb se apartó y yo apoyé las manos en los controles, respirando hondo, sintiendo…

Calma.

Sí, calma. La sensación me recordó a aquella vez, el primer día en la escuela de vuelo, cuando me había embargado una extraña tranquilidad al dirigirme a la batalla. Me había impresionado no estar nada asustada.

Aquella vez, había sido por ignorancia. Por bravuconería. Había dado por sentado que sabía lo que era ser piloto. Había supuesto que podía con ello.

La paz que estaba sintiendo era parecida, y al mismo tiempo opuesta. Era la paz de la experiencia y la comprensión. Mientras nos elevábamos, descubrí un tipo distinto de confianza que se alzaba en mi interior. No nacía de las historias que me contaba a mí misma, ni de un sentimiento forzado de heroísmo.

Lo sabía.

Cuando me habían derribado por primera vez, me había eyectado porque no había tenido sentido que muriera junto a mi nave. Pero en el momento en que había tenido importancia, cuando había sido crucial que intentara proteger mi nave, por muy poca probabilidad de éxito que tuviera, me había quedado en la cabina y había tratado de mantener mi caza en el aire.

Mi confianza era la de una persona que *lo sabía*. Nadie podría volver a convencerme de que era una cobarde. Daba igual lo que dijera todo el mundo, lo que pensara todo el mundo, lo que afirmara todo el mundo.

Yo sabía lo que era.

—¿Estás preparada? —preguntó M-Bot.

—Por primera vez en mi vida, creo que lo estoy. Dame toda la velocidad que puedas. Ah, y apaga los dispositivos de sigilo.

—¿En serio? —dijo él—. ¿Por qué?

—Porque —respondí, empujando el acelerador—, esto quiero que *lo vean venir*.

52

Judy Ivans, Férrea, observó a la fuerza krell aproximarse cada vez más a Alta.

Las conversaciones por radio llenaban la sala de mando, pero no era la charla habitual de batalla. Estaban llamando varias familias poderosas para anunciar que iban a escapar en sus propias naves. Cobardes, todos ellos. En el fondo, Judy había sabido lo que iba a pasar, pero aun así le partió el corazón.

Rikolfr se acercó a ella, cargado con informes. Era la única otra persona que aún miraba el holoproyector. Todos los demás estaban sumidos en la confusión, operadores y almirantes subordinados enviando alarmas frenéticas a la población de Ígnea, ordenando una evacuación de emergencia.

Para lo que iba a servir.

—¿Cuánto tiempo hasta que el bombardero llegue a Alta? —preguntó Judy.

—Menos de cinco minutos —dijo Rikolfr—. ¿Evacuamos el centro de mando a una caverna inferior? Quizá sean lo bastante seguras.

Judy negó con la cabeza.

Rikolfr tragó saliva, pero siguió hablando.

—La última línea de baterías antiaéreas de emergencia ha avisado por radio. Los cazas krells han llegado hasta ellas y están atacando. Han caído tres y las demás están soportando fuego intenso.

Se suponía que siempre debía haber cazas para ayudar a las armas antiaéreas. Judy señaló con la barbilla los tres pequeños triángulos rojos del holograma, que volaban para enfrentarse al enemigo. Eran cazas robados, según había sabido. Patriotas, verdaderos Desafiantes.

—Conéctame con esos cazas —dijo, y activó el micrófono de sus auriculares antes de hablar—. ¿Escuadrón Cielo?

—Aquí estamos, señora —respondió Anfi. Era el hijo de Valda. ¿Cómo se llamaba, Arturo?—. Piloto, tenéis que derribar esa bomba. En menos de cinco minutos, estará en posición para destruir Ígnea. ¿Entendido? Autorizo la destrucción de esa bomba cueste lo que cueste.

—Pero ¿y Alta, señora? —preguntó el chico.

—Ya está muerta —dijo ella—. Yo estoy muerta. Haced caer esa bomba. Sois tres cazas contra dieciséis. —Miró los informes—. Dentro de dos

minutos, el Escuadrón Contracorriente se unirá a vosotros. Tienen seis cazas más, tres de los cuales son naves exploradoras. El resto de nuestras fuerzas está demasiado lejos para poder hacer algo.

—Entendido, Mando de Vuelo —dijo el chico, con una voz que sonaba nerviosa—. Que las estrellas los guíen.

—Y a ti, jefe de escuadrón.

Judy dio un paso atrás para mirar la batalla.

—¡Almirante! —gritó un técnico de radio—. ¡Señora! ¡Se acerca un caza sin identificar! ¡Estoy añadiéndolo al holograma!

Apareció un triángulo verde, alejado de la inminente confrontación de naves pero acercándose a una velocidad estremecedora.

Rikolfr dio un respingo. Judy frunció el ceño.

—Señora —dijo el técnico—, esa nave está volando a Mag 20. Cualquier caza nuestro se habría hecho pedazos a esa velocidad.

—¿Qué han encontrado ahora los krells para arrojarnos encima? —murmuró Judy para sí misma.

—Mando de Vuelo —dijo por la línea la voz de una chica conocida—, aquí Cielo Once presentándose a la batalla. Identificador: Peonza.

M-Bot iba tan rápido que el calor de la fricción con el aire incendió su escudo con un fulgor llameante. Surcamos el cielo como una rauda bola de fuego, pero en la cabina apenas notaba un leve temblor.

Después del Poco averiado, era un contraste muy marcado.

—Me temo que aún no estoy a pleno rendimiento —dijo M-Bot—. Propulsor e impulsores, operativos. Anillo de pendiente y controles de altitud, operativos. Comunicaciones y sistemas de sigilo, operativos. Lanza de luz, operativa. Hipermotor citónico, no operativo. Autorreparación, no operativa. Destructores, no operativos.

—No tenemos armas —resumí—. Las estrellas no quieran que pilote una nave que funcione bien del todo aunque sea una vez.

—Eso me ofendería —dijo M-Bot—, si pudiera ofenderme. Además, no te pongas tan arisca. Por lo menos, mi subrutina de agresividad verbal está operativa.

—¿Tu qué?

—Subrutina de agresividad verbal. ¡He pensado que, ya que iba a la batalla, debería gozar de la experiencia! Así que he escrito un programa nuevo para expresarme adecuadamente.

«Ah, maravilloso».

—¡Temblad y temed, enemigos míos! —gritó—. ¡Pues sacudiremos el aire con trueno y sangre! ¡Vuestra perdición es inminente!

—Esto… —dijo la voz de Kimmalyn por radio—. Benditas sean tus estrellas, seas quien seas.

Estupendo. ¿M-Bot había dicho eso por el canal general? Supuse que, dado que su orden de «quedarse en la sombra» estaba sin efecto, ya no le importaba quién lo oyera.

—Es mi nave quien ha hablado, Rara —dije.

—¡Peonza! —exclamó ella—. ¿Has encontrado otro caza?

—Me ha encontrado él a mí —respondí—. Estoy descendiendo a tus siete, y debería llegar a la batalla dentro de pocos segundos.

Según las proyecciones de M-Bot, sería justo al mismo tiempo que llegarían los demás.

—Un momento —dijo Nedd—. ¿Soy muy idiota o Peonza acaba de decir que su nave ha hablado?

—¡Hola, Nedd! —saludó M-Bot—. Puedo confirmar que eres muy idiota, pero todos los humanos lo sois. Tus capacidades mentales parecen estar dentro de una desviación típica de la media de la especie.

—Es complicado —dije—. Bueno, en realidad no. Mi nave puede hablar y no deberíais hacerle caso.

—¡Encogeos y temblad ante mi majestuoso poder destructivo! —añadió M-Bot.

—Parece que encajáis muy bien entre vosotros —comentó Arturo—. Me alegro de que hayas venido, Peonza. ¿No tendrás… un plan, por casualidad?

—Sí —dije—. Antes que nada, veamos cómo reaccionan a mi presencia. Esperad.

Hice rodar a M-Bot sobre su eje y sobrecargué el propulsor hacia atrás, ralentizando nuestra increíble aproximación. Incluso con sus ConGravs avanzados, noté que la aceleración me empujaba contra el asiento. Cuando hubimos reducido a Mag 2,5, volví a rotar en el aire y estudié la situación. Dieciséis cazas krells.

Era el momento. Tenía otra oportunidad.

Debía detener esa bomba.

Pasé veloz por el centro de las naves krells, casi rozando el bombardero y su escolta, compuesta por las tres naves negras restantes. Giré hacia arriba y dejé que vieran bien a M-Bot, con sus diabólicas alas y su peligrosa silueta.

Tenía cuatro cápsulas de destructor, que confié en que no se dieran cuenta de que estaban vacías, y un diseño evidentemente avanzado y poderoso.

Los krells siempre intentaban atacar a la que consideraban que era la nave más peligrosa o la que estaba pilotada por un oficial. Contaba con que vieran a M-Bot y…

… y salieron de inmediato en su persecución. Una bandada de trece naves, todas menos las tres negras, abandonaron su formación y se lanzaron a por mí, abriendo fuego con una caótica andanada de destructores.

Excelente. Aterrador, pero excelente.

—Tenemos que seguir justo por delante de ellos, M-Bot —dije—. Hay que tenerlos engañados, que crean que pueden tomarnos la delantera en cualquier momento.

—Entendido —respondió él—. Arr.

—¿Arr?

—Supuesta forma de hablar de los piratas, aunque en realidad sea un acento estilizado occidental que popularizó el papel interpretado por un individuo concreto. Se supone que resulta intimidatorio.

—Vale.

Negué con la cabeza y emprendí un complejo bucle Ahlstrom.

—Las lagunas de mi memoria me dejaron disponibles algunas exquisiteces eclécticas —dijo él—. Arr.

Viré a la derecha, mirando los sensores de proximidad, y reparé en que habían llegado Arturo, Rara y Nedd.

—¿Estos somos todos, Anfi? —pregunté.

—El Escuadrón Contracorriente está de camino, como a un minuto y medio de distancia —dijo Arturo—. Jorgen está asignado con ellos, y también un par de pilotos más mayores a los que no conozco. Creo que han recogido a unos exploradores mientras venían, así que puede que también traigan a FM.

—Muy bien —dije. Gruñí e hice virar mi nave en otra secuencia de esquivas—. Hasta que lleguen, mira a ver si Nedd y tú podéis acosar a ese bombardero. Pero tened cuidado: esas naves negras que lo protegen son más capaces que un krell normal. Intentad alejar al bombardero para que…

—Negativo —me interrumpió Férrea por radio. Genial. Pues claro que estaba escuchando—. Pilotos, abatid ese bombardero.

—Por mucho que pudiera gustarme que se sacrificara, Férrea —dije—, determinemos antes si es necesario. Anfi, Nedder, haced lo que podáis.

—Hecho, Peonza —dijo Nedd.

—¿Y yo? —preguntó Kimmalyn.

—Apártate —dije—. Apunta a ese bombardero. Espera a que haya caído su escudo y sus guardias estén distraídos.

Se iluminó una línea privada en mi comunicador.

—Spensa —dijo Kimmalyn—, ¿estás segura de que quieres dejarme esto a mí? O sea…

—Yo no llevo armas, Rara —respondí—. Es o tú o nadie. Puedes hacerlo. Prepárate.

Hice un picado, rodeada de disparos de destructor. Pasamos casi rozando el suelo, y mi séquito me siguió como un enjambre furibundo de insectos. Tirda. Ya se veía Alta por delante. Estábamos muy cerca.

Por encima de mí, Nedd y Arturo entablaron combate con los guardianes negros del bombardero. No tuve tiempo de prestarles atención, ya que me vi forzada a esquivar en otra dirección para evitar a un grupo de krells que habían vuelto en bucle para intentar cortarme el paso.

Un par de disparos de destructor impactaron contra el escudo de M-Bot.

—¡Eh! —gritó M-Bot—. ¡Solo por eso, buscaré a vuestros primogénitos y me carcajearé con deleite mientras les narro vuestras muertes con todo lujo de detalles y multitud de adjetivos desagradables!

Gemí. Había vuelto a hablar por el canal del grupo.

—Por favor —pedí a los demás—, decidme que yo no sueno así.

Nadie me respondió.

—¡Que una plaga de singulares enfermedades humanas, muchas de las cuales provoquen incómodas hinchazones, caiga sobre vosotros!

—Ay, tirda. Sí que sueno así, ¿verdad?

Apreté los dientes y aceleré para adelantar al enemigo. Eran muchísimos. Lo único que necesitaban era tener suerte con unos cuantos disparos.

Pero lo único que necesitaba yo era tenerlos entretenidos un poco más de tiempo. Viré a la derecha, enganché a uno con mi lanza de luz y aproveché su impulso para hacer un giro cerrado. Pasé como una exhalación alrededor de sus compañeros mientras liberaba al que había enganchado, que salió despedido hacia abajo, con mal ángulo.

Ahora arriba. Ascendí y rodeé la ladera de una colina, alejándome antes de que los krells pudieran arrinconarme.

—¿Spensa? —dijo M-Bot.

Abajo. Descendí justo antes de que unas naves krells intentaran interponerse en otra dirección.

—¿Cómo estás haciendo eso? —preguntó.

Derecha. Viré entre unas naves que venían hacia mí. Los disparos de sus destructores pasaron pegados a mis alas, pero ni uno solo acertó.

—Estás reaccionando a cosas que todavía no han hecho —dijo M-Bot.

Podía sentir sus órdenes al fondo de mi mente. Tenues pero nítidas, las órdenes llegaban desde arriba para aquellos krells. Estaban comunicándose a través de otro espacio, otro lugar… y yo podía acceder a él. Escuchar sus órdenes.

De algún modo, estaba interiorizando sus órdenes y reaccionando a ellas antes de saber lo que hacía.

Intenté impedir que eso me pusiera los pelos de punta.

M-Bot tenía una agilidad increíble. Era capaz de hacer propulsiones rápidas y virajes deliberados en todas las direcciones. Mientras volaba, me dio la impresión de que podía sentirlo a él también, percibir las mismísimas líneas de electricidad que enviaban mis órdenes a través de su fuselaje. Volé con la destreza inmediata, inconsciente, de una persona al flexionar los músculos. Con la precisión de un cauteloso cirujano pero también con la energía frenética del atleta más fuerte del mundo. Era increíble.

Estaba tan absorta que casi no oí a Arturo llamar por radio.

—Peonza, esto no funciona. Esas naves negras se niegan a alejarse del bombardero. Se enfrentan a nosotros si nos acercamos, pero se repliegan cuando nos apartamos. Y el bombardero sigue volando con rumbo fijo.

—¿Tiempo estimado hasta que el enemigo esté en posición de destruir Ígnea? —pregunté.

—Menos de dos minutos —dijo M-Bot—, a su velocidad actual de…

—Aquí el líder de Contracorriente, identificador: Terrier —intervino una voz masculina—. Por la luz de la Estrella Polar, ¿qué está pasando aquí?

—No hay tiempo para explicaciones —dije—. Jefe de escuadrón, trae todo lo que tengas y ataca a esas naves negras que protegen el bombardero.

—¿Y quién eres tú?

Viré, seguida por mi acompañamiento de furiosas naves krells, y pasé muy cerca por encima de los seis recién llegados a la batalla. Apenas alcancé a verlos por lo denso que era el fuego de destructor en torno a mí. Recibí un tercer impacto, y un cuarto.

—Escudo al cuarenta por ciento de energía —señaló M-Bot.

Me mantuve por delante de casi todos los enemigos, encontrando los huecos entre disparos gracias a que podía interpretar por instinto los movimientos de los krells.

Aparecieron estrellas en mi campo de visión. Puntitos de luz.

Los ojos.

La voz de Jorgen sonó por el canal de radio.

—Señor, con el debido respeto, es una persona a la que debería obedecer. Ahora mismo.

Terrier gruñó y dijo:

—Escuadrón Contracorriente, todas las naves, atacad a esos cazas negros.

—Todas no —dije, rodando sobre mí misma hacia la derecha—. Jorgen, FM, ¿estáis ahí?

—Aquí estamos, Peonza —dijo FM.

—Tomad posiciones los dos cerca de ese bombardero. Voy a llevar este enjambre de krells hacia él y, con un poco de suerte, serán la suficiente distracción para que podáis entrar. Cuando eso ocurra, necesito que anuléis el escudo del bombardero. No nos queda mucho tiempo.

—Entendido —dijo Jorgen—. ¿Conmigo, FM?

—Hecho.

Tracé un amplio bucle que me hizo pasar cerca de Kimmalyn, que se había preocupado de alejarse del campo de batalla principal. Mi séquito la pasó por alto, suponiendo que la peligrosa era yo.

—Rara —dije por un canal privado—, necesito que dispares a ese bombardero.

—Si la nave se estrella, la bomba detonará —me advirtió Kimmalyn—. Morirás. Moriréis todos. Y aunque escapéis, todos los que están en Alta morirán.

—¿Crees que puedes cargarte los motores de la nave? ¿O hacer algo para que el bombardero suelte la aniquiladora?

—Un disparo como ese sería…

—Kimmalyn, ¿qué diría la Santa?

—¡Y yo qué sé!

—Pues entonces, ¿qué dirías tú? ¿Te acuerdas del día en que nos conocimos?

Me escoré y viré de vuelta hacia el bombardero. Terrier y sus naves, acompañadas por Arturo y Nedd, se habían abalanzado contra los cazas negros. Me precipité sobre todos ellos, seguida por el resto de cazas enemigos, para crear un embrollo caótico y frenético.

—Menos de treinta segundos —dijo M-Bot con suavidad.

—Me aconsejaste que respirara hondo —dije a Kimmalyn—, que alcanzara las alturas…

—Y que aferraras una estrella —susurró ella.

Mi llegada, y la de las naves que me perseguían, provocó la confusión que había esperado. Salieron cazas disparados en todas las direcciones, y las naves negras se dispersaron para evitar colisionar con sus propios compañeros.

Oí en mi mente una orden krell concreta enviada al bombardero. Los ojos me acompañaron, de algún modo volviéndose más brillantes, más llenos de odio, mientras oía el habla krell en mi cerebro.

Iniciar cuenta atrás para detonación en cien segundos.

—¡M-Bot! —exclamé—. ¡Alguien de arriba acaba de hacer que la bomba explote con una cuenta atrás de cien segundos!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque los oigo!

—¿Los oyes cómo? ¡No están usando ninguna frecuencia de radio que yo pueda detectar! —Calló un momento—. ¿Puedes oír sus comunicaciones superlumínicas?

Vi un fogonazo a mi derecha.

—¡El PMI ha funcionado! —gritó FM, emocionada—. ¡El bombardero está sin escudo!

—¡Rara, fuego! —chillé.

Una línea de luz roja perforó el campo de batalla. Pasó entre naves krells y justo por encima del ala de Jorgen mientras sobrecargaba el propulsor para alejarse del bombardero.

Y vaya si no acertó en el punto exacto entre el bombardero y la bomba, amputando las abrazaderas. El bombardero siguió volando hacia delante.

Pero la bomba, libre de ataduras, cayó.

—¡Aniquiladora derribada! —gritó Terrier—. ¡Todas las naves, huid sobrecargando! ¡Ya!

Todos se dispersaron, incluidos los krells. Todos menos yo.

Yo me lancé en picado.

53

Aniquiladora derribada! —gritó el líder del Escuadrón Contracorriente—. ¡Todas las naves, huid sobrecargando! ¡Ya!

Judy dejó escapar un largo suspiro. Estaba de pie, con las manos a la espalda, mirando el holograma. A su alrededor, en el centro de mando, hubo algunos aplausos. Otras personas rezaban. Rikolfr estaba sollozando.

Judy se quedó mirando cómo caía la bomba. Había hecho lo que había podido. Quizá la humanidad pudiera recuperarse, con las naves que sobrevivieran. Quizá los Desafiantes pudieran medrar. Tendrían que hacerlo sin la base Alta. Judy se preparó para lo peor. Las naves se dispersaron para intentar escapar de la onda de choque. Todas excepto una.

Esa se lanzó en picado hacia la bomba.

—La defectuosa —susurró Judy.

Enganché la bomba con mi lanza de luz y pasé a ascender con una curva que saturó los increíbles ConGravs de M-Bot. La fuerza me apretó contra el asiento mientras, por los pelos, coronaba una colina polvorienta tirando de la bomba tras de mí.

M-Bot me mostró una cuenta atrás que reproducía la de la aniquiladora. Cuarenta y cinco segundos.

—Tenemos que sacar esa cosa de la zona de muerte —dije, empujando del todo el acelerador y desviando energía para una sobrecarga máxima.

—La cosa estará apurada —repuso él—. Estoy extendiendo la turbina atmosférica para que esa bomba no se suelte de nuestra lanza de luz al acelerar, pero, por encima de Mag 16, la envoltura de la turbina se encogerá demasiado para cubrir del todo la bomba, así que, de momento, ese es nuestro máximo.

Estábamos alejándonos de Alta como una exhalación, acelerando a una velocidad que ninguna nave de la FDD podría haber alcanzado, a pesar de aquella restricción. Sentí la aceleración incluso a través de los ConGravs de M-Bot. Pasamos entre un grupo de naves de la FDD, que dejamos atrás en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Vamos a conseguirlo! —exclamó M-Bot—. Por muy poco. Pero… Oh.

—¿Qué? —pregunté.

—Estaremos en el centro de la detonación cuando explote, Spensa. Y no quiero morir. Esto es de lo más inconveniente.

La cuenta atrás llegó a diez. Por delante, vi una nube de puntos negros en el aire. Krells que perseguían a las naves de la FDD.

—¡Tiene que haber una forma de escapar! —dijo M-Bot—. Propulsor e impulsores, operativos. No, no serán lo bastante rápidos. Anillo de pendiente y controles de altitud, operativos. ¿Podemos elevarnos a la suficiente velocidad? ¡No, no, no!

Me sentía en paz. Serena.

—Comunicaciones y sistemas de sigilo, operativos pero inútiles. Lanza de luz, operativa, transportando la bomba. Si la soltamos demasiado pronto, la onda expansiva alcanzará Alta.

Me hundí en la nave, sintiendo, transformándome en sus mismísimos procesadores mientras trabajaban. Sentí que la cuenta atrás descendía a tres.

—Autorreparación, no operativa. Destructores, no operativos.

Dos.

Noté, más que vi, el estallido de la primera explosión de la bomba detrás de nosotros. Y sentí, más que oí, cómo trabajaba la herramienta de diagnóstico de M-Bot.

—Componente biológico activado —dijo su voz.

Uno.

—Hipermotor citónico, operativo.

Una explosión de fuego nos rodeó.

—¿*Qué*? —dijo M-Bot—. ¡Peonza, activa el…!

Hice algo con mi mente.

Desaparecimos, dejando un agujero con forma de nave en la creciente bola de fuego y destrucción.

54

En ese instante entre latidos del corazón, me sentí a mí misma entrando en un lugar oscuro. Un lugar que no solo era negro, un lugar de *nada*. Donde la materia ni existía ni podía existir.

En ese instante entre latidos del corazón, de alguna manera dejé de ser, pero no dejé de experimentar. Apareció a mi alrededor un campo de blancura, mil millones de estrellas. Como ojos que se abrían al mismo tiempo, brillando sobre mí.

Unas entidades ancestrales se revolvieron. Y en ese instante entre latidos del corazón, no solo me vieron, sino que me conocieron.

Salí de un salto de aquel lugar que no era un lugar y me sentí como si me hubiera lanzado contra las correas, como si me hubieran arrojado físicamente de vuelta a la cabina. Cogí aire de golpe, con el corazón acelerado y el sudor cayéndome por la cara.

Mi nave flotaba, quieta y silenciosa, mientras se iban apagando luces en el panel de control.

—Hipermotor citónico, no operativo —dijo M-Bot.

—¿Qué…? —dije, intentando respirar—. ¿Qué ha sido eso?

—¡No lo sé! —replicó él—. Pero mis instrumentos nos sitúan… calculando… a cien kilómetros del punto de detonación. Vaya. Mi cronómetro interno indica que no hay discrepancia alguna entre nuestro tiempo y el tiempo solar, por lo que no hemos experimentado dilatación temporal… pero, de algún modo, hemos recorrido esa distancia casi instantáneamente. A más velocidad que la luz, sin duda alguna.

Me recliné en el asiento.

—Llama a Alta. ¿Están a salvo?

El canal se activó y oí aullidos y chillidos. Me costó un momento identificarlos como vítores gozosos, no gritos de terror.

—Base Alta —dijo M-Bot—, aquí Cielo Once. Pueden empezar a agradecernos que los hayamos salvado de la aniquilación absoluta.

—¡Gracias! —gritaron algunas voces—. ¡Gracias!

—La ofrenda mejor recibida son las setas —les dijo M-Bot—. Tantas variedades como puedan reunir.

—¿En serio? —dije, quitándome el casco para secarme la frente—. ¿Aún estás con eso de las setas?

—No borré esa parte de mi programación —respondió él—. Le tengo cariño. Me da algo que coleccionar, igual que los humanos eligen acumular objetos inútiles con valor sentimental y temático.

Sonreí, aunque no podía quitarme de encima la insistente sensación de aquellos ojos observándome. Aquellas… *cosas* sabían lo que había hecho, y no les gustaba nada. Quizá hubiera un motivo para que las capacidades superlumínicas de M-Bot hubieran estado desactivadas.

Lo cual me llevaba a una pregunta, por supuesto. ¿Podíamos hacerlo otra vez? La yaya me había dicho que su madre había *sido* el motor de la *Desafiante*. Que ella lo había hecho funcionar.

«La solución no es apagar la chispa, sino aprender a controlarla».

Alcé la mirada hacia el cielo.

Y allí, vi un hueco. Los escombros se movieron de tal forma que revelaron las estrellas. Exactamente igual que… aquel día, cuando estaba con mi padre. La primera vez que subí a la superficie.

Me pareció demasiado trascendental para ser una coincidencia.

—Spensa —dijo M-Bot—, la almirante está intentando contactar contigo, pero no llevas el casco.

Distraída, volví a ponerme el casco, sin dejar de mirar aquel agujero en los escombros. Aquel sendero hacia el infinito. ¿Alcanzaba a… a oír algo allí fuera? ¿Algo que me llamaba?

—Spensa —dijo la almirante—, ¿cómo has sobrevivido a esa explosión?

—No estoy segura —respondí, con sinceridad.

—Supongo que ahora tendré que indultar a tu padre —dijo ella.

—Acaba usted de sobrevivir a la explosión de una aniquiladora por escasos metros —repliqué—, ¿y aun así, en lo único que puede pensar es en ese viejo rencor?

La almirante se quedó callada.

Sí. Podía… podía oír las estrellas.

Ven a nosotras.

—Spensa —dijo ella—, tienes que saber una cosa sobre tu padre. Sobre aquel día. Mentíamos, pero era por vuestro propio bien.

—Lo sé —respondí, activando controles, haciendo girar mi anillo de pendiente sobre sus pernios para que apuntara hacia abajo. Mi nave rotó y puso el morro hacia arriba. Hacia el cielo.

—Regresa a la base —ordenó la almirante—. Te esperan honores y celebraciones.

—Lo haré. En algún momento.

«Sus cabezas son cabezas de roca, sus corazones están tallados en roca».

—Spensa, hay un defecto dentro de ti. Por favor. Tienes que volver. Cada momento que pasas en el cielo supone un peligro para ti y para todos los demás.

«Sé distinta. Tú tienes que aspirar a algo más elevado».

—Mi nave no tiene destructores —dije, abstraída—. Si vuelvo enloquecida, deberían poder derribarme.

—Peonza —insistió Férrea, con dolor en la voz—. No lo hagas.

«A algo más grandioso».

—Adiós, almirante —dije, y apagué el comunicador.

Entonces sobrecargué el propulsor y me lancé hacia arriba.

«Reclama las estrellas».

55

Sabía que era una estupidez.

La almirante tenía razón. Debería haber vuelto a la base.

Pero no podía. No solo porque oía a las estrellas llamándome, atrayéndome. No solo por lo que había ocurrido en aquel lugar entre latidos del corazón.

No había nada que estuviera controlándome. O al menos, no creía que lo hubiera. Pero tenía que saberlo. Tenía que afrontarlo. Tenía que ver lo que mi padre había visto.

Ascendimos más y más, hasta donde la atmósfera se atenuaba y llegábamos a ver la curvatura del planeta. Seguimos hacia arriba, apuntando hacia aquel hueco en el campo de escombros.

Me acerqué más de lo que lo había hecho nunca, y en esa ocasión me impresionó lo deliberado que parecía todo. Lo llamábamos campo de escombros, pero en realidad no eran escombros. En todo aquello se intuía una forma. Una intención.

Plataformas gigantescas que enviaban luz hacia abajo. Otras parecidas a los astilleros. Entre todas, componían una sucesión de caparazones rotos en torno a nuestro planeta. Y se habían alineado de forma precisa para crear una abertura a través de ellas.

Entré en ese hueco inmenso. Si viraba demasiado hacia los lados, seguro que entraría en el alcance de las armas defensivas que había mencionado Cobb. Pero allí, desplazándome por aquel pasillo espontáneo, estaba a salvo.

Mientras superaba la primera capa de escombros, M-Bot me dijo que habíamos llegado al espacio en sí, aunque también dijo que la línea entre la atmósfera y su ausencia era una «distinción arbitraria, ya que la exosfera no termina, sino que va dispersándose».

El asombro casi me dejó sin respiración cuando dejamos atrás unas plataformas enormes, en las que podría haber cabido Alta mil veces o más. Estaban cubiertas de lo que parecían ser edificios, todos silenciosos, oscuros. Millones y millones de ellos.

«Aquí arriba vivía gente en otros tiempos», pensé. Ascendimos a través de varias capas. Para entonces, ya íbamos a una velocidad increíble, Mag 55,

pero, sin la resistencia del viento, en realidad no importaba. La velocidad era relativa en el espacio.

Desvié la mirada de las plataformas hacia el final del pasillo. Ahí fuera había luces estáticas, apacibles.

—Spensa —dijo M-Bot—, detecto comunicación por radio delante de nosotros. Uno de esos puntos no es una estrella.

Me incliné hacia delante mientras pasábamos otra capa de escombros. Sí, por delante alcanzaba a ver un punto brillante que estaba mucho más cerca que las estrellas. ¿Sería una nave? No, una estación espacial. Tenía forma de trompo y luces en todas las caras.

A su alrededor se movían unas motas más pequeñas. Naves. Ajusté nuestro rumbo, dirigiéndonos hacia la estación. Por debajo de nosotros, una plataforma giró en su órbita y me ocultó de la vista la forma menguante de Detritus. ¿Podría regresar? ¿Me importaba, siquiera?

Las oía más altas. Las voces de las estrellas. Era como un parloteo que no llegaba por radio, y no estaba compuesto de palabras. La llamada de las estrellas… era… era comunicación krell. Utilizaban aquel lugar entre latidos del corazón para hablar entre ellos, para comunicarse al instante. Y… las mentes de las máquinas pensantes se basaban en la misma tecnología para procesar a gran velocidad.

Todo ello requería acceso a aquel no-lugar, a aquella ninguna-parte.

Nos fuimos acercando a la estación.

—¿No saben que es peligroso? —susurré—. ¿Que hay algo viviendo en la ninguna-parte? ¿No saben nada de los ojos?

«Quizá por eso usamos solo la radio —pensé—. Por eso nuestros antepasados abandonaron esta tecnología avanzada de comunicaciones. Nuestros antepasados tenían miedo de lo que vive en la ninguna-parte».

—No entiendo a qué te refieres —dijo M-Bot—, pero los krells utilizan comunicaciones normales sublumínicas además de las superlumínicas. En las ordinarias puedo infiltrarme para escuchar. Procesando para traducir.

Ralenticé a M-Bot y pasé entre naves que se volvieron hacia la mía. No parecían ser cazas. Tenían un aspecto más rectangular, con grandes ventanales en la parte delantera.

En ese instante, me golpeó algo, como una fuerza física. Reptó al interior de mi cerebro e hizo que me vibrara la visión. Chillé y me derrumbé contra las correas de la cabina.

—¡Spensa! —exclamó M-Bot—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Solo pude gimotear. Sentí dolor. Y también… impresiones. Me estaban enviando imágenes. Estaban… estaban intentando sobreecribir… lo que estaba viendo…

—¡Activando sigilo e interferencia! —dijo M-Bot—. Spensa, capto señales inusuales. ¿Spensa?

Las voces desaparecieron. El dolor se evaporó. Dejé escapar un largo y aliviado suspiro.

—No te mueras, ¿vale? —dijo M-Bot—. Si lo haces, probablemente tendré que hacer a Rodge mi piloto. Sería la respuesta más lógica, y los dos lo pasaríamos fatal.

—No voy a morirme —repuse, apoyando la espalda y dando con el casco contra el reposacabezas del asiento—. Pero sí que tengo un defecto. Un agujero en mi interior.

—Los humanos tenéis muchos agujeros. ¿Te gustaría que te proporcionara una lista?

—No, por favor.

—Ja ja. Eso era humor.

—Tengo un agujero en el cerebro —dije—. Puedo ver la ninguna-parte, pero ellos pueden utilizar eso en mi contra. Creo… creo que a mi padre le mostraron una especie de holograma mental. Cuando voló de vuelta a Detritus, vio lo que el enemigo quería que viese.

Recordé lo que había dicho. «Os mataré. Os mataré a todos». Qué apenado sonó, qué suave. Creía que los humanos habían perdido, que sus amigos ya estaban muertos. Lo que estaba viendo no era la realidad.

—Cuando derribó a sus amigos —susurré—, creía estar disparando a los krells.

Varias naves de las rectangulares se acercaron a M-Bot en la negrura. Me dieron la impresión de ser naves de transporte, o quizá remolcadoras. A través de los amplios frontales de cristal, vi a criaturas que se parecían un poco a las ilustraciones que teníamos de los krells. Formas oscuras con armadura y ojos rojos.

Solo que, allí, eran de colores brillantes, de alegres rojos y azules, no oscuros en absoluto. Me recordaban un poco a las fotografías que había visto de los cangrejos de la vieja Tierra, en clase de biología antigua. Y la «armadura» que llevaban se parecía más a una especie de aparato vivo, con placas abiertas en la parte de la «cabeza» para que las criaturas pudieran ver.

Los lados de las pequeñas naves tenían letras pintadas con plantilla que parecían componer palabras en un idioma extraño.

—«*Ketos redgor terren listro listrins*» —leyó M-Bot—. Una traducción aproximada sería: «Mantenimiento y reclusión penitenciaria de terrícolas».

Tirda. Sonaba… ominoso.

—¿Puedes traducirme lo que dicen?

—Hay conversaciones por radio más cerca de la estación —respondió M-Bot—, pero sospecho que estas naves se comunican por medio de dispositivos citónicos superlumínicos.

—Relaja lo que sea que estás haciendo para escudarnos —dije—, pero no lo desactives del todo. Si chillo otra vez o me vuelvo loca, reactívalo.

—De acuerdo —dijo M-Bot—. A mí ya me parece que estás loca, pero supongo que eso no es nada nuevo.

Regresó a mí la conciencia, las voces en la oscuridad del espacio. Alcanzaba a oír sus palabras, las que estaban enviando a través de la ninguna-parte. Las conocía, sin necesidad de traducción, porque en aquel lugar todos los idiomas eran uno solo.

—¡Me está mirando! —decía una de las criaturas—. Creo que quiere comerme. ¡Esto no me gusta nada!

—Esa cosa ya debería estar incapacitada —respondió una comunicación desde la estación espacial—. Y si te está mirando, no te ve. Estamos sobrescribiendo su visión. Remolcad la nave hasta aquí para estudiarla. No es un modelo estándar de la FDD. Tenemos curiosidad por saber cómo la han construido.

—No quiero ni acercarme a esa cosa —dijo otra criatura—. ¿No sabéis lo peligrosas que son?

Presa de la curiosidad, miré por la cubierta hacia una nave que se acercaba, y entonces puse cara de estar rugiendo, enseñando los dientes. La criatura chilló y, al instante, dio media vuelta a su nave y huyó. Las otras dos naves que recordaban a remolcadoras se apartaron.

—Esto es trabajo para cazas dron —dijo alguien—, no para naves tripuladas.

Sonaban muy asustados. No eran como los terribles monstruos que siempre había imaginado.

Me relajé en el asiento.

—¿Quieres que intente infiltrarme en sus sistemas? —preguntó M-Bot.

—¿Puedes hacerlo?

—No es tan fácil como pueda sonar —respondió—. Tengo que agregarme a una señal entrante y entonces descifrar sus contraseñas y hacer un ingreso falso para transferir archivos mientras les cuelo una solicitud autorizada a

través de las líneas defensivas locales de datos, y todo eso sin disparar ninguna de sus alarmas.

—Pero ¿puedes hacerlo?

—Está hecho —dijo él—. La explicación ha sido muy larga. Iniciando transferencia de datos… Y me han pillado. Me han expulsado del sistema y el protocolo de seguridad me impide acceder otra vez.

Se encendieron luces en la estación y, al momento, un escuadrón de naves pequeñas emergió de uno de sus muelles laterales. Conocía aquellas pautas de vuelo. Eran interceptores krells.

—Es hora de irnos —dije, cogiendo los controles y dando media vuelta—. ¿Crees que puedes dirigirnos entre las capas de escombros sin activar ninguna plataforma defensiva?

—Se supone que los krells lo hacen cada vez que atacan el planeta —afirmó él—, así que debería ser posible.

Sobrecargué el propulsor y nos envié en dirección a la capa exterior de escombros. M-Bot proyectó sus indicaciones en la cubierta y yo las seguí, tensa al principio. Pasamos cerca de las plataformas mientras descendíamos en zigzag hacia el planeta, pero ninguna nos disparó.

Me sentí… extrañamente alerta. La fascinación que había experimentado antes, la atracción por descubrir qué provocaba el canto de las estrellas, se había evaporado. La reemplazó un realismo crudo.

Salir allí fuera de verdad había sido una locura. Incluso para mí. Pero mientras nos internábamos en otra capa de escombros, los interceptores krells se retiraron. Cada vez daba más la sensación de que podría regresar al planeta sin impedimentos.

—¿Has obtenido algo? —pregunté—. De sus ordenadores, me refiero.

—He empezado por las órdenes básicas de la estación y he seguido hacia fuera —dijo él—. No he sacado mucho, pero… ¡Uuuh! Esto va a gustarte.

—¿Qué es? —pregunté mientras sobrecargaba de nuevo, descendiendo de vuelta hacia Detritus—. ¿Qué has encontrado?

—Respuestas.

Epílogo

Dos horas más tarde, estaba sentada en el centro de mando de la FDD, envuelta en una manta, con los dos pies subidos al asiento. Me habían dejado la butaca de la almirante Férrea.

Desde que había estado en la ninguna-parte, me sentía helada. Era una gelidez que no lograba quitarme de encima, y contra la que la manta apenas ayudaba en nada. Seguía palpitándome la cabeza, a pesar de la tonelada métrica de analgésicos que me había tragado.

Había un grupo de personas importantes alrededor de mi butaca, rodeándome. Líderes de la Asamblea Nacional, almirantes de segunda, jefes de escuadrón. Cada vez estaba más convencida de que no pensaban que fuese a volverme contra ellos, aunque al principio, después de mi reentrada en la atmósfera, se habían mostrado muy cautelosos.

La puerta del centro de mando se abrió y por fin entró Cobb cojeando. Había insistido en esperar a que el transporte lo recogiera y lo trajera, y hasta que se hubiera tomado su taza de café de por las tardes.

—Muy bien —dijo Férrea, cruzándose de brazos—. El capitán Cobb ha llegado. ¿Podemos hablar ya?

Levanté un dedo. Quizá fuese mezquino por mi parte, pero sentaba de maravilla hacer esperar a Férrea. Además, había otra persona que merecía estar allí antes de que empezara a dar explicaciones.

Mientras aguardábamos, cogí la radio que tenía al lado.

—M-Bot —dije—, ¿va todo bien?

—Intento no ofenderme por la forma en que me miran los ingenieros de este hangar —respondió él—. Parecen demasiado ansiosos por empezar a arrancarme pedazos. Pero, de momento, nadie ha intentado nada.

—Ese caza es propiedad de… —empezó a decir Férrea.

—Ese caza —la interrumpí— está más que dispuesto a freír sus propios sistemas si alguien intenta abrirlo por la fuerza. La FDD obtendrá su tecnología, pero será en nuestros propios términos.

Lo roja que se puso al oírme también resultó extremadamente satisfactorio. Pero ya no siguió desafiándome.

Por fin volvió a abrirse la puerta y entró Jorgen. Estaba sonriendo, y se me ocurrió que esa expresión, por agradable que fuese, no encajaba del todo con él. Se parecía más a sí mismo cuando se ponía serio.

Pero no era a él a quien estábamos esperando, sino al joven desgarbado que Jorgen había ido a recoger por orden de la almirante. Gali sonrió como un idiota al entrar en la sala, y luego se sonrojó cuando los jefes de escuadrón y los almirantes se apartaron para dejar que pasara y le hicieron el saludo militar. Aunque Férrea estaba furiosa porque Gali y yo no habíamos entregado la nave al instante, la mayoría de los presentes parecía coincidir en que, a la hora de trabajar con una IA demente que amenazaba con destruirse a sí misma, Gali había obtenido un resultado admirable llevando tecnología nueva a la FDD.

—Y ahora, ¿querrás hablar? —preguntó Férrea en tono imperioso.

—Los krells no son lo que creemos —dije—. Mi nave se ha descargado algunas bases de datos suyas y ha descubierto lo que ocurrió antes de que nuestros antepasados aterrizaran aquí, en Detritus. Hubo una guerra. Una gran guerra intergaláctica. Humanos contra alienígenas.

—Contra los krells —dijo Férrea.

—Al principio, no había krells —la corregí—. Éramos solo nosotros contra la galaxia. Y la humanidad perdió. La guerra la ganó una coalición de alienígenas que, hasta donde sabemos M-Bot y yo, consideraba a los humanos demasiado brutales, demasiado incivilizados y demasiado agresivos para permitirnos formar parte de la comunidad intergaláctica.

»Exigieron que todas las flotas humanas, independientes o no, se sometieran a su autoridad. Nuestros antepasados, a bordo de la *Desafiante* y su pequeña flota, se consideraban inocentes. No habían participado en la guerra. Pero cuando se negaron a entregarse, la coalición envió a un grupo para capturarlos o retenerlos. Eso, y no otra cosa, es a lo que nos referimos como los krells.

Cerré los ojos y continué:

—Nos arrinconaron. Y, después de un conflicto en la *Desafiante*, mi bisabuela nos trajo aquí, a Detritus. Un planeta que conocíamos pero que había sido abandonado siglos antes.

»Los krells nos siguieron e instalaron una estación para vigilarnos después de que nos estrelláramos. No son unos alienígenas asesinos. Son carceleros, una fuerza cuyo objetivo es mantener a la humanidad atrapada aquí, ya que

algunos alienígenas están seguros del todo de que intentaremos conquistar la galaxia si alguna vez se nos permite volver al espacio.

»Las aniquiladoras estaban diseñadas para arrasar nuestra civilización si parecíamos estar cerca de escapar de Detritus. Pero en la mayoría de sus ataques, no creo que de verdad intentaran destruirnos. Tienen leyes que prohíben extinguir una especie por completo. Consideran este planeta como… una reserva de la humanidad. Envían naves para mantenernos concentrados en la lucha, ocupados, y que así no tengamos tiempo de investigar la forma de huir. Y aunque sus cazas siempre han intentado que nuestra flota no crezca demasiado, solo estaban autorizados a emplear cierto nivel de fuerza contra nosotros, para no extinguirnos sin querer.

Me estremecí a pesar de la manta.

—Pero en los últimos tiempos, algo ha cambiado —proseguí—. Parece que esa última bomba de verdad iba con intención de destruirnos. Ha habido… discrepancias políticas sobre cuánto deberían tolerar de nosotros. Han intentado destruir Alta e Ígnea, pero los hemos derrotado. Y eso les da miedo.

—Genial, estupendo —dijo Férrea, volviendo a cruzarse de brazos—. Pero eso no cambia gran cosa. Sabemos por qué nos atacan los krells, pero siguen siendo una fuerza superior a nosotros. Esto solo va a reforzar su determinación de extinguirnos.

—Tal vez —respondí—. Pero esos alienígenas que nos retienen no son guerreros. Son guardias de prisión que, sobre todo, pilotan drones a distancia que no tienen por qué luchar bien, ya que pueden abrumarnos con su superioridad numérica.

—Lo cual sigue siendo el caso —dijo Férrea—. Estamos bajos de recursos, mientras ellos tienen una tecnología más avanzada y una flota orbital. En esencia, estamos condenados.

—Eso es cierto —convine.

—Entonces ¿por qué sonríes? —exigió saber Férrea.

—Porque puedo oír lo que se dicen entre ellos —dije—. Y siempre que sabes lo que va a hacer tu enemigo, tienes una ventaja. Creen que estamos atrapados en este planeta.

—¿Y no es así? —preguntó Jorgen.

Volví a estremecerme y recordé el momento en que había estado en ninguna-parte. Los krells sabían que debían atacar a cualquiera de nosotros que volara demasiado bien porque eran conscientes de la existencia del

defecto. Sabían que quien lo tuviera quizá fuese capaz de hacer lo que había hecho yo.

No sabía cómo había podido teleportar mi nave. No sabía si me atrevería a hacerlo otra vez. Pero al mismo tiempo, sabía que la yaya tenía razón. Usar ese poder era la clave. De la supervivencia. De escapar del planeta.

De ser verdaderamente Desafiante.

Agradecimientos

Para escribir este libro, he canalizado mis propias emociones de cuando era joven. Mi pasión no era hacerme piloto, sino hacerme escritor. Pero en ocasiones, ese camino parecía tan imposible de recorrer como el de Spensa. Aún me siento como si me hubieran concedido el mundo entero, ya que puedo emplearme a lo que me dedico y ganarme con ello la vida.

Y, al igual que Spensa, soy beneficiario de algunos excelentes amigos y colegas. Krista Marino ha sido la editora de este libro, su principal campeona y una jefa de escuadrón maravillosa. Eddie Schneider ha sido mi agente para el contrato, con la ayuda de Joshua Bilmes. Esas tres personas, además de Beverly Horowitz en representación de la editorial, han tenido una paciencia excepcional conmigo mientras les apartaba otro libro de la pila y les hacía publicar este en su lugar.

No deja nunca de asombrarme la habilidad de los artistas visuales. La excelente portada de Charlie Bowater de verdad lleva a la vida a Spensa, en mi opinión, y Ben McSweeney ha hecho su habitual magia técnica, cogiendo mis papeles con rayajos y creando a partir de ellos esos diseños de naves tan guapos que habéis visto en el libro. Por último, mi buen amigo Isaac Stewart se ha encargado de los mapas y ha sido el director artístico de las ilustraciones interiores.

Todas las erratas que no habéis encontrado son consecuencia de que el inconsecutivo Peter Ahlstrom les diera caza para vender su carne en el mercado. Como siempre, muchísimas gracias a él por sus incansables esfuerzos y por los ánimos que me da.

Del mismo modo, el resto del equipo aquí, en Dragonsteel, ha sido un excelente «personal de tierra» para mis travesuras como piloto. Kara Stewart se ocupa de enviar todas esas camisetas y libros que encargáis en la tienda de mi página web. Adam Horne es mi asistente ejecutivo y publicista. Y por supuesto, mi esposa Emily es quien nos mantiene a todos encarados en la dirección correcta. Además, Emily Grange y Kathleen Dorsey Sanderson merecen un sentido agradecimiento por su ayuda general en todo tipo de

asuntos diversos. (Entre ellos, escuchar a mi hijo de cinco años explicar cómo le gustan los sándwiches. Con la mayonesa por fuera, por si teníais curiosidad).

Karen Ahlstrom, a quien va dedicado este libro, es mi editora de continuidad. No podéis haceros a la idea del desastre que son algunas novelas mías antes de que ella las coja y me obligue a reconocer que la gente no puede estar en dos sitios a la vez. También me ayudaron, en Penguin Random House / Delacorte Press, Monica Jean, Mary McCue, Lisa Nadel, Adrienne Waintraub y Rebecca Gudelis. La revisora de estilo ha sido Barbara Perris y la correctora Shona McCarthy.

Mi grupo de escritura y compañeros de escuadrón para esta novela han sido los sospechosos habituales: Karen Ahlstrom, Peter Ahlstrom, Alan Layton, Kaylynn ZoBell, Emily Sanderson, Darci Stone, Eric James Stone, Ben Olsen, Ethan Skarstedt y Earl Cahill.

Entre los lectores beta están Nikki Ramsay (identificador: Fosfofilita), Marnie Peterson, Eric Lake (identificador: Caos). Darci Colé (identificador: Azul), Ravi Persaud (identificador: Parloteo), Deana Covel Whitney (identificador: Trenza), Jayden King, (identificador: Trípode), Alice Arneson (identificador: Pantanera), Bradyn Ray, Sumejja Muratagic-Tadic (identificador: Sigma), Janel Forcier (identificador: Colinabo), Paige Phillips (identificador: Artesana), Joe Deardeuff (identificador: Viajero) y Brian T. Hill (identificador: El Guapo).

Y, destacando a dos de ellos, Jayden King y Bradyn Ray me ayudaron con su experiencia como pilotos de caza, explicándome (a veces largo y tendido) las idioteces que había entendido mal sobre el arte de volar. Eric Lake también me ayudó mucho calculando velocidades y distancias, y con el sistema de coordinadas. (Escritores, haceos amigos de físicos y matemáticos. Compensa).

Hemos hecho una lectura beta especial para jóvenes con este libro, y sus miembros han sido: Liliana Klein (identificador: Centinela), Nathan Scorup, Hannah Hermán, Joshua Singer, Eve Scorup (identificador: Piedraplata), Valencia Kumley (identificador: AlfaFénix), Daniel Summerstay, Chrestian Scorup, Rebecca Arneson (identificador: Escarlata), Colé Newberry, Brett Hermán (identificador: Hermanator), Aidan Denzel (identificador: Cruz), Evan García, Kathryn Stephens y William Stay.

Nuestro grupo de lectores gamma incluye a muchos de los beta y también a Trae Cooper, Mark Lindberg (identificador: Megalodón), Brandon Colé (identificador: Colevander), Ian McNatt (identificador: Dique), Kellyn

Neumann (identificador: Saltadora), Gary Singer, Becca Reppert, Kalyani Poluri (identificador: Henna), Paige Vest, Jory Phillips (identificador: Portero), Ted Hermán (identificador: Caballería), Bob Kluttz (identificador: Tasil), Bao Pham (identificador: Salvaje), Lyndsey Luther (identificador: Ascenso), David Behrens, Lingting «Botánica». Xu (identificador: Hasan), Tim Challener (identificador: Anteo), William «Aberdasher». Juan, Rahul Pantula (identificador: Jirafa), Megan Kanne (identificador: Gorrión) y Ross Newberry.

Muchas gracias a todos ellos. Aunque, como siempre, hay nombres nuevos en esa lista, muchas de esas personas llevan apoyándome en la escritura muchos años, incluso décadas, a estas alturas. De modo que, si necesitáis un buen compañero de ala, puedo recomendaros a unos cuantos.